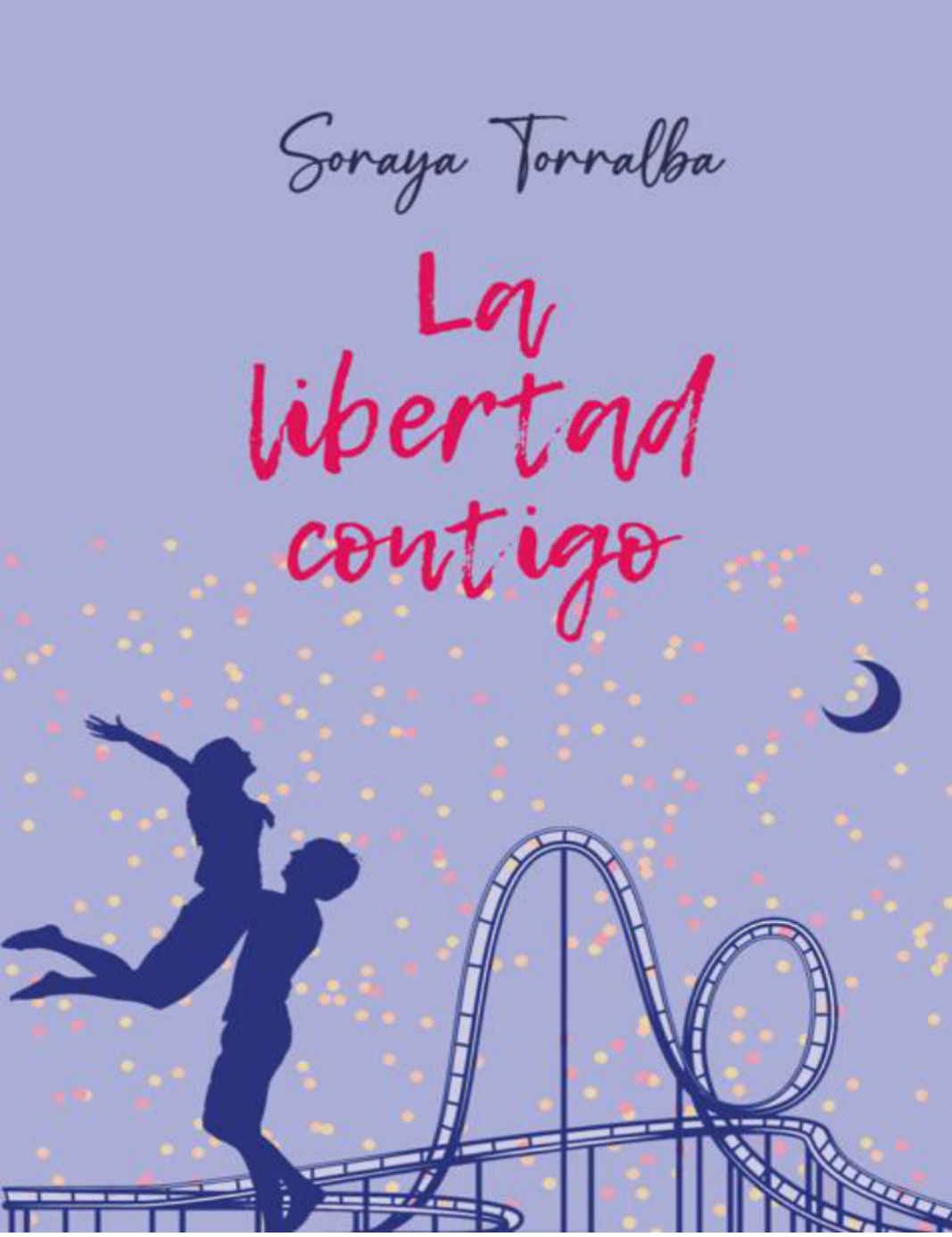
Soraya Torralba

La libertad contigo



Contenido

Nota de la autora
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38

39
40
41
42
43
Epílogo
Agradecimientos
La autora

La libertad contigo

Soraya Sánchez

1º Edición: diciembre de 2021.

© 2021, Soraya Sánchez Torralba.
ISBN: 9798481203232.
©Diseño de cubierta: Soraya Sánchez Torralba e Irene Mármol.
©Imágenes de cubierta: Canva.
©Ilustraciones interiores: Canva.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), ni su incorporación a un sistema informático sin autorización previa y por escrito de los titulares del *Copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

A Pablo,
por alentarme a cumplir mis sueños.
Por hacerme sentir libre.

Nota de la autora

No sé de dónde salió esta historia.

Lo juro. Palabrita. Simplemente, una pregunta se me cruzó por la cabeza y, a partir de ahí, empecé a escribir en una página en blanco de Word. Los personajes aparecieron de repente sin saber a dónde conducirían sus vidas. Las tramas empezaron a ser escenas y diálogos nítidos en mi cabeza.

Los nombres de los protagonistas no aparecen hasta bien entrada la novela. Esa es otra consecuencia de lo rápido que aparecieron; no me dio tiempo a ponerles nombre nada más comenzar a escribir. Así que, por favor, no avances antes de tiempo para averiguarlo. Para mí, es parte del encanto de esta historia… Ya lo entenderás. En cambio, sí que les puse unos «apodos» hasta que esos nombres hicieron acto de presencia.

La novela no está ambientada en ningún lugar ni tiempo concreto. Creo que para contar esta historia no es necesario un telón de fondo detallado. Si es verdad que el lugar donde se desarrolla es un lugar real, que existe y que me ha servido de inspiración. Incluso es una mezcla de lugares en mi cabeza. Pero, de esta manera, cada uno puede dejar volar su imaginación y situar a los personajes en cualquier parte.

Espero que disfrutes y… buen viaje.

Soraya

1

O no llegas o te pasas de frenada

Abril

¿Alguna vez has tenido la sensación de llegar tarde a todo?

Yo sí, desde hace mucho.

A las citas no; curiosamente, a las citas siempre llego demasiado puntual. Bueno, menos al trabajo, que a veces sí llego tarde.

Ya me estoy liando.

Con llegar tarde a todo, me refiero a la vida.

Creo que he sido un poco pánfila; me ha costado avanzar junto a la gente de mi edad, yendo un paso por detrás en todas las etapas de mi existencia.

El ejemplo más claro, y que seguro vas a entender enseguida, es la sexualidad. De adolescentes, tendemos a medir lo maduros que somos por lo que hemos experimentado en la cama. Eso es una realidad. Nunca me sentí preparada para ir rápido con los chicos. Quizá fuera porque la educación que recibí era de índole conservadora, de esas que creían que si presentabas un novio en casa era porque esa relación acabaría en el altar de una iglesia catedralicia conmigo vestida de blanco. Pero esa racha de inseguridad se rompió a los dieciocho años, cuando me vi tonteando durante algunos meses con un chico con el cual me di mi primer beso. He de reconocer que iba lo suficientemente borracha como para no cuestionarme nada.

Ah, esa es otra, no me pillé mi primera borrachera hasta esa edad tampoco. Mientras que la gente de mi generación ya conocía el sabor de todas las marcas de tequila del mercado a los dieciséis años. Otra cosa a la que llegaba tarde.

Perdí la virginidad con mi novio actual. Nunca había tenido una relación, así que, cuando conocí a Óscar, me volqué de lleno en él. Me enamoré muy rápido y muy fuerte, y seguimos juntos hasta crear una relación bonita y… tremendamente aburrida. De esas relaciones que han quedado para las comidas de los domingos en casa de los suegros,

compra conjunta de regalos de cumpleaños y Navidad, sexo una vez a la semana (con suerte) y más compromisos familiares que momentos románticos juntos. Parecemos un matrimonio sin haber pasado por la vicaría y con un año de convivencia conjunta.

Siempre me dio miedo no encajar compartiendo espacio vital con Óscar. Él tan meticuloso y obseso del orden y yo tan desastre. Era una idea abocada al fracaso en mi cabeza. Los primeros seis meses de convivencia pensaba que acabarían con nuestra relación porque fue un auténtico suplicio ponernos de acuerdo para todo. Hubo un día en que me recreé en la idea de abrirle la cabeza con la lavadora y que no despertara más. ¿Por qué? Pues porque mi blusa blanca favorita y carísima, que me había comprado para ir un poco mona a las cenas con sus amigos, acabó de color grisáceo debido a que mi querido novio metió un par de calcetines oscuros. Me arrepentí en el acto de ese horrible pensamiento, claro, pero fue la gota que colmó el vaso y que me hizo replantearme si Óscar es el amor de mi vida. Porque, sí, le gusta ser ordenado, pero no sabe poner una lavadora. Últimamente hay detalles que me hacen replanteármelo todos los días y eso me asusta porque, desde hace años, tengo la certeza de que mi vida está con Óscar y que no puede ser de otra manera. O, quizá, es miedo a lo desconocido y a lo que llaman «lo bueno por conocer».

¿Te gusta viajar? A mí también, pero lo hice menos de lo que me hubiera gustado. Más de una vez me he planteado coger un avión dirección al aeropuerto y poner rumbo a cualquier parte, yo sola, y escapar de una vida que me ahoga en algunas ocasiones. Pero no soy una persona valiente y tampoco he tenido dinero como para permitirme viajar a todos los sitios que tengo pendientes.

De joven (más joven quiero decir) tomé la decisión, no sé si acertada, de disfrutar cada verano porque pensaba que cualquiera de ellos sería el último que tendría totalmente libre. Y es que la palabra «libertad» me gusta llevarla por bandera, aunque no me sienta libre. Siempre he anhelado encontrarle significado a esa palabra, pero uno de verdad, grande y con sentido.

Desde que terminé mis estudios en el instituto, he trabajado en lo que me salía, hasta hace tres años, que conseguí mi primer empleo serio. Mis anteriores trabajos eran tan inestables que llegó un momento en que me dio hasta vergüenza pedirles dinero a mis padres para caprichos porque cobraba una mierda. Así que se alegraron de que, por fin, «sentara la cabeza» y, además, me independizara.

¿Que por qué estoy contando mi vida en verso? Pues para que te pongas en mi lugar y entiendas cómo he llegado al punto en el que me encuentro ahora. Se puede decir, con total claridad, que no he sabido gestionar bien mi vida. Que ahora echo la vista atrás y considero que me he equivocado estrepitosamente en muchas decisiones que he

tomado. Pero ¿sabes qué? No cambiaría nada. Supongo que es mejor aprender tarde que no hacerlo. Poco a poco voy adquiriendo valor para enfrentarme a algunas cosas que no van bien, aunque me dé un miedo atroz. Y es que la decisión que baila en mi cabeza, cada vez con más fuerza, puede dar un giro de 180º a mi vida.

—Cariño, ¿has lavado mis gallumbos de la suerte? —me grita Óscar desde la habitación.

Sus gallumbos de la suerte son unos azules que le regaló su madre cuando tenía quince años y con la «S» de Superman en todo el paquete. Son feos de cojones, pero tiene la absurda creencia de que le dan suerte desde que sacó la nota que buscaba en selectividad y consiguió su primer trabajo de becario en el despacho de abogados del que pretende ser socio actualmente. Imagina en qué estado se encuentra esa ropa interior después de tantos lavados…

—Si tú no has puesto la lavadora, seguirán allí. Sucios —le contesto desde el baño.

—Joder, cielo, sabías que me los quería poner hoy. —Me reprocha.

—Y tú sabes que no soy tu esclava. Si querías esos calzoncillos limpios, habértelos lavado tú.

Estoy a punto de explotar. Se cree que estoy para todo lo que quiera el señor, como si mi vida girara solo en torno a él.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —pregunta acercándose a la puerta del baño; desnudo, para más señas.

—A mí nada, Óscar. Simplemente digo que yo también tengo mis cosas y no puedo estar constantemente pendiente de tus necesidades. No soy tu madre.

«Chúpate esa».

Se pone como loco cada vez que la menciono porque no quiere reconocer que, gracias a su mamaíta, no sabe hacer la «o» con un canuto. Ha educado hijos inútiles. Su hermano tampoco es que sea muy mañoso; de hecho, come todos los días en casa de mi suegra por no hacerse comida.

Mi novio se agarra el puente de la nariz tratando de calmarse para no decir algo de lo que pueda arrepentirse. Como si no le conociera…

—No te aguanto. Solo te he preguntado por unos jodidos calzoncillos y mira cómo te pones. Hoy es un día importante para mí. —Me recuerda, aunque es imposible que me olvide porque me lo repite cada cinco minutos todos los días.

—Óscar, cielo, no quiero discutir.

—Pues no seas tan borde.

«Pues fóllame más y deja de
hacerte pajas viendo porno».

—Vale. —Es lo que realmente respondo.

Óscar sale del baño refunfuñando. La discusión ha sido una chorrada, pero llevamos mucho a nuestras espaldas y yo ya no le paso ni una. No sé cómo decirle que una casa es un trabajo de dos, que una pareja funciona si ambos remamos en la misma dirección. Pero, desde hace años, siento que soy yo la única que rema. Él solo está preocupado por su trabajo, por su ascenso, por prosperar dejando atrás lo que haga falta.

Me termino de vestir porque lo más absurdo de todo es que hemos discutido mientras yo solo llevaba las bragas puestas y él estaba desnudo; es lo que tiene la confianza después de nueve años juntos.

Al final voy a llegar tarde al trabajo…, otra vez. Soy de esas personas que no ha encontrado su vocación, así que soy dependienta de una tienda de ropa. Súper original, ¿verdad? Bueno, lo importante es que, contra todo pronóstico, me gusta mi trabajo.

Me estoy maquillando mínimamente en el espejo de la habitación para disimular esas ojeras que desde hace semanas me acompañan cuando Óscar vuelve a asomarse con la cabeza medio agachada. Sé que no quiere volver a discutir. La verdad es que está muy guapo con ese traje oscuro que le regalé hace dos cumpleaños. Óscar siempre ha sido muy guapo y atlético; todas las chicas que nos cruzábamos por la calle le miraban y, con los años, se ha convertido en un hombre muy atractivo. Me sonríe desde el quicio de la puerta y yo le devuelvo el gesto.

—Deséame suerte, cariño.

—No la necesitas, cielo. Vas a ganar ese juicio y los socios del despacho te van a comer la polla.

Óscar suelta una carcajada ante mi comentario soez.

—Me encanta que seas tan malhablada. Me la pone muy dura.

—¿Sí? —Me hago la tonta; quiero picarlo—. No se nota.

Óscar atraviesa rápidamente la habitación hasta chocar su boca con la mía y comienza a desnudarme con violencia.

—Tengo diez minutos —me informa mirando su reloj de pulsera.

Vaya, eso significa que tengo cinco minutos para correrme si no me quiero quedar a medias; pero continúo, me arriesgo. Cada minuto del día busco un resquicio de la pareja que fuimos hace años; algo que me diga que lo nuestro todavía puede ir hacia adelante. Busco agarrarme a un clavo ardiendo, en realidad.

Óscar sigue despojándome de la ropa y yo hago lo propio con la suya. Cuando lo único que nos queda puesto es su corbata y mi

sujetador, me sube a horcajadas, enrosco mis piernas en su cadera y me penetra fuerte contra la pared. Me duele un poco porque no estoy lo suficientemente excitada y, por lo tanto, tampoco húmeda. Empiezo a moverme de forma frenética para conseguir la lubricación que quiero. Óscar gruñe contra mi oreja y para mis movimientos para marcar él el ritmo. Se conoce muy bien a sí mismo y sabe perfectamente lo que tiene que hacer para correrse en el tiempo que quiere, olvidándose de todo lo demás. Por lo que, cuando noto que se tensa mientras me aprieta las tetas como si fueran plastilina, sin ningún tipo de delicadeza, intento por todos los medios llegar; pienso en cualquier fantasía que me ponga tan cachonda que haga que me corra, pero Óscar se deja ir con un gruñido ronco en mi oreja y sin que yo llegue al orgasmo.

«Fenomenal, encima me voy a ir de
mala hostia al trabajo por un polvo frustrado».

—Cariño…, eres la mejor.

«Oh, me alegro de que mi agujerito te haya
mantenido la polla caliente, capullo».

Sale de mí y empieza a vestirse mientras yo me quedo aquí, apoyada en la pared, desnuda y cabreada. Cruzo los brazos sobre mi pecho, sintiéndome utilizada por mi novio y, encima, sucia por permitirlo. Él, ajeno a todos mis pensamientos, sigue vistiéndose como si nada; sin ni siquiera mirarme.

—Bueno, cariño, me tengo que ir.

—Suerte.

Óscar se acerca para darme un beso apretado en los labios a modo de despedida y se va de la habitación. No se pregunta por qué, desde que se ha corrido, no me he movido del sitio, ni por qué sigo desnuda en un lado de la habitación y, tampoco, por qué mi mirada es triste. Vive por y para él y, a veces, me pregunto por qué sigo soportando todo esto. La respuesta es que le quiero. Son nueve años juntos; para mí, prácticamente toda la vida. Mis veinte años se los he dado todos a él y me resisto a rendirme sin luchar más, pero es verdad que llevo una losa a cuestas que me hace perderme con frecuencia. Creo que una de mis profesiones frustradas es ser actriz porque se me da increíblemente bien mentir a (sus) nuestros amigos y a nuestras familias; aparentar normalidad, sonreír todo el rato, implicarme en todo. Pero no puedo evitar sentir un desgaste emocional que está acabando conmigo.

Ahora que me acuerdo, también llegué tarde a experimentar con mi propio placer. Es verdad que desde muy joven exploré mi

sexualidad sola, pero me limitaba a hacer lo que ya sabía que me gustaba. No fue hasta los veinticinco años cuando me compré mi primer juguete sexual: un vibrador discreto, pero de tamaño suficiente para hacerme sentir algo, y con estimulador de clítoris que, según la chica que me atendió en la tienda, era el más completo por un módico precio. Soy de las personas a las que le da apuro entrar a una tienda erótica, así que me vi empujada por mi amiga Inés con la excusa de que ella quería comprar un dildo anal… No pregunté, claro. No quise saber nada sobre ese tema.

Así que aquí estoy yo; desnuda en mi habitación, sola, enfadada y con ganas de correrme. Así que voy al armario y saco la caja donde tengo guardado el aparatito maravilloso; el cual compré a espaldas de Óscar, claro, porque es de los que piensan que un vibrador les hace competencia. ¡Qué chorrada! Con el juego que puede dar para los dos…

Me tumbo en la cama, todavía deshecha porque mi novio no se iba a dignar a hacerla, y abro las piernas colocando el aparatito entre ellas. Pulso el botón de encendido y me dejo llevar por las sensaciones que me produce. Disfruto de ese cosquilleo que me regala el estimulador de clítoris y estoy mojada enseguida. Extiendo la humedad por todo mi sexo, contagiándome del placer que me producen las vibraciones y, poco a poco, introduzco el aparato dentro de mí. Lo meto y lo saco acompasando el movimiento de mis caderas, que quieren más. A la vez, el estimulador hace que casi pierda la razón, dejándolo húmedo, hinchado y tan excitado que estoy a punto del orgasmo. Me deleito un poco más con las sensaciones, mordiéndome el labio con saña y agarrando la sábana con la mano que me queda libre porque necesito sujetarme a algo.

El orgasmo llega devastador, me hace gritar de placer, restregarme contra la cama, dejando que los espasmos me recorran todo el cuerpo. Me quedo con los ojos cerrados unos minutos mientras me recupero e intento contener esa sensación todo lo que puedo. Cuando me siento preparada para ponerme en marcha, miro el despertador de la mesilla de noche, el cual me dice que hace diez minutos que tenía que haber salido de casa y que, sin duda, voy a llegar tarde al trabajo.

—¡Mierda!

Como era previsible, he llegado diez minutos tarde y mi compañera no está muy contenta conmigo. Es la tercera vez que me cubre este mes debido a las constantes discusiones que tengo con Óscar. Me amenaza con que, a la próxima, avisará al jefe y no la culpo; me estoy ganando a pulso que me odie.

La tienda, para ser humilde, está situada en una de las calles más concurridas del centro de la ciudad. Es bastante grande; tanto, que tiene secciones diferenciadas con cajas independientes. Es como Zara, pero a lo «pobre». Entiéndeme, pobre en el sentido que no facturamos, ni de lejos, lo que la gran marca. Aunque sé que mi jefe se embolsa sus buenos cuartos al final de mes. Ventajas de ser el dueño y esas cosas. Heredó la tienda de sus padres y él se encargó de modernizarla.

Mi jefe, que debe rondar los treinta y pico años, me tiene harta. Siempre está detrás de Carla y de mí, alabando lo bien que nos queda el uniforme (vamos, ropa de la propia tienda) o cosas parecidas. Alguna vez ha colocado su mano en una zona de mi espalda muy desdibujada, no sé si me entiendes. ¿Me dieron ganas de meterle la mano en ácido y denunciarle por acoso laboral y sexual? Sí. ¿Lo hice? No. Me dio miedo, así de simple. Además, necesito el dinero, así que no puedo perder este trabajo. Tampoco quiero depender de Óscar aunque, con lo que él gana, nos da para vivir los dos de sobra. Pero necesito conservar mi independencia, mi libertad. En resumen, tener un colchón porque auguro que las cosas no van a terminar precisamente bien.

Como venganza por llegar tarde, mi compañera me ha sugerido que me haga cargo de la caja de la sección de hombre, que puede parecer más agradecido que estar en la caja de la sección de mujer, pero qué va. Hay hombres más exigentes que las mujeres; incluso hombres que vienen con su madre o su novia y, al final, en vez de lidiar con ellos, lo haces con ellas. Total, es un asco igual.

—¡Siguiente! —grito para que el cliente me escuche por encima del hilo musical de discoteca que tenemos todo el día puesto. Nos falta la copa y el cigarro en la mano.

Hablando de cigarros… Me fumaría uno de buen grado ahora

mismo. ¿Por qué lo dejaría? Ah sí, porque a Óscar no le gusta. Bueno, no, matizo: a su madre no le gusta. Dice que el humo le produce jaquecas terribles.

Atiendo al pobre chico que me pone encima del mostrador las cuatro camisetas que se lleva. Y digo pobre porque no tendrá más de quince años y le acompaña su madre que, además, le está dando un buen sermón sobre algo relacionado con ir bien vestido para gustar a las chicas.

—Hijo, ¿tú crees que vas a gustar a alguna chica vistiendo como lo haces? Con los pantalones rotos y esas camisas tan raras que llevas.

El chaval pone los ojos blanco y yo sigo a lo mío quitando las alarmas a las prendas y escaneando los códigos de barras.

—Mamá, a lo mejor es que no le quiero gustar a las chicas —deja caer él.

Un sudor frío me recorre la espina dorsal. Soy un poco bruja y sé por dónde va a ir esta conversación. Me da miedo que salte todo delante de mí.

—¿Qué tonterías dices, hijo?

—Que me gustan los chicos, mamá —suelta a bocajarro.

Se vino el drama. Contengo el aliento mientras sigo haciendo mi trabajo automáticamente, aunque no puedo evitar levantar la cabeza para ver la reacción de la madre. Dicen que la curiosidad mató al gato y, en este caso, el gato soy yo. La verdad, el niño le ha echado unos huevos de órdago. Su madre, en cambio, se está poniendo roja como un pimiento, hasta que explota.

«Por favor, ¿por qué me pasan estas cosas a mí?»

—No digas sandeces, Álvaro, te lo pido. Y menos delante de tanta gente.

—No son sandeces, mamá. Soy homosexual y no hay nada de malo en ello.

«Ayuda, por favor».

La madre sofoca un grito y se lleva una mano a la boca. Empieza a hacer aspavientos con las manos y a decir cosas incoherentes.

Como guinda final:

—¿A ti te parece normal? —me pregunta la madre desquiciada.

Yo, que debo de ser una kamikaze, respondo:

—Pues sí, señora, me parece lo más normal del mundo en la época en la que vivimos. Son treinta y dos con noventa y cinco.

La señora abre la boca lo más que puede del asombro. El chico me sonríe agradecido.

—¿Y a usted quién le ha dado vela en este entierro? Qué

desfachatez por su parte. ¡La hoja de reclamaciones!

Mierda.

—Mamá, deja de montar escándalo. El problema lo tienes conmigo, no con ella.

—¡Qué te calles, Álvaro! ¡La hoja de reclamaciones! —vuelve a gritar la señora.

Me quiero morir. Voy a acabar de patitas en la calle de la manera más tonta.

—¿Qué ocurre? —Genial, mi jefe hace acto de presencia. Esto se pone todavía mejor.

—La desfachatez de su empleada no tiene nombre metiéndose en nuestras vidas.

—Señora, ha sido usted la que ha preguntado —me defiendo, aunque no sé si va a servir de mucho.

—Tiene razón. Mamá, para ya de hacer el ridículo. —Me echa un cable el pobre chico que parece tener más madurez que todos nosotros juntos.

—Señora… —La clienta le dice a mi jefe cómo se llama—. Señora Raquel, por las molestias, no se le cobrará la compra y, por supuesto, se le descontará del sueldo a la señorita Martínez.

Voy a abrir la boca para protestar, pero Alberto, mi jefe, me dedica una mirada asesina que hace que me calle *ipso facto*.

La señora y el muchacho se marchan de la tienda discutiendo. Pobre chico, le espera una buena con la madre que le ha tocado en suerte.

—¡Carla! —Alberto grita a mi compañera para que se acerque—. Hazte cargo de esta caja. La señorita Martínez y yo vamos tener unas palabras.

Mi compañera me mira como si me hubiera salido otra cabeza y sé que se está cagando en todos mis antepasados porque solo le causo problemas. Me encojo de hombros disculpándome por ser una compañera horrible y sigo a Alberto hasta el almacén con la cabeza agachada. Abre la puerta y me deja pasar, así que me quedo frente a él con los brazos en jarras esperando un sermón que no me merezco. ¿Qué culpa tengo yo de que esa señora sea una retrógrada que no acepta a su hijo?

—Señorita Martínez —musita y me parece que lo ha hecho en un tono que nada tiene que ver con una regañina, sino con un tono sensual que me da escalofríos—, ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—¿Ya no me llamas por mi nombre? —Alberto siempre ha sido un zalamero y no nos suele llamar por nuestro apellido, así que es algo que me sorprende y que no augura nada bueno.

—Contesta —me ordena. Sé que le pone cachondo hacer de jefe y

tenernos controladas a Carla y a mí.

Resoplo mientras hago cálculos.

—Unos… tres años.

—Tres años —repite—. ¿Y no has aprendido nada en ese tiempo?

—Alberto, ¿a dónde quieres llegar con todo esto? —pregunto exasperada.

—Aquí las preguntas las hago yo —me espeta perdiendo la paciencia.

Es verdad que a veces puedo ser irritante, pero no me gusta que me hagan perder el tiempo con preguntas estúpidas. Si tiene algo que decirme, que lo haga rápido. Jugar al gato y al ratón nunca me ha gustado.

Alberto da un par de pasos hacia mí y trago saliva. A pesar de que no me gusta mucho cómo me mira, es un hombre joven, mujeriego, guapo a rabiar y debajo de esa ropa que lleva se debe esconder un cuerpo de escándalo. Lo peor es que lo sabe y lo utiliza en su beneficio. Sus movimientos siempre son seguros y elegantes; derrocha masculinidad por cada poro de su piel. Nunca reconoceré haber dicho esto después de haber querido denunciarle por acoso sexual, pero muchas veces me pone cachonda. Yo sé que no estoy bien de la cabeza y culpo a Óscar por dejarme insatisfecha la mayoría de las veces. Mi raciocinio ya no se puede tomar en serio.

—Pues pregunta y no perdamos el tiempo —le respondo.

—No puedes encararte a los clientes. Lo sabes, ¿verdad?

No sé cómo ha ocurrido, pero tengo a Alberto a dos centímetros de mi cara. Noto su aliento en la boca y he empezado a temblar.

—Yo no me he encarado. La señora me ha preguntado y yo he contestado algo que a ella no le ha gustado. Sabes que no me gusta montar bronca y menos con los clientes.

—¿Por qué has llegado tarde? —Cambia totalmente de tema.

Me quedo helada. ¿Cómo sabe que he llegado tarde? He sido muy discreta y juraría que no me ha visto.

—¿Carla se ha chivado? —pregunto molesta.

—Señorita Martínez, observo todos tus movimientos. A mí no me puedes engañar.

Trago saliva. ¿Qué significa todo esto? Y lo peor de todo… ¿Por qué estoy tan cachonda?

—Lo siento… —musito. Es lo único que se me ocurre decir.

—¿Por qué has llegado tarde? —repite—. Soy tu jefe y me tienes que dar una explicación.

No sé cómo, pero he acabado con la espalda pegada a la pared, con Alberto tan cerca de mí que me cuesta respirar.

—Es… personal —balbuceo.

En este momento, la lengua de Alberto recorre mi labio inferior y

cierro los ojos. Estoy a punto de perder el control, de mandarlo todo a la mierda. Me ha puesto tan cachonda que sería capaz de cometer una locura y, de hecho, me apetece cometerla. Me follaría a Alberto en este almacén hasta dejarlo seco, aunque sé que la idea es pésima. Es mi jefe y… ah, sí, tengo novio. Un novio que no me satisface, con el que últimamente discuto más que otra cosa, con el que no me siento valorada, con el que llevo tantos años que he olvidado cómo era antes de él.

Y los plomos se me funden.

Me lleno de rabia. Culpo a Óscar de todas mis desgracias, lo culpo por sentirme enjaulada, lo culpo hasta del calentamiento global. Lo culpo de convertirme en una mujer insatisfecha, infeliz, hastiada y me doy cuenta de que se tiene que terminar, que no lo quiero y que si lo hiciera, esto no se me pasaría por la cabeza.

Cojo a Alberto de la camisa y le atraigo hacia mí para besarlo. Hundo mi lengua en su boca y, a pesar de la sorpresa inicial, él me devuelve el beso con ansia. Sé de primeras que esta es la peor idea de todas las peores ideas que he tenido en mi vida; que Alberto es un baboso y que esto me va a costar caro, pero ahora mismo solo quiero que me folle y no pienso en nada más. Me desprendo de su camisa, desabrochando cada botón todo lo rápido que puedo sin llegar a romperlos, aunque ganas no me faltan. Mi camiseta sale volando, dejando mis tetas al aire porque me he vestido tan rápido que ni siquiera he pensado en el sujetador. Alberto las mira asombrado y se deleita con ellas metiéndose mis pezones en la boca.

Gimo.

Después repta por mi vientre hasta llegar al botón del pantalón y, en un abrir y cerrar de ojos, me he quedado en bragas. Mete sus dedos entre el elástico de mi ropa interior y me masturba con maestría. Sabe perfectamente lo que hace y se nota por cómo me estoy retorciendo de placer.

—Eso es, nena…, mójame los dedos —susurra antes de morderme el lóbulo de la oreja.

Eso me pone burrísima, así que le bajo los pantalones y la ropa interior con ansia. Le agarro la polla para masturbarlo despacio, hasta volverle loco. Lo sé por los gruñidos roncos que suelta al lado de mi oreja. Posa sus manos en mis hombros ejerciendo presión para que, obviamente, me baje a chupársela.

—No te lo crees ni tú —le digo—. Vas a follarme, pero no pienses que te la voy a chupar.

Alberto sonríe cachondo perdido porque, aunque no se lo vaya a hacer, sé que le pone que hable mal. Vuelve a juntar sus labios con los míos, aunque lo que más recorre mi boca es su lengua. Mientras, me baja las bragas, se pone un condón rápidamente y me apoya contra

unas cajas de tal manera que quedo medio tumbada en ellas, dándole la espalda. Ya no sé ni lo que estoy haciendo, solo me estoy dejando llevar por algo que sé que está mal, pero no puedo evitar.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo imaginándome este momento? Te voy a follar hasta que grites.

Y me penetra. Fuerte, duro. Una estocada seca que se me clava en los más hondo y me hace gritar de placer. Nuestros cuerpos chocan, nos pegamos del sudor de nuestra piel y gemimos alto porque en el almacén nadie puede oírnos. Me agarra los pechos, me pellizca los pezones y me humedezco más. Él gruñe, y yo le acompaño con mis gemidos lastimeros porque quiero más. Estoy tan acostumbrada a quedarme a medias que no me sacio con sus embestidas. Necesito que el orgasmo me devore entera.

—Córrete, nena. Córrete porque no puedo más.

Y exploto. Óscar nunca me pide que me corra. Siempre empuja dentro de mí hasta que él termina y que Alberto me lo pida, me excita tanto que el orgasmo es demoledor. Mi jefe se vacía dentro de mí unos segundos después.

Se quita el condón, le hace un nudo y lo deja encima de las cajas en las que estoy apoyada. Empieza a vestirse con una expresión en la cara indescifrable y yo estoy tan conmocionada que no me muevo. Una vez que el efecto del orgasmo ha desaparecido, me siento como una mierda y Alberto termina de rematarme:

—Oye… esto… No se puede repetir. Lo hemos pasado bien, pero… estoy casado.

«¿Qué cojones?»

¿Casado? ¿En serio? ¿Tres años trabajando con él y me entero ahora? Me dan ganas de abofetearlo por cómo trata a las mujeres, teniendo una que le espera cuando llega a casa. Bueno, no soy yo la más indicada para juzgarlo porque le acabo de poner los cuernos bien puestos a Óscar, pero me enferma que nos trate como si fuéramos ganado, aprovechándose de la situación de superioridad, haciéndonos comentarios muy poco apropiados.

—¿Y me lo dices ahora? —inquiero indignada. Más que nada, por la sorpresa.

—Bueno, tú tienes novio y no te he oído mencionarle.

«Touché».

—Tienes razón. Esto no puede volver a pasar.

Me visto corriendo y, cuando voy a salir del almacén, la voz de mi jefe me frena:

—Señorita Martínez… Una salida más del tiesto y estás en la

calle.

«Maldito hijo de puta,
así un perro te muerda las pelotas».

2

La chica del pestillo roto

Inés es mi mejor amiga.

Bueno, la única que me aguanta hasta la saciedad y eso que la forma de conocernos fue la más rara del mundo. Fue en el baño de un bar.Sí, la típica chica a la que le pides que te sujete la puerta porque el pestillo está roto (como en la mayoría de los bares), solo que Inés de típica no tiene nada. Empezó a hablarme desde el otro lado de la puerta mientras yo hacía pis y lo más raro de todo es que no me pareció raro. Inés es natural, espontánea y dicharachera, con cero prejuicios. Así que, cuando salí del cubículo, ella, ni corta ni perezosa, me apuntó su número de teléfono en el brazo con lápiz de ojos.

—Llámame un día y tomamos una copa. No sé qué tienes, pero eres especial.

—No soy lesbiana —le respondí a la defensiva. Claro, a ver, ponte en mi situación. Una tía te aborda en un baño, te da su número de teléfono para que toméis una copa y, ¿qué vas a pensar?

—Yo tampoco. —Me sonrió—. Simplemente creo que podemos ser buenas amigas.

Y así fue.

Me contagié de su locura y espontaneidad y la llamé. Teníamos la misma edad, veintidós años. Inés consiguió que me sintiera llena de vida, como si poseyera toda la energía del mundo.

No como ahora que, más que una persona humana, parezco un fantasma. Después del *affaire* con mi jefe, necesito hablar con ella irremediablemente y contárselo porque, desde que salí de ese almacén, me siento la persona más mierda del mundo. Una cosa es que la situación con mi novio vaya de mal en peor y otra muy distinta es que me folle a mi jefe por venganza.

Hoy salgo pronto. Bueno, más bien, Alberto me ha sugerido que me fuera antes para no liarla más. Mi humor y el suyo dejaban mucho que desear. Supongo que también ha sido porque no podía mirarme sin que se le pusiera dura recordando ese polvo en el almacén. Así

que, Inés y yo hemos decidido empezar con las copas a las seis de la tarde, por lo que estamos en un garito del centro con el primer roncola en la mano.

—Pichurrina, ¿con el baboso? ¿En serio? ¿No había otro hombre en el mundo con el que ponerle los cuernos a Óscar?

—Lo sé, lo sé. Es lamentable. No sé qué me ha pasado. No sé qué hacer, Inés.

Lo primero que le he dicho cuando la he visto es: «Me he acostado con mi jefe».

Así, sin paños calientes, sin contexto, sin anestesia. Lo más preocupante de todo es que lo único que le ha sorprendido es que haya sido con mi jefe, no que me haya acostado con otro.

«Crónica de una muerte anunciada», me ha dicho.

—¿Con Óscar o con tu jefe?

—Con Óscar.

—Pichurri, hace mucho que esa decisión la tienes tomada y lo de tu jefe es la gota que ha colmado el vaso.

Resoplo y pego un buen trago a mi copa. Necesito que el alcohol me nuble la culpabilidad hasta hacerla desaparecer.

—Joder, no sé cómo hemos llegado a esto.

—¿Folláis? —pregunta Inés removiendo su copa con la pajita.

—Esta mañana hemos echado un polvo antes de irnos a trabajar y…

—Y no te has corrido, como viene siendo costumbre —afirma.

Niego con la cabeza y la rabia inunda mi cuerpo, pero no la dejo salir.

Inés me mira con sus ojillos claros, se aparta su melena rubia y rizada con una mano y con la otra agarra la mía.

—Cariño, así es cómo habéis llegado a esto. Lo vuestro no funciona desde hace mucho tiempo.

—¡Pero no solo es el sexo! —me quejo. Inés achaca todos los problemas de pareja a la insatisfacción sexual—. No sé cuándo se ha vuelto una persona egoísta que solo piensa en su trabajo, en sus logros, en sus putos calzoncillos de la suerte…

—No me digas que se sigue poniendo esos calzoncillos de Superman…

Asiento exasperada y me termino la copa. Necesito otra y así se lo hago saber al camarero.

—Por cierto, hazte una revisión ahí abajo. A saber lo que te puede pegar ese baboso…

Ambas estallamos en carcajadas. Pero carcajadas hasta llorar de la risa. En realidad, Inés llora de la risa; yo lloro de verdad porque, después de lo de hoy, mi vida va a cambiar. Y ya no puedo agarrarme a un clavo ardiendo pensando que todo va a mejorar.

—Voy a contárselo a Óscar y, probablemente, te llame desconsolada a las tres de la mañana pidiéndote asilo político. Me va a echar de casa.

—Llámame a la hora que haga falta, pichurrina. Toma las riendas de tu vida, porque hace tiempo que te has perdido.

—¿Óscar?

La casa está a oscuras, pero oigo una música suave que proviene del salón. Me dirijo allí con cautela siguiendo la melodía; cautela porque no sé con qué cara voy a mirar a mi novio después de lo que le voy a decir.

«¡Dios mío!»

El salón tiene una luz tenue a consecuencia de varias velas que Óscar ha colocado estratégicamente. También hay flores, muchas flores. ¿Cómo ha hecho esto? Cada vez me voy haciendo más pequeña, me voy quedando más pálida y me están entrando náuseas. La mesa está muy bien vestida, con la vajilla buena que nos regaló mi madre cuando nos fuimos a vivir juntos y las copas que nos regaló su padre para servir los vinos caros. En el centro, más velas alumbran la mesa sin quedar recargada. El bolso se me cae al suelo de la impresión y Óscar se acerca a recogerlo. Se ha quitado el traje del trabajo y se ha puesto cómodo, con un pantalón vaquero que usa para estar en casa y un jersey fino en color beige.

—Cariño, ¿estás bien? Parece que has visto un fantasma.

«Un fantasma no,
pero mi peor pesadilla sí».

Odio los detalles románticos que te pillan desprevenido y te hacen sentir mal porque no se te ocurrió a ti.

También te hacen dudar de si eso no se debe a que tu pareja debe pedir perdón por algo; o para montarte una encerrona. Siento ser tan pesimista, pero la experiencia me dice que, la mayoría, esconden algo detrás.

—No, no, perdona. ¿A qué se debe todo esto? —pregunto nerviosa.

—Shh… Todo a su tiempo, cariño. Ven, siéntate. —Me señala una de las sillas que hay junto a la mesa. Yo obedezco y me siento porque estoy tan bloqueada que no sé cómo actuar.

Miro todo con incredulidad. Se trata de algo importante si se ha molestado en montar este tinglado. Me siento una persona nefasta porque le voy a romper el corazón justo hoy, justo el día que decide tener un detalle conmigo.

Me quiero morir.

Óscar sirve la cena: lasaña casera (hecha por mi madre y descongelada) y una ensalada. No iba a ser todo tan bonito, más que nada porque Óscar no sabe cocinar. No nos morimos de hambre gracias a mí y a los *tupper* de mi madre. No es que sea yo un prodigio en la cocina, pero me defiendo. Menos mal que ha sido avispado y ha comprado vino. Me da a mí en la nariz que lo voy a necesitar; en cantidades industriales. Ya he dicho que soy un poco bruja y presiento las cosas y, ahora mismo, presiento que no me va a gustar lo que se viene. Ya no solo por lo que estoy a punto de contarle, sino por lo que esconde.

Cenamos en un incómodo silencio; incómodo porque Óscar está entre nervioso y pletórico, y yo no sé cómo empezar la conversación que no puedo seguir retrasando. Así que voy a poner los ovarios encima de la mesa.

«Ha llegado el momento. Tú puedes.
No seas cobarde de cloaca».

—Óscar. —Él se concentra en mí—. Tengo que contarte algo.

En mi mente ha aparecido automáticamente la temida frase: «Tenemos que hablar», pero nunca me ha gustado y me parece una forma muy violenta de empezar una conversación porque todos sabemos lo que implica.

—Yo primero, por favor —me pide.

«Mierda».

Asiento cediéndole la palabra. Espero no arrepentirme porque, cuanto más tiempo pasa, más cobarde me siento.

—Cariño…, por fin…, ¡soy socio! El juicio está más que ganado. —Le sonrío contenta porque me alegro por él, ha luchado y se ha esforzado mucho por esto; aunque me haya dejado a mí por el camino. Voy a decir algo cuando hace un gesto con la mano para que me detenga y prosigue—: Por eso, creo que ha llegado el momento, cariño.

Óscar se levanta de la silla y se dirige a su cazadora a coger algo pequeño. Parece un estuche… ¡NO! Mi mal presentimiento se hace real.

«No, no, no. Dios, si existes, por favor,
que sean unos pendientes».

Se posiciona delante de mí y contengo el aliento.

«Joder, pero ¿por qué hoy?».

Rezo todo lo que sé a cualquier figura divina que quiera escucharme para que no pase lo que estoy casi convencida que va a pasar.

—Cielo, desde la primera vez que te vi, aquella tarde hace nueve años, tan bonita, tan viva, con esos ojos tan verdes…, supe que ibas a ser la mujer de mi vida. Que serías la mujer que me daría todo lo que siempre he deseado.

«¿Perdona? La esclava que se lo da todo,
entiendo yo. Será mamón».

—Por eso, mi vida… ¿Quieres casarte conmigo?

«Mierda, *remierda* y *putermierda*».

De todas las opciones que he contemplado antes, esta es, claramente, una encerrona. Óscar se arrodilla y abre el estuche negro. No, no son unos pendientes muy a mi pesar. Es un jodido anillo con una piedra más grande que mi cabeza. Contengo el aliento mirando fijamente la joya porque si lo miro a él no sé si voy a reír, a llorar o a gritar desquiciada. De angustia, no emoción, que no se malinterprete. Siempre he sido una persona que ha pensado mucho con la cabeza, pero no sé qué parte de mi cerebro hace, de vez en cuando, «clac» que ni siquiera pienso. Me remito a las pruebas: llamé para quedar a tomar una copa con una tía que me abordó en un baño, me apuntó su teléfono con lápiz de ojos y se convirtió en mi mejor amiga y me he follado a mi jefe, el baboso, sin cuestionármelo ni un solo segundo. Así que tampoco es que esté pensando mucho esto que voy a hacer ahora mismo.

—Me he acostado con otro.

Siempre llego tarde a todo en la vida. Las cosas como son, esto podría haber pasado antes; ocasiones no me han faltado. Ha sido muy rastrero y soy consciente de que, aunque las cosas vayan mal, no es motivo para engañar. A lo que me refiero es que los plomos se me podían haber fundido antes, pero no lo hicieron. Quizá si hubiera pasado, nos hubiéramos ahorrado años de desgaste.

Sé que lo último que se esperaba mi novio es que fuera yo quién pusiera los cuernos, porque siempre ha pensado que soy un poco

mojigata. Casi le tuvo que pedir permiso a mi padre para salir conmigo a pesar de llevar un año juntos, con eso lo digo todo. Así que la cara que está poniendo Óscar no me sorprende en absoluto. Está desconcertado y dolido. Asimilando el golpe como si le hubiera dado con toda la mano abierta, parpadeando rápido para recuperarse.

—¿Qué? —No me jodas que se ha quedado sordo de la impresión.

—No quieres que lo repita, Óscar.

Él sigue clavado en el suelo, con la rodilla hincada y el estuche entre las manos, mirándome como si me hubiera salido otra cabeza o como si tuviera a mi amante pegado a ella en plan siameses.

—Estás bromeando. —Se ríe—. Claro, es una broma, tú no serías capaz de hacer algo así. Casi me lo creo, cariño. ¿Entonces, sí?

Cierro los ojos cabreada.

¿Se nota no? No me toma en serio y nunca lo ha hecho. Me ha tenido subestimada toda nuestra relación y estoy harta. Creo que pensaba que iba a ser la perfecta esposa, cuidando de nuestra perfecta casa, criando a nuestros perfectos hijos mientras él va a trabajar a su perfecto despacho. Un momento…

—Óscar, ¿por qué me pides matrimonio justo ahora?

Se tensa y me retira la mirada. Lo he pillado. A todo esto, sigue con la rodilla clavada en el suelo como un campeón. Pues que sufra. Empieza a pasarse la mano por su pelo castaño con nerviosismo. ¿Se cree que soy imbécil?

—Cariño… —musita suplicante para que no ate más cabos.

—Déjame adivinar… —le corto—. Tus nuevos amiguitos no ven bien que seas socio si no media un anillo de por medio entre nosotros dos. ¿Me equivoco?

Su mirada lo delata. Obviamente, he dado en el clavo.

—Cariño, entiéndelo, es gente muy conservadora y esto es lo que siempre he querido… ¿Qué te cuesta?

Me levanto furiosa.

«Esto es lo que siempre he querido».
«Qué te cuesta».

¿Y lo que yo quiero? ¿Dónde queda lo que yo quiero? En nada, porque mi vida no importa. Siempre igual; primero mis padres y luego mi novio. No puedo más.

—¿Que qué me cuesta, Óscar? ¿En serio? —chillo desesperada—. Me estás pidiendo matrimonio porque te obligan tus putos socios. ¡¡¿Tú lo ves normal?!!

Se queda mudo.

—Si esperabas que me casara contigo así, lo llevas claro —concluyo.

—¿Qué tengo que hacer para que te cases conmigo? —pregunta

desesperado—. Yo… Te quiero.

Genial, intenta arreglarlo con un «te quiero» vacío de sentimiento.

—Volver a nacer —le respondo.

Óscar, por fin, se levanta y me mira furioso. A pesar de todos los años que llevamos juntos, nunca le había visto esa expresión en el rostro. Es rencor, ira, desprecio.

—¿Cómo dices?

—Que estoy harta, Óscar. Harta de estar a tu sombra; de que pienses que solo sirvo para ser tu mujercita; de utilizarme para correrte cuando no te importa si yo me corro o no, que para tu información, hace más de dos años que no llego follando contigo. No puedo más.

—¿Te has follado a otro de verdad? —pregunta sorprendido. Ahora cae en la cuenta de que no iba de farol.

—Sí —contesto lo más serena que puedo.

Y puedo ver con perfecta claridad como Óscar, el hombre con el que llevo compartiendo mi vida nueve años, desaparece y se convierte en otra persona que no conozco. Sus ojos marrones ahora parecen negros. Aprieta los puños y la mandíbula con fuerza de la rabia y, en un abrir y cerrar de ojos, todos los jarrones que había por el salón han acabado hechos añicos en el suelo.

«Pues yo no lo pienso limpiar».

—¿Cómo cojones has podido hacerme esto? ¡¿Cómo?! —grita.

—¿Y cómo has podido tratarme tú como lo has hecho? No me merezco que me pidan matrimonio así y me merezco correrme cada vez que follo. Así que no vengas con que no te esperabas algo así. Pero bueno, al final, la culpa es mía por dejar que esto trascendiera tanto.

Óscar ya no razona, solo ve cuernos. De hecho, me ha parecido ver que se tocaba la cabeza varias veces para comprobarlo.

—Has tirado por la borda nueve años. Me vas a hundir la vida. Estaba tan cerca de ser socio y ahora… —me acusa fuera de sí.

Lo mato, lo juro, y enterraré su cadáver al lado de su querido despacho de los cojones.

—Eres un egoísta. Ni te atrevas a echarme la culpa de esto. Te la has hundido tú solito.

De repente, Óscar cae de rodillas en el suelo y solloza.

—¿Con quién ha sido?

—Creo que eso es bastante irrelevante.

—Quiero saberlo —insiste.

—No te lo voy a decir, Óscar. Ya no es asunto tuyo y tampoco me veo con fuerzas para arreglar esto. Me voy a casa de Inés. Ya vendré a recoger mis cosas.

Vuelve a levantarse y se me encara.

—¡Eso es! ¡Vete! Vete con la bala perdida de tu amiga a revolcaros en la miseria. Seguro que esa guarra te ha metido mucha mierda en la cabeza.

Me quedo sorprendida y cabreada, más si cabe. Pensaba que Inés le caía bien, al menos, nunca dio muestras de lo contrario. También me sorprende que la llame guarra. Inés sale, se divierte y folla como todo el mundo, pero esto me está demostrando la cabeza tan malita que tiene Óscar. Antes no era así y creo que esas personas de su despacho le han comido el coco de tal manera que ha acabado siendo alguien que no reconozco.

—Eres un clasista y un machista de mierda. Inés al menos es una persona humana, íntegra y libre. Tú ya solo eres una marioneta de esa gente. Me das mucha pena.

Y me largo de la que ha sido nuestra casa y de su vida.

Adiós a nueve años juntos.

El mes de abril me abre un nuevo comienzo. Un «hola» a la que espero que sea mi nueva vida, porque tengo muchos errores que reparar y mucho tiempo que recuperar.

4

Una sorpresa desagradable y una nota

Mayo

Lo pasé llorando, echando de menos a Óscar.

Han sido nueve años de mi vida y, de verdad, pensaba que él era mi gran amor. Me vine abajo en cuanto salí por la puerta de esa casa que habíamos compartido. El hecho de ser yo la que acabó con todo no hizo que me sintiera mejor, sino todo lo contrario. Me preguntaba constantemente en qué habíamos fallado; en qué momento se torció todo; cuál fue el punto de no retorno. No he encontrado respuesta. Supongo que no hubo un instante concreto, sino una sucesión de acontecimientos que fue mermando la relación; o más bien, mermándome.

Me sentí perdida sin Óscar y lo pasé mal.

Él había sido mi faro durante todos estos años. No sabía qué hacer con mi vida y que mis padres apenas me hablaran durante todo ese mes tampoco ayudó. Obviamente no me apoyaron en mi ruptura; de hecho, me incitaron a casarme con él y olvidar todo lo que había pasado. ¿En qué mundo viven y cómo he podido estar tan ciega durante tanto tiempo?

Yo quiero sentirme libre en el sentido más completo de la palabra; sin dar explicaciones, sin cargos de conciencia, con tiempo para pensar realmente qué quiero de la vida.

Junio

Estuve algo mejor y fue gracias a que Inés me dio la patada en el culo que me hizo espabilar.

Estuve cuatro semanas enteras tumbada en su sofá, poniéndome ciega a ganchitos y levantándome solo para ir a trabajar; eso sí, no volví a llegar tarde ningún día.

La situación con Alberto, para mi sorpresa, se suavizó. Ahora es más amable conmigo, aunque se pasó semanas evitándome. Todos saben que aquel día rompí con Óscar; obviamente, no les conté detalles, solo les dije que lo habíamos dejado. Aun así, Alberto no se volvió a acercar a mí, sexualmente hablando. Tengo dos teorías al respecto: primero que, aunque parezca un salido, ponerle los cuernos a su mujer le dio más cargo de conciencia de lo que nunca imaginó; la segunda opción es que no le gustó el polvo que echamos. Tampoco me he parado a pensar mucho en ello; no tengo intención de que se repita. Aquella vez fue una ida de olla provocada por la discusión con Óscar y mi insatisfacción sexual.

Carla también fue más amable conmigo; supongo que porque ya no le doy problemas. Hasta podría decir que se ha convertido un poco en mi amiga. Hablamos más que nunca y compartimos intimidades. La verdad es que es una chica genial. Me confesó que, al principio, pensaba que era una amargada, pero que desde que lo dejé con Óscar, no era tan coñazo.

Julio

Fue un poquito mejor, muy parecido al segundo, solo que Alberto ya se acercaba más a mí; como antes, pero respetándome. Me alegré de ese cambio de actitud por su parte.

—¿Qué mosca le ha picado al jefe? Parece otra persona —me comentó Carla un día.

Yo me encogí de hombros haciéndome la tonta. Mi primera teoría cobraba fuerza y me alegré de que, al menos, nuestra infidelidad hubiera servido para algo bueno.

Nunca le conté a nadie que mi aventura había sido con mi jefe; excepto a Inés, claro, con ella no tengo secretos.

Seguía echando de menos a Óscar, pero no sentía la opresión en el pecho que me acompañó el primer mes. No volví a saber nada de él, excepto cuando fui a recoger mis pertenencias de aquel piso que tantos momentos buenos nos había dado. Desde aquel fatídico día, Óscar no quiso volver a hablar conmigo y lo entiendo. Necesitaba tiempo para curar sus heridas, aunque tengo la certeza absoluta de que lo que más le dolió no fue la infidelidad, sino estar a punto de perder la oportunidad de ser socio del despacho por mi culpa.

Sé que Inés me quiere, pero también sé que me necesitaba un poco lejos de su casa después de tres meses sin hacer amago siquiera de buscar un piso para mí. Ella es muy celosa de su intimidad; le gusta la soledad y la independencia. Por eso sabía que empezaba a molestar en su casa, aunque ella nunca me lo ha reprochado. Así que decidí

empezar a buscar un piso para alquilar.

Estaba segura de que quería vivir sola, sin compañeros, porque necesitaba aprender a hacer las cosas por mí misma. Siempre he estado bajo el ala de mis padres, después del de Óscar y, acto seguido, del de Inés. Ya era hora de buscar mi camino en soledad, aprendiendo a estar conmigo misma.

Agosto

He encontrado un apartamento muy cerca del de mi amiga.

El precio es asequible para el sueldo que yo gano y, además, es amplio: dos habitaciones, un baño y cocina americana junto al salón. Y lo más importante: tiene plaza de garaje, lo cual me salva gratamente la vida.

Por suerte, la casera es una señora muy amable y agradable. Fue gracioso que nos enseñara el piso a Inés y a mí pensando que éramos novias.

—Para una pareja tan mona como vosotras, creo que el piso es perfecto —nos dijo Mercedes, la casera.

—Ay, señora Mercedes, nosotras solo somos amigas y la que se va a quedar el piso es ella —le aclaró Inés amablemente, señalándome.

La señora Mercedes se sonrojó y nos pidió disculpas bastante avergonzada, pero siguió siendo muy amable, así que decidí quedármelo.

La mudanza la hicimos de una vez en mi viejo coche. Me di cuenta de que no tenía muchas pertenencias, ya que mi vida se resumía en las diez cajas que saqué de mi antiguo piso.

—Pichurrina, esto es una prueba irrefutable de que tu vida se estaba apagando. Aparte de libros, solo tienes ropa y zapatos. Y la verdad es que son escasos, todo hay que decirlo.

Es verdad. Tengo una obsesión enfermiza en coleccionar libros, así que, de esas diez cajas, cuatro solo contenían novelas. Las demás estaban llenas de cosas básicas para subsistir. No quise llevarme fotos ni recuerdos porque, para mí, ya no tenía sentido. Soy de esas personas que necesitan romper totalmente con todo, como si empezara de cero. Bueno, técnicamente, empiezo de cero.

Inés se ha ofrecido voluntaria (la he tenido que amenazar, en realidad) para acompañarme a Ikea con el fin de hacer de mi nuevo piso, un hogar. Hemos cogido una de esas cestas con ruedas y nos estamos peleando por llevarla como si fuéramos dos crías.

—¿Y este sacacorchos? Mira qué mono.

—Es un sacacorchos, Inés. No tiene nada del otro mundo.

—Pero no me digas que no disfrutarías más el vino abriendo la botella con este sacacorchos. —Se defiende.

La ignoro y sigo mi camino hacia la sección de alfombras. Ella me pellizca el brazo para vengarse y continuamos peleándonos por el carrito. Me he entretenido en la sección de baño y he cogido un par de escobillas negras. De esto nunca se habla, pero la escobilla es un elemento fundamental en la casa.

—¿Y este cojín? —Inés me señala uno en tonalidades fucsia con pompones y lentejuelas.

—Cielo, no me pega con el sofá —me invento porque, la verdad, es que el cojín no me gusta nada.

—Tú sofá es gris, mongola. Pega perfectamente, no hace falta que me mientas para no herir mis sentimientos.

Cómo me conoce. Sigo mi camino empanada mirando un montón de cosas y, a la vez, nada concreto, cuando Inés me vuelve a pellizcar el brazo.

—Ay, tonta, que me haces daño —me quejo.

Me llevo otro pellizco un poco más fuerte.

—Joder, Inés, que duele.

—Pichurrina…

—Hola.

Miro al frente y un sudor frío me recorre la columna. Sus ojos marrones, tan familiares para mí, se centran en los míos verdes y me cago en todo al instante. No solo por estar delante de Óscar después de cuatro meses de silencio; tampoco porque le acompañe una morena despampanante a la que parece que le han metido un palo por la retaguardia; sino porque llevo unos pantalones de chándal, una camiseta de manga corta con publicidad, zapatillas y una coleta

despeinada. Es decir, como nunca querrías que te viera tu ex y, menos, cuando lleva colgada del brazo a una chica que te da cinco mil vueltas.

Es una patada moral a la autoestima de la que cuesta recuperarse.

Inés me vuelve a pellizcar porque me he bloqueado.

—Ho… hola, Óscar.

—¿No nos presentas, cielo?

«¿Cielo? ¿Cómo que cielo?
Está de coña, ¿no?»

—Sí… Naiara, ella es mi ex.

Y no dice nada más, ni siquiera es capaz de presentarme por mi nombre. Pues no voy a ser yo quién se lo diga.

—Encantada, soy compañera del despacho y su novia.

La pava sonríe satisfecha porque era lo que buscaba, marcar territorio, aunque, por la mirada que me ha echado, se ha dado cuenta de que no soy competencia para ella.

—Vaya, Osquítar, no has perdido el tiempo —le critica Inés con mucha mala baba.

—No me quedó más remedio que pasar página. —Y me mira a los ojos.

Parece que me he quedado muda.

No esperaba nada de esto y que ella me esté restregando con toda su mala hostia que es la nueva novia de Óscar me cabrea sobremanera.

—Bueno, me alegro de que hayas pegado el braguetazo que querías para ascender. Naiara, bonita, cásate con él. Vas a ser hiperfeliz —ironizo—. Adiós, Óscar.

Y sigo adelante, hacia la sección de alfombras, dejando a Óscar fuera de mi vida definitivamente.

Nunca imaginé que me guardaría tan poco luto. Hemos compartido nueve años de nuestra vida. ¿Es que no le he importado lo más mínimo? Hace cuatro meses quería que nos casáramos… Pero, claro, no era porque me quisiera, sino por razones equivocadas.

Igualmente, duele. No lo puedo evitar. No deja de demostrar que, desde hacía mucho tiempo, nuestra relación estaba más que rota.

—Pichurrina, es un gilipollas. No te vengas abajo por esto.

La miro y no puedo evitar que una lágrima resbale por mi rostro sin control.

—Inés, no me puedo creer lo que acabo de ver… Se ha echado novia. En menos de cuatro meses. ¿Con qué clase de persona he estado compartiendo mi vida?

—Con un cabronazo, cielo, porque se ha parado expresamente para que la vieras a ella.

No reconozco al Óscar que he visto. Hace mucho que dejó de ser el chico risueño, divertido, amable y despreocupado del que me enamoré y siento pena porque, ese chico, prometía mucho.

El garaje me da la vida.

Creo que es lo que más me gusta del piso. Me da mucha tranquilidad que mi viejo coche esté protegido de los cambios meteorológicos que dañan la pintura, de los rozones de aparcamiento por culpa de otros, de los robos…

Me iría de la vida si me roban el coche. Fue un regalo de mis padres (vamos, que fue el coche que tenían antes del que tienen ahora) y no tengo dinero para comprarme otro.

Cuando llego a la puerta de mi garaje, le doy al mando y entro deseando aparcarlo y llegar a mi casa para regodearme en la mierda con un yogur de coco y una película sangrienta para poner la cara de Óscar al primero que muera.

Pero mi sorpresa es mayúscula cuando me encuentro mi plaza ocupada por otro coche, más viejo que el mío si cabe y sin ninguna nota de disculpa por invadir un espacio que no es suyo.

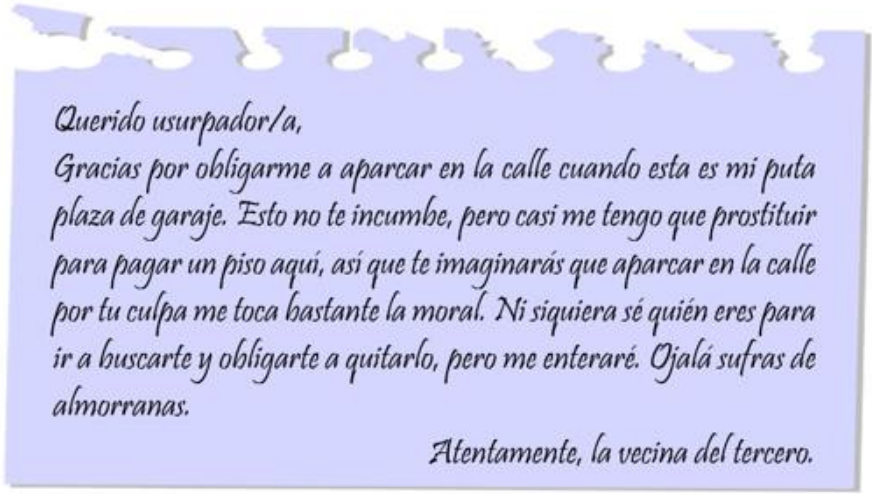
«Me cago en todo.
¿Y ahora qué hago yo?»

No conozco todavía a los vecinos y no tengo ni idea de quién puede ser el dueño o dueña de esta carraca.

Me bajo de mi coche observando al intruso con intensidad, como si eso me fuera a dar el nombre del culpable. Lo miro con ganas de romperle algún cristal o robarle la matrícula que, casualmente, coincide con mis iniciales. Solo por ese detalle, me da pena y decido no hacerle nada.

Vale, en realidad, yo no tengo alma de delincuente y no le habría hecho nada igualmente. Pero esta nueva «yo» que estoy descubriendo siente la necesidad de hacer algo y, como estoy cabreada como una mona, necesito pagarlo con alguien.

Por lo que no me lo pienso mucho antes de coger un trozo de papel, un boli de la guantera del coche y escribir:


Querido usurpador/a,
Gracias por obligarme a aparcar en la calle cuando esta es mi puta plaza de garaje. Esto no te incumbe, pero casi me tengo que prostituir para pagar un piso aquí, así que te imaginarás que aparcar en la calle por tu culpa me toca bastante la moral. Ni siquiera sé quién eres para ir a buscarte y obligarte a quitarlo, pero me enteraré. Ojalá sufras de almorranas.
Atentamente, la vecina del tercero.

Vuelvo a mi coche con el propósito de buscar aparcamiento, sintiéndome un poco mejor por haberme despachado en esa nota y haberla dejado sujeta en el parabrisas del usurpador. Me prometo romperle algo si vuelve a aparcar ahí; como no sabe quién soy… Bueno, le he dicho que soy la vecina del tercero, pero somos cuatro puertas, puede ser cualquiera.

Tardo media hora de reloj en encontrar un hueco en la calle y me habré cagado en los antepasados del usurpador un millón de veces. He intentado volver al garaje por si se había movido, pero no, el coche seguía igual de mal aparcado que la primera vez.

Así que, cuando llego a mi casa, estoy triste y cabreada como una mona. El yogur de coco que me iba a comer se ha convertido en dos más y la película sangrienta que quería ver se ha convertido en tres, por lo que acabo durmiéndome a las cuatro de la mañana sabiendo que a las siete tengo que estar en pie. Me toca abrir la tienda.

¿A dónde está yendo mi vida?

5

El usurpador

Cuando el despertador suena, tengo ganas de matar a alguien y despertarse con ganas de matar no es bueno para la salud mental de nadie.

Además, mi primer pensamiento del día va para la persona que me obligó a aparcar en la calle porque ahora tengo que ir a buscar el coche al quinto pimiento.

Me levanto quejándome de mi vida y me meto en la ducha.

No desayuno. Desde ayer tengo un nudo en el estómago. Bueno, vale, los yogures que me metí anoche entre pecho y espalda no ayudan. Mucha mierda para mi cuerpo. Me visto con lo primero que pillo; ya me cambiaré y me pondré la ropa de trabajo allí.

Salgo de casa e, inconscientemente, voy al garaje y me vuelvo a cagar en los muertos del que aparcó en mi plaza, porque su coche sigue ahí. Salgo enfurruñada a la calle en busca de mi coche. Diez minutos después, me monto y me dirijo al trabajo.

Alberto está especialmente tocapelotas hoy, corrigiéndonos como si fuéramos novatas. O a lo mejor soy yo que no me he levantado con mi mejor humor. De hecho, Carla me ha reñido para que deje de bufar. Además, hace un calor insoportable, propio del mes de agosto, que ni el aire acondicionado puede aliviar.

—Alberto, deja de tocar los cojones y déjanos trabajar. No somos nuevas —le espeto.

Me tiene harta.

Que si «chicas, haced esto así o hacer esto *asao*»; «Carla, deja de estar en babia y mueve el culo hasta la caja»; «Chicas, espabilad y colocad esa sección que mirad cómo la han dejado».

—Señorita Martínez, ¿recuerdas nuestra última conversación?

Arqueo una ceja. Obviamente, me acuerdo; y él también, porque se ha arrepentido en ese mismo instante de la pregunta que acaba de hacer recordando nuestro desliz.

—Me refiero a que una salida de tiesto más y… —intenta aclarar.

—Alberto, corta el rollo. Lo sé, pero es que estás hoy muy pesado. Nos tienes asfixiadas.

Él parece darse cuenta de la actitud que está teniendo y baja los hombros con cansancio.

—Perdona…, no tengo un buen día —se disculpa y me doy cuenta de que también tiene la mirada cansada.

—¿Estás bien?

—Mi mujer está embarazada —suelta a bocajarro.

Oh, oh. Por la cara que está poniendo, no sé si darle la enhorabuena o el pésame.

—¿Ha sido buscado? —No sé por qué he preguntado eso, pero es que no sabía qué decir.

—Sí.

—¿Entonces por qué tengo la sensación de que tengo que darte el pésame?

Alberto suspira con pesar. Nunca le había visto así de abatido y me da pena.

—Me siento una mierda después de lo que hicimos. No puedo mirar a mi mujer a la cara y ahora está embarazada, tan ilusionada y yo…

Se rompe.

«Mierda».

Le digo que vayamos al almacén para tener un poco más de intimidad y se pueda desahogar. Ojo, no con otros fines, solo quiero que no se derrumbe delante de los clientes y el personal.

Alberto se sienta en el suelo, con las rodillas flexionadas. Se pasa la mano por la mandíbula, nervioso y, por último, se peina su pelo castaño con los dedos. Yo lo imito y le paso un brazo por los hombros para darle apoyo.

—¿Estás mejor?

—La cagamos mucho ese día —reflexiona.

—Sí, no te lo voy a negar. Ambos pusimos los cuernos a nuestras parejas, pero al menos me ha servido para aprender.

—Pero tú no eras feliz con tu novio. Yo a mi mujer la quiero.

—Alberto, entonces no te entiendo. Hasta que pasó lo que pasó, nos trataste como si fuéramos ganado; chicas a las que te querías follar y conmigo lo conseguiste. ¿Por qué actuabas así entonces si tanto quieres a tu mujer? Ni siquiera imaginaba que estuvieras casado.

—Porque soy gilipollas.

—No te lo discuto.

—Antes de conocer a mi mujer, me tiraba a todo lo que se movía. Veía a una chica que estaba buena y entraba a matar. El día que la conocí a ella, todo cambió, ¿sabes? Me atrapó y me casé con ella. —

Hace una pausa—. Aquel día, discutí con Olivia. Estaba muy cabreado y, desde que pusiste un pie aquí, no te pude quitar el ojo de encima. No es un secreto que me atraes. Me pusiste muy cachondo y se me cruzó el cable. Cuando terminamos, me sentí como una mierda.

Medito sus palabras y me ruborizo. Sobre todo por ese presente que ha utilizado. No lo considero nada malo; al fin y al cabo, por muy enamorados que estemos, seguimos teniendo ojos en la cara. Aunque me siento un poco incómoda.

—¿Sabes? Quizá pienses que no estoy en mis cabales por decir lo que estoy a punto de decir, pero creo que lo que pasó entre nosotros fue bueno. —Alberto me mira como si fuera un *alien*—. Lo que quiero decir es que a mí me ayudó a tomar una decisión que era necesaria y a ti te ha ayudado a ser más respetuoso con las mujeres y a darte cuenta de cuánto quieres a la tuya.

Él cabecea sopesando mis palabras. Lo que he dicho, se lo he dicho de corazón y lo pienso de verdad. ¿Fue una cagada monumental? Sí, pero, al menos, ha servido para algo bueno.

—Quizá tengas razón.

—Será nuestro secreto. Ni siquiera le dije a Óscar con quién le puse los cuernos. Nadie tiene por qué saberlo. No seas tonto y disfruta de tu mujer y de tu futuro hijo. Pero no la vuelvas a cagar o seré yo la que te persiga. Y, por favor, déjanos trabajar.

Alberto sonríe agradecido.

Nos levantamos y nos damos un abrazo sellando nuestro secreto. Acostarnos estuvo mal, pero tengo una agradable sensación en el pecho, como si hubiéramos hecho algo bueno, en realidad. Sé que parece una locura.

Ambos volvemos al trabajo y, aunque Carla y algunos clientes se han percatado de nuestra ausencia, me he disculpado y me he inventado que Alberto me ha echado una buena bronca por llamarle tocapelotas. Así su reputación sigue intacta y nadie sospecha nada. Mi jornada laboral transcurre sin problemas, Alberto se relaja y todos respiramos aliviados.

Me dirijo hacia casa y rezo porque mi plaza de garaje no haya vuelto a ser usurpada. Por suerte, no lo está y puedo aparcar tranquilamente.

Feliz de la vida porque el día ha resultado mejor de lo que yo pensaba, subo a mi piso con la intención de tirarme en el sofá, ponerme lo más cómoda posible y hacer las tareas imprescindibles. Debería seguir abriendo y colocando cajas, pero estoy vaguísima, y como no tengo a nadie que me dé sermones, pues puedo hacer lo que me dé la gana.

En realidad también es una excusa. Siento que estoy de paso en esta casa y que estoy retrasando el momento. No logro comprender por qué me siento así cuando sé que, ahora mismo, lo único certero que tengo es mi presente.

Lo dicho, cuando llego, me quito los zapatos, el sujetador y me pongo unos *shorts* vaqueros de cuando tenía dieciséis años (sí, milagrosamente, todavía me valen) y una camiseta blanca de tirantes básica. Cuando me pongo a fregar los cacharros de la cena de la noche anterior y a hacer una lista mental de lo que tengo que comprar en el súper, llaman a la puerta.

¿Quién será? El timbre suena violento, como si quien está detrás de la puerta tuviera prisa. Me seco las manos con un trapo y me dirijo a abrir.

Es un chico. Un chico moreno, alto, delgado, con ojos azules y vestido con una camiseta negra y un vaquero roto está plantando en mi puerta con cara de estar estreñido. Es una descripción un poco básica, pero me ha distraído totalmente la nota que sujeta en una mano. Claramente, es la que yo dejé en ese cacharro de coche.

—Vaya…, el usurpador —le digo apoyándome en el quicio de la puerta.

—Tú debes de ser la prostituta.

Lo miro incrédula sin terminar de creer lo que acaba de decir. ¿Cómo que prostituta? ¿Qué coño se ha creído? Eso sí, no me ha pasado desapercibida su voz grave pero suave, quizá un poco dejada y, esto que quede entre tú y yo, ha tenido efecto directo en mi entrepierna.

—¿Perdón? —le contesto a la defensiva.

—Lo pusiste tú en la nota tan amable que me dejaste en el coche, ¿no? Que te tienes que prostituir para pagar este piso con plaza de garaje. Aparte de desearme unas almorranas, claro.

Será mamón…

—¿Y tú cómo sabes que fui yo la que dejó la nota?

—Primero, porque te has delatado tú solita al llamarme usurpador. Y, segundo, porque firmaste como la vecina del tercero y aquí solo hay cuatro puertas. En esa —señala la puerta del fondo a la izquierda—, vive la señora Magdalena, la cual tiene ochenta años y

nunca se sacó el carné de conducir. En aquella —señala la que está justo enfrente a la mía—, vive Jesús, jubilado y con el carné caducado. Y en esta de mi derecha, vive mi hermana Marta. Como comprenderás, no quedaban muchas más opciones.

Me quedo pálida. La cara que estoy poniendo debería de aparecer junto a la entrada del diccionario de la palabra «imbécil».

Boqueo como un pez intentando defenderme, pero no me salen las palabras…

Aprovecho esos segundos de confusión para fijarme bien en el chico. Es guapo, no un bellezón de revista, pero tiene algo que lo hace atractivo.

Cerebro

«Deja de pensar con la vagina y céntrate.
Te acaba de dejar por los suelos. Por favor, reacciona».

—Vaya… —consigo decir.

Cerebro

«Bravo, acabas de quedar como
una auténtica gilipollas».

—Vaya… —repite él—. ¿No piensas disculparte?

—¿¿Yo?? —Me señalo con un dedo—. Deberías pedirme perdón tú a mí por dejar tu chatarra de coche en mi plaza.

El chico niega con la cabeza decepcionado, agachando la mirada, pero pronto vuelve a centrar su atención en mí.

—¿Sabes? Venía con la intención de hacerlo y presentarme, aunque tu nota me deseara unas almorranas, pero, visto lo visto, paso. No me gusta lo que veo.

El chico se aleja y entra en la puerta de al lado; la de su hermana, al parecer.

Mi vecina.

¿Cómo que no le gusta lo que ve? ¿Se refiere a mi aspecto? Es verdad que no estoy vestida como para ir a una entrega de premios, pero… ¡Será gilipollas!

Genial, he empezado con muy buen pie en este descansillo. Me espera una convivencia cojonuda con mi vecina de al lado.

Desde que aquel chico apareció en mi puerta, he oído ruidos extraños al otro lado de la pared del salón: golpes, taladros, incluso oí como si alguien arrastrara muebles.

También escucho a veces el llanto de un bebé; capaz es de poner videos de YouTube de esos en los que salen niños llorando a todo volumen. Me dijo que al lado vivía su hermana, no que él también lo hiciera, pero, por alguna extraña razón, sé que él es quien me está dando por culo.

Yo no me quedo atrás, claro, porque para chula yo. Pongo la tele a todo volumen aunque no la esté viendo o Spotify con la música a toda pastilla cuando esos golpes empiezan. Creo que se ha convertido en una jodida guerra. Una guerra con un chico al que no conozco de nada y del que ni siquiera sé su nombre.

Pero hoy ha sobrepasado todos los límites: lo he oído follar durante gran parte de la noche.

Mi habitación no está, ni de lejos, cerca de la pared que nos separa, así que imagínate a qué volumen gemían. Apenas he podido pegar ojo y tengo que ir a trabajar; turno doble, además. Tengo ganas de asesinarlo lentamente, despellejarlo vivo, clavarle astillas debajo de las uñas… Yo que sé, me da igual, solo quiero que sufra.

Bajo al garaje como cada mañana, aunque hoy de muy mala hostia porque la falta de sueño no me sienta bien. Cuando me acerco al coche, veo que en el parabrisas hay un papel de color amarillo.

«¿Me han dejado publicidad?
¿En el garaje?»

Qué ilusa, ojalá hubiera sido publicidad. Lo que me encuentro es una nota escrita a mano en una letra curvada pero legible; diría que hasta es bonita.

Espero que hayas disfrutado estos días del piso con plaza de garaje por el que te estás prostituyendo para pagar. Lo de anoche fue un regalo para tus fantasías más sucias.

Atentamente, el vecino del tercero.

Antes quería clavarle astillas debajo de las uñas; ahora, quiero desangrarlo lentamente y que note que se está muriendo. Sí, lo sé, las películas sangrientas trastornan mi mente, pero no me vas a negar que se lo merece.

Voy a decir algo que negaré rotundamente si sale a la luz, pero me puso un poco cachonda oírlo follar. Me lo imaginé y… ufff. Aun así, lo odio con todas mis fuerzas y me voy cabreada como una mona al trabajo.

Cabreada y cachonda.

Carla me ha pedido un par de veces que me encargue de colocar la ropa de los probadores y, al segundo, se me ha olvidado. Soy un desastre y la estoy perjudicando, pero no puedo parar de pensar en llegar a casa, aporrear su puerta e insultarlo con todas mis ganas. De hecho, he decidido hacerlo en cuanto salga de trabajar porque me

hierve la sangre.

—Tía, ¿quieres centrarte de una puta vez? —me regaña Carla con toda la razón—. Encárgate de los probadores, anda.

Asiento distraída y me pongo con la tarea. Dejo pasar a la gente con las prendas que quiere probarse, voy a buscar las tallas que algunas clientas me piden y coloco lo que no se llevan de nuevo en su sitio, pero no dejo de pensar en ese chico. Aun así, sé que le debo una disculpa a Carla.

—Carla…, perdóname. Sé que hoy soy un coñazo. Lo siento.

—No te preocupes. —Me perdona ella con una sonrisa que no merezco—. ¿Estás bien?

—Tengo un vecino que no deja de tocarme los cojones. No he dormido nada porque se ha pasado la noche follando.

Carla estalla en carcajadas y yo la sigo porque la situación es, cuanto menos, cómica.

—Encima el gilipollas me ha dejado una nota en el coche diciendo que lo de anoche fue «un regalo para mis fantasías más sucias» ¿Te lo puedes creer?

—Si que le has causado buena impresión al chico —ironiza entre risas—. Pero creo que lo está haciendo para llamar tu atención.

¿Llamar mi atención? Si ni siquiera me conoce, no sé ni su nombre. Eso es imposible. No creo que su intención vaya más allá de tocar las pelotas a una vecina que le deseó unas almorranas.

Alberto, por su parte, se ha tomado el día libre para acompañar a Olivia al ginecólogo, así que nos ha dejado a cargo de todo. Hace unos días anunció su futura paternidad y salimos a celebrarlo tomando unas cañas. Ahora se le ve más feliz y me alegro por él. Nos estamos convirtiendo en buenos amigos.

Me ha tocado cerrar, así que estoy más cansada que cabreada.

Me lo he pensado mejor y creo que tocar a la puerta de al lado para despacharme a gusto no me lleva a ningún sitio; solo consigue que gaste las pocas energías que me quedan. Además, la nota del coche sonaba a «despedida», a que ya iba a parar y que lo de anoche

fue el colofón. Espero que sea así porque no soporto otra noche sin dormir. Durante el día, mira, lo soporto porque puedo contraatacar, pero ¿de noche? Es que lo estrangularía con la cuerda de tender la ropa.

Cuando me monto en el coche estoy más calmada pero agotada. Conduzco despacio por las calles de la ciudad hasta que llego al garaje. Pulso el botón del mando, entro, voy hasta mi plaza de garaje y… me la encuentro ocupada por esa chatarra otra vez.

«Lo asesino. Esto es la puta guerra».

Me bajo del coche de muy mala hostia, deseando romper algo. Me pienso mucho las cosas y sé que esto me va a comer la conciencia; que me voy a arrepentir al instante, pero cuando me doy cuenta, le he arrancado la matrícula delantera (está tan vieja que apenas me ha costado esfuerzo) y la he metido en el asiento trasero de mi coche.

«Yo aparco en la calle, pero tú sin
matrícula no puedes circular, cabrón».

Me vuelvo a montar en el coche y busco aparcamiento fuera. Creo que el karma ha decidido echarme una mano y encuentro un sitio justo enfrente del portal. Subo a casa con mi trofeo en la mano y lo dejo encima de la mesita baja que tengo enfrente del sofá.

Tras una ducha para intentar aplacar la mala hostia, me pongo una bata fresquita sin nada debajo. Total, estoy en mi casa y no tengo intención de recibir visita.

Como auguraba, mi mala conciencia me está torturando, así que decido llamar a Inés para que me consuele.

—Inés, he hecho una maldad. Consuélame.

—¿Se puede saber qué has hecho, boba?

—He robado la matrícula de un coche. La tengo delante de mí, en la mesita del salón.

Inés suelta una carcajada.

—No me creo que hayas hecho algo así, te estaría matando la conciencia.

—Pues te juro que lo he hecho. Ese tío… me está convirtiendo en una delincuente.

—Ah, que ha sido al vecino buenorro tocapelotas. —Inés se carcajea todavía más.

—Ha vuelto a aparcar en mi plaza —me defiendo.

Inés se está descojonando viva y yo me contagio de su risa porque es bastante peculiar. Empieza siendo fina, casi un susurro, y acaba pareciendo un hipopótamo a punto de morir.

—Joder, Inés. ¿Qué voy a hacer?

—Pues está claro: quedártela como trofeo y callarte como una puta.

Suspiro fuerte. Este tío, en cuanto lo vea, me va a denunciar fijo, no tengo dinero para pagar un abogado que me defienda y no pienso llamar a Óscar. Mierda. Me empieza a entrar el pánico. ¿Qué he hecho?

—Va a saber que he sido yo. —Lloriqueo.

—Niégalo todo y esconde bien la matrícula. Una noche de estas, la enterramos en algún lado, como cuando en las películas entierran el arma del crimen.

Y esa es Inés, la que me encubriría hiciera lo que hiciera y, además, me ayudaría a esconder el arma del crimen, sin preguntas. Simplemente, porque es mi mejor amiga.

Sigo lloriqueando sin saber qué hacer. Lo mismo debería dejar la matrícula encima del capó con una nota de disculpa. Pero, con la suerte que tengo, me pillaría con las manos en la masa y sería todavía más humillante. Cuando Inés y yo estamos urdiendo un plan para deshacernos de la prueba que me incrimina, el timbre suena violento.

«Mierda».

—Inés… —musito muerta de miedo—. Seguro que es él.

—Niégalo todo, pichurrina. —Y me cuelga.

No quiero abrir. Sé de sobra que es él y él sabe de sobra que he sido yo quien le ha robado la matrícula. ¿Cómo me defiendo de eso? No tengo ningún tipo de justificación excepto que ha sido por venganza y eso no le va a impedir denunciarme.

El timbre sigue sonando violentamente. No me queda de otra que abrir, ¿no? O también puedo hacer como que no estoy en casa, ¿verdad? No, se daría cuenta.

—¿Quieres abrir la puerta de una puta vez? Sé que estás ahí —grita desde fuera.

Mierda, tengo que abrir. Camino lentamente hacia la puerta. Estoy temblando. ¿Por qué cojones no he pensado mejor? Siempre lo he hecho. ¿Qué me pasa ahora? Agarro el pomo con la mano temblorosa, inspiro profundo y abro la puerta muy despacio.

Ahí está otra vez. Sus ojos azules son fríos, casi gélidos. Está furioso y no es para menos, pero no me pasa desapercibido el repaso que me da con su mirada. Recordemos que no llevo nada debajo de la bata.

—Me he pasado. —Sí, yo solita me delato.

Puede que sea poco inteligente no hacer caso a Inés y negarlo todo, pero mi cerebro ha tenido una discusión rápida en la que ha ganado decir la verdad. Tenía dos posibilidades: o negarlo todo hasta la saciedad y cargar con la culpa para los restos, o decir la verdad y

disculparme para intentar evitar que me denuncie.

—¿Se puede saber en qué cojones estabas pensando? —brama furioso.

—¿Y tú? Has vuelto a aparcar en mi —me defiendo como puedo.

—¿Y eso era motivo para arrancar la puta matrícula? Es que mira que hay que ser bestia. Así no puedo coger el coche y tengo que trabajar, ¿sabes, bonita?

—No es motivo, pero me tienes harta. —Yo juro que quería ir de buenas, pero este chico me saca de mis casillas—. Deja de darme por culo, olvídate de mí y tu chatarra no volverá a sufrir las consecuencias.

Él sonríe con condescendencia y me escruta con la mirada de arriba a abajo.

—Ya te gustaría a ti que yo te diese por culo —musita dando un paso al frente con una sonrisa socarrona en los labios.

En ese momento, me percato de la presencia de Jesús, el vecino. No me detengo mucho a mirarle porque, rápidamente, entra en su casa mirándonos como si estuviéramos chalados. Mi mandíbula debe de llegar al suelo de lo sorprendida que me ha dejado su comentario. ¿Pero este tío quién se ha creído que es?

—Eres un cerdo.

—Creo que anoche pudiste comprobar cómo de cerdo puedo llegar a ser, ¿verdad?

Me ruborizo al recordar los gemidos que escuché tras la pared. También por la imagen que yo me he creado de él follando y que he recreado en mi cabeza sin apenas darme cuenta.

—¿Sabes? Iba a pedirte perdón y a devolverte la matrícula porque me he arrepentido según lo he hecho, pero visto lo visto, me la quedo. —Hago una pausa—. Además, lleva mis iniciales; será mi trofeo. Un regalo de disculpa del vecino tocapelotas que me usurpó la plaza de garaje.

Y le cierro la puerta en las narices.

«Ja, chúpate esa».

Ya no me importa que me denuncie.

Esto es la guerra y, en ella, todo vale.

7

Guapo de los que engañan

Hoy libro y menos mal porque he vuelto a dormir como el culo.

Esta vez no ha sido ni por los ruidos del vecino follando, ni por taladros, ni nada. No. Ha sido mi cargo de conciencia. Mi mente no paraba de recrear la conversación con ese chico, del cual todavía no sé su nombre. Me vi yo muy segura en el momento en el que le cerré la puerta en las narices, pero lo cierto es que a los diez minutos estaba dándome de cabezazos contra la pared. Mi intención era arreglar las cosas y acabar con esta guerra absurda. Pero, como siempre, él me saca de mis casillas y hace que florezca una parte de mí que me incita a delinquir y a poner notas insultantes en el parabrisas de su coche.

Sí, es guapo a rabiar, pero de los que engañan. No es de esos guapos que saben que lo son y que sabes, de primeras, que son malos para la salud. No. Es el tipo de guapo que parece inofensivo; de los que son todo actitud y que al final consiguen convencerte para hacer cualquier cosa. Sus ojos son electrizantes o, al menos, a mí me lo parecen, ya que solo he visto su mirada furiosa. No sé cómo son cuando sonríe o está contento o relajado.

Después de mi tortura mental, decido llamar a mis padres. Desde que Óscar y yo lo dejamos apenas me hablan. Insisten en que volvamos y en que me case con él; que no voy a encontrar a otro hombre mejor en mi vida. Lo que mis padres llaman «un buen partido». Y aunque esté un poco triste y decepcionada con su actitud, son mis padres, soy hija única y no quiero perderlos.

—Mamá.

—Hola, hija. ¿Cómo estás? —responde con desgana.

Suspiro porque me duele que mi madre me trate como si no le importara nada mi vida. ¿Lo peor? Que a pesar de ser conservadores, siempre me he llevado muy bien con ellos. Poco a poco, iban abriendo la mente, pero lo de Óscar ha sido tal palo que les ha hecho retroceder años de avance. Los he decepcionado; algo que siempre me esforcé en evitar.

—Bien, hoy libro. ¿Vosotros qué tal?

—Papá se ha ido a comprar el pan y yo estaba barriendo un poco la casa —me contesta más amable.

—Qué bien. ¿Qué tal anda del dolor de espalda?

—Mejor. Se toma calmantes por un tubo, pero ya sabes cómo es cuando le duele algo.

Me echo a reír porque papá es muy mal enfermo. Mi madre es una santa por llevar tantos años cuidando de él cada vez que le duele algo.

—No tiene remedio. Creo que el fin de semana que viene me pasaré a veros —tanteo.

—¿Vas a venir con Óscar?

Cierro los ojos con fuerza. Estaba tardando en mencionarlo y me duele. Me duele por ellos, porque lo adoraban. Me duele por él, porque no sé en qué momento se perdió tanto que acabé perdida yo también. Y me duele por mí porque siento que he fracasado.

—Mamá, ya no estamos juntos. —Le recuerdo—. Llevo sin hablar con Óscar cuatro meses.

He omitido ese incómodo encuentro en Ikea porque les dolería todavía más que a mí los nuevos descubrimientos.

—¿De verdad que no se puede hacer nada, hija? No vas a encontrar otro hombre como él.

«Es que no quiero otro hombre como él».

Resoplo desesperada y me armo de paciencia para continuar con esta conversación. Otra vez.

—Yo ya no era feliz, mamá. Y Óscar ya no es aquel chico que conocí hace años. Todo cambió.

—Hija, por mucho que pienses que soy tonta, no lo soy. Me doy cuenta de todo, aunque no diga nada. Tú eres de callarte mucho las cosas y luego explotar. Lo vuestro podría haber tenido arreglo si hubieras hablado antes las cosas con Óscar. Ahora claro que es tarde.

Y las palabras de mi madre tienen tanta sabiduría que casi me echo a llorar. Tiene razón. Siempre me callo las cosas porque tengo la absurda creencia de que la otra persona me lee la mente y se da cuenta de todo lo que pasa en mi interior. O simplemente… es que soy cobarde. Mi forma de ser en ese aspecto es una mierda.

—¿Sabes, mamá? Tienes razón, pero la situación es la que es y ya no hay vuelta atrás.

—Bueno, hija, no voy a insistir más. Te vemos el sábado.

Sé que he decepcionado mucho a mis padres rompiendo con Óscar. Obviamente no les conté con pelos y señales qué fue lo que pasó, ni que estaba insatisfecha sexualmente, ni la razón por la que

Óscar me había pedido matrimonio. Les conté una versión un poco más edulcorada: que lo nuestro hacía tiempo que no iba bien y que cuando me pidió matrimonio le dije que no. No lo hice por proteger a Óscar, sino para proteger a mis padres de una decepción mayor. Lo idolatraban.

La conversación con mi madre me hace reflexionar y llegar a una conclusión: tengo que hablar con el vecino y acabar con la guerra que hemos empezado. Ir de buenas de verdad y pedirle perdón por arrancar la matrícula de su coche. Debo coger las riendas de mi vida, empezar a actuar de corazón y no tanto con la cabeza, aunque, últimamente, actúa una parte interna de mí misma que sólo me sale con él.

Intento arreglarme un poco: vaqueros oscuros y una camisa blanca con cuello en pico y de manga corta, pero decido salir en zapatillas de estar en casa. Total, voy a ir a la puerta de al lado. Cojo la matrícula, la cual había guardado en mi armario, y salgo de casa.

Creo que llevo parada en el rellano cinco largos minutos armándome de valor para llamar a la puerta. Me da vergüenza después de todo, pero, finalmente, llamo. Rezo internamente porque nadie me abra la puerta. Ya ves, así de cobarde soy. Me abre una chica joven, creo que hasta es más joven que yo, con un bebé recién nacido apoyado en su hombro. Es muy guapa, morena, con ojos azules como su hermano, bajita y delgada. La imagen es muy tierna, pero veo su cara de cansancio y me da una tremenda pena. Se la nota exhausta.

—¿Puedo ayudarte? —me pregunta amable.

—Busco a… —Y me doy cuenta de que sigo sin saber cómo se llama—. ¿Tu hermano? —tanteo al acordarme de lo que me dijo la primera vez que él aporreó mi puerta.

Me siento imbécil. La chica me escruta de arriba a abajo y centra su atención en la matrícula que llevo en mi mano izquierda.

—Eres tú… —afirma con una sonrisa divertida.

Le dedico una sonrisa de disculpa porque es inútil hacerme la tonta. Sabe perfectamente quién soy y lo que he hecho. Llevo la prueba en la mano.

«¡Culpable, señoría!»

—¡Hermanito! Es para ti —grita hacia el interior de la casa.

—¡Voy! —responde él desde alguna parte de la casa y su voz hace que me estremezca.

El bebé se remueve en el hombro de su madre porque se ha sobresaltado cuando ha alzado la voz. Ella lo acuna para que vuelva al estado de duermevela en el que estaba, pero no lo consigue.

—Mierda, ahora tardará horas en tranquilizarse —se lamenta ella.

—Prueba a hacerle cosquillitas suaves en la espalda mientras lo

acunas. —Le sugiero.

—¿Crees que funcionará? —pregunta desesperada.

—Mi nov… Mi exnovio tenía muchos primos pequeños y, alguna vez, tuve que cuidar de ellos. Ese truco nunca me fallaba.

Marta (recuerdo que él me dijo que su hermana se llamaba así) me sonríe agradecida, aunque incrédula porque debe pensar que con su bebé nada funciona.

—¿Cómo se llama? —me atrevo a preguntar para no quedarnos en un silencio incómodo.

—Gabriela. —Y me parece un nombre precioso.

—¡Qué bonito! —le confirmo a su madre.

Justo en ese momento, él aparece en la puerta y me quedo sin habla. Solamente va vestido con un pantalón vaquero y tiene el pelo húmedo, así que intuyo que acaba de salir de la ducha. Bizqueo al mirarle y hasta se me olvida a qué había venido. Al verme, su mirada es traviesa, hasta que repara en la matrícula y aquella se ensombrece.

—Vaya…, la prostituta —saluda apoyándose en el quicio de la puerta.

Lo que yo decía, este chico es todo actitud. Lo expresa todo solo moviendo su cuerpo.

—¡¿Eres prostituta?! —pregunta Marta, alucinada.

El usurpador se carcajea porque le divierte la situación y yo le vuelvo a desear, mentalmente, unas almorranas. Mi cara pasa a ser del color de las amapolas y la ira vuelve a invadirme, deseando largarme de aquí. Pero no, voy a hacer lo que he venido a hacer. Estoy harta de esta situación.

—¡No! Claro que no —aclaro—. Es una larga historia.

El bebé vuelve a berrear, Marta se disculpa con nosotros y se mete dentro de casa. Él y yo nos miramos, nos retamos más bien, y decido romper el hielo.

—He venido a devolverte esto. —Le tiendo la matrícula avergonzada.

Él no la coge y me quedo como una tonta con la mano extendida. En cambio, cruza los brazos sobre el pecho y vuelve a apoyarse en el quicio de la puerta.

—Y a disculparme —prosigo, ya que él no dice nada—. No tenía que haberlo hecho, pero es que sacas lo peor de mí y me jode mucho que aparques en mi plaza y…

—Para —me corta—. Yo también tengo que disculparme, pequeña delincuente.

—¿Ahora me cambias el apodo?

—Es más divertido que llamarte por tu nombre, aunque sea un nombre bonito.

«Espera, ¿eso ha sido un comentario amable?»

«Espera, otra vez, ¿cómo coño sabe
mi nombre y por qué yo no sé el suyo?»

—¿Sabes mi nombre? —Él asiente serio—¿Cómo lo sabes?

—Lo miré en el buzón. —Se encoge de hombros con indiferencia.

El buzón. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Aunque, bueno, también es verdad que la primera vez me dijo que ahí vivía su hermana. El caso es que soy imbécil, no sé ni cómo fui el espermatozoide más rápido.

—Entonces juego en desventaja —se me ocurre decir.

—Soy Gonzalo.

«Anda, como mi primo».

Y sí, ese es mi primer pensamiento. Mi primo Gonzalo y yo siempre nos hemos llevado muy bien; prácticamente nos criamos juntos. Pasábamos largas temporadas en el pueblo jugando y experimentando con el barro. Más de un disgusto le dimos a la abuela. Tengo muy buenos recuerdos, la verdad. Ahora solo nos vemos en las cenas de Navidad. Qué casualidad que la persona que me provoca úlceras se llame así, ¿no?

—Blanca. Aunque eso tú ya lo sabes.

—¿Y la «M»?

—¿La «M»? —pregunto desorientada.

—El otro día dijiste que mi matrícula llevaba tus iniciales. ¿De qué es la «M»? Cuando miré el buzón solo me fijé en tu nombre.

—Ah… Martínez.

Gonzalo me sonríe y no sé cómo interpretarlo. Parece amable, pero no sé si fiarme porque, como ya he dicho, es de los que engañan. Nos volvemos a quedar en silencio, pero ninguno nos movemos ni hacemos amago de despedirnos.

—Toma. —Le tiendo la matrícula—. ¿Tregua?

—Tregua. —Sonríe—. Y quédatela, lleva tus iniciales. Además, ya he puesto una nueva.

Agacho la mirada avergonzada.

—Vale, pero al menos deja que te pague la nueva matrícula.

Gonzalo niega con la cabeza.

—No, déjalo. Ya me invitarás a una copa algún día.

Me deja un poco descolocada; no me esperaba esa puerta abierta a volver a vernos y, menos, a tomar una copa juntos, pero asiento como una boba. Me gusta cuando es amable, la mirada le cambia. Es incluso más guapo todavía.

—Está bien. —Nos quedamos quietos en el rellano. Él no dice

nada y yo me siento ridícula aquí parada—. Bueno, me voy a mi casa.

—Hasta luego, vecinita —se despide con retintín.

Pongo los ojos en blanco mientras me acerco a mi puerta pensando en qué coño voy a hacer ahora con la matrícula.

—Adiós, usurpador.

Y no lo veo, pero noto como se ríe a mi espalda y yo también sonrío.

8

Rematando

Estoy parada frente al portal de mis padres.

Hace cuatro meses que no vengo; vamos, desde que Óscar y yo rompimos. Es triste decirlo, pero sí, llevo cuatro meses sin ver a mis padres. La última vez que estuve aquí fue con él para celebrar el cumpleaños de mi madre. Me invade una pena terrible. Óscar ha formado tanto tiempo parte de mi vida y de mi familia que, a veces, siento que me he quedado coja.

Tengo muchos sentimientos encontrados. Por una parte, estoy bien y, por fin, siento que elijo mi vida sin depender de nadie; pero, por otro lado, me sigo sintiendo algo perdida. Me culpo por no haber sacado a flote mi relación con Óscar, por no haber luchado más, por no haber intentado salvarlo de las garras de esa gente que le ha absorbido el coco.

Aquí, parada frente al portal, recuerdo la primera vez que Óscar pisó mi casa y le presenté a mis padres.

Llevábamos saliendo un año, así que yo tenía veintiún años y él veintidós. Tardé tanto en presentárselo por lo de siempre: porque pensaba mucho las cosas y quería asegurarme de que lo mío con Óscar iba a algún lado antes de involucrarlo en mi familia.

Aquel día casi vomito de los nervios, pero Óscar me infundió una seguridad aplastante. Él parecía imperturbable, supongo que porque tenía la certeza de que les caería bien al estudiar una de las carreras mejor valoradas entre los padres: derecho. Y no falló, lo adoraron enseguida. Creían que Óscar era lo que yo necesitaba para centrarme en la vida, para reconducir a la bala perdida de su hija que la única vez que se reveló fue para decir que no quería ir a la universidad.

Decido subir de una vez. Me sudan las manos, no solo por el calor sofocante de agosto, sino porque estoy nerviosa. Ahí arriba, en el cuarto «B», me esperan unos padres que me van a freír a preguntas incómodas y que van a cuestionar toda mi vida. Llamo al timbre con los dedos temblorosos y espero unos segundos. Oigo cómo unos pasos

suaves se acercan a la puerta y es mi padre quien abre. Al verme, me sonríe, pero sus ojos desprenden preocupación. Y no puedo evitar abalanzarme sobre él para abrazarlo porque lo he echado de menos. Su sonrisa al verme me ha dicho muchas cosas que necesitaba.

—Hola, papá —saludo contra su hombro.

—Hija, ¿cómo estás? —pregunta cuando deshacemos el abrazo.

—Bien. —Y se lo digo sinceramente porque, ahora, me siento mejor.

Mi padre es un hombre bueno y cariñoso, aunque con un carácter un tanto pasivo; siempre se ha dejado manipular por mi madre, las cosas como son. Ya pasa los sesenta años y está jubilado después de haber estado toda la vida trabajando en un banco. A pesar de la edad, conserva cada pelo de la cabeza y presume de tener una cabellera blanca frente a sus hermanos, que están medio calvos. Los ojos verdes y la estatura media los heredé de él.

Mis padres viven aquí desde que se casaron. Es un piso antiguo, pero que ellos han reformado con mimo con el paso de los años. Consta de una cocina, un salón-comedor, un baño y tres habitaciones. Un piso pequeño, pero en el que siempre nos hemos sentido a gusto. Entro a la cocina donde mi madre está preparando la comida.

—Hola, mamá —saludo solo a unos pasos de ella.

Ella pega un bote en el sitio porque no se esperaba mi presencia en aquella pequeña estancia.

—Ay, hija. ¡Qué susto! ¿Ya estás aquí?

¿Por qué los humanos preguntamos cosas tan estúpidas?

—¿No me ves, mamá?

Ella asiente conforme y me acerco más para ver qué está cocinando. Hago un puchero al ver que son judías verdes, las cuales no soporto, pero finjo que sí para que no me dé la charla.

Antes de volver al salón, me quedo mirándola unos segundos. Su pelo rubio, el cual he heredado, sigue como lo recordaba: sin atisbo de canas y con una pinza sujetando su media melena. Sus ojos marrones, algo cansados, no pierden de vista lo que está cocinando. Sigue igual de menuda, incluso diría que ha perdido algo de peso. Siempre le pasa cuando se disgusta. Hasta la veo más bajita.

Resoplo sintiendo el pecho pesado y vuelvo al salón donde está mi padre leyendo el periódico porque él es *vintage*; no le gusta leer las noticias en el móvil o en la *tablet*.

Me siento en el sofá, a su lado. Al cabo de un rato, me vuelvo a levantar y empiezo a pulular por el salón, inspeccionándolo como si no me lo supiera ya de memoria. Me paro en seco en el mueble de la tele, donde mi madre tiene una colección de fotografías que cuentan prácticamente toda nuestra vida. Me fijo en una de ellas: la mía con Óscar el día de su graduación en la universidad. Iba guapísimo con un

traje azul oscuro, camisa blanca y corbata azul celeste. Yo me compré un vestido expresamente para esa ocasión, de media manga porque seguía haciendo fresco en mayo, de color rosa palo y por encima de la rodilla. Salgo mirando a Óscar como si fuera todo mi mundo (que en aquel tiempo lo era) y él sonríe a la cámara contento. Esa foto me produce añoranza; éramos tremendamente felices, sin importarnos nada más que nosotros mismos. Me doy cuenta de que tengo el marco agarrado entre las manos, evocando todos esos recuerdos.

—Blanca, ¿estás bien? —Mi padre me saca de ese pozo en el que me estaba metiendo.

Sin querer, mis ojos han derramado un par de lágrimas y me las aparto a manotazos.

—Sí, papá —miento.

Dejo la foto donde estaba con brusquedad, como si tocar ese recuerdo me quemara, y vuelvo a sentarme en el sofá con la mirada perdida. Me siento mal. Siento que estos nueve años me pesan más que nunca, que me he equivocado en todo. Que he fracasado.

—Blanca, no te tortures más.

—No puedo evitarlo, papá. Siento que he fracasado —me sincero.

Él cabecea en desacuerdo conmigo. Mi padre también adoraba a Óscar y puso el grito en el cielo cuando les conté que, después de tantos años juntos, lo habíamos echado todo por la borda. Así que me sorprende ver ahora esa expresión en su rostro que me dice que lo deje estar, que deje a Óscar en el pasado.

—Hija, no has fracasado. Sé que no nos has contado ni la cuarta parte de lo que ha pasado en realidad, pero yo lo vi venir.

Me quedo de piedra. ¿Cómo que lo vio venir? Me esforcé sobremanera para que no se notara que yo estaba al borde de mis fuerzas y en tratar a Óscar como siempre lo había hecho: como el gran amor de mi vida.

—¿Lo viste venir? —pregunto muy asombrada y desconcertada.

—Cielo, te crees que tus padres no se enteran de nada, pero lo vemos todo. Al menos, yo lo vi. Recuerdo cómo mirabas a Óscar cuando nos lo presentaste y los años siguientes. Pero también he visto que, en los últimos dos años, actuabas como una autómata con él, fingiendo que todo estaba como siempre, aunque ya no lo mirabas igual.

Me quedo sin respiración ante sus inesperadas palabras. Me siento confusa, pero, a la vez, reconfortada. Es como si ya no tuviera que dar explicaciones porque mi padre las sabe todas. Pero, igualmente, me duele su silencio durante todos estos meses en los que mi único apoyo fue Inés.

—Y si sabías tanto, ¿por qué desapareciste cuando os conté que Óscar y yo habíamos roto? ¿Por qué pusiste el grito en el cielo cuando

te enteraste?

Él suspira con pesar.

—Por tu madre —confiesa—. Se encolerizó de tal manera que no podía hacerla entrar en razón. Creí que manteniendo distancia y empatizando con ella se le pasaría; pensé que podría hablar con ella. Agradecí que llamaras tú de vez en cuando para que se fuera serenando y lo fuera aceptando.

Me enfado. Me enfado por la cobardía de mi padre, aunque no le puedo echar la culpa. En realidad, yo soy clavadita a él, pero me sentí muy sola.

—¿Sabes cómo me he sentido todos estos meses intentando consolaros a vosotros sin que nadie me consolara a mí? Me he sentido muy perdida y sola. Sin vosotros, sin Óscar, adaptándome de nuevo. Solo tenía a Inés a mi lado.

—Lo siento mucho, hija.

Y no puede hacer otra cosa que pedir perdón, porque las excusas que sé que él tiene en su cabeza me van a ser insuficientes. La soledad de esos meses ya no me la quita nadie. Hago un gesto con la mano para que no se preocupe y zanjemos el tema. No quiero saber nada más.

—¡A comer! —anuncia mi madre que llega con la comida.

Nos sentamos en la mesa y ella empieza a repartir la comida en los platos. Yo tengo la mirada puesta en el mantel, intentando digerir la conversación que he tenido con mi padre.

—Lola, no me eches más —se queja él al ver su plato a rebosar de judías verdes que sé que odia tanto como yo.

—Tienes que comer verdura, Julio —se justifica mi madre.

Empiezo a remover mi comida con el tenedor. Al rato, decido meterme una judía verde en la boca. ¡Qué asco!

—¿Qué tal el nuevo piso? —Papá intenta romper el hielo.

—La verdad es que muy bien, estoy contenta.

—¿Los vecinos son buena gente? —sigue curioseando mi padre.

Irremediablemente, pienso en Gonzalo y sonrío. Recuerdo con gracia lo que nos hemos puteado desde que me mudé y usurpó mi plaza de garaje. Aparte de a Marta, solo le conozco a él; bueno, también vi de refilón a Jesús, pero nunca hemos hablado. Aunque no voy a dar tantas explicaciones a mis padres. No me apetece.

—Son majos. Tampoco conozco a muchos —me limito a decir.

—¿Has vuelto a ver a Óscar? —suelta mi madre, interrumpiendo la anterior conversación.

Suelto de golpe el tenedor encima del plato y provoca un estruendo. Estoy cansada, estoy harta. No puedo más.

—¿Por qué siempre tiene que salir Óscar a relucir? Ya no es nada mío. Por favor, tengamos la fiesta en paz.

Mi madre tuerce el morro ante mi comentario hiperborde.

—Hija, cómo te pones. Era solo una pregunta.

—Una pregunta que se repite demasiado, mamá. Estoy cansada. Óscar y yo hemos roto, a ver si te entra en la cabeza de una vez. No vamos a volver —zanjo, por si no había quedado claro.

—Si no te hubieras callado cosas… —me reprocha mi madre.

Y se me va la olla. Mi cerebro cortocircuita. Estoy cansada de que me eche la culpa de todo, de ser yo la mala, de tener que dar miles de explicaciones y que ninguna sea suficiente; que no lo asuma, que mi padre se quede callado comiendo unas judías verdes que no le gustan, pero que traga por no querer meterse en esta conversación.

—¿Quieres saberlo todo, mamá? ¿Eso quieres? Pues que sepas que tu adorado Óscar me pidió matrimonio para poder ser socio del despacho porque, si no, le daban la patada. Que sepas que tu querido Óscar llevaba años tratándome como si fuera su madre; que si no tenía un calzoncillo limpio se pasaba días sin hablarme. Que sepas, que tu amado Óscar se ha echado novia cuatro meses después de romper conmigo y pedirme matrimonio. ¿Has visto cuánto me quería? Ese es tu jodido Óscar: una farsa.

Obvio la parte sexual porque son mis padres y hay ciertos detalles que no tienen por qué saber.

Mi madre se lleva la mano a la boca sorprendida y mi padre se atraganta con las judías verdes. Yo ya estoy fuera de control. No quería contarles nada de esto, pero estoy harta de defenderlo, de intentar que ellos no sufran.

¿Y yo qué?

—Hija… —intenta hablar mi madre.

—Y unas horas antes de romper, le puse los cuernos. —Remato.

Un profundo y tenso silencio ha llenado el salón. Se acabó. No más secretos, no más mentiras, no más intentar no hacer daño a los demás. Me levanto como puedo, porque me tiemblan hasta las uñas, con la intención de largarme de casa de mis padres. Cuando llego a la puerta, mi padre me coge por el brazo para detenerme.

—Blanca, no te vayas. Vamos a hablar las cosas.

Mi madre sigue sentada en la silla del salón, como si se hubiera quedado clavada.

—Papá, lo siento, otro día. Hoy ya es demasiado para mí.

Él no dice nada y me deja ir.

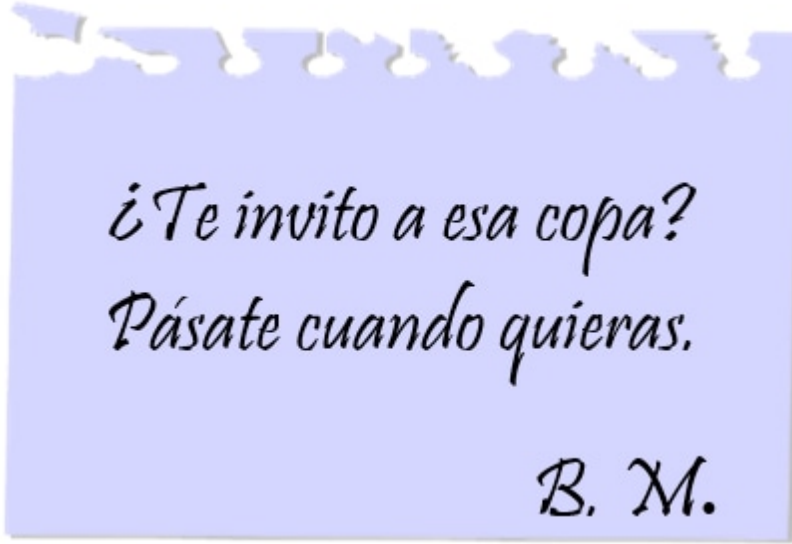
Siento un profundo dolor en el pecho, me falta el aire y salir a la calle no me ayuda. Voy en busca de mi coche y, cuando entro y me siento, empiezo a golpear el volante con rabia y lágrimas en los ojos.

Cuando llego al garaje estoy exhausta. Me he pasado quince minutos llorando dentro del coche antes de coger fuerzas y conducir hasta casa. Intento aparcar en mi plaza, pero me resulta complicado. Estoy muy distraída y algo torpe, por lo que necesito mil maniobras para enderezar el coche. Aun así, lo acabo dejando un poco torcido. Al bajar de él, reparo en el de Gonzalo, que está aparcado en la plaza de al lado. La nueva matrícula destaca mucho, no solo por ser nueva, sino porque el coche está muy sucio.

¡Qué pedazo de chatarra tiene!

Me paro unos segundos enfrente de él, pensando en si lo que se me está pasando por la cabeza está bien o no, pero decido no darle demasiadas vueltas. Usando la cabeza tampoco me ha ido demasiado bien.

Egoístamente, necesito una distracción, un soplo de aire fresco que haga que me olvide de mi vida aunque sea un rato; y él no me conoce tanto como para juzgarme. Así que cojo un trozo de papel del bolso, un boli y escribo:



Me he sentido tentada a firmar como «la delincuente», por hacer la gracia, pero me he echado para atrás al pensar, primero, que no es gracioso y, segundo, que cualquier vecino que pasara podía ver la nota y no quiero que se piensen lo que no es.

Subo a mi casa cansada. Me siento como si hubiera corrido una maratón, pero en realidad siento dolor en el pecho de todas las emociones que me sacuden. Dejo las llaves en el mueble de la entrada y me dirijo directamente a la ducha. Vengo sudada porque el coche estaba a pleno sol; también me desmaquillo, las lágrimas me han dejado chorretones negros debajo de los ojos. Pierdo la noción del tiempo bajo el chorro de agua, pero agudizando el oído por si Gonzalo llama a la puerta.

Cuando salgo, estoy completamente arrugada. Peino mi pelo rubio y me pongo un mono gris de tela de chándal sin mangas. Después, me siento en el sofá a ver la tele, pero no me entretengo con nada. En mi cabeza solo rebota la conversación con mis padres, los recuerdos con Óscar, lo sola que me he sentido desde que rompimos.

Desde hace un rato, oigo llorar a la niña de Marta, pero no me preocupo en exceso. Es un bebé y algunos suelen llorar mucho durante el día. Sigo recreándome en mis pensamientos con una leve esperanza de que Gonzalo acabe llamando a mi puerta.

¿Qué me pasa? Hasta hace dos días le odiaba a muerte. Creo que estoy tan desesperada por pensar en otra cosa que no sea el monotema (es decir, Óscar), que hasta prefiero discutir con él. Así de mal estoy.

Me he quedado dormida en el sofá con el pelo mojado, así que la imagen que me devuelve el espejo del salón es deplorable. Son las

nueve de la noche y ya no espero que Gonzalo aparezca. Estoy en el baño haciendo pis cuando el timbre empieza a sonar frenético. ¿Es él? Parece su forma de llamar, pero no, él llama distinto. Me subo el mono corriendo y voy a la puerta. Al abrir, me quedo pasmada al ver a Marta con los ojos hinchados, rojos y con las lágrimas agolpándose en ellos. Lleva a Gabriela en brazos, desconsolada. No para de llorar.

—Marta… —musito—. ¿Estáis bien?

Ella se echa a llorar.

«Mierda».

—La niña no para de llorar…—Hipa—. Tiene mucha fiebre y no sé qué hacer. Gonzalo no está y no sé qué hacer. —Repite.

No lo dudo ni un segundo.

—Vámonos al hospital —le digo, cogiendo las llaves del coche y saliendo de casa.

Una vez en el hospital, atienden a la pequeña enseguida y yo me quedo en la sala de espera. Desearía llamar a Gonzalo y contarle lo que ha pasado, pero no tengo su teléfono. Es un pensamiento un poco tonto, seguro que Marta ya lo ha avisado. Cojo mi móvil y empiezo a mirar las noticias, mi *feed* de Instagram y las *Newsletter* que me mandan al correo. Las salas de espera son desesperantes, ya no solo por las horas que puedes estar en ellas, sino porque estoy preocupada por la pequeña Gabriela.

Al cabo de dos horas, una agotada Marta aparece con su hija en brazos. La niña duerme en el hombro de su madre y, cuando llega hasta mí, se deja caer a plomo en la silla, teniendo cuidado de no despertar a Gabriela.

—¿Cómo está? —pregunto de manera suave para infundirle tranquilidad y no despertar al bebé.

—Bien. —Suspira fuerte—. Tiene otitis y con el tratamiento que le han puesto le ha bajado la fiebre. Tengo que comprar esto.

Me tiende un papel impreso donde vienen los medicamentos que le tiene que dar a Gabriela.

—Vamos, te llevo a una farmacia de guardia.

—Dame un minuto…, estoy agotada.

—Déjame a Gabriela, yo te la cojo un rato.

Ella no pone pegas. La pequeña se remueve entre mis brazos y empiezo a acunarla despacio mientras su madre se toma un respiro.

—Funcionó…

—¿El qué? —pregunto mientras mezo a la pequeña y miro cómo duerme.

—Lo de las cosquillitas en la espalda. Se te dan realmente bien los bebés.

Le sonrío agradecida por sus palabras.

—Como te dije, mi ex tenía primos pequeños y… cogí práctica con ellos.

—Cuánta confianza tenías con la familia de tu ex, entonces —comenta.

Esta vez levanto la comisura de los labios, triste, al recordar toda aquella época con Óscar. A los veinticinco pasábamos algunos fines de semana en casa de sus primos cuidando de sus hijos mientras ellos salían a distraerse.

Nos apañábamos bastante bien. Yo les daba de comer, los bañaba, cambiaba sus pañales, los acunaba hasta dormirlos y Óscar jugaba con ellos y los entretenía. Nos gustaba. A él siempre le gustaron los niños y, en aquellos fines de semana, hablábamos de cómo se llamarían nuestros hijos; siempre discutíamos porque no nos poníamos de acuerdo. Tampoco nos pusimos de acuerdo en cuantos; él quería familia numerosa y yo solo dos, lo suficiente para que no se sintieran solos. Yo soy hija única y nunca he tenido muchos amigos, así que siempre me sentí un poco sola.

Aunque, ahora, ni siquiera estoy segura de querer tener hijos. Me acerco peligrosamente a la treintena, todavía tengo tiempo, pero siento que me falta tanto por vivir que, a día de hoy, no quiero atarme a un bebé. A nada, en realidad.

—Estuvimos nueve años juntos —le cuento.

Ella se queda sorprendida, pero creo que al ver mi expresión torturada no quiere comentar nada más.Es verdad que no me arrepiento de haber terminado con nuestra relación, pero duele igual. Óscar fue mi vida, ni siquiera recuerdo bien cómo era antes de él.

—Vamos a la farmacia —me pide Marta al cabo de un rato.

Cuando llegamos a casa, es pasada la una de la mañana. Hemos tardado la vida en encontrar una farmacia de guardia, pero era necesario para que la pequeña mejore cuanto antes.

—Ve a acostar a Gabriela y yo te preparo algo de cenar. —Le ofrezco cuando estamos en la puerta de su casa.

—No te molestes… —Duda—. Dios, me acabo de dar cuenta de que no sé cómo te llamas.

—¿Tu hermano no te lo ha dicho? —le pregunto divertida.

—No. En casa te llama prostituta, delincuente o vecinita. —«Maldito cabrón, cuánta variedad de apodos»—. Un día me tienes que contar esa historia.

—Algún día. —Le sonrío—. Me llamo Blanca.

—Gracias, Blanca. Y no te preocupes, yo me apaño.

—Insisto. Estás exhausta, Marta, y no estaría tranquila en mi casa. Venga.

Ella no me lo discute más y entramos en su piso. En el salón solo hay encendida una lámpara de pie, con una luz tenue alumbrando el

espacio. En el sofá se encuentra un histérico y nervioso Gonzalo que se abalanza sobre nosotras en cuanto nos ve.

—¿Se puede saber dónde coño estabas? Te he llamado mil veces, Marta.

Gabriela empieza a llorar.

—Oh, genial. Gracias, Gonzalo. Ahora tengo que volver a dormirla.

—Si quieres lo hago yo. —Me ofrezco ganándome una mirada furiosa de Gonzalo.

—No te preocupes, igualmente le tenía que dar la medicina.

—¿La medicina? ¿Qué le pasa a la niña? —Se preocupa Gonzalo.

—Que te lo cuente Blanca. Yo estoy cansada y me tengo que ocupar de mi hija.

Marta desaparece de nuestra vista para meterse en su habitación. Gonzalo centra su atención en mí, esperando una explicación, pero yo me dirijo a la cocina.

—¿Se puede saber a dónde coño vas? —pregunta exasperado.

—Cálmate —le pido—. Voy a preparar algo de cena para tu hermana. Está al límite de sus fuerzas.

Él gruñe, pero asiente y me sigue hasta la cocina. Abro la nevera para ver qué puedo hacer, aunque veo que está medio vacía y que solo queda algo de fiambre.

—Tenéis que ir a la compra —lo informo.

Él no dice nada, pero sigue mis movimientos con atención. Ni siquiera me he dado cuenta de que he ido al hospital con este mono que uso de pijama y ahora me pone nerviosa porque deja muy poco a la imaginación. Al final, decido prepararle un sándwich al encontrar pan de molde en uno de los armarios.

—¿Has cenado? —le pregunto.

Asiente sin articular palabra. ¿Por qué está tan callado? Me está poniendo muy nerviosa, pero sigo a lo mío preparando la comida con mimo.

—¿Y tú? —Por fin habla.

Niego con la cabeza concentrada en mi tarea.

—Prepárate otro.

—Da igual. Cuando llegue a casa, picaré algo. Tampoco tengo mucha hambre.

—Prepárate otro —repite—. No me lleves la contraria, vecinita.

Pongo los ojos en blanco.

—No eres mi padre, puedo llevarte la contraria si quiero, usurpador.

Él se ríe y el sonido de su risa retumba por toda la cocina. Me giro para mirarle. Por alguna extraña razón, necesito ver su sonrisa. Me acabo de dar cuenta de que va en pijama e, incluso así, está muy

guapo; se le pega al cuerpo tan bien que debería estar prohibido que se lo pusiera. A Óscar no le quedaban así, más bien parecía un señor de cincuenta años.

Retiro esos pensamientos de mi cabeza y sigo a lo mío bajo la atenta mirada de Gonzalo.

—Gracias. —Su voz grave me pone la piel de gallina.

—¿Por?

—No sé qué ha pasado, sigo esperando a que me lo cuentes, pero sé que has ayudado a mi hermana y te lo agradezco.

Suelto un suspiro con cansancio.

—La pequeña tenía mucha fiebre y Marta ha llamado a mi puerta desesperada porque no sabía qué hacer. Así que las he llevado en coche al hospital. Gabriela tiene otitis y hemos ido a comprar el tratamiento a una farmacia de guardia.

—Joder. ¿Por qué no me ha llamado?

Me encojo de hombros porque no tengo esa respuesta. Ni siquiera sé qué ha estado haciendo toda la tarde mientras yo esperaba a que apareciera en mi casa para tomar esa copa. Obviamente, no voy a mencionar nada de la nota; aunque Gonzalo parece leerme la mente e intenta explicarse.

—Estaba…

—No tienes que darme explicaciones a mí —lo corto—. En todo caso, se las tienes que dar a Marta.

—Pero tú has estado con ella y yo no. Siento que te las tengo que dar. Además…, vi la invitación que me dejaste en el coche, pero ya había quedado.

Mis mejillas se encienden. Mierda. No quería sacar ese tema, pero parece que no tengo escapatoria.

—No pasa nada, para eso estamos las *vecinitas*. —Me hago la tonta diciendo esa palabra con retintín para quitarle hierro al asunto.

—No me estaba refiriendo a lo que has hecho por mi hermana —aclara—. En la nota ponía que podía pasarme cuando quisiera. Pensaba hacerlo otro día.

Y que hubiera pensado en cumplir con la invitación hace que algo se me asiente en el estómago.

—Vale.

Termino el sándwich y salgo de la cocina para llevárselo a Marta. Entro despacio, intentando hacer el menor ruido posible en la habitación que Gonzalo me indica, y veo que se ha quedado dormida en la cama con el bebé al lado. Pobrecita, está agotada. Tiene el aspecto de una niña frágil ahí dormida. Es terriblemente joven y está tan cansada que parece que tiene más edad de la que tiene. Dejo el sándwich encima de la mesilla de noche y salgo de la habitación.

—Se ha quedado dormida —lo informo—. Bueno, es hora de que

me vaya a mi casa.

A lo tonto, son casi las dos de la mañana.

—¿Tú estás bien? —me pregunta de sopetón—. No tienes buena cara.

Me quedo sorprendida por su preocupación repentina, pero intento que no se me note.

—Es solo cansancio —miento. La verdad es que desde la conversación en casa de mis padres no estoy nada bien, aunque eso no se lo voy a contar a él.

Gonzalo asiente, aunque no conforme; lo puedo ver en sus ojos azules, que siguen escrutándome como si así pudiera averiguar qué es lo que realmente me pasa. Igualmente, no me vuelve a preguntar, no hay tanta confianza y hasta hace dos días nos odiábamos. Me acompaña a la puerta y nos quedamos el uno frente al otro en el umbral.

—Gracias otra vez.

—Si necesitáis cualquier cosa, llamad a mi puerta. Díselo a Marta.

—Lo haré.

—Adiós, usurpador.

—Adiós, Blanca.

Que se despida de mí llamándome por mi nombre hace que, irremediablemente, sonría. En cómo lo ha pronunciado puedo observar muchas cosas, entre ellas, agradecimiento y respeto. Me gusta, quizá sea la tregua definitiva y estemos enterrando el hacha de guerra. No lo sé, solo sé que esta noche, a pesar de haber tenido un día de mierda, me voy a dormir con una sonrisa en la cara.

9

La dignidad a la altura de las bragas

Inés está apoltronada en mi sofá, cerveza en mano, observando cómo me muevo inquieta por la casa mientras me da un sermón que creo que no me merezco.

—Ha rehecho su vida, pichurrina. No se merece que estés aquí torturándote. Así que te vas a poner ese vestido que te compraste en las rebajas, el del escote hasta el ombligo, y te vienes conmigo a tomar unas copas.

Desde aquel día en casa de mis padres, no he levantado cabeza.

Me invade la culpabilidad, las dudas y un montón de «y si» que no dejan de perseguirme. ¿Y si hubiera actuado antes? ¿Y si le hubiera dicho que odiaba los jerséis que me regala su madre cada Navidad? ¿Y si hubiera puesto más de mi parte en el sexo? ¿Y si me hubiera sentado a hablar con él cuando vi que las cosas se nos iban de las manos? ¿Y si no le hubiera contado que le fui infiel? ¿Y si es el amor de mi vida y lo he dejado escapar porque soy imbécil? ¿Y si he cometido el mayor error que podía cometer?

Y así todos los días.

Dos semanas han pasado y sigo en el mismo bucle.

Me siento gilipollas.

Fui yo la que rompió la relación y tengo la certeza de que, si me hubiera casado con él, habría sido tremendamente infeliz. Pero no puedo dejar de pensar en qué hice para que todo saliera tan mal; para que Óscar cambiara tanto y me diera cuenta tarde. ¿Tan poco me quería que no le ha costado nada reemplazarme? Ha tenido que venir Inés a darme una colleja y hacerme espabilar.

—No me apetece salir. —Nadie ha dicho que lo haya conseguido.

—Me cago en la puta, Blanca. —Se acerca el apocalipsis—. Ponte el vestido y sal por la puta puerta.

«A sus órdenes, mi generala».

Cuando Inés se pone en ese plan no puedo decirle que no porque es capaz de pegarme y obligarme a salir con una correa atada al cuello para que no me escape. Paro en seco en el salón y, antes de dirigirme a mi habitación, le doy un beso sonoro en la mejilla.

Mi armario da pena.

Apenas tengo unas pocas prendas para invierno y otras pocas para verano. ¿Tanto me dejé estando con Óscar? Recuerdo que hace años me encantaba la ropa, tenía miles de conjuntos y prendas básicas para poder combinar todo. Se me daba bien. ¿Ahora? Ahora tengo cuatro camisetas tristes y cuatro pares de pantalones. El vestido del que habla Inés es *midi*, en color mostaza, de tirantes, escote en pico y mucho vuelo. Me obligó a comprármelo, todo sea dicho, aunque he de reconocer que me queda muy bien. Para marcar un poco las curvas naturales de mi cuerpo, le añado un cinturón básico en color crema. Cuando me veo vestida, me siento un poco mejor. No hay nada como levantarse la moral con una prenda bonita. Me calzo unas cuñas de esparto altísimas que hacía años que no me ponía, peino mi cabello lacio un poco con los dedos y me maquillo mínimamente. El resultado que me devuelve el espejo me gusta. ¿Hacía cuánto no me arreglaba así? Ni lo recuerdo y eso es un problema.

—Guau, pichurrina. Estás de escándalo. Hoy pillas cacho.

—Anda, calla.

Cojo mi bolso, las llaves y el móvil y salimos por la puerta mientras Inés me echa una mirada de satisfacción. Cuando estoy cerrando la puerta con llave, una voz conocida hace que me dé la vuelta.

—¡Blanca! —me saluda Marta.

Lleva a la pequeña Gabriela en el carrito y enseguida me acerco a verla. Está dormida, así que, como no quiero despertarla, le acaricio la manita suavemente.

—¿Cómo sigue? —pregunto por su otitis.

—Mejor, acabamos de volver del médico. —Y la persona que me contesta no es Marta, sino Gonzalo.

No había reparado en su presencia. Levanto la vista hacia él y sonrío, pero su mirada me desconcierta. Tiene el ceño fruncido y me mira intensamente, parece enfadado. ¿En serio hemos dado pasos atrás?

—Hola, Gonzalo —lo saludo con educación, aunque las sensaciones que me produce su mirada no sé si me gustan.

—Hola —saluda y, rápidamente, abre la puerta de su casa y entra sin mirar atrás.

Marta pone los ojos en blanco y se disculpa por su hermano. Yo le hago un gesto con la mano para que no se preocupe. No tiene la culpa de que su hermano a veces sea un poco gilipollas.

—¡Estás guapísima! —me halaga Marta—. ¿Vais a salir?

—Vamos a tomar algo —interviene Inés, que se había quedado en un segundo plano—. Soy Inés, por cierto. Mi amiga es una maleducada que no nos presenta.

Ella misma se acerca a Marta para darle dos besos. Así es Inés, libre, sin vergüenza y siempre le gusta conocer a gente.

—¿Te quieres venir? —Invito a Marta e Inés sonríe conforme.

—No puedo chicas, me tengo que quedar con Gabriela. —Resopla con pesar porque, en realidad, le apetece.

Marta sigue estando ojerosa y algo pálida. No sé mucho de su vida, pero se nota que necesita un respiro; que su situación le ahoga.

—¿Por qué no le pides a Gonzalo que se quede con ella? No pasa nada porque te liberes un rato.

Noto la duda en sus ojos. Sé que quiere venirse con nosotras, pero que teme dejar a Gabriela.

—No sé…

—Marta, no estás abandonando a tu hija, solo vas a salir un par de horas a distraerte.

Ella cabecea y nos pide que esperemos, mientras va a hablar con Gonzalo. Le deseo suerte porque su hermano es un hueso duro de roer. Ha dejado la puerta entreabierta, así que podemos oír perfectamente cómo Gonzalo gruñe y se queja porque ya había quedado con sus amigos.

«Pues sí que está solicitado, así no ha venido a cobrarse la copa que tenemos pendiente».

En estas dos semanas, él no ha aparecido y apenas nos hemos cruzado en el rellano. Aunque he estado tan metida en mi mierda que tampoco me ha importado en exceso.

—Joder con Gonzalo, todo lo que tiene de guapo lo tiene de mala hostia. Normal que le arrancaras la matrícula.

—A veces puede ser majo.

—Uy, pichurrina, ¿lo estás defendiendo? —Se carcajea Inés.

—No. Solo digo la verdad. La última vez que hablamos fue amable conmigo.

En ese momento, una ilusionada Marta aparece en el rellano diciéndonos que se viene con nosotras. ¡Bien!

Marta 1 – Usurpador 0.

—Aunque no lo parezca, adora a Gabriela y le encantan los niños. —Me río ante ese comentario porque la verdad es que no le pega—. Vámonos antes de que se ponga a llorar y me suplique que vuelva. Es la primera vez que se queda a solas con la niña.

Y antes de que Gonzalo cambie de opinión, nos vamos.

Nos estamos carcajeando en nuestra mesa, ganándonos la mirada de odio de los demás clientes del garito. La risa que más se escucha es la de Marta que, a pesar de no tomar ni una gota de alcohol porque está dando el pecho, se ríe como si fuera ella la que estuviera a punto del coma etílico.

—Joder, chicas, no sabéis cómo necesitaba salir.

Inés y yo llevamos tres copas cada una y dos chupitos de tequila, así que no sé cómo todavía somos conscientes de todo lo que nos rodea.

—Marta, eres insultantemente más joven que nosotras y mereces vivir —le dice Inés.

—Pero me siento mucho más mayor… Un hijo es… agotador.

No quería meterme donde no me llaman, pero mi lengua va por delante de mi cabeza con la cantidad de alcohol que llevo en el cuerpo.

—¿Por qué decidiste tener a Gabriela tan joven? —Ella resopla y creo que me he pasado de indiscreta—. Perdona, no quería molestarte.

—Tranquila, Blanca. Es solo… que no es una historia fácil. Supongo que debo empezar diciendo que no conozco al padre de mi hija. —Inés y yo contenemos la respiración, pero no comentamos nada. Dejamos que Marta siga hablando—. A los veintidós salí una noche, me acosté con un tío del que no recuerdo ni el nombre ni la cara y un mes después descubrí que estaba embarazada.

Marta se encoge de hombros, ella ya ha aceptado su vida y la de su pequeña. Me da la sensación de que antes del embarazo era una chica que salía, reía, bailaba y que, por azares del destino, decidió ser madre joven. Y, en parte, no puedo evitar compararme con ella a su edad. Yo llevaba dos años con Óscar, tenía clarísimo que él era el amor de mi vida y hacíamos planes de pareja en plan manta y peli en su casa o en la mía. No sé si se aprecia la diferencia.

—Mis padres intentaron convencerme de que abortara —continúa —. Decían que era muy joven para atarme así de por vida, pero no

podía hacerlo. Así que decidí tener el bebé, mis padres se disgustaron mucho y el único que me apoyó al cien por cien fue Gonzalo.

Inés y yo la miramos con admiración. Tomar esa decisión tan joven tuvo que ser muy difícil para ella y, encima, sin el apoyo de sus padres. Me alegra saber que Gonzalo estuvo ahí.

—Fuiste muy valiente, reina —le dice Inés.

—No sé si valiente, pero no cambiaría a Gabriela por nada del mundo.

Se ha creado un ambiente bonito y triste entre nosotras. Marta se ha abierto en canal con dos desconocidas y parece la chica más feliz del mundo. Es bonita a rabiar y, cuando sonríe, parece una niña que no tiene ninguna preocupación. No sé por qué siento un instinto de protección especial con ella.

—¿A qué te dedicas, Marta? —pregunta Inés cambiando de tema —. Debes de tener un buen sueldo si puedes permitirte vivir en ese piso. Blanca tuvo que regatear a la señora Mercedes.

Percibo una mueca divertida y misteriosa en la cara de Marta, como si supiera algo que a nosotras se nos escapa, pero voy tan bebida que no le doy importancia.

—Soy *Community Manager*. ¿Sabéis lo que es?

—Es algo relacionado con el marketing ¿no? —tanteo.

Marta asiente y nos cuenta con pelos y señales en qué consiste su trabajo. Es *freelance*, así que coge los trabajos que le van saliendo y, como puede trabajar desde casa, le es mucho más cómodo con la maternidad. A mí me queda bastante claro, pero veo que Inés empieza a fruncir el ceño; también, que le está saliendo humo de la cabeza. La pobre no es muy ducha en tecnologías.

—Ahora me he tomado un par de meses para estar con mi hija. Es muy pequeña todavía —termina de contarnos.

—¿Y cómo sabes tanto con lo canija que eres? —pregunta boquiabierta mi amiga.

—Siempre se me dio bien y soy bastante autodidacta.

Joder con Marta. Nos da trescientas mil vueltas a nosotras con lo joven que es.

Y yo no he sido capaz de tener un trabajo estable hasta hace tres años, los que llevo en la tienda.

Marta se termina su segunda Coca-Cola e Inés y yo decidimos que vamos lo suficientemente borrachas como para parar. Por suerte, el garito que hemos elegido está justo debajo de casa. No queríamos irnos muy lejos porque el principal objetivo es que yo saliera y se lo agradezco mucho a Inés. Aunque no pedimos más copas, decidimos quedarnos un rato más charlando.

—Blanca, me tienes que contar por qué mi hermano te llamaba prostituta y, luego, delincuente. Es verdad que lleva un tiempo sin

hacerlo, pero… tengo toda la intriga y él no suelta prenda.

Me carcajeo sin remedio por culpa del alcohol al recordar el motivo: la primera nota. Le cuento toda la historia al completo, sin censura, porque mi cerebro ha eliminado esa función de lo perjudicado que va. Hasta le cuento que me puse cachonda al escuchar a su hermano follar aquel día aunque no me dejara dormir en toda la noche.

«Cerebro, vuelve a conectarte.
No teníamos que haber contado eso».

Me arrepiento al segundo cuando escucho una sonora carcajada de Marta y otra de Inés, que está llorando de la risa.

—El día que le quitaste la matrícula entró en casa cabreadísimo. Pensaba que le daba un infarto —cuenta Marta muerta de risa.

—No sé qué me pasó, pero es que me saca de quicio. A veces —reculo—. Tu hermano es una auténtica incógnita, ¿sabes? —«Para de hablar, Blanca»—. Unas veces tan amable y otras tan gilipollas.

—Es que lo pones nervioso —comenta Marta como si nada.

Inés se carcajea más alto, está esparramada en la mesa muriéndose de risa. ¿Qué le hace tanta gracia?

—¿¿Yo?? No pretendería que me quedara quieta cuando me estaba puteando.

—No me has entendido.

Desde luego, no la he entendido. Mi cerebro sigue de vacaciones por culpa del alcohol. Marta comenta que son casi las dos de la mañana y que llevamos unas cuatro horas aquí sentadas.

Damos por terminada la velada, nos despedimos de Inés con la promesa de volver a repetirlo y nosotras entramos en nuestro portal. Voy tan borracha que Marta ha tenido que dar al botón del ascensor porque yo no lo lograba. Al llegar a nuestro rellano, busco las llaves de casa en el bolso. Cuando las localizo, intento meter la llave, pero no atino; mientras, me meo de la risa yo sola.

—¿Necesitas ayuda? —Su voz grave en mitad del silencio del rellano hace que me estremezca.

No me he dado cuenta de que Marta ya había entrado en su casa.

—No, puedo sola —le digo, aunque no lo tengo tan claro.

Vuelvo a intentar meter la llave en la cerradura, pero veo tan borroso que no lo consigo. Noto como Gonzalo se acerca a mí y contengo la respiración por su cercanía.

¿Siempre huele así de bien?

Sin dejar de mirarme, roza mi mano para coger la llave y ayudarme a abrir la puerta.

—Ya está —susurra.

—Gracias.

—Gracias a ti.

Lo miro con el ceño fruncido porque no lo entiendo. Joder, voy tan borracha que creo que ya no entiendo ni el español.

—No he hecho nada, usurpador —balbuceo y creo que esa última palabra ha sonado más bien a: *uzzzurpadó*.

—Mi hermana ha vuelto contenta. Hacía tiempo que no la veía sonreír así, así que gracias.

Tengo el corazón un poco desbocado. Su cercanía, su voz grave susurrándome palabras, ese olor que no sé qué coño es, pero que me gustaría que mis sábanas olieran así. Yo que sé, se me está nublando la mente.

—Marta es maravillosa. Pensamos repetirlo, así que tendrás que volver a quedarte con Gabriela. —No estoy segura de haber pronunciado bien todas las palabras. Vaya espectáculo estoy dando.

Él me sonríe y yo me quedo bizca al verlo.

«Dios, Blanca, entra de una vez en
tu puta casa y deja de hacer el ridículo».

Pero, como decía, mi cerebro sigue de vacaciones.

—Estás muy guapa.

Levanto la vista hacia él lentamente, alzando una ceja. ¿Qué ha dicho? ¿Lo he oído bien o es que ya me imagino las cosas? Joder, estoy de psicólogo. Y, en vez de agradecer su bonito comentario, me dedico a hacerle preguntas existenciales porque quiero entenderlo y no lo consigo.

—No te entiendo —le digo y, al ver su cara de desconcierto, prosigo—: ¿Por qué a veces eres tan amable y otras tan…, tan…?

—Gilipollas —afirma.

—Eso lo has dicho tú. —Levanto las manos en señal de inocencia, pero pierdo la estabilidad; él alarga su mano para agarrar mi cintura y evitar que me caiga.

Dios. Sonrío bobamente dándole las gracias por evitar que me caiga contra el suelo y dejarme la dignidad a la altura de las bragas y no a la de los zapatos.

—Hasta mañana, Blanca —susurra muy cerca de mi boca, despidiéndose sin contestar a mi pregunta, pero estoy tan ida que ni siquiera me importa.

—Adiós, Gonzalo.

Y saboreo ese nombre en mis labios mientras se mete en su casa. Acto seguido, entro en la mía, tropiezo con el mueble de la entrada y maldigo porque me habría encantado que Gonzalo me follara contra este mismo mueble. ¿Qué cojones me pasa?

Tengo tanto calor que ni siquiera me voy a molestar en ponerme el pijama. Me desnudo y me tumbo en la cama con una pregunta en la

cabeza: ¿Por qué Gonzalo me acaba de poner tan cachonda? Debe de ser por el alcohol. Sí, seguro que es eso.

«Es guapo, sí, pero recuerda que me cae mal y que ha estado puteándome desde que he llegado», le recuerdo al vértice de mis piernas.

Intento dormir sin éxito alguno porque no encuentro la postura. Vale, también porque la habitación me da vueltas. Vale, tampoco puedo dormir porque siento una presión incómoda en la entrepierna que no se me pasa. Imaginarme a Gonzalo follándome contra el mueble de la entrada tampoco ayuda.

«Blanca, tienes que dejar de beber así».

Las palabras que Óscar me decía cada vez que salía con Inés resuenan por toda mi cabeza y me cabreo.

«Ya lo sé, joder. Deja de ser mi
padre incluso cuando no estás».

La presión de mi entrepierna no disminuye, sino que aumenta. Por razones fisiológicas que no entiendo, cada vez que me cabreo, me pongo cachonda. Es directo e irremediable. Y pensarás: «Pues con Óscar deberías estar todo el día cachonda porque estabas cabreada siempre». Pues efectivamente. ¿Cuál era el problema? Que no me satisfacía, recordemos eso. Aquel día en el que mi vida se puso patas arriba, estaba tan cabreada con Óscar que me tiré a mi jefe, al cual consideraba un baboso.

Conciencia

«Lo estás haciendo genial, Blanca».

«Calla, Pepito Grillo».

La verdad es que, últimamente, no me reconozco. Actúo sin pensar, estoy de mala leche casi siempre, robo matrículas de coche… Y, a todo eso, solo le puedo poner un nombre: Gonzalo.

No sé qué cojones me pasa con ese chico, ni por qué me afecta tanto, pero quiero estrangularlo en la misma medida que quiero que se meta entre mis piernas.

Necesito ponerle remedio a la situación, así que cojo mi vibrador de la mesita de noche, lo enciendo y lo coloco entre mis piernas. Y en vez de pensar en el famoso buenorro de turno, como suelo acostumbrar, pienso en Gonzalo. En él tendido sobre mí mientras empuja entre mis piernas, gimiendo con su voz grave y ronca en mi oreja, contándome todas las perversidades que quiere hacerme… Y,

sin más, el orgasmo llega. Fuerte, eléctrico, frenético…; tanto, que tengo el corazón desbocado. Recupero el aliento y, al momento, me siento muy avergonzada al recordar todo lo que Gonzalo me hacía en mi imaginación y sé que solo he empeorado las cosas. Ahora quiero (necesito) que lo haga de verdad y no sé cómo le voy a mirar a la cara después de esto.

«Puto alcohol».
«Puto usurpador».
«Puto Gonzalo».

10

Están los días de mierda y luego...

Brrr. Brrr. Brrr.

«Shhh, calla».

Brrr. Brrr. Brrr.

«Mmmmñe. Quiero dormir».

Brrr. Brrr. Brrr.

—¡Joder! —maldigo al maldito móvil que no deja de vibrar en la mesilla de noche.

¿Por qué se llamará mesilla de noche si la usamos durante todo el día? Debería llamarse mesilla y punto. En fin, preguntas absurdas que me planteo a veces. Me duele la cabeza un huevo, veo borroso y tengo el estómago del revés. No sé quién es, pero le deseo todos los males del mundo. Cojo el móvil todavía con los ojos cerrados y contesto con un gruñido.

—¿Se puede saber dónde coño estás? —me pregunta una voz femenina conocida, pero que no consigo identificar.

—¿Qué? ¿Quién eres? —pregunto con voz pastosa.

—¿Que quién soy? ¿Estás de coña? Tía, ¿dónde coño estás? —repite.

—En la cama —respondo tan normal.

—¿Y qué haces en la puta cama cuando deberías estar trabajando?

Me pongo rígida y me incorporo tan rápido que me mareo y una arcada me amenaza.

—¿Carla? —Ya la he reconocido—. ¡¿Qué dices?! Si hoy estoy de tarde.

—No, bonita, no. Estás de mañana y ya deberías estar aquí —dice de muy mala hostia.

Frunzo el ceño a punto del infarto y busco en mi móvil el cuadrante de esta semana. Cuando lo compruebo, me quedo blanca haciendo honor a mi propio nombre.

—Mierda… —musito—. Carla, había mirado el cuadrante de la semana que viene. Soy gilipollas.

—En eso estamos de acuerdo. Mueve tu culo hasta aquí. YA. Que sepas que no te voy a cubrir con Alberto. Te las apañas tú solita. —Y cuelga.

Me lo merezco.

Corro a la ducha y, aunque el agua sale helada, me meto debajo del chorro, dándome la ducha más corta de la historia. Me visto con lo primero que encuentro y salgo de casa pitando a punto de vomitar bilis al no tener nada en el estómago que vomitar.

—Buenos días —me saluda una voz grave y masculina en el rellano.

—Adiós —le respondo.

No me paro a analizar quién me ha saludado porque bajo como una bala por las escaleras; esperar el ascensor es un lujo que no me puedo permitir. Llego al garaje como alma que lleva el diablo y me monto en el coche. Estoy segura de que si me parara la Guardia Civil todavía daría positivo en alcohol. Ignoro las ganas de vomitar y el malestar que tengo porque necesito llegar al trabajo; no puedo permitir que me despidan. Dejaría de ganar dinero, tendría que dejar un piso que me encanta, tendría que volver a casa de mis padres y dejaría de ver a Gonzalo.

Espera. ¿Qué? ¿Qué ha sido ese pensamiento? Lo desecho enseguida porque no me puedo permitir pensar con la vagina. Ahora mismo, no.

Entro en la tienda a toda prisa e intento camuflarme detrás de los burros con ropa para que Alberto no me vea. Cuando pienso que he conseguido darle esquinazo y voy a entrar a la sala de personal, una voz me detiene.

—Señorita Martínez.

Me detengo en seco y me doy la vuelta despacio poniendo ojitos de cordero degollado. Alberto está enfrente de mí con la cara desencajada por la ira. A lo lejos veo como Carla me observa enfadada por mi comportamiento y cierro los ojos arrepentida.

—Lo siento —musito.

—Estás despedida.

«Mierda».

¿Cómo soluciono yo ahora esto? Veo cómo todo lo que he conseguido (aunque no sea mucho) desde que Óscar y yo lo dejamos desaparece y se derrumba como un castillo de naipes al soplarle una

brisa suave. Cierro los ojos y hago acopio de todo el autocontrol que tengo para no ponerme a llorar.

—Alberto, por favor… —suplico.

—Vamos a hablar al almacén. —Es como si ese lugar se hubiera convertido en nuestro sitio. Es raro.

Lo sigo sin decir ni mu, con la cabeza agachada de la vergüenza que me da esta situación. Soy una mujer de casi treinta años y debería empezar a comportarme como tal. Siempre pensé que era más madura que las chicas de mi edad porque intentaba hacer siempre lo correcto, pero, desde que Óscar no está en mi vida, estoy tan perdida…

Una vez dentro del almacén, me quedo parada enfrente de Alberto, cuya mirada sigue deseándome un dolor de muelas, o quizá, algo peor. El silencio que se extiende ante nosotros es muy incómodo y me veo obligada a romperlo porque si no, voy a vomitar de verdad.

—¿Qué tal lleva Olivia el embarazo? —Sé que sacar a relucir a su mujer en esta conversación no es nada inteligente por mi parte, pero sigo teniendo alcohol en las venas. No me culpes.

—No me toques los cojones, Blanca —brama.

—¿Ya vuelves a llamarme por mi nombre?

Alberto gruñe y yo me callo en el acto. No está el horno para bollos.

—¿Cuál es la excusa para llegar tarde hoy? —pregunta a su vez ignorando mi anterior pregunta.

Me muero de vergüenza.

—No tengo ninguna, Alberto. Miré mal el cuadrante y pensaba que hoy entraba de tarde —confieso.

Creo que en este momento me perjudicaría enormemente que me pillara en una mentira. Así que decido ser sincera e implorar que no me despida.

—Ah, de puta madre.

—No me despidas —me atrevo a pedirle.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Eh? No puedo darte un trato de favor —me espeta cabreadísimo.

—Por favor, Alberto. Necesito el dinero. —Y me pongo a llorar. Pero, además, desconsoladamente. Las resacas las llevo mal—. Seré la empleada modelo a partir de ahora, lo juro.

—Joder, Blanca, no llores.

Mi llanto sigue siendo desconsolado y me dejo caer al suelo hasta esconder la cabeza entre mis rodillas.

—No lo volveré a hacer, pero no me despidas —repito.

Alberto se acuclilla delante de mí obligándome a levantar la cabeza para que le mire. Yo no quiero, me siento estúpida.

—Mírame —me ordena y obedezco—. ¿Qué te está pasando? Quiero ayudarte, de verdad, pero me lo estás poniendo muy difícil. No

puedo ignorar las veces que llegas tarde y, joder, hoy resulta que no sabías ni que tenías que venir a trabajar. Entiende que no puedo hacer como si nada.

—Lo entiendo. —Tiene toda la razón del mundo, eso no puedo negárselo.

—Entonces pónmelo fácil, Blanca. No quiero despedirte, pero si no me das una razón justificada, no me queda más remedio.

—No sé quién soy, Alberto. —No sé por qué confieso todo. Supongo que es un intento a la desesperada de que me entienda—. Yo siempre he sido de pensar mucho las cosas, ¿sabes? Y, de repente, me acuesto contigo cuando pensaba que eras un baboso y le arranco la matrícula del coche a mi vecino. ¿Qué me pasa?

Las palabras salen de mi boca sin ni siquiera poder impedirlo. ¿Le he llamado baboso en toda la jeta? Sí. Me merezco que me despida.

—¿Pensabas que era un baboso? —pregunta incrédulo.

Asiento despacio esperando su sentencia final: mi despido. En realidad me lo estoy ganando a pulso.

Yo sigo sollozando, aunque no tan desconsoladamente. Siento un agujero en el pecho que impide serenarme del todo. Me siento confundida, perdida, vacía, como si mi vida no tuviera ningún propósito; como si viviera por inercia y me dejara llevar por las cosas que me rodean, pero sin ser consciente de nada. La resaca tampoco ayuda.

—No te culpo.

—¿Qué?

—Que lo era. Me portaba fatal con vosotras. No te culpo de que lo pensaras.

Me sereno un poco ante sus palabras. Su mirada ya no está llena de ira, sino que veo compasión.

«Genial, me encanta que
se compadezcan de mí».

Cerebro

«¿No querías exactamente eso?
¿Darle pena para que no te despidiera?»

«Cállate, estamos muy mal,
así que no me lo reproches».

—¿Podemos levantarnos? Ya tengo una edad y estar así mucho tiempo me mata las rodillas —pide Alberto de mejor humor.

Nos volvemos a poner de pie, pero no soy capaz de mirarle a la cara. Vaya espectáculo estoy dando contándole a mi jefe mis putos problemas existenciales. Alberto se acerca a mí para levantarme la

barbilla y secarme el resto de las lágrimas que recorren mis mejillas.

—Lo siento —me disculpo, otra vez.

¿Por qué tengo la sensación de estar pidiendo disculpas todo el tiempo?

—¿De verdad le arrancaste la matrícula a un vecino? —pregunta en un tono divertido cambiando de tema totalmente.

—Me usurpó la plaza de garaje —me defiendo—. ¿Ves como no estoy bien?

De la boca de Alberto sale tal carcajada que creo que se le va a desencajar la mandíbula. Yo lo acompaño porque imaginar la cara de Gonzalo cuando vio el panorama me produce satisfacción.

—No voy a despedirte —me informa Alberto.

«Gracias, divinidad que
ha querido escucharme».

—¿No? —pregunto incrédula.

—No —me confirma—. Blanca, yo no tengo las respuestas a tus preguntas. Siento que estés pasando por todo eso, pero, si quieres conservar el trabajo, ponte las pilas. Esta vez va a en serio. A la próxima, no me temblará el pulso para despedirte.

Yo solo me he quedado anclada a ese «no voy a despedirte» y me abalanzo sobre Alberto para darle un abrazo por lo agradecida que estoy.

—¿Me has entendido, señorita Martínez? —pregunta para confirmar que he escuchado todo lo que me ha advertido.

—Sí, gracias, Alberto.

—De gracias nada. Ponte a trabajar y hoy te quedas hasta el cierre. Que no se diga que te dejo irte de rositas.

Asiento fastidiada, pero al menos estoy agradecida de que no me despida.

Salgo del trabajo molida. Trabajar cuando te has despertado a punto del infarto, con resaca y habiendo dormido poco y mal es la mayor

tortura del mundo.

Carla ni siquiera me ha dirigido la palabra a pesar de haberme disculpado con ella. Está muy cabreada y no la culpo. Alberto, por su parte, no me ha quitado el ojo de encima, lo que me ha hecho ir derecha y con una tensión en los hombros que todavía me dura.

No me apetece volver a mi casa y encerrarme en esas cuatro paredes. No me apetece seguir recreándome en la mierda de vida que tengo. Simplemente, no me apetece. Así que decido coger el coche e ir a la playa. Vivir en una ciudad costera tiene inconvenientes, entre ellos, la humedad constante; pero también sus ventajas, y es que es el mejor sitio para perderte. Entiéndeme, no en sentido literal, sino metafísico. El mar siempre me ha ayudado a conectar o… a desconectar, más bien.

Aparco el coche en el *parking* y ando unos minutos hasta la playa. A pesar de ser finales de agosto y, prácticamente, de noche, todavía hay gente en ella. Camino por el paseo marítimo, observando a la gente, hasta localizar un trocito de arena despejado para que el murmullo no me perturbe. Me descalzo y piso la arena sintiendo un hormigueo en las plantas de los pies. Un hormigueo agradable que me hace cerrar los ojos con gusto. Ando hasta el lugar que he localizado y me siento. Sí, sin toalla ni nada, me da igual mancharme, me da igual mojarme; solo me apetece estar aquí sentada, conmigo misma.

Inspiro profundo, calándome de la brisa del mar, de su característico olor a salitre, sintiendo la humedad en mi piel. Un perrito, bueno, eso es un eufemismo porque en realidad es un señor pastor alemán, corre por la playa feliz, persiguiendo lo que le ha lanzado su dueño. Sonrío al contemplar la escena. Es increíble cómo los perros son tan felices solo recibiendo un poco de amor de sus dueños. Qué envidia.

Corre una suave brisa que me provoca un escalofrío, pero es agradable. Por mi mente pasan muchos recuerdos en esta playa. Largos días de verano con mis padres cuando era pequeña; no todos los años podíamos permitirnos ir de vacaciones fuera, así que nos conformábamos con nuestra playa de siempre y yo era feliz. También mis primeras citas con Óscar fueron aquí; tomando helado, hablando de todo sentados en la arena, conociéndonos poco a poco. Nuestro primer beso. Esta playa está llena de recuerdos con Óscar y me duelen. Me duelen porque ahora todo se torna agridulce. En casa siempre discutíamos, pero cuando veníamos a la playa parecíamos esos dos jóvenes que se quisieron con locura frente a este mar. Cuando conocí a Inés, los planes en la playa cambiaron por botellones a oscuras en la arena. Yo le contaba mis discusiones con Óscar, que eran lo más emocionante que me pasaba; ella me contaba que se había enamorado del actor de turno y que no iba a encontrar una pareja estable en su

vida teniendo las expectativas tan altas. Después de cuatro cervezas, teníamos momentos de exaltación de la amistad en los que jurábamos que fue un golpe de suerte conocernos aquella tarde en un bar. Y lo fue, no me cabe duda.

Intento reflexionar sobre cómo me siento, pero no consigo encontrar respuesta.

Tengo una tristeza constante en el pecho que no desaparece y ya no estoy segura de que sea solo por Óscar. Lo he querido mucho y, en parte, todavía lo quiero, pero la decisión que tomé creo que fue la correcta, a pesar de que las circunstancias no lo fueran. Aun así, no puedo evitar echarlo de menos. Tampoco estoy en el punto de desearle toda la felicidad del mundo y, menos, sabiendo que me ha reemplazado en cuatro meses. Eso también me duele y lo peor es que sé que no siente amor por aquella chica, sino que es ambición; y eso está mal. Espero que se dé cuenta antes de que sea demasiado tarde para él.

—¿Qué haces aquí? —Una voz que reconozco perfectamente me saca de los recuerdos.

Levanto la vista para mirarlo, pero empieza a estar muy oscuro y solo veo su sombra a mi lado. Mira que es casualidad que nos encontremos en la playa.

—Pasar el rato —le digo con toda la desgana—. ¿Y tú?

—He venido a correr. —Y ahora que lo dice, su voz está entrecortada y respira con algo de dificultad.

—Estás un poco lejos de tu casa, ¿no?

Sin pedir permiso, se sienta a mi lado, apoyando los antebrazos en sus rodillas.

—Lo mismo podría decir yo de ti. —Ignoro su comentario. No me apetece enzarzarme en una batalla dialéctica—. La verdad es que Marta se ha enfadado conmigo y me ha dicho que no vuelva hasta que deje de ser un capullo —acaba confesando.

—¿Qué le has hecho?

Gonzalo suspira, debatiéndose si decírmelo o no. Malo, eso es que no me va a gustar.

—Hablar mal de ti.

Sincero y directo, como cuando alguien te apuñala mirándote de frente.

—Vaya, qué novedad —le contesto irónicamente.

Ni siquiera me molesta. No sé por qué. Ahora mismo, ni siento ni padezco.

—Esta mañana has sido muy borde —se justifica—. Pensaba que empezábamos a entendernos.

—¿Esta mañana? —pregunto desconcertada. Juraría que esta mañana no lo he visto.

—Venga ya, vecinita, te he dado los buenos días y te has ido a toda prisa, siendo bastante borde.

Joder. Ahora caigo. Era Gonzalo el que me saludó esta mañana cuando corría como un potro desbocado escaleras abajo porque me esperaba una buena en el trabajo. Mierda.

—Llegaba tarde al trabajo —intento excusarme encogiéndome de hombros—. De hecho, he tenido un día de mierda. No sé, perdona si fui borde. Ni siquiera te vi.

—Ouch. —Hace un gesto como si le hubiera disparado directamente al corazón y me hace gracia.

Cerebro

«Mira, hasta puede ser gracioso».

—No eres el centro del mundo, usurpador.

Creo que intenta obviar que eso ha sido otro comentario borde por mi parte, porque no dice nada más.

Oigo un sonidillo cerca de él, como un murmullo, y me doy cuenta de que todavía tiene puesta la música y que la oigo a través de los cascos que descansan sobre sus hombros.

—¿Qué escuchabas? —pregunto muerta de curiosidad, no sé por qué.

—A Estopa.

Giro el cuello para mirarle sorprendida. No por nada, pero es que nunca me lo habría imaginado escuchando a Estopa. No le pega.

—Vaya… —me limito a decir.

—¿Algún problema? —pregunta divertido.

—Ninguno. La música es algo muy personal, pero nunca lo habría imaginado.

Noto como Gonzalo levanta suavemente la comisura de los labios y suspira conteniendo la sonrisa.

Yo sigo pensativa, sin ser del todo consciente que él está a mi lado. Es como si mi imaginación me estuviera jugando una mala pasada y lo hubiera recreado a mi lado por alguna razón que desconozco.

—¿Quieres hablar? —me pregunta de pronto.

—*Nop*. —Y sé que soy más brusca de lo que me hubiera gustado. Otra vez.

Gonzalo se queda callado, aunque inquieto. Yo no vuelvo a abrir la boca. La verdad, agradezco que esté siendo amable, pero no me apetece hablar de nada en absoluto.

—Vale, creo que molesto, así que me voy.

Me arrepiento al instante de haber sido tan borde. Siempre le reprocho que a veces se comporta como un gilipollas, pero ahora la que lo está siendo soy yo. No se merece que le trate así cuando lo

único que ha hecho es intentar… No sé qué intentaba, pero se estaba portando bien conmigo.

Siento cómo Gonzalo se levanta y se sacude la arena de los pantalones de chándal que lleva. Gira sobre sus talones en dirección al paseo marítimo de nuevo, sin volver a dirigirme la palabra.

—¡Gonzalo! —Sin entender muy bien por qué, me levanto corriendo y lo llamo, sintiendo presión en la boca del estómago. No me siento nada bien y no es la resaca. Él para en seco y se da la vuelta para mirarme—. ¿Me acompañas a casa?

Me acerco lentamente a él. Necesito ver su cara, intentar saber en qué piensa. Necesito saber que no me odia.

—Claro.

—Tengo el coche en el *parking*.

Una vez en el coche, me froto las manos porque me he quedado helada sentada en la playa.

—Toma. —Gonzalo me ofrece su sudadera de color azul bebé.

—Gracias.

Cuando estoy pasando la cabeza por la abertura para colocármela, su olor inunda mis fosas nasales y pienso que quiero morirme dentro de esa sudadera. Intento que no se me note la turbación que me ha producido y arranco el coche.

Justo en ese momento, en la radio, está sonando *Unwritten*, de Natasha Bedingfield y empiezo a tararearla mientras hago maniobras para salir del aparcamiento. Me adentro por las calles de la ciudad, conduciendo despacio porque sigo sin tener ninguna gana de ir a mi casa.

—Conduces bien —comenta.

—Lo dices como si fuera algo sorprendente —gruño.

—Después de cómo tratas los coches ajenos… —se cachondea, pero al ver que yo no me río y que tengo los nudillos blancos de tanto apretar el volante, se calla.

—¿Qué le has dicho a Marta de mí para que te eche de casa?

—No quieres saberlo —responde algo cortado.

—Sí, quiero saberlo. Tengo curiosidad por saber qué piensas de mí.

Lo necesito.

Necesito saber cómo me ve una persona que no me conoce, que no sabe nada mí, que tampoco sabe por lo que estoy pasando ni conoce mi pasado. Gonzalo es una tabla en blanco. Alguien que quizá me pueda ayudar a averiguar qué me pasa.

—Dije que eras una tía bipolar y que estaba harto de la loca de la vecina. —Me mira con culpabilidad porque, efectivamente, no es nada bonito.

—Guau —musito.

—Lo siento.

—A loca y bipolar te ha faltado añadirle delincuente. Esperaba más de ti, usurpador —replico con toda la ironía del mundo.

—Blanca…

—Tiene gracia que digas que soy bipolar. Yo pienso justo lo mismo de ti. —Yo sigo a lo mío.

—Es lo justo. Lo he sido a veces. Estamos empatados.

Él sonríe intentando destensar el ambiente, pero a mí no me apetece. Sus palabras me han hecho pupa, la verdad.

No sé por qué, justo en este momento, recuerdo que anoche me masturbé pensando en él y se me encienden las mejillas de vergüenza, como si él pudiera leerme la mente.

Joder, estoy enferma.

—¿Sabes qué? Da igual. No me conoces.

—No me dejas conocerte —me corrige.

«¿Perdón?»

—No soy yo la que ha rechazado la invitación a una copa de la paz.

Porque, sí, ya daba por hecho que no iba a aparecer para cobrársela, aunque creo que, ahora mismo, no tiene mucho sentido llamarle «copa de la paz».

—¿Y cuándo he rechazado yo tu invitación? —pregunta a la defensiva.

—Creía que, después de dos semanas, ya no aparecerías.

—He tenido mucho trabajo.

—Vale. —Estoy cansada.

—¡Oye! Que hablo en serio.

—¡Que vale! Te creo. —No me queda más remedio.

El coche se queda en un absoluto silencio. Silencio tenso, para más señas. No sé qué estará pensando él, pero yo no me puedo quitar las palabras «bipolar» y «loca» de la cabeza. ¿No quería saber lo que piensa de mí una persona que no me conoce? Pues toma dos tazas. Si es que me lo busco yo solita.

Suspiro aliviada cuando le doy al mando del garaje porque ya queda menos para deshacerme de este incómodo silencio. Gonzalo se ha tensado en el asiento del copiloto cuando he empezado a bajar la rampa y entiendo por qué cuando llego a mi plaza.

—¡Joder! —blasfemo—. ¿En serio? ¿Otra vez?

—Se me había olvidado —se excusa—. Estaba cabreado y quería tocarte los cojones.

—Pues lo has conseguido —siseo cabreada—. Haz el favor de quitar el puto coche ahora mismo.

Gonzalo sale rápidamente del coche y se monta en su chatarra. Cuando lo arranca, creo que se nos viene el techo del garaje encima, que solo su coche es culpable de los agujeros en la capa de ozono y de la contaminación acústica del planeta. ¿Cómo puede circular todavía con ese trozo de metal?

Espero en mi coche mientras él aparca en su plaza.

Definitivamente, coronamos este día como otro día de mierda.

No solo casi me despiden, sino que me encuentro a mi vecino, que todo lo que tiene de guapo lo tiene de tocapelotas. No sé qué quiere de mí, qué espera de mí. De verdad, es una auténtica incógnita.

¿Por qué se ha parado en la playa a hablar conmigo si piensa esas cosas de mí y estaba molesto conmigo? No alcanzo a comprender nada y bastante tengo con lo mío, la verdad.

Cuando salgo del coche, él me está esperando, apoyado en el suyo.

—¿Esa chatarra ha pasado la ITV? —pregunto sin tenerlas todas conmigo de que la haya pasado.

—¡Pues claro! ¿Qué te crees? Mi coche todavía tiene mucho que dar —dice convencido.

Me río con incredulidad y desconfianza porque, si al mío estos dos últimos años le ha costado pasarla, no me quiero imaginar lo que le habrá costado a su chatarra.

—Eres demasiado criticona —me reprocha.

«Genial, lo estás mejorando, campeón.
Añádelo a loca y bipolar».

—Y tú eres peor que un dolor de ovarios —contraataco mientras esperamos el ascensor.

—Podría ser peor —contesta—. Un dolor de huevos duele más seguro.

Lo miro de reojo. ¿Qué coño tienen los hombres con sus pelotas? ¿Se creen que son el centro del universo? Ah, sí, perdón, se me olvidaba que durante muchos siglos de nuestra historia lo fueron.

—Te daba yo a ti un par de meses de regla con endometriosis. Verás qué pronto cambiabas de opinión.

—Endome… ¿qué?

—Búscalo en Google, seguro que sabes.

Fui por primera vez al ginecólogo cuando tenía quince años porque no soportaba los dolores de vientre cuando me bajaba la regla. Ningún calmante que tuviera por casa me aliviaba. De hecho, había días en los que ni podía ir al instituto. Hasta que el ginecólogo me dio un diagnóstico: endometriosis.

Es una enfermedad en la cual el endometrio crece en zonas del cuerpo donde no debe aparecer, es decir, fuera del útero. El ginecólogo me lo explicó de una manera sencilla que yo pudiera entender a mi corta edad. Los intensos dolores y el sangrado abundante eran una de sus causas. Pero, lo que realmente me afectó en su momento, fue la posibilidad de la infertilidad.

Supongo que saber a los quince años que hay una puerta que, a lo mejor, no vas a poder abrir, afecta de otra manera. Intenté no pensar mucho en ello, quedándome siempre con la esperanza hasta el final. Hasta el día que decidiera intentarlo. Aunque, ahora, ni siquiera me lo planteo.

—Bah, seguro que no será para tanto.

—Eres un capullo. —Me sale del alma.

Subimos en el ascensor sin comentar nada más. Me tiene harta, de verdad. Ha conseguido colmar la poca paciencia que me quedaba hoy. Cuando llegamos al tercero, le devuelvo su sudadera –muy a mi pesar– y me acerco rápidamente a mi puerta para perderlo de vista.

—Blanca. —Llama mi atención todavía parado al lado del ascensor.

—¿Qué? —contesto sin mirarle.

—El imbécil que te hizo daño no merece que estés así por él.

Me doy la vuelta despacio, dedicándole una mirada de desprecio absoluta.

—¿Y tú qué coño sabes, Gonzalo? No tienes ni puta idea, así que no hables de lo que no sabes.

Estoy a punto de derrumbarme. ¿Cómo se atreve? No tiene ni idea de mi vida, no sé cómo se atreve a opinar. Ya para rematarme el día, tiene que hacer que vuelva a pensar en Óscar. ¡Joder! Lo odio.

—Tu reacción solo me lo ha confirmado. Pero tienes razón, no tengo ni puta idea. No te conozco.

—Ni falta que hace.

Abro mi casa y cierro detrás de mí dando un sonoro portazo, dejándole con la palabra en la boca. Estoy harta. ¿Tengo cianuro en casa? Porque me encantaría envenenarlo. Me quito la ropa casi arrancándomela porque siento que me ahoga y me meto en la cama. Sin cenar. Solo quiero dormir y olvidar este día de absoluta mierda.

11

Una cena y un accidente

Septiembre

Hemos entrado en este mes con fuerza.

La tienda está a rebosar de gente que quiere hacerse con la nueva colección otoño-invierno y estamos a tope de trabajo. Desde aquel día, hace semana y media, en el que casi me despiden, me he convertido en la dependienta modelo, como le prometí a Alberto. Carla me ha perdonado porque le he facilitado mucho la vida estos días. Me siento en deuda con ella por las veces que me ha cubierto y porque, aunque me odiase, ese día me llamó para que moviera el culo. Podría haberlo dejado estar y que me despidieran directamente, pero es demasiado buena persona, lo sé y no me lo merezco.

Estoy colocando algunas prendas en los estantes mientras la observo atendiendo en la caja. Tiene una coleta baja recogiendo su melena pelirroja y sonríe a los clientes con una sonrisa tan cándida que me recuerda a una muñeca. Parece que no tiene maldad en el cuerpo y creo que he sido yo la que he conseguido sacársela. Carla me pilla mirándola y me sonríe amable. Si, es un encanto, tengo que cuidar más a mi compañera.

—Blanca —me llama Alberto—. Necesito que te pongas en la caja de la sección infantil.

Le hago el saludo militar en señal de: «Sí, mi capitán» y voy solícita a donde me ha dicho. Veo como Alberto se descojona de mí, pero sigue a lo suyo. Empiezo a cobrar a la gente con una sonrisa, hago monerías a los pequeños que acompañan a sus padres y ellos sonríen con gracia. ¡Me los como!

—¿Quieres una piruleta? —le pregunto a una niña de unos tres años que se enconde detrás de su madre algo avergonzada. ¡Qué edad tan tierna!

La niña sonríe con vergüenza, pero asiente. Cojo una piruleta del cesto que tenemos en la caja y se la tiendo.

—¿Qué se dice, Blanca?

Ala. Me sorprende que se llame como yo y sonrío como una boba.

—Gracias —contesta la niña detrás de su madre.

—De nada, Blanca. ¿Sabes que te llamas igual que yo? —Le sonrío.

—¿De verdad? —pregunta ella sorprendida.

—Sí, tenemos el mejor nombre del mundo. —Le guiño un ojo y, sin que nadie me vea, le doy otra piruleta y ella sonríe agradecida.

Es una niña monísima, muy morena, con el pelo lleno de ondas suaves y los ojos de color caramelo. Me causa una ternura que no puedo describir. Le cobro la ropita a su madre y miro como se alejan cuando la siguiente clienta me saca de esa visión.

—¡Blanca! No sabía que trabajabas aquí.

Es Marta junto a Gabriela, la cual está en el carrito. Me alegro mucho de verla, aunque sea con la cara de cansancio permanente que lleva encima.

—¡Hola, Marta! Pues ya ves. Aquí estoy —saludo contenta mientras voy pasando sus prendas por el escáner.

—Hace mucho que no nos cruzamos.

«Si, verás, es que lo he estado evitando
para no coincidir con el soplapollas de tu hermano».

—Ya…, he estado liada —me excuso.

—¿Ah, sí? —pregunta con suspicacia—. No tendrá nada que ver que mi hermano, en cuanto te ha visto, ha salido de la tienda, ¿verdad? ¿Qué os ha ocurrido?

Yo sigo pasando las prendas por el escáner mientras pienso en cómo salir de esta. ¡Hay que ver todo lo que le va a comprar a Gabriela! Pero, bueno, dicen que los bebés crecen muy rápido.

—Simplemente, no nos entendemos. No hay más.

—Pues yo creo que os entendéis demasiado bien, pero sois los dos unos cabezones con la mecha muy corta.

«*Touché*».

—No lo creo. —Por Dios, qué conversación tan incómoda.

—Está insoportable desde el día de la playa, Blanca —me chiva casi en un susurro, como si su hermano pudiera oírla.

—No sé qué quieres que haga yo, Marta —le respondo pidiéndole tregua con la mirada. Todo el tema de su hermano me saca de mis casillas—. Son sesenta y dos con treinta.

Activo el datáfono y Marta acerca la tarjeta al *contactless* hasta que suena el pitido.

—Me gustaría que hicierais las paces. ¿Por qué no te vienes a

cenar mañana?

Y, de repente, noto unos ojos azules clavados en mí, observándome a lo lejos. Levanto la vista y choco con la mirada de Gonzalo. Tiene el ceño fruncido, como si estuviera muy cabreado, aunque eso no es novedad. Siento un escalofrío por todo el cuerpo cuando veo que se está mordiendo el labio inferior con saña y pienso que ojalá fuera mi labio el que mordiera.

«Mierda. Otra vez, no.
Que íbamos muy bien».

Le tiendo la bolsa con la ropa a Marta, que todavía espera una respuesta.

—Lo pensaré.

—Mañana a las nueve. —Y se va sin darme tiempo a replicar.

—Inés, necesito consejo —le pido a través del teléfono.

—Tanga minúsculo y siempre con condón, pichurrina.

«¿De qué cojones habla esta tarada?»

—¿Qué coño dices, tía?

—No sé. ¿No me estás pidiendo consejo para una cita con tu vecino el buenorro?

—¿Que parte de «odio al usurpador» no has entendido?

—La parte en la que no te lo crees ni tú —me contesta.

Qué bien, ni siquiera tengo credibilidad delante de mi mejor amiga.

—Lo odio con toda mi alma —siseo y me mantengo en mis trece.

—Y también te lo quieres follar —aclara—. Está bien, pichurri, no pasa nada. Una cosa no está reñida con la otra.

Bufo y resoplo. Tiene razón. Ver a Gonzalo me cabrea sobremanera, pero cada vez que me mira o siento su voz grave dirigiéndose a mí, mi vagina da triples saltos mortales y mi cerebro

cortocircuita. Pero eso no lo voy a reconocer en voz alta.

—Ha venido Marta a la tienda hoy a por ropa para Gabriela. El usurpador ni siquiera ha querido entrar al saber que estaba yo. Para que te hagas una idea.

No comento nada sobre ese cruce de miradas intensas que hemos compartido para no perder, más aún, la credibilidad de que nos odiamos a muerte.

—Está escocido, Blanca. Le diste con la puerta en las narices. ¿Qué esperas?

—Oye, ¿tú de qué parte estás? —gruño—. Es él el que piensa que soy una loca bipolar.

—Siempre estoy de tu parte, pichurrina, pero hay que reconocer que os habéis tratado fatal desde que os conocéis. Los dos —enfatiza.

Cierro los ojos hasta ver colorines. En eso no le puedo quitar la razón.

—Marta me ha pedido que vaya a cenar mañana a su casa. Quiere que hagamos las paces —le cuento.

—¿Y?

—Que no sé qué hacer.

—¿Por qué?

—Joder, Inés, porque no quiero verlo ni hacer las paces ni nada. —Suelta una sonora carcajada que me deja sorda del oído derecho—. ¿Qué tiene tanta gracia?

—Que en realidad te mueres por ir. ¿Te crees que puedes actuar conmigo después de tantos años?

—¿Entonces cuál es tu consejo? —Qué tontería de pregunta, sé perfectamente que me va a decir que vaya, pero necesito ganar tiempo para poner en orden mi cabeza.

—Tanga minúsculo y condón —repite.

Me doy un cabezazo contra la mesa, desesperada.

No voy a intentar aclararle que no vamos a follar en ninguna circunstancia, aunque mi fuero interno me regañe por ese pensamiento. Ni siquiera es una opción que yo contemple. Creo que, con lo que Gonzalo me odia, ni siquiera se empalmaría.

—Iré a la puta cena —sentencio—. Si no veo a Marta capaz de torturarme.

—Si intentas convencerte a ti misma con esa excusa, vale.

Y cuelgo porque, aunque la quiero mucho, cuando se pone en plan sabelotodo, como si tuviera mucha más información que tú sobre tu propia vida, me dan ganas de matarla.

He tenido la tremenda suerte (nótese la ironía) de que hoy he trabajado de mañana, así que ni siquiera he podido poner la excusa de que llegaría tarde o alguna mierda de esas.

Sin embargo, he tenido todo el tiempo del mundo para pensar qué ponerme, darme una larga ducha, depilarme entera (me ha obligado Inés) y ponerme nerviosa trescientas veces.

He decidido ponerme un pantalón corto blanco que he comprado en la tienda. Me queda bastante holgado por la parte de la pierna; no me gusta que los pantalones me aprieten los muslos, me siento incómoda.

También me he puesto una blusita sin mangas y escote en pico en color azul bebé; parezco una niña buena y todo. Por último, me calzo unas zapatillas blancas.

Soy la imagen de la pureza ahora mismo.

Hoy tengo el pelo un poco encrespado debido a que el día es más húmedo de lo normal, así que intento disimularlo con una coleta baja, despeinada y saco unos cuantos mechones de mi frente.

He decidido no maquillarme; no por nada, sino porque no me apetece. No tengo que aparentar nada delante de nadie.

Cuando estoy saliendo por la puerta de casa, siento un ligero malestar que achaco a los nervios.

No me apetece ser amable con el usurpador. No me apetece nada esta cena, pero tampoco quiero tener una guerra constante con el vecino. Sobre todo porque Marta me cae genial y quiero conservarla como amiga. Me encanta estar con ella y con la pequeña, que ya me ha robado el corazón.

Llamo a la puerta de al lado con los nudillos. Me da miedo llamar al timbre por si Gabriela está durmiendo y la despierto. Tengo el corazón desbocado y me siento tremendamente incómoda con esta cena. ¿Cómo se me ocurrió aceptar? ¿En qué estaba pensando?

Cerebro

«Más bien di con qué estabas pensando».

«Que te calles».

Oigo unos pasos suaves acercándose a la puerta y el gorjeo de la pequeña Gabriela, así que me tranquiliza saber que es Marta la que me va a abrir.

O no.

Los ojos azules que me están mirando con cierta severidad no son los de Marta, sino los de Gonzalo. Me quedo muda al verlo acunando a Gabriela en sus brazos. Es la imagen más tierna que he visto en toda mi jodida existencia.

—¿Vas a pasar o me vas a seguir mirando como si me hubiera salido otra cabeza? —Tan amable como siempre.

«Mierda, Blanca, contrólate.
No te puede pillar en un renuncio».

Por fin reacciono y me acerco a la pequeña para hacerle una carantoña, ignorando su pregunta.

—Hola, pequeña. —Le acaricio la carita.

—¿A mí no me saludas?

Y me lo pregunta casi en un susurro que me pone el vello de punta. Paso de largo, diciéndole un escueto «hola» y entro en la casa para ir en busca de Marta, la cual encuentro poniendo la mesa.

—¡Blanca! Qué alegría que hayas venido. —Marta corre para abrazarme y le devuelvo el abrazo con gusto.

—Toma, he traído esto. —Le tiendo una botella que he cogido de casa.

Gonzalo ha dejado a Gabriela en la cuna portátil que tienen en el salón y se acerca a nosotras.

—¿Lambrusco? ¿En serio? —se cachondea y tengo ganas de matarlo con mis propias manos.

—¡Gonzalo! Tengamos la fiesta en paz, ¿quieres? —lo reprende su hermana y ésta se dirige a mí—. Muchas gracias, Blanca.

Su casa es exactamente igual a la mía, solo que la distribución es algo diferente. La última vez no me dio tiempo a fijarme bien. Se nota que la decoración es obra de Marta; estoy segura de que el patán no habría sabido combinar ni las cortinas.

—Tienes el piso muy bonito —felicito a Marta.

—¡Gracias! La verdad es que Gonzalo me ayudó mucho cuando lo decoré.

«Ale, en toda la boca, Blanca. Por hablar».

Miro fugazmente a Gonzalo, que está sonriendo a su hermana con ternura, y me ablando un poco. He venido aquí a firmar otra tregua,

¿no?

Nos sentamos a la mesa y es Gonzalo quien empieza a servir la comida.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto educadamente.

Hay que romper una lanza en favor del entendimiento entre nosotros.

—Tranquila, Blanca —me contesta.

Cada vez que me llama por mi nombre tengo la sensación de que un gatito nace. No sé si es su forma de pronunciarlo o que solo lo usa cuando quiere que le preste toda mi atención cuando es amable. No lo sé. Mi cuerpo lo único que sabe es que le encanta.

Cuando Gonzalo termina y se sienta, empezamos a comer. Han preparado una exquisita lasaña de verduras que me produce orgasmos gastronómicos con cada mordisco. Para acompañar, hay ensalada de ahumados y pequeños canapés con distintos patés para untar. Se me hace la boca agua con solo ver la comida. Para beber, han abierto el Lambrusco y Gonzalo podrá reírse todo lo que quiera, pero está buenísimo y a mí me encanta. Era la última botella que me quedaba en casa.

—¡Qué casualidad que trabajes en la tienda donde compro casi toda mi ropa! —comenta Marta.

—¿De verdad? Llevo tres años trabajando ahí. Lo raro es que no nos hayamos encontrado antes —le cuento.

—¡Pues sí! Supongo que no era nuestro momento. —Me sonríe—. El destino ha querido que conozcas antes a mi hermano.

Me atraganto con un trozo de la lasaña y bebo corriendo el resto de vino que quedaba en mi copa. Qué vergüenza.

—¿Estás bien? —Se preocupa Gonzalo sin quitarme ojo.

—Sí, sí. Se me ha ido por mal sitio, perdonad. —Yo continúo hablando de mi trabajo porque me siento tonta y no quiero estar en silencio—. Pues hace poco casi me despiden.

Cerebro

«Blanca, no cuentes eso, por Dios».

—¡No jodas! —Se le escapa a Marta—. ¿Qué pasó?

Me remuevo incómoda en la silla. Me da vergüenza asimilar que estoy tan fuera de mi vida que la estoy cagando continuamente.

—Pues… —empiezo a contar algo avergonzada—. ¿Te acuerdas de la noche que salimos? —Marta asiente—. Pues miré mal el cuadrante de los turnos, pensaba que trabajaba de tarde y… la cagué. Me llamó mi compañera hecha un basilisco por la mañana y mi jefe casi me despide. Bueno, de hecho, lo hizo, pero me dio por llorar como una magdalena y le di pena.

«¿Por qué estoy contando todo esto?»

Marta estalla en una carcajada sonora mientras que Gonzalo no mueve ni un músculo de la cara.

—¿En serio te pusiste a llorar? —Sigue descojonada de la risa.

Asiento avergonzada y apuro la segunda copa de vino. Mi cuerpo me sigue mandando señales, me siento rara. Quizá sea hora de dejar de beber.

—De repente me vi en la calle, sin dinero, sin piso, volviendo a casa de mis padres, sin veros y… me agobié.

Y sí, he dicho «veros», no ver solo a Marta o Gabriela.

Y esa apreciación no le ha pasado desapercibida a Gonzalo, que ha posado su mirada sobre mí de una manera tan intensa que me abrasa.

—¿Tú jefe es aquel guaperas que no te quitaba ojo? El de la mirada de *rompebragas*. Está buenísimo.

—¡Marta! —le regaña Gonzalo un poco tenso.

—¡¿Qué?! —le espeta—. A ver si te piensas que me dejó embarazada el Espíritu Santo. No me seas estrecho. Curiosamente eso es lo que menos te caracteriza, hermanito.

—Sí. Es Alberto, mi jefe —le respondo divertida ignorando el comentario sobre el usurpador—. Y no me quitaba ojo porque, la próxima vez que la cague, me voy a la calle en serio.

Nos hemos terminado la cena, pero hemos rellenado nuestras copas (Gonzalo llena la mía y la suya; Marta bebe agua) y charlamos tranquilamente. Bueno, más bien Marta y yo charlamos; Gonzalo aporta algo de vez en cuando, pero está muy callado y me pone nerviosa tanto silencio.

¿No hemos venido a hacer las paces?

—Estaba riquísima la cena, Marta. —Doy por sentado que ha cocinado ella.

—En realidad… —empieza a decir algo cortada—. Ha cocinado Gonzalo.

CRAC.

«¿Qué ha sido ese ruido?»

Cerebro

«Tus bragas rompiéndose».

«Fenomenal, gracias por la información.
Por bocazas, parte dos».

Miro a Gonzalo que, a su vez, mira su plato algo avergonzado. Me quejo de los prejuicios, pero soy la primerita que no ha pensado en

ningún momento que él había cocinado. Ojo, no me considero una persona machista, pero sí que intento deshacerme de esos micromachismos que he visto toda la vida en mi casa.

—Cocinas muy bien, Gonzalo —lo halago sinceramente.

Él me dedica una sonrisa tensa y asiente en señal de agradecimiento. ¿Qué le pasa? ¿Por qué está tan tenso?

Justo en ese momento, la pequeña Gabriela empieza a llorar desconsoladamente.

—Le toca el pecho —nos informa Marta—. Voy a darle de comer y de paso la duermo. Seguid a lo vuestro.

—¿Quieres que te eche una mano para dormirla? —me ofrezco. Me pone un poco nerviosa quedarme a solas con Gonzalo.

—No, no. Vosotros quedaos. Tenéis mucho de qué hablar —Y desaparece guiñándonos un ojo.

«Genial».

—¿Quieres otra copa de vino? —me pregunta Gonzalo todavía desde su sitio.

«No. No debería».

—Vale —le contesto.

Cuando se levanta a por otra botella de vino, empiezo a recoger la mesa. Me sienta fatal que me den de comer y, encima, no ayudar a recoger. De pronto, tengo a Gonzalo pegado a mí, me ha cogido suavemente de la muñeca y ha vuelto a dejar en la mesa lo que había cogido. Noto su aliento muy cerca de la cara y el malestar que tenía se ha intensificado.

—Déjalo, Blanca, luego recojo yo. Ve al sofá, ahora te lleno la copa.

Y obedezco porque me ha dejado tan descolocada su actitud, su tacto en mi muñeca, su seguridad, la gravedad de su voz… que no hubiera podido llevarle la contraria ni aunque hubiera querido. Me

siento en una esquina del sofá, notando un pinchazo incómodo en el vientre, pero no le hago caso, seguro que son los nervios.

Gonzalo consigue ponerme realmente tensa.

Vuelve con dos copas de vino tinto y me tiende una. Cuando voy a cogerla, la retira y me quedo con cara de gilipollas.

—¿Tregua?

—No —contesto cruzándome de brazos—. Estoy harta de treguas que incumplimos constantemente. Quiero la paz, Gonzalo.

Él me tiende la copa, soltando un gran suspiro, y se sienta en el sofá, más cerca de lo que puedo soportar. Parece cansado; yo también lo estoy.

No me gusta esta situación, ni siquiera sé cómo me he metido en esta guerra absurda de la que no soy capaz de salir.

—Yo también quiero la paz, pero me lo pones muy difícil.

—¿¿Yo?? —Me apunto dramáticamente con el dedo—. Si no has parado de putearme desde que me conoces.

—¡Ni tú a mí! —responde contrariado.

—¡Empezaste tú aparcando en una plaza de garaje que no era la tuya! —Ya hemos vuelto a la carga otra vez.

—¡Fue un puto error, ¿vale?! —Suspira un poco agobiado—. ¿Siempre tienes que sacar a relucir lo de la plaza de garaje? Ni que hubiera matado a alguien de tu familia.

—Y si fue «un puto error», ¿por qué fuiste tan desagradable cuando subiste la primera vez?

—Porque me tocaste los cojones con la puta nota, Blanca. —«*Touché*»—. Y yo no fui desagradable. La prepotencia que vi en ti ese día fue lo que me cabreó.

—¿Prepotencia? —pregunto anonadada.

—Sí, prepotencia —confirma—. Estabas a la defensiva. Subí cabreado, pero subí a disculparme porque fue Marta la que me dio mal el número y entendía que es una putada ver tu plaza ocupada. Apenas llevaba unos días viviendo aquí. Pero vi tu nota y pensé que qué coño se había creído «la vecina del tercero» para desearme unas almorranas y llamarme usurpador.

Me quedo muda.

La verdad es que me pasé ocho pueblos sin conocerlo nada. Si es que no puede ser, yo nunca he sido así. Está claro que esta guerra la he empezado yo. Tampoco me pasa desapercibida la información de que llevaba pocos días viviendo aquí, como yo.

—Así que me dio por tocarte los cojones. El día que decidí parar fue aquel… ya sabes —me mira avergonzado. Sí, ese día que lo oí follar—. Pero decidí aparcar, a posta, en tu plaza una última vez como despedida, como si fuera un crío con una rabieta. Después pensaba dejarlo estar. Pero arrancaste la matrícula de mi coche y… me cegué.

De verdad, eres un auténtico grano en el culo, vecinita.

No sé qué cojones decir.

—Lo siento… —susurro. Es lo único que puedo hacer, disculparme. Lo de la matrícula estuvo fuera de lugar.

Me siento estúpida. Sabiendo de quién era el coche, podría haber subido y decírselo, en vez de hacer lo que hice. Si es que no estoy bien de lo mío.

—Ya. —Sonríe con amargura.

—¿Por qué seguiste hablándome después de todo? No me lo merecía.

Mi cabeza ha estado hilando pensamientos hasta hacerse esa pregunta. Cualquier otra persona me habría mandado a la mierda desde el primer día. No se puede comparar equivocarse de plaza de garaje con una nota insultante y la mutilación de un coche. No hay color.

—Porque no puedo dejar de hacerlo, Blanca. ¿Todavía no te has dado cuenta?

Trago saliva con dificultad.

Gonzalo se ha girado hacia mí y cada vez está más cerca. Me da otro pinchazo en la tripa, pero lo ignoro; lo que siento en el pecho es más grande. Me descalzo y subo los pies al sofá abrazándome las rodillas.

—No sé qué quieres de mí, Gonzalo —musito.

—Quiero conocerte. Quiero que podamos hablar sin discutir constantemente. Quiero que nos llevemos bien si vas a ser mi vecina y amiga de mi hermana.

Suspiro agobiada. La presión del pecho no me deja respirar y es culpa de esta atmósfera extraña que se ha creado entre nosotros.

—Siento lo de la nota. —Necesito romper este silencio.

—Yo siento lo de la plaza… Aunque las últimas veces fueron a posta, la primera te juro que fue por error.

Se ha movido y ahora está más cerca de mí todavía. Sus fríos ojos azules no dejan que los míos se escapen. Sin dejar de mirarme, coge su copa de la mesita baja que tenemos enfrente y se bebe el contenido de un trago. El movimiento de su nuez deslizándose por su cuello hace que contenga un gemido porque me parece supersexy. Yo lo imito y me termino la mía. Voy a necesitar todo ese alcohol para soportar su cercanía y su voz pegada a mi oído.

Cuando me la termino, en un movimiento rápido, Gonzalo me agarra de la cadera para ponerme a horcajadas encima de él. ¡La madre de Dios! Tengo el corazón desbocado al tenerlo tan cerca ahora mismo. Nuestras frentes chocan, él me retira los mechones que se me han salido de la coleta con delicadeza y yo aspiro el perfume de su cuello.

—Que bien hueles… —se me escapa.

«Mierda. Pepito Grillo, ¿dónde estás?
Me haces mucha falta ahora».

Conciencia
«De vacaciones. Prueba con el cerebro».

Cerebro
«A mí no me mires, últimamente no me haces caso.
Me tienes abandonado. Prueba con el corazón».

Corazón
«Bésalo».

«¡No!»

Corazón
«Pues habla con la vagina».

Vagina
«¡Follar!¡Follar!¡Follar!»

Joder, me he quedado sola con mi autocontrol, aunque estoy tan embriagada por Gonzalo que creo que ahora puede hacer conmigo lo que quiera. Me está acariciando la piel desnuda de los muslos, haciendo círculos con su pulgar. Estoy a punto de perder el control sobre mi cuerpo.

—Blanca… —susurra muy cerca de mis labios.

—¿Qué? —balbuceo.

—Quiero besarte desde el primer día que te vi en la puerta de tu casa.

Mi corazón me grita que lo bese, amenazando con salirse del pecho si no cumplo sus deseos. Pero mi vientre me asesta un fuerte golpe que me hace doblarme entera del dolor y me levanto corriendo, sintiendo un frío inexplicable al separarme de Gonzalo. No sé qué ha sido, pero siento que mi cuerpo me ha dicho que lo que estaba a punto de hacer estaba realmente mal.

—¿Qué pasa Blanca? —me pregunta, desconcertado, a la vez que baja la vista a mis piernas.

—Gonzalo, esto no está bien. Yo…

—Eh… Blanca —intenta llamar mi atención.

—Acabo de salir de una larga relación y…

—¡Blanca! —me grita.

—¡Qué! —grito más porque para chula yo.

—Estás sangrando.

¿Qué? Dirijo la mirada hacia donde la tiene Gonzalo y lo veo. Una mancha enorme de sangre en mi pantalón blanco. No puede ser…

Lo miro entre asustada, desconcertada, avergonzada y todo lo que se te ocurra que acabe en «-ada». Miro a mi alrededor buscando la ventana para tirarme por ella. Joder, ¡me ha bajado la regla! Y de qué manera, porque es imposible que la mancha no se vea. ¿Por qué coño me habré puesto pantalones blancos? Soy imbécil, debería controlar mejor cuándo me baja el periodo.

—Me tengo que ir. —Y salgo escopetada de su casa sin mirar atrás.

Me encuentro fatal.

El periodo ha venido pisando fuerte y me ha dejado doblada en la cama en cuanto he salido de casa de Gonzalo.

Tengo hinchado el bajo vientre y ganas de vomitar. Apenas me puedo mover. El único esfuerzo que he hecho es ir a la cocina para tomarme un calmante que, sin duda, apenas me hará efecto. Tengo sudores fríos, es como si estuviera cogiendo una gripe. ¿Cómo cojones he acabado así? Yo estaba a punto de besarme con Gonzalo… ¡Joder, Gonzalo! ¿Qué habrá pensado de mí? Qué vergüenza, por Dios.

Después de, prácticamente, una hora desde que he salido por patas, llaman a la puerta. Joder, no tengo ganas de levantarme, solo quiero que me dejen morir aquí, rodeada de un montón de yogures de coco. Voy hasta la puerta arrastrando los pies y abro con cara de muy pocos amigos, aunque la persona que veo me hace cambiar el gesto en seguida por uno de vergüenza absoluta.

Le cierro la puerta en las narices. ¿Qué coño hace aquí?

—Blanca, abre la puta puerta. No seas cría —me regaña Gonzalo.

—¿No he hecho ya bastante el ridículo? —rumio detrás de la puerta.

—No, pero lo vas a hacer si no me abres la puerta. Además, te he traído algo.

Eso me da mucha curiosidad. Así que, poco a poco, voy abriendo la puerta.

—¿Son yogures de coco? —pregunto encogiéndome porque me ha dado otro pinchazo en la tripa.

Cerebro

«Blanca, ¿cómo te va a traer yogures
de coco si no sabe que te gustan? ¿Eres tonta?»

«Calla. Estoy malita, dame tregua».

—Eh…, no. ¿Por qué? ¿Te gustan?

—Me encantan —respondo.

Gonzalo me dedica una sonrisa preciosa y yo me derrito porque ya no tengo fuerzas para resistirme.

—Marta ha hecho esta infusión. Dice que va muy bien para los dolores de regla. —Me tiende el termo que trae en la mano.

—Dale las gracias. —Le sonrío.

—Oye, Blanca, ¿tú tienes endometriosis? —me pregunta sin tapujos y diciendo esa última palabra de carrerilla, como si se la hubiera aprendido.

—¿Lo buscaste en Google? —pregunto a mi vez sorprendida.

—Sí —responde serio—. Y leí que es muy doloroso, entre otras muchas cosas ¿Tú lo tienes?

—Sí. —Hago una mueca de fastidio.

—Joder… —musita—. ¿Me dejas pasar y te preparo la infusión?

Asiento como una boba y cierro la puerta tras nosotros. Gonzalo se dirige a la cocina. No le hace falta que le indique porque nuestras casas son prácticamente idénticas.

—Ve a la cama. Ahora te la llevo —me ordena.

Me vuelvo a acurrucar entre las sábanas esperando a que mi caballero de brillante armadura me traiga el brebaje que me hará sanar para poder ser felices para siempre.

«¿He dicho yo eso?»

Cuando aparece en mi habitación, lo hace con una taza humeante y una bolsa de agua caliente. Deja la taza encima de la mesilla, me tiende la bolsa de agua y se sienta a mi lado en la cama. Yo lo miro embobada. ¿Qué es ahora, el *hado* de los dolores menstruales?

—He tenido que rebuscar un poco hasta encontrar la bolsa. Espero que no te importe.

—Pues un poco sí. ¿Y si llego a tener un machete con tu nombre grabado porque pensaba acuchillarte con él? Me habrías denunciado, habría ido a la cárcel…

—¡Para! Estás loca —afirma soltando una sonora carcajada. ¿Puede repetirla para grabarla con el móvil y escucharla en bucle? —.

Calla y toma la infusión.

—¿Cómo sabías lo de la bolsa de agua caliente?

—Lo leí junto con lo de la endometriosis. Había consejos para intentar disminuir el dolor.

Y me parece un gesto tan tierno que casi quiero llorar. Tengo las hormonas de vacaciones también.

—Gracias.

Le doy un sorbito a la infusión y me agrada comprobar que está buena. No sé qué llevará, pero es agradable.

—De nada, Blanca.

—Siento que hayas tenido que ver… eso. No ha sido nada agradable.

—Es solo sangre. No es nada malo.

Sus palabras me sorprenden y le sonrío agradecida.

Óscar nunca me preguntó si estaba bien cuando me quedaba tirada en la cama con un dolor insoportable. Le horrorizaba ver mis pantalones o las sábanas manchadas cuando tenía un «accidente». Siempre era de los que pensaban que las mujeres nos aprovechábamos de la regla para quejarnos. Sí, mi ex es una joyita.

—¿Por qué has estado tan serio en la cena?

Su mirada se vuelve intensa. Creo que he tocado un tema delicado.

—¿Quieres la versión real o la edulcorada?

—La real. Siempre. —De perdidos al río.

—Tenía la polla tan dura por tu culpa que casi no podía comer de lo que me apretaban los pantalones. No ha sido nada cómodo.

¡Joder! Me esperaba cualquier cosa menos esa. Tampoco esperaba que fuera así de sincero y directo, la verdad.

Le retiro la mirada por vergüenza y noto como mis mejillas se encienden. Doy otro sorbito a la infusión.

—Me mata la curiosidad saber cómo habría sido la versión edulcorada —consigo decir.

—No hay versión edulcorada. Habría sido la misma —responde tan pancho y soltamos ambos una carcajada.

La verdad, es para reírse, aunque me perturba un poco mi supuesta culpabilidad en que la sangre le bajara a la polla constantemente. Me termino la infusión antes de hablar.

—Gonzalo, respecto a lo que ha pasado entre nosotros antes… yo… —Quiero aclarar la situación que hemos vivido. No quiero hacer como si no hubiera pasado porque ha pasado. Ambos lo hemos sentido, pero no sé si estoy preparada para ello.

—Otro día, ¿vale? —me corta—. Ahora descansa.

Le hago caso porque me está empezando a entrar mucho sueño. Me voy quedando dormida poco a poco y noto como Gonzalo me

arropa con la sábana y me besa la frente antes de marcharse.

12

Mecha

—Por favor, ¿puedes parar? Nos está mirando todo el mundo.

Inés está descojonada encima de la mesa del bar donde estamos desayunando. Bueno, la palabra descojonada se queda corta porque, ahora mismo, parece un hipopótamo con epilepsia. Y por si te lo preguntas, sí, se está riendo de mí.

—Es que no me lo puedo creer, pichurrina. Lo que no te pase a ti… —Ha intentado respirar mientras hablaba, sin éxito, porque sigue riéndose como un maldito hipopótamo.

—Me voy, ¿eh? —amenazo.

—No, no. No te vayas. Venga, ya paro —dice mientras intenta serenarse.

Gracias a Dios que no lleva ni gota de maquillaje porque con lo que ha llorado de la risa, se le habría corrido. Empieza a arreglarse los rizos de su pelo con maestría mientras le da un sorbo a su café. Sé que sigue intentando serenarse.

No he encontrado el valor para contárselo antes porque ni siquiera yo había superado la vergüenza que me daba recordar que me bajó la regla cuando estaba a punto de besarme con Gonzalo. Porque sí, viendo el momento con perspectiva, lo habría besado. Y aquí estamos, una semana después, contándole a mi mejor amiga mi «incidente» con el vecino.

—¿Y qué hiciste? —pregunta más recuperada de su ataque de risa.

—Pues, ¿tú qué crees? Salir corriendo de allí y esconderme en mi casa.

Veo como Inés vuelve a aguantar una carcajada y quiero odiarla con todas mis fuerzas.

—Te odio por no contármelo antes, pichurrina. Me habría encantado ver la cara de Gonzalo en ese momento.

—No se la vi ni yo. Pero… —Hago una pausa mientras decido si se lo cuento o no. No porque no confíe en Inés, todo lo contrario, sino

porque sé que en cuanto se lo cuente, va a verlo todo de color de rosa, con música celestial, en cámara lenta y con una futura boda.

—¿Pero…? —tantea—. ¡Vamos! Cuéntamelo.

—Se presentó en mi casa un rato después con una infusión para los dolores menstruales. Me la preparó y se quedó hasta que me encontré mejor y me dormí.

Veo que los ojos de Inés empiezan a agrandarse y salir corazones de ellos.

—Hay más, ¿verdad? —asiento.

Le cuento su confesión: que se pasó toda la cena con el mástil en todo lo alto por mi culpa. Inés ahoga un grito y se tapa la boca con las manos.

—Y… —continúo—, al día siguiente, se presentó en mi casa con un arsenal de yogures de coco.

Inés abre la boca sorprendida, tanto que creo que se le va a desencajar. Se termina de un trago lo que le queda de café y se pone muy seria antes de hablar.

—No lo entiendo —sentencia—. Hasta hace nada, supuestamente, te odiaba. ¿Y ahora resulta que quería besarte desde el primer día y te trata como si fueras una reina mora? Chica, que te llamara bipolar me parece de lo más hipócrita.

A lo mejor no lo ve todo tan rosa como yo esperaba…

—Lo sé, pero creo que esta es la paz definitiva. Hemos pasado toda esta semana… muy bien. Hemos sido amables, hemos charlado en el rellano cuando nos cruzábamos y no ha vuelto a aparcar en mi plaza de garaje. No sé, creo que, a partir de ahora, las cosas irán bien —auguro convencida.

—Pichurrina, me alegro de que estés convencida y todo eso, pero estás hablando como si solo fuerais vecinos y a mí me parece que él quiere más de ti.

Lo sé. No ha vuelto a salir esa conversación entre nosotros; no hemos vuelto a mencionar el casi beso en su sofá. Es algo que yo no quería dejar pasar, pero al no ver iniciativa por su parte, lo dejé estar. Quizá fuera a causa del vino y, no sé por qué, ese pensamiento me decepciona un poco.

—No puedo pensar en eso ahora —me excuso.

—Pero tampoco lo puedes ignorar. Te conozco y sé que tienes un cacao en la cabeza de aúpa. Te pone muy cachonda ese tío, ambas somos conscientes, y sabes que yo te animo a que eches un buen polvo, que, además, el chico está de muy buen ver. Solo tienes que averiguar cuáles son sus intenciones, pichurri, porque, si quiere algo más que sexo, le puedes hacer daño y creo que tú no estás preparada para meterte en una movida así.

Y las palabras de Inés me dejan patidifusa. Por naturaleza, ella es

una romántica a la que no le importa enamorarse diez veces en el mismo año aunque le partan el corazón esas diez veces. Ella es así. Por un lado me sorprende que no esté preparando mi boda con Gonzalo al decirle todo eso, pero, por otro, entiendo que han jugado muchas veces con ella y que está empatizando con él.

—Sinceramente, creo que solo es sexo, así que por ese lado no estoy preocupada —medio miento porque yo soy la primera que necesito creérmelo.

Hace un rato me he despedido de Inés porque he quedado con mis padres. Después de casi un mes desde aquella desastrosa comida, quieren firmar la paz. Debería haber nacido en el siglo XVIII, me habría dedicado a firmar tratados de paz a diestro y siniestro de guerras que probablemente yo hubiese empezado. En fin, con la excusa de esa paz también quieren cotillear mi nueva casa. Siguen siendo mis padres aunque no compartan mis decisiones y se preocupan porque viva en un buen sitio.

Dedico un buen rato a adecentar la casa todo lo que puedo porque sigo sin desembalar algunas cajas. Decir que no he tenido tiempo es más mentira que una catedral; simplemente, no me ha apetecido y sé que mi madre me va a echar la bronca por eso. Decido arreglarme un poco. No sé por qué, supongo que para que mis progenitores no piensen que estoy en la más absoluta mierda. Voy al armario a por ese vestido mostaza que me puse aquella noche que salí con Marta e Inés; más que nada porque no tengo otra cosa más decente que ponerme.

«Tengo que ir de compras definitivamente».

También me aplico un poco de corrector de ojeras y máscara de pestañas.

A la una y media en punto llaman a la puerta. Estoy nerviosa. La relación con mis padres no pasa por su mejor momento y no quiero discutir más con ellos. Pase lo que pase, necesito que me entiendan de

una vez y que dejen de idolatrar a Óscar.

—¡Hola, papis! —les saludo poniendo buena cara. Recordemos que quiero (necesito) paz.

Mi padre se acerca para darme un caluroso abrazo. Él nunca da besos, pero da unos abrazos tan reconfortantes que no echas de menos los besos. Mamá es un poco más reticente y me mira de arriba a abajo, inspeccionándome, intentando encontrar un resquicio que le confirme que, en efecto, estoy en la mierda y así obligarme a estar otra vez bajo su techo. Pero yo le sonrío y le doy un beso en la mejilla.

—Buenas tardes —saluda una voz masculina al lado nuestro.

—Hola, Gonzalo —lo saludo, a mi vez, con una sonrisa que él me devuelve.

Mi madre también se apresura a saludarlo y a mirarlo con curiosidad. Se que no puede evitar las ganas de preguntar.

—¿Es tu vecino, Blanca?

—Si, mamá. Gonzalo y su hermana viven en el piso de al lado.

Gonzalo le dedica una sonrisa encantadora a mi madre y se despide de nosotras. Cuando él ya no puede vernos, mi madre tuerce el gesto y entra en mi casa.

—No sé qué manía os ha dado a los jóvenes con los pantalones rotos, como los que llevaba ese chico —se queja mi madre.

Yo ignoro su comentario porque no quiero discutir sobre moda juvenil ni sobre nada. Ahora bien, yo también me he fijado en esos vaqueros rotos que llevaba Gonzalo y que le quedaban como una segunda piel.

—¡Bienvenidos a mi nueva casa!

Mi madre empieza a recorrerla sin que yo no pueda hacer otra cosa que seguirla junto a mi padre. Primero, contempla la entrada y, aunque no comenta nada, parece que no le disgusta. Después, atravesamos las dos puertas blancas que conducen al salón y se queda clavada en el sitio.

—¿Y todas esas cajas, Blanca?

Lo sabía. Mi madre es todo pulcritud y limpieza, así que cualquier cosa que se salga del orden lógico de las cosas es el caos para ella. Cuando era más joven fue todo un suplicio; mi adolescencia se basó en castigos sin salir por tener el cajón de la ropa interior mal ordenado o dejar encima del escritorio todos los apuntes desparramados.

«Si te enseño a ser ordenada ahora, no te costará trabajo en un futuro», decía ella para justificar mis castigos. Lo gracioso es que no le sirvió de nada, porque ordenado se nace, no se hace y yo soy igual de desastre que mi padre.

Me justifico diciendo que, con el trabajo, no he tenido tiempo de desembalarlas. Una mentira piadosa que me evitará otra pelea con mi progenitora. Sé que ella no se queda conforme, pero me da igual, es

mi casa y si decido vivir entre cajas, pues vivo.

Al darse cuenta de que lo único que separaba la cocina del salón es una encimera no ha dudado en hacer su apreciación, también.

—Hija, te va a oler toda la casa cuando cocines. Esta modernidad de mezclar el salón con la cocina no me gusta.

—Pues es lo que hay, mamá —le digo exasperada. A todo le tiene que poner puntilla.

Una vez inspeccionados el salón y la cocina, nos adentramos al pasillo donde está mi habitación, la de invitados y el baño. Respecto a esas estancias no ha tenido queja; las ha visto, ha asentido conforme y ha salido.

—La otra casa era más grande —sentencia cuando terminamos el *house tour*.

Y Óscar vuelve a estar presente, lo cual me toca la moral. Parece que mi vida con él era perfecta: tenía una buena casa, un trabajo, un buen novio, comidas con la familia los domingos y… ¡era tremendamente infeliz! ¿Es que no se da cuenta?

—No necesito una casa más grande —replico tajante.

Una vez de vuelta al salón, los hago sentarse en el sofá, que está enfrente del mueble donde tengo la televisión, y les pongo *La ruleta de la suerte*. Vamos, lo que suelen ver mientras comen.

—¡Blanca! —exclama mi madre horrorizada—¿Por qué tienes una matrícula vieja colgada de la pared?

Contemplo la matrícula de Gonzalo y sonrío. Cuando me dijo que podía quedármela, decidí colgarla en la pared del salón. ¿Por qué? No lo sé, simplemente me apeteció hacerlo. Es una anécdota graciosa, ¿no? Mi primer acto delictivo. Mi acto rebelde.

Cerebro

«Pareces adolescente otra vez y todo, Blanquita».

—Es una larga historia —respondo—. ¿Queréis una cerveza?

Mi padre asiente agradecido. Siempre ha sido muy cervecero y esa barriguita que asoma debajo de su camisa no se va a cuidar sola.

—Pues espero que la hayas limpiado porque hay que ver qué mal aspecto tiene y, además, se te puede quedar el cerco negro. Blanca, hija, a ver si vas a perder la fianza. —Ella sigue a lo suyo, pero esa última frase la ha dicho preocupada.

—Tranquila, mamá. La limpié a conciencia.

Voy a la cocina a por tres cervezas y unos vasos y los coloco en la mesita baja que hay delante de ellos. Saco un poco de aperitivo y, en especial, aceitunas, que a mi padre lo vuelven loco.

—Vale, vamos a hablar seriamente —dice de pronto mi padre y su voz ha sido tan inesperada, tan alta y clara que he pegado un bote del susto y me he tirado un poco de cerveza encima.

—¡Qué susto, papá!

Él pasa de mí y empieza a hablar.

—Blanca, cariño, tu madre y yo hemos tenido mucho tiempo para pensar y reflexionar sobre lo que nos contaste el último día. ¿Verdad, Lola? —Mi madre asiente sin mirarnos—. No nos esperábamos nada de lo que dijiste y te pedimos perdón por no haber sabido reaccionar. Estamos profundamente disgustados por todo lo que ha pasado. Espero que entiendas que para nosotros no es fácil despedirnos de Óscar así por las buenas.

—Lo entiendo, papá. Es que fue todo… repentino —intento explicar—. No quería contaros nada de lo que os conté, prefería que os disgustarais conmigo que romper todo en lo que vosotros creíais. Tampoco quería dejar en mal lugar a Óscar. Ambos tenemos gran parte de culpa en lo que nos ha pasado. Pero exploté porque soy vuestra hija y a veces parecía que lo queríais más a él —confieso.

Mis padres pegan un profundo suspiro. Esta situación no ha sido fácil para nadie; una ruptura nunca lo es cuando nos hemos implicado todos tanto. Es doloroso y complicado.

—Hija, lo siento —se disculpa mi madre emocionada—. No puedo decir más. Al principio me negaba a creerlo. Pensaba que se os pasaría, que solo era una pelea e intenté presionarte. No me daba cuenta de lo que realmente pasaba porque estaba ciega y porque quería a Óscar. Pero si es verdad que se ha echado otra novia… —se le escapa un sollozo—, no es la clase de hombre que yo creía.

Me siento junto a mi madre para abrazarla. Ha sido un palo para todos, aunque tengo la sensación de tener que consolar a todo el mundo cuando es mi relación la que se ha roto. Es mi vida de nueve años la que se ha ido a pique.

—Inés y yo los vimos. Se acercó a mí exclusivamente para que lo viera con ella y pensé lo mismo que tú. Que con qué clase de hombre había compartido mi vida. Pero ya está, estoy pasando página. Vivo mi vida día a día en esta maravillosa casa, tengo dos vecinos que casi se han convertido en mis amigos —«¿Gonzalo tu amigo, Blanca, ¿en serio?»— y sigo conservando mi trabajo. Poco a poco, volveré a recuperarme.

—Hija, para cualquier cosa que necesites, nos tienes. Somos tus padres y te queremos —me dice mi padre.

Todos asentimos conformes y siento que cierro un ciclo. Una etapa de mi vida a la que no quiero volver. La vida consiste en etapas, ¿no?; en cagadas de las que tenemos que aprender alguna lección; en éxitos y fracasos, y yo tengo muy claro que, aunque mi relación resultara un fracaso, me ha servido para saber qué es lo que quiero de la vida. Quiero descubrir todo lo que siento que me he perdido y alcanzar aquello a lo que siento que he llegado tarde.

Para comer he preparado arroz a la cubana con huevos fritos. Ha sido un guiño hacia mi padre que, cada vez que mamá tenía que ir a algún lado y me quedaba a su cuidado, me preparaba ese plato porque era lo único que sabía cocinar. Así que el arroz a la cubana me trae buenos recuerdos con mi padre. Comemos con la tele de fondo porque en mi casa siempre ha sido así, aunque luego hablemos de nuestras cosas y no le hagamos caso.

—¿Qué tal la espalda, papá? —me intereso.

—Bien, mejor.

—Julio, no le mientas a tu hija —lo reprende mi madre.

Él gruñe y, cuando termina de tragar el arroz que se había metido en la boca, contesta:

—La verdad es que regular, Blanca. La hernia me está molestando mucho últimamente.

—Si es que deberías hacer caso al médico y apuntarte a pilates —vuelve a la carga mi progenitora.

—¡Que yo no me meto en una clase llena de marujas, Lola! Antes prefiero que me duela.

Mi madre pone los ojos en blanco y yo me río. ¡Vaya estampa! Pero esta vez decido romper una lanza en favor de mi madre, porque de verdad pienso que el pilates puede ayudarlo.

—Papá, mamá tiene razón. Seguro que te hace bien fortalecer los músculos y verás como te duele menos. Además, me apuesto lo que quieras a que también hay hombres en esas clases.

Mamá me mira agradecida y mi padre cabecea porque lo hemos acorralado. Me da pena, pero es por su bien.

—Hazle caso a tu hija, Julio, ya que a mí no me haces caso nunca. —Mi madre no se podía quedar sin lanzar ningún reproche, claro.

La comida transcurre tranquila, como no pensaba que fuera a ir. Hablamos de todo un poco: de mis planes de cara a las vacaciones que pillo en noviembre (sí, es que nunca me gustó cogerlas en verano. Disfruto más cuando hace frío ya que apenas hay gente haciendo turismo); de los vecinos de al lado, ya que son los únicos que conozco; de Inés y de cómo le va la vida… Y un sinfín de cosas que me dicen que la relación con mis padres ha vuelto a su ser y eso me tranquiliza. A partir de ahora, todo irá mejor.

A las siete deciden volver a su casa, así que me despido de ellos con un caluroso abrazo. Cuando se dirigen al ascensor, la puerta se abre de repente y aparece una chica joven, muy guapa, con unas curvas que ya las quisiera yo para mí, que lo único que tengo es culo respingón; mulata y con un pelo liso y sedoso de envidia. Cuando veo que se dirige directamente a la puerta de Gonzalo y Marta me entra un escalofrío y, antes de que mis padres se adentren al ascensor, los detengo.

—¡Papis! ¿No se os olvida nada? No vaya a ser que tengáis que volver.

—No, hija, tranquila, lo llevamos todo.

Mi estrategia es hacer tiempo para enterarme qué hace esa chica tan despampanante en la puerta de mis vecinos, aunque no hay que ser muy listo para olerlo.

—¿Estáis seguros? Llaves de casa, del coche, los móviles…

—¡Que sí, hija! Tranquila —me contesta mi padre.

Y justo en ese momento, abre Gonzalo y no puedo evitar mirarlo con un ojo mientras que, con el otro, veo cómo mis padres desaparecen en el ascensor.

—¡Ariadna! —saluda Gonzalo con esa sonrisa de encantador de serpientes que ahora mismo le quitaría de un sopapo—. Vamos, pasa.

La chica entra moviendo sus curvas y yo maldigo para mis adentros. Gonzalo se gira hacia mí cuando se da cuenta de que estoy en el umbral de mi puerta parada como un pasmarote con la vista puesta en el ascensor para disimular. Mi mente no para de imaginarse escenas *hot* de Gonzalo con esa mulata guapísima y el nudo en el estómago vuelve, lo cual hace que me enfade. ¿Y qué pasa cuando me cabreo? ¿Hace falta que conteste?

—Hola, pequeña delincuente —me saluda Gonzalo casi susurrando, en bajito, como si fuera un saludo íntimo.

Su voz grave reverbera por todo mi cuerpo y hace que me humedezca, pero solo puedo ver cómo retoza con esa tal Ariadna en su cama y…

—Adiós, usurpador. —Y vuelvo a entrar en mi casa dando un sonoro portazo que ha hecho retumbar todo el edificio.

Hace media hora que estoy andando por mi casa como una loca, comiéndome los jodidos yogures de coco que trajo Gonzalo y que todavía me sobran y agudizando el oído porque estoy convencida de que, de un momento a otro, lo voy a oír follar.

Creo que no hay que ser muy inteligente para saber qué me pasa. Son celos puros y duros. Me cabrea enormemente que hace una semana escasa estuviéramos a punto de besarnos, que vino a cuidarme porque me encontraba mal y… ¡No sé! Ahora se va a follar a otra.

Cerebro

«¿Y qué coño esperas, Blanca?¿Qué se declare en celibato hasta que tú quieras dar el paso de follártelo?»

«No…, solo quiero…»

Cerebro

«No sabes ni lo que quieres, así que no tienes derecho a ponerte celosa. Recuerda: solo queremos echar un polvo con Gonzalo».

Corazón

«¿Solo eso?»

Cerebro y yo

«¡Sí! Solo eso».

No, no tengo derecho a ponerme como me he puesto. He quedado como una imbécil. No sé en qué coño estaba pensando.

Cerebro

«Es que no pensabas, coño. Hazme más caso y deja de meternos en líos».

Voy por mi tercer yogur y creo que voy a explotar. Al menos,

estoy dando vueltas por el salón y creo que algo quemaré.

He puesto música en Spotify y la tengo lo suficientemente alta como para no escuchar mis pensamientos más. Suena *It Ain't Me,* de Selena Gómez y Kygo, y pienso en Óscar sin remedio porque la canción describe perfectamente lo que siento hacia él. En las veces que yo estuve cuando me necesitó y en que se había acostumbrado a tenerme de manera incondicional. Ahora, ¿quién lo va a acompañar cuando el día se presente oscuro? No voy a ser yo, va a ser otra a la que tiene que acostumbrarse. A mí ya no me va a tener.

Sin darme cuenta, he parado en seco en el salón haciendo esa reflexión y casi no oigo que alguien está llamando violentamente, fundiéndome el timbre. Me meto la última cucharada del yogur en la boca, apago la música y voy a abrir.

La imagen que tengo delante de mí me aterroriza. No por la persona que está al otro lado, sino porque soy consciente *ipso facto* de lo idiota que he sido y que tiene todo el derecho del mundo a mirarme como me está mirando; a que sus fríos ojos azules me taladren. Su mirada es dura. Tiene el ceño fruncido y se le forman tres arrugas muy monas en esa parte. Sus labios están apretados, tanto que casi parecen uno solo. Definitivamente, me merezco lo que sea que vaya a decirme.

Me saco la cuchara de la boca despacio y a él le cambia el gesto. Su mirada sigue siendo dura, pero brilla, se ha nublado y ha abierto un poco los labios para poder respirar mejor. Joder, qué guapo está. Tanto que, hasta cuando me mira cabreadísimo, pienso que debería enmarcar esa cara y contemplarla cuando quiera tener un orgasmo.

Cerebro

«No se te ocurra decir nada estúpido
que ya hemos quedado en evidencia lo suficiente».

—Vaya, ¿eres eyaculador precoz? Qué poco has durado.

Cerebro

«¡A la mierda! Me rindo.
Se acabó. Eres gilipollas, Blanca».

Creo que Gonzalo va a implosionar de un momento a otro de lo rojo que se ha puesto por la furia.

—¿Se puede saber qué coño dices, bipolar de los cojones? —brama furioso.

—Que esperaba más de ti, usurpador. Seguro que la chica no ha llegado ni al orgasmo.

Gonzalo se abalanza sobre mí, me coge del brazo metiéndonos a ambos en mi casa y cierra la puerta de una patada dando un sonoro portazo. Me zafo de él colérica, mirándole con desprecio por atreverse

a tocarme. Porque que me toque hace que una descarga me recorra el cuerpo. Su simple tacto hace que pierda la razón.

—¿Qué coño haces? —pregunto encarándome a él.

—Mira, Blanca, te lo voy a decir muy claro: estoy hasta los huevos de ti. Cada vez que pienso que nos estamos llevando bien, ¡zas! Algo de tu cerebro se tuerce, porque vuelves a ser una borde a la que no hay quién entienda. ¿Qué coño te he hecho yo ahora? ¿Eh?

Y me doy cuenta de que no tengo escapatoria y tampoco una explicación razonable que justifique mi actitud.

Tengo dos opciones: o confieso o sigo con este carácter de mierda y Gonzalo me deja de hablar para siempre.

Cerebro

«Te lo mereces, guapa,
por no hacerme ni puto caso».

—¿Te la has follado? —No he conseguido contener esa pregunta.

En realidad, es lo único en lo que podía pensar mientras daba vueltas por mi salón comiendo yogures compulsivamente.

—¿A quién? —pregunta a su vez exasperado.

—A la chica esa —respondo con la boquita pequeña. ¿He mencionado que me siento estúpida?

Por su expresión, sabe perfectamente a qué chica me refiero.

—Eso no es de tu incumbencia, ¿sabes? —Suelta todo el aire que parece que estaba conteniendo—. Pero no, no me la he follado, Blanca. Ariadna es una amiga de Marta de toda la vida. Ha venido a verla; y a Gabriela, también. No sé qué coño hago dándote explicaciones, joder. No te las mereces.

Me quedo planchada en el sitio sin saber bien qué hacer ni qué decir. Efectivamente, he quedado como una gilipollas.

—Oh… —musito.

—Ahora me vas a explicar a qué viene todo este numerito. —Gonzalo se cruza de brazos.

Estamos en la entradita, ni siquiera hemos pasado al salón. La luz del día empieza a disminuir por lo que casi estamos a oscuras. La cercanía de Gonzalo mezclado con su olor hace que me cueste hilar pensamientos coherentes.

También se debe a que mi cerebro ha decidido abandonarme a mi suerte por ser una inconsciente.

Siento su aliento muy cerca de mí, que sale de su boca furioso. No puedo apartar la vista de él. Es como un imán. Gonzalo es terrenal, directo, seguro, impaciente… Tantas cosas que a mí me faltan que me asusta. Me asusta su actitud y lo que ella me provoca. Me molesta ese hormigueo incómodo que nace en el vientre y acaba entre mis piernas. Odio que me haga sentir así, porque solo con oír una palabra de su

boca podría hacer que me corriese.

Nuestras respiraciones están agitadas.

La casa está en un silencio sepulcral, por lo que oigo perfectamente cómo mi corazón quiere salirse de mi pecho. Me da vergüenza que él pueda oírlo también. Su mirada me está atravesando. ¿Recordamos el mueble de la entrada? Te puedes hacer una idea de lo que se me está pasando por la cabeza. Mi fantasía sexual número uno con mi vecino.

Gonzalo, como si pudiera leerme la mente y sin dejarme responder a su pregunta, se acerca a mí, rápido y violento, me coge por los muslos y me sienta en dicho mueble. Pego un grito por la sorpresa, que va acompañado de un gemido porque estar a punto de saborear mi fantasía hace que mis bragas pesen en el acto. Por cierto, ¿qué bragas llevo? Empiezo a meditar todo lo que he hecho por la mañana hasta dar con el recuerdo de mi ropa interior.

Vagina

«Fantástico, bragas rosas de lunares que te regaló mamá por Navidad. Como si tuvieras cinco años.
Todo erotismo, Blanca».

«¿Y yo qué cojones sabía que me iba a encontrar en esta maldita situación?»

¡Dios mío!

—Me empiezo a hacer una idea de qué te ocurre, ¿sabes? —susurra acercando su boca a mi oreja.

Mi entrepierna se humedece al instante, todavía más, y lo odio porque me tiene a su merced. Me pone muy cachonda y, por lo visto, ya no es un secreto. Sus manos, algo ásperas pero expertas, me suben poco a poco la tela del vestido y empieza a acariciarme los muslos. Bueno, más bien, a sobarlos compulsivamente.

—¿Ah, sí? —Me hago la tonta porque no le quiero poner las cosas tan fáciles.

Gonzalo no me contesta con palabras, sino metiendo su mano entre mis piernas. Llevar el vestido y que me lo haya remangado en los muslos le facilita mucho la tarea. Cuando llega a la tela de mis bragas, empieza a acariciar esa zona tan sensible y que acumula tal tensión que pienso que me corro. De hecho, suelto un gemido de placer en cuanto noto su contacto y me agarro a sus hombros para no desestabilizarme.

—Me tienes harto. Me cabreas tanto que no entiendo lo cachondo que me pones.

Cierro los ojos absorbiendo sus palabras mientras disfruto de la maestría que tiene al masturbarme. Se nota que está bien

experimentado, pero no quiero pensar en todas las chicas que han pasado por su cama, sino en que necesito disfrutar de esto. Necesito disfrutar de este Gonzalo que no conozco; tan salvaje, sexual, animal, descontrolado… No sé. Quiero conocer esta parte de él.

Yo no puedo articular palabra, solo puedo centrarme en sus dedos que acaban de traspasar el elástico de mis bragas para tocarme.

Piel con piel.

Ni siquiera hace el amago de bajármelas, solo las aparta todo lo que puede y eso es más que suficiente para que siga gimiendo cual actriz porno cuando noto que mete un dedo en mi interior mientras que con otro me roza el clítoris.

—Qué húmeda estás, joder…

El tacto suave de sus dedos en mi piel y dentro de ella. Su otra mano sujetándome la cadera para que no me caiga del mueble. Su marcada erección dentro de esos vaqueros rotos contra mi muslo. Su respiración agitada, su rostro cerca del mío, pero sin rozarse. Ni siquiera me ha besado. Esto solo es sexo.

—Gonzalo… —gimo.

Pero no puedo acabar la frase, ni siquiera tengo claro qué iba a decirle, porque noto que el orgasmo me llega y que no puedo contenerlo. Me dejo ir como hacía tiempo que no lo hacía en las manos de un hombre. Me dejo ir con el nombre de Gonzalo grabado a fuego en mi cerebro y en mi entrepierna. Me dejo ir deseando seguir, llegar a más y que esta sensación no se acabe nunca. Me dejo ir sintiendo cómo cada terminación nerviosa de mi cuerpo se revuelve hasta dejarme tendida en su hombro. Mi cuerpo se ha vuelto más ligero y a la vez más pesado.

Cuando los dedos de Gonzalo abandonan mi sexo, siento frío, vacío y un sentimiento extraño que no sé si es decepción o vergüenza porque me he dejado llevar sin cuestionarme nada, otra vez; sin pensar en que, a partir de ahora, nuestra relación puede cambiar.

Tampoco puedo evitar pensar que lo ha hecho como si yo fuera cualquiera en el baño de un bar. Sexo sucio, sin nada más de por medio, sin explicaciones.

—Cuando quieras hablar de lo que acaba de pasar, estoy en el piso de al lado. Mientras tanto, no quiero verte.

Y después de esas palabras, Gonzalo sale de mi casa, dejándome todavía sentada en el mueble de la entrada, con el vestido arremangado en los muslos y las bragas tan mojadas que me pesan. ¿Qué coño acaba de pasar?

—¿Se puede saber quién coño te crees que soy para tratarme como me has tratado?

Después de ese encuentro, me bajé todo lo digna que pude del mueble de la entrada, me fui al baño a asearme, a cambiarme las bragas y hasta de ropa. Me sentía sucia, esa es la verdad. Porque, sí, me había regalado un orgasmo, pero ¿de qué manera? De una manera rastrera, con furia, como si quisiera castigarme. Dejándome sola, mojada y con ganas de repetir, pero esta vez con mi boca alrededor de su polla.

Quizá tenga razón y soy bipolar, pero eso solo me pasa cuando él está cerca, cuando me desconcierta su cercanía, su amabilidad, su olor a yo qué sé qué, su mirada sucia, sus dientes apretados cuando está cabreado conmigo. No sé, es un cúmulo de cosas que me cabrean y me gustan a la vez porque estas guerras con Gonzalo se han convertido en algo adictivo para mí y no sé cómo salir de ello.

Así que, una vez recuperada, la ira ha anidado en mí. Por lo que no me ha dado tiempo a procesar que estaba llamando a su timbre furiosa, deseando partirle la cara.

—Pensaba que, al igual que tú piensas que yo me follo a cualquiera, no te molestaría que lo llevara a la práctica contigo: una cualquiera —responde con impasibilidad.

Y esas palabras son la justificación que necesitaba para cruzarle la cara con toda la mano abierta. Le he dado tan fuerte que ha girado la cara e, instintivamente, se ha llevado una mano a la mejilla.

—Cómo te atreves —gruño.

Gonzalo clava sus ojos en los míos con incredulidad, como si no se creyera lo que acabo de hacer. Ni siquiera yo me lo creo mucho, nunca he pegado a nadie; ni siquiera a Óscar alguna de esas veces que se pasaba de la raya con algún comentario.

—Por cómo gemías, no parecía que lo estuvieras pasando mal —apunta con todo el desprecio hacia mi persona, haciéndome sentir mal

y sucia otra vez.

—Eres el mayor gilipollas que he conocido en mi vida —grito fuera de mí.

Él no me contesta, solo me mira con ira, con desconcierto, respirando con dificultad. Yo tampoco puedo apartar los ojos de él; su color azul ahora es gélido, más que de costumbre y, aun así, es hipnótico.

—Fuera. —Oigo la voz de Marta detrás de Gonzalo.

En el acto, me siento fatal porque estamos montando una escena en mitad del rellano. Hasta puedo sentir que Jesús y Magdalena están asomados a la mirilla de sus puertas. Somos patéticos.

—Marta, yo… —intento excusarme.

—Fuera —repite—. Los dos. No quiero veros hasta que no os comportéis como dos personas adultas. Estáis dando mucha vergüenza. Además, vuestros gritos han despertado a Gabriela y lo primero es mi hija. Así que fuera de mi casa.

Marta empuja a Gonzalo hasta que queda fuera del umbral de la puerta y la cierra dando un sonoro portazo a su espalda. Gonzalo y yo nos miramos incrédulos y nos damos cuenta de que sí, que estamos haciendo el ridículo y que tenemos que hablar.

—¿Vas a querer hablarlo? Porque si no, me voy.

Me lo pienso. Sé que tenemos que hablar, que lo que ha pasado no se puede dejar así, pero no sé si quiero verlo ahora mismo. Mi mano palpita todavía después de golpearle por decirme que soy una cualquiera para él; quería hacerme daño. Todavía estoy cabreada. Cabreada y excitada, para más señas.

Cerebro

«Te está poniendo a prueba.
Si no tomas la decisión correcta ahora,va a desaparecer de tu vida igual de rápido que entró».

—Tengo cervezas en casa —le digo tomando una decisión.

Cerebro

«Gracias por hacerme caso de una vez».

—¿Estás segura? —pregunta cauto.

Me vuelvo hacia mi puerta, abro con la llave y le hago un gesto para que me siga. Gonzalo parece dudar, pero, al final, me sigue al interior. Cuando estamos en la entradita, ninguno podemos evitar mirar el mueble en el que, hace unos escasos minutos, me masturbaba y yo me corría en sus dedos.

—Pasa, siéntate donde quieras. Voy a por las cervezas —le digo pasando de largo, intentando no perderme en aquel momento.

Él asiente sin decir nada y toma asiento en el sofá. Lo observo de

reojo mientras abro el frigorífico. Su postura es algo insegura, como si estuviera nervioso. Está abierto de piernas, con los codos apoyados en las rodillas, esas que se dejan entrever por los rotos de los vaqueros. Abro los dos botellines y saco del armario una bolsa de patatas. Nada glamuroso.

Cuando llego hasta el sofá le tiendo el botellín y yo me siento en una butaca de terciopelo negro que tengo al lado. Ahora mismo no puedo compartir ese espacio con Gonzalo.

—No sé si quieres vaso. No lo he traído porque a mí me sabe mejor la cerveza bebiendo directamente del botellín.

—A mí también.

Gonzalo no me mira, sino que ha empezado a despegar la etiqueta después de darle un primer buen trago a la cerveza.

—Lo siento —suelta de pronto—. Siento haberte insultado. Me he pasado.

Lo miro. Me mira. Sus ojos gélidos son un poco más cálidos, aunque no han llegado a descongelarse del todo.

—Yo siento haberte pegado.

Damos un trago a nuestras cervezas, pero no decimos nada más. Creo que los dos estamos avergonzados por lo que ha pasado y no es para menos. Nos habíamos prometido la paz y solo encontramos guerra. Una guerra desencadenada por mis celos absurdos y, también, por ese encuentro furioso que ha acabado conmigo corriéndome y gimiendo en su oreja. No aprendemos.

—¿Has colgado mi matrícula en la pared del salón? —pregunta divertido, volviendo a ser amable.

—Sí. —Me encojo de hombros—. No sabía qué hacer con ella y…

—¿Te recuerda a mí? —interrumpe mi explicación.

—Gonzalo…

—Venga, Blanca, estamos aquí para esto, ¿no? Vamos a hablar claro de una puta vez.

Tiene razón.

—Sí, me recuerda a ti. Pero no solo a ti, también a mi primer acto delictivo. —Sonrío.

—Eres una pequeña delincuente. —Se ríe.

—Yo antes no era así —reflexiono.

—¿Qué quieres decir?

Pienso en cómo era mi vida hace medio año y no me acabo de creer que haya cambiado tanto.

Pienso en Óscar, en la última reunión familiar con nuestras familias, en las últimas vacaciones, en el último avión que cogimos, en el último polvo antes de ponerle los cuernos unas horas más tarde. En lo perfecta que quería ser siempre para que no pudieran decir nada malo de mí.

—Pues que… era una persona diferente a la que tú conoces. O, al menos, me siento diferente. Pero, bueno, da igual. —Sonrío un poco avergonzada dando otro trago a mi cerveza.

—Eh, Blanca, a mí no me da igual. Quiero saberlo. Quiero conocerte, ¿recuerdas?

—¿Estás seguro? —Gonzalo asiente.

Suelto todo el aire que estaba reteniendo en mis pulmones. ¿De verdad quiero hablar con Gonzalo sobre esto? ¿Contarle cómo me siento? Ni siquiera lo he hablado directamente con Inés. Pero supongo que con Gonzalo es más fácil; no me conoce, no conoce a nadie de mi entorno. Como dije una vez, soy una tabla en blanco para él.

—Antes era un coñazo de tía.

—Sigues siendo un coñazo de tía —apunta Gonzalo con una sonrisa en los labios.

—Pero no en el sentido que tú le das —medio sonrío al intuir que se refiere a que soy una tocapelotas—, sino que era aburrida. Mis padres pensaban que lo tenía todo en la vida y que eso me tenía que bastar para ser feliz.

—Y no lo eras —conjetura.

Niego con la cabeza y suspiro. No, no era feliz, simplemente vivía cada día lo que la vida me ponía delante, hasta que no hubo vuelta atrás. Hasta que me tuve que plantar para que mi vida no se terminara de complicar.

—Necesitaba ser perfecta. Pensaba mucho las cosas antes de actuar porque necesitaba no equivocarme en nada. Tenía que ser la hija perfecta, la novia perfecta, la nuera perfecta… Aunque es curioso que en el trabajo nunca me importara esa perfección. Supongo que allí puedo ser más yo que en mi vida privada.

—¿Y cómo eres, Blanca? Ya me has contado cómo eras, vale, lo capto. Pero yo quiero saber quién es la chica que está sentada a mi lado. La del pasado no me importa.

—Ese es el problema, Gonzalo —musito—. Que no lo sé. Que solo conozco a la Blanca del pasado, a la perfecta, a la que nunca se rebelaba. La única vez en mi vida que me he rebelado fue a los dieciocho.

—¿Quisiste un tatuaje o algo así? —pregunta con una sonrisa cauta.

—No… No quise ir a la universidad. —Me encojo de hombros.

—¿Y a eso lo llamas tú rebelarse? —Se mofa mi vecino.

—En mi casa, sí.

—Joder, Blanca…

Me levanto para dejar las cervezas en la cocina, hace rato que nos las hemos terminado. Necesito algo más fuerte para seguir con esta conversación. Gonzalo no dice nada, pero noto como observa todos

mis movimientos con curiosidad. Abro el armario donde tengo el poco alcohol que compro de vez en cuando por si Inés le da por pasarse por aquí y veo una botella de vodka que me regalaron por Navidad. No lo dudo un segundo y la llevo hasta la mesita del salón.

—Eh, eh, Blanca. ¿No te parece un poco pronto para sacar la artillería pesada? Al menos cenemos algo.

—Necesito esto si voy a seguir contándote cosas. Que por cierto, esta es una conversación en dos direcciones. Yo también quiero saber cosas de ti. Toma. —Le lanzo el teléfono fijo—. Llama a donde quieras y pide cena.

—¿Quién usa el teléfono fijo a estas alturas?

Le dedico una sonrisa sincera y divertida.

—Yo. —Y vuelvo a la cocina a por vasos de chupito.

Gonzalo no me ha dejado pagar la cena.

Después de que sea culpa mía esta batalla que estamos intentando ganar entre los dos, quería invitarle yo, pero dice que la botella de vodka que he sacado vale su precio en oro en el mercado y que no me lo iba a permitir de ninguna de las maneras.

Nos hemos sentado en el suelo, apoyando la espalda en el sofá mientras comemos una pizza grasienta cuyo sabor es directamente proporcional a las calorías que tiene. Pero me da igual, este rato que estoy pasando con Gonzalo bien lo merece porque ahora me siento bien.

Nuestra relación es como una montaña rusa, cuando piensas que la peor bajada la has pasado, aparece otra que todavía da más vértigo, que da más tirones, que te pone del revés en un segundo. Eso me han contado; yo nunca he montado en una montaña rusa.

Pasando este rato con él, soy más consciente de que todo es culpa mía porque, en realidad, Gonzalo es bueno, es amable, es cálido aunque el color de sus ojos sea frío, es comprensivo y yo… solo soy una puta loca desquiciada que no sabe que ha hecho para que un tío como Gonzalo esté sentado a su lado.

Le sirvo el primer chupito que se bebe sin pensárselo; yo lo imito e, inmediatamente, empiezo a toser porque ese brebaje lo carga el mismísimo Satanás. Para contrarrestar el sabor, me meto otro trozo de pizza en la boca.

—Me veo más preparada para seguir —anuncio—. Aunque ya no queda demasiado.

—Te escucho. —Gonzalo se limpia los labios con una servilleta y a mí me parece el gesto más erótico del mundo.

Me enderezo en el suelo, intentando poner la espalda recta, armándome de valor para hablar de lo desastre que es mi vida en este preciso momento.

—Estuve con mi ex nueve años. —Veo por el rabillo del ojo que Gonzalo se tensa y cambia de postura para disimular—. Los primeros años fue todo maravilloso. De verdad, pensé que él era el hombre de mi vida, pero llevábamos dos años que las cosas no iban bien. Había cambiado, solo pensaba en su trabajo, en sus logros, en ser socio del despacho en el que trabaja y yo… Yo pasé a un segundo plano en su vida. Así que hace casi cinco meses, un día cualquiera, discutimos, me tiré a mi jefe, cuando llegué a casa me pidió matrimonio porque era requisito *sine qua non* para poder ser socio del despacho, le dije que no y rompimos nuestra relación.

Cuando termino mi verborrea, miro a Gonzalo asustada porque, si antes pensaba que era una loca bipolar, ahora vete tú a saber.

Está boqueando como un pez intentando decir algo con sentido, pero veo que no lo consigue, así que decido echarle una mano.

—No tienes que decir nada, Gonzalo.

—¡Qué cabrón! —exclama al cabo de unos segundos—. ¿Te pidió matrimonio para ser socio?

Asiento, aunque me sorprende que solo se haya quedado con eso y no con el hecho de que le puse los cuernos con mi jefe.

—Pero, bueno, yo tampoco lo hice bien. Lo de mi jefe… fue una cagada monumental. Creo que ese fue el momento exacto en el que se me fundieron los plomos porque no he vuelto a ser la misma. No he podido volver a ser la chica que era antes.

—Prefiero a la chica que está aquí sentada conmigo a la que me cuentas que eras.

Contengo la respiración ante sus palabras y me emociono. Lo hago porque es lo que necesito escuchar; porque estoy perdida y necesito saber si tengo que encontrarme o quedarme con la nueva Blanca.

—Gracias —susurro.

Gonzalo se ha acercado más a mí. Nuestros brazos se rozan tímidamente, pero él es más valiente que yo y me agarra la mano suavemente. Entrelazamos nuestros dedos y yo me quedo absorta

observándolos.

—Me pregunto cómo conservas tu trabajo después de haberte acostado con tu jefe. —Se calla un segundo y parece darse cuenta de algo—. A no ser que estéis…

—¡No! —me apresuro a aclarar—. Alberto está casado. Me enteré después de haberla cagado, pero, en realidad, esa cagada nos hizo darnos cuenta de que él quería demasiado a su mujer y de que mi relación de pareja ya no iba a ningún sitio.

Gonzalo parece sorprendido por todo lo que le estoy contando, pero asiente sin hacer más comentarios y, sin destrenzar nuestras manos, sirve otros dos chupitos que nos bebemos del tirón.

—Siento haber iniciado esta guerra absurda contigo —me disculpo—. Te cruzaste en mal momento en mi camino. —Sonrío triste —. De hecho, el día de la primera nota acababa de encontrarme con él y su nueva novia.

—Joder, tu ex es una joya —comenta—. Y ya te he perdonado, Blanca. Empezamos de nuevo, ¿vale?

Asiento agradecida y sellamos nuestro nuevo comienzo con otro chupito de vodka.

Definitivamente, voy bastante bebida.

Ese vodka, aparte de caro, tiene más grados que un termómetro y he acabado con la cabeza apoyada en el hombro de Gonzalo, riéndonos por chorradas. Se ha animado a contarme cosas de su vida, como que tiene treinta y dos años y que la cicatriz que tiene en la frente se la hizo cayéndose de la bici cuando tenía ocho. También nos hemos dado cuenta de que tenemos muchas cosas en común, como la pasión por la lectura (aunque él es más de thriller) y esa admiración que sentimos por el arte aunque no lleguemos a entenderlo.

—Es triste que, después de dos meses, ni siquiera sepa a qué te dedicas.

Gonzalo se ríe a carcajadas por lo absurdo que suena. Hemos estado tan ocupados retándonos entre nosotros que apenas sabemos nada el uno del otro.

—Soy secretario en un despacho de abogados.

Levanto la cabeza lentamente de su hombro y lo miro frunciendo el ceño. Él me devuelve la mirada, intentando averiguar qué se me está pasando por la cabeza. Empieza a ponerse nervioso y a moverse en el sitio, enderezándose y cambiando de postura.

—¿Por qué los abogados me persiguen? —consigo preguntar.

Gonzalo relaja el gesto al instante y empieza a reírse con fuerza. No lo había apreciado antes, pero la risa de Gonzalo es… bonita, limpia, sincera, con un toque infantil, pero con un deje grave que reverbera por todo mi cuerpo. Su risa me sacude el pecho como cuando la música alta retumba por toda mi caja torácica. Me quedo seria al instante observando cómo se ríe, aprendiéndome de memoria las facciones de su cara y el perfil de sus labios. Se le forman unas líneas de expresión muy sutiles en la zona de los ojos y unos surquitos en las mejillas que están cubiertas por un poco de barba. Tampoco puedo evitar fijarme en sus ojos que, aunque están cerrados, puedo ver unas pestañas espesas, unas cejas salvajes igual de morenas que su pelo y ese lunar que tiene encima de la ceja.

Ya lo dije, Gonzalo es muy guapo, tanto que me ha engañado.

No, mentira.

No me ha engañado, no le ha hecho falta. He sido yo la que se ha metido de lleno en la boca del lobo dejando que me maneje como quiera. Me remito a ese momento en el mueble de la entrada que podría haber evitado y no lo he hecho.

—Soy secretario —aclara entre risas—, no abogado. Tranquila, estás a salvo.

—Es la primera vez que conozco a un secretario.

—Eso es por el machismo de la sociedad. Somos muchos secretarios incomprendidos por el mundo —se cachondea.

—¿Cómo acabaste ahí? —Me puede la curiosidad porque, además, nunca lo he visto en traje. ¿No se supone que en los despachos son muy estrictos con la vestimenta? Aunque ahora mismo no me parece un dato relevante.

—Mi hermana me consiguió el curro. Por su trabajo, conoce a mucha gente, así que ya sabes cómo funciona esto. Habló con una persona, que a su vez habló con alguien del despacho y me hicieron una entrevista. Ya llevo dos años ahí —me cuenta pasándose la mano por el pelo.

—¿Eres feliz? —Si soy sincera, no sé de dónde ha salido esta pregunta.

Gonzalo me mira de reojo, estira las piernas y se cruza de brazos.

—Supongo —me contesta—. ¿Y tú?

—Supongo —le contesto a mi vez, encogiéndome de hombros y volvemos a reír.

Está claro que ninguno lo somos del todo, pero que, de momento, nos vale. Volvemos a rellenar los vasos de chupito, los chocamos y los vaciamos en nuestra garganta.

Llevamos más de media botella. La resaca de mañana va a ser gloriosa y, encima, trabajo. Pero me da igual, ahora mismo es aquí donde quiero estar.

Quiero quedarme este momento con Gonzalo, en el suelo de mi piso, compartiendo nuestra vida y una botella de vodka. Es la primera vez que me siento realmente bien desde que me mudé y comencé mi nueva vida.

Vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro, más que nada porque el vodka corre alegremente por mis venas y estoy un poco mareada.

Gonzalo se lo toma con una invitación y lo sé porque cuando me quiero dar cuenta, estoy sentada a horcajadas sobre sus piernas, como aquel día en su sofá. Me sujeto en sus hombros para no caerme, ya que el pedo que llevo es de órdago. Las manos de Gonzalo se han posado sobre mi nuca y sus pulgares sobre mis mejillas.

¡Joder!

Me sudan las manos de lo nerviosa que me he puesto.

Su aliento a vodka me acaricia la cara, pero no me importa. Estamos tan cerca el uno del otro que apenas hay oxígeno, así que prefiero respirarlo a él.

Su perfume… No, no es su perfume. Es él, que sigo sin saber a qué coño huele, pero que quiero que ese olor me acompañe siempre.

—¿Qué pasa Gonzalo? —me atrevo a preguntar y es una pregunta a medias porque no he sido capaz de pronunciar un «entre nosotros» en esa frase.

—No mentía cuando te dije que quiero besarte desde el primer puto día.

—Oh. —Mi cuerpo se ha revolucionado solo con oírlo susurrándome esas palabras.

—Pero no voy a hacerlo —sentencia y mi cuerpo se desinfla de decepción—. El orgasmo que te he regalado antes no tenía que haber pasado. Me he dejado llevar por la rabia y por la necesidad de tocarte, por saber cómo gemías, por ver cómo te corrías entre mis brazos y me he equivocado. Quiero que estés segura de lo que haces porque tengo la certeza de que, cuando nos besemos, y créeme, eso pasará, no podré dejar de hacerlo.

¿Cuándo ha tornado la conversación a esto?

Mi respiración es tan irregular que creo que voy a hiperventilar de un momento a otro y me voy a desmayar.

El pedo se me ha bajado de golpe, pero empiezo a notar cómo la sien me martillea y eso solo significa que la resaca es inminente.

Mi cuerpo está tenso arropado por los brazos de Gonzalo y mi

mente va a mil por hora, pero no quiero que este momento se acabe nunca. De hecho, exijo que se congele el tiempo ahora mismo y quedarme así.

—¿Qué significa todo eso?

Gonzalo apoya su cabeza en el hueco de mi cuello y me parece notar cómo deja un beso perezoso en él, aunque quizá lo haya imaginado porque ha sido casi imperceptible.

—Que quiero que te conozcas y te hagas amiga de esa Blanca que dices que eres ahora y luego me dejes conocerla a mí. No tienes por qué volver a ser la de antes si no te gustaba.

Y por una parte, no, no quiero; pero por otra, llevo tantos años siendo esa otra persona que no sé si sabré convivir con la nueva Blanca.

—¿Me ayudarás? —pregunto de manera infantil. ¿Por qué? Porque me da mucho vértigo hacerlo sola.

—No —contesta de una manera tierna—. Es algo que tienes que hacer tú sola, pero estaré en la puerta de al lado si necesitas hablar con alguien o ir al cine o, simplemente, emborracharnos.

Asiento lentamente porque sigo mareada y cualquier gesto con el cuello hace que todo me dé vueltas.

Decido bajarme de su regazo porque, claramente, el momento se ha acabado y no me siento cómoda estando así con Gonzalo. Sé que esta es una pésima idea de la que me voy a arrepentir, pero sirvo los dos últimos chupitos de vodka y nos los bebemos.

¿Sabes esos días de resaca en los que dices: «la última me sobró»? Pues eso. Somos perfectamente conscientes de que esa última copa o chupito nos sobra, pero no lo tomamos porque queremos sentirnos vivos un poco más; porque queremos dejar atrás nuestra mierda un rato más.

—Siento que te acabo de contar toda mi vida y no sé por qué —reflexiono apoyando la cabeza contra el sofá—. ¿Seguro que eres secretario y no psicólogo?

Gonzalo se echa a reír sonoramente; percibo que también va muy perjudicado. Yo también me río y no sé por qué. Supongo que su risa es contagiosa. O que yo soy imbécil y me encanta escucharla.

—No, pero los secretarios somos como los que están detrás de la barra de un bar, siempre nos comemos la mierda de los demás.

Y volvemos a carcajeamos juntos, en el suelo de mi piso, con la mirada turbia por el alcohol y tengo la certeza de que, a partir de ahora, todo irá bien. Que Gonzalo me gusta, pero no sé todavía de qué manera. Que yo le gusto a él y que no sé a dónde nos puede llevar esto. Pero lo que sí sé es que es el empujón que necesito para seguir con mi vida, desembalar esas cajas que he ido retrasando y llamar a esto hogar.

Porque me pienso quedar aquí.

15

Al descubierto

Mediados de octubre

El día se ha levantado bastante frío.

Me toca el turno de mañana y, no solo eso, sino abrir la tienda también, por lo que tengo que estar allí la primera. Estoy tan calentita en la cama arropada con mi colcha mullida y mis suaves sábanas que me da una pereza horrible levantarme y comenzar un nuevo día.

«¿Llego tarde a ser rica y no tener que trabajar?»

Cerebro
«El trabajo dignifica».

«Mis cojones».

Me desarropo refunfuñando y soñando con estar en una playa del Caribe con un mojito en la mano. Salgo de la cama y voy directamente a la ducha; pongo una de mis *playlist* de Spotify y me meto bajo el chorro. Creo que pocas cosas me dan tanto placer como un buen baño de agua caliente y perderme en los minutos que paso en el agua, mirando las baldosas sin llegar a verlas. Perderme en ese instante y sentir que todo puede ir bien.

Después de la ducha estoy más despejada y voy a prepararme un café para tomármelo tranquilamente mientras miro mis redes sociales. No es que sea muy activa en ellas, ni siquiera se me da bien hacer fotos para subirlas ni el postureo, así que las uso para cotillear, o *stalkear*, como lo llaman ahora. A veces siento que el mundo avanza tan rápido que sigo llegando tarde a todo. La primera *instastory* que me aparece es una de Gonzalo. Sí, nos hemos empezado a seguir en las redes sociales y, que quede aquí entre nosotros, he cotilleado una por una sus fotos y comentarios. Sé que parezco ahora mismo la mayor vecina-acosadora de la historia, pero juro que no es acoso, sino

curiosidad sana de saber de la vida de Gonzalo antes de que se cruzara en mi camino; o yo en el suyo. El caso es que su *instastory* es un video adornado con uno de esos filtros de Instagram en el que aparecen las piernecitas de Gabriela moviéndose mientras suena de fondo una música suave de piano. En ella, Gonzalo ha puesto: «¿Consejos para dormir a bebés cuando su madre ha entrado en coma?».

Me echo a reír y, acto seguido, le contesto. Sé que la historia la subió anoche, pero este consejo vale para cualquier situación.

Dejo el teléfono porque, como me entretenga, voy a llegar tarde a trabajar.

Antes de salir, echo un vistazo a mi casa. Las cajas han desaparecido ya que, después de aquella conversación con Gonzalo, decidí dejar de procrastinar mi estancia y convertirla en mi hogar de verdad. Nada de cajas sin desembalar que den aspecto de que estoy de paso, nada de cajones vacíos.

Creo que, sin darme cuenta, lo dejé todo en *stand by* porque no me sentía del todo segura empezando una nueva vida tan de repente y, además, yo sola. Ahora no solo estoy segura, sino también ilusionada.

Así que Inés y yo volvimos a Ikea. Hasta me compré aquel sacacorchos que me enseñó la última vez que estuvimos (esta vez, sin encontrarnos a Óscar y compañía). También me acompañó a unas cuantas tiendecitas de barrio donde vendían cosas muy cuquis y me regaló algo muy *ella* para poner en mi piso. Dice que si tengo una matrícula colgada en el salón que me recuerda a Gonzalo, qué menos que tener algo en mi casa que la represente a ella. Así que me regaló un flamenco rosa de neón que me ha obligado a colgar en la entradita para que todo el mundo lo vea.

Sigo sin saber nada de Óscar y eso me tranquiliza y me preocupa

a partes iguales. Ya no lo echo tanto de menos. Estoy aprendiendo a vivir sola, a reconstruirme poco a poco, a estar conmigo misma que, después de veintinueve años, ya iba siendo hora. Pero por otra parte…, no sé, es raro. Hemos pasado juntos nueve años de nuestra vida y, ahora, de la noche a la mañana, todo se acabó y no hemos vuelto a tener contacto de ningún tipo. Como si nunca hubiésemos existido el uno para el otro. No sé, siempre pensé que acabaría en mi puerta pidiendo perdón o prometiéndome que iba a cambiar, pero que no haya pasado solo me confirma que lo nuestro no podía estar más deteriorado.

Cerebro

«Cuidado con lo que deseas».

Salgo de casa y me quedo mirando unos segundos la puerta de mis vecinos. Después de aquel día en que Marta nos echó del rellano, le pedí perdón mil veces por comportarme como una energúmena. Ella me sonrió y me dio un abrazo, diciéndome al oído: «Sois un coñazo, pero veros discutir es todo un espectáculo». Así me confirmó que, en realidad, le divertían mis discusiones con Gonzalo y que solo le faltó sacar las palomitas aquel día.

Con Gonzalo… las cosas van bien. Muy bien en realidad. No hemos vuelto a tener ningún encuentro tórrido ni nada por el estilo, ni siquiera hemos vuelto a pasar por una de esas situaciones incómodas en las que hay bajada de regla en directo o acabo sentada en su regazo. No. Pero hemos quedado para hacer cosas juntos, como ir al cine o ir de paseo con Gabriela mientras dejábamos un rato de intimidad a Marta en su casa.

—¿Me estás pidiendo una cita? —le pregunté intentando contener una sonrisa el primer día que me invitó al cine.

—Si lo quieres ver así… —Él se hizo el tonto de forma divertida, pero acepté.

Vimos una película de miedo malísima en la que había más sangre y música atronadora que otra cosa. Sabe que me pirran las películas un poco bestias y pensaba que había acertado con la elección, pero salimos del cine criticándola y maldiciendo por habernos gastado dinero en semejante despropósito. Aun así, lo hicimos sonriendo porque la situación era bastante absurda. No voy a mentir, al principio pensé que lo del cine era una excusa para meterme mano o… no sé, hacer algo indecente en la última fila cual adolescentes, pero no, ni un roce de manos hubo. Creo que Gonzalo se ha tomado bastante en serio que no pase nada entre nosotros… de momento.

A veces vivimos situaciones incómodas cuando salimos con Gabriela, y es que la gente nos mira con ternura al pensar que somos

una pareja que está paseando con su hija. Más de una señora nos ha parado por la calle para decirnos que tenemos una niña guapísima o que es clavadita a la madre. Gonzalo y yo nos miramos muertos de vergüenza y de risa, pero nunca desmentimos que no somos sus padres. Nos hace gracia.

Hemos hablado mucho este tiempo, aunque casi siempre de cosas poco trascendentes.

Con Gonzalo todo me sale natural, sin forzar, sin intentar ser una persona que no soy. Sin querer volver a ser la otra Blanca; la comedida, la que no quería decepcionar a nadie. Le hice caso y estoy intentando hacerme amiga de esta nueva yo.

No hemos vuelto a sacar el tema, pero creo que él lo nota cuando me mira porque me sonríe con la mirada y eso me gusta.

Camino por los pasillos de la tienda comprobando que todo está en su sitio. Qué placer contemplar todas las prendas de ropa tan bien colocadas antes de que venga la gente y lo destroce todo.

¡Qué asco, de verdad!

Somos unos consumidores pésimos; no nos cuesta nada volver a dejar las prendas como estaban y, no solo eso, mucha gente se prueba la ropa sin pasar por el probador. Por ejemplo, a veces, dan de sí las camisetas o, incluso, las manchan de maquillaje; y los que deciden probársela dejan lo que no van a comprar de cualquier manera encima de la mesita. Ni siquiera te dicen ni adiós cuando salen enfadados porque lo escogido no era lo que esperaban.

Creo que no nos cuesta nada ser un poco amables, respetuosos y responsables.

Así que, días como hoy, disfruto mucho de la tienda cuando tengo que abrir y veo todo ordenado. Dedico los últimos minutos que me quedan en soledad para dejarlo todo preparado y abrir del todo la verja.

El primero en aparecer es Alberto. Al verme, sonríe, pero no nos decimos nada. Todo el mundo sabe que, hasta que pasa una hora desde la apertura, no se le puede dirigir la palabra. Tiene mal

despertar y venir a trabajar no es que lo haga especialmente feliz e imagino que, ahora, con el embarazo de Olivia, estará doblemente cansado. Según nos cuenta, se está desviviendo por ella y me alegro.

Al rato veo entrar a Carla con su sonrisa tatuada en la boca, su pelo pelirrojo recogido en una cola de caballo y dejando un rastro de perfume allá por donde pasa. Siempre me he preguntado si se baña en colonia porque no es normal que no se le vaya el perfume en todo el día; siempre huele genial.

¡Qué envidia!

Yo siempre me echo colonia antes de salir, pero no retengo el perfume como lo retiene ella. ¿Cuál será su truco? A veces parece una puta ninfa del bosque perfecta.

—¡Buenos días, nena! —me saluda según pasa por mi lado—. ¡Qué guapa estás!

La odio por tener ese buen humor por las mañanas, pero le agradezco el halago. Desde que soy la compañera y empleada modelo, mi relación con Carla ha mejorado. Todavía no tenemos el grado de confianza que tienen las amigas, pero vamos por buen camino.

A media mañana, Alberto me intercepta en los probadores.

—Señorita Martínez.

—Jefe —saludo a mi vez—. ¿Ya se te puede hablar?

—Necesito un favor. —Así sin rodeos.

—No rompo piernas como favor, lo siento. —No sé de dónde ha salido ese comentario, pero ha hecho que, irremediablemente, me acuerde de Gonzalo y de su forma de llamarme *pequeña delincuente*.

—¿Estás drogada? ¿A qué ha venido eso? Llevas una temporada muy rara.

Cerebro

«Eso, Blanca.
¿A qué coño ha venido?»

—Perdooona. ¿Qué necesitas? —Le pongo la mejor de mis sonrisas.

—Necesito que te hagas cargo de la tienda mañana.

—Mañana… —Pienso para mí misma en qué día vivo, que a veces me cuesta saberlo—. Joder, Alberto, mañana es mi día libre.

—Lo sé, pero es importante. Le quiero dar una sorpresa a Olivia. Lleva unos días un poco rara. Será el embarazo, supongo. Y solo te lo puedo pedir a ti.

—¿Y por qué no a Carla? Mañana tiene turno. —Me intento escaquear.

—Porque confío más en ti. —Y lo dice con un aplomo que me deja fuera de juego, pero me voy a hacer un ratito más la dura.

—¿Y qué gano yo? —pregunto entrecerrando los ojos como si

estuviera ideando un plan malvado.

—Que no te despida.

—¡Venga ya, Alberto! Sabes que no puedes hacer eso. Además, si tanto confías en mí, perderías más que ganarías.

—Por favor, Blanca. Te coges libre el día que tú elijas, pero esto para mí es importante.

En realidad, le iba a decir que sí desde el principio, pero me gusta hacerle sufrir un poco.

—Está bieeeeen. Pero yo elijo el día, ¿eh? Luego no me hagas la trece catorce.

—Te lo prometo. Gracias, Blanca. —Alberto me da un efusivo abrazo que le devuelvo entre risas.

Siempre he creído que soy un poco bruja y que presiento cosas; sobre todo las malas. Y es que, al abrazar a Alberto, he sentido un pinchazo el estómago, como si me estuviera avisando de que se avecina algo gordo.

—¿Qué está pasando aquí?

Y no me equivoco.

Alberto se separa de mí de golpe y se queda mirando a la mujer que tenemos a nuestro lado.

Miro a mi jefe, que se ha quedado blanco; después, dirijo la vista hacia esa abultadita barriga que se marca en el jersey finito, de color crema, que lleva la mujer.

«Mierda. Olivia».

—Cariño, ¿qué haces aquí?

Olivia me da un repaso con la mirada llena de odio. Ni siquiera mira a su marido, sino que está descargando toda su ira contra mí.

¿Se habrá enterado de lo de…? No, no creo. Eso pasó hace meses y, si no se lo ha dicho Alberto, es imposible que se haya enterado.

—¿Es ella verdad? —pregunta Olivia con la voz rota.

—¿Qué dices, cariño? ¿De qué hablas? —Alberto no sale de su confusión.

Por mi parte, me he quedado paralizada. No sé si pirarme de aquí es lo correcto o si debo quedarme y no huir como una cobarde.

«¿Qué coño hago?»

Cerebro

«Si te quedas, puedes acabar con un ojo morado».

«Pero no puedo irme así sin más».

Cerebro

—Te has acostado con ella —afirma Olivia señalándome con el dedo.

Alberto suspira con fuerza y yo contengo la respiración. Al final me voy a casa con el ojo morado.

Noto como la bilis empieza a subirme por la garganta y el estómago se me revuelve.

No hay salida.

El pastel se va a descubrir y yo no voy a acabar bien parada.

—Olivia, cielo, ¿podemos hablar de esto en otro sitio?

Y es como si esas palabras le hubieran confirmado a Olivia que todo es cierto porque, en ese momento, pierde los papeles y se pone a gritar como una histérica.

—¡Lo sabía! Es que lo sabía. ¡Eres un puto cabrón, Alberto! —Olivia se echa a llorar—. ¿Cómo me has podido hacer esto justo ahora? —Se toca el vientre—. Ya me lo decía todo el mundo, que no daban dos duros porque no me pusieras los cuernos. ¡Joder! Si es que he sido una gilipollas.

No conocía a Olivia hasta este momento, pero es una mujer muy guapa. No esperaba que fuera tan alta, pero a mí por lo menos me saca una cabeza, lo cual me da la impresión de que me va a comer viva. Su pelo moreno atado en una coleta despeinada es rizado y largo; una gran melena. Sus ojos, aunque ahora rojos y vidriosos, son de un color marrón miel que ya lo quisieran muchas.

Pero lo que más me ha impactado de ella, es su fuerza. Desprende una fuerza natural que acabaría con nosotros solo con un movimiento de su melena. Y una mujer con esa fuerza interior, rota, dolida, cabreada… solo puede ser un tsunami que acabará con todos nosotros. Y Alberto y yo, con aquella cagada monumental, la hemos puesto en aquel estado. Una chica preciosa llorando y gritando por su marido, que la ha engañado. Un clásico. Pero lo cierto es que no ha pasado ni un día en que Alberto no se haya arrepentido de aquel desliz.

Sé que la culpa no es al cien por cien mía, pero me siento tan responsable que me echaría a llorar. Siempre he empatizado con la gente que llora. Es raro, pero es ver a una persona llorar y tener unas ganas irremediables de hacerlo, como si compartiera su dolor aunque no sepa por qué está llorando.

Olivia me produce mucha tristeza y un dolor en el pecho que merezco. Para ella, soy la causa de todas sus desgracias ahora mismo. Sinceramente, no sé en qué pensaría Alberto aquel día para que le pareciera una idea cojonuda acostarse conmigo, pero es algo que le va a pasar factura el resto de su vida. Supongo que la carne es débil y que a una persona del carácter de Alberto se le cruzan los cables más

fácilmente. Aun así, sigo creyendo que salió algo bueno de todo aquello, aunque ahora la vida de mi jefe se derrumbe por momentos.

Pensando en todo eso, me he quedado congelada y no me he dado cuenta de que Alberto se está llevando a su mujer dirección al almacén y que Carla se ha acercado a mí rápidamente.

—Eh, tía, ¿estás bien?

—Sí, sí. Perdona, Carla. —Y me escabullo lo más rápido que puedo para seguir con mi trabajo; intentando no pensar.

Después de una hora, Alberto sale del almacén tras Olivia, aparentemente más tranquila, pero esta se marcha de la tienda sin mirar atrás. Mi jefe se queda parado como un pasmarote en la puerta principal mientras ve cómo su mujer se aleja. Desde los probadores, puedo contemplar como un roto Alberto vuelve a entrar y se pone a trabajar sin dirigirnos la mirada a ninguno.

Carla me propone comer juntas, aunque sé que solo es una excusa para preguntarme por lo que ha pasado. Entramos en la sala de personal, abro mi *tupper* con una ensalada que preparé anoche y empiezo a comer en silencio porque sé que, de un momento a otro, Carla empezará a preguntar.

—¿Es cierto? —Cinco minutos ha tardado.

La miro y suspiro. Su mirada es segura, no se arrepiente de meterse donde no la llaman. La curiosidad es muy poderosa en algunas personas.

—Fue un error —susurro.

—O sea que sí.

Asiento.

—Joder, qué fuerte —comenta en un tono bastante neutro.

Yo sigo comiendo y no le contesto. Ni siquiera me apetece reprocharle que es una entrometida y que no le importa mi vida privada, pero con la que se ha liado en la tienda…

—Tranquila, Blanca, no voy a juzgarte.

«Já. Sí, ya».

—Gracias.

—¿Y folla bien? —Espera, ¿qué?

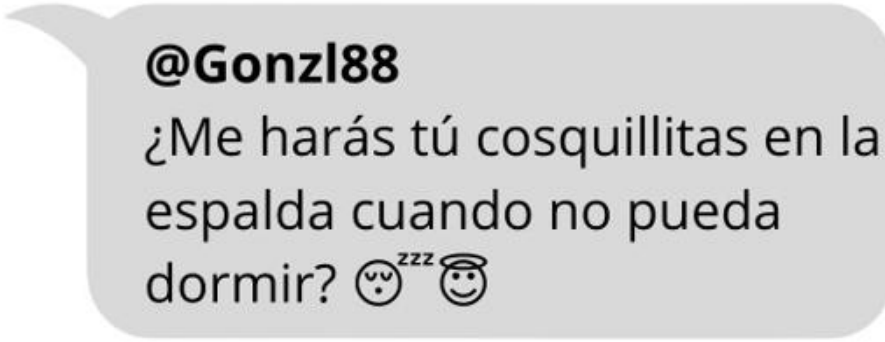
Miro a Carla con incredulidad. No me puedo creer que me acabe de preguntar eso, pero no la culpo porque todos en nuestro interior convivimos con una parte morbosa. Unos la exteriorizan como Carla y otros se la callan; no sé qué me parece más valiente.

—Ya casi no me acuerdo.

—Venga ya, tía. Seguro que sí, pero no me lo quieres contar.

Le sonrío como respuesta, aunque no le he mentido. Han pasado tantas cosas desde aquel polvo que tengo el recuerdo borroso. Cuando echo la vista atrás, me parece increíble que eso pasara.

Justo en ese momento, recibo una notificación en el móvil:



Suelto un risita mientras leo la respuesta de Gonzalo a mi mensaje de esta mañana. Mi cabeza no ha podido evitar recrear esa escena: nosotros tumbados en mi cama, o en la suya, aunque no sé cómo es; desnudos después de follar y yo haciéndole cosquillas en la espalda justo antes de dormirnos. Esa imagen se ha creado de manera tan nítida en mi mente que hasta me parece real, como si fuera un recuerdo, y se me corta la respiración.

—Uy, hace tiempo que te veo esa sonrisilla. ¿Quién es, pillina?

Sin perder la sonrisa, miro a Carla.

—¡Serás cotilla! —Y ambas nos reímos, pero no le respondo.

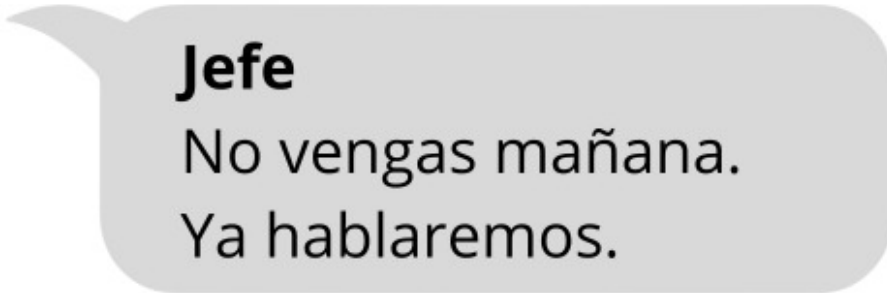
Quiero que Gonzalo se quede un poco más de tiempo solo para mí, aunque sea así, con mensajes tontos. No quiero plantearme nada más que esto.

El tonteo entre Gonzalo y yo se ha instaurado en nuestra relación

para quedarse. Ya no sabemos hablar sin tontear el uno con el otro, pero si es verdad que de ahí no hemos pasado. Es como si estuviéramos precalentando el horno, preparándonos para lo que sabemos que en un futuro pasará, pero todavía no es el momento.

Alberto no vuelve a dirigirse a mí, ni siquiera para darme «órdenes» sobre lo que tengo que hacer. Desde ese momento hasta que he acabado mi turno, ha estado cabizbajo y ausente. No me extraña. No soy tan tonta como para pensar que esto no me va a salpicar. No hace falta ser muy inteligente para darse cuenta, pero no quiero agobiarme antes de tiempo.

Aunque mis presentimientos se hacen más reales cuando, al llegar a casa, recibo un mensaje de Alberto:



16
El trato

Mi día libre «forzado» ha sido un auténtico infierno.

Y digo «forzado» porque si no llega a ocurrir lo del incidente con Olivia, yo tendría que haber estado cubriendo a Alberto en su puesto. En cambio, me he pasado el día en pijama, sin duchar ni peinar y procrastinando mis tareas del hogar. He intentado hacer mil cosas para mantenerme ocupada y no pensar en la que se me viene encima, porque es inminente, pero no he conseguido nada más que empezar tareas absurdas que no me han llevado a nada. Tampoco he podido despegarme del móvil. Incluso he sentido la tentación de escribir un mensaje a Alberto para preguntarle qué tal iba todo, pero no lo he hecho.

¿Por qué? Porque soy una puta cobarde que prefiere hacerse la tonta. Además, no quería que Alberto me comunicara por mensaje que estoy en la calle. No nos vamos a engañar, eso ya es una hecho.

Cerebro
«Vale, y ahora, ¿cuál es el plan?»

«No he pensado nada».

Cerebro
«Pues deberíamos.
Estamos al borde de la pobreza».

«¡Joder! No me agobies».

Soy consciente de que, si mis mayores temores se hacen realidad, sería laboralmente injusto, pero tampoco le voy a poner las cosas difíciles a Alberto. Al final, cada uno debe cargar con las consecuencias de sus actos y, aunque no se debería mezclar lo personal con lo profesional, la práctica nos tiene acostumbrados a que eso no es tan fácil. Lo típico, queremos aplicar a nuestro día a día una teoría que queda preciosa escrita en el papel, pero los humanos no

somos un folio en el que escribir lo que queremos o deseamos y cumplirlo a rajatabla como si fuéramos *cyborgs*. Somos personas, seres vivos que sienten, que viven, que experimentan, que se equivocan. Y mezclar lo personal con lo profesional es una de las piedras más grandes de nuestra existencia con la que tropezamos día a día.

Total, que apenas comí nada en todo el día, a excepción de unos yogures de coco, los cuales bajé a comprar expresamente para poder inflarme y mitigar un poco mi pena. Por lo demás, estuve mensajeándome con Gonzalo prácticamente todo el día, aunque no le mencioné nada y tampoco nos vimos. Habíamos pasado a ser ese tipo de personas que se pasan las veinticuatro horas pegados al móvil, manteniendo conversaciones eternas. Sin hablar de nada importante en particular, pero a la vez contándonos hasta que hemos recogido el correo del buzón.

A Inés se lo conté porque necesitaba que alguien me consolara, aunque lo único que encontré fue:

—Tía, está claro que Alberto se va a ver obligado a pedirte que te vayas. Es un marrón para él y, por desgracia, la peor parada vas a ser tú. Pero no te preocupes, moveré mis contactos e intentaré encontrarte algo rápido.

Mi amiga es de las que te dicen las cosas sin ningún tipo de filtro o anestesia, pero luego lo arregla prometiendo ayudarte en lo que esté en su mano. Y no hay nada que valore más que la sinceridad en la amistad.

Inés trabaja como administrativa en una empresa. Un trabajo monótono y aburrido, según cuenta ella, pero que paga las facturas y la independencia que tanto valora. Aunque su verdadera pasión son los animales. Le hubiera encantado estudiar veterinaria, pero no era buena estudiante y se conforma con colaborar en centros de acogida para animales.

Así que sí, pasé un día de mierda pensando en cómo cojones reconducir mi vida (de nuevo) con el marrón que tenía encima y haciendo el menor ruido posible para evitar dar explicaciones de mi marcha de la tienda.

Pensando también en cómo pagar las facturas y el alquiler del piso. Estaba, realmente, con la mierda hasta el cuello.

Hoy me ha costado un mundo levantarme, y no solo porque estuviera calentita entre las sábanas, sino porque es el principio del fin. Sé que voy a llegar a la tienda, Alberto me va a llevar al almacén y me va a pedir amablemente que me vaya. Lo veo tan claro en mi cabeza que es como si ya lo hubiera hecho.

Me muevo más lenta que de costumbre. Supongo que busco retrasar ese momento todo lo posible, aunque he decidido adoptar una estrategia. Voy a llegar a la tienda como si nada hubiera pasado, me voy a poner a trabajar, voy a sonreír a todo el mundo y me voy a hacer la tonta todo lo que pueda. En el fondo sé que no va a servir de nada, pero es mi mecanismo de protección para no desmoronarme antes de tiempo.

Así que, cuando llego a la tienda, me tiemblan hasta las pestañas, me flaquean las rodillas y tengo una sonrisa nerviosa instaurada en el rostro. Noto como si un hilo estuviera tirando de mi sonrisa, la cual es tan débil que me tiembla el carrillo.

Estar en mi situación no se lo deseo a nadie, ni siquiera a Amanda Robles, aquella niña que, con ocho años, me tiró un puñado de arena a la cara y estuve escupiendo tierra hasta que llegué al instituto.

Lo primero que hago es esconderme en los burros de ropa para llegar a la sala de personal y dejar mis cosas rauda y veloz antes de que Alberto me intercepte.

Cerebro

«Cobarde».

«Que te calles».

Llego con éxito a la salita y está vacía. ¡Bien! Dejo mis cosas, me pongo la ropa de trabajo y salgo dispuesta a ser la mejor empleada del puto mundo.

Veo a Carla colocando algunas prendas de ropa de espaldas a la caja, con lo cual no ve que se ha formado un poco de cola, así que me acerco a ella para avisarla de que me voy a poner a cobrar.

—¡Carla! —llamo su atención porque está abstraída. Ella se da la vuelta corriendo, llevándose una mano al pecho. La he asustado—. Perdona.

—Casi me matas, tía. —Una vez más recuperada, comienza a mirarme de una forma extraña—. Alberto te está buscando.

«Ya, imagino».

—Pues que me encuentre. —Intento parecer despreocupada, aunque es cuestión de minutos que lo haga—. Voy a atender la caja.

Me doy la vuelta rápidamente para no darle tiempo a Carla de replicarme. Sé que mi actitud es una huida hacia adelante en toda regla; y cobarde, también. Pero, ahora mismo, no puedo procesar un despido, la pobreza, la mudanza a casa de mis padres… Simplemente, no puedo permitírmelo.

—¡Hola! Siguiente. —Estoy poniendo mi mejor sonrisa cuando esta se me congela al tenerlo plantado enfrente de mí—. Gonzalo…

—¿¡Qué hay, pequeña delincuente!? —me saluda con retintín y con una sonrisa preciosa—¿Mucho trabajo?

«Si tú supieras que están a punto

de ponerme en la calle…»

—Shhh, baja la voz, cretino. No me llames así en mi trabajo.

Él se encoje de hombres sin arrepentirse lo más mínimo y yo pongo los ojos en blanco mientras empiezo a pasar las prendas por el escáner. Me doy cuenta de que son prendas formales: pantalones chinos, de traje, camisas, alguna corbata… Sigo sin imaginarme a Gonzalo con esto puesto cuando siempre lo veo con vaqueros rotos y camisetas.

—Nunca te he visto con este tipo de ropa puesta.

—Será porque se me da mejor quitármela —comenta apoyando los codos en la caja y desafiándome con la mirada.

Me pongo nerviosa con ese comentario con absoluto doble sentido y se me escurre una corbata al suelo, que recojo en un abrir y cerrar de ojos.

«Puto Gonzalo, joder».

—Nunca te he visto por la tienda. —Observo—. Aparte de aquella vez que viniste con Marta y la niña.

—Es que nunca había venido.

—¿Y por qué ahora?

«Blanca, la curiosidad mató al gato».

—Porque me apetecía verte.

«Y el gato se murió».

Levanto la vista lentamente hacia él y me encuentro el azul frío de sus ojos observándome detenidamente. Puedo ver cómo traga saliva nervioso y me pierdo en cómo su nuez se desliza por la garganta. Me he quedado paralizada unos segundos eternos con una camisa en la mano, pero una voz conocida rompe el momento.

—Señorita Martínez, venga conmigo. Tenemos que hablar.

«Mierda, Alberto me ha encontrado».

Cerebro

«¿Pretendías jugar al escondite con él o qué?»

Me giro hacia él con una sonrisa impostada porque no quiero perder la compostura delante de Gonzalo.

—Claro, jefe, en cuanto termine de cobrar al señor. —Se me hace jodidamente raro llamar «señor» a Gonzalo.

—¡Ahora, señorita Martínez! Carla puede terminar de cobrar.

—Prefiero que termine ella —contesta Gonzalo y lo miro con absoluta gratitud.

—Está bien, caballero. Usted —dice dirigiéndose a mí otra vez—, al almacén cuando acabe.

Alberto desaparece de la caja. Yo me apoyo momentáneamente en la encimera y cierro los ojos con fuerza. La situación es insostenible y no me puedo agarrar a un clavo ardiendo por más tiempo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Gonzalo muy serio.

—Nada… —miento—. Habré hecho algo mal.

Cerebro

«Acostarte con él. ¿Te parece poco?»

«¿De qué puto bando estás tú?»

—Eh…, Blanca, ¿qué pasa?

—Ya te contaré, ¿vale? Son ochenta con noventa y cinco.

Gonzalo asiente poco convencido con mi respuesta y pasa su tarjeta por el datáfono. Cuando el pitido me avisa de que la operación ha sido aceptada, le doy el ticket y me despido de él con otra sonrisa fingida. Llamo a Carla para que ocupe mi puesto y me dirijo al almacén con unos nervios que sigo sin desearle a Amanda Robles.

El almacén está totalmente oscuro, así que le doy al interruptor para encender la luz. Al fondo, veo a Alberto sentado en una caja, al lado de la pequeña ventana que da a la calle trasera, fumando.

—Sabes que aquí no se puede fumar, ¿verdad? Va a saltar la alarma de incendios y la vas a liar.

Alberto me mira de reojo mientras expulsa lentamente el humo, dando un gran suspiro al final, como si algo le pesara.

—Le he dado muchas vueltas a cómo hacer esto, ¿sabes? —me dice desde su posición, ignorando que puede provocar que la alarma salte.

Me acerco y me siento en una caja frente a él para poder mirarlo mientras lo hace. No nos quedan muchos momentos para hablar.

—No lo hagas, sé perfectamente lo que hay. Recogeré mis cosas. —Ya no hay vuelta atrás, pero no voy a irme sin pelear un poco más —. Pero no me voy a ir así por las buenas, Alberto. Si me voy, va a ser con una indemnización por despido debajo del brazo. No es justo para mí. Asumo que me quedo en la calle, pero no con las manos vacías.

Alberto se levanta de la caja frustrado, apagando el cigarrillo contra el alféizar de la pequeña ventana.

—No puedo despedirte, Blanca. No tengo un motivo laboral, pero te tienes que ir.

—Mira, Alberto, te quiero poner las cosas fáciles. De verdad, asumo que me voy, pero te repito que no me voy a ir con las manos vacías. No es justo, estoy cargando con un error que te afecta más a ti que a mí. Me lo debes.

Mi jefe se pasea nervioso por el habitáculo; yo lo observo sentada desde mi caja sin moverme. Esto es algo que no voy a negociar. Obviamente, no quiero irme, pero como lo voy a hacer para no causar más problemas, no me voy a ir por la puerta de atrás y con una palmadita en la espalda.

—No sé… —duda.

—Necesito que el despido sea improcedente, Alberto. Si no, no me corresponde indemnización. No necesitas ninguna excusa. Simplemente, ¡hazlo! Ambos sabemos que puedes pagar de sobra esa indemnización.

—¡Es que no quiero que te vayas, joder! Pero si no te vas, pierdo a Olivia para siempre.

—Pues dime tú qué hacemos. —Me cruzo de brazos.

Alberto se queda pensativo, dando más vueltas por el almacén. Al final va a hacer un agujero en el suelo y explícaselo tú al seguro. Tengo los nervios de punta, pero muy bien controlados, no sé cómo. Voy a seguir en mis trece aunque me odie de por vida y se acuerde de mí cómo el mayor grano en el culo que ha tenido jamás. Bueno, seguro que siempre se acordará de mí en esos términos después de ayudar a destruir su matrimonio.

«Ni siquiera sabía que estaba casado

cuando me acosté con él, joder».

—¿Cuándo tenías las vacaciones? —pregunta de pronto.

—Del dos al dieciséis de noviembre. Pero ¿y eso qué más da ahora? Voy a tener vacaciones indefinidas —suelto con ironía.

—Se me ha ocurrido algo.

—Pues soy toda oídos.

—Faltan unos quince días para esa fecha —tantea—. Justo el tiempo de preaviso establecido en tu contrato para largarte. —Me está poniendo muy nerviosa, pero lo dejo continuar—. Cógete un mes de vacaciones en vez de quince días. Yo te los firmo y, al menos, será tiempo que estás cobrando el sueldo. Si para tu vuelta no he conseguido progresos con Olivia, haré lo que me pides y te despediré. Si no, te quedas y no montamos ningún circo.

Cerebro

«Es una buena oferta».

«Mmm…, sí que lo es».

—¿Y estos quince días? —pregunto con desconfianza.

—Vienes a trabajar normal. A Olivia le diré que son tus últimos quince días y que no te puedes ir porque primero hay que buscarte un sustituto. No le va a hacer gracia, pero lo aceptará. Luego, iremos viendo.

Asiento. Joder, en realidad es un plan de la hostia. Así me deja margen para buscar otro curro.

—Me gusta cómo piensas. Vale, acepto. Pero, si no sale bien, me despedirás.

—De acuerdo. —No, no está de acuerdo, pero es lo que hay. No pienso conformarme con menos.

Y, no sé por qué, ambos sonreímos. En realidad, da una pena horrible. Alberto me dio una oportunidad aquí hace tres años y no sabe cuánto se lo agradezco, aunque hasta hace unos meses lo odiase un poco por baboso.

—¿Qué ha pasado con Olivia?

Cerebro

«¿Blanca, no hemos aprendido nada
sobre el gato y la curiosidad? Ay, por Dios…»

Alberto vuelve a sentarse en la caja para mirarme de frente.

Su rostro parece envejecido, como si en estas cuarenta y ocho horas hubiera cumplido treinta años más de golpe. Tiene los ojos hundidos, con unas profundas y moradas ojeras. No ha debido de

dormir nada estos días y no es para menos.

Se aprieta las manos nervioso contra el pantalón y tiene un tic en el pie que le hace moverlo constantemente.

La imagen del sufrimiento en persona.

—Se ha ido a casa de su madre. No quiere ni verme y no la culpo.

—Supongo que necesita tiempo.

—Necesita volver a nacer para perdonarme esto, Blanca. Y mi hija… Joder, me lo voy a perder todo… —Se echa las manos a la cabeza.

Es realmente triste.

—¿Va a ser una niña? —me da por preguntar para que centre su atención en algo bonito.

—Sí… —Sonríe levemente—. Lo sabíamos hace pocos días y… Le había comprado una cesta para bebés, todo en blanco porque Olivia odia asociar colores a los géneros. Dice que eso de que el rosa tenga que ser exclusivo de niñas es una absoluta gilipollez. La cesta es la leche, con peluches, chupetes, esos zapatos que parecen calcetines…

—Patucos —lo ilumino.

—¡Eso! Patucos. Y…, no sé, un montón de cosas más. Quería darle una sorpresa y, al final, se la acabé dando de la peor manera…

—Alberto, algo que no entiendo es cómo se ha enterado… Solo lo sabíamos tú y yo, e imagino que no has abierto la boca; y yo menos…

Todo resulta muy extraño. Es imposible que se haya enterado por ciencia infusa porque nunca se lo contamos a nadie. Bueno, yo a Inés y a… Gonzalo, pero pondría la mano en el fuego porque ellos no han sido. ¿Cómo iban a hacerlo? Ella es mi mejor amiga y él… Él no haría algo así, ni siquiera conocía a Alberto hasta esta mañana y menos a Olivia.

Es imposible.

—Me dijo que le llegó un whatsapp de un número desconocido diciendo que la estaba engañando con una chica del trabajo. Y no es tonta, Blanca. Mi vida antes de casarme con ella era…

—De vividor follador. —Termino su frase recordando a Amador, de *La que se avecina*.

—Algo así —cabecea—. Todos le dijeron que no tardaría en ponerle los cuernos, pero ella siempre confió en mí ciegamente y… la cagué. ¡Joder! Se lo he confirmado y me siento estúpido. No sé qué cable se me cruzó aquel día contigo, pero me arrepiento tanto…

—¿Has averiguado de quién es el número?

—No. No está entre mis contactos, pero solo puede ser alguien del trabajo si no… no lo entiendo.

Lo miro extrañada. Sinceramente, lo dudo.

—No creo que haya sido nadie de aquí, Alberto. Todos parecen de fiar.

—Parecen, pero Carlos… No sé, no me termina de encajar.

—¡Anda, ya! Si es majísimo.

Carlos es uno de los dependientes que Alberto contrató hace poco para cubrir los periodos de Navidad o rebajas, que es cuando más trabajo se acumula, pero tuvimos la baja de Sandra porque encontró un empleo mejor y Carlos se quedó. Es verdad que no es muy hablador y que no se relaciona mucho, pero no parece un mal tipo. Las veces que he hablado con él ha sido agradable.

—No sé… Ya no me fío ni de mi propia sombra.

—Bueno, venga, vamos a trabajar —intento animarlo—. Carla se ha quedado sola y debe de estar tirándose de los pelos.

Nos levantamos de nuestras respectivas cajas y nos quedamos unos segundos mirándonos. No sé qué parte de mi cerebro ha pensado que es buena idea, pero, en un arranque de no sé qué, me abalanzo para abrazarlo.

Cerebro

«No he sido yo, ha sido el corazón».

Corazón

«*Sorry*, me ha podido la emoción del momento».

Creo que, ahora mismo, necesita ese abrazo más que nadie.

—Alberto… —susurro contra su pecho—. Si acabas despidiéndome, también quiero una carta de recomendación.

Y nuestras carcajadas reverberan por todo el almacén, intentando no echarnos a llorar.

17

El poder de unas llaves perdidas

El día ha sido jodidamente cansado.

Entre los nervios que he pasado, la conversación con Alberto y que me he tenido que quedar más tiempo para ayudar a Carla con un problema de la caja, estoy exhausta. Además, hoy los clientes estaban especialmente tocapelotas. Una chica, de unos quince años, me ha tenido como su asistente personal en los probadores. He tenido que ir a por las tallas que me pedía, darle consejo, decir si le quedaba bien (vamos, mentirle porque si no, se iba sin comprar nada) y buscar más prendas de ropa que le combinaran con lo que ya había decidido comprarse. Total que, al final, solo se ha llevado una camiseta y un *bralette*. Después, he tenido que apaciguar a un cliente que se estaba pasando cincuenta pueblos con Carla; la ha llegado a llamar inútil porque le estaba costando quitar una alarma de un pantalón.

La gente es odiosa a veces.

Así que solo quiero tirarme en el sofá y empezar ese libro que tengo pendiente desde hace mil años, con una cerveza y una manta.

Así de simple.

Aparco el coche en el garaje y veo que el de Gonzalo no está. Sé que está trabajando, que libraba por la mañana, pero por la tarde le tocaba currar. Y lo sé porque como hablamos a todas las putas horas, menos cuando trabajamos, me he aprendido sus horarios de memoria y él los míos, por eso ha venido esta mañana a la tienda.

Subo en el ascensor y, cuando estoy en el rellano, busco en mi *tote bag* las llaves de casa.

¡Estoy solo a un pasito de mi ansiado descanso!

Me está costando encontrar el llavero que tiene la forma de mi inicial (por desgracia, me lo regaló mi suegra cuando Óscar y yo nos fuimos a vivir juntos, pero no he tenido valor de deshacerme de él); eso me pasa por llevar tanta cosa que luego no uso. Dejo caer la bolsa de tela al suelo y me acuclillo para poder ir vaciándola y encontrar las malditas llaves. La cartera, el monedero donde llevo las monedas

(valga la redundancia), el neceser, un *ticket*, las llaves del coche, un pintalabios, un paquete de pañuelos, un chicle… ¡Anda, otro *ticket*!, un tampón, un panfleto de propaganda que me han dado en la calle…

¿¿¿¿Y las putas llaves de casa????

Cerebro

«No están».

«Ya, ya lo veo».

Cerebro

«¿Dónde las viste por última vez?»

Me paro a pensar en dónde cojones las vi por última vez, repasando momento a momento qué he hecho esta mañana y…

—¡Mierda!

Esta mañana, con los nervios que tenía, no cogí las llaves y, no solo eso, sino que siempre las dejo metidas en la cerradura (por eso de que nadie me entre a robar), así que están justo ahí, detrás de la puerta. Y yo al otro lado, con cara de gilipollas y mi cerebro trabajando a mil por hora para saber qué cojones hago ahora.

Cerebro

«¿Llamar a un cerrajero, mongola?»

Voy a llamar a un cerrajero, siendo consciente de que la broma me va a salir cara. ¿Por qué me pasa esto justo ahora que estoy con un pie en el paro? Tengo que ahorrar todo lo que pueda o seré una indigente. Cojo mi *smartphone* y busco en Google cerrajeros de urgencia. Llamo al más barato que encuentro.

—*Cerrajeros exprés*, le atiende Bárbara. Le informamos de que esta llamada está siendo grabada ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, buenas tardes. Necesito un cerrajero. Me he dejado las llaves dentro de casa, puestas en la cerradura. —Yo creo que la mayoría de los cerrajeros deben pensar que la humanidad es imbécil.

—Muy bien, señorita. ¿Su nombre para que pueda dirigirme a usted, por favor?

—Blanca.

—Hola, Blanca ¿Me dice su dirección, por favor?

—Calle Peonía, número 2, tercero A.

Resulta que mi calle y las de alrededor son todas con nombres de flores. Inés vive en la calle Amapola. Resulta hasta gracioso.

—Perfecto, Blanca. Mire, todos nuestros cerrajeros están ocupados y no podemos garantizarle la llegada de uno a su domicilio hasta dentro de cuatro o cinco horas.

—¡¿Cuatro o cinco horas?! —grito a través del móvil—. ¿No se supone que son cerrajeros exprés? ¡Que estoy en la calle!

—Lo siento Blanca, no puedo hacer otra cosa.

—Entiendo. —No me queda de otra que resignarme—. ¿Cuál es el presupuesto?

—Alrededor de doscientos euros.

—¿Cómo? Pero si en la página web ponía que ciento cincuenta.

—Es que en ese precio no está incluido ni el IVA ni la mano de obra —me informa la señorita.

—Genial, vaya engañabobos —refunfuño.

—¿Sigue queriendo nuestros servicios?

—¡Qué remedio! Necesito entrar en casa.

Y así es como yo, después de pasar por un cajero para sacar trescientos euros en metálico, me hallo sentada en el rellano, al lado de mi felpudo, con un treinta por ciento de batería en el móvil y muriéndome de hambre.

Durante la espera, he conocido a la señora Magdalena. Solo hemos compartido un escueto «hola», pero me ha mirado como si estuviera loca. Genial, me estoy ganando una fama… Mi vida es maravillosa y mejora por momentos.

Al cabo de dos horas aquí sentada como un pasmarote, con el culo más plano que una tabla de planchar y el móvil con la opción de ahorro de batería activada, oigo el ascensor y rezo porque no sea nadie más del tercero a quién le tenga que explicar mi humillante situación.

Y mis peores presagios se cumplen cuando un impresionante Gonzalo sale del ascensor y se queda parado en mitad del rellano al verme en tal deplorable estado.

—¿Qué coño haces ahí sentada?

Y he dicho impresionante porque es la primera vez que lo veo con la ropa de trabajo y he tenido que controlarme mucho para no bizquear, babear y llorar; todo al mismo tiempo. Lleva unos pantalones chinos azul oscuro, con una camisa blanca arremangada hasta los codos, la corbata medio deshecha y los dos primeros botones de la camisa desabrochados.

La imagen es… De esas que me ponen cachonda de inmediato.

«Puto Gonzalo».

Recupero la compostura y me enderezo antes de contestar. La humillación ya no se puede ocultar por más tiempo, así que solo me queda decirlo de la manera más digna posible.

—Me he dejado las llaves dentro.

—¿Y no has llamado a un cerrajero? —pregunta como si fuera gilipollas.

—Sí, lo he hecho, pero tardaran entre cuatro y cinco horas. O eso me ha dicho la maldita chica de la empresa hace dos —respondo claramente cabreada y frustrada.

—Haber llamado a Marta, joder. No te habrías quedado sentada encima del felpudo.

—Me daba vergüenza —murmuro por lo bajo.

—Eres de lo que no hay —sentencia—. Anda, ven, pasa, no te voy a dejar ahí en el suelo.

—No…, da igual.

—No te voy a dejar ahí en el suelo, Blanca. O entras o salgo yo y será culpa tuya que los dos estemos incómodos.

Gonzalo me tiende su mano y la acepto. Me levanta del suelo como si no pesara nada y lo cierto es que, con tanto yogur de coco, creo que he engordado un par de kilos.

Cerebro

«A lo mejor también tienen que ver las bolsas
de patatas fritas que te metes al cuerpo».

«¿Me quieres dejar en paz?
Todo el día con el piqui, piqui, piqui, joder».

Según entramos, Marta nos aborda poniendo un dedo en sus labios como señal de que Gabriela está dormida y que, como hagamos un solo ruido que la despierte, nos decapita. Entramos en silencio en el salón ante la mirada curiosa de Marta, que no entiende por qué he entrado con Gonzalo.

—¿Cómo es que venís juntos? —termina por preguntar entre susurros, pero sin poder disimular una sonrisa traviesa.

Se está pensando lo que no es y no sé qué me perturba más, si que se piense que vengo de estar con Gonzalo o que sepa que soy una gilipollas despistada.

—Se ha dejado las llaves dentro de casa y me la he encontrado sentada en el rellano esperando al cerrajero —le cuenta Gonzalo.

—¡Tía! ¿Pero por qué no me has llamado? Habrías esperado aquí.

—Porque a la tonta le daba vergüenza.

Marta me mira con reproche y pongo ojitos de cordero degollado para que no me insulten más.

Gonzalo desaparece por el pasillo, imagino que para ponerse cómodo.Y no me equivocaba. Vuelve al salón con unos vaqueros rectos hiperdesgastados, una camiseta de algodón blanca de manga larga que le marca hasta los lunares y descalzo.

¡Joder! Así está incluso mejor.

Gonzalo dice que va a preparar algo de cena mientras esperamos a que llegue el cerrajero y yo no puedo replicar.

La cena transcurre normal, charlando animadamente y riéndonos de lo despistada que soy por haberme dejado las llaves dentro. Ha preparado algo sencillo: una ensalada y una tabla de embutido perfectamente cortada y colocada en un plato de pizarra. Y, por supuesto, todo está buenísimo.

La conversación se tuerce en el momento en que Marta, de manera inocente, me pregunta por el trabajo y yo me atraganto con el agua que estaba bebiendo. Le contesto un escueto «bien», sin poder mirarla a la cara, pero sí que miro de reojo a Gonzalo, que también se ha tensado.

Sabe perfectamente que estoy mintiendo.

A las once de la noche, el cerrajero todavía no me ha llamado y yo empiezo a desesperarme. Cerrajeros exprés mis cojones. Además, Marta se ha disculpado con nosotros para irse a dormir. Ser madre a tiempo completo y haber empezado a hacer trabajillos para volver poco a poco a su rutina normal la tiene agotada. A consecuencia, Gonzalo y yo nos hemos quedado solos, sentados en el sofá con una cerveza en la mano.

—Gonzalo, si quieres acostarte, lo entiendo. Yo espero al cerrajero en mi puerta.

Me da un apuro horrible estar de okupa en su casa a estas horas cuando sé perfectamente que mañana madruga.

—Blanca, me voy a quedar contigo. Así que calla y cuéntame qué ha pasado con tu jefe esta mañana —suelta, cambiando totalmente de tema.

—No ha pasado nada, Gonzalo —miento descaradamente y no sé por qué lo hago.

—Blanca, si no me lo quieres contar, está bien, pero no me mientas en la cara. Te conozco lo suficiente como para saber que, cuando pones esa voz histriónica y despreocupada, mientes. Pensaba que ya teníamos confianza…

—Ah no, a mi chantajes emocionales no, ¿eh? Bastante que se los consiento a mi madre.

—*Touché* —dice levantando las manos en señal de inocencia.

—Te lo cuento a cambio de que me cuentes la situación más bochornosa que hayas vivido.

La mirada de Gonzalo se vuelve intensa y traviesa. Sus azules ojos me recorren entera y no consigo averiguar qué hay detrás de ellos. Hemos intentado llevar una relación de… ¿amigos? No sé, supongo que una relación de dos personas normales que se están conociendo, pero detrás de todo eso, hay más. Porque ya hemos compartido mucho: una borrachera, una larga lista de reproches, un acto delictivo que acabó con su coche «mutilado», una bajada de regla en su presencia con unos yogures de coco de por medio, cientos de mensajes

y tonteos… Ah, y un orgasmo regalado en el mueble de la entrada. Hemos compartido bastante en poco tiempo y, aun así, tengo la sensación de que hay muchas cosas de Gonzalo que se me escapan. Sigo sin saber qué hay detrás de sus ojos, de esas miradas que me provocan un hormigueo en el vientre.

—Acepto.

—Uyyy, ya puede ser suculenta tu historia si no, te voy a pegar por engañarme —digo frotándome las manos.

Me quito las zapatillas y subo los pies al sofá, sentándome de lado y cruzando las piernas. Una vez cómoda y poniendo un poco de distancia entre ambos, empiezo a contarle lo surrealista que es mi vida en tan poco tiempo.

—¿Te acuerdas cuando me preguntaste cómo conservaba mi trabajo después de acostarme con mi jefe? —Y le relato toda la historia, desde el desafortunado encuentro con Olivia, el chivatazo de alguien anónimo y el acuerdo al que hemos llegado para no quedarme en la calle… de momento.

—No es justo para ti, Blanca —sentencia cuando termino de hablar.

—Ya, pero no quiero tensar más la situación. Por eso, mis condiciones son claras e inamovibles. Yo me piro de allí, pero no me voy como si hubiera cometido un crimen, por la puerta de atrás, Gonzalo. La nueva Blanca pelea por lo suyo.

Se queda unos segundos en silencio, sopesando sus palabras, pero sin dejar de mirarme en ningún momento.

—No conocí a la otra Blanca, pero esta me gusta mucho. Estoy orgulloso de ti —susurra acercándose un poco a mí.

—Gracias —susurro a mi vez y yo también me acerco un poco más.

—Así que vacaciones pagadas en noviembre… Suena bien. Habrá que hacer algo. —¿Eso ha sido una proposición con guiño de ojo incluido o me lo ha parecido a mí?

—¿Tienes algo en mente? —Le sigo el juego, acercándome un poco más.

—Tengo muchas cosas en mente que hacer contigo, Blanca.

Y lo dice con tanto aplomo y seguridad que da la sensación de que lo lleva meditando tiempo y debo reconocer que me encanta la idea. Quiero hacer todas esas cosas que Gonzalo tiene en mente. Con él, claro.

Dios, ahora mismo quiero besarlo, abalanzarme sobre él, sentarme en su regazo y comerle la boca. Así, sin eufemismos, a lo bruto, porque entre nosotros nunca ha habido delicadezas.

—Hagámoslas todas —lo reto, acercándome todavía más a él.

Mi reto lo pone nervioso porque, de repente, se le ha olvidado

cómo sentarse en el sofá y se mueve inquieto. Estoy tan absorta mirándolo, como hipnotizada, que no lo he visto venir y, antes de que me dé cuenta, sus dedos están posados en mi nuca y su pulgar en mi pómulo; nuestras caras también están muy cerca y nuestras narices se acarician. Noto su aliento en mi mejilla, su respiración agitada igual o más que la mía, el tacto de sus dedos sobre mi piel. Lo siento todo magnificado, pero es que con Gonzalo todo es así: grande, intenso, caliente…

Va a pasar y nada ni nadie va a poder evitarlo porque las ganas me están consumiendo. Necesito saber a qué sabe Gonzalo, ya que su olor es todo un misterio para mí. Un misterio que me teletransporta a un lugar lejano donde me siento en casa.

—Blanca… —susurra contra mi boca con los ojos cerrados—. Te lo dije, no voy a poder parar.

No sé si es una advertencia o una promesa. Solo sé que, en este momento, me da igual.

—Quiero que empieces, no que pares.

Y justo en esa milésima de segundo en el que veo perfectamente que Gonzalo va a juntar sus labios con los míos, mi teléfono empieza a sonar.

«No, no, no, no. ¡NO!
¡Joder! Ahora no, puto cerrajero».

El sonido del móvil nos devuelve a la realidad y empezamos a separarnos lentamente, maldiciendo por lo bajo porque el cerrajero acaba de jodernos el momento.

—¿Sí? —contesto intentando recuperar la compostura.

—¿Blanca? —contesta una chica al otro lado de la línea—. Soy la cerrajera. ¿Me abres?

«Vaya, una mujer».

Me esperaba un señor de mediana edad, cansado de la vida y con cara de mala hostia, la verdad. Es lo que tiene el machismo de esta sociedad que, en mi caso, lo he visto desde pequeña: que los cerrajeros son hombres y las secretarias mujeres. Y, en poco tiempo, me he dado de bruces contra la auténtica realidad: que las profesiones no tienen género.

—Sí, enseguida bajo. —Cuelgo y miro a Gonzalo, que ha vuelto a su sitio inicial, al otro lado del sofá. Es todo muy violento—. La cerrajera —lo informo.

—Ya. —Sonríe irónico y algo incómodo—. Bajo contigo.

Y no es una pregunta, es un hecho, así que no replico.

La cerrajera ha tardado, exactamente, cinco minutos en solucionar mi problema. Cinco minutos y yo aquí esperando cinco putas horas. ¿No es de coña? En fin, no quiero hacerme mala sangre porque de verdad…

Además, también me ha cabreado sobremanera cómo Gonzalo babeaba por ella. La chica en cuestión era guapísima, con unas curvas muy bien puestas, su pelo castaño recogido en una coleta tirante, unos ojos negros brillantes y una piel pálida. Vamos que estaba buenísima. He presenciado el momento exacto en el que Gonzalo, sin ningún disimulo, le ha inspeccionado el trasero y le ha sonreído dejándola pasar primero al ascensor.

Me han dado ganas de reventarlo a palos. ¿Que si estoy celosa? Pues sí, con todas las letras, y ahora mismo me da igual parecer una puta loca. Así que cuando la chica, majísima por cierto, ha terminado el trabajo, le he pagado doscientos veinticinco euros con todo el dolor de mi corazón por un trabajo de cinco minutos y se ha ido.

—Bueno, me voy a casa —anuncio dando la espalda a Gonzalo.

Pero él no me lo permite y me agarra suavemente de la muñeca para que no dé ni un paso más. Me doy la vuelta con ciertas reticencias y no puedo evitar volver a perderme en el brillo de sus ojos, en su pelo moreno y revuelto, en esa barba oscura que empieza a asomar por su piel, en esa cicatriz de su ceja… ¡Joder!

—Perdona.

—¿Por qué me pides perdón exactamente, Gonzalo? —me encaro.

—Por dejar que mi polla controle mis actos —confiesa avergonzado.

—No entiendo por qué me tienes que pedir perdón por eso. —Disimulo con la mayor indiferencia posible.

—Porque estás celosa.

«Mierda».

—¿Celosa yo? Tú flipas. —Bien ahí de orgullo.

Gonzalo me sonríe divertido porque sabe que tiene razón. Su

mano sigue alrededor de mi muñeca. Apenas era consciente de su tacto hasta que he intentado soltarme para entrar (por fin) a mi casa y lo he notado, apretando un poco mi muñeca para que no me mueva. Noto la calidez de sus dedos alrededor de ella, sus manos, su pulgar en ese lugar donde nos late el corazón y siento que va a notar enseguida que lo tengo desbocado. Es curioso cómo el corazón actúa por su cuenta, sin pedirle permiso a nadie, sin pensar en si está bien o mal, arriesgándose constantemente, sin miedo a la caída al vacío. El corazón es el órgano más valiente de nuestro cuerpo sin lugar a duda.

—No te he contado el momento más bochornoso de mi vida. —Me recuerda Gonzalo.

Me vuelvo hacia él porque ha conseguido captar mi atención y distraer al corazón que estaba a punto de irse de vacaciones, como el cerebro, y dejarme, definitivamente, como una masa inerte.

—Soy toda oídos.

—El día que te conocí, subí hasta aquí hecho una furia, como ya sabes, queriendo meterte la nota por el culo y, sí, a disculparme, pero no sin antes haberme desahogado. Y, cuando me abriste la puerta, me avergonzó la sacudida que me dio la polla en los pantalones al verte. Pasé de querer arrancarte la cabeza a querer hacerlo con tu ropa y follarte contra la pared, como un animal.

«Virgencita,
que cachonda me acaba de poner».

—Eres un capullo —consigo decir con la voz entrecortada intentando recuperarme de esa imagen sobre follarme contra la pared.

—Pero no soy un mentiroso —me replica.

—Lo eres, esa no es tu historia más bochornosa ni de lejos.

—No. Es ahora, cuando te estoy confesando que me pones cachondo cada vez que te veo. Desde el primer puto día. Que parezco un adolescente salido cuando estás cerca y me supone un esfuerzo sobrehumano controlarme contigo y no acariciarte. Me avergüenza terriblemente sentirme así cada segundo del día.

No sé qué decir ante eso. Mi cerebro se ha quedado congelado en este momento. ¿En cuál? En la imagen que ha creado de Gonzalo follándome, de Gonzalo masturbándome en el mueble de la entrada, de Gonzalo… Simplemente, Gonzalo.

Que me gusta, que me encanta y que no aguanto más esta tensión que hay entre nosotros.

—¿Quieres pasar? —pregunto algo cohibida porque mis intenciones son claras.

—No debería. Mañana madrugo y…, si paso…, no creo que vaya a dormir.

Asiento como una estúpida que ve como otra oportunidad con

Gonzalo se desvanece en el tiempo. Parece que estemos condenados a quedarnos siempre con las ganas; a no llegar nunca a nada; a tener esta tensión para siempre.

—Vale. Buenas noches, Gonzalo.

—Buenas noches, Blanca.

18

Ese lugar al que solo podré volver contigo

Noviembre

Oficialmente estoy de «vacaciones» y es una sensación extraña.

Extraña porque es posible que el uno de diciembre Alberto me pida que me vaya. No quiero pensarlo mucho, pero cada vez que me veo despidiéndome de la tienda y de mis compañeros se me pone un nudo en la garganta. Paradójicamente, ese lugar es el único en el que no he sido la «perfecta Blanca» y podía ser un poco más esa chica que tanto desea salir.

Me he dado cuenta de que he estado toda mi vida siendo una persona que no soy, dejando todos mis deseos a un lado por no defraudar a nadie, por ser la persona que todos querían que fuera, causando el menor problema posible para no meterme en una discusión. He sido de carácter débil y sumiso. ¿Y para qué? Para destruir mi vida. Todos cumplían sus aspiraciones mientras yo renunciaba a ellas. A mi madre le hacía sentirse buena madre. A mi padre le demostraba que, sin título universitario, podía apañármelas bien y hacer que se sintiera orgulloso. Y mientras Óscar prosperaba, le hacía sentir que en nuestro piso íbamos a formar un hogar, pero uno como él quería, no como yo quería.

Y por culpa de todo eso, al final, he acabado haciendo las cosas de la peor manera posible: explotando. Y cuando una persona se contiene durante tantos años como yo, el día que explota es para no volver atrás, para romper con todo, para comenzar de cero con todas las consecuencias.

Inés, durante todos estos años, me lo dejaba caer de manera sutil (efectivamente, es un eufemismo). Quería que me volviera loca, que viviera, que recordara que la perfección no existe, que solo es una concepción social de mierda que nos reprime.

—Pichurrina, el día que roces la vida con la punta de los dedos, no vas a querer vivirla de otro modo. Ahora estás dormida y, algún

día, despertarás. Y será la hostia.

Y ese momento había llegado. Nunca supe lo que necesitaba mi independencia hasta que me vi viviendo sola, sin mi novio y sin mis padres. Vivir sola es lo que más anhelaba en la vida. Es cierto que me había costado adaptarme, pero una vez rompes esa barrera, la idea de compartir piso se me hace un mundo. Aunque, bueno, si no consigo otro trabajo estable, lo mismo me tengo que plantear la posibilidad de buscar un compañero de piso que me ayude con los gastos. Aun así, me siento bien cuando me levanto por la mañana y estoy sola en mi casa, pudiendo hacer lo que me dé la gana.

No tengo ningún plan para mi primer día de vacaciones, solo mirar en Google o LinkedIn alguna oferta de empleo. No puedo dejar pasar mucho tiempo. Debo tener un plan B, porque no veo algo factible que Olivia vaya a estar tranquila estando yo en la tienda con su marido. No sé qué va a intentar Alberto, pero estoy prácticamente segura de que no lo va a conseguir.

Y, ojo, no es pesimismo, es realismo.

¿Tú ves viable que a Olivia se le vaya a olvidar todo de golpe? ¿A que no? Pues eso.

Antes de ponerme con una tarea tan seria, miro mi Instagram desde la cama. No es una red social que use mucho, pero, desde que sigo a Gonzalo, estoy todo el día metida para ver lo que sube. La mayoría de sus historias son de las piernecitas de Gabriela o de cuando sale a tomar algo con sus amigos (los cuales conozco por sus fotos y por lo que Gonzalo me cuenta en nuestras eternas conversaciones); incluso a veces trolea a Marta y la graba cuando no se da cuenta.

La última vez estaba limpiando la cocina con los cascos puestos, bailando como si le fuera la vida en ello y fue pillada infraganti. Eso sí, Gonzalo se llevó una buena hostia por ese video que subió, mencionando a Marta, además.

Nota mental

«Tener cuidado con Gonzalo
y no hacer nada ridículo en su presencia».

Cerebro

«Creo que llegas tarde, guapa».

Cotilleo las historias de los famosos que sigo y, la mayoría, son de la fiesta de Halloween de hace dos días. Inés ha subido una de su desayuno en esa cafetería tan mona a la que siempre vamos. Cuando le da la vena, se va sola a desayunar o a comer, no tiene reparos en ello y, además, lo disfruta. Qué envidia me da. Por su parte, Gonzalo no ha subido nada, así que cierro la aplicación.

Salgo de la cama y voy a hacerme un café para tomármelo tranquilamente mientras ojeo ofertas de empleo en el ordenador. Justo cuando la cafetera empieza a burbujear indicando que el café está casi listo, llaman al timbre; y sé perfectamente quién es. ¿Es raro conocer a alguien por su manera de timbrar? No lo sé, pero yo lo reconozco.

Voy casi dando saltitos hasta la puerta, me miro en el espejo que tengo justo encima del mueble («El mueble»), me peino un poco el pelo y abro la puerta sonriente.

—Usurpador —saludo.

Él me dedica una sonrisa espléndida entrando en mi casa sin que sea necesario que lo invite.

—¿Qué tal de vacaciones, pequeña delincuente? —pregunta dirigiéndose a la cocina—. Mmm…, café. ¿Puedo?

—Sí, voy a prepararlo. Y no me llames así, por Dios.

—Vale, pues… ¿Qué tal de vacaciones, vecinita?

Bufo con frustración y pongo los ojos en blanco.

—Siempre que lo dices así, parece que te quieres burlar de mí.

—No me burlo, ¿acaso no eres mi vecina?

—Pensaba que ya éramos algo más que vecinos —digo sin pensar.

Me arrepiento en el mismo instante en que esas palabras han salido de mi boca porque ha sonado… raro. Como si esperara… Como si esperara que contestara que soy más importante que una simple vecina.

Cerebro

«¿Acaso no lo esperas?»

—¿Y qué es lo que somos, Blanca?

—¿Amigos? —Y la entonación ha salido al sentirme insegura de repente.

Se queda un segundo en silencio meditando mis palabras, pero, al final, me dedica una media sonrisa.

—Amigos, claro. ¿Y ese café?

Dejamos el tema a un lado, por suerte, porque estaba empezando a sudar. Preparo los cafés y saco un poco de bollería industrial que tengo en el armario para acompañar. Lo coloco todo en una bandeja para dejarlo en la mesita auxiliar y desayunamos.

—¿A qué has venido, Gonzalo? —No es que me queje de que haya venido a verme y esté desayunando en mi salón, pero este chico me llena de curiosidad.

Da un último trago a su café y deja la taza encima de la mesita. El choque de la cerámica con la mesa hace que pegue un pequeño bote en el sofá porque ha sido más fuerte de lo que esperaba. Después, Gonzalo me mira un poco nervioso.

—¿Tienes planes para hoy?

—Uf, sí, muchos —respondo repanchigándome en el sofá— Mira, pensaba tirarme en este sofá toooodo el día mientras busco trabajo porque ambos sabemos que el uno de diciembre estoy fuera. Ya ves, estoy muy ocupada.

—Una pena… —murmura irónico, captando mi atención.

—A ver, ¿qué tienes en mente?

—Me he pedido el día libre y… me gustaría llevarte a un sitio. Quiero enseñarte algo. —Baja la vista al suelo y se frota las manos, clara señal de que está nervioso. Que Gonzalo se ponga nervioso me desconcierta. La mayoría de las veces habla como si tuviera todas las certezas del mundo y supiera qué va a pasar en cada momento. Que haya pedido el día libre para estar conmigo también me ha producido un cosquilleo que empieza en mi nuca y acaba en mi bajo vientre.

Me quedo mirándolo embelesada.

Está tan guapo aquí sentado en mi sofá, como si el espacio le perteneciera, como si formara parte de él de forma natural…

Choco con sus ojos azules, fríos como el mar del norte, pero que no transmiten sentimientos fríos, sino todo lo contrario.

Me gusta Gonzalo. Me gusta mucho.

Esa realidad me golpea el pecho inmediatamente, cortándome la respiración. Me doy cuenta de que es una realidad que tengo que asumir y hacer algo con ella. Ni siquiera recuerdo que Óscar me gustara de esta manera tan visceral, tan desde dentro, tan desde el primer día.

Cerebro

«El primer día lo odiabas».

«¿Pero a que dije que era guapo?
Guapo de los que engañan».

Él tiene algo que… es pura droga para mí. Ahora mismo, me sentiría vacía sin nuestras conversaciones diarias, sin su forma de llamarme «vecinita»; sin esa sonrisa blanca, pero con los dientes un poco torcidos que la hacen más personal y bonita. Su presencia me hace bien; hace que quiera seguir conociendo a esta nueva Blanca, la que está deseando vivir y sentir, sin límites.

—¿Blanca? —Gonzalo me devuelve a la realidad. Al aquí y al ahora.

—Vale, acepto. ¿Vamos?

—Tengo que hacer un par de cosas antes, pero… ¿te parece si te recojo sobre las dos, comemos por ahí y después… te lo enseño?

—¿Me está pidiendo una cita, señor usurpador?

—Puede… —titubea con una sonrisa tímida.

—Vale —digo con la voz melosa, apartando la mirada para que

Gonzalo no note el rubor de mis mejillas ante esa respuesta—. Pero vamos en mi coche, el tuyo nos puede dejar tirados en cualquier comento.

Gonzalo se ríe resignado, pero acepta. No me gustaría tener un accidente ahora que estoy de vacaciones y, además, necesito estar entera para buscar otro empleo. Nadie quiere una empleada tullida que se coja la baja laboral nada más entrar.

—¡Venga ya! Te estás quedando conmigo. —Me agarro la tripa porque no puedo parar de reírme.

—Te juro que no. —Gonzalo también hace esfuerzos por mitigar su risa avergonzada.

—¡Pero cómo iba a haber un tiburón en plena playa!

—Todos dijeron lo mismo, pero yo lo vi, estoy seguro.

—Gonzalo, tenías diez años. Seguro que lo imaginaste.

—No lo sé, pero, desde entonces, no soy capaz de bañarme en el mar.

Gonzalo me acaba de confesar, después de tres copas de vino blanco y un arroz caldoso compartido, que le da miedo el mar desde que, con diez años, cree que vio un tiburón muy cerca de donde él se estaba bañando.

Estamos en una terracita muy mona, prácticamente al lado de la playa, donde ha reservado para comer. El sitio es precioso, con suelos de madera envejecida y mesas y sillas blancas. Todo en armonía, muy romántico, muy bien cuidado. La barra está al fondo; tiene un cartel de neón con el nombre del restaurante y una encimera en mármol negro que contrasta perfectamente con los colores del local. Además, hay un montón de plantas verdes repartidas estratégicamente por todo el espacio.

Es todo tan bonito. Y estoy tan a gusto…

—Gonzalo, ¿tú qué esperas de la vida? —Perdida en mis pensamientos y en lo bonito del momento, me he dejado llevar y no he podido evitar hacerle esa pregunta.

A Gonzalo le pilla por sorpresa y hace una mueca. Se pasa la

servilleta por los labios y se recuesta sobre la silla, acariciando el pie de su copa de vino. Pensativo. Meditando la respuesta.

—Amor, Blanca, en todas sus formas. Descubrir todos los tipos de amor que existen. Ser feliz. Así de simple.

El amor.

Algo que infravaloramos.

Cada día estoy más convencida de ello. Renegamos de él porque duele, nos hace daño. Los humanos tendemos a quedarnos con la parte que más duele de las cosas porque nos ayuda a protegernos, pero creo que no hemos terminado de entender que, sin amor, no hay nada. Todo estaría vacío, gris, oscuro. El amor nos mueve cada día de nuestra vida. Amor por nuestra familia, amigos, pareja, trabajo, por nuestro gato o perro, incluso por las cosas materiales.

El amor en letras mayúsculas.

Y no estoy hablando del amor romántico de las novelas, películas y series; ese es una invención. Estoy hablando de un amor más profundo y sincero; del que es plácido y sosegado. No solemos quedarnos con la parte positiva del amor porque, cuando lo hay, es tan maravilloso que parece que vivimos en una utopía y tendemos a pensar que no estamos en el mundo real. Eso implica tenerle miedo; miedo a que, en cualquier momento, ese amor se esfume.

Gonzalo parece no tenerle miedo a ninguna de sus formas; y eso me deja sorprendida a la vez que maravillada. Que un hombre exprese de manera tan rotunda que lo único que quiere de la vida es amor de cualquier forma, me parece tierno y valiente.

—Vaya…, un chico valiente.

—No soy valiente, Blanca, solo sincero. —Hace un pausa sin apartar la vista de mí—. ¿Y tú? ¿Qué esperas de la vida?

No tengo que pensármelo mucho. Esas dos palabras llevan martilleando mi cabeza desde hace tanto. . . que ya son una imperiosa necesidad.

—Vivir y ser libre. Sueño con vivir y hacerlo en libertad —le respondo, apartando mi mirada de él para dirigirla al mar.

Son dos palabras que pueden parecer muy idealistas, pero que, en mi situación, cobran mucha fuerza. Siento que estoy en una carrera constante intentando alcanzarlas. A veces las rozo con la punta de los dedos; otras, se me escabullen, pero siempre estoy en su busca, corriendo detrás de ellas.

—¿Es por lo que me dijiste el otro día? ¿Lo de la antigua Blanca?

Asiento sin dejar de mirar al mar.

—¿Quieres contármelo?

Vuelvo a centrar mi mirada en él, dubitativa.

¿Quiero abrirme de esta manera a Gonzalo? Tengo miedo de parecer una chica que no tiene nada que ofrecer, de parecer un ser

vacío, una niña perdida como los niños de Peter Pan. Gonzalo ha sabido leerme a la perfección intuyendo que hay muchas más historias detrás de mi deseo. Una amarga. Pero, cuando sus ojos y los míos conectan, siento una paz interior que me abruma. Creo que es su don, hacer sentir a la gente en casa con solo una mirada.

—Siento que toda mi vida he estado dormida. Es una sensación extraña porque sé que he vivido, que he disfrutado, que he reído, pero… —Suspiro—. Ahora, estando sola, es cuando de verdad siento que he empezado a vivir, ¿sabes? También siento que he llegado tarde a todo en la vida, que todo está inventado, que no tengo una aspiración clara porque la tenía que haber buscado antes; que, con casi treinta años, no he hecho todo lo que quería hacer a los veinte. Creo que llevo años dejándome arrastrar por la corriente, ahogándome, sin luchar por salir a flote. Así que, ahora, me agarro a mi independencia como a un clavo ardiendo porque no quiero volver a vivir a la sombra de nadie, ni siquiera de la mía propia.

—Y lo conseguirás, Blanca. —Agarra mi mano por encima de la mesa. Miro nuestras manos juntas y me encantaría hacer una foto mental y sentimental de este momento. Quedarme con el tacto de su mano encima de la mía, con la calidez de su piel…—. Nunca es tarde para nada y, menos, para sentirte viva.

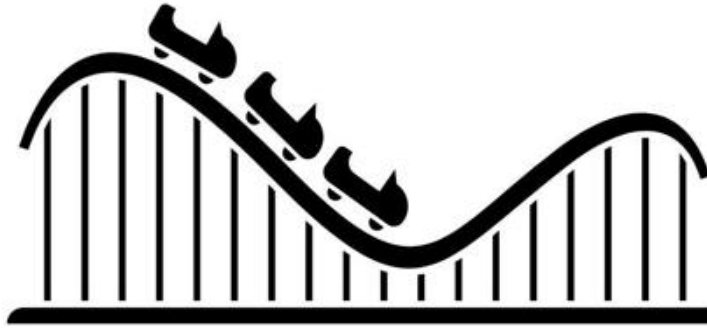
Le sonrío agradecida y aprieta suavemente mi mano antes de volver a la postura inicial. Me he dado cuenta de que ninguno de los dos ha pedido cosas materiales como una mansión, un coche nuevo, un millón de euros en el banco, un buen trabajo… No. Buscamos cosas intangibles, incluso espirituales. Queremos sentir, que los sentimientos se nos escapen por cada poro de la piel. Queremos morirnos con la sensación de estar llenos de algo bonito por dentro. Y eso me gusta.

—¿Cuándo vamos a ir ese sitio tan misterioso? —pregunto muerta de curiosidad.

—Pronto. ¿Nos tomamos una copa primero? Vamos a necesitar alcohol en el cuerpo para calentarnos.

—¿Pero a dónde vamos? ¿Al Polo Norte?

—Eres idiota. —Se ríe con ganas y me revuelve el pelo con la mano, pero no me importa.



Unas risas y dos copas después, estamos de camino a ese lugar que tanta curiosidad me lleva provocando desde esta mañana.

—¿Puedo abrir ya los ojos? —Gonzalo ha decidido tapármelos con una mano mientras que, con la otra apoyada en mi cadera, me va guiando para que no me choque con nada.

—Ya casi, no seas impaciente.

—Es que todavía no entiendo por qué voy con los ojos tapados —me quejo.

—Para que cada vez que quieras volver, lo tengas que hacer conmigo —me susurra muy cerca de mi oído, rozando mi oreja con sus labios y su barba. Siento su aliento en mi cuello y me provoca un escalofrío.

Me quedo callada en el acto y me dejo llevar por sus indicaciones. Vamos tan pegados que siento cómo su cuerpo emana el calor que a mí me falta y no tengo nada de frío. Además, voy borracha. Y, ojo, no solo por el alcohol, sino por su perfume. De verdad que ya es una necesidad enfermiza saber a qué huele y entender por qué me gusta tanto.

Me da la sensación de que llevamos andando horas, aunque puede que sean las ganas y la curiosidad que tengo por llegar, por ver, por oler, por sentir, por estar con Gonzalo en algún lugar secreto. Es emocionante.

Noto que mis botines se hunden en un suelo blando pero firme y sé que estoy en algún lugar de la playa. Previendo que iba a pasar frío, voy lo más abrigada posible. Con unos vaqueros negros, un jersey gordito en color blanco, mi abrigo de paño rosa (que ha provocado que Gonzalo me compare con un algodón de azúcar) y mis botines negros con cordones.

Después de caminar unos metros más, Gonzalo me detiene y se coloca detrás de mí, con su mano en mi cintura todavía y su otra mano sujetando mi brazo izquierdo. Ha dejado de taparme los ojos, aunque los mantengo cerrados.

—Ya puedes abrirlos —me susurra.

No lo hago inmediatamente, sino que, poco a poco, voy

parpadeando. Al principio veo borroso, pero voy enfocando de manera progresiva hasta encontrarme con el inmenso océano de frente. En el horizonte, el sol poniéndose delante de nosotros; grande, naranja, imponente. La imagen es espectacular y abrumadora.

Ahora mismo me siento el ser más pequeño de este mundo entre tanta grandeza. ¿Cómo podemos sentirnos tan grandes, tan poderosos, tan importantes cuando solo somos un punto en el universo? Delante de esta puesta de sol, siento que no soy nadie.

—Guau… —murmuro, más para mí que para que me oiga Gonzalo.

—Blanca…, ¿confías en mí?

—Sí —afirmo con rotundidad.

—Vuelve a cerrar los ojos.

Lo hago sin rechistar.

Inspiro hondo porque el cuerpo me lo pide, como si tuviera que empaparme de todo lo que se está creando alrededor de nosotros.

—Ahora, descálzate —me pide muy bajito, acercando su rostro al hueco de mi cuello para que lo pueda oír mejor.

—¿Estás loco, Gonzalo? Hace un frío que pela.

La brisa fría del mar me corta la cara y apenas siento los dedos de manos y pies. ¿Cómo quiere que me descalce?

—Por favor… —suplica.

Lo hago.

Todavía con los ojos cerrados, me agacho hasta mis botines para desabrocharlos y quitármelos, dejando los calcetines dentro para que no se ensucien.

Cuando vuelvo a la posición inicial, Gonzalo deja de tocarme, solo está detrás de mí y siento su aliento agitado en la nuca. Mis pies se hunden en la arena, provocándome un hormigueo agradable.

«Si sé que me voy a descalzar,
me hubiera pintado las uñas de los pies».

Cerebro

«Te recuerdo que no intentas ser perfecta».

De repente, vuelvo a notar el contacto de Gonzalo, que ha posado su mano en mi espalda, empujándome para que avance un poco.

—¿Qué haces?

—Shh… Déjate llevar.

Y, entonces, noto que el agua me roza los pies y pego un gritito por lo fría que está.

—Aguanta, Blanca.

¿A qué viene todo esto? ¿Por qué estoy en noviembre con los pies metidos en el mar? Vuelvo a sentir como el agua me roza los pies,

aclimatándose a la temperatura. Noto como la espuma de las pequeñas olas se queda atrapada entre mis deditos, sintiendo las burbujas entre ellos. Gonzalo ya no está en mi espalda, pero rápidamente noto su presencia delante de mí. Posa sus manos en mis hombros y, del peso, me hundo un poco más en la arena.

—¿Lo sientes? —Su voz… Lo que siento es su voz grave golpeándome suavemente en la cara—. La humedad de tus pies, la sensación de abandono cuando la ola vuelve al mar; también la sensación de formar parte de algo cuando regresa. La forma en la que tus talones se hunden en la arena y empiezas a formar parte de ella.

Y lo siento todo. Solo oigo la voz de Gonzalo guiándome, haciéndome sentir que conecto con el mundo.

—Necesitas reconectar, Blanca. Volver a sentirte parte de todo esto y yo quiero estar contigo haciendo que te sientas parte del mundo y no solo una extensión insignificante de él.

Abro los ojos de golpe, mareándome un poco en el proceso. Necesito conectar…, pero con sus ojos. Lo hago. Conectamos. No necesito nada más en este momento que mirarle a él. El viento remueve su pelo y tiene las mejillas rojas por el frío. Su expresión es relajada, serena y me mira… Cuando Gonzalo me mira siento que sí formo parte de algo.

—Quiero vivir, Gonzalo.

—Hazlo, Blanca. Nadie te lo impide. Hazlo de una puta vez. Vive.

Una mano pasa de mi hombro a mi mejilla y la apoyo en su palma, conectando también con su piel que, aunque esté fría ahora mismo, yo la siento cálida. Ya no siento frío en los pies, solo una sensación agradable cada vez que la ola me toca la piel.

Pongo las manos sobre su torso, cubierto por un plumas negro. Ojalá pudiera sentir la calidez de su pecho y sus latidos bajo él. Necesito hacerlo, así que no me lo pienso mucho cuando desabrocho el plumas y meto mis frías manos debajo del jersey que lleva.

Hace una mueca porque las tengo heladas, pero no me detiene. Como esperaba, su pecho es cálido y el corazón le late desbocado, como a mí. Vuelvo a cerrar los ojos disfrutando de la sensación de estar tocándole la piel y me humedezco los labios.

—Bésame —le pido en un susurro.

El corazón de Gonzalo está a punto de salirse de su pecho; lo noto bajo las palmas de mis manos que se han calentado en un abrir y cerrar de ojos.

—Quiero que estés segura de esto, Blanca, porque yo…

—Lo sé. Me da igual, Gonzalo. No quiero parar.

Su pulgar pasa de estar apoyando en mi mejilla a acariciarme los labios e, instintivamente, saco la lengua para humedecerlos, por lo que también choca con su pulgar. Ese gesto lo ha puesto frenético,

sigo notando su corazón. Así que sus dedos pasan a agarrar mi nuca suavemente para atraer mi boca a la suya.

Y, por fin, nuestras bocas se unen en un beso lento, húmedo, lleno de cosas que estábamos deseando compartir. Él no sé, pero yo me moría por conocer su sabor y es… agradable. Percibo el vino blanco de la comida y la copa que ha mezclado con Coca-Cola en su lengua. Sus labios son suaves, algo impacientes, y su garganta suelta sonidos roncos de placer. El beso se va haciendo cada vez más profundo, solo nos separamos para coger aire y disfrutar de las sensaciones que nos rodean. Sus labios atrapan los míos con saña, incluso los muerde suavemente y mi lengua baila con la suya, tan suave, tan experta, tan cálida. Siento una punzada en el estómago y en el pecho cada vez que sus dientes aprisionan mi labio inferior, y tengo la sensación de que me pierdo en él cuando sus manos me tocan por todas partes, reteniéndome para que no me separe ni un ápice de él. Pero empiezo a no sentir los dedos de los pies, así que me veo obligada a romper el momento.

—No siento los pies —susurro y, al separarnos, noto el frío del mundo en el cuerpo.

—Vámonos a casa.

¿Y a qué podemos llamarle casa? ¿A la suya que comparte con su hermana? ¿A la mía que todavía intento sentirla como tal? ¿Al rellano?

No lo sé, la verdad es que me da igual. Lo único que pido es que no me suelte la mano.

—Estás temblando. —Observa Gonzalo cuando intento meter la llave en la puerta de mi casa y no soy capaz—. Trae, déjame a mí.

Estoy muerta de frío, pero tan embriagada por él que ni siento ni padezco, aunque mi cuerpo no puede disimular el temblor. Gonzalo abre la puerta y entramos. Dejamos los abrigos encima del sofá y ponemos la calefacción a tope. Veo que, al final, caemos enfermos.

—Ve a darte una ducha. Yo preparo algo caliente —se ofrece.

—Tú también estás húmedo, tienes que quitarte esa ropa. —Observo.

—¿Me estás pidiendo que vaya contigo a la ducha? —Se cruza de brazos y hace una mueca divertida.

—No sería mala idea… —Le sigo el juego. En realidad, me encantaría.

Gonzalo cruza el salón a grandes zancadas para coger con sus manos mi rostro y atrapar mis labios con los suyos. Y no solo eso, sino que su lengua entra violenta en mi boca y ambas luchas por tocarse, por saborearse, por perderse.

Cuando se separa de mí, me siento aturdida y algo confundida, a la par que en una nube.

Quería conocer el sabor de Gonzalo y cómo besa; pues, bien, ha superado todas mis expectativas. Dudo que pueda dejar de querer estar en su boca las veinticuatro horas del día.

—Ve a la ducha, anda. —Y siento una punzada de decepción porque la idea de que se metiera en la ducha conmigo era muy tentadora.

Cuando salgo del baño, me siento de maravilla al haber entrado en calor. Un olor a sopa inunda toda la casa y mi estómago ruge.

Llego al salón y me encuentro a Gonzalo en calzoncillos, con la camiseta negra interior que llevaba debajo del jersey y descalzo. Me detengo en el umbral del pasillo y me apoyo en la pared, observándolo.

Se mueve como pez en el agua por mi cocina, abriendo cajones, buscando utensilios, con un paño apoyado sobre su hombro y removiendo la sopa con el cucharón de madera.

Como si pudiera notar mi presencia, se da la vuelta de repente y, al encontrarme de pie observándolo, me sonríe. Una sonrisa sincera, algo avergonzada y canalla, todo a la vez.

—Cazada.

—Culpable. —Levanto las manos, rindiéndome.

Deja el cucharón encima de la encimera y se acerca rápidamente a mí para agarrarme por la cintura y volver a besarme. Joder. Rodeo su cuello con mis brazos y me pierdo en ese beso. Cuando nos separamos, Gonzalo deja un último beso en mi mejilla y vuelve a la cocina para terminar con la sopa.

—Deja de comprar sopa de sobre, Blanca, son malísimas para la salud.

—Pues vas a tener que enseñarme a hacerlas de otra manera.

—Lo haré —asegura y me guiña un ojo.

Después de tomarnos la sopa, nos acurrucamos en el sofá con una manta. Sin tele, sin móviles. De hecho, no recuerdo la última vez que lo miré. Solo estamos nosotros, con las manos entrelazadas debajo de

la manta.

—¿Cómo aprendiste a cocinar? —Curioseo porque, la verdad, se le da de maravilla y parece que le gusta.

—Mi madre es una gran cocinera. Solo me dediqué a observarla y a experimentar cuando ella me dejaba. La verdad es que me gusta.

—Se nota —comento y él me deja un beso distraído en el pelo.

Ambos nos quedamos en silencio, uno cómodo, pero que voy a romper aunque sea lo último que me apetece hacer.

—¿Y ahora qué, Gonzalo?

Necesito poner en orden todo esto y creo que el momento perfecto es ahora. Si lo dejamos correr…, luego será más difícil hablar de ello. Ese momento en la playa ha sido… No sé, no tengo palabras para describir todos los sentimientos que nos abrigaban allí. Sé que son reales, pero las palabras «vivir» y «libertad» para mí no son un ideal; aspiro a que sean mi realidad. Él sabe perfectamente a qué me refiero y suspira con fuerza.

—¿Acaso importa? Simplemente…, vamos a ver qué pasa.

Y me entra la duda.

Veo tanto en los ojos de Gonzalo que me da miedo hacerle daño. Un sentimiento de culpa se instaura en mi pecho y empiezo a temblar. Me niego a que esto se me vaya de las manos, a que acabe en el mismo punto en el que acabé con Óscar. Como me dijo Inés, no estoy preparada para meterme en una relación. Al menos, no con la misma implicación que tuve cuando conocí a Óscar. No quiero atarme a nada, así que decido ser sincera.

—No quiero mentirte, Gonzalo. No sé si puedo implicarme tanto en… esto.

—Y lo comprendo, Blanca, no te estoy pidiendo nada. Solo quiero que lo pasemos bien, que me dejes pasar tiempo contigo.

—Vale. —Sonrío agradecida, aunque las dudas no se han ido.

Aunque me gusta muchísimo Gonzalo y, cada día un poco más, necesito tiempo, agarrarlo y empezar a vivir. Sin ataduras.

Me acaricia la mano debajo de la manta y me abraza un poco más fuerte contra su pecho. Los párpados empiezan a pesarme y estoy tan a gusto que el sueño me invade.

—Gracias por este día. Ha sido genial. —Le agradezco, ya más en el mundo de los sueños que en el real.

—De nada, Blanca —susurra y noto sus labios en mi pelo, dejando un beso sutil y apenas imperceptible, pero yo siento cada roce de su cuerpo con el mío como una descarga eléctrica.

Y ese gesto es lo último que recuerdo porque caigo en un profundo sueño apoyada en el pecho de Gonzalo.

—Uff, pichurrina.

—¿Qué pasa?

—Que te ha mentido en toda la cara.

—¿Por qué dices eso?

—Porque se ha conformado. Tú le has dicho que no sabes si te puedes implicar y él se conforma con lo que le des. Es de primero de enamoramiento. De manual, Blanca.

—¡Qué va, Inés! Gonzalo no está enamorado de mí.

—Puede que no, pero va a llegar un momento en el que va a querer más, ya te lo dije. ¿Y sabes cuál va a ser ese momento? Cuando folléis. Ese día estarás perdida, amiga.

Medito las palabras de Inés, pero no quiero creerla. Si la creo, me tengo que alejar de él para no hacerle daño y… no puedo alejarme de Gonzalo.

—Gonzalo no está enamorado de mí —«Repítetelo hasta que te lo creas»—. Creo que solo es tensión sexual y que me ve como algo roto que hay que arreglar.

—¿Tú te estás oyendo? —Me recrimina mi amiga y resopla dándose por vencida.

¿Cómo he podido decir eso?

No he sido consciente de lo cruel que ha sido mi último comentario hasta que lo he dicho; tanto para mí como para él. Me he pasado suponiendo lo que piensa de mí y no es justo. Él siempre ha sido sincero conmigo y me ha dicho lo que piensa, aunque no me guste, pero estoy en una situación en la que necesito justificar de alguna manera nuestra «relación». Porque…, si Gonzalo se enamora de mí, se va todo a la mierda.

Cuando me enamoré de Óscar lo hice a ciegas, hasta las últimas consecuencias, y no sé si puedo enamorarme así otra vez. Solo sé que mi vecino me gusta, y mucho, pero no sé qué hacer con ello.

—Luego no digas que no te lo advertí.

—Podrás comprobarlo en un rato. —En mis trece, muy bien.

Marta nos ha invitado a pasar la tarde en su casa. Así le es más cómodo hacer vida social con Gabriela. Literalmente, nos suplicó que la sacáramos un poco de esa burbuja en la que vive. Al fin y al cabo, tiene veintitrés años, quiere divertirse y sentirse como una chica de su edad.

Inés y yo estamos en mi casa. Hemos decidido quedar un rato antes para evaluar la situación. Básicamente, yo le cuento que Gonzalo y yo nos hemos estado liando como adolescentes durante los cuatro días que han pasado desde el beso de la playa y ella me baja de la nube advirtiéndome de que tenga cuidado.

—Quién te ha visto y quién te ve —me dice.

—¿Por? —pregunto frunciendo el ceño ante esa afirmación tan extraña.

—Porque antes hubieras escurrido el bulto. No habrías intentado ser sincera con Gonzalo, sino que te lo habrías callado hasta que te hubiera explotado en la cara.

—Otra como mi madre… —mascullo.

—Es que tiene razón. Siempre te callas hasta que no puedes más. Me alegra ver que eso va cambiando. El silencio nunca lleva a ningún lado, pichurrina.

—Quiero hacerlo bien con él. Gonzalo es… —Se me atasca en la punta de la lengua la palabra «especial»—. Se porta genial conmigo.

Inés me sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa. Y nos entendemos sin necesidad de nada más.

—¿Has conseguido encontrarme algo de curro? —Me intereso cambiando totalmente de tema.

—Ni he empezado a buscarlo. —Cuando Dios creó a Inés, se le cayó medio bote de la especia «sinceridad sin filtro» en la olla de cocción.

—¡Vaya, gracias! —Exclamo irónica.

—Entiéndeme, Blanca, no puedo recomendarte a nadie cuando todavía tienes un pie puesto en la tienda. Si al final te quedas, yo quedaría fatal.

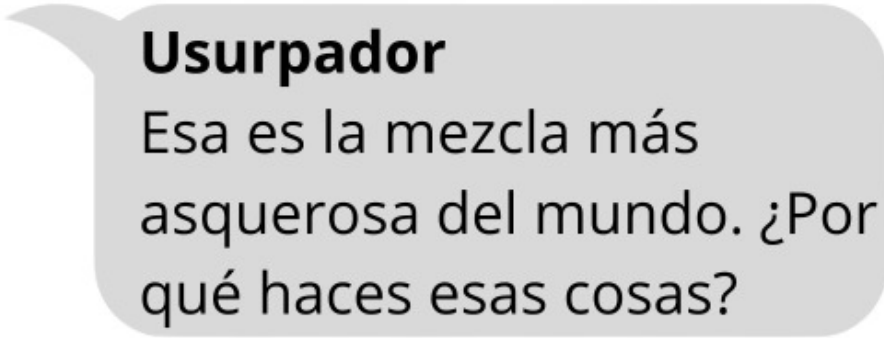
Tiene razón, no puedo culparla. Puede ser un verdadero marrón para ella.

—Joder, es verdad.

Justo en ese momento, mi móvil emite el típico sonido de notificación, lo cual quiere decir que me ha llegado un whatsapp. Ambas nos miramos y yo hago esfuerzos sobrehumanos para no tirarme encima del móvil.

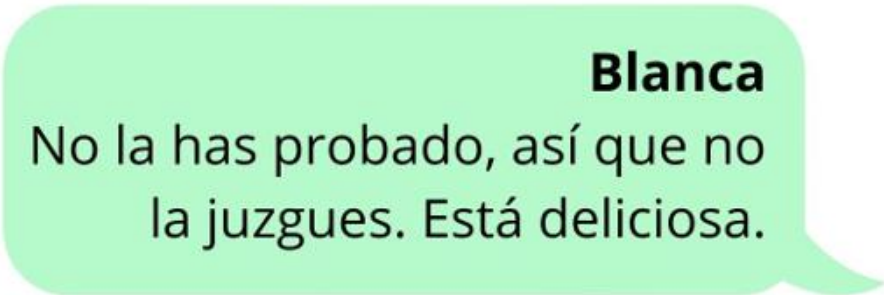
—¿Quieres cogerlo, pedazo de boba? Lo estás deseando.

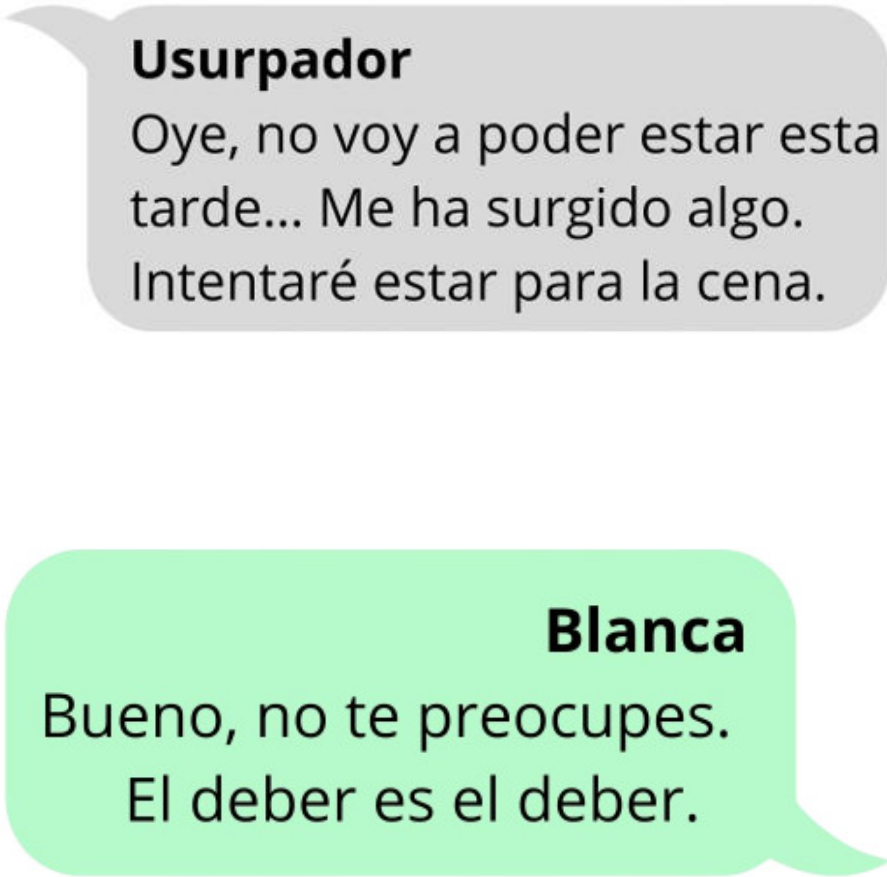
Pongo una sonrisilla bobalicona y cojo el móvil de encima de la mesita. Es él.



Primero, sí, le tengo puesto en mis contactos como «usurpador», no vaya a ser que le confunda con mi primo Gonzalo y la lie parda enviándole un mensaje que… Bueno, uno que no querrías que nadie de tu familia leyera. No sé si me explico.

Segundo, esta mañana me ha preguntado qué he desayunado (supongo que ha estado liado y no me ha podido responder antes) y yo le he contestado que quesitos (esos en forma de triángulo) y chocolate.





No sé nada de lo que está haciendo, pero me da cosa preguntar por si me meto donde no me llaman. A pesar de hablar a todas horas, nuestra vida más íntima todavía es algo a lo que intentamos llegar… despacio y con cuidado. En dosis pequeñas, como cuando quieres empaparte de un libro despacio para saborearlo; no como cuando te pegas el atracón, el libro se acaba y ya no hay nada más. La verdad, me produce un poco de bajón no verlo, pero intento parecer despreocupada para que no se note.

Usurpador
Ya, pero me apetece verte.

El estómago me da un vuelvo. Dios.

—A ver si voy a estar equivocada… —musita Inés muy bajito, como si estuviera hablando con ella misma.

—¿Qué dices?

—Nada, nada. Que se te pone cara de gilipollas cuando hablas con Gonzalo.

Le tiro un cojín a la cara para poder reírme a gusto y disimular que, cada vez que leo un mensaje de Gonzalo, efectivamente, se me pone cara de gilipollas.

—Inés, estás guapísima. ¿Qué comes, hija? —pregunta Marta cuando entramos en su casa.

—Hombres —responde Inés como si fuera lo más natural del mundo y hubiera dicho judías verdes.

Las tres estallamos en carcajadas, incluso Gabriela se une a la fiesta. ¡Está tan guapa! Crece por días y me la quiero comer de lo bonita que es.

—¡Por dios, Marta! Ya tienes toda una mujercita. Hay que ver cómo crece. —Me acabo de recordar a mi madre.

—Una mujercita no me vomitaría en el hombro cuando intento dormirla. Pero, bueno, no me puedo quejar. Es más buena que el pan. —A Marta se le cae la baba con su hija.

—¿Sigues dando el pecho? —pregunta Inés.

—Sí… Me gusta darle el pecho, pero es un coñazo. Apenas puedo beber nada que no sean zumitos.

—Vaya… —murmura Inés con pena—. Entonces no vas a poder disfrutar de esto.

Y mi amiga saca de su bolso *shopper* una botella de vodka. Y no cualquier botella de vodka, sino esa que tenía en mi casa, supuestamente carísima, y de la cual queda la mitad porque la otra mitad nos la bebimos Gonzalo y yo.

—¿Cuándo la has cogido? —pregunto sorprendida.

—Cuando te has ido al baño, pichurrina.

Pongo los ojos en blanco. Estoy segura de que si me pongo a investigar, me falta alguna cosa más en casa.

—Por cierto, Blanca, Gonzalo me ha dicho que intentará llegar a la cena…

—Sí, me lo ha dicho. —Le sonrío.

—Ya lo suponía. Solo quería confirmar que con quién se pasa el día hablando es contigo —suelta una carcajada.

—Son como dos putos adolescentes. No paran de mandarse mensajitos —comenta Inés poniendo los ojos en blanco.

—¡Oye! —me quejo—. Dejadme en paz.

—Bueno, bueno, yo el otro día los oí metiéndose la lengua en el rellano. ¡Vaya espectáculo! —Sigue Marta partiéndose de risa.

Paso de ellas y me voy hacia Gabriela para cogerla en brazos y achucharla un poco.

—Gabriela, tu madre y tu tía Inés son muy malas. Se merecen que tu adolescencia sea sublime —susurro lo suficientemente alto para que me oigan esas dos petardas—. Tú me entiendes, ¿verdad?

Gabriela sonríe y suelta un gritito monísimo, como si me hubiera entendido a la perfección.

—Te entiende mejor de lo que piensas. Mi hija, si tuviera conocimiento suficiente, se enamoraría de su tío. Lo adora.

Sonrío y le doy un beso a la pequeña en el moflete.

Empiezo a pasearla por el salón y a jugar con ella mientras hace muecas y se ríe. Inés y Marta se han ido a la cocina a preparar las copas (también el zumito de piña) y me siento en el sofá con Gabriela. Es tan bonita, tan risueña, tan despierta… De hecho, tiene la misma mirada que Gonzalo, de un azul frío muy intenso, pero que, como la de él, solo transmite cosas buenas. Tiene una cabecita morena cuyo pelo es una delicia acariciar de lo suave que es. Además, desprende esa fragancia que tienen todos los bebés y que es muy reconfortante.

—Vaya cara… —susurra Marta.

—¿Crees que la niña tiene poderes que le han absorbido el cerebro? —Le sigue Inés.

—Os estoy oyendo, petardas.

Todas estallamos en carcajadas. La verdad es que sí, la niña me ha absorbido. Dejo a Gabriela en el parquecito y nos sentamos en el sofá con nuestras bebidas a hablar de cosas *random* y, como no, Gonzalo y yo hemos sido el centro de toda la conversación.

—Venga, Blanca, no te enfades. —Intenta calmarme Marta porque me he levantado cabreada del sofá. Me hacen sentir ridícula—. Si se veía venir. Tanta discusión, tanta notita, tanta tensión…

—Con lo mal que te caía, pichurrina, ¿verdad? —Se carcajea Inés.

—Os podéis ir a la mierda en patinete.

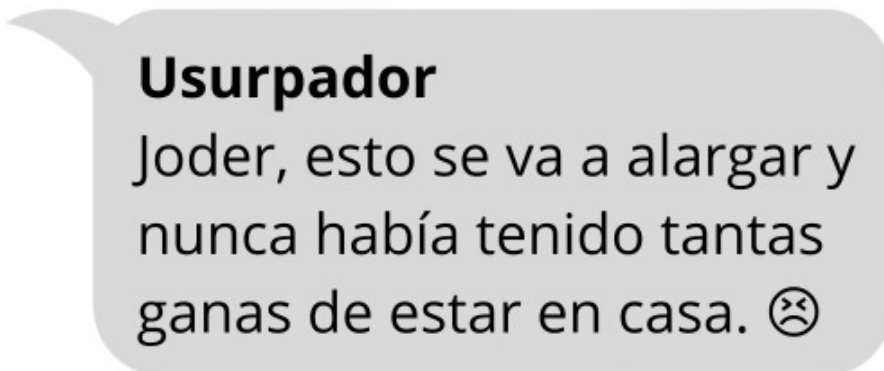
Y desaparezco de su vista entrando en el cuarto de baño.

—Serán asquerosas —murmuro por lo bajo.

Son peor que el hambre y las ganas de comer. Qué bien se compenetran las *jodías*.

Nunca había entrado en el baño de su casa, así que por estricta curiosidad humana, me detengo a observarlo todo. Es un utilitario pequeño, pero equipado con todo lo necesario, como el mío. Puedo ver los distintos perfumes de Marta, pero no el de Gonzalo. Lo que sí veo es su cepillo de dientes y su *after shave*. Intento reprimirme, pero, cuando me quiero dar cuenta, he cogido ese bote y lo he olido, aspirando tan hondo que hasta me mareo.

Cuando me recompongo, lo dejo donde estaba y me siento en la tapa del váter. Recupero mi móvil del bolsillo del pantalón y lo desbloqueo. Sonrío al ver que tengo un mensaje de Gonzalo.



Blanca
A mí estas me están dando la tabarra. Deberías estar aquí aguantando el chaparrón conmigo.

Blanca
Somos *Trending Topic* en tu salón. 🙃

Usurpador
Cielo, créeme, nada me gustaría más que estar en ese salón. Contigo.

Es la primera vez que me llama «cielo» y no puedo obviar que… joder, que me ha hecho un poco de ilusión. Solo… un poco.

Inspiro y expiro con fuerza para aliviar la presión que he sentido en el pecho. Bloqueo el teléfono y salgo del baño.

Una de las cosas que más me llamó la atención cuando empecé a mensajearme (a diario) con Gonzalo es que escribe con mayúsculas y signos de puntuación. Puede parecer una tontería, pero soy lectora empedernida que un hombre escriba bien es una fantasía erótica. Además, igual que escribe bien, también lo hace de manera desvergonzada y es capaz de decir la mayor guarrada que haya leído jamás con signos de exclamación, comas, puntos y hasta con punto y coma, cuando la gente apenas sabe usar ese recurso.

—¿Ya os habéis calmado? —les pregunto cuando llego al salón.

—¿Tía, es verdad que tienes un pie fuera de la tienda por acostarte con tu jefe? —pregunta Marta boquiabierta.

Fulmino a Inés con la mirada y la agacha inmediatamente con una sonrisilla en los labios. Claramente, ya va bastante bebida y no filtra nada de lo que dice.

—Inés, Inés, Inesita, Inés. ¿Tu plan en la vida es airear la mía?

Marta está esperando una respuesta con ojitos que me dicen: «Tengo ganas de salseo». Le cuento un poco por encima, sin muchos detalles, cómo he acabado en esta situación porque ya de perdidos al río.

—Vaya puto cuadro, tía. ¿Y qué vas a hacer?

«Vaya puto cuadro».

A veces se me olvida que solo tiene veintitrés años y a mí quedan escasos días para los treinta.

—Pues no lo sé. Buscar otro trabajo, supongo. Cada vez veo más claro que a la tienda no vuelvo. —Necesito cambiar de tema—. Bueno, Marta, ¿qué tal tu vuelta al mundo laboral?

—La verdad es que superbien. Necesitaba dejar de pensar en pañales, leche, vómitos y juguetes al menos un par de horas al día. Poco a poco vuelvo a la rutina, aunque claro, todo online.

—Bueno, teletrabajar es el futuro. Dentro de un tiempo, ninguno estaremos en una oficina —comenta Inés.

—Menos los dependientes, que nunca nos extinguiremos —continúo.

—Eso no es verdad —me contradice Inés—. En un futuro no muy lejano, la compra online cerrará las tiendas.

—Yo creo que ese futuro es más bien lejano, no todo el mundo se

entiende con las tecnologías. Eso son muchos años de evolución humana —explica Marta.

—Puff, Inés, te salvas por los pelos. Como en un futuro todo sea tecnología, te extingues por no adaptarte. —Me burlo.

Recibo un cojín en la cara bien merecido, aunque ha sido una pequeña venganza por estar metiéndose conmigo toda la tarde. Lo atrapo todo lo digna que puedo y me intento peinar el pelo porque, con lo lacio que es, tengo más electricidad estática que un boli BIC cuando te lo frotas en el jersey.

Gabriela empieza a hacer pucheros y a sollozar. Señal, según su madre, de que es hora de la cena. Son las nueve de la noche e Inés y yo nos ofrecemos a preparar algo mientras ella le da el pecho. Marta no tiene tabús respecto a dar el pecho delante de la gente, así que se levanta el jersey que lleva, se desabrocha el sujetador de lactancia y, sin ningún esfuerzo, Gabriela se engancha. Mientras, y con la pequeña en brazos, nos acompaña a la cocina para indicarnos dónde está todo.

Después de sus directrices, nos ponemos manos a la obra como podemos, ya que ambas vamos un poco achispadas por el vodka. ¿A quién se le ocurre ponerse a beber tan pronto sin comer? Pues a nosotras, que somos más chulas que un ocho. Aun así, nos apañamos bastante bien.

—¡Marta! Gonzalo organiza la cocina, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —responde a su vez de manera irónica.

—Porque el otro día me dio una charla sobre lo ineficiente que es la organización de la mía.

Inés estalla en carcajadas; Marta y yo ponemos los ojos en blanco.

A las diez en punto (ni hecho a posta) la cena está preparada, Gabriela dormida y Marta en la gloria. Nos sentamos a disfrutar de la estupenda cena que… Vale, sí, que ha preparado Gonzalo y nosotras solo hemos descongelado/sacado de la nevera: guisantes con jamón, croquetas y una tortilla de patata.

Cuando me meto los primeros guisantes a la boca, gimo de lo buenos que están. Miro a Inés, que está poniendo los ojos en blanco con las croquetas y a Marta que come mirándonos a las dos.

—Pichurrina, como Gonzalo folle igual que cocina, igual me planteo robártelo. Ya me puedes ir dando detalles.

Marta se atraganta; yo me atraganto; Inés sigue comiendo con gusto.

—Por favor, ¿podemos no poner la palabra «follar» y «Gonzalo» en la misma frase? Se me acaba de revolver el estómago. —Marta se limpia los labios con la servilleta y se sujeta la frente con la mano, intentando borrar esa imagen que su cabeza ha creado.

—Inés, hija, no puedes ser más bruta.

Ella se encoge de hombros sin atisbo de arrepentimiento y, al final, volvemos a reírnos. Esta vez más bajito porque no queremos despertar a la niña.

Un rato después, Inés me mira inquisitivamente porque estoy pendiente del móvil de manera compulsiva para comprobar si Gonzalo me ha mandado algún mensaje. Me sorprende darme cuenta de lo mucho que me apetece verlo… Quizá demasiado.

A la décima vez que dejo el móvil encima de la mesa, oigo el tintineo de unas llaves y la puerta principal cerrarse con un sonoro portazo.

«Por fin».

—¡¡¡Shhhhh!!! —chista Marta yendo hacia su hermano—. Gonzalo, joder, que está la niña durmiendo.

—Perdón —se disculpa bajito.

Aprovecho estos segundos en los que los hermanos se saludan para observar descaradamente a Gonzalo desde mi posición. Creo que he mojado las bragas. No, no lo creo, lo sé. Y lo ha provocado él, con su pelo aplastado en un gorro de lana de color gris, sus mejillas y nariz rojas por el frío, una bufanda de lana alrededor del cuello a juego con el gorro; ese abrigo de paño negro que se está quitando y deja al descubierto una camisa blanca, apuesto que arremangada hasta los codos (bingo) y unos vaqueros negros (esta vez sin rotos). Creo que se me está cayendo la baba.

—Pichurrina —me susurra Inés al oído. Se ha levantado y se ha puesto a mi lado—. Las bragas.

Mierda, se ha notado mucho.

—Hola, Inés —saluda Gonzalo dándole dos besos.

Cuando Gonzalo repara en mí… No. Cuando sus ojos reparan en mí, siento cómo mi corazón late desbocado. Su mirada brilla y me está diciendo muchas cosas. La sonrisa que esboza cuando se dirige hacia mí hace que me desarme por completo.

Lo veo todo como a cámara lenta. ¿Y ahora? ¿Nos damos dos besos? ¿Nos besamos en la boca? ¿Qué cojones se supone que hay que hacer con un tío con el que solo has compartido unos magreos? Estoy

demasiado desentrenada con los hombres y con las relaciones que no son nada serio, pero que son algo. ¡Qué puto lío!

Gonzalo vacila cuando está delante de mí. Debe ver confusión y vergüenza en mis ojos porque se inclina para darme un único beso en la mejilla, pero muy cerca de la comisura del labio.

—Hola, Blanca —susurra.

—Hola, Gonzalo.

—Míralos, qué monos. Ahora les da vergüenza morrearse. —Se burla Marta e Inés la aplaude.

Yo me pongo más colorada que un pimiento y vuelvo a sentarme en mi sitio. Gonzalo no presta atención al comentario, solo me mira a mí.

—Menos mal que está dormida, me veía otra noche en vela —comenta Gonzalo.

—Lo siento, hermanito, últimamente cuando duermo caigo en coma.

—No te preocupes. —Le sonríe él.

—Tenías que ver a Blanca con Gabriela. Se le cae la baba. Y con aquella niña en la tienda el día que estuvimos. ¿Te acuerdas? Le regaló dos piruletas. Te gustan los niños, ¿verdad? —pregunta dirigiéndose a mí.

—Sí, me gustan —respondo con una sonrisa tímida.

—¿Quieres tener hijos?

Me tenso de inmediato al escuchar esa pregunta.

Voy un poco (bastante) achispada. No sé si voy a saber responderla. De hecho, no sé si me siento cómoda respondiéndola delante de una chica de veintitrés años que decidió ser madre joven y de Gonzalo, que no somos nada, pero. . . bueno, supongo que me entiendes.

—Perdona, Blanca, no quería incomodarte —se disculpa Marta al ver que tardo en contestar.

—No, no te preocupes. —Cojo aire antes de responder—. Es que no sé si voy a saber explicarme bien. Voy un poco perjudicada. —

Esbozo una sonrisa tímida—. El caso es que antes sí quería y lo tenía clarísimo. Pero ahora… Ahora no lo tengo tan claro. Mi vida ha cambiado mucho en muy poco tiempo y, bueno, intento no pensarlo porque, además, con la endometriosis es complicado quedarme embarazada. Igualmente, ahora mismo… no quiero atarme a nada. No sé, me estoy explicando fatal.

Y en vez de centrar la atención sobre mí, toda la atención recae sobre Gonzalo. Disimuladamente, claro, pero he percibido cómo ambas lo han mirado de reojo.

Por su parte, él me observa sin cambiar el gesto de la cara y es el único que se atreve a romper el silencio incómodo que se ha formado en el salón.

—Te has explicado perfectamente. —Un cuchillo hubiera sido más delicado cortando la incomodidad de la situación.

«Mierda, creo que la he cagado».

—Eh, Marta, ¿eso que he visto antes en la nevera es roscón de Reyes?

Inés es única para desviar la atención hacia otro sitio.

Después de la dichosa pregunta, me he bebido tan rápido las dos últimas copas que mi «achispamiento» se ha convertido en pedo en toda regla.

—Tranquila, me aseguraré de que no se mata con ninguna esquina de su casa. —Oigo que le dice Gonzalo a Marta.

Inés se ha ido hace diez minutos porque decía que, si se quedaba, iba a beberse otra copa que, claramente, le habría sobrado. Estoy algo enfadada dentro del pedo que llevo porque Gonzalo no ha vuelto a dirigirme la palabra y ha estado callado el resto de la cena. Y estoy enfadada porque me gusta su atención, me gusta que me mire.

Me gusta él, joder.

Cuando entramos a mi casa (Gonzalo ha tenido que coger las llaves de mi bolsillo del pantalón, tocándome el culo descaradamente

para abrir la puerta), la oscuridad nos recibe, aunque no encendemos ninguna luz.

Él me guía hasta el sofá, donde me sienta y veo como desaparece hacia la cocina, que queda a mi espalda. Oigo que trastea en los armarios y, después, correr el agua del grifo. Cuando vuelve a mi lado, me tiende un vaso de agua. Yo lo cojo y, sin darle un trago, lo dejo en la mesita. En cambio, me pongo de pie en el sofá, aunque en el proceso me mareo y pierdo un poco el equilibrio. Pero ahí está Gonzalo para sujetarme la cadera y que no me caiga.

—¿Qué pretendes hacer? —susurra.

—Esto.

Agarro el cuello de su camisa para atraerle hacia mí y meterle la lengua en la boca salvaje y descaradamente. Cuando veo que corresponde al beso, enrosco las piernas sobre sus caderas y él posa sus manos en mi culo para sostenerme.

—No me has mirado en toda la noche —le reprocho contra su boca.

—Eso no es cierto. No puedo quitarte los ojos de encima —se defiende.

Vuelvo a juntar mis labios a los suyos, pasando mi lengua por su labio inferior. Gonzalo gruñe, me aprieta contra sus caderas y me apoya en la pared desnuda que queda al lado del mueble de la televisión.

—Pues no se ha notado.

—Blanca, ¿todavía no entiendes que estaría todo el día mirándote, tocándote, besándote…? Me vuelves loco, joder.

—Fóllame, Gonzalo —le suplico embriagada por el momento, por el calentón y por sus labios sobre mi cuello.

Pero él se detiene de golpe, levanta la cabeza que tenía escondida en el hueco de mi cuello y me baja al suelo.

—No.

—¿Qué? —pregunto totalmente perdida.

—Así no, Blanca.

—¿Cómo que así no? —Empiezo a cabrearme, otra vez.

—Estás borracha. Así no.

Sí, tiene razón, voy muy borracha. Tanto que su rechazo ha hecho que se me revuelva el estómago. Empiezo a notar cómo un calor sofocante me sube a las mejillas y comienzo a hiperventilar.

—Lárgate —consigo decirle haciendo grandes esfuerzos por mantenerme de pie.

—Blanca… —Su expresión al mirarme cambia. Pasa de fruncir el ceño a relajarlo y a mirarme preocupado—. Eh, cielo, ¿estás bien?

Y esa pregunta y su forma de llamarme «cielo» son el pistoletazo de salida. Me tapo la boca y corro hacia el baño para vomitar hasta mi

primera papilla agarrada a la taza del váter. En cero coma, Gonzalo se agacha a mi lado, sujetándome el pelo y la frente mientras sigo convulsionando e intento recuperarme.

—Vete, no me veas así. Es bochornoso.

—No me voy a ninguna parte.

—Joder, por qué no dejaré de hacer el ridículo delante de ti. —Lloriqueo.

—No seas idiota, son cosas que pasan.

—Sí, claro, que te baje la regla y vomitar delante del chico que te gusta son situaciones que se pueden incluir en la categoría de «cosas que pasan». —Ni siquiera soy consciente de lo que estoy diciendo.

Veo por el rabillo del ojo cómo Gonzalo esboza una media sonrisa tierna. Se ha puesto nervioso.

—¿Soy el chico que te gusta?

Me incorporo para mirarlo, pero tengo la vista turbia por las lágrimas que me ha provocado vomitar y el alcohol. Mi cerebro está totalmente embotado y no soy capaz de pensar con claridad. Encima, está jodidamente guapo y yo debo parecer un orco de Mordor. Que ojo, nunca me gustó «El Señor de los Anillos», pero todo el mundo sabe que esos orcos son feos de cojones. Es cultura general. Ya estoy divagando, ¿verdad?

—Sabes de sobra que sí, usurpador.

«Cerebro, por favor, filtra la información
antes de mandársela a la boca».

Cerebro
Cooooonga.
Eh, eh, eh, eh.
¡Todos juntos!

«Joder, no puedo contar contigo».

—Blanca, yo…

—No, por favor, no digas nada —lo corto—. Me siento como una adolescente que no sabe beber.

—Voy a hacer café. Date una ducha —me ordena, olvidando lo que todos sabemos que iba a decirme.

No estoy en condiciones de llevarle la contraria, así que, cuando sale del baño, me meto en la ducha. Aunque no se puede llamar ducha, más bien, hervidero. Después, me siento algo mejor, aunque mareada y consciente de lo borracha que sigo.

¡No vuelvo a probar el vodka en mi puta vida!

Al salir del baño y cruzar el umbral del pasillo, me siento muy avergonzada. Voy dando pasitos pequeños e inestables hasta el salón y

oigo a Gonzalo trasteando en la cocina. Cuando repara en mi presencia, me dedica una sonrisa preciosa que no me merezco.

—No merezco que seas tan bueno conmigo —digo sentándome en el sofá, por lo que quedo a espaldas de la cocina.

Gonzalo ignora mi comentario y aparece a mi lado con otro vaso de agua y una taza de café. Se sienta conmigo e, instintivamente, pongo las piernas encima de su regazo. Solo me incorporo para darle un trago al vaso de agua y otro al café. Cuando se lo doy al café un escalofrío me recorre entera.

¿Qué coño es esto?

—Es café solo sin azúcar —me explica Gonzalo al ver mi cara de asco.

—¿Quieres que vomite otra vez? —me quejo. A mí solo me gusta el café con leche y una cucharada de azúcar.

—Esa es la idea. Te sentaría bien.

Yo resoplo con angustia solo de pensar en dar otro trago a ese mejunje. De repente, soy consciente de la situación, del ridículo que he hecho, de que le he pedido que me folle con desesperación y de ese comentario que dejaba claro que no quería atarme a nada y que es lo que le ha sentado mal.

—Gon…, lo siento todo —me disculpo.

—¿Gon? —Se ríe por el diminutivo que he usado.

—No sé cómo acortar tu nombre. —Me encojo de hombros muerta de la vergüenza—. ¿Te molesta?

—No, no me molesta. —Me acaricia la rodilla—¿Estás mejor?

—Un poco sí. Siento todo esto —repito—. Y siento el comentario de la cena.

—No quiero hablar de eso, Blanca.

Asiento y no protesto.

Creo que ninguno de los dos está preparado para esa conversación. Cierro los ojos acomodándome en el sofá, escuchando la respiración agitada de Gonzalo y los latidos de mi corazón, que están acelerados. La sien me late, señal de que la resaca va a ser gloriosa. Noto la mano de Gonzalo acariciando el empeine de mi pie derecho y disfruto de esta sensación.

—Creo que será mejor que me vaya —anuncia.

Un pinchazo atraviesa mi pecho.

—¿Puedes…? ¿Quieres quedarte? —Parezco desesperada, pero no quiero que se vaya.

—¿Tú quieres que me quede? —vacila.

Asiento despacio, suplicándole con la mirada turbia que, por favor, no se vaya.

—Venga, vamos a la cama. —Y entiendo que acepta.

Me levanto del sofá, no sin antes cogerle la mano para guiarlo. Es

una tontería porque sabe perfectamente cuál es mi habitación, pero necesito sentir su contacto. Abro la cama y me meto dentro tal cual estoy. No me apetece desvestirme. Gonzalo me imita, aunque sí le digo que se ponga cómodo si quiere.

—Sé que lo dices porque quieres ver cómo me quito la ropa. —Hace una mueca divertida y me guiña un ojo.

Yo me río y me tapo la cara con la funda nórdica para que no me vea. Enseguida noto su cuerpo caliente junto al mío. Se ha quitado la camisa y los pantalones. Noto su piel contra mi ropa y, de repente, toda ella me sobra. Así que me quito el jersey por encima de la cabeza y lo tiro al suelo; los pantalones, se pierden por algún lugar de la cama.

Gonzalo no dice nada, pero, al sentir mi piel desnuda, se acerca y me coloca de espaldas a él, posando su mano sobre mi vientre, calentándolo. Mi cuerpo entra en calor enseguida y sé que el suyo también cuando noto su erección presionándome las nalgas.

Nos quedamos muy quietos, apenas respiramos. Solo noto que me quemo con su piel, que su perfume me llena los pulmones y que su respiración se acompasa con la mía.

Todo es tan íntimo que hasta me duele. Me duele el pecho y sé que está todo perdido cuando me susurra:

—Tú eres la chica que me gusta a mí, Blanca, pero eso ya lo sabes. Al igual que sabes que el verbo gustar se me ha quedado pequeño contigo.

Todo perdido.

20

No te me escurras

Gonzalo

Juro por Dios que no pretendía que esto pasara.

Sé que jurar por Dios no está bien, pero no soy creyente, así que me la pela bastante. No quería que Blanca se me fuera de las manos y se me ha ido. Ha entrado en mi vida por la puerta grande y cogida a hombros, además. No sabría decir cómo ha pasado; si ha sido rápido o se fue colando poco a poco en mi cabeza. Solo sé que se me ha metido en las venas y que de ahí ya no la puedo sacar. Vive conmigo, casi literalmente. Verla dormida a mi lado, debajo del nórdico, solo con la ropa interior puesta y un montón de piel rozando la mía está haciendo que pierda la maldita cabeza.

Por ella. Siempre ella, joder.

La odiaba.

Cuando una persona te es indiferente, no la odias, simplemente, no le das importancia. Así que me tuve que reconocer a mí mismo que Blanca me importaba incluso antes de saber su nombre. Su presencia me incomodaba; su forma de retarme me excitaba y lo odiaba. Hubo un tiempo en que deseé encontrar un piso lo más rápido posible y largarme de este edificio para no cruzármela nunca más. Quedarme en casa de Marta era algo temporal, de solo unos días; semanas, a lo sumo. Y he acabado prolongando mi estancia de okupa en casa de mi hermana… solo por no alejarme de ella.

¿Qué me has hecho, Blanca?

Ahora, estoy hasta agradecido de que empezáramos aquella guerra absurda de notas, ruidos y actos delictivos. Porque desde la

primera vez que subí a su casa y la vi vestida con esa ropa adolescente de la época de los dos mil, sin pretender impresionar a nadie, mi cuerpo lo supo. Y no digo que fuera una conexión mística en la que mi corazón me chivara los grandes misterios del amor. No. Fue mi polla la que dio un brinco en los pantalones. Ni más, ni menos. Tampoco voy a edulcorarlo porque estaría mintiendo. Cada vez que me acordaba de ella me ponía cachondo y, en algún estúpido momento de enajenación mental, se me ocurrió aprovechar que Marta pasó una noche con nuestros padres para llevarme a Lorena a casa (que no cunda el pánico, no es mi novia, solo una amiga y, de vez en cuando, disfrutamos del sexo juntos) y follar con ella gran parte de la noche esperando que Blanca lo oyera. Me esmeré especialmente en que los gemidos se escucharan al otro lado de la pared. Joder, hasta ese recuerdo le pertenece porque mi única intención real fue joderla. Me avergüenzo mucho de ello, la verdad.

Estar con Blanca me hace sentir como un jodido adolescente: inexperto, nervioso, un principiante en tratar con mujeres. Un novato con la «L» colocada en la espalda, pero no de *learner*, sino de *looser*. Cuando me ha dicho, textualmente, que soy el chico que le gusta, algo se me ha resquebrajado. Quizá haya sido el último muro que me quedaba por derribar con ella. Sí, me obligué a construir muros para impedir que pudiera hacerme añicos. Pero, como siempre me pasa cuando se trata de ella, solo he podido seguirle el juego hasta decir que ella también es la chica que me gusta (entre otras cosas que no he podido evitar callarme).

Mi hermana tiene razón, me he pillado sin apenas darme cuenta. Me lo advirtió porque sabe que soy de los que voy a pecho descubierto sin chaleco antibalas. Me vio acercarme peligrosamente a un precipicio muy alto; tan alto que la caída iba a ser memorable. Pero nunca me cortó las alas porque cuando se me mete algo entre ceja y ceja…, me cuesta mucho desprenderme de ello. Y a Blanca la tenía en el centro de todos mis pensamientos últimamente. Sus ganas de vivir, de recuperar el tiempo perdido, de sentirse libre, de volver a conocerse. . . hacen que quiera vivir eso junto a ella. Es… estimulante. Es un jodido grito de auxilio a la vida. Dios, ojalá me deje estar con ella el tiempo suficiente para ver cómo lo consigue.

Mi pequeña Blanca.

¿Cómo no me va a gustar?

Me vuelve loco cuando se pone a la defensiva y me reta. Dios, me encanta cómo frunce el ceño cuando eso ocurre; está jodidamente adorable. Es cálida, aunque a veces se escude en la indiferencia; solo hay que ver cómo trata a Gabriela y cómo intenta ayudar a todo el mundo hasta el punto de poder perder su trabajo solo por no causar problemas al matrimonio de su jefe debido a un desliz. Me encanta su

fortaleza, aunque ella piense que no la tiene, pero nada más lejos de la realidad. Es increíblemente inteligente. Dios, consigue follarme el cerebro constantemente y cuando una persona logra conectar con tu materia gris de esa forma…, amigo, estás perdido. Joder, estoy perdido. Hasta me gusta esa adicción incontrolable que tiene a los yogures de coco. Me paso las horas pegado al teléfono como si tuviera problemas de comunicación social solo para leer lo que me cuenta. Es… rara de cojones, pero un puto sueño para mí, maldita sea. Creo que sobra decir que también es preciosa, ¿no? Sí, sobra, porque aunque a ti no te lo parezca, para mí lo es. Eso es lo único que me importa.

Me he desvelado y no puedo hacer otra cosa que mirarla. Bueno, mirar su espalda y su pelo revuelto por la almohada. Su pelo… tan suave, tan dorado, tan liso… Me acerco un poco más para poder aspirar el olor a manzana que desprende y me pierdo un instante. La aprieto más contra mí; mi mano no se ha movido de su vientre. Necesito aprovechar este momento un poco más porque, en cuanto se despierte, solo me va a quedar el recuerdo y la sensación de su piel contra la mía. No sé cuándo me volverá a permitir estar tan cerca de ella. Soy consciente de que lo nuestro tiene fecha de caducidad, que no me va a permitir acercarme más de lo que ya lo está haciendo y que, en cuanto esto empiece a resultarle incómodo, voy a desaparecer de su vida. Todo el tiempo me manda señales para que comprenda que no me puedo hacer ilusiones con nada. Que esto que está surgiendo solo es una parada en el camino que quiere recorrer sola. Ojo, me parece bien que quiera hacerlo después de todo, pero no puedo evitar que eso me parta el pecho.

Cuando le dije que lo único que espero de la vida es amor, no mentía. Puede sonar cursi, pero estoy cansado de esa falsa masculinidad aprehendida que dice que a los hombres nos tienen que resbalar los sentimientos, porque yo los tengo. Porque mis sentimientos son válidos y son míos.

¿Quién dice que tengo que esconderlos para no perder mi masculinidad?

Menuda gilipollez.

Doy gracias a mi madre por la visión de la vida y del amor que siempre me ha dado. Gracias a ella sé que tengo amor para todo el mundo. A veces, incluso, más de lo que algunas personas merecen. Amor a mis padres, aunque a veces comentan errores. A mi hermana pequeña, que cuando llegó a casa tenía el suficiente conocimiento para comprender que tenía que cuidar de ella; cuando la vi por primera vez, me enamoré de Marta. El amor por mi sobrina, que es lo más bonito que mi hermana ha podido crear. Yo, sin que esa niña me mire todos los días con adoración, no soy nada. Y el amor a Blanca. Sí,

amor. No sé si podría decir que estoy enamorado de ella, pero lo que siento tiene que ser algún tipo de amor, aunque no sé ponerle nombre. Es confuso y extraño, a la vez que cálido y reconfortante. Sé que siento algo muy fuerte por ella, pero… el hecho de frenar constantemente esos sentimientos hace que dude de si me podré enamorar de ella con todas las consecuencias.

Blanca se remueve entre mis brazos y emite unos ruiditos con la garganta. La debe tener seca; aparte de vodka, no ha bebido apenas nada. Aun así, no se despierta. Vuelvo a pegar la cabeza a su espalda desnuda y suspiro.

—Por favor, Blanca, no te me escurras —susurro.

Solo me queda suplicar porque el hueco que me ha hecho en su vida sea un poco más grande.

Vuelvo a quedarme dormido con su olor inundándome y protegiendo mis sueños.

Me despierta un movimiento brusco y, de repente, siento vacío.

Abro un ojo intentando ubicarme, teniendo cuidado de que la luz no me deje ciego, y lo primero que veo es a Blanca al otro extremo de la cama, mirándome con el ceño fruncido y el pelo revuelto. Preciosa. Se me contrae el estómago.

—Buenos días —susurro somnoliento.

—¿Hemos…, hemos…? —balbucea.

Sé perfectamente qué es lo que quiere preguntar.

—No, tranquila —contesto alargando el brazo para acariciarle el pelo—. Aunque no será porque no me lo pediste anoche.

Blanca pone los ojos como platos. No debe de acordarse de nada y no sé si estoy aliviado o decepcionado. Decepcionado porque seguro que tampoco se acuerda de que me pidió que me quedara con ella y ahora se está preguntando qué coño hago en su cama medio en pelotas.

—¡¿Qué?!

—No te acuerdas de nada, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza. Lo suponía, pero eso no hace que la

presión de mi pecho desaparezca.

—¿Por qué estamos medio desnudos?

Me encantaría contestar algo así como: «porque querías sentir mi piel tanto como yo la tuya». Pero, obviamente, me lo guardo para mí.

—Anoche me pediste que me quedara contigo. Simplemente me dijiste que me pusiera cómodo y eso hice. Supongo que tú harías lo mismo.

Me mira como si me hubiera salido otra cabeza y cierra los ojos con fuerza. Debe de tener una resaca de campeonato y sé por experiencia que se acrecienta cuando intentas recordar a mil por hora qué hiciste cuando estabas en pleno punto álgido de la borrachera.

—Cielo, te sale humo de la cabeza. Deja de pensar, no pasó nada.

Me levanto de la cama. Ella también lo hace, de golpe, como si las sábanas le quemaran la piel. De hecho, sale de la habitación escopetada y escucho cómo se cierra la puerta del baño.

Joder.

Empiezo a recoger mi ropa del suelo, un poco avergonzado. No ha sido buena idea hacerle caso y quedarme a dormir, aunque no cambiaría esta noche por nada. Me pongo la camisa y los pantalones a toda prisa y me paso la mano por el pelo, nervioso. Veo por el rabillo del ojo que Blanca ha vuelto del baño y se ha quedado inmóvil al otro lado de la cama, de pie, solo con la ropa interior puesta. Ni siquiera ha hecho el amago de taparse.

Sus señales son muy desconcertantes. Cuando me besa, lo hace como si le fuera la vida en ello, como si fuera la primera vez, como si fuéramos un «para siempre». Pero, a la vez, no deja de repetir que lo que más ansía en la vida es su libertad. Y que, en esa libertad, yo no tengo cabida.

Y la entiendo, pero, joder, va a volverme completamente loco.

—A lo mejor… A lo mejor ahora sí quiero que pase.

Lo que te decía, que voy a acabar de la puta cabeza por su culpa. Levanto la mirada desconcertado para enredarme en la suya. Me vuelvo a pasar una mano por el pelo y, seguidamente, me aprieto los ojos. Todavía debo de estar soñando.

—Blanca, no me vaciles. —Trago saliva con dificultad intentando bajar el corazón a su sitio de nuevo—. Anoche pude decirte que no porque no estabas en condiciones. Si me lo pides una segunda vez… No creo que tenga la fuerza de voluntad de parar.

En respuesta, Blanca se vuelve a subir a la cama arrodillada. Por instinto, yo hago lo mismo, hasta que quedamos uno enfrente del otro, con nuestros cuerpos apenas a unos centímetros de distancia. Desde aquí puedo percibir cómo el vello de su cuerpo se eriza, el olor de su pelo, sentir el calor que emana; o lo mismo soy yo, que lo siento todo magnificado cuando se trata de ella.

—No quiero que pares, Gonzalo —susurra muy cerca de mi boca.

Y estoy perdido. Mi boca choca con la suya soltando un gemido ronco. Nuestros labios se atrapan violentos, como si llevaran mucho tiempo sin tocarse y estuvieran impacientes. Mis manos recorren todo su cuerpo sin atisbo de vergüenza. No puedo pensar en nada más que no sea tocarla.

—Te sobra toda la ropa, usurpador.

Y yo obedezco a la petición silenciosa que me ha hecho porque me ha convertido en su sumiso. Cuando voy a desabrocharme la camisa, ella me detiene y empieza a desabrocharme los botones con una lentitud agonizante.

Me estoy poniendo malo.

Cuando la camisa acaba en el suelo, sus manos intentan conocer mi cuerpo, tocándolo, y yo solo puedo cerrar los ojos y disfrutar del momento que me está regalando. Después, acaricia mi pecho hasta bajar a la línea de vello que se pierde en mis pantalones. Desabrocha el botón con impaciencia y, sin pudor, mete la mano dentro de mis pantalones.

—Blanca… —gimo su nombre apoyando la cabeza en su hombro.

Ella sigue tocándome por encima del calzoncillo y yo le facilito la tarea bajándome del todo los pantalones. La polla no para de darme brincos y empiezo a notar mi humedad.

Vuelvo a juntar mis labios con los suyos y la rodeo con los brazos.

Blanca tiene un cuerpo precioso. Nunca me gustaron las mujeres excesivamente delgadas y ella tiene una proporción perfecta. Unas caderas redondeadas, unos muslos prietos que me pasaría el día agarrando, unos pechos generosos pero sin resultar excesivos y un culo…, un culo en el que me gustaría ahogarme. Sí, ha sonado muy cerdo, pero en la situación en la que me encuentro no puedo pensar algo más delicado. Aunque creo que decir que me encanta su culo es más un cumplido que una cerdada.

La tumbo en la cama y me coloco entre sus piernas, abriéndolas con mis rodillas. Cargo el peso de mi cuerpo en mis antebrazos sin dejar de besarla. Dios, sabe tan bien. Blanca me rodea la espalda con los brazos, hundiendo sus uñas en mi piel. Muevo lentamente la cabeza para seguir besando su mejilla, su mandíbula, su cuello y, antes de seguir bajando, la miro, pidiéndole permiso para llegar a esa zona. Ella asiente y, cuando hundo la cabeza en sus pechos, respiro con fuerza porque llevo queriendo hacer esto mucho tiempo. Con una destreza que no sé de dónde sale de lo que me tiemblan las manos, le desabrocho el sujetador blanco de algodón sencillo que todavía cubre su pecho, y lo tiro al suelo.

Como imaginaba, son perfectas.

Las acaricio con mimo. Quiero que se sienta bien, cómoda; quiero

descubrir poco a poco qué es lo que le gusta. No tengo prisa. De hecho, me gustaría quedarme así con ella durante años. Sus caderas suben buscándome. Está impaciente y yo también, pero necesito alargar esto todo lo que pueda.

—Gon… —susurra de repente y a mí se me hincha el pecho al oírla acortar mi nombre así—. Estoy un poco nerviosa.

—Yo también —confieso subiendo la vista para mirarla a los ojos.

—Es que yo…

Y la beso para que se calle. No quiero que intente explicarse, no quiero oír nada de lo que creo que me va a decir. Intuyo que está insegura porque cree que le falta experiencia, aunque se pasara nueve años con un gilipollas. Pasar tantos años con una persona hace que ambos sepan al dedillo qué es lo que le gusta a su pareja. Pero nosotros somos completamente nuevos el uno para el otro. Una novedad. Estamos obligados a descubrirnos poco a poco, a tocarnos para aprendernos de memoria la piel del otro, a saborearnos a ver si el sabor del otro nos gusta. Y ser desconocidos es excitante. No tengo prisa por descubrir a Blanca; quiero hacerlo con calma.

Lo que pasó aquel día en el mueble de la entrada de su casa fue un completo error. Estaba enajenado, pero ver cómo se corría entre mis dedos fue demoledor. Tampoco se me olvida la aventura con su jefe, ese guaperas que no parece mala persona, pero que, en cierta parte por su culpa, Blanca se está viendo obligada a rehacer de nuevo su vida. Desecho inmediatamente los derroteros por los que está yendo mi cabeza. No quiero pensar en ello. Solo me quiero centrar en Blanca.

Tengo una mano pegada a su costado y decido bajarla lentamente para tocarla por encima de la tela de las braguitas de encaje blanco que lleva. Ella se retuerce de placer en mis brazos y yo podría correrme solo con oírla gemir. Qué vergüenza, me siento como un adolescente precoz, pero es que la intensidad de este momento me tiene fuera de mí. Noto sus braguitas húmedas, así que me aventuro a tirar del elástico para colar mi mano dentro. Dios, sí, está muy húmeda. Sigo acariciándola en ese punto que ya sé que le gusta y lo noto muy hinchado. Sé que si sigo por este camino, se va a correr entre mis dedos. Esa sola imagen hace que quiera seguir, necesito que Blanca lo haga; que me lo regale otra vez. Su respiración se ha vuelto más entrecortada y sus gemidos más desvergonzados.

«Así, Blanca, así. Regálamelo».

En un impulso, decido tumbarme a su lado apoyando un codo en la almohada, pero sin sacar la mano de sus bragas, y cuelo un dedo en su interior.

Ella me mira confusa y yo solo puedo pedirle con la mirada que

se deje ir, que se corra, que necesito verla. Su mirada está acuosa, turbia por el placer y, cuando se agarra con fuerza a la almohada y a las sábanas, estalla. Estalla de una manera tan brutal, tan visceral, que sus gritos los debe de estar oyendo hasta la señora Magdalena. Mis dedos se van humedeciendo más y más.

Joder, necesito tener a Blanca así todos los putos días.

Antes de que abra los ojos, vuelvo a estar encima de ella, besándola con mimo, y noto que una lágrima salada me moja los labios. ¿Está llorando?

—Blanca, ¿qué…?

—Sigue, Gonzalo —me corta sin poder contener otra lágrima.

Obedezco sin rechistar porque lo único que quiero es que se sienta bien. No sé por qué está llorando, pero si ella me pide que continúe, yo obedezco. Le aparto las lágrimas a besos y sigo acariciándole el cuerpo. Ella, con sus pies, intenta bajarme los calzoncillos, los cuales llevan un buen rato haciéndome daño en la polla; la ayudo con la tarea. Cuando me los he quitado del todo, su mano, algo fría pero suave, envuelve mi erección y empieza acariciarla arriba y abajo.

«Si sé que esto va a ser así, me hago una paja antes,
porque siento que me corro ya».

—Blanca… —gimo su nombre avergonzado por lo que le voy a confesar—. Si sigues…, me corro, y quiero hacer muchas cosas contigo antes.

Ella para automáticamente y noto que se ruboriza. Vuelvo a besarla. ¿Puedo quedarme a vivir en sus labios? Me separo momentáneamente de ella para alcanzar mis pantalones. Llevo un condón en la cartera porque «hombre precavido, vale por dos» y siempre quiero cuidarme. No es que yo folle a menudo, pero cuando se ha presentado la ocasión no me he privado. Ahora pienso en cómo he podido vivir tanto tiempo sin tener el cuerpo desnudo de Blanca tan cerca del mío. Ella mira lo que hago con curiosidad. Imagino las cosas que se le pasan por la cabeza, pero no voy a ponerme a dar explicaciones en este momento. Abro el condón y me lo coloco lo más rápido que puedo.

Una vez puesto, dirijo mi erección hasta su entrada, pidiéndole permiso con la mirada antes. Es una tontería, pero me gusta que asienta y me lo pida con los ojos. Así que, cuando Blanca no solo asiente, sino que es ella la que busca la profundidad moviendo su cadera, me pierdo y empujo hacia su interior.

—¡Ah! —gruñimos los dos al unísono de placer.

La fricción me vuelve loco y empiezo a moverme, embistiéndola con ganas, con estocadas profundas, queriendo llegar al final. Los

pechos de Blanca no paran de moverse arriba y abajo, lo cual me resulta hipnótico. La beso con fervor y ella me pasa la lengua por los labios, poniéndome al límite. Con mi mano agarro su nalga para intentar adentrarme más en ella, para que disfrute, para que me sienta tan dentro que no quiera que salga nunca. Sé que es un pensamiento egoísta que conlleva unos cuantos significados, pero me da igual. Después, vuelvo a agarrar uno de los pechos y me lo llevo a la boca, lamiendo su pezón, mordisqueándolo suavemente.

—Gonzalo… —gime.

Y sé lo que viene a continuación.

Todo su cuerpo me lo está diciendo a gritos, así que acelero un poco las embestidas sin dejar de lamerle la piel y ella se pierde. Me aprieta contra su cuerpo para que me clave más en ella y yo cubro su boca con la mía para absorber sus gemidos. Cuando noto que su cuerpo empieza a relajarse, me dejo ir en un gruñido ronco y desesperado porque la sensación es brutal, casi extrasensorial y no quiero que se acabe.

No quiero salir de Blanca.

Qué jodido estoy.

—Toma. —Le tiendo un ibuprofeno.

—Gracias. —Me sonríe tímidamente, tocándose la sien.

Le tiendo también un vaso de agua y Blanca se toma la pastilla.

Está sentada en la cama, apoyada en el cabecero, tapada solo con el edredón nórdico. Aunque está preciosa para mí, tiene muy mala cara, señal de la resaca que acarrea. Me siento a su lado en la cama y alargo la mano para acariciarle la mejilla.

Lo que ha pasado entre nosotros hace unos minutos ha sido… No existe una palabra que explique lo que se me pone en el pecho cuando lo rememoro.

Blanca me sonríe agradecida y un tanto cohibida. Ojalá pudiera leer su mente para saber a qué atenerme con ella, pero una idea sí se me cruza y, de solo imaginarlo, me duele.

—¿Te arrepientes? —me atrevo a preguntar.

Su mirada me taladra. El brillo de sus ojos me dice una cosa, su cuerpo avergonzado me dice otra.

—No, claro que no —me contesta—. Ha sido…

—Genial. —Termino la frase por ella.

Su sonrisa ruborizada me hace sonreír a mí y le dejo un beso suave en los labios.

—¿Estás mejor? —me intereso al verla tan pálida.

—Sí… Es solo que no consigo recordar lo que pasó anoche. Lo último que recuerdo es despedirme de Inés en tu casa. Me estoy volviendo loca.

—No hace falta que recuerdes nada, pequeña delincuente.

—Pero quiero hacerlo —insiste—. Cuéntamelo.

—A ver… —Suspiro profundamente—. Te acompañé a casa por miedo a que te mataras del ciego que llevabas y… ¿Por qué ocultarlo? Porque quería estar contigo a solas un rato. Cuando entramos, te abalanzaste sobre mí para besarme y me pediste que te follara. —Abre mucho los ojos, asombrada—. Te dije que así como ibas no íbamos a hacer nada y, después, vomitaste.

—¡¿Vomité?!

—Sí. Cuando te sentiste mejor…, me pediste que me quedara contigo y dormimos en tu cama.

—Dios, menos mal que me lavé los dientes antes de… —No termina la frase.

—Me hubiera dado igual, Blanca.

Hace un mueca de asco, pero parece calmarse. La verdad es que ni lo había pensado ni me importa lo más mínimo. Lo que no puedo quitarme de la cabeza son las lágrimas corriendo por su rostro cuando se ha corrido la primera vez.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sé lo que me vas a preguntar. —Se anticipa—. Es difícil de explicar.

—Quiero entenderte; conocerte, Blanca. Ya lo sabes.

Se retira el pelo de la cara y cierra los ojos con fuerza. La cojo de la mano y la poso en mis labios, besándole las yemas de los dedos para intentar infundirle valor y que me lo cuente.

—Estaba nerviosa —dice algo avergonzada—. El sexo… nunca lo había sentido tan intenso con nadie. Ni siquiera con mi ex porque, de lo de mi jefe, apenas me acuerdo. Supongo que me he… desbordado. Me he sentido…

—¿Libre? —Me he arriesgado demasiado con esta suposición.

Blanca asiente y yo sonrío porque es lo único que quiero: que sea libre, aunque me gustaría que me eligiera para ser libres juntos. O para intentarlo.

21

Para eso estamos los amigos

Hacer el amor. Follar.

¿Qué habíamos hecho nosotros?

No sé ponerle nombre. Había sido tan… indescriptible. Gonzalo me había hecho sentir muy bien; tanto, que me avergüenza recordar que no pude contener las lágrimas. Desde que hacerlo con él fue una posibilidad tangible, la cual no sabía cuándo iba pasar, pero tenía la certeza de que pasaría, había imaginado que sería un polvo rápido, impaciente, quitándonos la ropa a trompicones. Quizá hubiéramos repetido en el mueble de la entrada.

Nos teníamos tantas ganas que solo podía imaginarlo de manera salvaje, tocándonos en cualquier parte, luchando por comernos el uno al otro.

Nunca imaginé que iba a ser así.

Que estaría tan nerviosa; que Gonzalo también lo estaría. Que me desbordaría después de que hiciera que me corriese con sus dedos. Que fuéramos capaces de hacerlo tan bonito y, a la vez, tan desenfrenado.

Que Gonzalo ahora ocupe al cien por cien mi cabeza y mi piel.

Cada vez que lo recuerdo, mi piel reacciona, mi corazón late más fuerte y mi cabeza se pierde en el recuerdo. Tenía razón: me había sentido liberada con él, sin tabús, sin vergüenza, sin importarme nada más que tocarlo.

«Dios, ¿qué me pasa?»

Cerebro

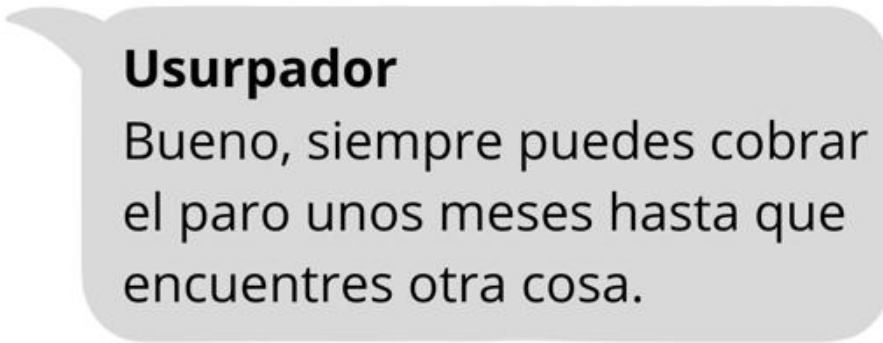
«Que te has encoñado».

Y nunca mejor dicho, porque cada vez que recuerdo sus manos y su boca sobre mi cuerpo, el vértice de mis piernas palpita sin poder remediarlo. Confesaré que alguna de estas noches he desempolvado el vibrador y lo he puesto en marcha para aliviar la tensión que siente

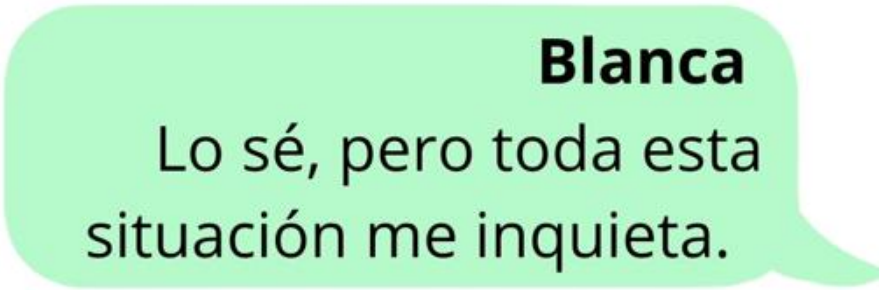
mi cuerpo todas las horas del día.

Estos días apenas hemos podido vernos debido que se le ha acumulado trabajo. Aun así, y por muy cansado que esté, llama a mi puerta cada noche al llegar a casa para darme un beso. O unos cuantos. Ha hecho que cada noche espere impaciente a que llame a mi puerta y me bese. Me ha hecho dependiente de sus besos, Dios.

Ya llevo casi dos semanas de vacaciones y no tengo noticias de Alberto. Intento mantener la calma y me digo que todavía es pronto, pero no puedo evitar querer saber a qué atenerme. La situación pinta mal y sé que este acuerdo al que hemos llegado solo sirve para alargar lo inevitable. Debería estar buscando trabajo.



Este es un mensaje que me envió el otro día intentando aplacar mi paranoia.



Cuando le conté a Inés lo que había pasado con Gonzalo, lo primero que me preguntó fue: «¿Ya te ha dicho que se ha enamorado de ti?». Puse los ojos en blanco y le dije que no. Ella soltó una carcajada y replicó: «Entonces te has enamorado tú de él».

Le contesté que qué coño se fumaba todos los días para ser tan pesada con el tema; a lo que ella me respondió: «Tengo ojos en la cara y lo vi todo aquella noche».

Así que, ahora mismo, estoy inmersa en una maraña de pensamientos y sentimientos que me cuesta manejar.

Apenas quedan unos días para mi cumpleaños y me sorprende las ganas que tengo de celebrarlo; tampoco una celebración muy grande, pero sí hacer algo especial. Y me apetece hacerlo con ellos: Inés, Marta, Gabriela y Gonzalo. Es confuso para mí que, en tan poco tiempo, esas tres últimas personas se hayan convertido en una parte esencial de mi vida.

Un jueves de noviembre cualquiera

Hoy me he levantado especialmente perezosa.

Debería ir al súper para llenar la nevera, en la cual solo queda un limón, un poco de ensalada, dos yogures de coco y un brik de leche. ¡Qué tristeza de nevera! Aun así, he postergado mi salida porque el libro que empecé anoche me tiene absorbida y, según me he levantado, he seguido enganchada mientras me tomaba el café.

Siempre he admirado mucho a los escritores. Se pasan horas y horas delante de un ordenador, creando historias, entrelazando vidas, misterios, dramas. Son muchos meses de trabajo para que lleguemos los lectores y nos bebamos sus historias en apenas unos días (u horas, no me escondo). Admiro la capacidad de imaginación que tienen para crear personajes con sus miedos, sus certezas, sus rasgos…, convirtiéndolos en personas reales. Lo dicho, admiro a los escritores.

Me saca de la abducción al libro mi teléfono, que ha empezado a sonar. En la pantalla pone: «usurpador». Sonrío como una tonta.

—Pequeña delincuente al habla —saludo cuando descuelgo.

Gonzalo emite una sonora carcajada al otro lado del teléfono.

—Solo tú con cuatro palabras puedes hacer que sonría en un día de mierda. —El corazón me da un vuelquito dentro del pecho.

—¿Tienes un día de mierda?

—No te imaginas cuánto —susurra cansado.

—¿Necesitas hablar? —Escuchar su tono de voz en esa última frase ha hecho que me preocupe de inmediato.

—Necesitaba oír tu voz… —Cierro los ojos con fuerza para ignorar el cosquilleo de mi vientre—. Y un favor.

—Lo que quieras.

—Necesito que me vengas a recoger al trabajo.

—¿Y eso?

Suelta una risita incómoda a través del teléfono y sé que se está pasando la mano por el mentón. Puedo oír como su barba le raspa la mano y pienso que ojalá pudiera estar besando su mandíbula.

—Mi coche me ha dejado tirado. No arranca —dice con frustración—. Estoy esperando a la grúa.

—Mira que te lo dije.

—Blanca, ahora no, ¿vale? —Hace una pausa—. ¿Puedes venir?

—Claro —¿Cómo iba a decir que no a ir a su lugar de trabajo, cotillear y pasar tiempo con él?

—Gracias. —Noto que sonríe—. Te mando la ubicación.

Cuando llego al lugar que me indica el GPS y que Gonzalo me ha mandado por WhatsApp, algo me resulta familiar. Estoy en el centro, delante de un edificio acristalado y altísimo. Pero bueno, será que he estado delante de algún edificio parecido. No me da tiempo a pensar mucho más porque enseguida tengo a Gonzalo golpeando el cristal de la ventanilla. Miro por el retrovisor para asegurarme de que no viene ningún coche antes de abrir mi puerta. Cuando estoy a su altura, trastabillo un poco porque me pilla por sorpresa que Gonzalo me agarre de la cintura y estampe sus labios contra los míos. Tardo dos segundos en procesar lo que está pasando y, después, rodeo su cuello con los brazos para devolverle el beso.

Estamos dando un espectáculo digno de película romántica en medio de la calle, como si lleváramos meses sin besarnos, cuando solo llevamos un pocas horas.

«¿Qué estamos haciendo?»

Cerebro

«Tu no sé, pero parece que él

—Me moría por hacer esto —susurra contra mis labios intentando recuperar el aliento y apoya su frente contra la mía.

Sonrío y le doy un último beso apretado en los labios. Aprovecho para fijarme un poco más en él, apenas lo veo con la ropa de trabajo puesta; no parece la misma persona. Debajo del abrigo de paño negro que lleva, puedo distinguir unos pantalones chinos negros, una camisa en color azul claro y una corbata negra. Está tan guapo…

—¿Trabajas aquí? —pregunto cuando nos separamos.

—No. Bueno, hemos venido a una reunión. El despacho está en otro sitio.

Asiento satisfecha con la respuesta.

—¿Y la grúa?

—Tiene que estar al caer. —Resopla cansado—. Ah, mira, ahí está.

Una vez que recogen el coche para llevarlo al taller, seguimos a la grúa con mi coche. Gonzalo está especialmente callado durante el trayecto, pero no le pregunto; no lo quiero agobiar más.

En el taller nos dicen que el motor ha muerto y que la reparación va a costar un ojo de la cara, así que le recomiendan llevarlo al desguace y que se compre uno nuevo. Su coche es muy viejo y arreglarlo ya no sale rentable. Veo como el semblante de Gonzalo se va oscureciendo con cada frase que termina el mecánico y se le agria el humor. Yo me mantengo a su lado sin comentar nada. No soy nadie para opinar qué debe hacer, así que solo estoy de apoyo moral y porque necesita transporte. De momento, el coche se queda en el taller hasta que Gonzalo decida algo. Tiene que hacer números y ver qué le compensa más.

Para intentar animarlo, lo arrastro hasta un bar cerca de la playa para tomarnos una cerveza (yo una porque conduzco; él las que quiera) y picar algo. No ha levantado la vista del suelo en todo el tiempo y no me gusta verlo así. Él es el que me saca una sonrisa siempre y tengo la necesidad de hacer lo mismo con él.

—Llevas más de dos horas sin llamarme delincuente, ¿me tengo que preocupar?

Gonzalo me mira por primera vez en mucho rato y esboza una sonrisa tirante.

—Sí, preocúpate.

No me esperaba esa respuesta y me entristece. Estamos sentados en la barra, en esos taburetes de madera sin respaldo que son megaincómodos, esperando poder sentarnos en una mesa. Alargo el brazo para posar mi mano en su pierna e infundirle ánimo. Con la otra mano le acaricio la mandíbula, esa que me muero por besar. Justo en

ese momento, nos asignan una mesa. Pedimos la comida y nos sumimos en otro profundo silencio.

—¿Quieres contármelo? —pregunto al cabo de un rato.

Gonzalo bufa. Sé que es lo que menos le apetece, pero necesito que me hable. Ahora entiendo su necesidad constante de entenderme, de querer que hable con él, de conocerme. La comida llega. Él se termina la cerveza de un trago, le pide otra al camarero y estalla.

—Estoy agobiado, Blanca. Mi sueldo es… pequeño, no da para grandes cosas. Tenía que haber salido de casa de mi hermana hace meses, pero ni puedo ni quiero tampoco. Ahora no. —Y entiendo por qué lo dice. Pensar en que Gonzalo no viva más en la puerta de al lado me oprime el estómago, pero intento disimularlo—. También tengo que pagarme esta ropa que me obligan a llevar al trabajo, que odio y que, precisamente, barata no es. Mi jefe es un gilipollas repeinado y muy chapado a la antigua para ser tan joven que me tiene frito. Esto no tiene nada que ver con el dinero, pero tenía que decirlo. Y ahora el puto coche, que lo necesito como el comer, muere, y me voy a terminar de arruinar, ya sea arreglándolo o comprando uno nuevo.

Se pasa las manos por el pelo nervioso.

—Seguro que a Marta no le importa que te quedes con ella todo lo que necesites. Además, la ayudas mucho con la niña. Y si necesitas un coche para ir tirando, puedes coger el mío. Mientras esté de vacaciones no lo necesito.

Sé que mis palabras no ayudan mucho, pero verlo así me pone muy triste.

—¿De verdad? —Veo esperanza y brillo en sus ojos.

—Claro. —Le dedico una sonrisa sincera.

—Eres la mejor, pequeña delincuente. —Se inclina para darme un beso corto en los labios—. Gracias.

El camarero aparece tendiéndonos la cuenta, la cual pago yo. Por suerte, Gonzalo no replica.

—No me tienes que dar las gracias, Gonzalo. Para eso estamos los amigos.

Y puedo apreciar, con total claridad, cómo el rostro de Gonzalo se ensombrece.

Cerebro

«Mierda, Blanca, lo acabas de meter
en la *friendzone* de una hostia».

«Joder, no era mi intención. Me ha salido solo».

Cerebro

«Eso explícaselo ahora a él».

—Gonzalo, quería decir… —intento rectificar.

—Nada, Blanca. Eres una «amiga» de la hostia —dice con desdén, enfatizando esa dichosa palabra.

Se levanta de la silla y se dirige a la salida sin apenas mirarme. Salgo irremediablemente detrás de él y consigo agarrarle el brazo en la calle.

—Por favor, Gonzalo, no quería decir eso. Es una forma de hablar.

Su rostro se crispa. Mi corazón late desbocado. Dios, no me gusta nada verlo así.

—Blanca, que ya lo sé, joder. Es solo que… —Hace una pausa intentando calmarse—. Me jode que me lo dejes tan claro siempre. Pero, tranquila, sé lo que hay.

Se da la vuelta para seguir el camino hasta el coche y vuelvo a detenerlo, esta vez, besándolo. Y no cualquier beso. Uno de los que se dan pocas veces en la vida; uno que quiero regalarle por todo lo que es Gonzalo en mi vida. Al principio se resiste e intenta apartarse, pero yo le retengo y profundizo más el beso.

¿Qué estoy haciendo exactamente? No lo sé. Solo sé que necesito hacerlo. Me siento miserable, porque los sentimientos de Gonzalo son claros como el agua y yo todavía me muevo entre las dudas y las certezas.

—Gon, sé que tú y yo no solo somos amigos, pero… necesito tiempo —susurro con mi frente pegada a la suya.

Los hombros de Gonzalo parecen destensarse, me rodea el cuerpo con sus brazos y vuelve a besarme. Estamos en medio de la calle, con varias personas pasando a nuestro alrededor, y me da igual. La brisa del mar nos roza la piel y se ha levantado un poco de viento, por lo que mi pelo ahora es una maraña en el aire. Gonzalo intenta atraparlo con sus dedos, aunque es tarea imposible y nos reímos en medio del beso.

—Lo siento, Blanca —susurra—. Sé que necesitas tiempo. Soy un imbécil.

—Calla. Venga, vámonos a casa.

Y cuando empiezo a andar en dirección al coche, él me agarra de la mano y una descarga eléctrica invade todo mi cuerpo.

—¿Puedo pasar la noche contigo? —me pregunta.

Pero lejos de agobiarme, me encanta la idea.

—Solo si me prometes que vas a sonreír.

Y Gonzalo me regala una sonrisa tan bonita que vuelvo a besarlo antes de emprender de nuevo el camino para volver a casa.

—Los yogures de coco siempre levantan el ánimo —le explico a Gonzalo mientras le tiendo un yogur.

—Si tú lo dices… —duda dedicándome otra sonrisa.

—No le ofrezco mis yogures de coco a todo el mundo. Siéntete afortunado.

—Qué honor… —ironiza con una sonrisa.

Apenas tenía algo decente para cenar, así que hemos improvisado algo con lo que había y, de postre, le he ofrecido mis yogures de coco. Nos hemos sentado en el suelo del salón con la espalda apoyada en el sofá.

—Mañana coge las llaves del coche, ya sabes dónde están. Lo quiero de vuelta entero.

—Te prometo que no le haré ningún rasguño.

Chocamos nuestros yogures como si quisiéramos sellar esa promesa con un brindis. Mientras me meto una cucharada en la boca, pienso en la conversación que hemos tenido antes, en los sentimientos tan claros que tiene Gonzalo y que no le avergüenza mostrar.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras. —Se mete una cucharada en la boca.

—¿Has tenido muchas novias? —Me siento muy avergonzada por hacer esta pregunta, pero la curiosidad ha podido conmigo.

Gonzalo se gira hacia mí, con una expresión divertida en la cara.

—Te puede la curiosidad, ¿eh? —responde sonriendo—. Pero no. No he tenido muchas. De hecho, solo dos. Aunque sí muchos ligues, no te voy a engañar.

—¿Fueron importantes?

—Sí, lo fueron. La primera fue Sofía, cuando tenía… —Mira al techo como si le costara recordar—. Cuando tenía quince. Estuvimos juntos cuatro años y creía que era el amor de mi vida. Ya sabes, a esa edad todo nos parece lo más importante del mundo. Pero la vida al final nos llevó por caminos diferentes. Fue triste, pero sin dramas. Luego… llegó Cris y fue todo demoledor. Una relación… complicada. Tóxica en toda regla, pero la quise muchísimo durante tres años. Desde entonces, he estado solo, sin pareja. —Hace un pausa—. ¿Y tú?

Yo también quiero satisfacer mi curiosidad.

En realidad no me sorprende que me lo haya contado todo con tanta naturalidad, pero sí que solo haya tenido dos parejas serias cuando Gonzalo siente de manera tan visceral. Pensaba que se habría enamorado infinidad de veces.

—Yo solo he estado con mi ex. Ya lo sabes —respondo encogiéndome de hombros y un poco ruborizada al sentirme tan inexperta.

—Y con tu jefe —puntualiza.

—Pero lo de Alberto fue… No sé qué fue, pero, para mí, es como si no hubiera pasado.

—Pero seguro que tu primer beso no te lo diste con tu ex… ¿O sí?

Niego con la cabeza.

—No, mi primer beso fue con otro chico y solo una vez. Dos años después, lo conocí a él. Para mí, es como si hubiera sido el primero en todo.

Gonzalo se gira para mirarme a los ojos. Yo le mantengo la mirada y le sonrío tímida. Su mano roza la mía y entrelazamos nuestros dedos.

—¿Y cómo has llevado la ruptura?

—Al principio, mal. Estuve cuatro meses llorando en casa de Inés. Sentía que había fracasado estrepitosamente. La antigua Blanca estaba muy enfadada. Luego… descubrí que no te mueres por una ruptura y que no tenía sentido seguir llorando por alguien que hacía mucho que no me quería.

Le retiro la mirada y la dirijo al frente. Él no deja que lo haga y con sus dedos me gira la cara hasta que sus ojos azules chocan con los míos.

—Eres preciosa, Blanca. —Cambia totalmente de tema.

—Eres un exagerado. —Le quito importancia chocando mi hombro con el suyo, intentando esconder una sonrisa ruborizada.

—Quiero que me sonrías así siempre.

Se inclina para besarme la sonrisa y yo me pierdo en ese beso, en sus manos acariciándome las mejillas, en su lengua recorriendo mis labios. Me sienta en su regazo en un movimiento rápido y profundizamos el beso. Meto los dedos entre su pelo y los suyos se esconden debajo de mi jersey.

—Eres tan suave… —musita dejando un beso distraído en mi cuello.

—¿A qué hueles, Gonzalo? —Llevo queriendo hacerle esta pregunta desde el puto primer día.

Apoyo la nariz sobre su cuello, acariciándolo y aspiro suavemente. Me va a volver loca.

—No sé, ¿a qué huelo?

—Eso quiero que me digas.

—Vas a tener que adivinarlo. —Tira del lóbulo de mi oreja con los dientes y ya no tengo fuerzas para preguntar nada más.

A trompicones y medio desnudos, llegamos a mi habitación, dónde terminamos de deshacernos de la ropa. De un empujón, siento a Gonzalo en la cama y me subo encima, dirigiendo su erección hacia mi entrada. Me siento desatada, excitada, embriagada y, sobre todo, muy libre.

—Eh, eh, Blanca. —Me para Gonzalo con un gemido ahogado cuando tengo su polla casi dentro—. No me he puesto condón y te recuerdo que no quieres hijos.

Cuando esa última frase sale de su boca, me bajo inmediatamente de él. La lívido que tenía recorriendo todo mi cuerpo ha desaparecido y me quedo rígida de pie enfrente de Gonzalo, intentando taparme el cuerpo con las manos. Él me mira desde su posición, con el ceño fruncido, y alarga la mano para coger la mía y acercarme de nuevo.

—Blanca… —susurra.

—Se me ha cortado el rollo —lo interrumpo sentándome en la cama, a su lado.

—¿He dicho algo malo?

En realidad, no ha dicho nada que yo no haya dicho antes, pero… es todo lo que implica. Todo lo que me dice que tengo unas dudas enormes y que no me permito pensar la mayoría del tiempo. Quiero quedarme con las certezas que tengo respecto a él. Y eso me está ahogando.

—No, es solo que… —No sé cómo explicarme y tampoco me siento cómoda haciéndolo ahora mismo, estando desnudos—. Da igual.

Gonzalo resopla, pero no insiste.

—Venga, vamos a dormir.

Ninguno hace el amago de vestirse y nos arropamos con el nórdico. Me giro hacia la derecha, dándole la espalda. Apenas puedo mirarlo ahora mismo. Estoy confundida y tenerlo tan cerca me duele, aunque me es imposible pedirle que se vaya porque, a la vez, lo necesito conmigo.

¿Me estoy volviendo loca?

No tardo en sentir el calor que emana el cuerpo de Gonzalo pegado a mí. Me rodea con los brazos y suspiro con fuerza. Noto sus labios rozando la piel desnuda de mi espalda y cierro los ojos, conteniendo unas lágrimas a las que no sé dar significado.

—No sé qué ha pasado, Blanca, y si no quieres hablar, lo respeto. Pero me tienes aquí, para lo que quieras.

—¿Tú quieres tener hijos, Gonzalo? —me oigo preguntar sin que esas palabras hayan pasado por el filtro de mi cerebro.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—Es una pregunta como otra cualquiera —miento y él lo sabe.

—Sí, me gustaría —responde con un hondo suspiro.

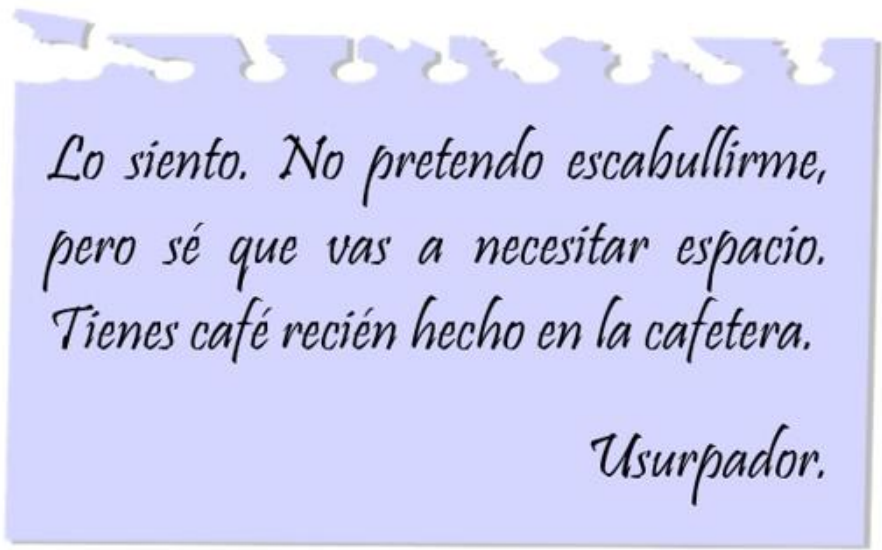
Una de esas lágrimas resbala, pero Gonzalo no puede verla. No puede recogerla con sus labios como hizo aquel día. Me quedo dormida con un nudo en el pecho y, créeme, nunca deberíamos irnos a dormir con esta sensación, solo produce pesadillas.

22

Yo ya no sé

He estado evitando a Gonzalo.

Se me ha ido de las manos. Aquella mañana desperté sola, y le agradecí que me diera espacio. De hecho, me dejó una nota; hacía mucho tiempo que no veía su letra clara aunque algo torcida.



A veces siento que Gonzalo es capaz de leerme la mente y me conoce mejor de lo que me conozco a mí misma. ¿Por qué él lo hace todo bien y yo todo mal?

Cerebro

«Porque él lo tiene todo claro».

Y es verdad.

Aquella noche, todas las dudas y el miedo me ahogaron. Que me recordara que no quiero tener hijos me hizo pensar en todo y llegué a dos conclusiones. La primera ya la tenía clara: que la idea de tener hijos me es cada vez más lejana. Y la segunda, que estamos en puntos vitales distintos y queremos cosas diferentes de la vida. Fue como una bofetada en la cara e hizo más real todos los motivos que existen para que no estemos juntos. Y me hundí. Necesité poner algo de distancia. Aun así, seguimos con nuestros mensajes diarios, aunque algo tensos. La verdad es que sin esos mensajes me sentiría vacía, como si me faltara algo. Eso es lo malo de tener presente a una persona en tu día a día que, cuando falta, su ausencia pesa el doble. Digamos que lo he estado evitando físicamente porque es cuando más influencia tiene sobre mí. Si Gonzalo me mira, me susurra o me toca…, me pierdo, y necesito tener la cabeza fría.

—Hola, pichurrina —me saluda Inés desde el umbral de la puerta y me achucha dejándome un beso baboso en la mejilla.

Le he pedido que venga para no volverme loca. Echo de menos a Gonzalo y eso que solo han pasado tres días desde la última vez que nos vimos. Inés va directamente a la cocina, abre la nevera y coge una cerveza. Es lo que tiene la confianza, que no te hace falta pedirles permiso a tus amigos para asaltar su nevera. Después, se acomoda en el sofá dejándose caer. Cuando le da el primer trago y me mira, de repente, frunce el ceño como si acabara de darse cuenta de algo.

—No habréis follado en el sofá, ¿no? —pregunta, levantándose de golpe.

—No, tranquila.

Pensar en Gonzalo encima de mi cuerpo hace que inmediatamente lubrique. Menos mal que a las chicas no se nos nota la excitación; es un punto a nuestro favor después de todo lo que padecemos. Ambas nos sentamos en el sofá con una cerveza en la mano.

—¿Qué ha pasado?

—¿Por qué supones que ha pasado algo? —pregunto a mi vez.

—Por tu extraña llamada para que venga sin un motivo aparente y porque no sabes disimular. Tu cara expresa a todo color lo jodida que estás y me da que Gonzalo es el responsable.

Me enderezo en el sofá algo tensa.

—Él no ha hecho nada —lo defiendo porque toda la culpa es mía.

—Entonces has sido tú —aventura Inés.

Me encojo de hombros derrotada.

—Cuéntamelo, venga —me dice en un tono dulce y le da un trago a su cerveza.

—Estoy hecha un lío, tía. Gonzalo… Él me gusta. Mucho, joder. Con Gonzalo todo es fácil. Es divertido, es atento, es bueno, es guapo,

es…

—Te has enamorado —afirma Inés.

—No sé si es amor, Inés. Pero…

—Pero no quieres otra jaula, ya. Te lo dije, que Gonzalo no iba a ser solo un polvo. Ojalá me hubiera equivocado, pero se veía a la legua que no. Y me podrás decir todo lo que tú quieras y que no estás enamorada, pero Gonzalo no es alguien más. Joder, pichurrina, te dije que te aseguraras antes de dar ningún paso con él.

Una lágrima recorre mi rostro y es de la impotencia. El no saber qué hacer. El querer una cosa y desear otra contraria a la vez. ¿Qué hago con mi vida?

—Venga, Blanca, no llores. No es el fin del mundo. ¿Por qué no lo hablas con él?

—Porque ya lo sabe. Y, aun así, sigue al pie del cañón todos los días.

—Vas a hacerle daño —augura sin maldad.

—Ya se lo estoy haciendo. ¿No lo ves? No hace ni un año que lo dejé con Óscar y estoy envuelta otra vez en…

—Lo que tienes con Gonzalo no se parece, ni de lejos, a lo que tenías con Óscar —me corta—. A ti te brillan los ojos cuando estás con él y Gonzalo… Gonzalo simplemente brilla cuando te mira.

Eso no me hace sentir mejor.

—No sé… —vacilo, porque no sé qué otra cosa decir.

—Pichurrina, entiendo perfectamente todo lo que estás sintiendo, pero tú nunca has sido una persona fría que solo busca un polvo. Eres una persona que se entrega al cien por cien siempre y Gonzalo no iba a ser una excepción. Ahora tienes que decidir si arriesgarte con él o dejarlo e intentar encontrar esa libertad que tanto ansías. Pero tienes que decidir por uno de los dos extremos. Quizá él acepte algo a medias, pero sabes que eso es efímero y que le harás más daño.

Suspiro con pesar porque hacer daño a Gonzalo es algo que se me hace insoportable.

Es media tarde e Inés y yo llevamos unas cinco cervezas cada una. Me

siento mejor y es que ese pequeño mareo que da la cerveza (y el alcohol en general) es como un pequeño bálsamo que calma los miedos, las inseguridades y las dudas. Dicen que los niños y los borrachos dicen la verdad y yo ahora mismo tengo una certeza golpeándome el pecho, aunque me la guardo para mí.

—Me he enamorado —suelta Inés con la mirada nublada.

—Tú te enamoras todos los días —me burlo.

—No, esta vez de verdad.

«Hostias».

—¿Lo conozco? —pregunto cauta.

Inés se ha perdido en algún recuerdo, me lo dicen sus ojos.

—Ya te contaré.

Mi amiga siempre ha sido sincera respecto a sus sentimientos, por eso me extraña que ahora no quiera contarme hasta el último detalle de esa persona. Aun así, no insisto porque si Inés necesita tiempo, voy a dárselo.

—¿Quieres otra? —le ofrezco.

—¿Te quedan? Porque nos hemos bebido un huevo y tengo la cabeza embotada.

Voy a la nevera a ver. Es verdad que hemos bebido mucho, pero ahora mismo mi alma es una balsa de paz. El alcohol ayuda momentáneamente, pero no hace que los problemas desaparezcan. No quiero tratar a Gonzalo como un problema; no lo es. Pero cada vez que pienso en él, una fuerza invisible me oprime el pecho.

—No, no quedan.

Justo en ese momento, el timbre empieza a sonar frenético. Cierro los ojos con fuerza, miro a Inés y junto las palmas de las manos en señal de plegaria.

—Abre tú —le pido en un acto de cobardía.

Mi amiga entrecierra los ojos, escrutándome, y puedo ver cómo una bombilla se enciende encima de su cabeza.

—Es él.

Agacho la mirada con vergüenza.

—Yo me voy —anuncia.

—No me jodas, Inés. No me hagas esto. —Le agarro el brazo con desesperación para que no siga avanzando hacia la puerta.

—Créeme, pichurrina, te estoy haciendo un favor. —Abre la puerta de sopetón—. ¡Hombre, Gonzalo! Yo ya me voy. Estoy muy borracha —lo informa saliendo por la puerta.

Gonzalo apenas ha reparado en ella, sino que no deja de mirarme con el ceño fruncido, aunque no parece enfadado. Cuando Inés desaparece en el ascensor, él da un paso al frente y yo, instintivamente, uno atrás.

—Pequeña delincuente, ¿no crees que ya somos mayores para esto?

—Mayor lo serás tú. Yo todavía estoy en la veintena—me oigo decir. Creo que contradecir a Gonzalo me sale solo, sin necesidad de pensar.

—Por pocos días. —Me sonríe y entra en casa, cerrando la puerta tras de sí.

Antes he hablado de que necesito espacio físico entre Gonzalo y yo; y es precisamente por esto.

Que me sonríe y yo me pierdo.

Que me mira y yo formo parte del mundo.

«Puto Gonzalo».

—¿Necesitas algo?

—No aguantaba un día más fingiendo que no me doy cuenta de que me evitas. Y sin hacer esto.

Gonzalo me coge la nuca, atrayéndome hacia él, y me besa de manera impaciente. Y yo solo puedo rodearlo con los brazos y corresponderle.

Porque Gonzalo me toca y yo ardo.

—Te he echado de menos, Blanca.

El corazón se me sube a la garganta.

—Hemos hablado todos los días. —Intento quitarle tensión a la incomodidad de la situación.

—Pero no éramos nosotros los que hablaban.

Tiene razón, hemos estado días hablando como si apenas nos conociéramos. Yo porque sigo llena de dudas; Gonzalo porque intenta respetarme y darme tiempo.

—Voy un poco bebida —lo informo.

—Mejor, así hay más probabilidades de que me digas que sí.

Frunzo el ceño desconcertada.

—Decir que sí… ¿a qué?

—Es… una sorpresa. Te recojo mañana a las siete.

—¿De la tarde?

—No. —Se ríe—. De la mañana, pequeña delincuente.

—¡¿Pretendes que madrugue tanto estando de vacaciones?! Ya puede ser buena la sorpresa.

—¿Eso es un sí?

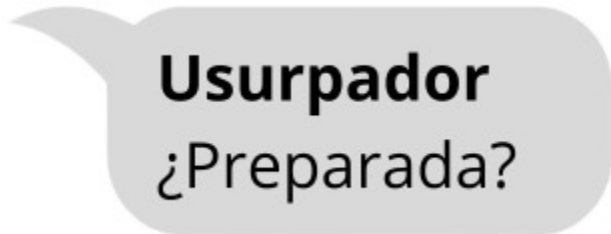
—¿Crees que podría decir que no cuando se trata de ti?

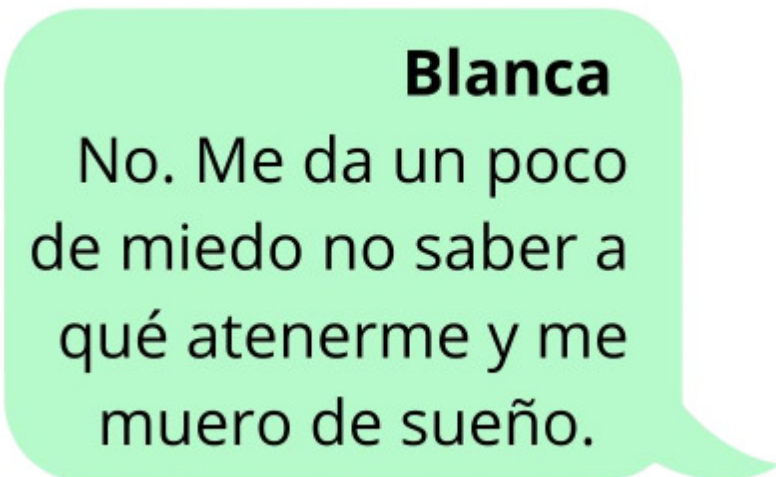
La cerveza; el corazón. Yo ya no sé.

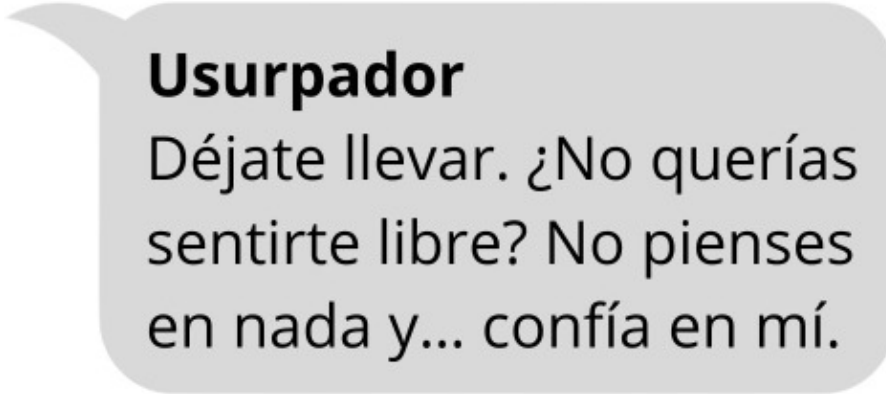
23

Demostrarte que no llegas tarde a nada

Cuando suena el despertador a las seis de la mañana, tengo unas ganas insaciables de matar a Gonzalo. ¿Por qué tendremos que madrugar tanto? Antes de levantarme, reviso las notificaciones del móvil. Solo tengo un mensaje suyo de hace diez minutos.







Confío ciegamente en él, eso es lo que me asusta. Me levanto de la cama, preparo una cafetera y me tomo el desayuno de pie en la cocina, apoyando los codos en la encimera. Después del café, no he despertado lo suficiente, así que me meto en la ducha, a ver si el agua puede obrar un milagro.

No ha hecho milagros, pero me sirve. Al menos, no me voy cayendo de sueño por las esquinas. Con la toalla enrollada en mi cuerpo, me dirijo al armario para decidir qué ponerme. Gonzalo me ha dicho que escoja algo cómodo y abrigado. Además de que use una mochila en vez de llevar bolso. Eso me ha hecho pensar en que nos vamos a algún lugar de montaña porque no se me ocurre otra cosa. Al final, decido ponerme unos vaqueros negros, un jersey color crema y mis botas marrones de pelo calentitas. Además, decido meter en los bolsillos de mi abrigo unos guantes y dejo un gorro de lana en color negro con un pompón y una bufanda del mismo color en el mueble de la entrada. También me preparo la única mochila que tengo y me da vergüenza reconocer que es la que llevaba al instituto. Gracias al cielo era más básica que el mecanismo de una cera de color; mis mochilas siempre eran muy sencillas. Esta es la única que conservo, de color rosa palo, aunque ahora es una mezcla de rosa con mierda negra que, por mucho que la he lavado, no se quita. ¿Somos conscientes de los años que hace que dejé el instituto? Pues eso.

A las siete menos cinco estoy lista, esperando a que Gonzalo llame a mi puerta. Reconozco que estoy nerviosa. Me he pasado tres días

evitándolo y ahora me voy con él Dios sabe dónde y cuánto tiempo. Gonzalo tiene una influencia en mí que… que no sé. Me he desconcentrado del hilo de mis pensamientos porque ha llamado a la puerta con los nudillos. Creo que es la primera vez que no reconozco que es él quien llama. Debería familiarizarme también con su forma de llamar a la puerta con los nudillos. Me arreglo un poco en el espejo de la entrada antes de abrir la puerta y me coloco el gorro de lana.

—Pequeña delincuente —saluda con una sonrisa preciosa.

—Usurpador.

—¿Lista?

—No, pero allá vamos.

Hemos cogido un taxi al que Gonzalo ya había llamado y nos ha llevado a la estación de tren de la ciudad. Estoy tan boquiabierta y nerviosa que solo puedo mirar a mi alrededor intentando descifrar a dónde vamos; hasta que Gonzalo me tiende mi billete.

—¿Vamos a Madrid? —grito sorprendida.

La sonrisa de Gonzalo se ensancha y yo corro a abrazarlo.

—¿Y qué vamos a hacer allí? —Parezco una niña a la que llevan por primera vez de viaje, pero me hace mucha ilusión.

—Eso forma parte de la sorpresa.

—Oye, pero… Te tiene que haber salido caro, Gonzalo.

—Tú no te preocupes por el dinero, Blanca. —Me acaricia la mejilla con el dorso de su mano.

—Sí me preocupo —mascullo.

—Tómatelo como un regalo de cumpleaños adelantado.

Madrid

Unas horas después, hemos llegado y la ciudad me parece asombrosamente bonita. Nunca había venido, aunque parezca mentira, y la primera impresión está siendo muy buena.

Gonzalo no para de mirar el móvil para orientarse y nos dirigimos a coger el metro. Después de unos cuantos transbordos y de habernos perdido una vez, bajamos del vagón y Gonzalo coge su bufanda para taparme los ojos.

—¿Otra vez? —me quejo.

—Por favor… —suplica.

Me dejo hacer porque sé que estas chorradas le hacen ilusión. No veo nada, pero seguro que toda la gente que pasa a nuestro alrededor se está descojonando de mí. Menos mal que no puedo verlo. Nuestras manos van entrelazadas y ando despacio por miedo a chocarme con algo. También aprovecho para embriagarme del olor que desprende su bufanda y sonrío sin remedio.

—¿De qué te ríes?

«Pillada».

—De nada.

—Ya casi estamos.

Unos minutos más tarde, nos detiene y se coloca detrás de mí. Noto que me roza el pelo y el lóbulo de la oreja al posar sus manos sobre la bufanda que tapa mis ojos.

—¡Quítamela ya! —apremio nerviosa.

Gonzalo se ríe y no tarda en acceder a mi petición. Cuando la bufanda ya no tapa mis ojos, veo borroso, así que pestañeo para poder enfocar lo más rápido posible. Lo primero que veo es un valla metálica y dos columnas unidas por un cartel, también de metal, en el que leo:

—¿Qué? —murmuro alucinada.

—Un pajarito me ha chivado que nunca habías venido —susurra Gonzalo a mi lado.

—¿Has estado hablando con Inés? —digo girándome un poco para encontrarme con sus ojos. Su color azul brilla. ¡Brilla!

—Más bien, Marta ha estado hablando con ella. Un día me dijo: «¿Te puedes creer que Blanca nunca ha ido al Parque de Atracciones?». Se me ocurrió y aquí estamos.

Me giro rápidamente para abalanzarme sobre Gonzalo como si fuera una niña pequeña. En realidad, me siento como tal. Y lo beso. Lo beso de tal manera que se le ha caído la bufanda de las manos.

—Cielo, que hay niños y este beso no es apto para menores de quince.

—Me da igual. —Le guiño un ojo.

En la taquilla, Gonzalo enseña las entradas desde su *smartphone* y entramos al recinto. Vamos cogidos de la mano y yo miro a todas partes intentando mantener todo esto en mi memoria. Hay momentos en la vida que sabes que son especiales, tienes la certeza, el pálpito, la seguridad de que los tienes que vivir y sentir al máximo. Este es uno de ellos: pasear de la mano con Gonzalo por el Parque de Atracciones por primera vez en mi vida.

Al estar tan cerca la Navidad, hay un montón de luces por todas partes, muñecos de nieve, árboles decorados con miles de diminutas luces… Ahora no se puede apreciar porque es de día, pero por la noche esto tiene que ser precioso.

—¿Te apetece montar en algo? —me pregunta.

Y entonces, dudo porque no sé si me gustan las atracciones; no sé si me siento segura montando en un cacharro de esos, no sé si las montañas rusas me apasionan o me aterrorizan.

—¿Y si no me gusta? —pregunto, a mi vez, aterrorizada.

Parezco una jodida cría de ocho años en vez de una mujer a punto de cumplir los treinta.

—Nunca lo sabrás si no lo pruebas, pequeña delincuente.

—¿Pero y si me mareo o vomito o quiero bajar? ¿O si me desmayo?

—Blanca —Gonzalo se para y me mira serio, pero se entretiene acariciando un mechón de mi pelo—, no tienes que hacer nada que no quieras. Si quieres probar, genial, y si no, solo pasearemos. Además, si vomitas, ahí estaré yo para recogerte el pelo, ya lo he hecho antes —me sonríe y yo me muero de la vergüenza—; si te mareas nos sentaremos y, si te quieres bajar, moveré cielo y tierra para bajarte mientras te cojo la mano.

Cerebro
«¿Vas a seguir negándolo?»

«¿El que?»

Cerebro
«No. Nada. Si lo tienes que preguntar
es que no has entendido nada».

—Quiero probar —digo convencida.

Seguimos caminando por el parque hasta que llegamos a una de las montañas rusas y le digo, convencidísima, que me quiero montar. Gonzalo la mira y pone los ojos como platos.

—¿No prefieres probar algo más suave primero?

—No.

Nos ponemos a la cola de la atracción, aunque no hay mucha. Al parecer, es en verano cuando más gente suele venir porque están las atracciones acuáticas abiertas. Miro con atención el recorrido del grupo que ha entrado antes que nosotros y siento un escalofrío recorrerme el cuerpo. Ese bicho de metal te pone boca abajo antes de tirarte hacia atrás y empezar a moverse por toda la estructura de forma frenética mientras la gente grita. Miro alucinada todos los movimientos intentando no pensar que, en apenas unos minutos, la que va a estar ahí gritando voy a ser yo. Cuando la atracción se detiene, trago saliva y noto la mano de Gonzalo empujando mi espalada para que siga la cola.

—Estás a tiempo de echarte atrás. —Sé que se está burlando de mí.

—¡Que no! —Sigo a la cola.

Nos montamos en dos asientos contiguos, el supervisor nos baja los arneses y nos los ajusta.

Vale, voy a confesarlo: tengo miedo. Mucho miedo. En mi vida me he montado en un bicho de estos y creo que empiezo a tener ansiedad.

—Tranquila, Blanca. —Gonzalo me coge la mano.

Me da una vergüenza horrible que me vea en estas circunstancias, muerta de miedo, a punto de gritar como una niña. La atracción empieza a moverse y pego un gritito del susto. Gonzalo se descojona de mí.

¿Por qué está tan tranquilo? Me pone más nerviosa.

Estamos subiendo lentamente y solo puedo ver que el suelo va quedando más y más lejos. Cierro fuerte los ojos porque la caída es inminente. Noto todos los órganos de mi cuerpo en la garganta, deseando salir y no sufrir las consecuencias de mis decisiones. Creo que no quieren suicidarse.

—¡¡AAAAAAAAHHHHHHHH!! —grito como una energúmena cuando noto que caemos al vacío.

Oigo a Gonzalo reírse, como si lo tuviera muy lejos, pero no. Sigue a mi lado, con mi mano agarrada y con una sonrisa en la cara. El cacharro nos da tirones, nos sube, nos baja y mis gritos han pasado de ser de puro miedo a pura adrenalina. Grito, grito y grito hasta descargarme. Me siento bien. No. Me siento genial.

¡Me encanta!

Gonzalo también grita de euforia y sé a ciencia cierta que este es uno de los momentos más felices de mi vida. Sin pensar en nada, sin preocupaciones, sin dudas. Solo sintiendo. Que podamos sentir es un regalo, un jodido regalo que nos tomamos la libertad de menospreciar.

¡Estamos vivos, joder! Yo estoy viva. ¿Qué he hecho tantos años perdiendo el tiempo intentando ser perfecta? ¿Para qué? Para nada. Quiero ser así. Quiero vivir. Quiero sentir hasta que me desborde.

Me siento libre.

—¡¿Es lo que esperabas?! —grita Gonzalo en una bajada.

—¡¡No!! ¡¡Es mejor!! —grito a mi vez.

La atracción sigue subiendo y bajando, pero cada vez más lentamente, hasta detenerse por completo. Cuando los arneses suben, tengo lágrimas en los ojos y me tiembla el cuerpo. Apenas puedo moverme.

—Blanca, ¿estás bien? —Gonzalo seca con el dorso de su mano mis lágrimas provocadas por la adrenalina.

Me giro para mirarlo con una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

—Estoy mejor que nunca.

Bajamos de la atracción. Gonzalo con un brillo especial en los ojos; yo, dando brincos como si tuviera diez años.

—¡Ha sido la hostia! ¡Quiero repetir! —Mi corazón late frenético, quizá me muera de un infarto en una atracción de estas, pero me da igual.

Cuando estamos otra vez en el paseo del parque, su mano tira de la mía, me doy la vuelta y choco contra su pecho. Después, levanta mi cabeza con sus dedos y pega sus labios a los míos. Y no es un beso rápido, ni impaciente, ni frenético. Es un beso suave, delicado. Abrimos los labios para saborearnos, para que nuestras lenguas bailen y se digan lo que nosotros no verbalizamos. Es un beso tan bonito…

—Es la primera vez que te veo así… Y me vuelve loco, Blanca.

—Me he sentido tan libre, Gonzalo. Ha sido…

—Lo sé. —Me besa la nariz—. ¿Seguimos?

Decidimos montar en todas las atracciones de ese tipo antes de comer. Bueno, yo lo he decidido porque no puedo parar y Gonzalo me sigue, cogiendo mi mano en todo momento. Estamos eufóricos, riendo todo el rato y es… agradable. No. Es más que eso. Me lo estoy pasando tan bien…

—¿Comemos?

Resulta que Gonzalo vale tanto para un roto como para un descosido. Vale, sí, esa frase es más de mi madre que mía, pero es verdad. Estamos en el merendero del parque con un montón de comida encima de una mesa, de azulejo feo, frente a nosotros. Según va sacando *tuppers*, mis ojos se abren desmesuradamente, mi boca saliva y mi estómago ruge.

—¿Pero cuándo has preparado esto?

—Entre anoche y esta mañana.

«Vaya madrugón se ha tenido
que pegar para hacer la comida».

«Ya…»

Todo está buenísimo.

Estando aquí, comiendo en el Parque de Atracciones con Gonzalo, entre risas, naturaleza, gente, montañas rusas y luces de Navidad, me doy cuenta de que apenas he apreciado las pequeñas cosas en mi vida. Que siempre me he dejado arrastrar por la corriente y por los tiempos de los demás en vez de por los míos propios.

Hace un poco de frío, pero vamos abrigados hasta los dientes y, además, apenas lo siento con toda la sangre recorriendo mis venas con fuerza. Porque me siento viva, joder. Mientras cojo un trozo de tortilla de patata, miro a Gonzalo descaradamente. Él finge que no se da cuenta y esboza una sonrisa que apenas se aprecia. Está guapísimo, con su gorro de lana gris que resalta sobre su cabello oscuro, su bufanda a juego, sus vaqueros negros rotos, una sudadera granate y una chaqueta negra gordita abierta.

—¡Deja de mirarme así! —se queja entre risas.

—¿Así cómo? —pregunto inocente.

—Como si me quisieras follar encima de esta mesa.

Me ruborizo de inmediato y siento un calor en el vientre que va descendiendo poco a poco hacia mi entrepierna. De repente, el corazón también me late desbocado.

—Quizá quiera hacerlo.

La sonrisa de Gonzalo se ensancha, pícara, provocadora. Alza las cejas retándome a hacerlo y no me voy a achantar. Al menos, voy a hacer que lo crea. Me levanto de mi sitio y rodeo la mesa. Gonzalo me mira con curiosidad, con un gesto divertido en la mirada y una sonrisa socarrona. Cuando llego hasta donde está, me siento a horcajadas sobre él. Le quito el gorro, despacio, y meto los dedos entre sus mechones. Cierra los ojos y traga saliva. Dirijo la vista hasta su nuez y me caliento un poco más. Siento las manos de Gonzalo sobre mi culo, acariciándolo suavemente a través de la tela de mis vaqueros. La electricidad que hay entre nosotros creo que, ahora mismo, puede encender todas las luces de Navidad del parque y quizá las de la ciudad entera. Me entretengo en sentir la suavidad de su pelo y voy descendiendo hasta su cara. Le acaricio la frente, las cejas, los ojos, las mejillas, el mentón. Se ha dejado una pequeña barba que me raspa la mano y me encanta. Agacho la cabeza hasta que mi boca queda a la altura de su oído y rozo con los labios su oreja, sintiendo que Gonzalo se estremece debajo de mí. Su mano sube de mi culo hasta mi cadera para, después, posarla sobre mi cuello, provocándome un escalofrío.

—Te haría muchas cosas encima de esta mesa —susurro

atrapando el lóbulo de su oreja con los dientes.

Gonzalo gruñe y me gira la cara para besarme.

Nos enredamos en ese beso, el cual es tan desesperado que creo que sería capaz de hacerlo aquí mismo con él. Hasta que oímos los gritos de unos niños correteando a nuestro alrededor y se rompe el momento, la magia, la atmósfera cargada de deseo.

Nos separamos poco a poco, aunque todavía noto la erección de Gonzalo pegada a mi entrepierna y lloriqueo por lo tentadora que es. Me bajo de su regazo y me siento en el banco, a su lado, intentando recuperarme del momento. Supongo que a Gonzalo le pasa lo mismo porque se ha quedado inmóvil, con la mirada perdida.

—¿Estás bien?

Parece salir del trance para mirarme.

Veo algo en sus ojos.

Están acuosos, borrosos y el azul frío de su iris ahora es más bien gris. Le agarro la mano y aprieto suavemente. Él asiente e intenta recuperarse rápido. Apoyo la cabeza en su hombro sin soltarle la mano. Justo en ese momento, vemos a un grupo de chicos más jóvenes que nosotros riendo, haciendo bromas, viviendo como si fuera su último día. ¿Dónde estaba yo a su edad? Pues probablemente haciendo algún plan familiar con Óscar. Nunca vinimos al Parque de Atracciones juntos.

—Yo nunca he tenido un grupo de amigos —le cuento a Gonzalo.

—Tienes a Inés. —Acabo de ser consciente de que llevaba un buen rato sin hablar y la gravedad de su voz me ha erizado la piel.

—Sí, pero… nunca he tenido un grupo como el que tienes tú. Solo he tenido unas pocas amigas con las que al final fui perdiendo el contacto… Hasta que Inés se cruzó en mi camino.

—Lo que importa es la calidad, no la cantidad, cielo. En mi grupo hay de todo y tengo más afinidad con unos que con otros. Es inevitable. No es malo no tener un grupo.

—Pero veo a esos chicos, ahí, riéndose todos juntos, y me dan envidia. Fíjate en ese chico rubito intentando ligar con la morena, arriesgándose a todo porque la vida se va. Yo a su edad solo tenía… Solo tenía a mi novio.

Y me doy cuenta de lo triste que es eso.

—Blanca, hablas como si tuvieras ochenta años. Eres joven y todavía puedes hacer muchos amigos. Eres… Tú eres increíble. No te va a costar hacer amigos.

—Inés siempre ha dicho que fue una suerte encontrarnos. Que tuvo una corazonada.

Gonzalo apoya sus labios en mi frente y me rodea los hombros con un brazo. Me quedo con la mirada perdida viendo a esos chicos, imaginando qué hubiera pasado si hubiera actuado de otra manera, si

hubiera luchado más por ser libre, si no me hubiera obsesionado tanto con ser perfecta a los ojos de todos. ¿Hubiera salido con Óscar? ¿Habría conocido a Inés? ¿Tendría un grupo de amigos de toda la vida?

—Si pudieras volver atrás, ¿qué cambiarías? —me pregunta como si pudiera leerme la mente.

Y lo sé. Me doy cuenta enseguida y creo que siempre lo he sabido. Por mucho que me sienta de esta manera, es innegable. ¿Qué sentido tiene?

—Nada. No cambiaría nada. —Gonzalo me mira sin comprender —. Si las cosas fueran diferentes, lo mismo no estaría justo aquí. Donde quiero estar.

Si mi vida hubiera sido distinta, quizá nunca habría conocido a Gonzalo y ese simple pensamiento me oprime el corazón. Instintivamente me agarro más a él, como si se me fuera a esfumar de entre mis brazos. Nos damos un último beso antes de seguir con nuestra excursión.

—¿A qué hora tenemos que volver? —pregunto distraída mientras contemplo a unos niños haciéndose una foto en uno de los muñecos de nieve.

—A las diez sale el tren, así que llegaremos tarde a casa —«A casa»—. Tenemos tiempo todavía.

Sonrío como una niña mientras paseamos por el parque con nuestras manos entrelazadas dentro del bolsillo de su chaqueta. Gonzalo acaricia mi mano con su pulgar en un gesto muy íntimo mientras compartimos el calor de nuestras manos. Decidimos montarnos en las atracciones más tranquilas. Creo que toda la adrenalina la hemos agotado por la mañana, así que ya estamos exhaustos. Durante lo que dura el trayecto de esas atracciones, no paramos de besarnos, de mirarnos, de tocarnos.

De sentir.

Ya casi es de noche.

Es lo que tiene esta época del año, que anochece muy pronto. Las

luces ya se han encendido y Gonzalo y yo vamos montados en una especie de globo que va volando por todo el parque. Las vistas son tan mágicas que me dan ganas de llorar. Me siento rara, como si estuviera viendo todo desde fuera, como si mi alma estuviera muy lejos y solo quedara mi cuerpo. Es una sensación extraña y me fastidia porque quiero recordar cada minuto de este día, cada sensación, cada lágrima derramada por la adrenalina. Quiero sentir mi estómago contrayéndose en las montañas rusas; quiero capturar este momento y que no se me olvide nunca.

—Estás radiante, Blanca.

Sonrío ruborizada.

—Eres un exagerado.

—Tienes razón. Las luces de Navidad no te sientan bien; para nada hacen que te brillen los ojos de tal manera que hasta parecen más verdes. No me vuelve loco cómo tu pelo se mueve por el aire y me llega lo bien que hueles. Tampoco te queda bien ese color rojo de tus mejillas provocado por el frío y que hace que me parezcas adorable. Tienes razón, soy un exagerado.

Crac.

Cerebro

«Eso ha sido…»

«Sí, ya sé lo que ha sido».

No puedo apartar la vista de él después de lo que acaba de decir. Creo que todavía estoy asimilando que, quizá, eso es lo más bonito que me han dicho en la vida. A pesar de todo, respiro profundo antes de dejarme llevar por completo y contestar.

—A ti tampoco te sientan bien las luces de Navidad. El color de tus ojos apenas parece de ese azul que no puedo dejar de contemplar. Tampoco te queda bien ese gorro que deja fuera mechones de tu pelo a su libre albedrío y que, por supuesto, no me muero por acariciar. Y tu sonrisa… Tampoco te queda bien esa sonrisa que has tenido en la cara todo el día y que tampoco me muero por morder. Ni la barba; definitivamente, la barba no.

Si las miradas hicieran el amor, ahora mismo Gonzalo me lo estaría haciendo encima de esta especie de globo en el que estamos montados. Me agarra la mandíbula para rozar sus labios con los míos, pero suavemente, apenas es una caricia. Hasta que yo profundizo el beso. Porque lo necesito.

Seguimos dando vueltas por el parque y me detengo a mirar un segundo a mi alrededor. Los árboles meciéndose por el viento, el griterío de la gente, el llanto de un niño, todas las luces creando una atmósfera romántica. No sé por qué, un escalofrío me recorre entera.

—Esto es estúpidamente romántico. —Observo con… ¿fastidio?

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que la última vez que tuvieron un gesto romántico conmigo, me pidieron matrimonio de la forma más falsa que alguien puede hacer eso.

Gonzalo se tensa y dirige su mirada al frente.

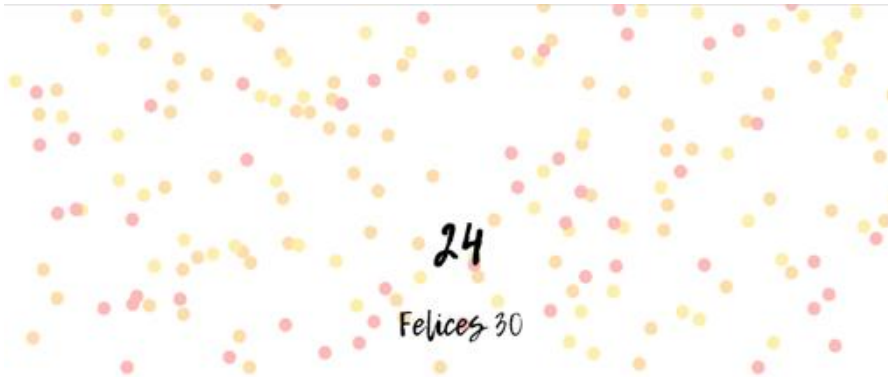
—Y… —intenta decir, pero vacila un momento. Creo que no sabe si decirlo o no—. El día de la playa… ¿Eso no fue romántico?

Mierda. Sí, lo fue. Uno de los mejores momentos que he vivido, de hecho, y acabo de relegarlo a algo insignificante diciendo lo que he dicho. Si es que soy gilipollas. También me acabo de dar cuenta de que achaco mi apatía a los gestos románticos debido a los que ha tenido Óscar conmigo. Intento recordar algunos (los cuales puedo contar con los dedos de las manos, después de nueve años) y siempre hubo una razón oculta detrás: una cena romántica para que no me enfadara al decirme que se iba de viaje con amigos; un viaje improvisado a Lisboa porque tenía allí una reunión de trabajo y lo escudó en que podía ser un fin de semana romántico en el que me pasé la mayor parte del tiempo sola; una pedida de mano para ser socio del despacho… ¿Sigo?

—Fue el momento más romántico de mi vida —confieso—. Este también. Gracias por este día, Gonzalo. De verdad, no sé cómo agradecértelo.

—Quería demostrarte que no llegas tarde a nada, Blanca. Que las cosas pasan cuando tienen que pasar y… quería ser yo el que te diera esta primera vez. Quería hacer algo que te hiciera feliz.

Y la atracción se detiene. El Parque de Atracciones se detiene. El mundo deja de girar. Y solo nos veo a Gonzalo y a mí, rodeados de luces de Navidad y montañas rusas, hablando con los ojos y no con la boca.



20 de noviembre

—¿Tus padres, pichurrina? ¿En serio?

—¿Qué querías que hiciera? Son mis padres.

—Tú eres consciente de que Gonzalo viene, ¿no?

—¡Claro que soy consciente! No me agobies.

—Se van a dar cuenta —augura Inés.

Frunzo el ceño desconcertada mientras recojo con el recogedor lo que he barrido. Inés ha venido para ayudarme con los preparativos de la pequeña fiesta que he montado en mi casa. En principio solo había invitado a Inés, Marta, su pequeña y a Gonzalo; pero mis padres me llamaron hace dos días para organizarme el día de mi cumpleaños porque no querían que lo pasara sola, ya que es el primer cumpleaños que paso sin Óscar. Les expliqué el plan que tenía y se autoinvitaron. ¿Qué les iba a decir? ¿Qué no vinieran? No podía hacer eso.

—¿De qué se van a dar cuenta?

—Ay, pichurrina. —Suelta un suspiro cansado—. De lo tuyo con Gonzalo. Tu madre se va a dar cuenta en cuanto os vea juntos.

—No lo creo miento para intentar creérmelo yo. Mi madre es un sabueso y siempre se da cuenta de todo, eso es verdad, pero es que me agobio de solo pensarlo.

—Desde el día del Parque de Atracciones tienes un brillo en los ojos que nunca te había visto, Blanca. Nunca, y ya hace un porrón de años que te conozco. Desde que, supuestamente, estabas en tus mejores años con Óscar, para ser exactos. Y Gonzalo… Ya te dije que él brilla cuando está en la misma habitación que tú.

—Estás exagerando. —Le quito importancia. No puedo pensar en esto ahora.

—Además, con tus padres me tengo que contener —dice con fastidio—. No puedo ser yo misma. Tengo que ser la amiga perfecta de

su hija para que me sigan aceptando.

—Bienvenida a los últimos treinta años de mi vida —le digo con una sonrisa tirante—. Pero, Inés, quiero que seas tú misma. Tú no tienes que cargar con eso.

—Bueno, relajémonos. Todavía quedan unas horas. Vamos a dejar esto como la patena, que hay que ir a recoger la tarta.

—¿Recoger la tarta? —Yo no he encargado ninguna tarta. Pensaba que la traería mi madre, sinceramente.

—Es una sorpresa. —Mi amiga me guiña un ojo.

Y dale con las sorpresas. Aunque tengo que reconocer que las últimas han sido… especiales. Mucho. Las mejores de mi vida.

Ya casi ha llamado todo el mundo que esperaba que me felicitara. Hasta Carla me ha enviado un mensaje y me ha dicho que se me echa de menos en la tienda. Es tan maja que no me lo merezco.

Faltan diez minutos para las siete, la hora acordada.

Empiezo a notar los nervios fluyendo por todo mi cuerpo. He recolocado todos los aperitivos cuatro veces, los palillos, los vasos y hasta he ahuecado los cojines del sofá.

Por su parte, Inés lleva una hora en el baño arreglándose. No entiendo ese afán de arreglarse tanto cuando vamos a estar en mi casa, prácticamente en familia.

Cuando estoy recolocando las servilletas por quinta vez, recibo la llamada de una de mis tías para felicitarme. Hablo unos minutos con ella, intentando ser amable y sin tenerle en cuenta que me diga que, a partir de los treinta, empieza la cuenta atrás y que tenga cuidado con que no se me pase el arroz.

¿Por qué a todo el mundo le entra prisa en que tengas marido, casa e hijos, por ese orden, a partir de los treinta?

Parece que las mujeres solo estemos programadas para conseguir eso. Qué estrés y qué presión tan innecesarios. Que cada uno haga lo que le salga del bolo con su vida, ¿no?

—Sí, tía, no te preocupes. Tengo que dejarte. Muchas gracias por llamar. Hasta luego. Un besito. —Cuelgo.

Justo en ese momento, llaman al timbre de esa forma en la que solo puede ser una persona.

—¡Inés! Ya están aquí. Sal.

Cuando me quiero dar cuenta, la tengo a mi lado. Abro la puerta un poco nerviosa y no me da tiempo a reaccionar porque Marta y Gabriela se abalanzan sobre mí.

—¡Felicidades, Blanca! —grita Marta—. Gabriela, es el cumple de la tita Blanca.

La niña se ríe y yo me muero un poco de amor.

—Muchas gracias. —Les sonrío—. Hola, Gabriela. ¡Qué guapa estás! —Está monísima con un peto de pana roja y una camisa blanca con cuello de bebé. Para comérsela.

—Calla, que la he tenido que cambiar de ropa dos veces porque se vomitaba encima —me cuenta su madre poniendo los ojos en blanco.

Marta pasa y yo me quedo parada en el umbral, dirigiendo mi mirada hacia una persona que se ha quedado en un segundo plano, aunque he podido sentir sus ojos clavados en mí como si me atravesaran. Da un paso y contengo la respiración.

—Felicidades, pequeña delincuente. —Gonzalo pasa su brazo por mi cintura, me atrae hacia él y se inclina para dejar un suave beso en mi mejilla. Ojalá hubiera sido en la boca—. Estás…—balbucea mirándome de arriba abajo—. Estás increíble.

Agacho la mirada avergonzada para observar mi ropa. Inés me insistió en que me comprara un vestido para este día. Dice que el día de tu cumpleaños siempre tienes que estrenar algo nuevo. Yo le dije que eso es una burda excusa para gastar dinero sin sentirnos mal. Así que me compré un vestido de punto rojo y manga larga, más corto de lo socialmente aceptable. Además, me ha hecho ponerme medias con liguero (en mi vida me he puesto una cosa de estas, pero Inés dice que es supersexy; me ha tenido que ayudar a ponérmelo) y me ha prestado unas botas marrones que me llegan por encima de la rodilla. Por suerte, calzamos el mismo número.

La verdad es que, al mirarme en el espejo, me he visto muy guapa y eso hacía tiempo que no pasaba.

He decidido dejar mi pelo rubio liso, sin adornos, tal como es, y me he maquillado un poco, pintándome los labios de rojo a juego con el vestido.

Levanto la vista otra vez con la intención de fijarme en su ropa y frunzo el ceño. Es raro, me dijo que hoy no trabajaba y lleva la ropa de trabajo. Un pantalón negro de vestir y una camisa blanca. ¡Hasta lleva corbata!

—¿Has trabajado, al final?

—No, ¿por? —pregunta confuso.

—¿Por qué llevas la ropa de trabajo, entonces?

—¿No te gusta? No quiero que tus padres piensen que soy un *matao*. —Parece avergonzado y me da mucha ternura.

—Es que no eres tú.

—¿Qué? —Creo que cada vez está más perdido.

—Gonzalo, mi jaula era esa perfección que me autoimponía. Tu jaula es esa ropa. Sé que la odias. Vamos a tu casa. Vas a cambiarte y te vas a poner algo con lo que te sientas tú.

Y justo cuando pongo un pie fuera de casa, mirando a mi espalda para avisar a Inés…

—¡Hija, felicidades! —oigo que dice mi señora progenitora.

Me giro rápidamente y miro a Gonzalo, que se ha echado a un lado.

—Gracias, mamá. —La abrazo, pero veo que se ha quedado mirándolo a él.

—Cariño, feliz cumpleaños. —Mi padre me abraza de esa forma que solo sabe hacer él y se lo agradezco.

—Hola, tú eras el vecino, ¿verdad? —Mi señora madre no se puede estar callada.

Miro a Gonzalo un poco asustada y él esboza una sonrisa tirante pero amable y, educadamente, le contesta:

—Sí, señora. Soy el vecino de al lado. Gonzalo.

Me tengo que aguantar la risa de lo absurda que es la situación y de la exquisita educación que ha demostrado delante de mis padres.

—Él está invitado, mamá. Te lo dije. Por cierto, tenemos que ir momento a su casa a recoger… una cosa. Ahora volvemos. Inés está dentro con Marta —la informo.

Gonzalo y yo desaparecemos por la puerta de su casa dejando a mi madre con la palabra en la boca. Estoy convencida de que iba a replicar.

¡Dios, qué estrés!

Cuando estamos dentro, noto que el brazo de Gonzalo me rodea la cadera y posa su mano en mi vientre, apretándome contra él. Me humedezco de inmediato y sin poder remediarlo. Sentir el calor de Gonzalo en mi cuerpo es pura droga para mí. Me retira un poco el pelo para besarme el cuello. Cierro los ojos de placer, pero me doy la vuelta y pego mis labios a los suyos. Nos dejamos envolver por ese beso en la oscuridad de su casa.

—Quería mi beso de cumpleaños —susurro contra su boca.

—No te lo he dado porque no quería incomodarte, pero me moría por hacerlo.

—Lo sé.

Nos quedamos unos segundos mirándonos a los ojos, diciendo tantas cosas que callamos… Que yo callo.

—Voy a cambiarme.

Cuando termina, aparece en el salón con unos vaqueros azules (sin rotos), una camisa más informal con un estampado divertido y unas zapatillas blancas. Ese sí es Gonzalo.

—Ahora sí —musito con una sonrisa.

Me da un largo beso antes de salir y volver a mi casa, donde tenemos que disimular delante de mis padres. Cuando entramos, veo que Inés se ha encargado de todo y mis padres ya tienen una cerveza en la mano. Están todos sentados alrededor de la mesita baja del salón y mi amiga les está contando alguna película de las suyas para entretenerlos. Cuando nos ve entrar, intenta hacer un gesto disimulado señalando su boca.

«Mierda, el pintalabios».

Gonzalo lo ha entendido igual que yo y empezamos a limpiarnos como locos.

—¡Ya estamos aquí! —anuncio cuando estamos más o menos presentables.

—Menos mal, ya pensaba autoproclamarme «la cumpleañera» para que esta fiesta tenga sentido. —Inés siempre tan exagerada.

Sonrío y oigo una música suave que proviene de los altavoces que Inés ha traído para que esto parezca más una fiesta y no un muermo. Suena *Maldición* de Lola Índigo.

—¿Te has cambiado de ropa? —Observa mi madre analizando a Gonzalo.

«Joder, no se podrá estar calladita».

Gonzalo va a responder, pero lo corto.

—Resulta que no se había dado cuenta de que tenía una mancha en la camisa. Se ha tenido que cambiar.

Mi madre no se queda satisfecha, pero se calla. Gonzalo y yo nos unimos después de haber cogido algo de beber y de haberme retocado el pintalabios.

Presento formalmente a mi padre (a mi madre no le hacen falta presentaciones ya) y a Gonzalo porque doy por hecho que con Marta ya han tenido oportunidad. Ambos se estrechan la mano con decisión. Yo tengo un nudo en el estómago porque creo, al igual que Inés, que se van a dar cuenta. Después de ese momento, charlamos animadamente; bueno, más bien, mi madre e Inés hablan, dejándome en muchas ocasiones por los suelos. ¿Esto es un cumpleaños o el día de humillar a Blanca?

—Mamá, tenía catorce años y era la moda. Todas lo llevaban —me defiendo.

—Cuando yo era adolescente se empezó a poner de moda el

iluminador y todas parecíamos bombillas —cuenta Marta de manera divertida, para echarme un cable.

Todos nos reímos.

—Además, los pañuelos en la cabeza no quedaban tan mal. Al menos no me hice ningún *piercing* —me sigo defendiendo.

—Parecías un pirata, hija. Te faltaba el parche en el ojo. —Se lamenta mi madre.

—¿Cambiamos de tema? —propongo con una sonrisa tirante.

Qué bochorno estoy pasando, aunque he de reconocer que me divierto.

—¿Qué tal el trabajo, Blanca? —pregunta mi padre, yo me atraganto con la cerveza y noto la mano de Gonzalo dándome palmaditas en la espalda.

—Estoy de vacaciones, papá. No pensemos en trabajo. —Me excuso.

Veo de reojo que mi madre no está prestando atención a la conversación, sino que está mirando a un punto del salón y suspiro porque es cuestión de tiempo que comente algo. Tres, dos, uno…

—Hija, ¿por qué no quitas esa matrícula? Hace feo al salón. —Ahí está.

Gonzalo y yo compartimos una mirada cómplice, conteniendo la sonrisa. Esa matrícula significa mucho para nosotros.

—A mí me gusta, mamá.

—Le da personalidad al salón. —Marta me echa una mano porque sabe su significado.

—Marta, tienes una niña preciosa —halaga mi madre, olvidándose de la matrícula, por suerte.

—Oh, gracias, Lola. La verdad es que Gabriela es lo mejor de mi vida.

Puedo leer el pensamiento de mi madre y sé que se muere por preguntar cómo llegó a ser madre tan pronto, pero menos mal que se abstiene.

—Nosotros pensábamos que Blanca nos haría abuelos pronto. Llevaba muchos años con su novio y…

—Mamá —la regaño dedicándole una mirada de advertencia. Es incómodo que esté diciendo eso y más delante de él.

—Hija, no pasa nada. Siempre te han gustado mucho los niños, entiende que nos hacía ilusión que nos dieras nietos.

El cuerpo de Gonzalo se tensa a mi lado y tiene la cabeza agachada hacía su cerveza. A mí me da vueltas el salón y me empiezo a agobiar.

—Ahora vuelvo —Me levanto a toda prisa porque no puedo respirar.

Voy directa al cuarto baño, me siento en la tapa del váter y me

sujeto la cabeza con las manos. Me he ido porque no iba a poder contenerme; no iba a poder disimular mi turbación. Otra vez ha salido el dichoso tema. Estoy cansada. Y encima delante de Gonzalo. Después de aquella noche…, no quiero volver a hablar de ello. Podía ver perfectamente cómo su cabeza reproducía las palabras que dije: «No quiero atarme a nada». También me ha recordado mi fracaso con Óscar, el cual no me ha mandado ni un mensaje para felicitarme. Tampoco lo esperaba, pero…, no sé, han sido muchos años juntos y no hemos quedado ni para una triste felicitación. Para nada, en realidad.

Ha sido un corte de raíz, aunque supongo que es mejor así.

Unos minutos después, unos golpecitos suenan al otro lado de la puerta.

—Pichurrina, soy yo. Ábreme.

—Pasa, está abierto.

Inés pasa, se acuclilla a mi lado y me pasa la mano por el pelo.

—Lo siento, me he agobiado.

—Lo sé. ¿Sabes? Quería venir Gonzalo, pero he pensado que era mejor que lo hiciera yo. Aparte de por el canteo, porque necesitabas unos segundos sin tenerlo tan cerca.

Asiento porque tiene más razón que un santo.

—Mi madre es que es… Le ha faltado preguntarme por Óscar y ya estaríamos en mi funeral en vez de en mi cumpleaños.

—Entiendes por qué estás así, ¿verdad? No quiero meter el dedo en la llaga, pero necesito asegurarme de que sabes lo que haces.

—Me mata estar haciéndole daño, Inés. Sé que lo hago, pero no puedo alejarme de él porque…

—Te has enamorado, Blanca.

Cierro los ojos y una lágrima se me escapa, la cual Inés recoge rápidamente.

—Me he enamorado de Gonzalo —musito y respiro hondo. Lo he dicho en voz alta y no sé cómo me siento—. Muchísimo.

—Lo sé, cariño. Venga, volvamos. Es tu cumpleaños y estás con las personas que quieres. Ignora todo lo que te agobia ahora mismo. Ignora a tu madre. O mejor, la emborracho. Verás qué bien.

Nos reímos como dos tontas y salimos del baño.

—¿Cenamos? —propone Inés cuando entramos al salón. Todos asienten, menos Gonzalo, que solo me mira a mí.

Cuando nos dirigimos a la cocina para prepararlo todo, una mano me coge suavemente del brazo. Me doy la vuelta inspirando hondo y unos ojos fríos y azules se me clavan en el alma.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes —le digo con una sonrisa, apoyando mi mano sobre la suya, que sigue sujetando mi brazo.

Y sé perfectamente que mi madre se ha pispado de todo.

Estamos todos sentados en la mesa grande que tengo al lado de la ventana del salón. Inés preside la mesa en el extremo de la derecha. Marta, está sentada en el lateral, al lado de Inés, le sigue Gonzalo y luego estoy yo. Mis padres, están enfrente de nosotros.

—¡Los regalos! —anuncia Inés.

—Ah, no. Los regalos se dan siempre después de soplar las velas, Inés —la contradice Marta y mi amiga asiente, regalándole una sonrisa avergonzada.

Inés lleva toda la noche un poco extraña. Más de lo que ya es, quiero decir. Está pendiente todo el rato de Marta y la pequeña, riendo, escuchando todo lo que dice, mirándola descaradamente. Y, entonces, hay algo que hace clic en mi cabeza. Miro a Inés intentando contener mi cara de sorpresa, pero sonrío al verla reírse por un comentario que ha hecho mi padre que ni siquiera he escuchado. Marta se levanta y deja a Gabriela en brazos de su tío. La niña está inquieta e intenta levantarse. En una de estas, apoya sus manitas sobre mi brazo y yo se las cojo mientras le hago carantoñas. ¡Es tan mona! Y no sé por qué, miro a Gonzalo y él me mira a mí; y, de repente, oigo un clic. El típico sonido inconfundible de alguien haciendo una foto. Y ese alguien es Inés.

Marta vuelve con la tarta y la deja encima de la mesa. Me acerco para mirarla porque ha sido el misterio de toda la noche y tengo curiosidad. Tiene una pinta exquisita. Es redonda y, según me cuentan, lleva bizcocho con relleno de trufa y recubierta con chocolate blanco. En la parte superior hay unas letras en las que leo:

Estoy a punto de echarme a llorar.

—Es el regalo de Marta —me informa Inés.

—Muchísimas gracias, Marta, de verdad. Me encanta. —Y me levanto para abrazarla.

—La verdad es que Gonzalo me ayudó con el mensaje. —Lo miro, me mira y le sonrío agradecida.

Oigo que mi madre carraspea, pero la ignoro. Inés coloca dos velas: un tres y un cero. Pues ya tengo treinta años y casi no me lo puedo creer. ¿Dónde han quedado los veinte?

Cerebro

«Sabes perfectamente dónde han quedado».

Entonces, las luces se apagan, las velas se encienden y todos empiezan a cantar el *Cumpleaños feliz*. No soy la única a la que le da una vergüenza absoluta que le canten esta canción, ¿verdad? Porque yo no sé dónde meterme.

Aprovechando que las luces están apagadas, Gonzalo posa su mano en mi pierna. Notar la calidez de su mano a través de mis medias hace que cierre los ojos fuerte, perdiéndome en el deseo que voy a pedir antes de soplar las velas; respiro hondo y bajo la mano para posarla en la suya. Entrelazamos nuestros dedos y siento una

conexión con él y con el mundo que no puedo explicar. Soplo las velas y todos aplauden, menos Gonzalo, que sigue con su mano enredada en la mía. Las luces se encienden y su mano se separa de la mía; eso me hace sentir un frío incalculable.

—¡Marta! Anda, dame eso, que te vas a hacer daño —le dice Gonzalo con una sonrisa divertida al verla con un gran cuchillo en la mano—. No es que seas especialmente hábil.

—¿Por qué no te vas a la mierda, hermanito?

—Tu hija va a ser una choni con una madre como tú. —La pica Gonzalo empezando a cortar la tarta.

—Pues anda que con un tío como tú…

—¿Qué quieres decir?

—Que me va a salir la niña ligerilla.

Dios, me quiero esconder debajo de la mesa. Mi madre ahoga un grito de sorpresa, mi padre carraspea, Inés se está descojonando y yo me he quedado pálida.

—Te has pasado —comenta Gonzalo.

Marta parece haberse dado cuenta porque le cambia la cara. Mira hacia mis padres, esbozando una sonrisa de disculpa.

—¡Estaba de broma! —les dice—. Mi hermano y yo somos así.

Obviamente, mis padres no se han creído una palabra.

—¿Sabéis que hoy también es el aniversario de la muerte de Franco? —comenta Inés para desviar la atención.

—Mejor no mentemos a Franco —digo. Todos aquí saben que mis padres son conservadores, y no es que veneraran a Franco, pero le respetan y no me quiero enzarzar en una conversación así. Ya he tenido muchas. Qué por culo me da haber nacido en el aniversario de su muerte.

Ahora sí es hora de los regalos. El primero es de mi padre: un libro que llevaba tiempo queriendo leer.

—Gracias, papá. —Me levanto para abrazarlo—. ¿Cómo lo sabías?

—Porque eres mi hija y te conozco.

Vuelvo a mi sitio e Inés me pone su regalo delante de las narices.

—Antes de que lo abras, quiero hacer un brindis —Oh, oh. Todos cogemos nuestras bebidas y miro con ternura a Inés, que parece algo nerviosa—. Pichurrina, no sabes lo orgullosa que estoy de ti. Cuando te conocí en el baño de aquel bar, algo me dijo que ibas a ser mi otra mitad. Tuve una corazonada que ya dura ocho años. He visto lo fuerte que puedes llegar a ser cuando te caes y lo valiente que eres. A pesar de lo que piensas, eres la persona más cálida que conozco. Agradezco todos los días a la Diosa, porque todos sabemos que Dios solo puede ser una mujer, que seas mi mejor amiga. Ahora empieza la mejor época de tu vida y lo sabes. —Puedo apreciar que, disimuladamente, ha mirado a Gonzalo—. Feliz cumpleaños. ¡Te quiero!

Todos chocan sus copas y beben. Yo apenas puedo ver a Inés porque tengo los ojos llenos de lágrimas de la emoción. Soy una facilona. Me levanto intentando contener el llanto y la abrazo con fuerza.

—Te quiero, Inés.

Una vez recuperada, abro su regalo y pongo los ojos como platos. La miro medio asustada, medio descojonada de la risa. ¿Cómo les explico este regalo a mis padres?

—¿Te has vuelto loca? —le pregunto.

—¿Por? Es el regalo de moda.

Marta me lo quita de las manos, termina de abrirlo y, al verlo, lo deja encima de la mesa, soltando una carcajada. Lo siguiente que oigo es otra carcajada de Gonzalo.

—Inés, eres la hostia —halaga Gonzalo y esta le guiña un ojo.

—¿Qué es eso? —pregunta mi madre.

Me quedo sin saber qué decir y veo como mi padre se pone las gafas y busca algo en su móvil. Después, su rostro pierde color.

—Lola, luego… luego te lo explico.

La cara de mi padre es un poema y no es capaz de mirarme a los ojos.

«Yo tampoco a ti, papá. Tranquilo».

Mi madre, sin comprender nada y mirando el *Satisfyer* con curiosidad, me tiende su regalo. Rasgo el papel y cuando empiezo a intuir lo que es, lo bajo a mi regazo con vergüenza.

—¿Os habéis propuesto todos hacerme pasar vergüenza? —mascullo.

—¿Qué es? —curiosea Marta.

—Son unas bragas —contesta mi madre tan pancha.

Inés ha empezado a descojonarse sin disimular, Marta la sigue y veo como Gonzalo se tapa la boca con la mano para no reírse también.

—¡Mamá! ¿Cómo se te ocurre darme esto delante de todos? ¡Qué vergüenza! —digo más muerta de risa que ofendida.

—Ay, hija, que solo son unas bragas. De algodón, por cierto —especifica.

«Genial, de las anti-morbo.
Seguro que acabo de dejar de poner
a Gonzalo en el acto».

—Yo también te he traído algo —dice de pronto Gonzalo, envolviendo toda la estancia con su voz grave.

Lo miro y me enredo en sus ojos.

—Pero Gonzalo, no tenías…

—Es una tontería —me corta y sonríe tímido mientras me da un paquetito pequeño.

No esperaba un regalo por su parte después de regalarme ese día en el Parque de Atracciones. Lo abro tan nerviosa que me tiemblan las manos y me cuesta rasgar el papel. Sé que todos están expectantes, noto todas las miradas puestas en ese regalo. Tampoco puedo negar la ilusión que me nace porque es demasiado real. Lo que contenía el papel de regalo es una pequeña cajita en color azul. La abro despacio, intentando contener ese sentimiento de emoción porque, una vez abierta, la magia se habrá acabado. Es una sensación extraña. Es como si solo me hiciera cosquillas el momento previo antes de saber qué esconde el papel de regalo, donde un montón de posibles regalos se pasan por mi cabeza y siento la mirada de esa persona deseando que lo que me ha comprado me guste. Creo que es de mis sensaciones favoritas. Es una ilusión bonita. Siempre he sido una persona a la que le ha gustado más regalar, pero…¿a quién no le gusta que le hagan regalos?

—Gonzalo… —musito cuando veo lo que hay dentro.

—Es una tontería —repite un poco nervioso.

—Es perfecto.

Es un llavero de una matrícula con mi nombre. Pero no solo es un llavero, es todo lo que significa. Ese llavero es nuestra historia. Se lo enseño a todos un poco muerta de vergüenza. No por mis padres, sino porque Inés y Marta saben perfectamente lo que significa.

—Pero, hija, ¿qué te ha dado ahora por las matrículas? —Se interesa mi madre.

Yo solo puedo sonreír. Miro a Gonzalo y, en un acto de valentía, lo abrazo.

—Gracias —susurro y él me aprieta un poco más contra su cuerpo.

—Felicidades, Blanca.

Suspiro.

—Gracias, Alberto.

Me ha llamado justo después de abrir los regalos.

—¿Qué tal estás?

—Bien. Estoy celebrando mi cumpleaños en casa.

—¡Bien! Me alegro. —Y sé que es sincero.

—Alberto, sé que todavía quedan unos días, pero… ¿me puedes adelantar algo? —No puedo evitar preguntarlo.

—Blanca… —Carraspea—. Las cosas no están siendo fáciles. Olivia ha vuelto a casa, pero la situación está tensa. Hemos hablado mucho y creo que ha visto que me arrepiento de verdad, pero… no se fía. Me va a costar un mundo volver a recuperar su confianza.

—Estoy segura de que lo conseguirás, pero yo me tengo que ir de la tienda.

—No voy a hablar de esto en tu cumpleaños. Ya te llamaré, ¿vale?

—Vale.

Colgamos.

Me he venido a la habitación para estar más tranquila y cuando me estoy levantando de la cama para volver con los demás, mi madre entra como un torbellino.

—¿Pasa algo, mamá?

—Dímelo tú —me dice muy seria.

¿Me habrá escuchado hablar con Alberto?

—No sé qué quieres que te diga.

—¿Estás con ese chico? No quiero detalles, pero quiero saberlo. —Directa al grano.

—Mamá…

—Sí que estás con él —afirma al mirarme a la cara.

Me vuelvo a sentar en la cama.

—Es complicado.

—¿Por qué?

—Porque sí, mamá.

Mi madre se sienta conmigo en la cama. Ahora me espera el sermón. Ese que dice que acabo de dejarlo con Óscar, que es pronto, que no le gusta Gonzalo y bla, bla, bla…

—Yo quería mucho a Óscar, hija. —Ahí está—. Fue un duro golpe para mí que rompierais. Pero… lo que he visto ahí fuera… me ha gustado.

¿Cómo?

—¿A qué te refieres? —Estoy confusa.

—Que Gonzalo te mira bonito, como tu padre me miraba a mí cuando éramos jóvenes. Y…, aunque me duela decir esto, nunca vi a Óscar mirarte así. Tú a él sí, pero él a ti no.

El corazón me da un vuelco. ¿Tanto he bebido que estoy distorsionando la realidad? ¿Es mi madre la que está sentada a mi lado?

—Mamá…

—Y él también te gusta a ti. Eso una madre lo sabe. Además, cuando hemos llegado, llevabas los labios pintados de rojo y cuando has vuelto de casa de Gonzalo no quedaba ni rastro. ¿Te crees que a estas alturas de tu vida puedes engañar a tu madre?

Estoy helada.

Me he quedado de piedra. No esperaba que mi madre dijera nada parecido, ni siquiera imaginaba que fuéramos a tener una conversación de este estilo. No salgo de mi asombro. Estoy bloqueada y solo puedo sonreírle con vergüenza. No puedo hacer otra cosa, no me salen las palabras. Decidimos volver con los demás, pero, antes de salir por la puerta de la habitación, mi madre me agarra del brazo.

—No soy tan antigua como piensas. Solo quiero que seas feliz y Gonzalo me gusta.

—Creo que es hora de que nos vayamos, hija. Tu madre va piripi.

Veo a mi madre riéndose con Inés, Marta y Gonzalo.

No sé de qué estarán hablando, pero me consuela saber que, al menos, Gonzalo le gusta y que Inés ha conseguido su objetivo: emborrachar a mi madre.

—Vale, papá. Tened cuidado. —Le beso la mejilla.

Después, mi padre va a buscar a mi madre y la tiene que ayudar a ponerse el abrigo. Es una escena supercómica. Ella se resiste al principio, pero luego se deja hacer. Cuando están listos, me despido de mis padres con un abrazo.

—¡Adiós, Julio! —se despide Inés gritando más de la cuenta y, después, murmura—: Vaya puto cuadro, pichurrina.

Yo solo puedo reírme porque tiene razón, aunque no me ha pasado desapercibida una cosa.

—Se te están pegando las expresiones de Marta.

Inés esboza una sonrisa bobalicona. Mi padre nos dice adiós con la mano y salen de mi casa.

—Nosotras también nos vamos. —Marta se carga al hombro a una Gabriela que lleva durmiendo como un ceporro dos horas.

Me despido de ella abrazándola con cuidado para no despertar a la niña. Inés le da un beso en la mejilla, Gonzalo levanta las cejas a modo de despedida y abre la puerta para ayudarla a salir.

Ahora, imagina la mirada de un perrillo abandonado en la calle; pues esa es la cara de Inés mientras ve cómo Marta se marcha. Le doy un golpecito con el hombro.

—Yo también me voy —anuncia, recuperándose del trance.

—Puedes quedarte en la otra habitación si quieres —le ofrezco—. Has bebido mucho.

—¿Y escucharos follar? Quita, quita. Eres mi mejor amiga, pero eso roza lo perturbado. No quiero más traumas de los necesarios.

Gonzalo y yo nos miramos avergonzados, pero reímos. Él se acerca a darle un beso en la mejilla a Inés para despedirse y, después, se acomoda en el sofá. Yo la acompaño hasta la puerta.

—Gracias por todo —le digo abrazándola.

—Te quiero, pichurrina.

—Es Marta, ¿verdad? —Soy un poco como mi madre.

Inés se deshace de mis brazos tensa y me dedica una mirada confusa y borrosa por el alcohol. También puedo apreciar sus mejillas encendidas porque se ha ruborizado.

—¿De qué hablas?

—Inés…

—Es ella —confiesa resignada.

—Ya hablaremos. —Le doy un beso en la mejilla y veo como desaparece en el ascensor.

Me giro hacia Gonzalo, el cual se ha puesto de pie.

—Por fin solos —le digo.

Y recorre la distancia que nos separa para estampar sus labios contra los míos con impaciencia. Después, me alza y rodeo sus caderas con mis piernas, dejando las medias con liguero al descubierto. No parece que se haya percatado, porque está demasiado concentrado en recorrer mi boca con su lengua. No paramos de gemir sin vergüenza mientras nos tocamos y besamos.

—Me has estado haciendo sufrir toda la noche con este vestido tan corto.

—Y tú a mi cada vez que me has puesto una mano encima. —Vuelvo a besarlo—. Debería estar prohibido que te pongas esta camisa.

Gonzalo se mueve por el salón hasta apoyarme en la pared que está al lado del pasillo. Seguimos enredando nuestras lenguas y labios hasta que siento que me duelen, pero no me importa.

—Déjame darte un último regalo de cumpleaños.

—Mi cumpleaños ya se ha acabado. —Es la una de la mañana.

—De eso nada, cielo. Se acabará después de hacer lo que tengo

pensado.

Esboza una sonrisa socarrona y me muerde el cuello, provocándome un escalofrío.

—Pues no sé a qué estás esperando —lo reto.

—No tengo ninguna prisa.

Nos volvemos a mover hasta que entramos a mi habitación y Gonzalo me deja suavemente sentada sobre la cama. Veo como poco a poco y, sin quitarme los ojos de encima, se va desabrochando la camisa, dejando su torso desnudo, y gimo de anticipación. Por mi parte, empiezo a levantarme la falda del vestido lentamente, dejando a la vista las medias y el liguero. Gonzalo pone los ojos como platos y cae de rodillas. Apoya su cabeza en mi regazo y sus manos en mis muslos.

—¿Y esto? —pregunta entre sorprendido y excitado.

—Inés dice que es sexy. Nunca me había puesto uno y… no estoy segura de saber quitármelo.

—De eso me encargo yo…

Empieza acariciándome los muslos por encima de las medias y levanta un poco más mi falda hasta que la deja a la altura de mis caderas. Su expresión es indescifrable, parece tan concentrado en la tarea que hasta me hace gracia esa forma que tiene de fruncir el ceño. Me ha quitado las botas y, en un solo gesto, ha desabrochado las medias del liguero. No sé cómo lo ha hecho. Después, apoya mi pierna izquierda en su hombro, bajándome poco a poco la media sin dejar de mirarme. Estoy tan excitada que podría correrme solo con ver cómo desliza la media por mi pierna. Cuando la ha retirado, me besa el empeine con los ojos cerrados, subiendo poco a poco. Más tarde, hace lo mismo con la otra y yo ya estoy tan mojada que siento que las bragas me pesan, que necesito que me las quite. Entonces, Gonzalo se levanta y, dejándome en ese estado, se dirige hacia mi mesilla de noche. Yo solo puedo observar todos sus movimientos con curiosidad, recreándome en el bulto de su pantalón.

¿Qué estará buscando?

—Lo sabía —musita orgulloso sacando mi vibrador del cajón—. ¿Lo utilizas pensando en mí, Blanca?

—Puede…

Gonzalo vuelve hasta colocarse delante de mí, con el vibrador en la mano.

—Sácamela de los pantalones… Me está matando.

Llevo las manos al botón y lo desabrocho. Acto seguido, meto los dedos en la cintura para bajar el pantalón y el calzoncillo a la vez. Y-ahí-está. En todo su esplendor. Saludándome. Sin casi pensar, agarro su polla para acariciarla arriba y abajo suavemente, alzando la cabeza para mirarlo a los ojos. Gonzalo los tiene cerrados, pero no para de

emitir gemidos roncos. Unos minutos después, posa su mano sobre la mía, la que sujeta su miembro, y me detiene. Vuelve a arrodillarse y pone en funcionamiento el vibrador. Lo dirige despacio hacia mi sexo y siento la vibración a través de la tela de mis bragas…

—¡Ahhhh! —gimo.

Gonzalo sigue moviendo el vibrador, consiguiendo que me contraiga sobre su cuerpo. Dios, nunca había utilizado el vibrador de manera compartida y me excita demasiado. Alza mi rostro para besarme con los ojos abiertos; yo tampoco los cierro. Él ve el placer en mis ojos, yo veo la excitación en los suyos. Siento que, si sigue así, en pocos segundos voy a correrme.

—Córrete, Blanca. Libérate —me pide.

Y lo hago. Me libero. Me dejo ir en un orgasmo tan intenso que no sé si voy a poder volver a correrme, pero no quiero que esto se acabe. Gimo con la cara pegada a su cuello, apretándole contra mi cuerpo y, cuando no puedo más, pongo la mano sobre el vibrador para que pare. Mi sexo se ha quedado muy sensible después del orgasmo.

—Me vuelves loco, Blanca.

Gonzalo se incorpora para besarme, apoyando sus manos sobre el colchón y yo, con las mías, vuelvo a agarrar su miembro, aunque, esta vez tengo otros planes.

—Siéntate en la cama —le ordeno.

Y me obedece.

Se sube a la cama, apoyando la espalda en el cabecero, mirándome con curiosidad, con su polla en todo lo alto. Gateo hasta llegar a él y lo beso en los labios. Después, voy dejando besos por su torso, despacio, lento, hasta llegar a su erección, la cual cojo con los dedos y la dirijo a mi boca. Gonzalo se tensa cuando mis labios acarician la punta y saco la lengua para saborearla.

—Oh, joder, Blanca —blasfema.

Deslizo la lengua por su tronco, acariciando con mi mano izquierda sus testículos. Después, me la voy metiendo poco a poco en la boca, dejando que resbale por mi lengua, hasta el final. Gonzalo, en un impulso, empuja contra mi garganta y contengo una arcada. Me siento tan poderosa teniéndolo así, controlando su placer, haciendo algo que con Óscar nunca resultó tan excitante. Sigo succionando cada vez más rápido, mojándola con mi saliva, pasando la lengua por su punta. Pierdo la noción del tiempo dándole placer, hasta que su voz grave me detiene.

—Para, Blanca. ¡Para! —suplica con la respiración agitada. Su pecho sube y baja a una velocidad frenética.

—¿Lo hago mal? —De repente me entran todas las dudas y me avergüenzo un poco.

Gonzalo me incorpora para poder acceder a mis labios y besarme.

—No, cariño, no. —«Cariño». Dios, hemos pasado del «cielo» a esto—. Eres la hostia, pero es que me iba a correr y no quiero hacerlo todavía.

Sonrío complacida y me inclino hacia un lado para abrir el otro cajón de la mesilla de noche y sacar un condón. Compré en la farmacia el otro día. Sin dejar de mirar a Gonzalo, lo abro y lo desenrollo sobre su miembro. Después, me levanto un poco para poder dirigir su erección hacia mi entrada y me dejo caer. Estoy tan húmeda que no cuesta ningún esfuerzo.

—OH, JODER. DIOS —blasfema Gonzalo.

Empiezo a moverme arriba y abajo, sujetándome en sus hombros. Después, adelante y atrás, marcando el ritmo, y Gonzalo se deja hacer. Tiene la mirada borrosa por el deseo y sus manos agarran mis caderas. Entonces, se incorpora un poco, haciendo que sienta más profundidad y no puedo evitar gemir alto. En esa postura, entierra la cara en mis pechos, cogiendo uno con la mano y llevándoselo a la boca. Lame y mordisquea mi pezón suavemente. Estoy tan excitada otra vez que siento el orgasmo muy cerca, tan cerca que…

—Joder, Gon, me corro.

Él no deja de prestarle atención a mis tetas, apretándome contra su cuerpo, y me vuelvo a dejar ir, agarrándole del pelo con furia. Cuando estoy desmadejada en sus brazos, busca mi mirada y me acaricia la mejilla. Veo tantas cosas en sus ojos que casi me da hasta miedo porque seguro que los míos le están transmitiendo lo mismo. No puedo controlarlo ni detenerlo y, en este momento, tampoco quiero. Así que nuestros cuerpos están hablando por nosotros.

—Quiero probar algo contigo, pero si no quieres, no pasa nada, ¿vale?

—¿El qué?

—Túmbate en la cama.

Obedezco.

Me dejo caer a un lado del colchón y Gonzalo se pone encima, cogiendo mis piernas para colocarlas alrededor de sus caderas. Después, se inclina sobre mi cuerpo para acariciarme por todas partes: costado, brazos, cuello, caderas, nalgas, muslos… Cuando se queda satisfecho, me besa.

—Cierra los ojos y relájate —vuelvo a obedecer.

Al instante, noto como levanta las caderas, cogiendo su miembro para dirigirlo hacia mi abertura, donde recoge mi humedad y, después, la dirige un poco más abajo. En cuanto deduzco sus intenciones, me tenso enseguida.

—Shh… Blanca, tranquila. Si quieres que pare, dímelo.

«¿Quiero que pare?»

«En realidad, no. Todos lo sabemos».

—Sigue.

Gonzalo asiente y sigue con lo que estaba haciendo. Yo intento relajarme, aunque me resulta un poco difícil. Nunca he hecho esto antes. Al poco tiempo, noto la punta de Gonzalo en mi otra entrada y tiemblo porque tengo miedo y ganas; y miedo, otra vez. Pero, poco a poco, empieza a introducirla y noto como mi carne se va abriendo.

—¿Te duele? ¿Voy más despacio?

—Estoy bien. Sigue…

Gonzalo vuelve a empujar despacio hacia mi interior y gimo. Vale, sí me duele. Duele que flipas y es una sensación muy rara.

—Gon… Para, para, para.

En cuanto esa súplica sale de mi boca, Gonzalo se queda totalmente inmóvil. Creo que apenas respira. Poco a poco, vuelve en sí, sacándola lentamente de mi interior hasta que está totalmente fuera, pero no se mueve.

—Perdóname —susurra—. Dios, he sido muy bruto.

—No, qué va, no lo has sido. Es solo que yo… no lo he hecho nunca y…

—Lo sé, cielo, perdona.

—La próxima vez será mejor.

—¿Vas a querer una próxima vez? —pregunta algo cortado, pero con un atisbo de ilusión.

—Quiero que esta primera vez sea contigo —afirmo muy segura de mis palabras.

Gonzalo sonríe y, acto seguido, me besa. Después, sale de la cama para ir a lavarse al baño antes de continuar porque la fiesta todavía no se ha terminado. Cuando regresa, lo hace sin el condón y masturbándose. Dios, esa escena que me está regalando es… Me quedo embobada mirándolo, hasta que me da por reaccionar y me levanto de la cama para ir a su encuentro y… arrodillarme.

Acaricio con mi mano derecha su erección antes de metérmela en la boca y empezar a succionar. Primero, despacio, engullendo su polla con mis labios y mi lengua. Después, me dejo llevar acompañando el movimiento de mi cabeza con el de mi mano.

—Dios, Blanca… Quiero correrme en tu boca.

Accedo a esa súplica y acelero mis movimientos. Gonzalo no deja de gemir y yo no puedo parar, pero el punto de inflexión es cuando cojo su mano para colocarla encima de mi cabeza y que guíe mis movimientos porque, en ese mismo instante, siento un líquido caliente y amargo golpeando al fondo de la garganta.

Trago.

Gonzalo cae de rodillas conmigo al suelo, desmadejado, con la respiración agitada, pero consigue recuperar el control de su cuerpo para abrazarme. Y es una sensación… Joder, me está abrazando de una forma que no quiero que me suelte nunca.

Un escalofrío me recorre entera y Gonzalo nos lleva a la cama para taparnos con él nórdico. Una vez dentro, giro para mirarlo y me apoyo en un codo para levantarme un poco. Sin esperarlo, me coge de la cintura para tumbarme sobre su pecho. Empieza a acariciarme la cabeza, haciendo un masaje en movimientos circulares. ¿No es este el mejor post-coito de la historia?

—Blanca, eres… eres todo lo que yo podía soñar.

Me dejo embriagar por sus palabras, por su perfume… Su perfume… Lo beso en los labios despacio, saboreándolo.

—¿A qué hueles Gonzalo? —le vuelvo a preguntar acariciando su cuello.

—¿Por qué me lo preguntas tanto?

—Porque no consigo identificarlo. Quiero regalarte cincuenta botes de la colonia que uses para que nunca dejes de oler así.

—Entonces habla con mi madre —dice en un tono divertido.

—¿Cómo?

—Mi madre, cuando se aburre, se dedica a crear perfumes. Creo que hizo un curso o algo. Desde entonces, me regala siempre la misma combinación, pero no sé de qué está hecha.

Vaya, esa información me sorprende. Nunca habría imaginado que el olor de Gonzalo fuera solo de él; que nadie más en el mundo huele igual que él y eso… me encanta.

—Entonces dile a tu madre que nunca deje de hacerlo.

—Se lo diré. —Apoyo la mejilla en su pecho y me besa el pelo.

—Gonzalo, yo… yo nunca había… ninguna de las dos cosas.

—Lo segundo…, ¿tampoco? —Me mira extrañado.

Niego con la cabeza un poco avergonzada por mi «falta» de experiencias sexuales. Gonzalo me acaricia la mejilla y me dedica una sonrisa muy tierna.

—No te voy a mentir si te digo que me alegra ser yo el primero en esto también. Dios, me has vuelto loco, Blanca.

—Me ha gustado y quiero volver a probar lo primero —confieso.

—¿De verdad? —pregunta ilusionado.

Asiento y le beso los labios.

Lo que he sentido follando esta noche con Gonzalo no puedo explicarlo. Por una vez, la palabra «libertad» se me queda demasiado corta. Es una sensación nueva, bonita, sucia y muy excitante.

Me bajo de su cuerpo para tumbarme en la cama. El sueño me está venciendo poco a poco. Él me da la vuelta, quedando a mi espalda, y rodea con su brazo mi cadera para apoyar su mano en mi

vientre, como hace siempre. Siento un alivio inmenso al notar el calor del cuerpo de Gonzalo a mi espalda.

Pero sigo sin quitarme de encima esa sensación que me dice que le estoy haciendo daño, que en algún momento se cansará de mis idas y venidas y que se alejará para no acabar más magullado.

Lo que no puedo ocultar por más tiempo es que me he enamorado perdidamente de Gonzalo. Apenas me he dado cuenta de cómo ha pasado, pero ha pasado y ya no puedo hacer nada. Sé que mi mirada se lo ha dicho antes que mis labios. Hay cosas que no podemos ocultar porque es nuestro cuerpo el que habla por nosotros. Las palabras tienen el poder de mentir, nuestros cuerpos no aprendieron esa habilidad; es imposible engañar a través del cuerpo porque sabe lo que queremos incluso mucho antes de que nosotros queramos reconocerlo.

—Blanca, yo…

—No hables. —Lo detengo porque el corazón ha bombeado fuerte dentro del pecho al saber las palabras que venían a continuación. No estoy preparada para enfrentarme directamente a ellas—. No hace falta.

Oigo como la respiración de Gonzalo se vuelve irregular, inspira hondo y me aprieta más contra su cuerpo, como si me estuviera escurriendo.

—Siempre nos quedarán las luces de Navidad y las montañas rusas —susurra.

Y lo sé. Lo ha dicho. Con otras palabras, pero lo ha dicho.

25

Inés siempre fue la valiente

Cuando conocí a Inés, me dejó muy claro enseguida que era (muy) heterosexual.

Tenía veintidós años y las hormonas muy disparadas.

Siempre ha sido una chica romántica que cree en el amor en letras mayúsculas, un poco como Gonzalo, pero en el sexo sin ataduras también. Era esa chica que iba por la calle mirando a los hombres descaradamente cuando uno le gustaba; o la que se giraba hasta provocarse tortícolis cuando veía alguno que le llamara la atención. Descaro y poca vergüenza son dos conceptos que la definen bastante bien.

Aunque nunca me ocultó que, también, era hetero-curiosa, es decir, que más de una vez se había pegado un morreo con una chica en alguna fiesta y que no le desagradaba. Pero ella defendía que lo que en realidad le gustaban eran los hombres.

Hasta ella.

Hasta Emma.

Conoció a Emma en una fiesta de las tantas a las que iba los fines de semana.

Yo a veces la acompañaba, pero, justo esa noche, tuve un compromiso familiar con Óscar y no pude salir. Se conocieron por un amigo en común y enseguida conectaron. Charlaron durante toda la noche y Emma, sin tapujos, le contó que era lesbiana. Después de unas cuantas copas y rondas de chupitos, acabaron besándose. No pasaba nada, Inés ya lo había hecho antes.

Pero algo fue diferente.

Con Emma, fue diferente.

Me llamó al día siguiente con una resaca monumental y una rayada del mismo calibre; no comprendía lo que había sentido la noche anterior besando a Emma.

—¿Y si soy bisexual, pichurrina? —me preguntó.

—Pues no pasaría nada. Pero date tiempo, lo mismo se mezcló el

alcohol con un buen beso y… te has confundido —le dije yo.

Pero, no, no se confundió. Las semanas siguientes, hablaron y quedaron mucho. Se hicieron, aparentemente, amigas. No volvieron a besarse, hasta una tarde que quedaron para ir al cine y… volvió a pasar, pero el primer paso lo dio Inés. Y ahí, se asustó. No por nada, sino porque estaba confundida, no se entendía y tardó mucho en hacerlo. En aceptar que se había enamorado de Emma; de una mujer.

Lo pasó mal durante un tiempo al no lograr comprender qué le ocurría. Y yo estuve ahí con ella para recordarle que el amor es así y que no pasaba nada porque se hubiera enamorado de una mujer. Que, aunque pasamos gran parte de la vida etiquetándonos, la vida da muchas vueltas y todo puede cambiar. Que los gustos, las preferencias y los sentimientos cambian. Ese discurso le pegaba más a ella que a mí, la verdad, pero lo que le dije me salió de dentro a pesar de que yo, en aquella época, estaba tan enamorada de Óscar que no me cuestionaba nada. Creía que todo mi futuro estaba con él y mírame ahora: rompiendo una relación de nueve años, con cuernos de por medio y enamorada de mi vecino de al lado al que le arranqué la matrícula del coche. De locos.

Lo de Emma no salió bien. Inés estaba tan confundida que Emma no quiso pasar por eso ni ayudarla. Ella lo tenía todo muy claro y no quería cargar con las inseguridades de nadie. Fue cruel y mi amiga sufrió mucho, aunque lo acabó superando, aceptando que eso le podía volver a pasar. Desde entonces, vive el amor de una manera más sana. Así que no me sorprende que Inés se haya enamorado de Marta: una chica joven, buena, guapa y con una personalidad apabullante. Una mujer fuerte, como ella. Lo que me duele de todo esto es que mi amiga va a sufrir.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Decidí llamar a Inés al día siguiente, después de que Gonzalo se fuera a su casa. Hemos quedado en un bar para inflarnos a cerveza y combatir la resaca; tanto física como emocional. En el fondo, sabía que Inés necesitaba desahogarse y que, si no me lo había contado antes, es porque ella misma estaba intentando digerirlo.

—Supongo que sí —me contesta con la vista fija en su botellín.

—No te tortures, Inés.

—Es que es un marrón, pichurrina. Me he enamorado de la hermana de tu novio. ¿No es de locos? Una chica preciosa que… ¡Vaya! Es heterosexual.

—Gonzalo no es mi novio.

—¿Podemos dejar las gilipolleces para otro momento? Estamos hablando de mí —me replica molesta.

Y me ha dado un punto en la boca porque, es verdad, no estamos aquí para discutir qué somos Gonzalo y yo.

—Perdona, tienes razón. —Resoplo—. Quizá… deberías poner un poco de distancia con ella.

—¿Cómo la que tú estás poniendo con Gonzalo? —replica con suspicacia.

«*Touché*».

—Es diferente —me defiendo.

—Ah, claro, lo vuestro es fácil aunque lo quieras hacer complicado; lo mío es una puta quimera.

Y no puedo contradecirla en nada.

Nos quedamos unos minutos calladas, contemplando nuestros botellines.

Me siento muy impotente porque no sé cómo ayudarla. No sé qué decir. Estoy bloqueada. No sé cómo hacer sentir mejor a Inés cuando ella siempre lo hace conmigo. ¿Acaso es que soy una inútil que no entiende de sentimientos?

—Perdona, pichurrina —dice al cabo de un rato—. Estoy pagando contigo mi frustración y no tienes la culpa.

—No te preocupes. —Le agarro la mano por encima de la mesa—. Yo siento no saber qué decir para hacerte sentir mejor.

—No hace falta que digas nada, solo que estés aquí conmigo. Y que me recojas cuando me caiga, porque eso pasará. Tarde o temprano.

Yo le dedico una sonrisa débil porque me siento mal.

Sufro por ella y me entristece esta situación.

Inés siente tan fuerte que se desborda, que sufre el doble, que se rompe en mil pedazos. Eso sí, acaba reconstruyéndose. Siempre.

—Dime al menos que tú acabaste bien la noche con Gonzalo. —Sonrío como una imbécil al recordarlo—. Vale, no hace falta que digas más. Tu puta cara lo dice todo. Que envidia me das.

Nos reímos.

—No sé ni explicarte cómo fue, Inés. Me hizo un último regalo… —¿Se lo cuento?

—¿Una réplica exacta de su polla?

—¿Qué? ¡No! —Me río—. Hicimos… —gesticulo con mis labios «sexo anal» para que no me oigan el resto de los clientes que tenemos sentados al lado.

—¡¿Sexo anal?! —grita Inés y yo me hago más pequeña en mi sitio tapándome la cara con las manos. La mato—. ¿En serio? Tienes que contármelo todo.

—Pues… Me dijo que quería probar algo conmigo y…, bueno, cuando me quise dar cuenta, le estaba diciendo a todo que sí. Fue supercuidadoso, respetuoso, estuvo pendiente de mí todo el rato y… no acabó bien. Eso dolía un huevo, pero quiero volver a intentarlo.

Lo de la corrida en la boca me lo ahorro… por el momento.

—Hostias, tía. Te juro que es lo último que esperaba que me contases, pero ¡me encanta! El sexo anal, si se hace bien, no es una experiencia traumática. Puede llegar a gustar. Lo raro es que haya alguien que te haya convencido para siquiera probarlo. —Hace una pausa—. Bueno, en realidad, no es tan raro. Estás tan enamorada de él que, efectivamente, le dirías a todo que sí. ¿Ya te ha dicho que él también lo está de ti?

Yo me encojo un poco más en mi asiento al recordar sus últimas palabras.

—No exactamente —respondo algo tensa.

—Ay, pichurrina, te tengo que sacar las palabras con sacacorchos. Explícate.

—Cuando nos fuimos a dormir, quiso decir algo y yo lo detuve porque sabía lo que era. Después, me dijo que siempre nos quedarían las luces de Navidad y las montañas rusas.

Inés se ha quedado paralizada y ojiplática. Empieza a boquear como un pez, intentando buscar las palabras adecuadas. Se aparta de la cara su melena rizada y rubia, algo inquieta.

—Guau. Joder. Vale. Te lo ha dicho con otras palabras. Unas más bonitas, a mi parecer.

—Ya…, yo pensé lo mismo. —Y me acuerdo del momento más surrealista de toda la noche anterior—. ¿Sabes qué me dijo mi madre?

—Uy, ¿qué dijo la bruja Lola? —Me río ante ese mote porque siempre hemos pensado que sí, que mi madre es un poco bruja.

—Que quería verme feliz y que Gonzalo le gustaba. Vamos, que se dio cuenta de todo.

—Te lo dije. —Inés da un gran suspiro, algo derrotada antes de continuar—: Pichurrina, entiendo todas las dudas y razones que tienes, pero… lo tienes tan fácil que, ahora mismo, no veo ningún problema serio que te impida estar con él. Si me dices que para ti solo es sexo, vale, pero no es el caso.

—Es que, Inés…, de solo pensar en volver a lo que tenía con Óscar…, me agobio. No quiero eso. No quiero atarme, no quiero caer otra vez en esa fachada de novia perfecta. No quiero perder mi libertad. No puedo ofrecerle más. No quiero tener novio —sentencio.

Ella asiente y nos sumimos en el silencio, cada una rumiando en su cabeza, aunque sé que le han quedado cosas en el tintero por decirme.

Bebemos cerveza a sorbitos y nos entretenemos quitando la etiqueta del botellín con la uña.

—Me voy a alejar de Marta —sentencia al cabo de un rato—. Es lo mejor. Si sigo así, voy a acabar más pillada y… luego será peor. Si me alejo ahora, quizá podamos mantener la amistad.

Me levanto del asiento y voy a abrazarla. Ambas lo necesitamos. Sé que es difícil para ella, pero siempre ha sido la más valiente de las dos.

—Pichurrina, no le hagas daño a Gonzalo. Si no quieres seguir con él, díselo. Si lo alargas, vais a sufrir los dos. Pero es una pena que queriéndoos…

—Ya, lo sé —la corto—, pero no puedo.

Inés vuelve a suspirar con pesar.

—Te acabarás dando cuenta.

No sé a qué se refiere, pero tampoco pregunto. Sé que es lo que tengo que hacer, aunque no tengo valor para ello.

No tengo valor para sacar a Gonzalo de mi vida, no tengo valor para alejarme. No tengo valor.

Inés siempre fue la valiente.

Después de esa conversación tan sentida con Inés, no me he visto con fuerzas para volver a casa y sentir a Gonzalo al otro lado de la pared.

O sentir a Gonzalo cerca.

Así que me he ido a pasear por la ciudad, sin ningún rumbo fijo; solo paseando por unas calles que me conozco de memoria desde niña, con el frío golpeándome las mejillas; con unos pensamientos tan borrosos como mis ojos.

Estoy haciendo las cosas fatal, lo sé. Lo mío con Gonzalo tenía fecha de caducidad desde un principio, una fecha que yo he ido alargando con citas, cenas, un día en el Parque de Atracciones… Los recuerdos de ese día se me agolpan en el corazón y hacen que suspire casi sollozando. Sé que Inés no me entiende, que nadie lo hace, que no puede ser tan difícil si ambos nos queremos, pero, para mí, lo es. Es como verme de nuevo en el punto de partida. Ni siquiera he podido disfrutar de mi soledad porque Gonzalo apareció tan de repente que no he podido encajar su presencia y tampoco puedo encajar lo que supone para mí su ausencia. Me oprime el estómago. Entonces, ¿qué hago? ¿Qué cojones se supone que tengo que hacer? No hay ningún manual que te explique lo que tienes que hacer cuando te enamoras

de un tío en el momento equivocado. ¿Qué se hace con eso? Quiero gritar de impotencia.

Sigo caminando por las calles hasta que me doy cuenta de que la zona me es demasiado familiar. Me detengo confusa y miro a mi alrededor. Al darme cuenta, cierro los ojos con fuerza. Miro a mi derecha y ahí está: mi antiguo portal; mi antigua casa. Mi antigua vida.

Me empieza a faltar el aire. La calle me da vueltas y unas lágrimas que no entiendo se empiezan a agolpar en mis ojos. Giro sobre mis pasos, saliendo de esa calle lo más rápido que puedo, pero una voz demasiado conocida me detiene.

—¡Blanca!

Paro en seco y me doy la vuelta despacio.

Ahí está, el fantasma de mi vida pasada. Óscar me mira sin creerse que esté delante de él. No ha cambiado nada. Sigue vistiendo sus trajes caros, su pelo castaño es más corto que la última vez que lo vi y sus ojos marrones siguen transmitiendo una seguridad apabullante.

—Hola. —Se me entrecorta la voz.

—Me parecía que eras tú —dice esbozando una pequeña sonrisa —, aunque me extrañaba verte por aquí.

—Ya me iba. —Giro sobre mis talones para seguir caminando, pero Óscar me sujeta del brazo.

—Espera… —Me mira intentando reconocerme, aunque sé bien que no lo hace del todo—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? —Hay preguntas que tenemos tan arraigadas que ni siquiera nos planteamos si las queremos preguntar de verdad, pero salen solas.

—Bien. Volvía de casa de mi madre ahora.

Su madre. Esa mujer que durante muchos años consideré parte de mi familia. No nos damos cuenta, pero cuando rompemos una relación de pareja con alguien, no solo lo hacemos con esa persona, sino también con su entorno, con su familia… Y es muy triste.

—Yo ya me iba a casa… A mi casa —necesito matizar.

—Ayer fue tu cumpleaños —Y no pregunta, afirma, porque obviamente estuvo nueve años celebrándolo conmigo.

—Ajá. —Y, de repente, un calor sube por mis mejillas, encendiéndome—. No sé si me cabrea más que, sabiéndolo, ni siquiera me enviaras un mensaje o pensar que estos nueve años de nuestra vida no han significado nada para ti hasta el punto de que esta sea la primera vez que hablamos en ocho meses.

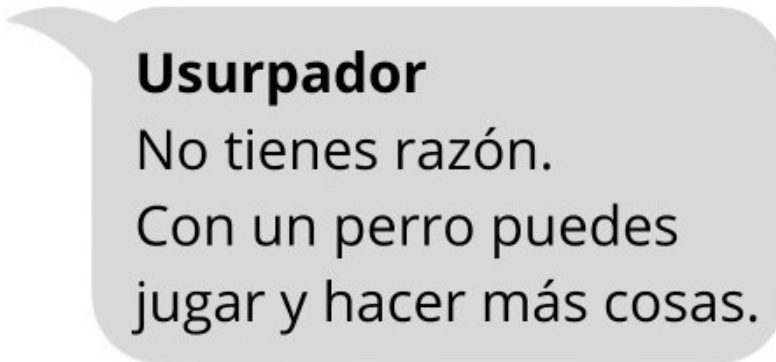
Parece sorprendido ante mis palabras. Aunque ahora que lo miro bien, no sé si es sorprendido, avergonzado o enfadado. Con Óscar las líneas de su carácter siempre estuvieron un poco difusas.

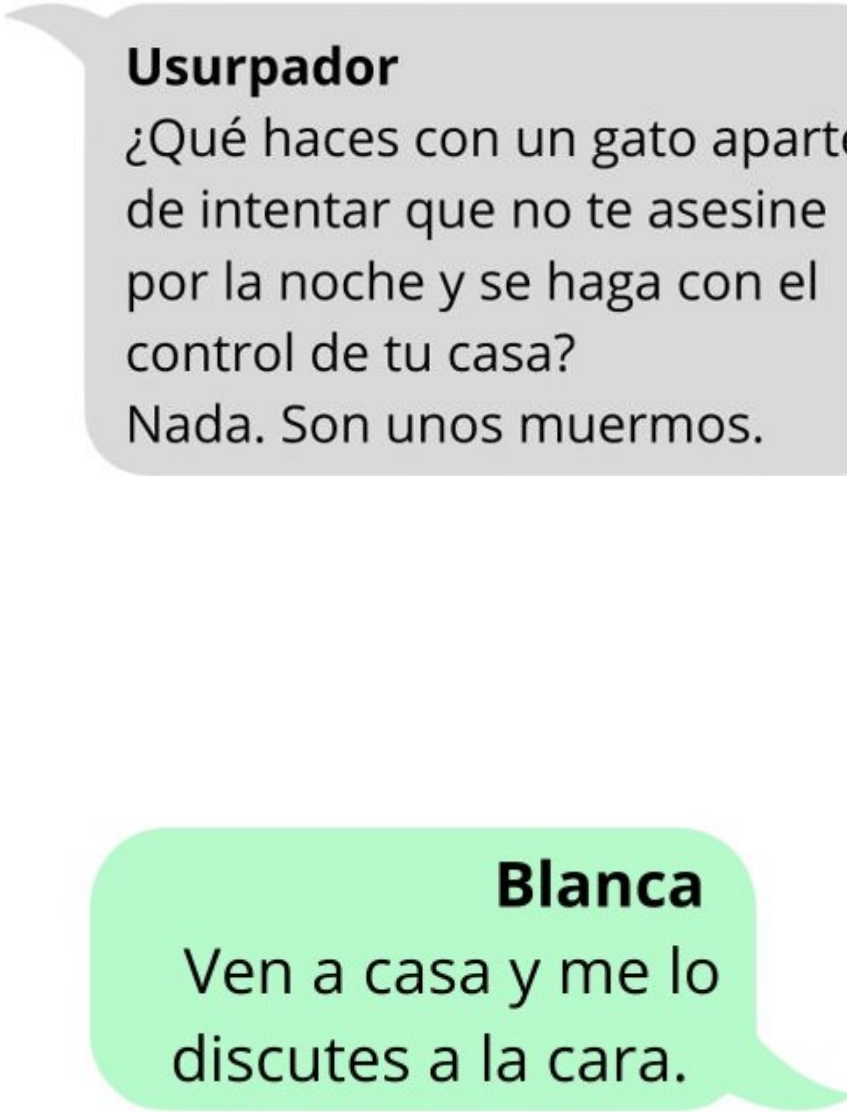
—Pensé que era lo mejor. —Atisbo algo de arrepentimiento en sus ojos, pero quizá lo haya imaginado—. Me ha gustado verte.

Alzo las cejas a modo de despedida y emprendo mi camino a paso ligero para salir de allí lo más rápido que mis temblorosas piernas me permiten.

Cuando llego a casa, me quito la ropa y me meto en la ducha.

Es como si me sintiera sucia por todo. Pensaba que iba mejorando, que iba siendo feliz poco a poco y, de repente, me he reconocido a mí misma haberme enamorado y me he encontrado con mi ex. Todo en menos de veinticuatro horas, lo que me produce una angustia tremenda. Cuando salgo de la ducha, solo hay una cosa que me apetece hacer. Es egoísta y mezquino, pero no me da tiempo a reprochármelo porque ya tengo el móvil en la mano y leo el último mensaje que me ha dejado Gonzalo.





Es una conversación superabsurda que, sinceramente, ni siquiera recuerdo cómo ha empezado.

Mejor no me ha podido salir la jugada. Gonzalo no tarda ni dos

minutos en llamar a mi puerta y voy corriendo a abrirle. Cuando lo tengo en frente, vestido con un pantalón azul oscuro de chándal y una camiseta blanca de manga larga, la cual le marca los brazos, solo puedo arrastrarlo dentro de mi casa y comérmelo. Primero con los labios y luego con mi cuerpo. No le da tiempo ni a saludar.

Lo necesito y no puedo evitarlo, joder.

No nos da tiempo a llegar a la habitación, así que lo desnudo en el salón y yo hago lo mismo. Acabamos en el sofá follando como animales. Intento que todos mis pensamientos se desvanezcan agarrándome a lo que Gonzalo me hace sentir. Cuando nos corremos, nos quedamos unos segundos abrazados, recuperando el aliento, pero me empiezo a sentir como una mierda por lo que acabo de hacer. Porque Gonzalo no se merece que lo utilice de esta manera.

—Pequeña delincuente, creo que me has roto la polla.

Esa frase tan soez, bruta y tan propia de él hace que me ría. Que me ría mucho hasta que se me salten las lágrimas y me duela la tripa. Y hace que se me olvide todo.

Es el «efecto Gonzalo».

Cuando nos hemos recuperado y me vuelvo a vestir (muy a pesar de Gonzalo), sirvo un par de cervezas y nos acurrucamos en el sofá.

—Blanca, no voy a ser yo el que se queje de echar un polvo, pero… a ti te pasa algo.

Me tenso, aunque intento disimular.

—Es solo que te he echado de menos.

Conciencia

«Muy bien, Blanca.
Vas de puta madre mintiéndole con eso».

«No es del todo mentira».

Conciencia

«Pero no es la razón principal
por la que lo has llamado».

Gonzalo me aprieta más contra él.

—Sé que eso no es del todo cierto.

—¿Y tú que sabrás? —replico a la defensiva.

—¿Te das cuenta de cómo acabas de reaccionar, Blanca? Estás rebotada por algo y si no me lo quieres contar, está bien, pero sabes que no quiero que me mientas. Y menos diciendo que me echas de menos.

—No, no te lo quiero contar.

Gonzalo se gira buscando mi mirada; la suya es incrédula, como si no se creyera lo borde que acabo de ser. Otra vez, como al principio.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —brama.

—Nada —le contesto—. Será mejor que te vayas.

Su cara es todo un poema, pero asiente y se levanta del sofá, mirándome de una manera indescriptible. Veo dolor y desconcierto en ella, y eso me parte en dos.

—Sí, será lo mejor —musita con la voz teñida de rabia y tristeza.

Él no se detiene un segundo más a mirarme.

Yo no me muevo del sofá.

Él sale por la puerta de mi casa.

Yo me echo a llorar en cuanto me quedo sola.

Gonzalo ha estado evitándome y no lo culpo.

Me comporté mal, lo pagué todo con él y no se lo merece. No se merece el daño que le causo ni esas ojeras que he visto debajo de sus ojos las dos veces que me lo he encontrado en el rellano y he intentado hablar con él. Sin éxito.

No quiere verme. No quiere dirigirme la palabra. Creo que hasta le molesta que vivamos tan cerca y sea imposible no encontrarnos en algún momento a escasos metros de distancia. Tampoco nos escribimos. En su último mensaje decía que quería devolverme las llaves del coche (que sigue usando él) y yo le dije que si me las devolvía no me hablara nunca más. Al parecer, hizo caso a mi amenaza. Obviamente, no lo dije en serio, pero que Gonzalo tenga mi coche hace que me aferre a la idea de que algo nos queda pendiente; que tenemos una excusa para volver a vernos.

Echo de menos nuestras conversaciones diarias. Esas en las que no decíamos nada importante, pero nos lo contábamos todo. El sentido del humor de Gonzalo, su crispación cuando su jefe le hace alguna cabronada, que me cuente qué come o con quién, que se queje de que mi coche hace un ruido raro y que no se fía de que no lo vaya a dejar tirado. Echo de menos que venga por las noches a darme un beso, que me toque, que me haga el amor, su forma de decirme las cosas sin decírmelas…

Echo de menos a Gonzalo y no lo soporto.

Encima, cada vez estoy más cerca del final de mis vacaciones y sigo sin tener noticias de Alberto.

Al final, ni siquiera me he puesto a buscar otro empleo y debería haberlo hecho, pero he tenido un mes de noviembre bastante entretenido. He entrado en los treinta por la puerta grande, ¿a que sí? La verdad, me agobia bastante el tema. Si no puedo volver a la tienda, tengo que buscar un trabajo mientras espero la indemnización que me van a pagar sí o sí; de lo contrario, voy a perseguir a Alberto hasta el

fin de sus días. Además, tengo que estar pendiente de cobrar el paro. Y ya no hablemos de todos los problemas personales que acarreo.

¡Qué estrés, joder!

Inés sigue ausente. Está lamiéndose las heridas poco a poco, así que ella tampoco lo tiene fácil. La he llamado cada día, aunque nuestras conversaciones se reducen a escasos minutos. No quiero que esté pensando todo el rato en eso y, cuando tienes una… un «algo» con el hermano de la implicada, es complicado. Soy un recuerdo constante de Marta ahora mismo. Así que no la culpo por querer un poco de espacio.

Hoy es un día de esos ociosos, como otros tantos, pero me deja un regusto amargo según van pasando las horas. Como si me fuera apagando paulatinamente junto con la luz del día. No sé, es extraño. Será también que me ha bajado la regla y me he tenido que tomar dos calmantes que me han dejado algo anestesiada. Me encuentro tirada en el sofá, haciendo *zapping* porque ni siquiera me apetece ponerme ninguna serie o película y concentrarme en ella. Pero llevo un rato sin poder ignorar los lloros de Gabriela al otro lado de la pared. Empezaron siendo un murmullo, pucheros esporádicos que, poco a poco, se han ido convirtiendo en un berrinche que no cesa.

Estoy algo preocupada. ¿Y si la niña vuelve a estar mala? ¿Y si Gonzalo está trabajando y Marta está sola y sin coche? Mierda, mi coche lo tiene él. ¿Y si le ha pasado algo a Marta y la niña se encuentra sola? Un montón de ideas funestas están pasando por mi cabeza. Miro la hora en el móvil y veo que son casi las nueve de la noche. Vale, ahora sí me preocupo. A estas horas, un día de diario, Gonzalo suele estar en casa y Marta también.

Alguna fuerza interna que desconozco hace que, tal como voy vestida, es decir, en pijama de franela con cuadros (regalo la tía Encarna) y zapatillas de estar en casa, salga al rellano y llame al timbre de mis vecinos. Espero nerviosa frente a la puerta, retorciéndome las manos, cuando oigo unas pisadas perezosas a través de la puerta y los lloros de Gabriela cada vez más cerca. Cuando se abre la puerta, la imagen que me encuentro hace que se me caiga el alma a los pies. Es Gonzalo con la pequeña en brazos. Pero ese no es Gonzalo, sino una sombra de él. Me quedo unos segundos escrutándolo con la mirada. Su pelo está enmarañado, sus ojeras son incluso más profundas y oscuras, sus ojos están acuosos y rojos y su rostro denota un cansancio desmesurado.

—¿Querías algo? —pregunta tratándome como si fuera una desconocida. Como lo harías si una persona cualquiera se hubiera presentado en tu puerta. Con el ceño fruncido y cara de desconcierto.

Pero no soy una desconocida. Soy yo, joder.

—¿Estás… bien? —balbuceo porque me he quedado muy

sorprendida al verlo en ese estado con la pequeña en brazos.

—Perfectamente —contesta seco.

—Llevo un rato oyendo a Gabriela llorar sin parar.

Gonzalo mira a su sobrina y no me pasa desapercibido su deje de preocupación.

—Estamos bien —afirma, pero sé que es mentira.

—Gonzalo, ¿qué pasa? —pregunto alargando mi mano para tocarle el brazo.

Ese gesto era una señal de apoyo para que se dejara ayudar por mí, pero lo que he recibido es el calor de su cuerpo. Y no calidez, sino calor. Temperatura alta. Fiebre. Cuando lo toco, se aparta enseguida y retira su mirada de la mía.

—Estás enfermo —confirmo—. ¿Y Marta?

—Tenía una cena de trabajo a la que no podía faltar.

—¿Sabe que estás enfermo? —Niega con la cabeza.

Y reacciono. Actúo. Sin esperar a que él me lo pida. Le quito a Gabriela de entre sus brazos y la cojo, acunándola para que deje de llorar.

—Me tenías que haber llamado, Gonzalo. ¿Sabes que le puedes pegar a la niña eso que sea que has cogido? Y deberías habérselo dicho a Marta.

Veo culpa en sus ojos y, aunque no me gusta hacerle sentir así, debe ser consciente de que pone en riesgo a su sobrina y todo porque está enfadado conmigo.

—Sigo enfadado contigo.

—Lo sé y ya hablaremos de eso. Pero lo primero son la niña y tu salud. Vamos. —Me adentro en la casa.

Dejo a la niña en la cuna momentáneamente para hacer balance de la situación. Veo un montón de pañuelos encima de la mesa baja del salón y una manta arrugada en el sofá. Dios, seguro que hasta le cuesta mantenerse en pie.

—Te voy a hacer unas cuantas preguntas antes de empezar a controlar la situación y más te vale que no te hagas el valiente porque esto es importante. —Gonzalo suspira, pero asiente—. Vale. ¿La niña ha cenado? En caso contrario, ¿qué cena cuando Marta no está? ¿Cuánta fiebre tienes? ¿Qué síntomas tienes? ¿Desde cuándo estás así?

—No, no ha cenado. Marta tiene leche en la nevera. Treinta y ocho y medio. Tos, dolor de garganta y dolor de cabeza. Desde ayer —contesta a todas mis preguntas por orden.

—¿Me has echado de menos?

—Sí. —Cuando se da cuenta de lo que acaba de contestar, me mira fijamente con el ceño fruncido, algo crispado—. Eso ha sido muy sucio por tu parte.

«¿Qué coño haces, Blanca?»

«No lo sé».

—Lo siento.

Aparto la mirada porque mi pregunta ha estado totalmente fuera de lugar. Me dirijo a la cocina a buscar la leche para Gabriela. Cuando la localizo, la saco, ignorando totalmente la presencia de Gonzalo detrás de mí, y empiezo a buscar por los muebles algún biberón.

—Pequeña delincuente. —Que me llame así me da esperanzas de que su enfado conmigo vaya disminuyendo. Nunca creí que lo fuera a echar de menos—. No tienes por qué hacer esto.

Me doy la vuelta para mirarlo. Tiene un aspecto horrible.

—Lo hago porque me importáis. —Le aguanto la mirada. Eso que he dicho es una verdad como un templo. Lo más sincero que le he dicho últimamente. Al ver que no responde, prosigo—: Tienes un resfriado de caballo, usurpador. Posiblemente porque has cogido frío. ¿Te has tomado algo?

—Paracetamol.

—Eso no va a ser suficiente. Date una ducha y despéjate. Cámbiate de ropa. ¿Hace cuantas horas que te lo has tomado?

—Unas… cinco o así.

—Vale, pues cuando salgas de la ducha, tomate un ibuprofeno. A ver si consigue bajarte algo la fiebre. Aunque deberías ir al médico, a lo mejor necesitas antibiótico.

Gonzalo me mira estupefacto.

—¿Desde cuándo sabes tanto de medicina? ¿Y qué es esa cosa que llevas puesta?

—No sé tanto. —Sonrío—. Pero mi madre siempre fue muy cuidadosa conmigo y, de una madre como la mía, se aprenden un montón de cosas. El pijama fue un regalo, no me juzgues.

Él esboza una sonrisa ladeada casi imperceptible, levanta las manos en señal de inocencia y se da la vuelta para dirigirse al baño. Yo cojo el biberón y en un cazo con agua hiervo la tetina para esterilizarla mientras caliento la leche un poco en el microondas. Cuando creo que está listo, compruebo la temperatura y me dirijo con el biberón hacia Gabriela. Me siento con ella en el sofá, primero tranquilizándola un poco y, después, poniendo la tetina en su boca, a la cual se agarra enseguida. Cinco minutos después, veo como Gonzalo se dirige a la cocina y se toma una pastilla. Luego, se sienta junto a nosotras en el sofá.

—Aléjate un poco. Ya has estado muy cerca de la niña —No se lo digo a malas, simplemente es precaución.

Él asiente y se recuesta al otro lado del sofá, tapándose con la

manta. A pesar de que la temperatura del piso es buena, debe estar destemplado por la fiebre. Yo solo le presto atención a Gabriela, viendo como cierra los ojitos mientras se toma el biberón y como lo agarra con sus manitas. Aprecio esas pestañas tan bonitas, las venitas de sus párpados, sus mofletes sonrosados, siento el peso de su cuerpo en mis brazos, el olor a bebé, su calor corporal mezclándose con el mío. Aun así, noto la mirada de Gonzalo clavada en mí y siento una fuerza extraña. Cuando la pequeña se termina el biberón, hago que eche los gases y la vuelvo a acunar entre mis brazos, haciéndole cosquillitas en la espalda para que se duerma.

—Vaya…, sí que se te da bien —comenta Gonzalo, apenas en un susurro.

Lo miro por primera vez en un rato largo y nuestros ojos colisionan. Tiene mejor aspecto y su ceño ya no está fruncido, sino que tiene la mirada serena. Yo sonrío algo tímida.

—Los niños me gustan, pero eso ya lo sabes.

—Y, aun así, no quieres tener hijos —apunta.

—Ambas cosas son perfectamente compatibles. No porque te gusten los niños tienes que querer tener hijos —replico.

Gonzalo suspira y asiente.

—Siempre lo di por hecho.

—¿A Marta, antes de ser madre, le gustaban los niños?

—No mucho —contesta y se rinde ante la evidencia.

—Y, aun así, decidió tener a su hija. Se vio inmersa en ello, lo aceptó y tomó una decisión. A veces las cosas vienen sobrevenidas.

—Ella lo pasó muy mal cuando se quedó embarazada, pero siempre tuvo claro que no quería abortar y eso que nuestros padres se lo… propusieron, por así decirlo.

—Nos contó a Inés y a mí que vuestros padres no apoyaron su decisión, pero que te tuvo a ti.

—Estaba muerta de miedo, Blanca, y se sentía sola. Yo hice todo lo que estuvo en mi mano. La apoyé porque, desde que nació, Marta es el centro de mi mundo. Siempre he sabido que, como hermano mayor, tenía que protegerla. Al final nació esta pequeñina, nos enamoró a todos y las cosas fueron a mejor. Mis padres la adoran.

Sonrío porque su historia me parece muy tierna. Sentir ese amor entre hermanos, que yo nunca he experimentado, tiene que ser una experiencia bonita.

—Tienes mejor cara. ¿Has cenado? —Niega con la cabeza.

Miro a Gabriela, que se ha quedado dormida en mis brazos, y la dejo cuidadosamente en la cuna.

—Voy a prepararte algo —lo informo—. Pero antes quita todos esos pañuelos y limpia la mesa. Debe estar plagada de virus o de lo que sea que tengas.

—No tengo hambre.

—Me da igual, tienes que comer después de meterte dos pastillas. Y tienes que recuperar fuerzas.

Lo malo es que mis conocimientos culinarios son bastante escuetos. Así que opto por hacer un par de sándwiches con todo lo que pillo en la nevera. Cuando vuelvo al salón, está todo recogido y Gonzalo ha puesto una especie de mantel en la mesita baja. Deposito la bandeja con la cena y le tiendo su plato. Él lo mira con desconfianza.

—Vas a tener que confiar en mí. No te voy a envenenar.

Vuelvo a la cocina a por dos vasos y agua. Para él una jarra de agua del grifo con un chorrito de limón; para mí, agua de la nevera. Comemos en silencio y veo cómo Gonzalo hace una mueca de dolor con cada trago que da. Es probable que tenga anginas o algo así. Le recuerdo que tiene que ir al médico, que quizá no sea solo un simple resfriado. Él asiente poco convencido. ¿Qué les pasa a los hombres con el médico? Ni que de pequeños les hicieran algo que los dejara traumatizados de por vida.

—La verdad es que eres bastante buen enfermo. Tendrías que ver a mi padre. Parece que se muere con un poco de tos. —Me río.

—Parece un buen hombre, aunque me mirara como si él mismo fuera una señal gigante de advertencia, en plan: «toca a mi hija y te aniquilo».

Suelto una carcajada. Mi padre puede ser muy contundente solo con mirarte. Nunca le hizo falta castigarme porque con una mirada me era bastante para saber que no tenía que volver a hacer algunas cosas.

Seguimos comiendo, pero, desde hace un rato, hay dos palabras que me queman en la punta de la lengua. Tengo que decirlas. Gonzalo tiene que oírlas. Lo miro mientras se termina el sándwich entre muecas de fastidio. Aun así, está guapísimo. O yo estoy tan pillada por él que me gustaría aunque tuviera varicela y la cara llena de pústulas.

—Lo siento, Gonzalo. —Su mirada se me clava—. Siento cómo me comporté contigo el otro día. Fui una gilipollas.

—Lo fuiste.

—De verdad que lo siento.

—Blanca —se gira para poder mirarme mejor y dirigirse a mí—, todos tenemos malos días. Todos. Lo único que yo te pido es que no me mientas ni me pongas excusas. No me importa que te guardes cosas para ti, es humano y todos necesitamos tener cosas que solo sean nuestras. Pero, por favor, no me mientas. Y… no me digas que me echas de menos si es mentira. Eso no lo soporto. Me siento como un imbécil.

No sé cómo ha podido soltar toda esa parrafada cuando se nota a la legua que, por culpa del dolor de garganta, le cuesta hablar. Creo

que llevaba conteniendo esas palabras todos estos días. Aunque no las ha soltado con rabia, sino que ha sido casi una súplica.

Y, de repente, veo absurdo ocultarle mi mal humor del otro día. Una gilipollez como un templo porque sé que él no me va a juzgar, sé que no me va a decir nada malo.

Entonces, le cuento que me encontré con Óscar aquel día y que me cabreó. La conversación con Inés la he obviado porque tocamos temas que: primero, no es asunto mío y, segundo, hay cosas que no estoy preparada para hablarlas con él. Gonzalo me escucha con el ceño fruncido. Cada vez que nombro a «mi ex» (para Gonzalo no tiene nombre porque no se lo he dicho y parece que a él no le hace falta saberlo) se tensa y creo que hasta le tiene un poco de manía. Tampoco es que yo le haya contado grandes cosas de mi relación con él, así que supongo que simplemente es empatía hacía mí. Una empatía que no sé si entiendo bien.

Inconscientemente y según hablaba, me he acercado más a él. Bastante cerca, de hecho.

—Te he echado de menos estos días —concluyo después de mi retahíla. Y se lo he dicho de verdad; he sido del todo sincera.

—Yo a ti también, Blanca, no te imaginas cuánto.

Y cuando me quiero dar cuenta, lo he abrazado con anhelo, con ganas, con necesidad y he enterrado la cabeza en su cuello. Noto su piel caliente pegada a la mía, aunque le ha bajado un poco la fiebre. Él me rodea con sus brazos y suspira con alivio.

Nos quedamos en silencio unos minutos, aquí, abrazos en su sofá, hasta que a Gonzalo le da un ataque de tos.

—Te lo voy a pegar al final, Blanca.

—Me da igual. Necesito esto. —Y vuelvo a abrazarlo como si fuera una niña que no se quiere despegar de su juguete favorito.

Al cabo de un rato, percibo que los ojos de Gonzalo empiezan a cerrarse sin remedio.

—Gon…, vete a dormir.

—No… —murmura entre sueños—. Gabriela…

—Yo me quedo con la niña hasta que llegue Marta. Vete a dormir, necesitas recuperar fuerzas. Te voy a preparar leche con miel, para que duermas mejor y te calme la garganta.

—Pareces mi madre —susurra rodeándome la cadera con su brazo y escondiendo la cara en mi cuello.

—Venga, a la cama —lo apremio muerta de risa.

—Duerme conmigo.

—No puedo, tengo que estar pendiente de la niña y estarás más cómodo solo en la cama.

—Eso es mentira. —Unos segundos después, se pone en pie, depositando un tierno beso en mi pelo, y desaparece por el pasillo.

Echo un ojo a Gabriela, que sigue dormida como un ceporro, le preparo a Gonzalo la leche y se la dejo en la mesilla de noche. Antes de salir, me percato de que nunca había estado en su habitación. Me detengo a echarle un vistazo y no me dice nada. Es la típica habitación de una persona que está de paso, como yo tenía la casa hasta que comprendí que ese era mi nuevo hogar. Solo está la cama, una mesilla, el armario y una butaca con su ropa desparramada. Una vez de vuelta al salón, me siento en el sofá y trasteo con los programas de televisión mientras espero a Marta. Sobre las doce y media, oigo la cerradura de la puerta de casa y a Marta llamando a Gonzalo desde la entrada mientras se quita los tacones.

—¿Hermanito? —susurra.

Cuando entra al salón y me encuentra a mí en el sofá, se da un susto de muerte.

—¿Blanca? ¿Qué haces aquí? ¿Y Gonzalo?

—Tranquila. Gonzalo está durmiendo. Resulta que está enfermo. —Marta pone los ojos como platos y busca a su hija con la mirada—. Gabriela está bien. Oí desde mi casa que no paraba de llorar y vine a ver qué pasaba. Me encontré a Gonzalo con un fiebrón del quince y a la niña inconsolable. Así que he dado de cenar a Gabriela según las instrucciones que le has dado a tu hermano y lleva dos horas dormida.

—¿Y el *mongolo* por qué no me ha dicho que estaba enfermo? Hay que joderse. Podía pegárselo a Gabriela, si es que no lo ha hecho ya.

Yo me encojo de hombros por no decirle que es debido a un orgullo masculino mal entendido.

—Ya le he echado yo la bronca por eso.

—Gracias por todo, Blanca, de verdad. No sé qué haría mi hermano sin ti.

Mi sonrisa es algo tirante. No quiero que Gonzalo dependa de mí en ningún sentido, no puedo permitir eso. Ni él debería consentirlo. Le doy un beso de despedida a Marta y, cuando me dispongo a salir por la puerta, me detiene cogiéndome del brazo, algo nerviosa y meditabunda.

—Oye, Blanca, no sé si me estoy metiendo dónde no me llaman, pero… —Oh, oh—. ¿Sabes si Inés está bien?

Y, aunque quede feo decirlo, suspiro con alivio porque pensaba que iba a preguntar algo incómodo sobre su hermano y yo.

—Está bien, Marta —me limito a decir. No quiero hablar de más.

—Es que… últimamente está un poco distante. Casi no contesta mis mensajes y no sé si he hecho o dicho algo que le ha molestado.

«Has hecho algo maravilloso, Marta. Eres una persona tan buena e increíble que Inés se ha enamorado de ti sin remedio. Pero es imposible que sea correspondido».

Eso no puedo decírselo.

—No has hecho nada, Marta. Es solo que Inés está pasando por algo complicado y necesita tiempo. Pero no te preocupes, de verdad.
—¿Qué le voy a decir?

Ella asiente, aunque no lo hace convencida. Nos volvemos a despedir y yo me voy a mi casa con un nudo en el estómago, pero, a la vez, con una sensación cálida en el pecho. Cuidar de Gonzalo me ha hecho sentir bien; saber que me ha perdonado me ha hecho sentir mejor. Ha sido un momento muy íntimo que, lejos de asustarme, me ha dejado una sensación bonita.

¿Por qué los humanos seremos tan contradictorios y caóticos?

27

No cambia nada

He venido a dar una vuelta por el centro comercial que está a las afueras de la ciudad.

Al ser entre semana, esto está prácticamente vacío; lo cual agradezco. Quizá lo más inteligente hubiera sido ir al centro y ahorrarme algo de gasolina, pero no quería tener la tentación de «dejarme caer» por la tienda y meter presión.

¿Y por qué he venido al centro comercial? Pues porque me aburro como una ostra. Obviamente, todo el mundo está trabajando y yo, aparte de regodearme en mi mala suerte, no tengo nada que hacer.

Cerebro
«Claro, porque buscar trabajo
no es una prioridad en tu vida».

«De verdad, me cansas».

Tampoco es que vaya a comprar nada, mi economía no está para ese tipo de gastos y menos si quiero llegar a fin de mes. Qué tortura esto de ser pobre, ¿eh? Oye, el dinero no da la felicidad, de acuerdo, pero no me importaría llorar con unos cuantos miles de euros en mi cuenta bancaria, la verdad.

Estoy recorriendo los pasillos sin un rumbo fijo. Miro aquí y allá, intentando no pararme a mirar muy fijamente los escaparates por si me encapricho de algo que no me puedo permitir. Porque, encima, soy de las que no se reprimen en el ochenta por ciento de las veces. Eso sí, decido ir a comprar un café para llevar en Starbucks porque, claro, una no se puede permitir lujos, pero si gastarse cuatro euros en un café grande. La coherencia no es lo mío, pero es que ese café es mi debilidad.

Estoy yendo hacia la cafetería cuando paso al lado de un área de descanso donde hay algunos sillones y *stands* con conectores para que la gente cargue el móvil. No hay mucha gente, por lo que una mujer

morena llama mi atención. Una mujer que está sentada en uno de los sillones, con la mano agarrada al vientre, medio encorvada y respirando con dificultad. Me acerco a ella de inmediato para ver si está bien, ya que nadie parece percatarse de que algo no va como debería.

—Oye, ¿te encuentras bien? ¿Estás sola?

La mujer levanta la cabeza y me quedo petrificada. Tiene el rostro contraído en una mueca de dolor, con las lágrimas brotando y una expresión aterrorizada en su mirada. Creo que nunca había visto tanto miedo en los ojos de una persona. Pero no solo es eso…

—¿Olivia?

Ella me reconoce al instante e intenta apartarse de mí, aunque nuestras posiciones hacen difícil esa tarea.

—Vete. Estoy bien —me espeta, retirándome la mirada.

Vuelve a contraerse de dolor. Joder, algo no va bien. No para de tocarse el vientre y de inclinarse hacia delante.

—¿Te duele? ¿Es la niña?

—¡Que te largues! ¿No crees que ya has hecho suficiente daño? —sisea.

Pero no hago caso a lo que me dice, me tiene preocupada de verdad y… Mierda.

—Olivia… —susurro muy despacio para que no note nerviosismo en mi voz y me acuclillo enfrente de ella—. Tranquila, ¿vale? Pero… estás sangrando.

Ella se mira la entrepierna asustada y empieza a sollozar descontroladamente cuando ve esa mancha roja oscura en su pantalón vaquero. Yo contengo la respiración porque esto no es bueno. No es nada bueno, joder. ¿Qué hago ahora?

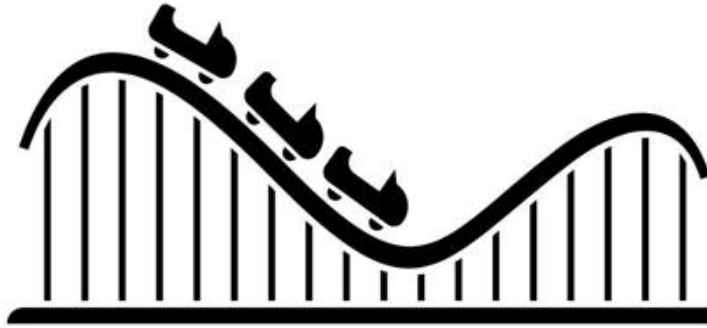
—No, no, no, no, no —susurra muy bajito, rota de dolor—. Mi hija…

—Voy a llamar a una ambulancia.

—¡No! Una ambulancia no. —Me detiene, cogiéndome del brazo y respirando con dificultad sin dejar de llorar—. Ayúdame, por favor.

Y no me lo pienso más. Intento que se ponga de pie a pesar del dolor y la ayudo a caminar. Con mucha dificultad, llegamos al coche diez minutos después y salgo pitando hacia el hospital.

Creo que nunca antes en mi vida he conducido con tantos nervios, con tanto miedo, con el corazón bombeándome fuerte en el pecho, ni a ochenta kilómetros por hora en zona de ciudad. La multa me la merezco, pero no me arrepiento porque está en juego una vida que siento la necesidad de salvar a toda costa.



Recuerdo la última vez que estuve en esta sala de espera.

Fue cuando Gabriela tuvo otitis y la traje junto a Marta a urgencias; una madre con el pánico en la mirada al no saber cómo ayudar a su hija. Me parece tan lejano aquello… Ahora estoy aquí por una madre que tiene verdadero pánico al solo hecho de no poder llegar a conocer a su hija. Apenas hemos hablado de camino aquí; ella solo contenía el dolor cómo podía y yo estaba muy concentrada en no matarnos por mi conducción temeraria. En cuanto hemos entrado por la puerta de urgencias, un celador la ha sentado en una silla de ruedas y se la han llevado para dentro… No sin que antes Olivia me advirtiera de que no llamara a Alberto.

Mierda. Joder. ¿Cómo no voy a llamarlo? También es su hija y él sigue siendo mi jefe. El corazón y el sentido común me dice que tengo que hacerlo, pero otra parte (la ganadora) me ha dicho que respete la decisión de Olivia.

Espero no estar equivocándome.

Al cabo de dos horas, el móvil me quema en las manos y no dejo de preguntarme por qué sigo aquí…, pero no puedo dejar sola a Olivia. Si no quiere que Alberto esté aquí, alguien tiene que estar. No me puedo ir.

—¿Acompañantes de Olivia Beltrán?

—¡Yo! —Me levanto como un resorte, sin caer en la cuenta de que no sé cómo se apellida Olivia y que, a lo mejor, me he confundido. Pero no comento nada para no quedar como una imbécil.

La enfermera me dedica una mirada tierna, aunque cansada, antes de contarme lo sucedido.

—¿Eres su hermana? —me pregunta.

No sé dónde nos ha visto el parecido, porque Olivia y yo no nos parecemos ni en el blanco de los ojos físicamente. Ella es una mujer alta, de pelo rizado y moreno, y unos ojos color miel preciosos. Yo, en cambio, soy un tapón, muy rubia, de pelo lacio y ojos verdes. Si fuéramos hermanas, alguna sería adoptada.

—No, soy…

«Mierda. ¿Ahora qué digo?»

—Soy una conocida. La he encontrado en el centro comercial muerta del dolor y la he traído al hospital en cuanto ha empezado a sangrar —termino contando, rezando porque estemos hablando de la misma Olivia—. ¿Están bien?

—Olivia y la pequeña están bien. —Respiro de alivio por no haberme equivocado y por saber que ambas están fuera de peligro—. Lo que ha sufrido son unas pequeñas contracciones que hemos conseguido controlar con medicación y el sangrado entra dentro de lo normal en algunos embarazos.

Asiento como una autómata, como si entendiera algo sobre los riesgos de los embarazos.

—Me ha pedido que salga a buscarla. Quiere verla.

—¿A mí? —pregunto sorprendida.

La enfermera asiente y me insta a que la siga, así que lo hago. Cuando llegamos al box en el que está Olivia, rodeada de más gente quejándose de sus dolencias, me doy cuenta de los nervios que tenía y la necesidad de que todo saliera bien. El ver a Olivia más tranquila, sin esa mueca de pánico y dolor que la acompañaban antes, me tranquiliza. A pesar de eso, tiene muy mala cara. La enfermera le dice que cuando quiera se puede marchar y que, si vuelve a tener alguna pérdida, acuda de inmediato. Ah, y que haga reposo moderado durante tres días. Cero estrés. Pues estamos buenos con eso…

—No te has ido —me dice en cuanto me ve, algo sorprendida.

Me encojo de hombros y me arrimo a la camilla.

—No querías que llamara a Alberto y no podía dejarte sola aquí.

—¿Por qué? No tenías ninguna obligación.

—Porque quería asegurarme de que ambas estabais bien. Sois la vida de Alberto y él es mi jefe. Le tengo aprecio.

Cerebro

«Cuidado por ahí, Blanca.
Cuidado que eres propensa a las cagadas».

—¿Le tienes algo más que aprecio no crees? —me escupe con rabia.

—No, solo aprecio —respondo tranquila a pesar de la incomodidad de la situación.

Ella me retira la vista y no replica, lo cual me parece extraño. Se toca el vientre en un acto reflejo. Está triste y asustada. Ha pasado mucho miedo y es normal. Joder, yo no sé lo que se siente cuando piensas que puedes perder a tu hija sin conocerla, pero… debe ser una sensación que no le desearía, ni siquiera, a Amanda Robles. Intento desviar la atención hacia otro lado antes de que el tema de su marido

vuelva a salir y la acabe liando de alguna manera.

—Me alegra mucho que ambas estéis bien.

—Lo que ha pasado hoy no cambia nada. —Me advierte.

—Lo sé, no pretendía que nada cambiara, Olivia. No te he ayudado para que algo cambiara, sino porque no está en mi condición humana dejar a una persona tirada pudiendo ayudarla y, menos, en la situación en la que te encontrabas.

—Gracias —susurra muy bajito.

—No es nada. —Sonrío sinceramente—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Llamaré a Alberto para que me lleve a casa y…, de verdad, gracias por ayudarme y traerme al hospital.

—Como te he dicho, no tienes que darme las gracias. Y me parece bien que lo llames. Él tiene derecho a saber lo que ha pasado… Sois lo más importante para él.

—Adiós, Blanca.

Okey, lo capto.

—Adiós, Olivia. Cuidaos. Las dos.

Mientras salgo de la zona de urgencias del hospital, pienso sinceramente que mi vida cada día es más surrealista. ¿Qué probabilidades había de encontrarme a Olivia en el centro comercial y, menos, en esas circunstancias? Y más surrealista todavía es que se haya dejado ayudar por mí y no hubiera pedido ayuda a otra persona.

Sé que lo que ha pasado hoy no cambia nada, pero me he sentido bien ayudando a Olivia y a esa pequeña que todavía no ha nacido. Me siento responsable por la situación que tanto Alberto como ella están viviendo con, encima, un hijo en camino. Pero espero de verdad que, cuando yo haya desaparecido de la tienda, Olivia le dé una segunda oportunidad.

Si es que, ¿en qué hora decidí que ese momento era el idóneo para empezar a apagar los plomos de mi cerebro?

Cerebro

«Pues uno muy malo, ya te lo digo yo.
A ver si aprendes a ignorarme un poco menos».

28

El poder mágico de los ojos

Blanca

—¿Os habéis vuelto locos? Sí, debe de ser eso. Que estáis chalados.

—Blanca, esto va muy en serio. Es tu posible billete de vuelta.

—Veo lagunas al plan por todos lados. Puedo acabar muerta perfectamente.

—Te prometo que no. Olivia dice que necesita hablar contigo.

—No sé, Alberto. ¿Desde cuándo se quiere mantener una conversación con «la otra»? Desde nunca.

Mi jefe suspira frustrado.

—Algo tendrá que ver lo que pasó el otro día, ¿no crees? Salvaste la vida de nuestra hija.

—No fue para tanto, solo llevé a Olivia al hospital. Lo hubiera hecho cualquiera en mi lugar.

Suspiro y me estremezco al recordar ese día.

No sé de dónde saqué tanta sangre fría para mantener los nervios a raya en esa situación. Igualmente, mi cerebro va a toda pastilla intentando tomar una decisión. Olivia me dijo que no cambiaría nada y lo comprendí, entonces no entiendo su repentino interés en hablar conmigo.

Cerebro

«Parece una trampa».

«¿Tú crees?»

Cerebro
«Me vas a decir que no es raro de cojones
que te inviten a cenar a su casa».

«Olivia me va a envenenar».

Cerebro
«Es posible».

—Pero lo hiciste tú y no sabes lo que te lo agradezco. —Hace una pausa—. Tráete a alguien. Un acompañante. No sé, a quién quieras si no quieres venir sola. Pero por favor, ven a la puta cena.

—Está bien. ¿Cuándo?

—Mañana a las nueve. Gracias, Blanca.

Es de puto locos. Voy a ir a cenar a casa de mi jefe, con el que me acosté hace meses, y con su mujer embarazada que me odia, pero que «salvé» la vida de su hija el otro día. Bueno, decir que salvé su vida me parece un poco fuerte, no sé el riesgo real que sufrió en realidad. ¿Puede ser mi vida más surrealista? Es que no me jodas. Ni de coña voy sola. Si me van a matar, al menos, que haya algún testigo. ¿Y quién es el único candidato que me planteo que venga? Exacto.

—Ni de puta coña, Blanca.

—Por favor… —suplico.

—¿Pero qué pinto yo en esa cena con personas que no conozco y encima sabiendo la movida que hay detrás? ¿Estamos locos?

Definitivamente, debemos de estarlo si esto se va a llevar a cabo.

—Ser testigo de mi asesinato. Alguien tendrá que contarlo —le digo muy seria.

—No tiene gracia, joder.

—No pretendía ser graciosa. Hablo en serio.

Gonzalo resopla. Por suerte, ya se encuentra mejor de sus anginas (me hizo caso y fue al médico) y está en perfectas condiciones para concederme este favor. En realidad, soy consciente de que todo esto es una locura y que el marrón en el que lo estoy metiendo no es

pequeño, pero no me atrevo a ir sola a esa jodida cena que huele de lejos a trampa.

—No es buena idea.

—No me queda otra opción. Ya he aceptado. Yo tengo que ir. Piénsatelo, por favor.

No puedo obligarlo. No puedo reprochárselo. Estoy siendo muy egoísta al pedirle esto, así que no voy a insistir más. Me tendré que enfrentar a esa cena yo sola.

¿Qué se pone una cuando va a una cena de este calibre?

Pues ni puta idea. He pensado en ir un poco informal, pero no quiero que piensen que la cena me la trae al pairo; también he pensado en arreglarme un poco más de lo normal, pero me da miedo que a Olivia se le cruce el cable y piense que me pongo guapa para su marido.

«¿Qué hago?»

Llevo media hora envuelta solo con una toalla en pleno noviembre, enfrente del armario, pensando seriamente si ir con un saco de patatas. Finalmente, y después de darle infinitas vueltas, tantas que creo que me siento algo mareada, decido ponerme unos vaqueros negros, un jersey *oversize* en rosa palo y mis botas negras de tacón grueso. Me he maquillado mínimamente, lo suficiente para unificar mi tono de piel y las ojeras. Me miro al espejo y me veo. No, no es una gilipollez. Es que me siento yo así vestida. Ni disfrazada ni intentando ser alguien que no soy y creo que es la mejor opción.

Tengo una estrategia.

Cerebro
«¿Recuerdas lo bien que
salió tu última estrategia?»

«Cállate».

Mi estrategia es simple: no aparentar algo que no soy. Quiero decir que voy a aguantar todo lo que Olivia quiera decirme, como si me quiere insultar. Tiene ese derecho. Voy a poner las cosas fáciles a todos, pero no voy a dejar de ser yo. Me defenderé, intentaré explicarme, sin montar ningún pollo, dialogando. Parece fácil, ¿no? Pues seguramente no lo sea, pero necesito mentalizarme teniendo una actitud positiva si no quiero que me coman los nervios. Porque se me va a salir el estómago del cuerpo y no por hambre. De hecho, no creo ni que pueda probar bocado en esa cena.

Alberto me ha mandado la ubicación y su casa está a unos veinte minutos de la mía en coche. Le he tenido que pedir las llaves a Gonzalo para poder ir (al final decidió mandar al desguace su antiguo coche, con mucha pena, así que sigue usando el mío). Él me las ha dado, pero no va a acompañarme. Cree que esta estúpida cena es una idea nefasta y que voy a pasar un mal rato para nada porque ya tengo un pie y medio fuera de la tienda. Al principio me enfadé por su negativismo y me molestó, pero no era negativismo. Era otra cosa: «Blanca, eres preciosa, divertida, buena persona y simpática cuando no te lías a mutilar coches. Créeme, en cuanto su mujer pase cinco minutos contigo en condiciones normales te va a hacer la cruz».

Eso me dijo y yo me morí un poco más. Por él.

Me miro una última vez en el espejo de la entrada antes de agarrar el pomo de la puerta y dirigirme hacia el matadero donde van a dictar mi sentencia de muerte. Y no es una forma de hablar, es probable que acabe muerta.

El ascensor debe estar en el quinto pimiento porque está tardando más de lo normal en llegar al tercero. Mientras, reviso que llevo todo y me aliso el abrigo, por hacer algo.

—¿De verdad lo vas a hacer? —La voz grave de Gonzalo resuena por todo el rellano y me giro hacia él.

—¿Tengo otra opción? —Me encojo de hombros.

Él suspira resignado y sale de casa, arreglado y con el abrigo doblado en su antebrazo.

Me fijo en él mientras cierra la puerta: vaqueros negros, jersey azul bebé, zapatillas blancas un poco viejas por el uso; pelo revuelto, barba de pocos días. Me estoy arrepintiendo de ir a esa cena y no quedarme en casa con Gonzalo, sinceramente.

—¿Qué haces?

Me mira. Sus fríos ojos azules impactan con los míos.

—Alguien tendrá que contar tu asesinato —bromea esbozando una sonrisa ladeada.

La mía es una sonrisa de oreja a oreja y siento un alivio tremendo en el cuerpo. Siento que con Gonzalo a mi lado puedo con esa cena, con un despido y con la vida en general. Se respira mejor a su lado. Y

cómo me perturba esa certeza.

Cuando llegamos al portal de Alberto y Olivia, no me quedan uñas que morderme. Gonzalo me ha dado un par de manotazos mientras conducía para que parara, pero me es imposible.

—Me estás poniendo nervioso a mí —me regañó de camino.

Es que no lo puedo evitar. Según nos acercábamos, peor idea me parecía todo aquello. Y, ahora, a solo unos metros de ellos, estoy a punto de vomitar.

—Sé valiente —mascullo para mí antes de llamar al portero.

—El simple hecho de que estés aquí ya te hace valiente, cielo.

Quien nos abre la puerta es Alberto y centra su atención en mi acompañante. Tanta atención que hasta frunce el ceño.

—Me dijiste que podía venir acompaña —le recuerdo.

—Sí…, sí, claro. Pasad. —Alberto se echa a un lado para dejarnos pasar.

Me quedo mirando con curiosidad la casa de mi jefe. No tiene entrada, sino que la primera estancia es un espacio diáfano en el que se encuentra el salón, la cocina y un pasillo que imagino que lleva a las habitaciones y al baño. El espacio que ocupa el salón es bastante minimalista y está lleno de cuadros que parecen pintados a mano. Quiero decir, que no parecen simplemente cuadros que se compran en cualquier tienda o galería. Supongo que la palabra que busco es «caseros». Es una sensación que percibo mirándolos. Al lado de la mesa del comedor, veo a Olivia y, dónde creía que iba a encontrar una mirada cruda hacia mi persona, solo veo inseguridad y algo de ansiedad. Le dedico una mirada amable y una sonrisa; quiero que vea que no soy una amenaza para ella, que solo vengo aquí porque ellos me lo han pedido. Recuerdo el espectáculo que se montó en la tienda aquel día y no quiero pasar por eso otra vez. En el hospital estaba demasiado preocupada como para montar ninguna escena contra mí.

—Hola, Olivia —saludo cauta—. ¿Cómo estáis?

—Hola —me responde aguantando mi mirada—. Bien. Gracias por venir.

—Él es Gonzalo. —Lo cojo del brazo para ponerlo a mi lado y presentarlo. Alberto se coloca al lado de su mujer—. Mi novio.

Cerebro
«¿Qué acabas de decir?»

«No sé. ¿Qué he dicho?»

Cerebro
«Me va a encantar ver cómo sales de esta».

Siento la mirada de Gonzalo atravesándome. Yo solo puedo mirar a mi jefe y a su mujer y esbozar una sonrisa bastante tensa mientras rezo porque Gonzalo me siga la corriente.

—Ese soy yo. El novio —confirma él con un deje de ironía que, creo, solo percibo yo. Después, le da la mano a Alberto y se inclina para darle dos besos a Olivia.

Otra cosa no, pero educado es. Ella pone la cara, pero no hace el típico sonido (absurdo a mi parecer) que se hace cuando nos damos dos besos. Está claramente tensa y no para de tocarse su incipiente barriga como si tuviera un tic nervioso.

Antes de la cena, sirven un aperitivo. Yo cojo la copa de vino que me tiende Alberto a sabiendas de que se va a convertir en mi mejor amiga durante toda la noche; Gonzalo hace lo propio con su cerveza.

—¿De cuánto estás, Olivia? —pregunta Gonzalo para mi sorpresa. No esperaba que interactuara mucho durante esta extraña cena.

—De quince semanas —contesta ella, acariciando su vientre.

—¿Y sabéis el sexo? —¿Qué pretende?

—Es una niña —responde, esta vez, Alberto con una sonrisa tierna.

—Sois muy afortunados —concluye mi acompañante.

Olivia se tensa en su asiento, parece incómoda con sus preguntas. Yo también me tenso porque percibo un deje de envidia y anhelo en sus palabras.

—Si tú lo dices… —masculla Olivia con desdén.

Alberto carraspea.

La situación entre ellos es realmente tensa.

Apenas se miran, parecen autómatas por la casa, como si hubieran ensayado todos su movimientos; como si hubieran ensayado todo lo que ocurriría en esta cena. Siempre me ha resultado curioso cómo un sentimiento puede envolver a las personas hasta hacerlo también con el espacio, hasta sentir un halo envolviéndote, sin dejarte respirar. Supongo que por eso se dice que la tensión en el ambiente se puede cortar con cuchillo; porque, cuando es intenso, se vuelve tangible, como si lo pudieras tocar, romper, cortar…

—¿Qué tal las cosas por la tienda? —me atrevo a preguntarle a Alberto, ante la atenta mirada de su mujer.

Creo que quiere estudiarnos, ver cómo nos comportamos.

Quiere encontrar algún resquicio o alguna razón de peso que justifique todos sus temores. Es obvio que los tiene, que todavía no se fía. Está sufriendo. Está sufriendo mucho; se nota a la legua que quiere a Alberto y que el hecho de que estemos hoy aquí la tiene profundamente rota. Un simple acto altruista para con ella no va a borrar lo que pasó. Eso lo sabes tú y lo sé yo.

Tengo sentimientos encontrados.

Por un lado, me gustaría excusarme y decirle a Olivia que, cuando pasó lo que pasó, yo ni siquiera sabía que Alberto estaba casado. Pero, por otro lado, si hago eso, no voy a conseguir nada bueno; prefiero callar y asumir parte de la culpa. Lo primero solo es un acto egoísta para lavarme las manos; lo segundo, es un intento de que todo vuelva a marchar bien.

Ya no por volver a la tienda, sino por ellos, porque sus vidas han quedado patas arriba por culpa de otro acto egoísta.

Y los ojos de Olivia me dicen, cada vez que los miro, que no lo merece.

—La verdad es que las cosas han sido un poco caóticas desde que te fuiste de vacaciones. —No sé si soy yo, pero me ha dado la sensación de que ha marcado mucho la palabra «vacaciones»—. Carla está un poco rara y Carlos… ya sabes cómo es, buen chaval, pero un poco despistado.

—Bueno, no es que Blanca sea la reina de la concentración —comenta Gonzalo. Si las miradas arrancasen los huevos, él los tendría lejos de su cuerpo—. ¿¡Qué, cariño!? Es la verdad.

«Cariño».

Cerebro

«Lo ha dicho porque estáis
interpretando un papel… ¿O no?»

«Sí, sí».

—¿Qué le pasa a Carla? —me intereso ignorando a Gonzalo.

Alberto se encoge de hombros.

—No sé… Al principio estaba normal. Parecía contenta. Vamos, como siempre. Pero lleva un par de semanas… que está arisca. Ni siquiera los clientes se atreven a preguntar por una talla, van todos a preguntarle a Carlos.

—Qué cosa más rara —indico.

—¿Y tú, Olivia? ¿A qué te dedicas? —interrumpe Gonzalo.

¿Qué le pasa? ¿Le gusta Olivia o qué? Solo centra su atención en ella y… me está empezando a cabrear un poco. Su supuesta novia soy yo. Pero Olivia mira a Gonzalo y ya no parece tan tensa. Creo que hasta se alegra de que alguien le preste atención.

—Tengo una pequeña galería de arte en el centro y…, de vez en cuando, pinto —comenta algo tímida.

—¿Los cuadros los has pintado tú? —se interesa «mi novio» señalando algunos del salón.

—Sí… —Puedo apreciar desde mi sitio cómo Olivia se ruboriza—. No son muy buenos.

—Cariño, tus cuadros son geniales —halaga Alberto.

—Desde luego —confirma Gonzalo.

—Tienes mucho talento, Olivia —aporto yo—. Un hermano de mi madre también pinta y de pequeña me llevaba a sus exposiciones. Siempre admiré el talento que hay que tener para convertir un lienzo en blanco en una obra que puede expresar tanto.

Noto las miradas de todos clavadas en mí.

Sobre todo la de Olivia, que me mira como si se acabara de dar cuenta de mi presencia, pero no en el mal sentido. No sé, es raro de explicar.

Después de ese momento, Alberto y su mujer se disculpan con nosotros mientras se acercan a la cocina para servir la cena.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunto a Gonzalo en voz baja.

—Llevando al enemigo a nuestro terreno.

—¿Qué?

—Luego te lo explico. Confía en mí.

Alberto vuelve al salón y deja diversos platos.

Cuando nos queremos dar cuenta, estamos otra vez sentados en la mesa degustando la cena. Bueno, los demás degustan, yo picoteo; sigo con el estómago cerrado a pesar de estar un poco menos nerviosa que cuando entré en esta casa. Gonzalo es el hilo conductor de la conversación. Nunca imaginé que fuera él el que salvaría la noche. Hasta Olivia está menos tensa. Incluso se ríe ante algunos comentarios. ¿Y qué hago yo? Beber y ser una seta porque la actitud de Gonzalo me está dejando muy sorprendida. De hecho, estoy llegando a pensar que Olivia le ha gustado desde que ha entrado por la puerta. Es una mujer muy guapa y con un carácter fuerte, aunque ahora se encuentre magullado.

Cerebro

«¿Eso son celos, Blanca?»

«Puede».

—¿Verdad, cariño? —Gonzalo me saca de mis pensamientos.

—¿Qué? —pregunto, aturdida.

—Les contaba a Alberto y a Olivia cómo nos conocimos. Cuando aparqué en tu plaza de garaje —explica.

—Ah, sí. Desde entonces lo llamo «usurpador». —Intento sonar graciosa.

Alberto y Olivia nos miran con curiosidad mientras nosotros nos miramos y sonreímos recordando aquellos momentos. No sé por qué, pero me parecen tan lejanos… Hasta me está gustando que me llame «cariño». Gonzalo les cuenta un poco nuestra historia por encima. Ellos se ríen por mi ocurrencia de la nota mientras siento cómo la mano de Gonzalo se pierde por debajo de la mesa y agarra la mía con firmeza. Y sé que ese gesto significa muchas cosas entre nosotros. Un principio, una historia, apoyo, un día en la playa y otro en un parque de atracciones, cariño, amor… Tantos sentimientos juntos que me abruman. A pesar de eso, no puedo evitar mirarlo y sonreírle. Su mirada también sonríe y siento que nos hemos quedado solos, perdidos en este momento… Hasta que Alberto carraspea, llamando nuestra atención.

—Gonzalo, ¿te apetece un cigarro en la terraza?

Frunzo el ceño. Que yo sepa, Gonzalo no fuma. Yo sí mataría por uno, pero prefiero mantenerme firme y no volver a caer.

—Claro. —Frunzo todavía más el ceño cuando acepta.

Ambos se levantan y nos quedamos Olivia y yo solas en la mesa. Vuelvo a estar tensa y la miro de reojo porque me da un miedo atroz chocar con sus ojos por si me desintegra. Yo solo puedo seguir la espalda de Gonzalo dirigiéndose a la terraza.

—No eres como imaginaba —susurra Olivia.

Por fin me atrevo a mirarla y lo que veo me rompe un poco el corazón. Solo veo a una mujer rota que ha perdido la vitalidad. Una mujer que se agarra con uñas y dientes a algo que no sé qué es.

—¿Y cómo me imaginabas? —me atrevo a preguntar.

—La típica mujer que haría lo que fuera por conseguir a un hombre; en este caso, al mío.

Suspiro. Es lógico que lo piense. Al final, cuando hay unos cuernos de por medio, se tiende a pensar que «la otra» se quiere quedar con el hombre. Y entonces es cuando empieza la guerra, los juegos sucios, los lloros, los lamentos… Pero no es el caso.

—Nunca quise nada con tu marido, Olivia. Siempre nos hemos llevado bien en la tienda, pero nada más.

—Entonces no entiendo cómo llegaste a follártelo —replica de manera dura, sin achantarse.

Gonzalo

No sé qué esperaba de esta cena, pero no esto. De hecho, creo que no me dio ni tiempo a esperar nada porque, cuando quise ser consciente, había tomado la decisión de acompañarla.

No quería dejarla sola.

Quería que se sintiera apoyada por mí, que viera que me importa. Que se diera cuenta de una puta vez de lo enamorado que estoy de ella.

—No sabía que Blanca tuviera novio. Le ha cundido bien el mes de vacaciones —comenta Alberto sin malicia.

—Es lo que tiene vivir puerta con puerta —digo sin más.

—¿Quieres? —me ofrece un cigarro de su pitillera.

«Pitillera». Alberto parece una persona que siempre ha vivido con ciertas comodidades. Vamos, que no ha crecido en un barrio normal y corriente. Su forma de vestir es elegante sin llegar a ser un pijo insufrible y sus movimientos son seguros. Sabe que es guapo, eso se ve a la legua. Hasta yo se lo reconozco. Pero hay algo que no me ha pasado desapercibido: su mirada. En concreto, su mirada cuando mira a su mujer. He visto una mezcla de sentimientos en ellos que hasta yo mismo me he agobiado. ¿Qué poder mágico tienen los ojos para hacerte sentir desnudo solo con una mirada?

Rechazo el cigarro porque hará como diez años que no fumo. No quiero ponerme a toser y quedar como un gilipollas. Debo aparentar ser el novio perfecto de Blanca. Ojalá no lo tuviera que aparentar… Ojalá fuera real.

—Tienes mucha suerte —le digo Alberto.

—Lo sé. —Suspira con pesar. Va a ser verdad que está arrepentido —. Tú también.

Esbozo una sonrisa ladeada, algo incrédula. ¿Por qué tengo suerte, Alberto? ¿Por conformarme con que Blanca me deje tocarla cuando ella quiera? ¿Por conformarme con ser su novio de mentira para esta puta cena? ¿Por morirme cada día un poco más por miedo a decirle algo que la agobie y la aleje de mí? ¿Por sentir que la fecha de caducidad de esto que tenemos está cada vez más cerca? Dime, Alberto ¿por qué tengo suerte exactamente?

—Blanca es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. —No sé si tengo suerte, pero esa es la certeza más grande que siento en el

pecho.

Blanca

—Eso fue un gran error por parte de los dos, Olivia. Podría contarte mi vida y las razones que me llevaron a estar en esa situación, pero eso no te interesa. Yo no sé qué pensó él en aquel momento, pero ambos nos arrepentimos al instante. El que más, él —digo señalando a Alberto—. Estaba destrozado. Yo rompí con mi pareja, con la que llevaba nueve años, ese mismo día y no por lo que pasó, sino porque las cosas no iban bien entre nosotros y eso fue la gota que colmó el vaso.

Ella no dice nada, solo me mira desde el otro lado de la mesa. Así que, en un arranque de valentía, me levanto de mi sitio y me siento a su lado, cogiéndola de la mano, y continúo:

—Olivia, Alberto te quiere. Más que a su vida. ¿Tú sabes lo contento que estaba el día que dijo en la tienda que iba a ser padre? Derrochaba felicidad y amor. Amor por ti y por la niña que viene en camino. Yo no lo conozco tanto como tú, pero puedo verlo. Es posible que necesites tiempo para perdonarlo, pero… vas a salir ganando si le das otra oportunidad.

Veo brillo en los ojos miel de Olivia. No sé si es emoción o tristeza, pero parece estar a punto de echarse a llorar. Su respiración se ha vuelto irregular y creo que es porque su cerebro va a toda pastilla, intentando tomar decisiones rápidas y certeras. Lo que nadie nos dice es que se pueden tomar decisiones muy inteligentes sin pensar mucho en ellas. Al final, esas decisiones son las que menos torturan porque nos enorgullecemos cuando salen bien y nos consolamos pensando que fue fruto de un arrebato si sale mal; es peor cuando te tomas mucho tiempo para tomar una decisión y la cagas igualmente. Todo depende del prisma con el que se mire.

—Alberto me ha contado ese absurdo plan que tenéis. Sé que depende de mí que vuelvas y que es lo único que buscas, Blanca. Lo que pase entre Alberto y yo no te importa nada.

—En eso te equivocas. No te voy a mentir, Olivia, quiero volver a la tienda. Me siento bien allí y me gusta lo que hago, pero si te estoy diciendo esto es porque sí me importa lo que pase entre Alberto y tú.

Él lleva siendo mi jefe tres años y… le tengo cariño, como te dije en el hospital. Pero no un cariño como el que te has estado imaginando, sino de amigo. Yo no voy a ser un problema. De hecho, estoy con Gonzalo —me obligo a remarcar.

—Parece una buena persona —comenta Olivia mirando hacia la terraza.

—Lo es. La mejor que he conocido nunca. —Ya no se si estoy hablando para que Olivia me crea o para confesármelo a mí misma.

—¿Lo quieres?

Gonzalo

—Es una buena chica.

—Es mucho más que eso —replico—. Cuando estoy con ella…, simplemente vuelvo a sentir la ilusión de las primeras veces, como si volviera a la adolescencia y lo experimentara todo otra vez y… No sé por qué te estoy contando todo esto.

¿Qué cojones hago yo contándole a Alberto mi vida? Hasta esta noche solo lo conocía de vista. Quizá tenga que dejar de beber cerveza ya.

—Porque soy un desconocido que no te va a juzgar.

Tiene razón. Ni siquiera he hablado con mi hermana de mis sentimientos por Blanca. Obviamente, lo intuye, Marta es la persona que mejor me conoce, pero no es lo mismo. Blanca y ella se han hecho amigas, quiere a Gabriela como si fuera parte de su familia y yo no tengo valor para poner a mi hermana en una situación incómoda contándole todos mis miedos y mis inseguridades respecto a Blanca. Aun así, sé que no es tonta y se da cuenta de todo, pero soy de los que piensan que, si no lo dices en voz alta, no le das el poder a nadie sobre tu vida. Aunque tampoco es que sea una persona que pueda guardárselo todo. Es curioso que no quiera oír ciertas cosas, pero no pueda callarme y guardarme para mí otras.

—¿Sabe Blanca que te sientes así con ella? Merece saberlo.

Miro a Alberto y creo que solo con esa mirada se lo he dicho todo. Él asiente, pero sé que, igualmente, espera una respuesta.

—Sé que lo sabe, pero no me permite decírselo. Prefiere no oírlo porque, cuando lo haga, será real y tendrá que tomar una decisión.

—¿Qué decisión?

Blanca

La pregunta de Olivia me descoloca.

No esperaba estar yo aquí desnudando mis sentimientos con ella, precisamente.

—Sí, lo quiero. —Opto por ser sincera, con ella y conmigo misma.

Miro a Gonzalo.

Está charlando con Alberto, aunque su rostro es un tanto taciturno. Suspiro. Acabo de confesarle a una desconocida que lo quiero, cuando la primera persona que debería saberlo es él.

—Él a ti también. Cada vez que te mira es… esperanzador.

—Alberto también te mira así, aunque ahora no lo veas, pero lo hace.

—Supongo que cuando estás tan metida en algo eres la última persona en darte cuenta de las cosas. Por eso dicen que desde fuera se ve todo más claro. Estoy muy dolida, Blanca. No puedo quitarme de la cabeza que vosotros… —Sacude la cabeza para borrar esa imagen de su mente.

—Me imagino y ojalá pudiera borrarlo. En ese momento, se me fue tanto la olla que apenas lo recuerdo. ¿Sabes esa sensación de no recordar lo que has dicho o hecho cuando vives una situación de muchos nervios? Así me siento. Obviamente, no me exculpa, pero lo que sí te puedo prometer es que nunca antes había pasado nada y que, por supuesto, no va a volver a pasar. Nunca.

—Te creo, Blanca.

Ambas sonreímos y siento que hay esperanza, que todo puede salir bien.

Gonzalo

Mierda.

Para ellos, Blanca y yo somos novios, así que a ver cómo arreglo ahora la cagada que he hecho dejándome llevar por las palabras. Aunque…, joder, esta farsa es solo para que Olivia se quede tranquila, ¿no? A Alberto no hay por qué engañarlo. Suelto todo el aire que se ha concentrado en mis pulmones antes de contestar.

—Supongo que a ti no hay por qué mentirte. Blanca y yo no somos novios —le cuento bajando la voz—. En realidad, no sé lo que somos, aunque algo hay. Creo que ha intentado ponerle un nombre para la tranquilidad de Olivia y para poneros las cosas un poco más fáciles.

—Hostia, ¿entonces? ¿Estás enamorado de Blanca y ella no quiere oírlo? No lo entiendo. Todas están deseando oír que estamos enamorados de ellas.

—Es muy simple. Blanca no porque no quiere atarse a nada —le digo parafraseando a Blanca—. Sinceramente, no sé qué está haciendo conmigo. Pero si hablo y lo hago todo real…, volará. Me alejará de ella.

—Joder… —masculla Alberto mientras apaga su cigarro—. ¿Y qué vas a hacer?

Conformarme. Esperar. Tener paciencia. Yo qué sé, Alberto. Yo solo quiero estar con ella el tiempo que me deje e intentar cada día que cambie de opinión respecto a nosotros.

—No lo sé.

En ese momento, la conversación se termina porque Olivia y Blanca se acercan a nosotros y lo más curioso es que ya no se respira tensión entre ellas.

—Cariño, ¿nos vamos?

«Cariño».

Unos minutos después, nos estamos despidiendo de Alberto y Olivia en la puerta. Hasta parece que la tensión se haya disipado entre ellos. Alberto le pasa el brazo por encima de los hombros de su mujer y ella apoya su mejilla en el hombro de su marido.

No sé qué habrán hablado ella y Blanca, pero parece que le ha quitado un peso de encima a Olivia.

—Muchas gracias por la invitación —dice Blanca.

—Gracias a vosotros por venir —le contesta Alberto.

—Cuídate, Olivia. A ti y a esa pequeña que viene en camino —le digo.

Les dedicamos una última sonrisa antes de echar a andar hacia el ascensor.

—¡Blanca! —grita Olivia—. Espero que no se te haga muy dura la vuelta a la tienda después de un mes de vacaciones.

Blanca y yo nos miramos y sonreímos. Después, ella mira a Olivia.

—Gracias. Gracias de verdad.

Olivia asiente conforme y nosotros desaparecemos en el ascensor.

Blanca

Gonzalo conduce de vuelta a casa porque yo he bebido un par de copas de vino de más y veo algo borroso.

No me la voy a jugar a un control de alcoholemia y a que me quiten el carné o algo así. Gonzalo va muy callado y solo hay una cosa que a mí me ronda la cabeza: ¿le ha gustado Olivia? Sé que es un pensamiento muy simple después de todo lo que ha pasado esta noche, pero ha estado tan pendiente de ella que me he puesto celosa. Hasta me ha dado por pensar que le gusta más que yo porque ella sí quiere tener hijos. Hasta ese punto de crueldad ha llegado mi cerebro.

—¿Se puede saber qué ha pasado en la cena? —pregunto un poco cabreada y un tanto desconcertada por su actitud porque, según he ido pensando en ellos, me he ido calentando.

—Como te he dicho antes, había que llevar a Olivia a nuestro terreno.

—Dirás a tu terreno —replico.

—¿Estás celosa, pequeña delincuente?

—¿Yo? Tú alucinas.

—La he llevado a «nuestro» terreno porque te recuerdo que estamos en el mismo bando.

—Pues no se ha notado.

Gonzalo suspira cansado y frustrado, como si tuviera que hacer un esfuerzo extra en explicarme lo que es tan evidente.

—Blanca, Olivia solo es una chica que está asustada. Asustada de

perder todo lo que tiene. Asustada de perder a su marido y más ahora que esperan una hija que pensaba que también perdía. Solo he intentado que se sienta bien, valorada, comprendida y no un cero a la izquierda. ¿No lo puedes comprender? Con mi actitud, como tú dices, solo intentaba que no te viera como una amenaza. Recuerda que su marido le puso los cuernos contigo.

Me quedo muda. Me acaba de poner los puntos sobre las íes; hecho que me ha cabreado un poquito más.

—Olivia sabía cómo era Alberto cuando se casó con él. —Y ese comentario de mierda que acabo de hacer no sé de qué parte de mí ha salido, pero no me gusta.

Gonzalo aprieta el volante con más fuerza, hasta que sus nudillos se tornan blancos. Su mandíbula también se ha tensado y me mira de reojo, sin apartar la vista del todo de la carretera.

—No me puedo creer que le estés echando la culpa a ella.

—No se la echo, pero…

Gonzalo estalla.

—Sí, sí que lo estás haciendo y no me lo puedo creer. Olivia no tiene la culpa de estar enamorada, Blanca. El amor es así, no es algo que puedas elegir, ni prever, ni planificar, ni controlar, joder. El amor llega y punto. El que no tenía que haber sacado la polla de los pantalones es Alberto. Ella no tiene la culpa de tener esperanza.

Y tengo que reconocer que ya no se si habla de ella o de él mismo, pero a mí me ha dejado clavada en mi asiento. Dejo de mirarlo y presto atención al paisaje que vamos dejando atrás aunque no se vea nada debido a que es noche cerrada.

—¿No vas a decir nada? —pregunta al cabo de un rato ante mi silencio.

«Pues sí, Gonzalo, sí.

Me acabas de dar una lección que no estoy dispuesta a reconocer. Tienes razón en que el amor no se puede controlar ni elegir porque yo no elegí enamorarme de ti y aquí me tienes, queriéndote, pero sabiendo que te tengo que dejar ir; que no puedo seguir alimentando tu esperanza.

Pero que yo también pensaré siempre en las luces de Navidad y en las montañas rusas».

—No tengo nada que decir.

Durante el resto del trayecto, hemos estado en silencio. Un silencio tan incómodo como sentarte en una silla llena de chinchetas. O más. Cuando llegamos al rellano, me dirijo a mi puerta sin apenas

mirarlo. Y no porqué esté enfadada, sino porque me siento tan avergonzada por lo que está pensando de mí ahora mismo que no soy capaz de mirarlo a la cara.

—Gracias por acompañarme —me limito a decir.

—Ey… —Me agarra la mano cuando meto la llave en la cerradura —. ¿Estás bien?

Me armo de valor para enfrentarme a sus ojos. Noto como unas lágrimas de vergüenza se agolpan en mis ojos y parpadeo para contenerlas.

—No quiero que pienses que soy un monstruo —confieso y ya no solo por lo de Olivia, sino por todo lo demás.

Su dedo índice levanta mi barbilla, la cual he bajado al decir esas palabras. Nuestras miradas colisionan. La mía humedecida; la suya cálida, de un azul casi grisáceo en este momento.

—No lo pienso —musita.

La luz del rellano se apaga y nos quedamos a oscuras, creando una esfera íntima que me desarma, sin poder impedir que una lágrima resbale por mi mejilla. Y Gonzalo me abraza. Un abrazo que no me merezco, pero al que me aferro con todas mis ganas.

—Duerme conmigo —me pide entre susurros.

Yo me despego un poco de él y me pongo de puntillas para darle un beso suave, acariciando sus labios, como si me estuviera despidiendo de ellos, aunque todavía no tenga valor para hacerlo de verdad.

—Creo que será mejor que hoy no.

Y sé que, con esas palabras, acabo de levantar la primera barrera entre Gonzalo y yo.

29

Quizá es hora de que lo hagamos

Diciembre

La vuelta al cole nunca me gustó.

Estudiar no se me daba bien, eso es una realidad, y traía a mis padres por la calle de la amargura. Yo quería vivir en un verano eterno, con buen tiempo, trabajando si hacía falta, pero odiaba sentarme en una silla durante horas escuchando cosas que tampoco me interesaban. Claro que tenía que aparentar que era buena estudiante para que mis padres no se sintieran decepcionados conmigo.

Hoy es mi vuelta oficial a la tienda. Uno de diciembre. Justo a tiempo para las primeras compras navideñas en las que la tienda pasa a ser un zoo de personas y no una tienda de ropa normal. Suele haber gente a tutiplén. Estoy un poco nerviosa y no sé por qué. Alberto me ha pasado los turnos de este mes y empiezo mi primer día trabajando como una negra: turno doble, aunque tampoco me parece mala idea, así me vuelvo a acostumbrar al ritmo de trabajo. La verdad, estoy tan aliviada de volver que hasta siento esas cosquillitas que dicen los niños que sienten cuando vuelven al cole con material escolar nuevo y ven a sus amigos después del verano. Esa ilusión de querer hacerlo todo bien esta vez, ya que nunca he sido una empleada modelo. Hoy abre Carla, así que, cuando llego, me la encuentro preparando algunas cosas en uno de los burros que están más alejados de la entrada. Está abstraída, por lo que no me ve llegar.

—¡Buenos días, Carla! —saludo con toda mi ilusión.

Ella levanta la vista hacia mí, pero no me sonríe. De hecho, tiene mal aspecto, como si llevara días sin dormir. Su pelo sigue siendo pelirrojo, pero está apagado, sin vida y recogido en una coleta baja.

—Hola. Bienvenida —me contesta ella sin pizca de emoción.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —contesta seca y sigue a lo suyo.

—Si necesitas cualquier cosa, me tienes por aquí.

—Sí, vale. Gracias.

Decido no insistir. Quizá tenga algún problema personal del que no quiera hablar y necesite tiempo y espacio.

Voy a la sala de personal a cambiarme de ropa para ponerme a trabajar. Cinco minutos después, Alberto aparece con una sonrisa en la cara y va directo a saludarme. Parece más joven incluso, como si se hubiera quitado años de encima.

—¿Qué tal Olivia? —pregunto cuando me alcanza.

—Bien, mejor. No sé qué hablasteis, pero gracias. Está mucho más receptiva. Todavía nos queda un largo camino que recorrer, aunque hemos avanzado muchos pasos.

—Lo conseguiréis —lo animo.

Alberto me sonríe agradecido.

—¡A trabajar, señorita Martínez!

Ambos reímos y nos ponemos con nuestros quehaceres.

La mañana pasa bastante rápida.

Hay muchas cosas que hacer antes de que la Navidad se nos eche encima. De hecho, esta noche me tengo que quedar un rato más para ir poniendo los adornos y dar a la tienda ese aspecto navideño que pone a la gente feliz e incita a comprar. Hasta Alberto ha encargado hacer nuevas bolsas de papel con motivos navideños y he de decir que han quedado preciosas.

Por la tarde, Carlos tiene turno y Carla se va sin apenas despedirse, a pesar de haberle sugerido que comiésemos juntas para ponernos al día, pero ha declinado mi oferta. Alberto y yo compartimos una mirada al no entender qué le pasa.

Saludo con afecto a Carlos y él, que es más majo que las pesetas, me desea una feliz vuelta y me dice que se me ha echado de menos. Nos ponemos a trabajar codo con codo, ocupándonos de todo y poniéndonos un poco al día. Aunque casi siempre hablo yo porque Carlos es bastante reservado. Eso sí, no perdemos la oportunidad de quejarnos en compañía por tener que quedarnos a poner los dichosos adornos de Navidad.

La hora del cierre se nos echa encima y, a pesar de que me siento exhausta por todo el trabajo que hemos tenido, estoy contenta; satisfecha. Alberto se disculpa con nosotros por dejarnos con todo el marrón de los adornos, pero ha quedado con Olivia y no podemos reprochárselo. Lo malo es que tardaremos más sin su ayuda.

Cuando el jefe se marcha, Carlos y yo sacamos los adornos del año pasado y el árbol de Navidad, que también tenemos que decorar. Después, bajamos un poco la valla metálica de la puerta principal y nos ponemos manos a la obra. Al cabo de un rato, tengo a Carlos subido en una escalera intentando colocar los adornos más altos en el

árbol, quejándose porque se le escurren las gafas de pasta por el sudor y su flequillo cobrizo le roza los ojos.

—No seas tan quejica —bromeo—. Solo llevamos aquí dos horas para poner estos estúpidos adornos.

—Claro, como no eres tú la que está subida a esta escalera…

—¡Oye! Estás ahí subido porque eres más alto que yo. Ni siquiera con esa escalera yo llegaría tan arriba. Además, yo me he dedicado a envolver con papel de regalo cajas vacías. Y se me da fatal envolver regalos.

Nos echamos a reír de lo ridícula que es la situación. Un rato después, oímos como la verja metálica suena, subiéndose.

—¡Está cerrado! —grito desde dentro.

—¿Blanca?

Me doy la vuelta tan rápido que creo que me he dislocado la cadera y no me creo lo que ven mis ojos.

—Usurpador…, ¿qué haces aquí? —Estoy realmente sorprendida por verlo aquí.

—Estaba dando una vuelta…

Me cruzo de brazos esperando oír una excusa convincente que sé que no tiene.

—¿A las once de la noche?

—Vale, está bien. He venido a buscarte e invitarte a cenar para celebrar tu primer día.

El estómago me da un vuelco y el corazón me bombea rápido. No me lo esperaba. Obviamente, Gonzalo sabía que hoy saldría tarde debido a esta parafernalia. Seguimos escribiéndonos mensajes a diario, a pesar de que algo se quedó frío entre nosotros aquella noche. Yo dejé que se enfriara.

Igualmente, sonrío al ver a Gonzalo ahí, tan guapo, tan dispuesto, tan él conmigo. Me acerco y le doy un beso suave. Y cuando mis labios rozan los suyos de una manera tan perezosa, algo en mi interior me dice que esto no está bien, que esto no puede ser.

—Blanca, podrías decirle a tu novio que, ya que está aquí, nos eche una mano para acabar cuanto antes con esta mierda.

Gonzalo y yo nos miramos y sonreímos, pero ninguno saca a Carlos de su error: que no somos novios. Muchas veces es complicado tener que explicar algo a otra persona cuando no sabes muy bien cómo hacerlo ni contigo misma, así que la solución más fácil es dejarse llevar por la corriente, alimentando la mentira. Aunque mi parte más oscura piensa que es mejor que Carlos lo piense. Si se corre el rumor, es más fácil mantener la mentira respecto a Olivia.

—Claro, os echaré una mano. Soy Gonzalo, por cierto. No «usurpador».

—Yo Carlos, aunque seguro que me conoces como «el

despistado». —Un sudor frío me recorre la espalda. Me quedo muda y un poco avergonzada, todo hay que decirlo—. No te sorprendas tanto, Blanca. Sé perfectamente lo que se dice de mí. Soy despistado, no tonto.

—Lo siento, Carlos.

Él hace un gesto con la mano para que no me preocupe. Es una persona que, a pesar de todo, le importa tres cojones lo que la gente piense de él.

Gracias a la ayuda de Gonzalo, en un abrir y cerrar de ojos hemos terminado y podemos irnos a descansar por fin. Nos despedimos de Carlos en el garaje que tenemos alquilado para los empleados de la tienda y Gonzalo y yo nos montamos en el mío.

—¿Cómo has venido?

—Andando —responde encogiéndose de hombros.

—¿A estas horas?

—Me apetecía verte.

Contengo la respiración porque, aunque no es la primera vez que Gonzalo tiene detalles así conmigo, no me termino de acostumbrar. Cada vez el tirón de tripa es más fuerte, más incontrolable, más certero. Y, pese a todo, solo puedo dedicarle una sonrisa sincera mordiéndome el labio para intentar contenerla.

Arranco el coche y salimos del garaje.

Voy conduciendo tranquilamente por las calles de nuestra ciudad, intentando regular mi respiración. Tener a Gonzalo tan cerca, mirándome de reojo de vez en cuando, sintiendo el calor de su cuerpo tan cerca del mío, con su aroma envolviendo mi coche, hace que no pueda controlar nada de mi cuerpo. Este responde solo ante la presencia de Gonzalo y, cada vez, esa sensación es más fuerte.

—Blanca, era por ahí —apunta Gonzalo al ver que no he girado por la calle que debería para ir a casa.

—No quiero ir a casa.

—¿Y a dónde quieres ir?

—A la playa. —A nuestro lugar.

Necesito ver el mar, sentir la brisa en la cara y la arena bajo mis pies, como aquel día. El día que me ayudó a volver a conectar con el mundo. Necesito vivir un rato más en este sueño.

Gonzalo no replica, sino que posa su mano sobre mi rodilla mientras sigo conduciendo.

Al llegar, dejo el coche en un *parking* cerca del paseo marítimo. Da gusto venir en esta época del año, está todo vacío, no como en verano, que es horrible venir a la playa en coche. Los bares y restaurantes de primera línea están cerrando, aunque siempre dejan encendidas las luces de Navidad, dando al lugar un aspecto mágico.

Nos bajamos del coche y un viento frío nos recibe. Oigo las olas

del mar rompiendo contra la orilla y me siento mejor. La mano de Gonzalo agarra la mía, metiéndosela en el bolsillo de su abrigo, como hicimos en el Parque de Atracciones. Sin necesidad de decirnos nada, nos dirigimos a un puesto que hay cerca en donde venden porciones de pizza para llevar. Cogemos unas pocas junto con dos refrescos y nos adentramos en la playa. En el poyete me quito las botas y los calcetines y hundo los pies en la arena, sin esperar a Gonzalo.

Es como si mi cuerpo me pidiera avanzar.

—¡Blanca! Espera.

Pero yo no escucho, sigo caminando descalza. Camino, camino y camino como si estuviera escapando de algo y creo que es de mí misma; hasta que mis pies tocan la orilla y el agua me quema la piel de lo fría que está. Me pierdo en esa sensación, en el agua rozándome la piel, como me enseñó Gonzalo.

—¿Qué haces, Blanca?

Suspiro cuando siento sus brazos rodeándome la cadera y su barbilla apoyada en mi hombro.

—Hace un mes, me trajiste a la playa y me ayudaste a reconectar. Hoy necesitaba volver a hacerlo.

Gonzalo se separa un poco de mí y empieza a descalzarse. Sus pies desnudos están entre los míos y nos quedamos contemplando un mar oscuro sin abrir la boca. No sabía cuánto necesitaba esto hasta que he venido; porque siento que voy a la deriva, que todo se me vuelve a escapar de las manos y que la presión de mi pecho no se va cuando él está conmigo, sino que crece. Y, a eso, yo lo llamo culpabilidad.

—Blanca… —susurra en mi oído, haciéndome cosquillas con su aliento—. ¿Qué te pasa?

Mi pecho se hincha y deshincha con rapidez; apenas puedo respirar. ¿Por qué me he puesto así en un momento cuando he estado todo el día más o menos normal? Pues porque eso es lo que provoca Gonzalo con sus gestos, viniendo a buscarme al trabajo, siendo tan buena persona que nos ha echado una mano para colocar unos puñeteros adornos de Navidad. Porque Gonzalo no se merece lo que estoy haciendo con él. Porque, por mucho que lo quiera, no puedo ofrecerle nada.

—A veces me pierdo a mí misma, Gonzalo. Me pierdo tanto… que no me encuentro.

No le he mentido del todo. Pensar en que tengo que hacer lo correcto con él hace que me pierda, que me sienta incluso más perdida que cuando Óscar y yo rompimos. Pero, en cierta manera, lo que le he dicho es una mentira o una verdad a medias porque no tengo el valor de alejarme de Gonzalo, de decirle que estamos mejor separados antes de que le haga más daño. Que soy una puta cobarde cagada de miedo.

Esa es la verdad: soy una cobarde.

—Estás helada —me dice cuando nota que un escalofrío me recorre el cuerpo. Pero se equivoca, lo que siento frío es mi interior; el exterior apenas lo percibo—. Vamos a sentarnos en la arena.

Obedezco. Acabamos sentados, comiéndonos las porciones de pizza que ya se nos han quedado frías, en el más profundo silencio. Con un montón de pensamientos y sentimientos revoloteándonos. Ocupando toda la playa.

—Blanca, no tienes por qué seguir con esto si no quieres —suelta Gonzalo de repente con todo el dolor que puede teñir su voz.

Lo miro con una tristeza infinita al comprender que él también se ha dado cuenta. Nunca he sido una persona demasiado cerrada, aunque se me dé tan bien mentir. Pero con Gonzalo es imposible fingir; me envuelve de tal manera que no soy capaz de controlarme, de mentirle a la cara, de no ser yo misma en todo momento. Es una situación agobiante el no poder protegerme al sentir que lee todos mis pensamientos; como si me conociera mejor de lo que yo misma lo hago.

—No quiero hablar de eso, Gonzalo —me limito a decir.

—Pues quizá es hora de que lo hagamos de una puta vez.

—No… No quiero.

—No te vas a poder refugiar en una mentira mucho más tiempo, Blanca. Eso lo sabes tú y lo sé yo.

—No… No soy capaz —Las lágrimas se han agolpado en mis ojos y, no solo eso, sino que resbalan por mis mejillas.

—Shhh… Vale, ya está —me consuela pasando su brazo por mis hombros y no me lo merezco.

—¿Por qué eres así? No me merezco que me consueles, joder.

—Ya sabes por qué.

Suspiro. Él me recoge las lágrimas y yo me siento una miserable. Esa es la verdad.

—No puedo permitir que lo digas. Yo no puedo…

—Ya lo sé. Venga vámonos. Vamos a morir aquí congelados.

Y los que realmente están congelados son nuestros corazones. Nos estamos terminando de enfriar.

—Bésame, Blanca.

—No sé si debo…

—Debes… Claro que debes…

Estamos en mi casa porque no nos hemos visto con fuerzas para separarnos. Como si supiéramos que nuestro tiempo juntos se va agotando con el paso de los días y las horas. Que cada vez nos queda menos. Como una muerte anunciada.

Lo beso. Claro que debo. Debo besarlo hasta que no pueda más. Impregnarme del olor de Gonzalo, de su sabor, del tacto de sus manos sobre mi piel, de todas las cosas buenas que él transmite. Quiero recordar a Gonzalo tocando cada centímetro de mi piel. Le quito la camiseta con impaciencia y él a mí, el jersey, dejándome solo el sujetador. Sigo besándolo con desesperación mientras nos movemos por la casa en dirección a la habitación. Una vez dentro, el resto de nuestra ropa desaparece y voy saboreando cada centímetro de su piel, comenzando por los labios y descendiendo lentamente hasta esa zona donde se pierde el estómago. Después, cojo su miembro y empiezo a acariciarlo suavemente, perdiéndome en ese tacto y llevándomelo a la boca despacio, pasando mi lengua por su tronco en movimientos ascendentes hasta colarla dentro de mi boca, comenzando a absorber, a lamer, a acariciar…

—Dios, Blanca, qué boca tienes.

Sigo a lo mío, quedándome con cada sensación, con cada caricia, con este deseo que nos envuelve y que no me permite razonar… Hasta que Gonzalo me para, avisándome de que no quiere correrse tan pronto. Nos tumbamos en la cama, él encima de mí, lamiendo mi cuello, mi mandíbula, mis hombros, mis pechos, mordisqueando suavemente mis pezones. Yo me retuerzo deseando más de él y suplicando que este momento no acabe nunca; que la realidad no nos alcance.

Gonzalo sigue descendiendo por mi cuerpo, besando cada parte que tocan sus labios, provocándome escalofríos. Cuando llega a mi sexo, su lengua choca violentamente contra mi clítoris, lo que hace que grite como si me estuvieran matando; pero matando de placer. La

lengua de Gonzalo se mueve experta por todo mi sexo provocándome mil sensaciones hasta que el orgasmo me llega sin poder contenerlo, deshaciéndome en su boca. Cuando abro los ojos, veo cómo pasa la lengua por sus labios, recogiendo mis fluidos y quitándose el resto con la mano. Esa imagen me ha puesto a cien por hora.

—Ven aquí —le pido y lo beso con desesperación.

Alargo la mano para coger un preservativo de la mesilla y se lo coloco rápidamente.

—Hazme el amor, Gonzalo. —Y no, no le pido que me folle. Necesito que me diga que me quiere con su cuerpo, al menos, una última vez. Sin palabras.

Él obedece y va introduciendo su miembro dentro de mí, poco a poco, como si estuviera retrasando el momento todo lo humanamente posible. Noto cómo se va abriendo paso a través de mi carne y tiemblo de anticipación. Cuando está prácticamente dentro, Gonzalo da un estocada fuerte y profunda, haciendo que casi me corra en el acto, otra vez.

—Mírame, Blanca. No dejes de mirarme.

Y lo hago. Sus ojos azules chocan con los míos, transmitiéndome cientos de cosas; diciéndome todo aquello que su boca calla. Cierro los ojos al sentirme abrumada, sintiendo cada penetración de Gonzalo en mi cuerpo.

—Abre los ojos —me ordena—. Al menos, déjame decírtelo así.

Y lo veo, lo siento y lo aspiro.

Cada sentimiento se mezcla con nuestro sudor, con el olor a sexo, con sus ojos transmitiéndome un amor que no soy capaz de corresponder.

Gonzalo acalla cada uno de mis pensamientos estampando sus labios con los míos, sin dejar de gemir, sin dejar de tocarnos, sin dejar de hundirnos el uno en el otro. Cuando el orgasmo nos alcanza, siento un vacío en el pecho que inunda todo mi cuerpo. Como si supiera que esto es una despedida cuando ni siquiera estoy preparada para decirle adiós. Hay que asumir que, muchas veces, el cuerpo es más sabio que el cerebro. El cuerpo es intuitivo, el cerebro es calculador. Nos quedamos tendidos boca arriba, mirando al techo, intentando regular nuestras respiraciones. Gonzalo se deshace del condón y sale de la habitación para ir al baño. Sin decir ni una palabra. Un golpe en el pecho me azota al notar el vacío en la cama, el silencio de Gonzalo y el ruido atronador de mi habitación vacía. Vuelve cabizbajo, con el pelo algo húmedo y la mirada perdida. Tarda lo que a mí me parece una eternidad en mirarme; en enfrentarse a mis ojos.

—Debería irme.

No puedo dejar que se vaya. No así.

—Quédate.

—Blanca…

—Por favor, quiero que te quedes.

—¿Eres consciente de lo tremendamente egoísta que estás siendo? —Su tono es tan duro y lleva aparejado tanto dolor que hace que me estremezca.

Cierro los ojos con pesar y culpa porque tiene razón. Me sigue observando desde los pies de la cama, totalmente desnudo. Yo me hago a un lado y palmeo el otro lado para que, al menos, se siente a mi lado. Gonzalo parece entenderlo y lo hace.

—Lo sé. Sé el daño que te estoy haciendo, pero… quiero hacer las cosas bien. Dame esta noche.

—Es que yo ya no sé si puedo darte más noches, Blanca. Te lo estás llevando todo de mí y lo único que recibo es una fecha de caducidad cada vez más próxima.

El pecho me duele; los ojos también. Su dolor me parte en dos y me odio por ello. Por haber permitido que esto se alargara tanto hasta el punto de estar destrozando a una persona que cree en el amor en letras mayúsculas; una persona que solo concibe la vida creyendo en todos los tipos de amor.

—Lo entiendo, Gonzalo —me limito a decir. No tengo justificación ninguna.

—Pero… yo tampoco quiero separarme de ti. Aunque eso me duela, también.

Y se acuesta junto a mí, atrayéndome para que apoye la cabeza en su pecho, escuchando sus latidos, notando la vibración de su pecho cuando respira. Nuestras manos se entrelazan, prometiéndose no separarse jamás. Nosotros, en cambio, somos la realidad que va a separarlas y que nos les va a permitir tocarse nunca más. ¿Por qué hemos convertido esta noche en una despedida? ¿Cuándo lo hemos decidido? ¿Por qué hoy y no mañana o el mes que viene? ¿Qué ha tenido esta noche de diferente? Supongo que nuestros cuerpos han hablado solos, que el cerebro no ha intervenido y nuestro instinto ha decidido por todos. No decimos nada más, simplemente nos quedamos escuchando nuestras respiraciones, los latidos del corazón, el silencio de la madrugada. Y nos quedamos dormidos, sabiendo que la luz del día supondrá un antes y un después en nuestra vida; que ambos supondremos una cicatriz para el otro. Que, a partir de mañana, el dolor será un acompañante de vida hasta que el tiempo actúe. Si es que eso es posible viviendo a escasos metros el uno del otro.

30

Siempre recordaré las luces de Navidad y las montañas rusas

Blanca

Ocho meses.

Esos son los meses que han pasado desde que decidí dar un cambio radical a mi vida con mucho miedo e incertidumbre. También con dolor y un sentimiento de fracaso golpeándome el cuerpo. Solo ocho meses después, me estoy enfrentando a otra despedida, pero esta es diferente. Es más profunda, más sentida y culpable.

Con Gonzalo todo ha sido diferente, así que no puedo dejar de sentir una presión en el pecho cuando lo veo durmiendo a mi lado, por última vez; con la boca entreabierta, el brazo encima de sus ojos y el pelo revuelto. Me recreo en esa imagen para llevármela conmigo cuando no soporte echarlo tanto de menos, pero esto es lo correcto. No puedo seguir mareándolo más, dándole una esperanza que no debería haber alimentado; no puedo seguir resquebrajando su corazón con mis barreras. Unas barreras autoimpuestas, es verdad, pero no pienso cometer los mismos errores que con Óscar. No pienso meterme en otra relación en la que sentirme enjaulada. Estoy harta de jaulas.

Gonzalo se remueve sin llegar a despertarse y pienso en que ojalá tarde en hacerlo, que disfrute un poco más de sus sueños antes de que yo los rompa todos. La decisión está tomada y, aunque siento que no estoy del todo preparada para decirle adiós, tengo que hacerlo. No voy a negar que se me ha pasado por la cabeza esperar a que él se canse y tome la decisión, poniéndome las cosas fáciles, pero no me merezco que me las ponga fáciles. Merece que sea sincera del todo con él y,

esta vez, de verdad; sin silencio, sin palabras por decir, sin secretos envolviendo el ambiente.

Esta vez yo, desnuda, sin medias verdades.

Muy a mi pesar, Gonzalo se despierta y me pilla mirándolo. Sus ojos somnolientos me lo dicen todo: lo sabe. Creo que solo le ha bastado mirarme para darse cuenta. Y es que Gonzalo es así: expresivo e intuitivo. Su rostro se ensombrece al instante y vuelve a cerrar los ojos, suspirando con pesar. Se retira el pelo de la cara casi con furia y se incorpora hasta apoyar la espalda en el cabecero. Yo lo imito, tapándome con la sábana porque sigo desnuda.

—Se acabó, ¿verdad?

—Gon…

—No —me corta—. No… no puedo mantener esta conversación sin un café.

Sale de la cama totalmente desnudo. Vuelve a pasarse la mano por el pelo antes de recoger su ropa del suelo y empezar a vestirse casi con furia. Cuando termina, sale de la habitación. Yo me he quedado petrificada sentada en la cama. De pronto, ya no estoy tan segura de nada. Ni de lo que estoy haciendo ni de nada. El ruido de la cafetera me espabila, así que yo también me visto y entro al baño a lavarme la cara. Cuando me atrevo a ir a la cocina, Gonzalo ya ha preparado una bandeja con el desayuno y está sentado en el sofá con la cabeza baja y los codos apoyados en la rodilla. Me siento a su lado en silencio y, por instinto, poso una mano en su pierna; él se aparta como si mi contacto le quemara.

—No me toques…, por favor. —Esa súplica tan rota me parte el alma.

—Lo siento —musito.

—Tengo que irme a trabajar en diez minutos —me informa—. Así que di lo que tengas que decir y acabemos con esto.

Su tono es duro y severo. Un tono que Gonzalo solo usaba al principio, cuando nos conocimos; cuando nos llevábamos como el perro y el gato. Aun así, no puedo dejar de sentir nostalgia. Yo también tengo que irme a trabajar, aunque solo tengo turno de mañana.

—No voy a acabar esta conversación en diez minutos, Gonzalo. Si quieres pásate cuando vuelvas de trabajar y hablamos tranquilamente.

La mirada de Gonzalo me atraviesa, como si le jodiera tener que alargar más esta agonía, pero asiente. Se termina el café de un trago y se pone en pie con la intención de irse. Yo lo imito y me levanto del sofá sin ni siquiera haber probado el café, siguiéndolo hasta la puerta.

—Gonzalo, vendrás, ¿verdad? —Mi tono es tan suplicante que hasta me da vergüenza.

Justo en ese momento, llaman al timbre. Ambos nos miramos

desconcertados. ¿Será Marta? ¿Le habrá pasado algo? Es raro que alguien llame a mi puerta a las ocho de la mañana. Lo mismo es Inés, pero ella trabaja también.

¿Quién coño es?

Creo que Gonzalo también ha pensado lo mismo que yo, que a Marta o a la niña les ha podido pasar algo, y abre la puerta enseguida, casi con rabia.

O a lo mejor solo es que quiere escapar de mí.

—¿Jefe?

Ni en mis peores pesadillas me habría imaginado esta situación. Ni en mis peores, lo juro.

—Silva…, ¿qué haces tú aquí?

Me quedo petrificadísima viendo la estampa. Ambos se miran confusos, interrogándose con la mirada, sin entender nada. Yo tampoco estoy entendiendo nada.

—¿Os conocéis? —pregunto confusa.

—Silva es mi secretario. ¿Qué hace mi secretario en tu casa, Blanca?

Siempre me ha repateado que use los pronombres posesivos con esa facilidad, como si el mundo fuera suyo, como si todo lo que tiene al alcance de su mano le perteneciera. Hasta las personas.

—¿Trabajas con Óscar? —pregunto a Gonzalo claramente sorprendida.

«Esto tiene que ser una puta broma».

Cerebro

«Pues me parece a mí que no».

«¿Seguimos dormidos y esto es una pesadilla?»

Cerebro

«Claramente, no».

«Gracias, me quedo mucho más tranquila».

Cerebro

«De nada».

Gonzalo asiente sin dejar de mirar a Óscar. A su jefe. A mi ex. A la persona con la que compartí los últimos nueve años de mi vida. Por favor, ¿puedo despertar ya de esta jodida pesadilla?

—¿Qué hace Gonzalo en tu casa, Blanca? —repite Óscar ignorando totalmente a «su secretario».

—¿Y tú cómo coño has averiguado dónde vivo? —contraataco.

—Un amigo me ha hecho un favor.

—Ah, de puta madre. Habrás violado cada artículo de la Ley de Protección de Datos.

—Yo me largo —comenta Gonzalo.

—No, Silva, espera. Tengo el coche abajo. Vamos juntos.

—Preferiría que no —contesta tenso.

—Por favor —insiste Óscar.

Gonzalo suspira frustrado, pero asiente.

—Te espero abajo. Luego te veo, Blanca. —Y desaparece escaleras abajo.

«Luego te veo, Blanca».

Eso significa que va a volver para terminar la conversación, ¿verdad? ¿O solo ha sido su manera de marcar territorio? No, Gonzalo no haría eso. Sea lo que sea, me da esperanzas de poder hablar las cosas y ya no solo lo que arrastramos, sino también esta mierda que acabamos de descubrir.

—No me has contestado. ¿Qué hacía él aquí?

—¿Sabes, Óscar? Perdiste el derecho a preguntar hace muchos meses. Obviamente, no te voy a contestar. No te incumbe. Y, ahora, por favor, lárgate. Ya llego tarde al trabajo.

—¿Estáis juntos? —Óscar me ignora. Al parecer, en eso no ha perdido la costumbre.

—¿Y eso a ti qué cojones te importa? Además, ¿no estabas con la Barbie esa? Pues lárgate con ella.

—Naiara y yo ya no estamos juntos.

Por qué será que no me sorprende.

—Vaya, qué pena —respondo irónica.

—Yo… no te he olvidado, Blanca.

Vale, esto sí que era lo último que me esperaba.

—Pues yo a ti sí.

—Venga, cariño, sabes que eso no es cierto. Además, ¿qué te iba a dar el rata de Gonzalo que yo no te puedo dar? Yo te lo diré: nada. Sé lo que cobra, Blanca. Con él no tienes ningún futuro. A nosotros nos ha ido bien durante nueve años.

Será puto desgraciado. ¿Cómo se atreve?

—Eres un miserable, Óscar. No entiendo cómo lo nuestro pudo durar tanto. No te reconozco. No sé cómo puedes hablar así de una persona. Lárgate.

—Pero, cariño…

—¡Qué no me llames así! ¡Qué te largues, joder! ¿No me has oído? No quiero volver a verte. Y como te presentes aquí otra vez, llamo a la policía.

Le cierro la puerta en las narices, muy enfadada y con mucha

rabia dentro. Tanta rabia que me echo a llorar dejándome caer en el suelo. Odio a Óscar, odio que sea así y, sobre todo, me duelen todas las cosas que ha dicho sobre Gonzalo; una persona con la que lleva trabajando dos años.

Dios mío. Óscar y Gonzalo llevan trabajando dos años juntos. Cada vez que Gonzalo se quejaba de su jefe lo hacía de Óscar. Me parece surrealista. Siento una sensación de vacío al darme cuenta de todo. El mundo es un pañuelo. Óscar nunca me habló de si tenía secretaria o secretario. Apenas hablábamos de trabajo a no ser que él fuera el protagonista.

Gonzalo y yo nos conocimos aquí. En este edificio, en el umbral de esta misma puerta. Aquí nos enamoramos. Aquí fuimos nosotros y me hice amiga de mi nueva «yo». Aquí nos vamos a despedir. Gonzalo ha estado trabajando con mi ex todos los días, dándome un beso cuando volvía de trabajar con Óscar. Yo me pasé meses sin saber nada de él y Gonzalo lo veía todos los días.

He entrado en bucle.

¡Estoy a punto de perder la puta cabeza!

Gonzalo

No debería haber aceptado venir con él a trabajar.

Ahora mismo, me repugna estar sentado a su lado; y me repugna más todavía saber que tengo que pasar las próximas ocho horas con él. Apenas me ha dirigido la palabra desde que ha bajado de casa de Blanca con una mueca furiosa en el rostro y se ha metido en el coche dando un sonoro portazo. Las cosas no han debido de ir bien y eso me hace respirar aliviado. Blanca no volvería a cometer ese error porque está claro cuál ha sido la intención de Óscar: volver con ella. No hay que ser muy listo para averiguarlo.

El tráfico es una mierda o eso me lo parece a mí, que empiezo a asfixiarme dentro de este coche. En realidad, siento que la vida me está agarrando del cuello, apretando poco a poco, hasta dejarme sin aire.

El día de hoy va a ser digno de borrar del calendario. Ya no solo por la sorpresa de descubrir que mi jefe es el ex de la chica que quiero, sino porque esa misma chica me va a decir adiós esta noche.

Nos vamos a despedir. Lo he sabido en cuanto la he mirado a los ojos esta mañana. Y yo no sé cómo voy a reaccionar. Quizá me enfade o me eche a llorar. Porque la quiero, joder. La quiero más de lo que puedo soportar y me va a echar de su vida sin que yo pueda pelear. El pecho me va a explotar, no sé si de tristeza o de rabia, pero siento que la camisa me queda más justa que de costumbre a pesar de no llevar corbata. No he hecho ni el esfuerzo de cambiarme de ropa; menos mal que lo que llevo puesto entra dentro del *dress code* de ese maldito despacho.

No puedo dejar de darle vueltas a que el tío que tengo sentado a mi lado, ese que lleva siendo mi jefe dos años, es el ex de Blanca. Ese tío del que me ha hablado de vez en cuando. Ese que la hizo infeliz. Tampoco puedo dejar de pensar que, mientras yo trabajaba con él y hasta hace poco, Óscar era el que dormía al lado de Blanca cada noche, el que la tocaba, el que la besaba, el que le hacía el amor… Me pongo negro de solo pensarlo. Lo odio por haberle hecho tanto daño a Blanca. No puedo evitar culparlo de que no haya un hueco para mí en su vida; de que me quiera echar porque ha vivido demasiado tiempo atrapada. Ahora mismo, siento que Óscar es el culpable de todos mis males. ¿Cómo voy a seguir trabajando con él después de lo que acabo de descubrir? La bilis sube por mi garganta de solo pensarlo.

—¿Estáis juntos?

Sonrío, pero mi sonrisa es amarga. Conozco perfectamente a Óscar y es una persona que no para hasta que consigue lo que quiere. También sé que esa pregunta se la ha hecho a Blanca e intuyo que no le ha contestado, si no, no me estaría preguntando.

—Perdona, Óscar, pero eso no es asunto tuyo.

—Venga, Silva, es una pregunta sencilla —insiste.

No, en realidad, no lo es.

—Te agradecería que no mezclemos la vida personal con el trabajo.

—Solo quiero saber si te estás acostando con mi novia.

—Ella no es tu novia —replico rápidamente, sin pensar. Me he dejado llevar por la rabia.

—Vaya, por fin demuestras tener algo de sangre en las venas. —Se ríe—. ¿Cómo os conocisteis?

—Vivo en la puerta de al lado, con mi hermana —me limito a responder a sabiendas de que no debería seguir hablando.

—Hay que joderse. —Vuelve a reírse—. He tenido que pedir un par de favores para averiguar dónde vive y resulta que todas las respuestas las podía haber obtenido mirando tu contrato. ¿No informaste hace poco de tu cambio de domicilio?

Me tenso. No me gusta nada este Óscar. Creía que lo conocía bien, siempre ha sido un hueso duro de roer, muy decidido y no se achanta

con nada. Pero este… este Óscar me da asco. Tan controlador, tan seguro de que Blanca es de su propiedad. Acaba de decir que es su novia, como si no llevaran meses separados. Es enfermizo.

Mi pequeña Blanca.

Por mucho que me duela no tener una oportunidad con ella, no voy a dejar de quererla y tampoco voy a permitir que este gilipollas se le acerque más. Es repugnante.

Cuando llegamos al despacho, mi jefe se olvida de que existo. Me hace el vacío y sé que me está jodiendo por rabia y venganza. Porque me considera una amenaza. Y, en realidad, sabe que Blanca nunca volverá con él; esté yo o no.

Blanca

—Carla, ¿puedes echarme una mano con esto?

—Ahora no puedo, tía, ¿no ves que tengo que desempaquetar el nuevo pedido? —me replica con fastidio.

De verdad, hoy no tengo el día para aguantarla. Que conste que me preocupa; Carla nunca suele ser tan arisca, pero hoy no puedo. Hoy bastante tengo con lo mío.

Sigo colocando la ropa que la gente no se lleva cuando se la prueba. No sé qué pasa hoy, pero parece que todo el mundo ha decidido venir a tocarme los cojones. Una persona tras otra quejándose, echándome la culpa de que no le gusta cómo le sienta el color de la prenda; otra, haciéndome ir a por mil tallas y, otra, que se ha enfadado cuando le he dicho que le sentaba mejor una talla M que una S. ¿Qué más dará? Lo importante es que estés cómodo, o eso pienso yo. El caso es que no tengo paciencia para nada. Camino por la tienda como si el diablo me persiguiera y quizá lo esté haciendo en forma de conversación pendiente con Gonzalo. Esa conversación me está quemando las tripas. Cuando llevo como quince vueltas a la tienda, Alberto me detiene en seco, cogiéndome del brazo para que pare.

—¿Qué cojones te pasa?

—Nada —contesto a la defensiva, esquivando su mirada.

—Mira, no me toques los cojones, Blanca. Con Carla ya tengo suficiente. ¿Es por Gonzalo?

¿Y él cómo lo sabe? ¿Tan evidente es?

—¿Por qué dices eso?

—Gonzalo me lo contó.

Frunzo el ceño.

—¿Qué te contó exactamente?

—Que novios, novios, no sois.

—Joder, será bocazas. ¿Por qué te lo contó?

—Se le escapó. La conversación se puso… intensa, y se le escapó.

—Define intensa.

—Quizá eso es algo que deberías hablar con él.

Suspiro. No hace falta que me lo diga, me imagino en qué derivó aquella conversación. Gonzalo es transparente, se deja llevar por sus sentimientos y estoy segura de que aquella noche no fue una excepción.

—Esta noche vamos a hablar; a zanjar todo.

—Zanjar… ¿Por qué zanjar, Blanca?

—Tengo mis motivos.

Alberto asiente y nos aguantamos la mirada, hasta que Carla nos interrumpe.

—¿Podéis dejar la charla? La caja está sola y se está formando cola.

Me encargo yo de la caja, sin dejar de pensar en el alien que se ha comido a Carla y se ha llevado su sonrisa y su simpatía.

Estar en la caja nunca me ha gustado. ¿Sabéis cuánta gente se arrepiente de las prendas que ha cogido justo cuando las he pasado por el lector? A puñados. Es agotador. Y no solo eso, sino que hasta te preguntan que si te gustan las prendas, lo cual me parece una pregunta absurda cuando no soy yo la que se va a poner esa ropa.

Cuando llega la hora de comer, decido abordar a Carla. Me gustaría poder ayudarla en lo que sea que esté pasando, a pesar de que, ahora mismo, no creo que sea de ayuda para nadie. Igualmente, ella se ha portado muy bien conmigo siempre y quiero devolverle el favor.

—Carla, ¿comemos juntas?

—No, lo siento. He quedado.

Eso me resulta raro. En todo el tiempo que llevamos juntas trabajando nunca ha quedado a comer con nadie cuando ha tenido que volver a la tienda a trabajar, así que sé perfectamente que es una excusa.

—Oye Carla si estás enfada conmigo por algo, puedes decírmelo.

—¿Te crees el ombligo del mundo, tía? No tienes ni idea.

—No, no tengo ni idea, pero tampoco nos merecemos ninguno tu actitud de mierda.

Ale, ya lo he dicho.

—Entonces dile a Alberto que me despida si no estáis contentos conmigo.

Carla se gira y se mete en la sala de personal. Joder. ¿Qué mosca le habrá picado? Yo también voy a la sala a cambiarme de ropa y a recoger mis cosas sin decirle nada más. Solo iba a conseguir otro grito por su parte. Y me voy a casa, donde me voy a comer las uñas hasta que Gonzalo aparezca. Porque va a aparecer, ¿verdad?

Gonzalo

Acabo de tener el puto peor día de mi vida.

Y lo mejor de todo es que sé que en unas horas va a empeorar. Mi jefe no ha parado de hacerme la vida imposible, siendo más desagradable de lo normal, dejándome muchas veces como un auténtico inútil delante de los compañeros. El único momento que me ha dejado tranquilo ha sido cuando se ha ido al baño, siguiendo los pasos de Naiara, tardando cerca de media hora en regresar. Qué poca vergüenza tiene; ya no solo por follársela en el trabajo, sino por haber ido a casa de Blanca exigiendo respuestas cuando se sigue follando a la otra.

No paro de preguntarme cómo coño voy a seguir trabajando con este tío. Ya no le tengo el más mínimo respeto, pero necesito el trabajo.

Al salir del edificio donde se encuentra el despacho, por fin puedo respirar.

El cielo está gris y noto en la cara las primeras gotas de lluvia. Me doy cuenta de que no tengo coche para volverme a casa al venir con el gilipollas de Óscar, así que paro un taxi que no me puedo permitir. Necesito llegar a casa y acabar con este día de mierda cuanto antes.

Cuando me paro enfrente de la puerta de Blanca, el corazón me va a mil por hora. Siento el peso de mi cuerpo como si pesara el doble. Quizá esta sea la última vez que esté en su casa con ella. Al final, llamo al timbre como siempre: con algo de impaciencia; y es que con ella las ganas se escapan de mi control. Cuando me abre, siento una tristeza infinita. Por ella, por mí, por nosotros. Por la tristeza que veo en su mirada. Por el final anunciado.

—Pasa —me dice.

La sigo dentro, mirando de reojo ese mueble que tiene en la entrada; ese donde me regaló su primer orgasmo.

—No sabía si ibas a venir —me dice de camino al salón.

—Te dije que lo haría. ¿Qué escuchabas?

Blanca tenía puesta música, aunque estoy tan distraído y la ha quitado tan rápido que no he podido identificar a la cantante.

—La Oreja de Van Gogh.

—La verdad es que te pega —comento como si tuviéramos una de nuestras conversaciones diarias; ignorando lo que viene a continuación.

—Es un grupo que me ha acompañado casi toda mi vida.

Sonreímos como solo lo hacemos nosotros cuando hablamos de tonterías que lo significan todo. Entro al salón, ese donde hemos compartido tantas cenas, donde nos hemos emborrachado, donde nos hemos conocido, donde hemos hecho el amor. Toda la jodida casa es un recuerdo con Blanca y me duele mirar a cualquier parte sabiendo que es la última vez. Nos sentamos en el sofá, demasiado cerca para mi tranquilidad. Sentirla tan cerca o rozarla me provoca algo tan fuerte que no sé si voy a poder decirle adiós. No sé si voy a ser capaz de no abrazarla y pedirle como un desesperado que, por favor, no me eche de su vida.

—¿Qué tal el día? —me pregunta.

Sonrío amargamente, chocando la lengua contra el paladar.

—Digamos que mi jefe se ha encargado de hacerme la vida imposible ahora que sabe que nos conocemos. Todavía no me lo creo.

—Yo tampoco. Lo siento mucho, Gonzalo.

—Tú no tienes la culpa de que él sea un gilipollas. Joder, es que todavía no me lo puedo creer.

—Es que es lo típico que parece imposible que suceda.

—Supongo.

—¿Tú conoces a Naiara?

Que Blanca me pregunte por ella me deja desencajado. No esperaba que conociera su existencia, ni siquiera esperaba que supiera su nombre. Recuerdo lo que ha pasado hoy en los lavabos y se me revuelve el estómago. Esto que voy a hacer se puede considerar un acto egoísta por mi parte, pero lo que en realidad quiero es protegerla de ese cabrón.

—Sí, y no sé qué te habrá dicho Óscar, pero hoy mismo se la ha follado en los baños del despacho.

Blanca traga saliva y veo una pizca de rabia en su mirada. ¿Es que todavía le importa?

—Esta mañana me ha mentido. Me ha dicho que no seguía con ella.

—Siento si he sido muy directo, pero no quería mentirte.

—Lo sé. Yo… lo siento, Gonzalo. Lo siento todo.

Y comprendo a que se refiere. Ya no estamos hablando de las casualidades de la vida. Sino de nosotros. De esto a lo que he venido.

—Sabía que este día iba a llegar tarde o temprano. He sido un iluso al pensar que las cosas podrían ser de otra manera.

—La culpa de todo es mía. Yo… no he sabido hacerlo de otra manera.

—Lo peor de todo es que te entiendo, Blanca. Me lo dejaste claro desde el principio, pero no quise verlo, no quise asumirlo. Lo que siento por ti… —Suspiro porque pronunciar esas palabras hace que me duela el pecho—. Lo que siento por ti nubló todo lo demás. Aun así, se me hace insoportable la idea de que te vayas de mi vida.

Me atrevo a mirarla y… su mirada es turbia, está conteniendo las lágrimas.

—Lo que yo siento por ti me hizo alargar esta situación. Nunca quise hacerte daño, pero no puedo ofrecerte nada de lo que mereces, Gonzalo.

Asiento derrotado. No hay vuelta atrás. No hay solución. Es la primera vez que Blanca dice abiertamente que siente algo por mí. Al menos, la primera vez que me lo dice a mí, sin medias tintas.

—Ya lo sé —musito.

—Gonzalo —Blanca me mira y se muerde el labio con nerviosismo, intentando no derrumbarse—, necesito ser sincera contigo. Necesito que sepas que estos meses lo han significado todo para mí. Que… has sido alguien importante en mi vida y que lo que sentimos es real. Pero tengo que dejarte ir para que hagas tu vida. Me da un miedo atroz dejarme llevar por esto —nos señala— y estropearlo. Me da miedo sentirme atada otra vez y destrozarnos más todavía. No puedo permitir eso.

—Lo último que pretendía es que te volvieras a sentir así, Blanca. No conmigo. Pero entiendo lo que quieres decir. Lo único que he intentado estos meses es hacerte sentir libre y feliz.

—Lo sé, lo has hecho y no sabes lo que te lo agradezco. —Coge mi mano y yo me estremezco.

Siempre pensé que esta despedida iba a ser más dramática, que acabaría llorando como un crío, quizá alzando la voz por la rabia o que acabaríamos peleando como cuando nos conocimos. Una despedida llena de reproches. Pero nada más lejos de la realidad, porque somos dos personas que se quieren de alguna manera y que no quieren acabar mal. Que quieren conservar los buenos momentos; lo bueno que nos hemos aportado el uno al otro.

Pero hay algo que no puedo callarme. Hay algo que tengo que decirle antes de salir por esa puerta. Algo que no se puede ir conmigo porque me haría un agujero. Necesito que lo sepa por mí.

—No puedo irme de aquí ni de tu vida sin decirte que te quiero, Blanca. Lo siento, sé que no querías oírlo, pero necesito decirlo antes de salir por esa puerta y no volver a tener la oportunidad de hacerlo. Te quiero.

Blanca solloza, ya no puede contener las lágrimas. Mis palabras le duelen; a mí también. Llevan tanto tiempo dentro de mí que, ahora que han salido, siento que se han perdido en algún lugar porque no me siento más liberado, sino más esclavo. No puede contestar. Sus lágrimas no paran de correr por sus mejillas y, no sé por qué, se me viene ese recuerdo a la cabeza: la primera vez que hicimos el amor y sus lágrimas también brotaron al correrse en mis dedos. Fue un momento tan bonito para mí, que sé que no lo voy a olvidar nunca. No me había pasado con nadie más.

Me rompo en mil pedazos.

Me levanto del sofá bruscamente. No puedo seguir alargando esto. No puedo seguir viendo como llora mientras rompe esto que tenemos.

Yo también quiero llorar.

Quiero gritar, joder.

Quiero gritar porque es injusto.

Es injusto que nos haya pasado esto en el peor momento.

Blanca también se levanta. Nos miramos una última vez antes de que yo mueva los pies hacia la salida. La orden que mi cerebro ha mandado a mis piernas se ha hecho de rogar. Me he quedado atrapado en sus ojos verdes, ahora húmedos; en su pelo rubio recogido en una coleta deshecha; en su boca hinchada de tanto morderse los labios. Está tan bonita que duele dejar de mirarla, pero tengo que hacerlo.

Cuando agarro el pomo de la puerta para abrirla, Blanca me abraza por detrás, hundiendo su rostro en mi espalda. Es un abrazo inesperado y desesperado. Me agarra con fuerza, yo cierro los ojos y suspiro, conteniendo las ganas de que mis ojos den rienda suelta a las lágrimas. Poso mis manos sobre las suyas, sintiendo su calor aunque estén heladas.

—Siempre recordaré las luces de Navidad y las montañas rusas.

Solloza más fuerte y yo también me dejo ir porque esas palabras lo significan todo. Es su forma de decirme que me quiere sin decírmelo, como hice yo aquella noche en la que las palabras se me agolpaban en la garganta. Doy un apretón suave a sus manos y hago que me suelte para poder girarme y darle un beso en la frente. El de despedida. El beso más sentido de toda mi vida.

—Adiós, Usurpador —musita.

—Adiós, Blanca —no puedo llamarla de esa otra manera en este momento.

Cuando entro en mi casa, tengo ganas de hacer una cosa muy concreta. Lo necesito. Marta, al verme, viene corriendo hacía mí. Debo

tener una pinta deplorable, aparte de que no he pasado por casa desde anoche.

—¿Y Gabriela? —pregunto antes de que comience su interrogatorio.

—Dormida. ¿Qué te ha pasado?

La ignoro y me dirijo a la habitación. La veo ahí, en su cuna, dormida, con los puñitos cerrados y su chupete puesto. La cojo con cuidado para no despertarla y me siento en la cama con ella en brazos.

Necesito sentir su calor, su cuerpo sobre el mío, su olor a colonia de bebé. Abrazar a esta pequeña es lo único que ahora puede salvarme.

—Lo siento, hermano.

Es increíble que no haga falta que hablemos para entendernos; para que Marta entienda qué me pasa.

—No he podido hacer nada, Marta. Nada.

—No dependía de ti, cariño.

Supongo que no. Blanca ya había tomado esa decisión incluso antes de que nos besáramos por primera vez. Y solo puedo… respetar su decisión, aunque eso me mate por dentro.

31

Yo tampoco soy la misma

—Inesita al rescate, pichurrina.

En cuanto Gonzalo ha salido por la puerta no he podido evitar llamar a Inés llorando. Necesitaba un abrazo.

—He traído yogures de coco y tequila.

No sé qué clase de amigos tendrán los demás, pero está claro que yo me he llevado a la mejor. Aunque la palabra «amiga» a Inés se le queda corta con todo lo que es ella para mí. Es la hermana que nunca he tenido y a veces siento que no me la merezco.

En cuanto lo deja todo en la cocina, me abraza.

Me abraza y yo me derrumbo.

Ella me consuela acariciándome el pelo, dejando que me desahogue. Nunca me pregunta si estoy bien porque es de las que piensan que es una pregunta manida que no sirve para nada; que solo sirve para no quedarse en un incómodo silencio. Pero, a veces, el silencio es necesario; la otra persona solo necesita que estés ahí con ella. Yo soy al revés, siempre he sido de las que hacen esa pregunta porque no consigo retenerla; supongo que me he acostumbrado a hacerlo.

—No merezco estar llorando. He sido yo la que lo ha estropeado todo. —Sollozo.

—Eso no significa que no duela igual, pichurrina.

La abrazo más fuerte.

Sí, duele y duele mucho.

Echo de menos a Gonzalo de una manera inexplicable cuando solo han pasado dos horas desde que ha salido por la puerta de casa.

Cuando logro tranquilizarme un poco, Inés me pone un chupito de tequila en una mano y un yogur de coco en la otra. El tequila me quema en la garganta y la quemazón la alivio con una cucharada de yogur. La verdad es que la mezcla no me desagrada. Lo que no logra calmar el alcohol es el agujero que siento en el pecho.

Me siento en el sofá junto a Inés, que sigue abrazándome y

acariciándome el pelo, mientras yo intento recordar cómo me sentí cuando rompí con Óscar. Recuerdo que me sentí triste, mal, perdida, engañada, utilizada; sentí el fracaso soplándome en la nuca. Pero ahora… Ahora no siento nada parecido a eso.

Me siento vacía, como si Gonzalo se hubiera llevado a la nueva Blanca con él y Óscar se hubiera llevado a la vieja, dejando, entre los dos, una cáscara vacía de mí.

Sé lo terriblemente mal que suena y sé que tengo que aprender a recomponerme sola, otra vez, pero no puedo evitar sentir ese vacío que ellos dos han dejado. Vale, en parte por mi culpa; yo los dejé a los dos, pero creo que no me quedaba otra opción, ¿no? Me siento fatal, la verdad.

—¿Cómo ha sido?

—Mucho mejor de lo que merecía. Ha sido tan comprensivo… No ha levantado la voz, no me ha mirado con odio… Me ha dicho que me quiere.

—Pero eso ya lo sabías. Gonzalo es un buen tío.

—El mejor que he conocido —musito intentando aguantar las lágrimas.

—Al menos quédate con eso, con todo lo bueno que has vivido con él.

Una lágrima rebelde resbala por mi rostro cuando un montón de momentos y recuerdos pasan por mi cabeza. Tantas cosas en tan poco tiempo.

—¿Y ahora qué? —pregunto, aunque es una pregunta para mí misma, en realidad.

—Eso lo tienes que decidir tú, pichurrina. Entiendo por qué has tomado esta decisión aunque crea que tienes una suerte de la hostia al haber encontrado a alguien como Gonzalo. Pero cada uno tenemos nuestros tiempos. Encuentra ahora el tuyo. Haz, al menos, que haberlo dejado marchar te merezca la pena.

—Somos un puto caso, Inés. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué hacemos con Marta? No voy a poder ni mirarla a la cara después de esto y… voy a echar mucho de menos a la pequeña.

—Tú al menos te planteas mirarla a la cara. Yo no puedo ni verla sin sentir que el corazón me late desbocado. ¿Qué cojones tendrán esos hermanos y qué han hecho con nosotras?

Inés y yo nos dedicamos una mirada y estallamos en carcajadas por lo absurdo de la situación.

Reímos por no llorar, se entiende.

Va a ser verdad que la realidad supera a la ficción porque esto no se lo creería nadie ni leyéndolo en una novela.

—Somos unas mamarrachas. —Se burla Inés.

—Hablando de mamarrachos… Óscar se ha presentado aquí esta

mañana. No preguntes —le pido al ver que bullían de su cabeza mil preguntas—. Solo te diré que la forma de encontrarme ha sido bastante sucia, pero eso no es lo más fuerte de todo.

—Escupe, pichurrina.

—Óscar es el jefe de Gonzalo. ¿Cómo te quedas? Yo todavía no me lo creo.

—Me quedo muerta —murmura mi amiga abriendo mucho sus bonitos ojos.

—No paro de pensar que, todo este tiempo, Gonzalo ha estado todos los días con Óscar y conmigo sin saberlo. Y Óscar lo conocía desde hace muchísimo más tiempo que yo. ¿No te parece todo absurdo?

—¡EH, YA PODÉIS SALIR! —grita Inés y yo pienso que la tengo que devolver al psiquiátrico en dónde la encontré—. Ya nos hemos dado cuenta de la cámara oculta. Vaya puto cuadro nos habéis montado.

Ambas estallamos en carcajadas. Las mías un poco más tristes que las suyas, pero es cierto que parece que estamos inmersas en un programa de cámara oculta.

—Oye y… ¿qué quería el cenutrio?

—El muy cabrón dice que no me ha olvidado y que ya no está con la Barbie Malibú esa. Ha insultado a Gonzalo en mi presencia de la única forma que Óscar sabe: por el dinero. Y, encima, tiene los cojones de mentirme en la cara porque Gonzalo me ha contado que se ha follado a la otra en el despacho.

La boca de Inés se vuelve redonda de la sorpresa. Está claro que por mucho que creas que has vivido, ni se acerca a lo que te queda por descubrir del mundo y de las personas.

—Pichurrina…

—La verdad es que me da igual. Puede hacer con su polla lo que quiera, pero oírlo hablar así de Gonzalo… me puso mala.

—Es una persona despreciable.

Chocamos otro chupito de tequila y brindamos por nosotras porque… ¿Por qué no?

Cuatro chupitos y dos yogures después, Inés vuelve a su casa y yo me meto en la cama, intentando contener la tristeza que me provoca no volver a tener a Gonzalo al otro lado cuando despierte.

Hoy es el último día.

El último día que me permito llorar. He tomado una decisión con un fin muy concreto. He asumido que quiero a Gonzalo y que debo dejarlo marchar en menos de un mes. Mi cuerpo está agotado. Ahora solo tengo que mirar hacia adelante. Llevarlo de la mejor manera posible, asumiendo que él siempre formará un poco parte de mí y que hay cosas que ya no serán iguales.

Yo tampoco soy la misma.

32

Eso no significa que no duele igual

Tenemos las Navidades encima; tan encima que mi madre me ha liado para hacer las típicas compras navideñas que odio con toda mi alma.

Es la típica que compra regalos para todos, así que ya vamos bastante cargadas.

Esto es un agobio.

En vez de ir a un centro comercial como todo hijo de vecino, ha decidido comprar todos los regalos en el centro, cuando tengo que dejar el coche en el quinto coño. Ni siquiera puedo aprovechar el *parking* de la tienda porque nos movemos tanto que estaría en las mismas. Además, hace un frío digno de Arendelle (para los que ya son muy adultos, es el reino de Anna y Elsa, de la película *Frozen*) y, cada vez que entramos en una tienda con la calefacción a tope, siento que sudo tanto que se me pega la ropa al cuerpo.

Total, que todo es una mierda.

Bueno, todo no.

El centro está precioso, lleno de luces de Navidad, figuritas y gente disfrazada de Papá Noel para hacerse fotos con los más pequeños. No puedo evitar acordarme de aquel día, rodeada de luces parecidas y montañas rusas.

Y con Gonzalo.

Todavía me cuesta pensar en él y no sentir una presión en el pecho. Han pasado dos semanas desde que dejamos de vernos y hablar. Ni siquiera nos hemos cruzado en el rellano ni una sola vez. Creo que ambos nos aprendimos tan bien los horarios del otro que evitamos coincidir a toda costa.

Todavía duele, pero creo que hice lo correcto.

—¿Qué te pasa, hija, que parece que estás tonta? —¿En qué sitio pone que tienes que querer a tu madre todos los días de tu vida, pase lo que pase y diga lo que diga?

—Nada, mamá.

—Toma, sujeta esto. —Me tiende otra bolsa más.

—¿Por qué papá no ha venido a ayudarnos? —me quejo.

—Porque sigue jorobado de la espalda. Está emperrado en no ir a pilates. Hasta le propuse que viera videos en el *Tutube* ese para hacerlo en casa, pero nada.

—YouTube, mamá —la corrijo y me río porque a veces tienes unas cosas más graciosas. . .

—Pues eso —zanja—. Por cierto, ¿qué le vas a regalar a Gonzalo?

Paro en seco en mitad de la calle, lo que provoca que una chica que iba detrás se choque conmigo. No me ha visto porque iba pendiente del móvil. Nos disculpamos y ella sigue su camino mientras yo miro a mi madre.

—¿Por qué tendría que comprarle algo?

—Bueno, hija, ¿las… —vacila—, las cosas modernas que tenéis ahora los jóvenes no os permiten hacer regalos?

Y una tristeza inmediata me invade porque sé perfectamente qué le regalaría a Gonzalo… Un momento en el tiempo. Pero no es posible.

—Mamá…, es que Gonzalo y yo ya no nos vemos.

—¿Y eso? Con lo majo que era el chico. Ay, Blanca, qué disgusto.

Una cosa que he aprendido con los años de mi madre es que siempre está disgustada por algo.

—Es difícil de explicar, mamá.

—¡Qué complicado lo hacéis todo ahora! Antes o se quería o no se quería. Ahora no sé en qué estáis pensando.

No replico. No me apetece explicarle a mi madre los motivos por los que estamos como estamos.

Al parecer, ya se ha cansado de dar vueltas y nos hemos sentado en una cafetería a tomarnos un café caliente porque estamos heladas. Dejamos todas las bolsas en el suelo, donde pillamos, porque cualquiera diría que hemos atracado la ciudad. Ni confirmo ni desmiento que cada vez que veo una cabeza masculina morena me quedo unos segundos mirando a esa persona para comprobar si es Gonzalo. Y, en esos segundos de duda, mi estómago da un vuelco.

Cerebro

«Me estás empezando a dar mucho trabajo.
Es agotador ser tu cerebro».

—¿No me vas a contar qué te ha pasado con ese chico?

—No.

—De verdad, hija, que despegada eres. No me cuentas nada. ¿A quién habrás salido?

—A la tía Carmen —la pico con una sonrisa maliciosa.

—Mira, no me hables de ella.

La tía Carmen es todo lo opuesto a mi madre.

Es la hermana pequeña de mi padre y siempre ha sido un espíritu libre. Ha hecho lo que le ha dado la gana toda la vida y, por eso, ha chocado siempre con mi madre. Ha sido la despegada de la familia.

No puedo decir que yo sea despegada porque siento que siempre he estado bajo el ala de alguien, pero, desde que vivo sola, apenas paso por casa de mis padres. Me hacía falta valorar cuánto necesitaba la independencia. Independencia total.

Además, lo que mi madre tampoco le perdona a mi tía es que me regalara una caja de condones cuando cumplí los dieciocho años. Mi cara cuando abrí el regalo fue de vergüenza absoluta; mi madre casi se desmaya.

—¿Viene a la cena de Navidad?

—Para mí desgracia, sí —se lamenta mi progenitora.

—Van a ser las primeras Navidades sin Óscar —comento en voz alta, deseando haberlo solo pensado.

—No nos hace falta Óscar para nada —me contesta mi madre y yo la miro sorprendida.

—¿Qué?

—Hija, me he dado cuenta de lo equivocada y ciega que estaba. Óscar no era para ti. Nos tenía a todos obnubilados con su simpatía, su generosidad, su labia… Pero no sonreías con él. Tampoco digo que ese chico, Gonzalo, sea lo que necesitas, pero, al menos, con él te vi bien y eso me vale.

Y mi tristeza aumenta porque hasta mi madre se ha dado cuenta de que Gonzalo era bueno. Era perfecto para mí.

Cuando aparco en el garaje, estoy agotada de tanto paseo y de cargar tanta bolsa. No puedo evitar observar el hueco vacío en la plaza de Gonzalo porque su coche ya no está. ¿Cómo estará yendo a trabajar?

Cerebro

«Te recuerdo que eso ya
no es de tu incumbencia».

«Ya lo sé, pero una no deja de preocuparse
por los demás de la noche a la mañana».

Subo al buzón porque hace días que no me paso, aunque seguro que solo hay propaganda; casi todas las facturas me las pasan directamente por la cuenta bancaria. Compruebo lo que he recogido mientras subo en el ascensor y me quedo paralizada al ver la carta que tengo en mis manos. Tiene el logo inconfundible del despacho en el que trabaja Óscar y el nombre de Gonzalo. ¿Cómo ha acabado esta carta en mi buzón? Si es que a veces parece que los de Correos no miran. No me queda más remedio que entregársela; que verlo después de dos semanas. Supongo que era inevitable. Al fin y al cabo, vivimos al lado.

Me planto frente a su puerta, deseando verlo y salir corriendo a partes iguales. Me froto las manos contra el abrigo para eliminar el exceso de sudor que me provocan los nervios y llamo al timbre. Contengo la respiración al oír unos pasos acercándose detrás de la puerta. Quizá me desmaye de un momento a otro por los nervios. Cuando la puerta se abre, empiezo a ver borroso al no llegarle oxígeno a mi cerebro, pero sí puedo apreciar que la persona que tengo enfrente no es Gonzalo.

—Hola, Marta —saludo algo tímida.

—Ey, Blanca. ¿Qué tal? —Típica pregunta de la que no quieres saber la auténtica respuesta, pero que estamos tan acostumbrados a hacer que no podemos contenerla.

—Es… es… —tartamudeo como una gilipollas—. ¿Está Gonzalo? Los de Correos se han equivocado y han metido esta carta en mi buzón.

Marta mira la carta y luego a mí. Cuando lo hace, algo ha cambiado en su expresión. Antes podía ver incomodidad y, ahora, pena. Se muerde el labio nerviosa, dudando en si la información que me va a dar debo saberla o no.

Qué triste es todo.

—Verás, Blanca, es que Gonzalo ya no vive aquí.

Un jarro de agua fría llena de cubitos de hielo me habría dejado menos helada que sus palabras.

«Gonzalo ya no vive aquí».
«Gonzalo ya no vive aquí».
«Gonzalo ya no vive aquí».

«Gonzalo ya no está al otro lado de la puerta».
«Gonzalo ya no está cerca».
«Gonzalo se ha ido».

—Ah… —consigo decir sin poder disimular mi tristeza.

Quizá es lo más inteligente que podía haber hecho. Largarse para evitar encontrarse conmigo; para no sufrir más.

¿A dónde habrá ido si no se podía permitir un alquiler? Me siento terriblemente culpable por haber provocado que se sintiera obligado a largarse. Él no se merecía nada de esto.

—Tranquila, se lo daré cuando lo vea —me dice cogiendo el sobre de mi mano porque yo me he quedado paralizada.

Yo no volveré a verlo.

—Marta, siento haber estado tan desaparecida estas semanas, pero…

—Lo sé. A pesar de todo —y con eso se refiere a mí—, no ha sido fácil para ninguno de los dos. Aunque mi hermano ha perdido mucho con esto… —De repente se detiene como si ya estuviera hablando de más.

—¿A qué te refieres?

—Prometí no decir nada. Lo siento.

—No, claro, lo comprendo. Nosotros ya no somos nada. No tengo por qué saber nada.

«Repítetelo hasta que lo asumas».

—¿Cómo estás tú? —Esa pregunta sí es sincera. Por cosas así adoro a Marta. A pesar de su corta edad, es más adulta que yo a veces y, aunque haya roto el corazón a su hermano, se sigue preocupando por mí.

—Es muy raro hablar de esto contigo —confieso.

—Anda, pasa, te invito a una cerveza. Además, creo que Gabriela te echa de menos.

Dudo. Dudo mucho porque sé que poner un pie en esa casa supone una vorágine de recuerdos que me van a oprimir el pecho. Aun así, acepto porque también tengo asumido que soy un poco masoquista.

Cuando entro, intento no fijarme en nada en particular para evitar evocar recuerdos, aunque es inútil. El solo hecho de sentarme en el sofá me trae a la memoria el día que Gonzalo estaba enfermo y cuidé de él. Borro esa imagen rápidamente de mi cabeza y me siento, resoplando.

—Ya, las rupturas son jodidas —comenta Marta.

—Ni siquiera sé si se le puede llamar ruptura. No éramos pareja —replico cogiendo el botellín de cerveza que me tiende.

—Eso da igual, Blanca. Existen muchos tipos de ruptura. Entre amigos, por desgracia entre familia también, entre conocidos… Que lo vuestro no tuviera una etiqueta no significa que no sea un ruptura.

A veces me incomoda que una niña de veintitrés años entienda

más de la vida que yo y que me dé lecciones constantemente. Que Inés se haya enamorado de ella no me sorprende en absoluto.

—Supongo que tienes razón. Siento que no merezco estar triste. Al fin y al cabo, fue decisión mía.

—Eso no significa que no duela igual —«¿Estoy hablando con Marta o con Inés?»—. Mi hermano me lo contó. Bueno, más bien lo obligué el día que me dijo que se largaba. Nosotros siempre nos lo hemos contado todo y Gonzalo es de los que necesitan soltarlo. No lo hizo cuando todo pasó. Entiendo tus razones, Blanca, y no tienes la culpa de esto. Aquí nadie la tiene, simplemente hay cosas que pasan en el momento equivocado y, bueno, tú siempre fuiste franca con él.

—Intenté serlo siempre. Él lo merecía, pero… no pude evitar dejarme llevar por todo lo que provocaba en mí. Él siempre confió en nosotros.

—Mi hermano siempre ha sido un romántico ahí donde lo ves. Es de los que creen en el amor con mayúsculas y es muy sentido. Ha salido a mamá en eso. Pero él se enamoró y se perdió. Decidió llegar hasta donde tú le permitieras, con todas las consecuencias.

Sus palabras me duelen.

—Debería haber tomado la decisión antes. Antes de que las cosas se complicaran.

—No te tortures más, Blanca. Las cosas se complicaron en el momento en el que os conocisteis. Era inevitable que lo demás pasara. Mi hermano también podría haber elegido cortarlo y no lo hizo a sabiendas de lo que tú pensabas. No hay que darle más vueltas. Pero no me has contestado a cómo estás tú.

Suspiro con pesar. Es la pregunta del millón.

—Bien, aunque triste. Lo echo mucho de menos. Intento… buscar la forma de hacer que esta decisión merezca la pena.

—Espero que encuentres lo que buscas, Blanca. —Y sé que Marta es sincera del todo. Que, aunque ha pasado lo que ha pasado, ella me desea lo mejor.

Busco a Gabriela con la mirada y la encuentro en la cunita del salón. Me levanto y me acerco a verla.

Está despierta, intentando cogerse los pies con sus manitas. Está tan guapa. Me agacho para cogerla, pidiéndole permiso a su madre con la mirada. La acuno contra mi pecho y aspiro el olor a bebé que desprende. Adoro a esta pequeña. Recuerdo las historias de Instagram que subía Gonzalo intentando dormirla y sonrío. Los recuerdos pueden doler porque echas de menos, pero si te provocan una sonrisa es que no hiciste las cosas tan mal como pensabas. Y, cada vez que recuerdo algún momento con Gonzalo, sonrío, a pesar de sentir su ausencia. Y sé que, con esa certeza, puedo empezar a buscar eso que tanto anhelo.

—Oye, Blanca, ¿cómo está Inés?

Me parte el alma esa pregunta porque me encantaría poder decirle que bien y asegurarle que todo volverá a la normalidad pronto, pero no puedo.

—Está… bien. Mejor.

—Creo que ella también está rompiendo conmigo —augura con una sonrisa tensa y triste.

—Inés no está rompiendo contigo —me apresuro a decir. Me siento en la obligación de intentar animarla de alguna manera.

—Pues quién lo diría.

Nota mental

Hablar con Inés.

—Dale un poco más de tiempo. Estoy segura de que todo se solucionará.

No, no estoy nada segura, pero no quiero desmotivarla más. Perder a un amigo también es doloroso.

33

Crear nuevos recuerdos

Aquella noche en la que rompí dos corazones (el de Gonzalo y el mío), decidí dejar de perder el tiempo y buscar lo que realmente anhelaba: sentirme libre.

Tener independencia era un comienzo muy grande y, ahora, sin el respaldo de nadie más que el mío propio, me siento bien.

Me he animado a hacer cosas que antes no hacía, como desayunar sola fuera de casa, igual que suele hacer Inés cuando le apetece, y me encantó la experiencia. Escogí una cafetería a la que siempre había querido ir. Muy mona y coqueta que en TripAdvisor tenía muy buena puntuación. Cogí el libro que tenía a medias y para allá que me fui un sábado por la mañana. Estaba un poco nublado y hacía frío, pero me dio igual. Pedí un desayuno americano porque mi padre siempre me dice que soy de buen comer; el café me calentó el cuerpo y la comida estaba buenísima.

No tuve que darle explicaciones a nadie sobre dónde estaba, ni a dónde iba, ni por qué hacía lo que hacía, y me sentí genial.

También aproveché para visitar un museo de la ciudad al que siempre había querido ir, pero no encontraba a nadie que me quisiera acompañar. Ahora pienso, ¿por qué necesitaba que me acompañara alguien? Yo soy mi mejor compañía, pero me he dado cuenta tarde; como con todo. La verdad, disfruté mucho paseando por el museo, admirando cada pieza aunque no pudiera comentarlo con nadie.

Otro día salí con Inés a una discoteca. Hacía muchísimo tiempo que no salía a bailar con ella y, ¿para qué ocultarlo?, a beber también. Se me había olvidado lo divertido que es salir con mi mejor amiga. No tiene ningún tipo de vergüenza y liga tanto con chicos como con chicas, lo cual nos ha puesto en situaciones incómodas algunas veces. Tampoco me extraña, Inés tiene una belleza tan bonita que es imposible que pase desapercibida. Para mi sorpresa, yo también ligué. El chico no era excesivamente guapo, todo hay que decirlo, y no es que sea superficial, es que… es que no era él. Y cualquiera queda

relegado a su lado ahora mismo. El chico me invitó a bailar y acepté, pero cuando se lanzó a besarme le hice una buena cobra. En el fondo, todavía no estaba preparada para besar a nadie más.

Igualmente, el hecho de volver a casa a la hora que me diera la gana y de solo tener que mandar un mensaje a Inés para que supiera que había llegado bien, sin tener que dar más explicaciones, hizo que me fuera a dormir con una sonrisa tonta en los labios.

Por otro lado, Nochebuena está cerca y es el primer año que voy a acudir a casa de mis padres sola. Sin Óscar. Y, en realidad, no me perturba. Mis padres me apoyan. A estas alturas toda la familia conoce mi situación (sin muchos detalles) y están avisados (es decir, amenazados por mi madre) de que no lo mencionen en toda la noche. Nunca pensé que mis padres me acabarían apoyando tanto en este tema y, sin embargo, es como si se hubieran olvidado de él. Yo también lo he hecho. Ni siquiera se ha atrevido a volver y, sinceramente, espero que no lo haga más.

Hoy el ritmo de la tienda es frenético.

Todo el mundo aprovecha para hacer las últimas compras para que no les pille el toro. Aunque creo que el toro te ha pillado cuando es veintidós de diciembre y sigues decidiendo si le regalas a tu cuñado la corbata en azul o en burdeos, como le pasa a la señora que ya me ha hecho sacar cuatro modelos.

—¿Cuál me recomiendas? —me pregunta.

—Personalmente, creo que la azul es más versátil, pero siempre he pensado que el color burdeos es más especial.

—Me dejas igual, bonita —me dice la señora frustrada.

—No conozco a su cuñado como para opinar —digo—. Siempre puede llevarse las dos.

Yo y mis dotes de vendedora en la cresta de la ola.

—Uy, no, quita. Mi cuñado no se merece ni que le regale algo. Esto es puro compromiso.

—Entonces llévele la que crea que menos le va a gustar —le digo a la mujer entre susurros como si estuviéramos compartiendo un

secreto. Sé lo que es odiar a tu cuñado; el hermano de Óscar no es que me cayera especialmente bien.

—Me llevo la azul.

—Buena elección, señora.

Y así durante todo el día porque, encima, tengo turno doble. Todos tenemos que arrimar el hombro en estas fechas tan caóticas.

Veo a Alberto feliz a pesar del ritmo de trabajo. Tiene una sonrisa bobalicona todo el rato en la cara y parece que está en las nubes, cosa que es raro en él. El tema de las musarañas es más propio de Carlos. En un momento en el que Carla está atendiendo la caja y los probadores se han vaciado, me acerco a él para cotillear.

—Vaya, vaya, ¿un buen día, jefe?

Él me mira manteniendo esa sonrisa tonta.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pues porque o te ha invadido un espíritu de la Navidad muy fuerte o tú has follado.

—Señorita Martínez, esas no son formas de hablar a tu jefe en el trabajo.

Ambos estallamos en carcajadas.

—Tienes razón, me he dejado llevar por la emoción. Olvídalo.

—En realidad, Olivia y yo ayer… Pues digamos que dimos otro paso más.

Mi boca adquiere una forma redondeada y ahogo un grito.

—No disteis otro paso; distéis «el paso», Alberto. No sabes lo que me alegro por vosotros.

—¿Y tú qué? Eres buena disimulando, pero no tanto como para ocultar que estás triste.

Creo que eso es algo que no le ha pasado desapercibido a nadie.

—Bueno, Gonzalo y yo hemos dejado de vernos y… es triste.

—Lo siento, Blanca.

—Yo también, en realidad.

—Lo que yo vi aquel día entre vosotros era bonito. ¿Qué es lo que ha salido tan mal?

—Yo he salido mal, Alberto. Y no me tires de la lengua que tampoco me apetece hablar mucho de ello. Solo pretendo quedarme con lo bueno y seguir adelante.

—Si necesitas algo, sabes que me tienes aquí, ¿verdad? Como amigos —puntualiza.

—Claro —le sonrío agradecida.

Ambos volvemos a nuestro trabajo, aunque puedo notar la mirada de Carla clavada en mi nuca. Sigue estando más rara que un perro verde y no quiere hablar con nadie del tema; ni siquiera conmigo, cuando pensaba que empezábamos ser amigas. Ojalá pudiera ayudarla de alguna manera.

Cuando acabo el turno, estoy agotada. A última hora, un cliente me ha cogido por banda porque quería hacer un regalo a su mujer y no tenía ninguna idea. Le he ofrecido varias opciones para que pudiera elegir y, al final, después de veinte minutos, no ha comprado nada.

Estoy en la sala de personal con Carla, poniéndome mi ropa. Últimamente, la tensión entre nosotras se puede cortar con un cuchillo, pero decidí no insistir y en esas sigo. Cuando estoy a punto de salir de la sala, me despido de ella porque la educación va por delante.

—Hasta mañana, Carla.

—¡Oye, Blanca! ¿Tienes un minuto?

Me doy la vuelta.

—Sí, claro. Dime.

—Quiero pedirte perdón por mi actitud. No estoy pasando por una buena época y lo he pagado con todo el mundo.

Me ablando, tengo que reconocerlo, y me alegro de que haya decidido disculparse.

—No pasa nada, Carla. Cada uno afronta sus problemas como mejor sabe. No te preocupes.

—¿Amigas?

—Claro.

Y nos damos un abrazo para sellar las paces.

—Oye, últimamente te estás llevando muy bien con el jefe, ¿no? —cotillea.

—Sí, después de todo, nos hemos hecho buenos amigos.

—Pero ¿y su mujer?

—Ay, Carla, han pasado muchas cosas. Ya te contaré con calma.

—No me puedo creer que me haya perdido todo el salseo —se lamenta.

Le saco la lengua y me voy. Pero no me voy de vuelta a mi casa.

No me apetece.

Así que me dirijo al único lugar del que nunca me canso: la playa. Me gusta mezclarme entre la gente que está en el paseo marítimo. Meto las manos en los bolsillos del abrigo y, al instante, echo de menos la de él junto a la mía. Desecho de inmediato esa sensación porque tengo que aprender a vivir con los recuerdos sin desear que vuelvan.

Me paro en un punto del paseo, justo en una de las entradas a la playa. Tiene una pasarela de tablas de madera que terminan justo en la mitad entre la arena y la orilla. Camino por ella y me paro en el borde, sin llegar a pisar la arena. Esta vez no me voy a descalzar, no me voy a adentrar en la orilla para sentir el mar. No puedo porque siento que eso solo puedo hacerlo con él. Tengo que empezar a crear

recuerdos nuevos aquí. Otra vez. Quizá debería dejar de venir a la playa con gente y, así, evitar recuerdos amargos. Piso la arena y me siento. Está fría y húmeda, pero no me importa.

—¿Blanca?

Esa voz… No, por Dios. Ahora no.

Me giro y ahí está; con su permanente traje y una sonrisa de suficiencia que cada vez aborrezco más.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cortante—. ¿Me estás siguiendo?

—¡No! Claro que no. Solo estaba paseando y te he visto venir hacia aquí.

—Vale, pues ya puedes irte.

Lo que menos me apetece es terminar el día hablando con él.

—¿Qué haces aquí sola? —Y sin que nadie lo invite, se sienta conmigo en la arena.

—No te importa, Óscar. ¿Puedes irte? Si estoy sola es porque me apetece.

Vuelvo a sentir esa presión, ese aprisionamiento, esa constante sensación de tener que dar explicaciones; y no lo soporto. No soporto que sea Óscar el que me las pida.

—¿Desde cuándo eres tan arisca? No hay quién te tosa.

—Soy arisca con quien lo merece y tú has hecho muchos méritos.

Óscar se ríe amargamente.

—No te reconozco.

—Yo a ti tampoco.

—¿Dónde está la Blanca que yo conocí? La que siempre lo tenía todo controlado, la amable, la buena…

—Muerta —lo corto—. Dejé de ser esa Blanca el día que lo echamos todo a perder.

—Dirás el día que lo «echaste» todo a perder.

Giro el cuello para mirarlo, sorprendida.

—¿Tienes la cara de decirme que todo fue culpa mía?

—Yo no te fui infiel.

—Así que, según tú, ¿todo se jodió porque yo te puse los cuernos? Vamos no me jodas. ¿Y no se te ha ocurrido pensar por qué pasó?

—Habíamos discutido y siempre te pones cachonda cuando estás enfadada. —Se encoge de hombros como si esa fuera la explicación obvia a todo lo que pasó.

Ahora sí que estoy enfadada. Tengo ganas de abofetearlo hasta matarlo.

—Mira, esta conversación es absurda y llega muchos meses tarde. Ya me da igual lo que pasó y lo que piensas.

Me levanto de la arena y camino por las tablas de vuelta al paseo. No quiero seguir hablando con él. Acaba de crearme un recuerdo amargo en esta playa y lo odio por ello. Pero, antes de poder llegar al

paseo, su mano agarra mi brazo bruscamente.

—¡Suéltame, joder!

Él lo hace, pero su mirada es puro fuego. No sé por qué está tan enfadado, no tiene ningún derecho.

—Blanca, yo te quiero —suelta a bocajarro—. Nunca he dejado de hacerlo.

Me río incrédula. ¿Cómo se atreve a seguir mintiéndome?

—No me vengas con esas Óscar. Sé de buena tinta que te sigues follando a la chica esa. Es que no sé cómo tienes el valor de seguir mintiéndome.

—Vaya, veo que Silva, aparte de cobarde, es un chivato.

—No metas a Gonzalo en esto.

—Ya está metido, desde el momento en que se metió en tus bragas.

Lo odio. Con todas mis fuerzas. Es un desgraciado.

—No sé cómo te atreves a llamarlo cobarde; cómo te atreves siquiera a hablar mal de él sin mirarte tú al espejo. No sé ni cómo puede estar trabajando contigo.

—Vaya, ¿Gonzalo no te lo ha contado?

—¿Contarme el qué? —pregunto confusa.

Hemos vuelto al paseo y un montón de gente pasa al lado nuestra y se nos queda mirando. Normal, no paramos de gritar y de mirarnos con desprecio. Para esto hemos quedado: para gritarnos, después de todo lo que nos quisimos. Después de todo lo que yo lo quise.

—Se largó del despacho al día siguiente de enterarse de que yo era tu ex. Ni siquiera me importó la mierda del preaviso; si no se hubiera ido él, lo habría echado yo.

Me quedo sin respiración. Sin palabras. Confusa. Gonzalo… ¿ya no tiene trabajo?

—¿De verdad lo habrías echado solo por encontrarlo en mi casa?

—No podía ser amable con él sabiendo que te lo follas. Era lo mejor para los dos.

—Eres un maldito cretino. Lo habrías echado solo porque tenías la sospecha. Estoy segura de que él tampoco te confirmó nada. Tú solito sacaste tus conclusiones.

—Me vas a decir que es mentira a estas alturas. Que Gonzalo se fuera me lo confirmó.

No puedo seguir mirándolo. No puedo. Quiero largarme de aquí, así que me doy la vuelta y empiezo a caminar en dirección a mi coche. Pero el brazo de Óscar vuelve a agarrarme, esta vez con más fuerza.

—¡Eh! Ni se te ocurra dejarme con la palabra en la boca —grita furioso.

—¡Suéltame! No tengo nada más que hablar contigo. No quiero volver a verte.

La mano de Óscar me aprieta más fuerte.

—Me estás haciendo daño. O me sueltas o grito.

Él sonríe con suficiencia.

—No te atreverías.

—¡Que me sueltes!

Pero no lo hace, sino que me aprieta más contra él y, cuando me quiero dar cuenta, siento sus labios presionando los míos, su lengua intentando entrar en mi boca y me da mucho asco. Cuando se separa de mí, lo hago. Necesito escapar.

—¡Socorro! ¡Por favor, quiere violarme! —empiezo a gritar derramando lágrimas por la rabia.

—¿Qué cojones haces? —sisea.

—¡Por favor! —sigo gritando, intentando zafarme—. ¡Ayuda!

—Eh, tú, ¿se puede saber qué cojones haces, gilipollas? —le espeta un chico, más o menos de mi edad, que me ha oído.

Óscar me suelta y yo aprovecho la confusión para largarme de allí todo lo rápido que puedo, derramando más lágrimas y odiándolo con todas mis fuerzas.

Hay una cosa en la que Óscar tiene razón y que ya todo el mundo sabe: me pongo cachonda cuando me enfado, así que creo que esta noche es el momento de estrenar el *Satisfyer* que Inés me regaló por mi cumpleaños. Puede que parezca una loca, pero esta soy yo, le pese a quien le pese.

Y vaya si lo estreno, pero pensando en alguien que no debo. No puedo evitarlo. Cuando me corro (a los cinco minutos y a potencia cuatro), tengo una pregunta gigante en la cabeza.

¿Qué estás haciendo, Gonzalo?

34

Una idea y una foto

Gonzalo

Siempre me gustó la Navidad.

Siempre, desde niño. Ponía el árbol con mis padres y, cuando Marta llegó y fue lo suficientemente mayor para participar, se convirtió en la encargada de poner la estrella. Yo la cogía para alzarla y ella la colocaba. Después, mamá siempre nos preparaba chocolate caliente y turrón.

Las Navidades eran felices.

Pero este año no siento absolutamente nada. Han perdido todo el significado para mí. Debí perderlo en el Parque de Atracciones, celebrando una Navidad adelantada. Con ella.

Me encuentro paseando por la calle, haciendo tiempo y, de paso, entregando algún currículum. Sé que eso es la hostia de obsoleto y que ahora todo se maneja por Internet, pero por ahí ya lo he intentado y no llaman, así que también me he pateado las calles. Me da igual de qué trabajar, pero necesito el dinero.

Estoy haciendo tiempo porque mi madre me ha pedido que vaya a buscar a Marta y a la niña para la cena de Nochebuena y no me he visto capaz de volver allí, así que me he inventado una excusa de mierda y, al final, va ella. No me gusta mentirle, adoro a mi madre y siempre se lo he contado todo, pero no quiero hablar de ella. Todavía me duele. No la odio y no le guardo rencor, pero Blanca me duele.

Sé que Marta la ha visto y ha hablado con ella. Me lo contó y me morí de curiosidad por saber cómo está, pero me contuve. Tengo que aprender a vivir con el recuerdo. Que Blanca fue real, pero no pudo

ser.

Por eso decidí dejar de vivir con Marta y dejar el trabajo. Lo primero, para cortar de raíz, si no, era cuestión de tiempo que volviéramos a vernos y acabara suplicándole que me dejara entrar en su vida otra vez. Lo segundo fue por salud y por no acabar con una denuncia. Un día más trabajando con ese gilipollas después de saber que es el ex de Blanca y le habría partido los dientes. No soy una persona violenta y nunca me he peleado con nadie, pero, después de haber oído cómo hablaba de ella, de ver cómo se follaba a Naiara ese mismo día y de sentir su desprecio hacia mí, tenía que largarme de allí o habría conseguido sacar lo peor de mí.

Le habría partido la cara.Sigo caminando por la calle, mirando de reojo la decoración navideña de las tiendas, pero este año nada me parece lo suficientemente bonito. ¿Qué les ha pasado a las luces de Navidad que han dejado de brillar tanto?

Blanca

—¡Feliz Navidad, pichurrina!

—¡Feliz Navidad, Inés!

Inés y yo tenemos una tradición. Siempre quedamos antes de la cena de Nochebuena para tomarnos la primera copa de champán y luego reunirnos con nuestras respectivas familias. Ah, y nos damos los regalos. Nada exagerado, solo un detalle.

Saco el champán de la nevera y sirvo dos copas.

—¿Por qué brindamos? —pregunto.

—Por nosotras, pichurrina, que ya va siendo hora de que seamos felices.

—Y por la libertad.

Chocamos nuestras copas y bebemos un buen trago después.

—¡Los regalos! —grita emocionada Inés.

Yo me río y voy a mi habitación a por el suyo. Cuando vuelvo al salón, ella sujeta una bolsa típica navideña con la ilusión de una niña pequeña. Intercambiamos los paquetes.

—Uy, uy, uy… No tengo ni idea de lo que es… —ironiza Inés. Siempre adivina lo que le regalo solo por la forma y bromea fingiendo que no sabe lo que es.

—Pues yo no tengo ni idea del tuyo.

Le he comprado un vinilo de su disco favorito de Maroon 5: *Songs about Jane*. Siempre ha estado muy pillada por el cantante. Abro con las manos temblorosas su regalo y siento ese cosquilleo de ilusión previo que tanto me gusta. Cuando termino de abrirlo, me llevo una mano a la boca emocionada y contemplo su regalo.

Es una foto nuestra del día de mi cumpleaños, enmarcada. El marco es precioso, como si lo hubiera hecho a mano, con un montón de piedras brillantes pegadas. Es tan bonito que me emociono.

—Pero, tía, no llores. Es solo una foto.

—No, Inés, no. No es solo una foto, es «la foto». —La miro—. Te quiero.

—Yo también te quiero, pichurrina. —Corre hacía mi para abrazarme.

Cuando nos despegamos, casi al borde de un llanto feliz, coloco el marco de fotos en un sitio vistoso del salón. Paso un brazo por encima de sus hombros y le doy un beso en la mejilla.

Mirándola, recuerdo el clic de una cámara que escuché ese día también. Un objetivo que nos apuntaba a Gonzalo, a Gabriela y a mí. Una foto que nunca llegué a ver.

—Inés… tú hiciste otra foto el día de mi cumpleaños, ¿verdad?

Su ceño se frunce y, al recordarla, su expresión se torna triste.

—Sí… No creí conveniente enseñártela, aunque es preciosa.

—Sí, será mejor que te la guardes pero… —«¿Voy a hacerme esto de verdad?»— ¿Me la enseñarás si te lo pido algún día?

—Claro —me contesta ella con una sonrisa tierna en los labios.

—Por cierto, el otro día estuve con Marta. —Puedo notar cómo Inés aguanta la respiración—. Me preguntó por ti.

—¿Y qué le dijiste?

Suspiro.

—Que estabas pasando un momento malo, pero que estabas bien.

—Qué suspicaz, pichurrina —dice con ironía.

—¿Qué querías que le dijera? Se me agotan los recursos. Quizá deberías ser sincera con ella. La vi triste y preocupada.

—¿Y qué le digo? «Hola, Marta, siento la ausencia, pero es que me he enamorado de ti y es imposible que sea correspondido. Cada vez que te miro siento que un rayo me parte el pecho». ¿Quieres que le diga eso?

—Por ejemplo.

—Estás loca. No puedo decirle eso.

—Es mejor eso que el silencio. Sé que te dije todo aquello de la distancia, pero… realmente lo está pasando mal. Creo… que se merece una explicación.

En ese momento, llaman a la puerta. Es raro porque no espero a

nadie y menos un día como hoy. Un escalofrío me recorre la columna al pensar en Óscar. ¿Será él otra vez para amargarme las Navidades? Inés y yo vamos a la puerta y abro sin siquiera mirar por la mirilla.

Cerebro

«Un día nos atracan porque
eres demasiado confiada».

«Tengamos la fiesta en paz, ¿vale?»

Sonrío de inmediato al encontrarme a la señora Mercedes, mi casera, al otro lado de la puerta. Está guapísima con un vestido verde botella, con su media melena morena suelta y un brillo especial en sus ojos azules. Parece que tiene muchos años menos de los que me dijo que tenía cuando alquilé este piso.

—¡Qué sorpresa, Mercedes! No la esperaba hoy. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, bonitas —nos desea a Inés y a mí.

—¿Pasa algo? —pregunto preocupada.

—No, no. Solo me he pasado a saludar y desearte felices fiestas, aprovechando que he venido a recoger a mi hija.

—¿Su hija también vive en este edificio?

Y justo en ese momento, la puerta de Marta se abre, saliendo ella y la niña al rellano.

—Sí, ella es mi hija —dice señalando a Marta.

Un sudor frío me recorre el cuerpo y siento que me quedo sin sangre por momentos, hasta que Inés me da un codazo.

—Marta…, ¿Mercedes es vuestra madre? —Y sí, digo «vuestra» porque no me puedo creer que tenga delante de mí a la madre de Gonzalo. Una mujer que lleva siendo mi casera todos estos meses. La que elabora ese olor tan característico que sólo es de él.

Marta asiente algo avergonzada. Está claro que ella siempre ha sabido que su madre es mi casera. Yo sigo intentando asimilarlo.

—Qué fuerte —murmura Inés.

—Hola —saluda Marta a mi amiga algo tímida, pero con una sonrisa bonita en los labios.

—Hola —le devuelve el saludo, pero Inés de manera más tensa.

—¿Conoces a mi hijo Gonzalo? También vivió aquí una temporada.

Creo que las tres contenemos la respiración y noto que me miran. Yo tomo aire para que no se note lo nerviosa que me ha puesto pensar en Gonzalo antes de contestar.

—Sí, lo conozco —musito.

Gonzalo

Maldigo el frío de diciembre.

Llevo dos horas dando vueltas por la ciudad. Marta me ha mandado un mensaje para avisarme de que ya estaban en casa, pero, supuestamente, yo estoy haciendo lo que le he dicho a mi madre y que ya no recuerdo. Todavía no quiero volver, pero tengo que hacerlo.

Decido dar un rodeo para tardar un poco más; para pensar, aclarar mis ideas y decidir de una vez qué voy a hacer con mi vida ahora que no tengo trabajo ni tampoco casa. He tenido que volver a vivir con mis padres cuando me prometí no volver a hacerlo. Siento que he vuelto a tener diecisiete años. No sé por qué, pero todo lo relacionado con ella hace que me sienta ridículamente más joven a mis treinta y dos años.

Paseo por el centro y, sin darme cuenta, he acabado enfrente de la tienda de Blanca.

Hoy está cerrada, pero no puedo evitar pararme a observarla, a imaginarla allí dentro, de un lado para otro, agobiada pero contenta; aguantando a algún cliente pesado, compartiendo bromas con Alberto ahora que el peligro ha pasado.

Sigo caminando despacio un buen rato, casi arrastrando los pies, pensando en que espero que esté siendo feliz; que esté buscando lo que tanto anhelaba, eso por lo que lo nuestro no puede ser en este momento. De repente, me paro enfrente de un local y algo llama mi atención. De hecho, alguien llama mi atención. Me asomo a través del cristal rezando porque nadie se piense que estoy haciendo algo raro. Definitivamente es ella, así que me acerco a las puertas automáticas de cristal y entro.

—¡Está cerrado! —anuncia ella.

Yo no contesto inmediatamente, sino que me paseo por el local contemplándolo todo y me quedo maravillado.

—¿Gonzalo?

Sonrío al oír mi nombre y la miro. Ella también lo hace conmigo, pero con el ceño fruncido y algo confusa.

—Hola, Olivia.

—¿Qué haces aquí? —Se acerca con su abultada barriga a darme dos besos.

Parece más relajada que aquella noche. Tiene un brillo diferente en los ojos y ya no parece asustada, sino segura y fuerte; y me alegro

por ella.

—Te he visto a través del cristal y he entrado a saludar. Esto es genial —le digo señalando su galería.

Pensaba que solo vendía cuadros, pero no, también vende fotografías. Es un local bastante amplio y cuidado, con todas las obras colocadas estratégicamente, como si te contaran una historia.

—Gracias —responde ella algo tímida—. ¿Quieres que te lo enseñe? Hoy no trabajo, solo he venido a ordenar unas cosas.

—Claro.

Caminamos por la galería. Ella explicándome todo con pelos y señales, con un brillo bonito en su mirada; yo prestando atención a todo lo que dice. No para de tocarse el vientre, supongo que es un tic nervioso porque en la cena lo hacía constantemente. Sigo observando las obras que ella me muestra hasta que me paro en seco al ver una fotografía; una en blanco y negro con un parque de atracciones en el fondo. Se puede apreciar la noria, una montaña rusa, las luces y un cielo oscuro con la luna en una esquina, tímida y pequeña. Me quedo absorto mirándola, recordando aquel día, su sonrisa, sus lágrimas de felicidad, sus mejillas rojas…

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Es perfecta para Blanca —suelto sin darme cuenta de lo que he dicho.

A Olivia no le extraña y sonríe. Al fin y al cabo, ella sigue pensando que estamos juntos. A mí se me clava esa fotografía, tanto que…

—¿Cuánto por la foto?

—Es bastante cara…

—¿Cuánto? —insisto.

—Ciento cincuenta euros.

La miro alucinado.

—Mierda, sí que es cara —le digo con una sonrisa avergonzada—. No es un precio apto para alguien que está en el paro.

—¿Estás en el paro?

—Sí… —respondo avergonzado.

—¿Qué pasó? —Inmediatamente se da cuenta de que se ha dejado llevar por la curiosidad y recula—. Perdona, soy una cotilla. No quería incomodarte.

Y decido contarle una verdad a medias porque no le puedo contar que, después de aquel día, no solo me quedé sin trabajo, sino también sin ella.

—Pasó que me enteré de que mi jefe era el ex de Blanca.

—Hostia, ¿en serio?

Me río porque me sorprende ese taco pronunciado por Olivia. Aquel día fue muy correcta.

—Sí… Fue una sorpresa para todos.

—Vaya marrón… Lo siento, Gonzalo. —Yo niego con la cabeza asumiendo que es lo que hay y nos quedamos unos segundos en silencio—. Te puedo hacer un descuento. ¿Qué te parece setenta y cinco? Sé que sigue siendo un poco caro, pero es que… ahora no me puedo permitir regalar nada. Aunque, si pudiera, lo haría.

—No quiero que me la regales, no lo permitiría. —Y tomo una decisión—. Me la llevo.

Ella asiente complacida.

—A Blanca le va a encantar.

Y sí, estoy de acuerdo, a Blanca le encantaría. No dejo de repetirme a mí mismo que es una pésima idea, que solo me estoy haciendo daño y que no me puedo permitir esa foto, pero siento que no puedo dejarla ahí; siento la estúpida esperanza de que algún día podré dársela. Ella me la prepara para que me lleve la foto en las mejores condiciones y le pone un lacito navideño. Después, paso mi tarjeta por el datáfono intentando no pensar en que tengo setenta y cinco euros menos en la cuenta por una maldita foto con la que no sé qué voy a hacer.

—Me ha gustado verte, Olivia. Cuidaos —le digo señalando su barriga— y saluda a Alberto de mi parte. ¡Feliz Navidad!

—Gonzalo, espera. —Me doy la vuelta—. Quizá no pueda regalarte la foto, pero creo que sí puedo hacerte otro regalo.

Blanca

Todavía no me lo puedo creer.

Mercedes es la madre de Gonzalo. Mi casera es su madre. ¿No es de locos? Pero lo que realmente me ronda la cabeza no es eso; es algo que me preocupa más. Si el piso en el que vivo es de su familia…, ¿por qué Gonzalo no vive en él? Se ahorraría pagar un alquiler y más ahora que no tiene trabajo tampoco. Me siento fatal, como si le estuviera robando algo que le pertenece por derecho.

La casa de mis padres está plagada de gente, casi no cabemos entre tíos y primos. Veo a mi madre agobiada de un lado para otro y a mi padre charlando animadamente con mi primo Gonzalo. Sí, hasta estando con mi familia tengo un recordatorio constante. Yo estoy

haciendo como que escucho a mi prima Sabrina mientras pego grandes tragos a mi copa de vino. Mi madre ha debido de amenazar contundentemente a toda la familia porque nadie ha mencionado a Óscar y, después del último encuentro, no quiero ni nombrarlo.

—¿No te aburres de estar todo el día en una tienda aguantando a gente y con horario comercial? —me pregunta mi prima.

Ella es pediatra y, claro, no considera mi trabajo como algo de vital trascendencia en la sociedad. Por eso, cada Navidad, me insta a que busque algo mejor, pero es que no quiero.

—Me gusta mi trabajo, prima —me limito a decir, como cada año.

Si eres feliz con lo que tienes, ¿por qué insistir en cambiarlo por algo que no quieres por mucho que los demás piensen que es lo mejor? En su día no quise ir a la universidad y no me arrepiento. Estoy satisfecha con mi trabajo, he conocido a personas maravillosas y aunque esté toda mi vida ganando un sueldo modesto, no me importa.

Sentarnos a la mesa es una auténtica odisea. Apenas cabemos y estamos como sardinas en conserva. Los hijos de mis primos están en la mesita baja del salón, cenando. La típica «mesa de los niños» que tanto odiaba de pequeña porque yo quería ser mayor y sentarme con los mayores. Sé que ellos también la odian. Al final, acaba todo el mundo sentado más o menos, aunque mi madre y yo, en unas banquetas bastante incómodas. Igualmente, lo pasamos en grande. El tío Manuel ha contado el primer chiste verde de la noche, que no será el último, y la tía Carmen se lo ha tomado como el pistoletazo de salida para seguir con el juego. Hermanos tenían que ser para el disgusto de mi madre. Yo no paro de reír ante sus ocurrencias y mis primos tampoco, aunque unos más avergonzados que otros.

En un momento en que estoy prestando atención a la tía Carmen, veo en su brazo unas líneas negras y me quedo patidifusa.

—¡Tía! ¿Te has hecho un tatuaje?

Ella me dedica una mirada pícara y me sonríe. Después, se levanta un poco la manga francesa de la blusa que lleva y me lo enseña con orgullo.

«*Freedom*».

Un tatuaje sencillo, apenas siete letras (ella siempre consideró el siete como el número perfecto), con su caligrafía, pero que tiene tanto significado para ambas, o para mí ahora mismo, que me siento abrumada.

—Me encanta, tía —le digo; ella me guiña un ojo.

—De verdad, con la edad que tiene… —Mi madre se santigua.

Yo no paro de reírme. Me lo paso bien. Hacía mucho que no me lo pasaba tan bien unas Navidades. Sin esa constante presión de que Óscar se sintiera a gusto, aunque nunca le hizo falta mi presencia. Era tan encantador (de serpientes) que se metió a toda mi familia en el

bolsillo enseguida.

Al terminar la cena, me siento en el sofá con la tía Carmen para ver su tatuaje más de cerca. Me fascina. Nunca me había picado el gusanillo de hacerme uno, supongo que porque no tenía nada importante con lo que marcar mi piel para siempre.

—Me encantaría copiártelo —le digo.

—Hazlo —me responde ella.

—No sé si me gustan los tatuajes. Ni siquiera sé qué me tatuaría.

—Cierra los ojos. —La miro extrañada—. Hazme caso, cielo. —Los cierro un poco reticente—. Ahora piensa en un momento feliz y ponle un nombre, o dibújalo en tu cabeza.

Y lo veo. Veo con claridad qué es lo que me gustaría que estuviera marcado en mi piel para siempre.

Gonzalo

—¡Ven aquí, pequeña! —Robo a Gabriela de entre los brazos de mi padre y empiezo a moverla por el salón como si fuera un avión mientras ella se parte de risa.

—Al final va a vomitar, Gonzalo —me regaña mi hermana.

—Hijo, ¿dónde te habías metido? Llevamos un rato esperándote.

—Perdona, mamá. Me lie con algo.

—¿Con algo o con alguien? Que nos conocemos, hijo.

Que mi madre insinúe que he estado follando alegremente por ahí no sé si me hace gracia o me aterroriza. Aunque no la culpo, alguna vez me ha pillado con las manos en la masa cuando era más joven.

—Digamos que… ¡tengo trabajo!

—¿En serio? —grita Marta dando saltos por el salón hasta llegar y abrazarme—. ¿En dónde? ¿Qué vas a hacer? ¿Cuándo empiezas?

Las preguntas atropelladas de mi hermana me hacen gracia. Sonrío ampliamente y abrazando a la pequeña, que sigue en mis brazos, murmuro:

—Sobrina, la que te espera con una madre como la tuya. No vas a poder salir con un chico o chica a escondidas sin que ella se entere. ¡Vaya tercer grado!

Marta me da un capón.

—¡No le digas esas cosas a mi hija, capullo! Solo te pregunto

porque estoy muy contenta por ti.

—Dices de mí, pero llamarme «capullo» cuando tengo a tu hija en brazos no es que sea un gran ejemplo.

—¿Queréis dejar de hacer el tonto? Hijo, cuéntanoslo todo.

Nos sentamos a la mesa. Papá, mamá, Marta, Gabriela y yo. Esta noche la pasamos solos, ya que el resto de la familia o ha decidido pasar las fiestas fuera o están con la familia política. Pero a mí nunca me ha importado que seamos pocos; con mi familia soy feliz. Además, son las primeras Navidades de Gabriela y mis padres y yo mismo hemos tirado la casa por la ventana comprando regalos. Yo, literalmente, he hipotecado mi vida, porque mi cuenta bancaria cada vez da más pena. Gracias a poder vivir con Marta, pude ahorrar algo de dinero que, poco a poco, se está yendo. Pero bueno, lo importante es que tengo otra oportunidad haciendo algo diferente a lo que he hecho en años.

—Voy a trabajar en una galería de arte —les cuento.

—¿Y qué sabes tú de arte, hermanito?

—No mucho, pero ya aprenderé. De momento, mis tareas van a ser administrativas.

—¿Y cómo has conseguido ese trabajo? —pregunta mi padre.

—Me he encontrado con una conocida, he pasado a saludarla y me ha hecho el mejor regalo de Navidad que podían hacerme: una oferta de trabajo.

—¿Quién es esa conocida? —La mirada que me está echando mi hermana no me gusta nada.

—Es largo de contar. —No me voy a poner a explicar de qué conozco a Olivia porque me sigue pareciendo surrealista. De hecho, hasta dudo de que haya sido una buena idea después de la historia que hay detrás, pero no me puedo permitir decir que no a un empleo.

—¿Te la follas? —pregunta irritada.

—¡Hija! —la regaña mi padre.

Mi madre se atraganta. A veces pienso que esta niña es adoptada o que con el embarazo se le fundió el cerebro.

—¡Claro que no, Marta! Olivia está casada y embarazada de su marido. Me ha dado una oportunidad porque necesita alguien que le eche una mano en la galería y más cuando nazca su hija.

Ella parece respirar tranquila.

—Me alegro mucho por ti hijo —me dice mi madre.

Yo le sonrío.

Quizá la vida me esté dando una oportunidad para seguir adelante.

—Por cierto, Blanca se ha enterado de que mamá es su casera.

La miro pálido. Mierda. Nunca se lo conté. No por nada, sino porque nunca se dio la ocasión, supongo. Creo que conozco lo

suficiente a Blanca como para saber qué habrá pensado al enterarse y me encojo un poco más en mi sitio.

—Veo que tenéis muy buena relación con mi inquilina —comenta mi madre.

—Unos más que otros —replica mi hermana dándole un sorbo a su refresco.

Mi madre deja los cubiertos encima de la mesa con dramatismo y se limpia los labios con la servilleta antes de dedicarme una mirada gélida. Sus ojos azules, clavados a los míos, me escrutan y empiezo a sentirme incómodo.

—¿Te has tirado a mi inquilina? —me pregunta muy seria.

Marta se echa a reír y no sé si de mí o es su risa nerviosa por lo tensa que es ahora mismo la situación.

—Si solo fuera eso…

—¡Marta! —la regaño. Ella pasa de mí mientras le da un biberón a su hija.

—¿De qué está hablando, Gonzalo?

—Merce, creo que…

—Tú calla, Alfonso.

Me revuelvo incómodo en la silla. No esperaba que en la cena acabaría hablando de esto. De ella. Yo solo quería pasar una noche tranquila.

—Mamá…, yo… —Nunca me ha costado hablar con mi madre. ¿Por qué estas palabras se me atascan tanto? Siento que la garganta se me seca—. Yo me enamoré de Blanca.

Todos en la mesa contenemos la respiración.

—Mira que te gusta complicarte, hijo. Desde que conocí a Blanca vi que estaba rota. Nunca supe por qué, pero se le veía en los ojos.

—Yo también lo vi, mamá. De hecho, me lo dijo, pero me enamoré igual y ella no estaba preparada.

En eso he salido a mi madre, en ser intuitivo; en saber leer a las personas.

—Ahora entiendo por qué se ha quedado pálida cuando se ha enterado de que era tu madre.

Y que ellas la hayan visto y sepan cómo está y yo no hace que sienta una punzada en el pecho. Mi padre nos mira. No entiende nada, pero, como tampoco sabe de qué hablamos, se mantiene al margen. Yo vuelvo otra vez a pensar en ella. Todos los recuerdos vuelven con fuerza y siento que la foto que he dejado en mi habitación me quema de alguna manera.

—Está bien —me dice Marta. Yo levanto la vista para mirarla—. Blanca. Está triste, pero está bien.

Suspiro profundamente.

Supongo que eso me tiene que valer.

35

El regalo de Navidad

Inés

Nunca he sido una persona a la que le cueste expresar lo que siente.

Nunca.

Siempre he llevado mis sentimientos con orgullo porque son míos y tengo derecho a tenerlos. Pero jamás me había encontrado en esta situación; en tener de decirle a alguien lo que siento cuando esos sentimientos no es que no sean correspondidos, es que es imposible que alguna vez puedan existir. Pero la pichurrina tiene razón y debo ser sincera con Marta de una vez por todas.

Total, el «no» ya lo tengo.

Quizá no es el día más indicado, pero también soy una persona un poco impaciente y, desde que he tomado la decisión, no puedo esperar a decírselo. Blanca no sabe nada de esta ida de olla mía. Se lo contaré, pero necesito hacer esto sola, sin ningún tipo de consejo previo, sin nada. A pelo.

He venido un poco tarde para asegurarme de que estará en casa. El día de Navidad es un día complicado y quizá se lo acabe jodiendo, pero necesito sacarme esto de dentro. Cuando llamo a la puerta con los nudillos, todas las dudas empiezan a aflorar, pero no me da tiempo a echarme atrás y huir porque Marta abre enseguida. Nuestros ojos claros chocan y me estremezco.

El pecho se me parte cada vez que la miro.

—Inés…

—Hola, Marta, ¿podemos hablar?

—¿Ahora quieres hablar? —dice a la defensiva, pero no parece enfadada, sino triste.

—Me gustaría poder explicarme y contártelo todo. Tómatelo como mi regalo de Navidad.

—Pasa, anda. Te invito a una cerveza.

—¿Tienes cerveza en casa a pesar de que no puedes bebértela?

—Son las que sobraron cuando se fue Gonzalo.

Eso me hace pensar en Blanca y en su historia.

Cada uno tenemos nuestros tiempos y lo respeto, pero creo que está tardando en darse cuenta de todo. En darse cuenta de lo realmente importante. Pero, como he dicho, cada uno tenemos nuestros tiempos.

Solo espero que no sea tarde.

Después de media cerveza y las típicas preguntas banales, decido romper el hielo y serle sincera de una vez. A eso he venido, ¿no?

—Marta, siento mucho haber desaparecido sin darte una explicación. He actuado mal, pero no me vi capaz de contarte la verdad en su momento.

—¿Qué pasó, Inés? Conectamos superbien y pensaba que éramos amigas. ¿Hice algo que te molestó?

Niego con la cabeza.

—Hiciste algo, pero fue bonito. Algo que era inevitable que pasara.

—No te sigo, Inés. ¿Se puede saber qué es eso que hice?

—Hiciste que me enamorara de ti.

Ya lo he dicho y siento que me acabo de deshacer de un peso enorme. A partir de aquí, que pase lo que tenga que pasar.

—¿Qué? Pero…

Marta me mira muy confusa y veo cómo su cabeza va a mil por hora. Sus ojos se mueven veloces y pestañea mucho. Creo que está a punto de sufrir un infarto.

—Marta, tranquila. —Apoyo mi mano sobre la suya, con mucho esfuerzo de no entrelazar mis dedos con los suyos que es lo que, en realidad, me apetece hacer.

—No sabía que eres lesbiana. —Y lo dice con tanta ternura y culpabilidad que tengo ganas de abrazarla.

—No soy lesbiana. A ver, esto es algo difícil de explicar. Yo siempre he creído que era hetero, hasta que llegó una chica, me enamoré de ella y me di cuenta de que también podían gustarme las chicas. Sexualmente hablando, siempre me tira más el género masculino, pero, a veces, algo dentro de mí se activa y me enamoro de una mujer. Solo me ha pasado dos veces y, la última, eres tú.

—A lo mejor eres pansexual —conjetura ella con toda la naturalidad del mundo.

Yo le sonrío.

—Puede ser. La verdad es que no me paro a pensarlo mucho. No me gusta etiquetarme. Cuando ocurre, ocurre y lo acepto. Y, esta vez, me ha ocurrido contigo porque eres maravillosa Marta.

—Inés…, yo no puedo corresponderte y no sabes cómo lo siento porque eres una persona increíble que me gustaría que siguiera en mi vida.

—Lo sé, por eso me alejé. Sabía que lo que yo sentía no era correspondido y estar cerca de ti con esa certeza me mataba. Necesité poner distancia.

Marta suspira con pesar. La situación es complicada.

—Lo entiendo, no ha debido de ser nada fácil.

—No, no lo ha sido. —Sonrío amargamente—. ¿Qué tenéis los hermanos Silva que causáis esto en nosotras?

—No lo sé. —Marta se ríe—. No lo hacemos a posta.

—Lo sé. ¿Cómo está Gonzalo?

—Pues jodido, la verdad, pero lo está llevando bastante bien. En el fondo, siempre supo lo que había.

—Eso no quita que duela menos. El amor no lo podemos controlar.

—Inés, quiero que sepas que entenderé cualquier decisión que tomes. Entiendo que verme no sea fácil para ti.

—Estoy segura de que, en no mucho tiempo, podremos volver a ser amigas. Amigas de verdad.

—Eso me encantaría.

Y nos sonreímos. Una sonrisa sincera porque sí, quiero a esta mujer y no quiero que se vaya de mi vida, así que tengo que buscar la forma de verla solo como una amiga.

Cuando nos terminamos la cerveza, voy a ver a Gabriela, que está dormida y, después, me despido de Marta en la puerta.

—Gracias por tu regalo de Navidad —me dice.

—Gracias a ti por dejar que me explique, pese a que no lo merecía.

Ella me dedica una sonrisa amplia, sus ojos azules brillan y entiendo por qué Blanca no es capaz de olvidarse de los de Gonzalo. Cuando decido caminar hacía el ascensor, la mano de Marta me detiene y, antes de que pueda darme cuenta de sus intenciones, deja un beso cálido y tierno en mis labios. Es rápido, pero suficiente para que sienta calor en mi interior.

—Este es mi regalo de Navidad para ti.

Sea como sea, tengo que conservar a esta chica en mi vida.

36

Preludio

Gonzalo

El techo de mi habitación cada vez se me hace más insoportable.

La foto que tengo guardada en el armario comprada en un impulso absurdo me quema todavía más.

En la mesilla de noche descansa el nuevo frasco de perfume que mi madre me regala todas las Navidades, hecho por ella; ese olor que tanto le gusta a Blanca. Sonrío al pensar en lo que me dijo aquel día, que quería comprarme cincuenta botes para que nunca dejara de oler así. Inspiro y suelto todo el aire de mis pulmones con fuerza porque siento presión en el pecho.

Esto tiene que acabar de una vez por todas.

Tengo que meterme en la cabeza que Blanca no va a volver y que lo mejor para todos es que me acostumbre a que ella va a seguir ahí y que es muy probable que nos encontremos de vez en cuando. Mi madre es su casera, Marta su amiga y vecina y yo voy empezar a trabajar mañana en la galería de Olivia, la mujer de su jefe.

Todo está conectado con ella, así que tengo que asumirlo.

De una puta vez.

Blanca

No he podido parar de pensar en ello desde anoche; desde esa conversación con la tía Carmen. Lo vi tan claro, tan absolutamente claro, que creo que voy a hacerlo.

Mi primera locura del año va a ser esa.

Por ello, cuando he llegado a mi casa, un poco temerosa de encontrarme con Gonzalo por si había venido a dejar a Marta a su casa, he cogido el móvil, he abierto la aplicación de Pinterest y me he puesto a mirar fotos que me inspiren. Aunque tengo la imagen tan clara en mi cabeza que también he cogido un folio y me he puesto a dibujar. No es que yo sea un prodigio del dibujo, pero el boceto lo tengo.

De pronto, se me ha ocurrido algo. Tendría que hablar con Alberto primero, pero ¿y si Olivia puede ayudarme a plasmar exactamente lo que quiero? Podría preguntarle a Alberto dónde tiene su galería y acercarme en algún hueco que tenga libre. Quizá es una locura que le pida este favor a la mujer de mi jefe, la cual, hasta hace muy poco, me odiaba y con razón.

Aunque no puedo dejar de pensarlo. Al menos, tengo que intentarlo. Estoy un poco aterrorizada y es verdad que tengo serias dudas, pero para esto quería mi libertad e independencia, ¿no? Para sentirme una puta adolescente; la adolescente que nunca fui y que quiero ser a mis treinta otoños.

¿Estoy loca?

Puede ser, pero me da absolutamente igual.

Por una vez en mi vida, me da todo igual.

37

Tengo una estrategia... O no

—Estás loca, pichurrina, pero ¡me encanta!

—Lo sé, no me puedo creer que lo vaya a hacer.

—Aunque…, al tema de la mujer de tu jefe le veo lagunas.

—Ya…, yo también. Pero seguro que su dibujo sería mucho mejor que el mío. Recuerda que me lo voy a tatuar. No quiero tener un garabato.

—Bueno, no pierdes nada por intentarlo. Al fin y al cabo, sigues en la tienda porque no te ve como una amenaza después de aquella cena.

—Cosa que le tengo que agradecer a Gonzalo —apunto—, que supo manejar la situación mucho mejor que yo.

Inés se queda en silencio a través de la línea. No suelo hablar mucho de él, pero, poco a poco, lo voy haciendo con una sonrisa en los labios.

—¿Has vuelto a saber de él? —me pregunta con cautela.

—No, y es mejor así. Gonzalo debe seguir con su vida y yo averiguar cómo quiero que sea la mía.

Inés resopla.

El año nuevo está cerca y, como cada año, me da por hacer balance. Supongo que todos lo hacemos de alguna manera, aunque sea

inconscientemente. Eso sí, no soy la típica que hace listas de lo bueno y lo malo que le ha pasado, sino que mi mente vaga por mis recuerdos. Primero por los malos porque nuestro cerebro es nuestro peor enemigo, está claro, y el mío intenta sabotearme constantemente.

Cerebro

«El día que deje de funcionar de verdad me echarás de menos, desagradecida. Encima de que te muestro primero lo malo para que aprendas de tus errores…»

«Anda que me muestras primero los bonitos para coger impulso…»

Cerebro

«Es que si te enseño los bonitos, retrocederías para atrás, imbécil».

Mi cerebro tiene razón.

Primero aparecen los malos y solo hay un nombre que ocupe esos recuerdos: Óscar. Aunque también lo pasé regular cuando casi Alberto me despide (dos veces) y cuando casi su matrimonio se va al traste por una buena cagada de ambos. Pero los bonitos… Los bonitos ahora duelen un poco. Cierro los ojos y lo veo a él mirándome con cara de querer asesinarme; después, con curiosidad, sonriéndome, desnudándome, haciéndome sentir una niña feliz. Haciendo que me enamorase de él.

Sí, mi cerebro tiene razón, si me enseñara primero los recuerdos buenos, me quedaría atrapada en ellos sin mirar todo lo demás que arrastro. Todo a lo que no quiero volver. Me tiraría a la piscina de cabeza, haciendo daño solo por mi puro egoísmo. Además, no es lo que quiero, ¿no?

Mi balance termina teniendo unas cuantas cosas claras. La primera, que el amor no es intentar ser perfecta para la otra persona, sino que, si me quieren, que sea por cómo soy: con todos mis defectos y virtudes. La segunda, que no me he muerto siendo independiente, lo cual, está bien; mi madre no daba un duro porque no me muriera de hambre. Me siento orgullosa de ello. La tercera, que he hecho una nueva amiga a la que adoro, la cual me ha dado más lecciones de vida que mi propia madre; además de que me he enamorado de su hija. La cuarta, que adoro mi trabajo y me hace feliz; estar a punto de perderlo me ha hecho darme cuenta de que no cambiaría la tienda por nada del mundo. Y por último, pero no menos importante, que he aprendido a querer bien y he sentido en mi piel lo que es que me quieran bonito. Dejar a Gonzalo cuando ambos sabíamos que nos habíamos enamorado es de las decisiones más difíciles que he tomado en mi

vida, pero sé que hice lo correcto. Por él y por mí.

Así que puedo decir que el balance no es tan malo como yo auguraba al principio. En general, estoy contenta y satisfecha, aunque no puedo ignorar la presión que siento en el pecho; esa que me lleva acompañando un tiempo y no se va. Pensé que disminuiría, pero no lo hace. Intento no pararme a pensar mucho en ella. Quiero centrarme en seguir, en caminar hacia adelante y en autoconvencerme de que, poco a poco, desaparecerá.

La tienda hoy está a tope de gente comprando los regalos de Reyes. Es increíble lo que nos gusta el consumismo. La Navidad siempre me gustó, pero según creces es inevitable perder un poco esa ilusión. Al final, acabamos estresados y comiéndonos atascos insufribles para poder encontrar todos los regalos que tenemos apuntados en la lista desde hace un mes y que esperamos al último momento para ir a comprar.

Y otra cosa, mucho criticamos, pero cuando se trata de agenciarnos fiestas extranjeras, somos los primeros. Aquí toda la vida se ha celebrado el día de Reyes porque este país se ha dejado guiar siempre por las celebraciones religiosas. Ahora no solo eso, sino que también nos gusta que Papá Noel se cuele en nuestras casas para dejarnos regalos. O disfrazarnos en Halloween como excusa para irnos de fiesta y emborracharnos; eso también. El caso es que no me quejo, a mí me gusta recibir regalos… ¿Qué? No seré yo la primera que se queje o burle, y se aproveche de todas las fiestas que pueda pillar.

¿Falta de principios? Puede ser. Nunca dije que los tuviera muy bien definidos.

El caso es que Alberto está nervioso, Carlos mira a todas partes como si constantemente se le olvidaran cosas y Carla, aunque ha vuelto parcialmente su sonrisa, está más tensa de lo normal.

Estos días estamos los tres en la tienda para arrimar el hombro porque es todo un caos. Hemos echado a suertes las tareas de las que nos vamos a encargar para poder organizarnos y a mí me ha tocado la caja de la sección de hombre, que es dónde más gente hay ahora mismo.

—¡Siguiente!

—Hola —saluda un chico dejándome las prendas encima del mostrador.

—Hola. —Apenas lo miro porque intento ir rauda y veloz y acabar de cobrar cuanto antes.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Lo miro mientras quito las alarmas de las prendas. La verdad es que el chico me suena mucho, pero no consigo ubicarlo.

—No, lo siento. La cosa es que me suena tu cara.

—A lo mejor recuerdas más a mi madre. Aquella señora que te

montó un pollo porque salí del armario justo delante de este mostrador, de ti y de ella.

Hostias, claro.

—Mierda…, sí, me acuerdo. ¿Todo bien?

¿Cómo no me iba a acordar de la bronca que me echó Alberto y por la que acabamos follando?

El chico sonríe tímidamente.

—Sí, todo bien. Solo quería pedirte disculpas por aquello. He tardado mucho tiempo en dejar de estar avergonzado y en echarle valor para volver aquí.

—Tú no tienes que pedir perdón por nada…

—Álvaro.

—Álvaro. —Sonrío—. De todas maneras, está olvidado, no te preocupes. Son cuarenta y seis con cincuenta.

Sí, puedo charlar, quitar alarmas, pasar los códigos de barras, meter la ropa en la bolsa y manejar la caja, todo a la vez. La experiencia es un grado, dice siempre Alberto.

Él pasa su tarjeta por el datáfono y se despide.

—Gracias por todo.

—Gracias a ti. Espero que te vaya bien y ¡feliz Año Nuevo!

Después de media hora, ya no queda gente en la caja. Es casi la hora de comer, así que es el momento perfecto para coger a Alberto por banda y contarle mi plan.

Tengo una estrategia.

Cerebro

«Otra vez…»

Voy a contárselo tan emocionada que no va a poder decirme que no. Bueno, él no, pero puede ayudarme a que Olivia sí acepte, se entiende. Voy a hablar muy rápido para que tampoco le dé tiempo a procesar la información y me diga que sí sin apenas pensar.

Sí, eso voy a hacer.

—Jefe, ¿podemos hablar?

Alberto levanta la cabeza de unos papeles que tiene en la mano y me mira con desconfianza, aunque también veo algo de nerviosismo y culpabilidad.

Qué raro…

—Sea lo que sea, no.

—Alberto, no me jodas, ni siquiera sabes qué te voy a decir.

—Tiene pinta de que no me va a gustar.

—Tú escúchame y luego decides. —Hago una pausa—. Me quiero tatuar.

No me puedo creer que lo haya dicho con tanta naturalidad como si no fuera la primera vez que me tatúo. Y poder decirlo así me ha

hecho sentir bien.

—Felicidades. ¿Y por qué eso me incumbe?

—Bueno, es que tengo una idea en la cabeza, y muy clara, pero yo no soy nada buena dibujando. No se me da mal, pero tampoco soy un portento. Tengo varios bocetos hechos, pero ninguno me convence. Bueno, uno sí, pero no es muy bueno…

—Coño, Blanca, al grano. Por si no te has dado cuenta, hay mucho trabajo.

Me acobardo un poco, pero sigo, poniendo una vocecilla muy poco propia de mí. Como si le estuviera a punto de contar a mi padre que me he hecho ese *piercing* del ombligo que no me dio permiso para hacerme.

A ver si estoy volviendo a la adolescencia de verdad.

—Me gustaría que Olivia me ayudara a hacer el dibujo, Alberto. Había pensado en pasarme un día por su galería y tener una reunión con ella. —Alberto se tensa—. Le pagaría, por supuesto, pero antes quería hablarlo contigo por si me estoy extralimitando y no es buena idea. Pensé que así también podría conocerme un poco más.

—Blanca… —vacila—, no sé si es buena idea en este momento.

Entrecierro los ojos escrutando su mirada. Que diga «en este momento» es lo que me ha mosqueado; como si en otro momento sí hubiera sido posible.

—¿Por?

—Olivia ha vuelto a recibir mensajes. Mensajes que dicen que tenemos mucha química en el trabajo, que siempre estamos de risitas… Ya te puedes imaginar.

Joder.

—La hostia… Pero ella sigue creyendo que yo estoy con Gonzalo y que no hay peligro, ¿verdad?

Ahí sí que Alberto se tensa y me retira la mirada. Me está ocultando algo.

—Creo que sí —me responde.

—¿Crees? Alberto, tú vives con ella. Si no lo sabes tú…

—Es que hay algo que… bueno, que pone en peligro tu coartada y no sé si debería decírtelo.

—Escupe, Alberto. Está en juego tu matrimonio y el dibujo de mi tatuaje. Ambas cosas son para toda la vida. Así que. . . escupe.

Él suspira, resignado. Lo conozco bien. Sabe que no debe hablar, pero piensa que puede ser peor si no lo hace.

—No sé cómo ha pasado porque Olivia tampoco me ha dado muchas explicaciones, pero… —Suelta todo el aire de golpe y a mí me está poniendo muy nerviosa—. Gonzalo está trabajando con ella.

Contengo la respiración.

No me esperaba esa respuesta.

No entiendo nada.

—¿Cómo que está trabajando con ella? —siseo alucinada.

—Pues eso, que, al parecer, un día se encontraron, Gonzalo le dijo que estaba en el paro y, como ella necesita a alguien que la ayude, lo contrató.

—Me cago en la puta…No me lo creo. No me lo puedo creer.

Es surrealista.

—Olivia no me ha dicho nada extraño sobre él ni sobre ti. Creo que Gonzalo no ha desvelado la verdad, pero aun así… ¿Cuánto tiempo crees que puede aguantar fingiendo que estáis juntos cuando hace no sé cuánto que ni siquiera habláis? No sé por qué lo tuviste que presentar como tu novio.

—¡Oye! Encima no me eches la culpa a mí. Hice lo que creí mejor para tranquilizar a Olivia. Ni en mis peores pesadillas habría imaginado que Gonzalo acabaría trabajando con ella.

Respiro con dificultad. Joder. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Y quién coño será la persona que manda esos mensajes? ¿Qué le hemos hecho para que quiera jodernos la vida?

—Pues ahora es una realidad. Puedo hablar con Olivia para el tema del tatuaje y, así, tienes la excusa para ir a la galería y hablar tú con Gonzalo. Para tantear el terreno.

—No.

—Blanca…

—No, Alberto. No voy a hablar con Gonzalo. Yo tengo que desaparecer de su vida. No puedo verlo —sentencio.

—¿Y qué propones? Porque esta coartada se puede caer en cualquier momento.

—Confiar en la suerte y encontrar a la persona que envía los mensajes. Consígueme esa cita con Olivia cuando sepas que Gonzalo no va a estar y yo hablaré con ella.

—Esto va a salir mal. ¿Cómo quieres que encontremos a la persona que los envía?

—No lo sé, Alberto. Ahora mismo no puedo pensar que va a salir mal.

—¡Blanca! ¿Comemos juntas?

Carla hace acto de presencia, cortando nuestra conversación. Preferiría que Carla no se enterara de nada de esto, así que sonrío y asiento, enganchándola del brazo para ir a la sala de personal a comer.

Debería innovar más en mi alimentación porque siempre que me toca comer en la tienda acabo tirando de la ensalada de pasta y, aunque me encanta, debería comer más variado; o eso me dice mi madre siempre. No voy a poner la excusa de que no tengo tiempo de cocinar porque sería una absoluta mentira.

—¿Qué tal estás? Pareces un poco tensa. —Observo.

—Bien…, bueno, algo mejor. Mucha gente dice que prefiere tener la mente ocupada para no pensar, pero en el trabajo me es imposible olvidar…

Se detiene al darse cuenta de que iba a hablar más de lo que ella estipula conveniente.

—¿Olvidar…? —me intereso. Carla nunca ha tenido reparos en contarme toda su vida y ahora parece que toda ella se ha convertido en un misterio.

—No, nada. No pasa nada.

—Sabes que si quieres hablar de ello, puedes contar conmigo. —No quería insistir, pero es que a veces parece que Carla va a reventar. Me pregunto si lo habrá hablado con alguien.

—No, no puedo —dice esbozando una sonrisa amarga.

En ese momento, su móvil suena y a Carla se le tensa el cuerpo. Mira de reojo la pantalla del móvil y se lo vuelve a meter al bolsillo.

—Carla, ¿te está molestando alguien? —me preocupo.

—Ay, no seas pesada, Blanca. Estoy bien —me callo—. ¿Qué tal tú? ¿Sigues teniendo problemas con tu vecino?

Sonrío irónica al pensar en todo lo que ha pasado desde la última vez que hablé con Carla de él.

—Han pasado muchas cosas, Carla —respondo melancólica—. De hecho, ya no es mi vecino.

—¿Y eso?

—Es una larga historia.

No voy a darle más detalles. Simplemente porque, si de verdad quiero quedarme con el recuerdo, tengo que convertirlo en uno y no mantenerlo como algo vivo. Que ahora mismo él trabaje con la mujer de mi jefe es algo que me pone histérica; como si siempre fuera a estar su sombra a mi alrededor de alguna manera.

Cuando llego a casa, estoy molida. No solo físicamente, sino mentalmente. Necesito saber quién le manda esos mensajes a Olivia metiendo más mierda que no hay. Necesito olvidar que él está trabajando con ella y que, en cualquier momento, todo puede saltar por los aires. Gonzalo no me debe nada, así que no tendría por qué seguir fingiendo.

Veo mis bocetos del tatuaje encima de la mesita baja del salón y sonrío. Me asusta lo claro que lo tengo; también la cara que va a poner mi madre cuando lo vea. Pero no me voy a echar atrás. Quiero tener eso en mi piel para recordarme cada día que no llego tarde a nada, sino que, simplemente, el momento adecuado fue aquel y que no podía haber sido de otra manera.

Como si del destino se tratase, recibo un whatsapp de Alberto.

Jefe
Olivia ha accedido.
Te espera mañana a las 16. 00 horas en la galería.
Te mando ubicación.

Jefe
Me he asegurado de que Gonzalo no esté, mañana tiene la tarde libre. Le he dicho que le quieres dar una sorpresa, así que no la cagues.

Jefe
Sé que tienes turno doble, así que te doy una hora libre. Solo una, Blanca, que nos conocemos.

Jefe
Espero que todo esto no sea una locura.

Blanca

No sabes lo que te lo agradezco, Alberto. No la cagaré.

Blanca

De hecho, voy a fingir que estoy tan enamorada de Gonzalo que Olivia no podrá creer nada de lo que dicen esos jodidos mensajes.

Jefe
Como si tuvieras que fingir... Además, te recuerdo por si lo has olvidado, que Gonzalo no tiene por qué fingir nada. Solo es cuestión de tiempo.

Blanca
Agorero.

Ya, ya lo sé, soy una ilusa, pero no me puedo cagar de miedo y desmoronar ahora. Tengo que mirar adelante e intentar que todo esto salga bien. Al menos, hasta que la dichosa persona que nos está jodiendo deje de mandar esos mensajes.

Necesito averiguar quién es.

38

El dibujo

Estoy nerviosa.

El tatuaje es algo cada vez más tangible, aunque ese no es el único motivo que me pone nerviosa, sino estar a solas con Olivia; y más ahora que trabaja codo con codo junto a Gonzalo. Me da miedo que me pille en un renuncio y que todo lo que habíamos conseguido se vaya al traste. No por nada, sino porque los mensajes que recibe están sacados de contexto. Es imposible que entre Alberto y yo vuelva a pasar algo parecido; ahora nos tenemos mucho más respeto que eso. Ahora todo es diferente. De hecho, me parece una locura que aquello pasara. A veces siento que solo fue un mal sueño.

—¿Quieres largarte ya? Recuerda que solo tienes una hora y…

—Sí, ya lo sé, que no la cague —corto a mi jefe—. Tranquilo, me interesa que esto salga bien tanto como a ti.

—Lo dudo.

—Adiós, jefe.

Cuando estoy a punto de cruzar la puerta de la tienda, Carla me intercepta. Y no solo eso, sino que me agarra del brazo para que me detenga.

—¿A dónde vas? Hay mazo curro.

—Tengo que hacer un recado. Alberto me ha dado permiso.

Su gesto se crispa; ahora es serio y duro. Creo que le molesta tener que comerse parte del trabajo que no le corresponde.

—Solo estaré fuera una hora —le explico.

Ella asiente y vuelve a sus tareas sin decir ni adiós.

¿Qué le pasa últimamente a esta chica?

Cuando llego a la ubicación que Alberto me ha enviado, me quedo maravillada. He pasado mil veces por aquí y nunca había reparado en la galería. La fachada es de ladrillo visto envejecido, pintada en un color crudo, pero el cual deja que se aprecie el tono rojizo de la piedra original. La puerta es totalmente de cristal; automática.

Entro con paso firme y veo a Olivia detrás del mostrador que queda a mano izquierda, enfrascada en un montón de papeles. Pero lo que más me llama la atención es lo grande que es el local y lo perfectas que están colocadas todas las obras. El suelo es de madera clarita y la pintura de las paredes de un gris perla; además, la sala tiene unos grandes ventanales que dejan pasar la luz de manera bestial.

—Hola, Olivia —saludo algo cohibida. No me ha oído entrar; estas puertas automáticas son muy silenciosas.

Ella levanta la vista y esboza una leve sonrisa.

—Hola, Blanca.

Doy un paso hacia ella, pero algo me detiene en seco. Algo familiar, muy conocido, muy anhelado. Un olor. Un perfume. Su perfume.

Me estremezco al recordar cuántas veces quise saber a qué olía, cuántas veces pensé que quería comprarme esa colonia solo para poder echarla en mi almohada. Luego descubrí que su olor es único en el mundo y que no se puede comprar en ningún lugar.

—Gonzalo se acaba de ir. Por poco no os cruzáis —me comenta.

Ya…, por poco.

—Pues menos mal. Se me habría arruinado la sorpresa.

«¿Ves, Alberto?
Soy capaz de no cagarla».

—Eso me ha contado Alber. Ven, vamos dentro y me cuentas, si quieres.

Está siendo muy agradable, la verdad. Más de lo que pensaba que sería sabiendo que sigue recibiendo esos mensajes.

Olivia nos conduce a otra sala, una pequeña habitación que parece su despacho, con una mesa en madera blanca y redonda, un caballete con una pintura a medias y un montón de botes de colores por todas partes. Nos sentamos en dos sillas de las que tiene repartidas por la estancia. Me recuerda un poco a las clases del cole.

—Cuéntame —me anima.

—Mira…, a ver, te quería proponer algo…, pero, bueno, a ver qué opinas tú… Te pagaría, por supuesto….

—Blanca —me corta—. Tranquila. Respira y empieza a hablar como una persona normal.

Me he puesto muy nerviosa al intentar verbalizar qué es lo que quiero que mi piel vista siempre. Y no solo por eso, sino por todo lo que significa. Y por estar delante de ella después de todo…

Inspiro.

Expiro.

—Quiero… tatuarme. Tengo una idea muy concreta en la cabeza

y he hecho unos cuantos bocetos en un folio, pero dibujo fatal. —Saco los papeles de mi bolso y se los enseño. Ella empieza a inspeccionarlos con curiosidad—. Es una sorpresa, por favor, no le digas nada a Gonzalo. Ni que he estado aquí tampoco.

«Por si acaso».

Olivia parece no escucharme, sino que está abstraída observando mis dibujos con una sonrisa en la cara.

—¿Qué necesitas exactamente?

—Que me ayudes a hacer un dibujo que no parezca un garabato —le digo algo avergonzada—. Por supuesto, te pagaré por él.

—Blanca, no te voy a cobrar por un dibujo. Sobre todo, cuando aquí me traes exactamente la idea que tienes. Yo te puedo ayudar a mejorarlo un poquito.

Entonces, Olivia se levanta y de un cajón saca un cuaderno de dibujo y un estuche con un montón de colores.

—¿Dónde vas a hacértelo? Lo digo por calcular el tamaño del dibujo.

Le señalo una zona de mi piel, ella asiente conforme y se pone manos a la obra. Tarda aproximadamente quince minutos en presentarme un boceto perfecto de lo que va a ser mi futuro tatuaje. Es justo lo que yo tenía en mi cabeza y… me emociono.

—Olivia…, es perfecto. Es justo lo que quería. Creo que a él le va a encantar. —Esas palabras se han atascado en mi garganta; tanto que por un momento pensaba que no iba a poder pronunciarlas, pero tengo que seguir adelante con la farsa.

—Me alegro. La verdad es que nadie me había pedido un dibujo para su tatuaje.

—Supongo que hay una primera vez para todo. Yo tampoco me he tatuado nunca.

—No sé qué tenéis Gonzalo y tú con esta temática, pero es adorable.

—¿A qué te refieres? —pregunto en un hilo de voz, confusa.

—A tu regalo.

Vale, ahora sí que estoy confundida.

—¿Qué regalo?

La cara inmediata de pánico que pone Olivia es aterradora.

—Oh, leches… No te lo ha dado todavía. Seré bocazas… —refunfuña.

—No te preocupes —susurro como si fuera un secreto entre nosotras—. Me haré la sorprendida.

Pero mi cerebro no puede dejar de pensar en ese regalo que supuestamente Gonzalo tiene para mí. Porque eso es lo que ha insinuado Olivia, ¿verdad?

Lo mismo es una excusa que Gonzalo se ha inventado para mantener la farsa y el regalo es para otra persona…

No sé.

Un montón de bilis ha subido por mi garganta y yo me la trago como puedo. Tampoco puedo ignorar que Olivia sabe mucho más de él que yo; que tendrán sus confidencias; que ella lo ve todos los días y yo no. Y lo peor…, que yo así lo he elegido.

El teléfono de Olivia emite un pitido anunciando que le ha entrado un mensaje… o eso creo. Su cara me lo confirma porque se crispa, se enfada, frunce el ceño y vuelve a dejar el móvil en la mesa de muy malas maneras, provocando un estruendo. Si no se le ha roto la pantalla del móvil, poco ha faltado.

No hay que ser muy inteligente para saber quién es.

—Alberto me ha dicho que sigues recibiendo esos mensajes —le digo cauta. Es un tema muy sensible y puedo salir bien escaldada.

—Sí… —Suspira frustrada mientras se toca el vientre—. Estoy harta. Muy harta. No sé qué pensar.

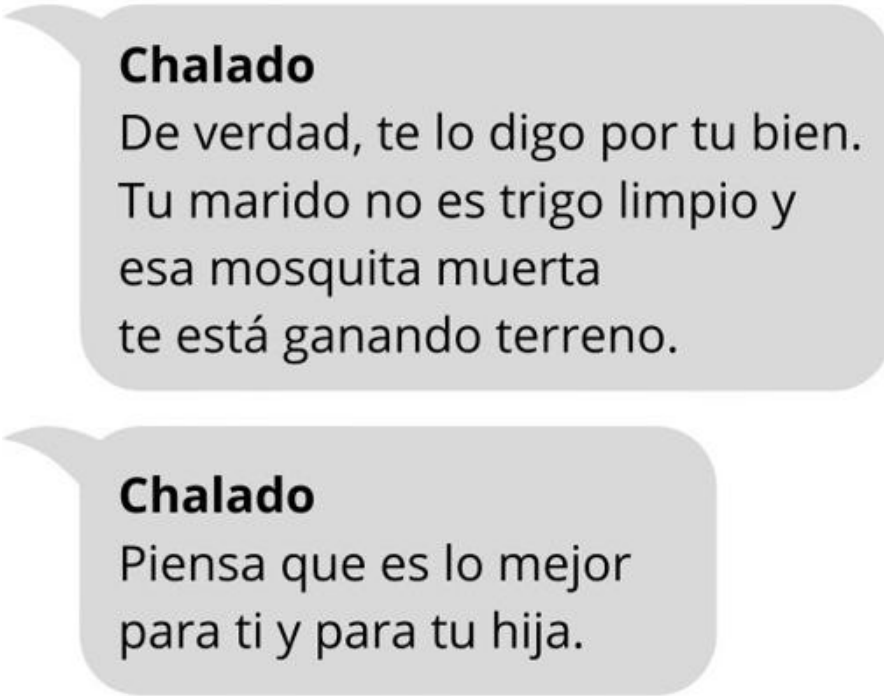
—Olivia, yo te prometo que…

—Es que no sé qué creer, ¿sabes? ¿Y si os estáis riendo de mí? ¿Qué busca entonces esa persona que envía los mensajes? No entiendo nada.

La comprendo; es normal que piense así, que desconfíe. Yo también lo haría. A mí también me gustaría saber quién coño es la persona que nos quiere joder.

—¿Puedo ver el mensaje? —pregunto algo cohibida. Parece estar a punto de reventar.

Olivia me pasa el móvil. Yo lo cojo sin dejar de mirarla y leo:



Lo primero, me ha hecho gracia que haya guardado el contacto como «chalado». Segundo, ¿cómo sabe esta persona que Alberto y Olivia van a tener una hija? Eso significa que los conoce, es decir, tiene que ser alguien cercano. Y tercero, me ha sorprendido que sea un mensaje tan… ¿amable? No sé si es la palabra que busco, pero esperaba mensajes diciendo que yo era una puta, Alberto un salido que no sabe mantener la polla en los pantalones y que ambos estamos follando por todos los hoteles de la ciudad. Algo así, mensajes más duros y no esto que estoy leyendo.

—Nada de esto es cierto, Olivia. Mira, sí, Alberto y yo nos llevamos bien, pero nada más. Te lo juro. Tu marido te quiere más que a nada; lo he visto llorar como un crío porque la culpa lo mataba. Y yo… —«Tienes que decirlo, Blanca, aunque duela»—. Yo quiero a Gonzalo. Muchísimo. Como hacía tiempo que no quería a nadie. Te

prometo que todo esto es mentira.

Ella se seca una lágrima que ha corrido por su mejilla. Las palabras que acabo de decir retumban por toda mi cabeza, aunque intento ignorarlas con mucho esfuerzo.

—Lo sé. Algo dentro de mí me lo dice. Igual que en su día supe que mi marido me había sido infiel y no por esos mensajes. Pero sé que esta vez es mentira. Sé que tú estás enamorada de Gonzalo, se te nota. —«Genial»—. Y él de ti. Habla de ti con un amor que…

—¿Habla de mí? —No he podido reprimir esa pregunta.

—A veces…, aunque le cuesta. Creo que es algo tímido.

Sonrío.

No, Gonzalo nunca ha sido tímido para mostrar sus sentimientos. Es dolor. O rencor, no lo sé. Quizá me guarde rencor por negarnos una oportunidad.

—Me alivia que no te creas esos mensajes. Me caes bien, Olivia, y me gustaría poder seguir hablando contigo sin malos rollos. Al fin y al cabo, eres la mujer de mi jefe. —Miro la hora en el teléfono—. Un jefe que me va a degollar por llegar tarde. Me voy pitando.

Volvemos a la zona donde está el mostrador y me despido de Olivia con un gesto de la mano, agradeciéndole una última vez el favor que me ha hecho.

—Feliz año, Blanca. —Y yo le deseo lo mismo, deseando, de verdad, que sea feliz.

39

Algo que te pertenece a ti

El Año Nuevo ha pasado y lo empecé con una resaca enorme y con Inés dormida en mi cama porque no fue capaz de llegar a la suya.

No salimos de fiesta, pero, después de las uvas, quedamos en mi casa e Inés se presentó con una botella de tequila debajo del brazo. Botella que acabó por la mitad y conmigo vomitando en el baño a las cuatro de la mañana.

Soy auténtico *glamour*.

No puedo decir que haya empezado el año con gran pie. Justo a las tres horas de levantarme, un dolor me atravesó el cuerpo y me bajó la regla. Resaca y regla dolorosa por culpa de la endometriosis: una combinación de la hostia. Así que pasé el Año Nuevo (mal) comiendo en casa de mis padres, tumbada en el sofá con una bolsa de agua caliente en el bajo vientre y drogada hasta las cejas.

Tengo la absurda creencia de que, dependiendo de cómo sea tu primer día del año, eso marca el resto de los meses. Mi primer día de año no auguraba nada bueno, entonces. Por ejemplo, el uno de enero del año pasado, acabé discutiendo con Óscar hasta tal punto de desearle que le cayera un ladrillo a la cabeza. Y luego follamos como animales en el sofá. Puedes pensar que fue un *fifty-fifty*, pero no porque, como iba siendo costumbre, ni siquiera llegué a correrme. Y si te paras a pensar, mi año pasado se resume en muchos meses malos y un par buenos.

No hace falta mencionar a qué meses me estoy refiriendo.

Le acabé confesando a Inés que ya tenía cita para hacerme el tatuaje, pero no le enseñé el boceto.

Me dio vergüenza.

Mi coherencia, a veces, es nula. Tarde o temprano lo iba a ver y me iba a preguntar por ello.

Ella me acabó reconociendo que le había confesado a Marta sus sentimientos y que, desde ese día, se siente más ligera, como si ahora pudiera seguir adelante de verdad. También me contó lo del beso y

pensé que Marta era demasiado buena y especial para este mundo.

Aproveché una tarde que tenía libre en el trabajo para concertar una cita para hacerme el tatuaje. Gracias a algo de dinero que mis padres me han dado y a unos pequeños ahorros, puedo hacérmelo sin que me deje muriéndome de hambre. Sabía que los tatuajes eran caros, pero joder…

Indagué un poco en Internet buscando estudios de tatuajes por la ciudad, pero no encontré nada que me diera seguridad. Hice una búsqueda general y apareció un estudio de Madrid que tenía buenísimas reseñas. Pensé que exageraban… hasta que cotilleé su perfil de Instagram para ver los tatuajes que hacían y ¡eran una pasada! Al final, me decanté por ese estudio, aunque estuviera en Madrid. Incluso, me hacía ilusión hacer ese viaje.

He de confesar que lo que realmente me llamó la atención no fueron solo los dibujos de su *feed* de Instagram, sino su dueño, Ulises. Un chico joven, alto, moreno y con unos ojos verdes tan claros que parecían transparentes. Muy diferentes a los fríos de Gonzalo. Hay que reconocerle que el chico es guapísimo.

¿Qué? Todos tenemos ojos en la cara y a nadie le amarga un dulce.

He de decir que Ulises ha sido supermajo, aunque me ponía un poco nerviosa que estuviera mirando cada poco el reloj.

He ido sola, a pesar de la insistencia de Inés en acompañarme, porque necesitaba hacer esto por mi cuenta. Es algo tan íntimo para mí que… que tenía que hacerlo sola y punto.

Además, iba tan nerviosa que el tatuador ha tenido que parar varias veces, aunque lejos de cabrearse, me sonreía y me dedicaba palabras tranquilizadoras. Por suerte, no me dolió nada, solo sentí molestia en algunas zonas, pero fue bastante soportable. Y, como soy novata en este mundo, he leído muchos foros sobre cómo curarlos y cuidarlos.

Ahora ya no hay vuelta atrás.

Ya está hecho. Ya lo tengo en mi piel y ha quedado tan bonito que casi no me lo creo. ¿Que el tatuaje junto con el viaje me ha salido caro? Sí, pero ha merecido muchísimo la pena. Ulises es un artista.

—¡Pichurrina! Es una pasada… ¡Me encanta! Me han dado ganas de volver a tatuarme.

Inés no ha podido resistirse a pasarse por mi casa después del trabajo para ver la obra bien de cerca. Ella no es que tenga muchos tatuajes, solo dos y son discretos. De hecho, los tiene bien escondidos… No sé si me explico.

—¿Verdad? Ha quedado genial, justo lo que quería.

—Me parece muy valiente que te hayas tatuado justo eso… Sabes a lo que te va a recordar toda la vida, ¿verdad?

—Eso es lo que pretendo. Recordar cómo me sentí.

—Hablando de recuerdos…

Inés se inclina sobre su bolso y saca un sobre. Yo la miro interrogante, con el ceño fruncido. Lo sujeta unos segundos en sus manos, vacilante, pero, al final, me lo tiende.

—¿Qué es esto?

—Es algo que te pertenece a ti.

Abro con curiosidad el sobre, con cuidado de no romperlo porque la muy tonta ha utilizado el adhesivo. Una vez abierto, saco su contenido con los dedos temblorosos; tengo el pálpito de que es algo importante. Y no me equivoco…

—Inés… —«Blanca, no llores»—. Te dije que yo te la pediría… ¿Por qué la has impreso?

—Porque así es más real. Porque, si de verdad quieres seguir con tu vida, tienes que poder ver esa foto sin que duela.

Duele.

Todavía duele, aunque lo haya llevado más o menos bien. Y lo he llevado más o menos bien porque no había vuelto a ver esos ojos azules. Esos que en la foto me miraban con ternura el día de mi cumpleaños mientras Gabriela le agarraba con su manita la camisa.

La foto es preciosa, eso es indudable.

—Gracias —susurro.

Y no sé si se lo estoy diciendo a mi mejor amiga, por obligarme a conservar ese recuerdo de una manera más tangible, o a él, por todo lo que me ha enseñado y por su forma de mirarme.

Me cuesta un poco respirar.

Siento todos los recuerdos clavados en el pecho.

Tampoco he dejado de pensar en ese regalo que Olivia dijo que Gonzalo tenía para mí.

¿Por qué tiene un regalo para mí cuando no tenemos ningún tipo de contacto? No directo, al menos. ¿Será una excusa de verdad? Es todo jodidamente raro.

Pero lo más preocupante es el run-run que se me ha quedado en el cerebro y que sé que no se va a ir con facilidad.

40

El surrealismo y las señales

Los humanos estamos locos.

Esa es a la conclusión a la que llego hoy.

Quedan dos días para Reyes y la tienda es todo caos. Hay un montón de ropa tirada por el suelo, los probadores están llenos de perchas vacías y los burros han desaparecido entre montañas de ropa. ¿Se han adelantado las rebajas y yo no me he enterado?

Esto es una auténtica selva.

Carlos parece que va a colapsar de un momento a otro. Digamos que uno de sus dones… tampoco es la paciencia. Además, es muy expresivo, se le nota todo en la cara enseguida.

—Salte a fumar cinco minutos y relájate. Te va a dar un *jari*, Carlos. Yo te cubro.

—Gracias, Blanca. Enseguida vuelvo.

El pobre se ha comido una bronca de una señora que tenía malas pulgas y otra de Alberto por llevarle la contraria a una clienta.

Carlos está a punto de implosionar.

Por su parte, Carla va como pollo sin cabeza, resoplando cada dos minutos y cagándose en los estudios superiores que no tiene y que se arrepiente de no haber estudiado. Su melena pelirroja se mueve sin descanso por toda la tienda.

Además, me doy una palmadita a mí misma en la espalda por llevar un jersey gordito puesto porque me estoy rozando todo el rato el tatuaje y me da miedo que se cure mal. Cada dos por tres me estoy echando la crema cicatrizante. Ni siquiera me ha dado tiempo a enseñar a Alberto la obra de arte que dibujó su mujer.

Carlos vuelve aparentemente más tranquilo y, según entra, veo que Alberto va directo a él con cara de pocos amigos. Me interpongo en su camino, deteniéndolo, apoyando una mano en su pecho.

—No.

—Señorita Martínez, apártate que voy a tener unas palabras con él.

—Yo le he dicho que se ausente unos minutos. Échame la bronca a mí.

—¿Y se puede saber quién coño eres tú para decirle a un empleado mío que se puede tomar un descanso? —ruge.

—Una persona que se preocupa por sus compañeros. No como tú, que todo lo que tienes de guapo lo tienes de insensible, a veces. Carlos estaba mal, a punto de suicidarse.

—¿Eres consciente de que si fueras otra empleada, estarías despedida?

—Venga ya, Alberto, esa fase ya la hemos superado. Necesitas que te diga las cosas claras porque, aunque eres un buen jefe, a veces no te das cuenta de nada.

Deja caer todo el peso de sus hombros cansado, derrotado. Él también está agotado y es que la Navidad es un periodo duro.

—Tienes razón.

—Relájate un poco. Hacemos lo que podemos.

—Lo sé.

Ambos nos dedicamos una mirada significativa y seguimos a lo nuestro. Él a sacar prendas del almacén y yo a atender la caja de la sección de mujer.

Cuando me quiero dar cuenta, es la hora de comer. Hoy, al ser un día de locos, hasta bajamos la verja metálica de la tienda para tener un poco más de intimidad o, al menos, sentirnos nosotros un poco más relajados. Decidimos comer los cuatro juntos, así que improvisamos una mesa con unas cuantas cajas del almacén y nos sentamos en el suelo. Somos como una pequeña familia, aunque es curioso que esta sea la cuarta vez en tres años y pico que comemos todos juntos; bueno, con Carlos es la primera porque su llegada ha sido reciente.

La comida nos la tomamos con calma después de la mañana tan ajetreada que hemos tenido. Además, decidimos nombrarla nuestra comida de Navidad, como hacen en las empresas grandes, solo que nosotros estamos comiendo sobre cajas de cartón y directamente desde el *tupper*. Igualmente, nos sentimos afortunados.

Un rato después, alguien alza la verja metálica y Olivia atraviesa la puerta de la tienda. Alberto se levanta rápidamente y se dirige hacia su mujer.

—Cariño, ¿pasa algo? ¿Estás bien? ¿Y la niña?

—Sí, sí, tranquilo. Solo quería pasar a saludar… Gonzalo no ha querido venir, dijo que tenía que hacer no sé qué. Creo que está preparando una sorpresa a Blanca. —Esta última frase la ha dicho más bajito y con una sonrisa bobalicona en los labios, pero la he escuchado perfectamente. Si ella supiera por qué realmente no quiere venir…

—Que no te engañe, Olivia, es que me tiene muy vista —comento yo con gracia, intentando hacer más creíble la farsa.

Carla se ha tensado y no para de mirarla con curiosidad, pero, en cuanto me escucha hablar, me pregunta:

—¿Pero no decías que ya no era tu vecino? ¿Y qué es eso de una sorpresa? ¿Estás liada con él y no me lo has contado?

«Mierda».

—Bueno, pero nos seguimos viendo porque estamos saliendo —miento por supervivencia. No quiero mentirle a Carla, pero, ahora mismo, es necesario. Ya se lo explicaré.

La boca de Carla llega hasta el suelo. Con lo cotilla que es, seguro que le revienta por dentro haber sido la última en enterarse.

—¿Y cómo conoce la mujer del jefe a tu novio? —curiosea.

—Porque, por azares del destino, trabajan juntos.

Carla no comenta nada más y Olivia se sienta con nosotros en el suelo, lo cual le supone un poco de esfuerzo.

—¡Olivia! Ya tengo tu dibujo en mi piel —le cuento emocionada y se lo enseño.

—¿Te has hecho un tatuaje? —preguntan Carlos y Carla al unísono.

Yo les sonrío algo avergonzada.

—Blanca, nunca pensé que fuera a quedar tan bien en la piel.

—¿Tiene algún significado? —me pregunta Carlos.

No es que tenga algún significado. Es que lo significa todo para mí.

—La libertad —le contesto y, automáticamente, pienso en él. Es inevitable, sabía que mi tatuaje siempre me iba a recordar a él. Lo asumí y, aun así, lo hice.

—Curiosa forma de representarlo —comenta Carla—. Voy un momento al baño.

Carla se levanta y desaparece, dejándose el móvil encima de las cajas.

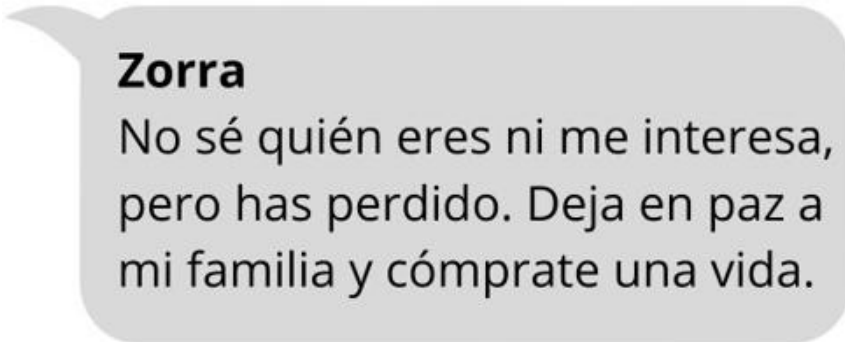
—He tomado una decisión —dice de pronto Olivia—. Voy a mandar a paseo a la persona que está mandando los dichosos mensajes y voy a bloquear el número. No sé por qué no lo he hecho antes. De hecho, lo voy a hacer ahora mismo.

—¿Qué mensajes? —pregunta confuso Carlos.

—Es una larga historia que se acaba ahora mismo —le digo a Carlos mientras sonrío agradecida a Olivia.

Alberto la mira con adoración y amor mientras ella teclea en su teléfono. Justo cuando deja de hacerlo porque le ha dado a enviar, suena una notificación en otro teléfono. ¿Sabes esas veces que tu amigo que tiene el móvil encima de la mesa, le llega en mensaje y tú, por instinto, miras? Lo hemos hecho todos millones de veces de

manera inconsciente. Estamos tan acostumbrados a mirar las pantallas que lo hacemos con todas, aunque no sea la nuestra. Pues eso es lo que me ha pasado a mí, que la pantalla del móvil de Carla se ha encendido y no he podido evitar mirar. Y lo que me he encontrado es tan desconcertante que, sin ningún tipo de escrúpulo, he cogido el móvil y me he puesto a leer la notificación en su pantalla de bloqueo. Por suerte, se puede leer el mensaje completo.



Me quedo pálida al leerlo.

No puede ser.

No me lo puedo creer.

—¿Blanca? ¿Qué pasa? —pregunta Alberto al verme sin color en el rostro.

Directamente, le paso el móvil de Carla. Yo no soy capaz de articular palabra, solo puedo ver cómo Alberto pasa del color normal de la piel al rojo más furioso que he visto en mi vida.

—¡Será hija de puta! —grita, pasándole el móvil a su mujer.

Carlos no entiende nada, pero se mantiene callado, mirándonos como si estuviéramos locos.

—No me lo puedo creer —comenta Olivia llevándose una mano a la boca.

—¿Qué son esos gritos? —pregunta Carla ajena a lo que acabamos de descubrir.

Alberto se levanta lleno de furia y se encara a ella.

—¿Se puede saber por qué coño lo has hecho? ¿Cómo eres tan hija de puta?

—Al… Alberto… ¿De qué hablas? No te entiendo.

Le quita el móvil de las manos a su mujer y se lo pone en la cara.

Carla se queda pálida.

—Puedo explicarlo… —dice con un hilo de voz.

—Pues ya puedes empezar porque no doy crédito, Carla —siseo.

Pero Olivia se nos adelanta y, cuando nos queremos dar cuenta, le ha cruzado la cara a Carla de un bofetón.

—Eres una zorra.

«Guau».

—Deberías darme las gracias —dice Carla llevándose una mano a la mejilla—. Sin mí, nunca te habrías enterado de las cosas que hace tu marido.

Sus palabras me sorprenden, es como si no fuera ella, sino otra persona que no conozco. Me ha decepcionado mucho… y yo creyendo que era mi amiga cuando se ha encargado de joderme la vida desde hace meses. Es que todavía no me lo puedo creer. Me siento traicionada y dolida; y fui tan gilipollas que la defendí cuando Alberto pensaba que tenía que haber sido alguien del trabajo. Encima, le confirmé que me acosté con él. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta Alberto confundido—. Comprobé si tenía el número registrado y no me salió el tuyo.

—Ahora en la mayoría de los móviles se pueden meter dos tarjetas SIM. ¿Necesitas más explicaciones o hilas tú solo?

—¿Cómo has podido, Carla? Pensaba que éramos amigas.

—Nunca hemos sido amigas —responde con rencor. Su mejilla ahora es del color de los tomates—. Solo quería ganarme tu confianza para que me contaras lo que había entre Alberto y tú. Os vi aquel día en el almacén. Fui a ver si quedaba una talla de un pantalón que me pidió un chico y os oí follar.

Cierro los ojos con vergüenza. La actitud de Carla me está dejando perpleja… Y me doy cuenta de lo buena mentirosa que ha sido todo este tiempo. Más que yo, incluso, que ya es decir.

—¿Tanto me odias para hacer lo que has hecho?

—¡No te odio a ti! Te crees el centro del mundo y no eres nada —escupe con rabia—. Tú solo has sido la excusa, el daño colateral, Blanca.

Es como si Carla hubiera perdido la cabeza.

—No entiendo nada —digo—. ¿Entonces?

Mira a Alberto. Su mirada cambia; le brillan los ojos y no precisamente por las lágrimas.

—Siempre he estado enamorada de ti.

«¿Qué?»

—¿Qué dices Carla? —pregunta el implicado.

—Que te quiero, Alberto. Y ni la tonta de tu mujer ni Blanca te merecen.

—Estás loca… —murmuro yo.

Carlos nos mira como si viera un partido de tenis. Atónito. Le falta el bol de palomitas o el oxígeno para respirar, no me queda claro.

—¿Por qué te fijaste en ella y no en mí? Siempre confiaste más en Blanca. Siempre ella. ¿Por qué conmigo no?

—Carla, para. Te estas poniendo en evidencia. Conserva la poca dignidad que te queda —le dice Alberto.

—Pensé que contándoselo a la tonta de tu mujer mataba dos pájaros de un tiro. Te separarías de ella y Blanca desaparecería del mapa. Estaba segura de que se largaría de la tienda después de eso. Pero no —me mira—, volviste. Como siempre. Como si nada hubiera pasado. ¿Cómo has engañado a Olivia?

—Yo no he engañado a nadie —me defiendo tragando bilis porque, en parte, es mentira.

—Blanca siempre ha sido sincera conmigo —me defiende Olivia y yo me siento un poco mal por ello—. Ambos se equivocaron, pero sé que fue un error aislado. Dolió, no te lo niego, y mucho, pero yo apuesto por mi matrimonio porque Alberto me ha demostrado que me quiere y Blanca que me respeta y que se arrepienten de lo que ha pasado.

—Qué ilusa eres, Olivia. A ver lo que tarda Alberto en meter la polla en otro lado.

—Vale, se acabó. Fuera de aquí. ¡Lárgate! —grita Alberto—. Ni se te ocurra volver.

Ella no tarda en recoger sus cosas y salir por la puerta de la tienda, mirándonos con odio una última vez. Espero, de verdad, que sea la última.

—No vamos a abrir esta tarde, chicos. Podéis marcharos a casa si queréis.

Después de la situación tan tensa que hemos vivido con Carla, nos hemos sumido en un profundo silencio. Carlos ni siquiera ha

preguntado y es que creo que todo lo que ha dicho Carla deja bastante claro lo que ha pasado.

Carlos y yo nos miramos exhaustos, pero asentimos y nos ponemos de pie.

Miro a Olivia y a Alberto, ambos con una cara indescifrable. Me acerco a ella y, por impulso, le doy un abrazo.

—Lo siento tanto, Olivia. Nunca pretendí haceros daño.

—Yo también lo siento.

Sé que es lo único que me puede decir porque, aunque Carla ha sido la que ha destapado todo, al final, los culpables del daño somos Alberto y yo. Eso no hay nadie que nos lo quite. Toda esta situación seguro que le ha revuelto un montón de cosas, así que asiento con pena, me despido de Alberto con una mueca y salgo con Carlos por la puerta.

—¡Chicos! —nos llama nuestro jefe—. No creo que abra la tienda hasta después de Reyes. Os avisaré, pero necesitamos algo de tiempo para asimilar esto.

Nosotros asentimos y salimos.

En la puerta están arremolinadas varias personas, esperando a que la tienda abra sus puertas de nuevo.

—Disculpad las molestias, pero, por motivos personales, la tienda no va a abrir esta tarde y, probablemente, no lo haga hasta después de Reyes. Lo sentimos mucho.

Carlos ha sido mucho más diplomático de lo que yo habría sido. Ahora mismo les habría echado a todos de muy malas maneras. La gente empieza a marcharse farfullando.

Me despido de mi compañero y nos deseamos un feliz fin de fiestas con una expresión taciturna en el rostro. A mí se me han removido muchas cosas y él seguro que sigue flipando.

Como viene siendo costumbre últimamente, he acabado aparcando el coche en el *parking* que está junto a la playa. Este lugar se ha convertido en mi balsa de paz, en el lugar dónde siempre me apetece ir cuando siento que las cosas me van mal. Son las seis de la tarde y ya casi es de noche. Me siento en el poyete del paseo marítimo, con los pies colgando, contemplando la puesta de sol, y no puedo evitar pensar que ningún atardecer va a ser cómo la de aquel día en ese lugar secreto al que Gonzalo me llevó. Y no es porque esta no sea bonita, es todo lo que la envuelve, y ahora me siento sola, triste, culpable y… anhelante.

También estoy enfadada; con Carla, con el mundo y hasta con Gonzalo por ser tan noble y leal que, aunque haga un mes que no sabemos del otro, sigue manteniendo una farsa que no tiene por qué mantener y que seguro que le cuesta horrores hacerlo.

El sol se ha puesto y un manto oscuro empieza a vestir el cielo. La

temperatura ha bajado considerablemente o a lo mejor es que yo tengo el frío metido en el cuerpo desde que perdí la calidez de su piel. Decido bajarme del poyete y volver al coche antes de morir congelada.

Mi móvil pita, avisándome de la llegada de un whatsapp. Es Inés y termino contándole todo lo que ha pasado con Carla.

Siento que estoy a punto de perder los dedos escribiendo en la pantalla cuando me choco con algo duro y, de la sorpresa, se me cae el móvil al suelo.

«Por favor, que no me haya dado con una farola».
«Por favor, que no se me haya roto la pantalla».

—¡Joder! Mierda —blasfemo.

Me agacho enseguida para comprobar si el móvil está bien. Por suerte, lo está, menos mal. Ni siquiera me preocupo de saber con qué he chocado. Me da vergüenza confirmar que me he dado con una farola.

Ojalá.

Ojalá me hubiera dado con una puta farola.

—¿Blanca?

Cierro los ojos, todavía acuclillada en el suelo con el móvil en la mano. Respiro hondo, aunque siento que el oxígeno no llega a mis pulmones. Me levanto despacio, retrasando el momento. Momento para el cual no sé si estoy preparada.

¿Crees en las señales? Porque a mí, a veces, la vida me asusta. Siento que lo he invocado pensando en él más de lo que debería sentada en aquel poyete. Más de lo humanamente soportable para alguien que decidió alejarse de él.

«¿Por qué no puedo ser una persona coherente?
¿Por qué me siento atrapada?»

Lo último que hago es levantar la cabeza hacia él y me mareo. Me mareo al tenerlo otra vez enfrente de mí, ver su mandíbula con una sombra de barba, sus labios, sus ojos… El frío de sus ojos impacta conmigo y yo me estremezco. Su pelo está guardado bajo un gorro de lana de color oscuro y me dan ganas de quitárselo para volver a hundir mis dedos en sus mechones.

—Usurpador… —musito.

—¿Estás bien?

—Supongo que sí —respondo en un hilo de voz—. Perdona, iba distraída.

—Yo también…

Nos miramos.

No sé por qué, pero no puedo retirar la mirada de su cara. El

estómago me da tirones cada vez que sus labios se mueven.

—¿Qué tal estás? —me oigo preguntar.

Él suspira con pesar, dejando escapar vaho por sus labios debido al condenado frío que hace. Se piensa la respuesta. Aunque pueda parecer sencillo contestarla, no lo es. Tendemos a responder un «bien» para no dar explicaciones sobre lo que realmente sentimos y, muchas veces, ni siquiera nosotros mismos podemos contestarla con total sinceridad.

—Tirando… Oye, tengo algo de prisa. Espero que te vaya bien.

Palabras vacías.

Gonzalo siempre es sincero cuando habla y ese «espero que te vaya bien» siento que es la cosa menos sincera que me ha dicho nunca. La decepción corroe mi cuerpo. Su mirada es esquiva, también. El movimiento de su cuerpo apartándose a un lado me quema igual que el tatuaje que llevo en la piel, que me palpita debajo de la ropa.

—Claro…, perdona.

—Adiós. —Gonzalo empieza a caminar alejándose de mí.

—¡Gonzalo! —lo llamo en un impulso y él se da la vuelta—. Gracias por no decirle a Olivia la verdad.

Él esboza una sonrisa triste. Es curioso que haya sonrisas que transmitan tristeza; siempre deberían transmitir alegría.

—No voy a poder mantener mucho más la farsa; y tampoco quiero.

Eso es lo último que dice antes de volver a emprender su camino, dejándome una sensación de tristeza profunda en el pecho. Es lógico, la coartada se cae por su propio peso. Lo que me ha dejado totalmente descolocada son todas las sensaciones que invaden mi cuerpo. Me he quedado clavada en mitad de la calle, con mi ojos fijos en su espalda, viendo cómo se aleja; cómo se sigue alejando sin darse la vuelta ni una sola vez. Siguiendo adelante con paso firme. Siguiendo con su vida sin mí.

¿Por qué ya no estoy tan segura de haber tomado la decisión correcta? ¿Por qué siento que me he equivocado en todo? ¿Por qué el concepto «libertad» me es ahora mismo tan ajeno? ¿Por qué no la siento en absoluto?

41

A él, primero

Desde que mis primos y yo somos mayores, ya no me entusiasma tanto este día, aunque sigo sintiendo ese cosquilleo de ilusión cuando me hacen un regalo.

Algunos de mis primos ya tienen hijos y, claro, se tienen que dividir este día con las familias políticas, así que ya casi no nos vemos. Suelo pasar el día con mis padres, comiendo el cordero que prepara mi madre todos los años y el roscón de postre. No me quejo, pero siento que, poco a poco, me hago mayor sin remedio y pienso que tiempos pasados fueron mejores.

Intentando mantener un poco la ilusión a pesar de que hace días que nada me ilusiona, le he comprado un detalle a Gabriela. Me he enamorado de un conjunto navideño de cuerpo entero simulando dos piezas distintas. Por un lado, una camiseta de manga larga blanca con rayas oscuras y un Papá Noel cosido en ella; por otro lado, una falda roja en tela de tul con un lazo negro en la cinturilla. Es tan bonito que, aunque sé que es el regalo más inútil que he hecho en mi vida, no podía dejarlo en la tienda. Pensé en Gabriela directamente.

Como imagino que el día de Reyes Marta lo pasará en casa de sus padres, decido darle el regalo por adelantado el día anterior.

Cuando me abre la puerta, lo hace con Gabriela en brazos, la cual tiene la cara roja de lo que deduzco que ha sido un berrinche.

—Blanca, ¿qué tal? —me responde algo cansada.

—Creo que un poco mejor que tú. ¿Está bien la pequeña?

—Sí, sí. No sé si has oído el petardo que han lanzado hace un rato, pero se ha asustado y ha empezado a llorar desconsoladamente.

—Sí, lo he oído. Deberían prohibir esas cosas. Tengo entendido que también los animales lo pasan mal con los ruidos fuertes.

—Es verdad. Se ponen muy nerviosos y sufren mucho. ¿Necesitas algo?

—Yo… le he comprado una cosa a Gabriela para Reyes.

Le tiendo la bolsa algo avergonzada. Quizá me he extralimitado ahora que…

—Blanca… no tenías por qué.

—Ya, bueno. Lo vi y pensé en ella. Es probable que no te guste, así que tienes el *ticket* regalo dentro por si lo quieres descambiar por algo más útil.

—Seguro que nos gusta. —Me dedica una sonrisa—. ¿Has visto, Gabriela? ¡Tu primer regalo de Reyes! Menos mal que no te enteras de nada. Ya me preocuparé de que no descubras las verdades de este cruel mundo en muchos años. Hay que darle las gracias a la tía Blanca.

«Tía Blanca».

—No es nada. —Me ruborizo—. Espero que te guste.

Echo un poco de menos asistir a la cabalgata de Reyes, pero me da palo ir sola.

Un año lo intenté con Inés y su respuesta fue que ya teníamos suficientes pelos en el chichi (figuradamente hablando porque ella dice que es como una Barbie) como para ir a semejante mamarrachada. Así que no he insistido.

La cabalgata en la ciudad es espectacular. Se lo curran mucho creando carrozas nuevas todos los años, llenas de luces, colores y dibujos que los niños adoran. Los Reyes Magos van subidos en camellos de verdad, saludando a todos los niños que van a verlos.

Así que he tomado una decisión: este año me voy sola a ver la cabalgata. ¿Por qué no? Me apetece hacerlo y no le tengo que dar explicaciones a nadie de por qué. Me abrigo hasta los dientes y salgo de casa.

Me ha encantado.

Al principio me he sentido un poco cohibida al estar allí sola, viendo como padres con sus hijos disfrutaban del momento, y observando desde atrás del todo de la calle, para no molestar a los niños y para ahorrarme algún que otro pisotón/empujón de gente que se mata por conseguir caramelos. Al final, los que deben tener prioridad absoluta en verla son los niños, no los mayores, aunque a algunos se les olvide y te empujen para ganar terreno y caramelos.

Estaba disfrutando mucho de la cabalgata y del ambiente de ilusión que se respiraba hasta que una pregunta me ha cruzado la mente: ¿Habrá llevado Gonzalo a su sobrina a ver la cabalgata?

Desde que me le encontré en el paseo marítimo, no he dejado de pensar en él. Me he cuestionado todas las decisiones que he tomado respecto a él. Me he cuestionado toda mi vida. Así que cuando esa pregunta ha aparecido en mi cabeza, una corriente me ha sacudido el cuerpo. La presión del pecho que siento desde que lo alejé de mí ha crecido hasta inundarme entera.

Imaginarme a Gonzalo sujetando a su sobrina para que vea la cabalgata, aunque no se entere de nada me ha hecho emocionarme. No he podido evitar coger la foto de nosotros tres que descansa en el cajón de mi mesilla y sentarme en el sofá. Me doy cuenta de que todo está mal cuando llevo diez minutos observándola y una lágrima me recorre la mejilla hasta que más lágrimas acompañan a la primera. Esta foto ha conseguido que mi cerebro cree una imagen de nosotros en un futuro con tanta nitidez que no he podido evitar empezar a sollozar.

Después, observo esa matrícula que no he sido capaz de despegar de la pared de mi salón; tampoco he conseguido desprenderme del llavero con mi nombre que me regaló.

«¿Qué cojones he hecho?»

Para mí ya no tienen sentido ninguna de las decisiones que he tomado con respecto a nosotros. ¿Quería libertad? Eso he tenido. ¿Me

siento totalmente libre? No, en absoluto.

¿Qué sentido tiene entonces todo esto?

Y lo comprendo.

He sido una gilipollas por no darme cuenta antes. ¿Alguna vez has tenido una revelación tan fuerte que sientes que el mundo se ha caído bajo tus pies? Yo la acabo de tener. Tan clara e intensa que siento que me acaban de dar un puñetazo en la cara. Me seco las lágrimas como puedo y salgo de casa con un nudo en la garganta. Ni siquiera he sido consciente de que he salido descalza hasta que he sentido el frío suelo del rellano bajo mis pies.

—¿Blanca? ¿Pasa algo? ¿Estás bien?

Debo de tener una pinta horrorosa y los ojos hinchados de haber estado llorando. Respiro con dificultad porque, cuando las certezas te golpean el pecho, te quitan hasta la capacidad de respirar.

—Necesito saber dónde está viviendo. Necesito encontrarlo —le digo a Marta sin respirar entre palabra y palabra.

Su cara es un poema. No sé si está sorprendida o confundida.

—No puedo decírtelo, Blanca. Él no quiere que lo sepas.

Sollozo otra vez. Es como si hubiera abierto una compuerta de un embalse que no soy capaz de volver a cerrar.

—Lo sé, Marta. Pero, por favor, es importante. Necesito encontrarlo.

Me mira con pena hasta que la expresión de su rostro cambia a uno de estupefacción. Una estupefacción absoluta que me hace fruncir el ceño al no entenderlo.

—¡¿No estarás embarazada?!

—¿Qué? ¡No! No, no estoy embarazada. —Ella respira de alivio y a mí hasta me hace gracia. Tal y como he irrumpido en su puerta, podría haber sido una posibilidad perfectamente creíble—. Pero necesito encontrarlo.

—¿No crees que ya os habéis hecho bastante daño?

—No quiero hacerle daño, Marta. Esta vez no.

—No puedo decirte dónde vive. Mi conciencia me mataría sin saber qué pretendes hacer.

Nunca le he dicho lo que realmente siento por él. Nunca le he dicho que estoy tan enamorada que ha reinventado el concepto de libertad que yo tenía. Nunca le he dicho que lo quiero. Sin embargo, se lo dije a todo el mundo antes que a él. A Inés, a Marta, incluso se lo dije a Olivia, y eso no es justo.

Gonzalo se merece que todo esto que tengo dentro se lo diga a él primero porque, si no, ¿qué sentido tiene? Ninguno.

—No puedo decirte qué es lo que pretendo hacer porque se merece que se lo diga a él primero.

—Pero… —Hace como que ignora lo que le acabo de decir—. Te

diré que todo este tiempo ha estado viviendo en casa de nuestros padres. Sé que estoy haciendo trampa, pero, entiéndeme, es mi hermano y le prometí no decir nada. Si tú lo averiguas…, ya no es problema mío.

—Yo no sé dónde viven vuestros padres —apunto exhausta.

—Ahora no…, pero estoy segura de que sabes dónde buscar.

Cuando vuelvo a casa, me siento en el sofá meditando las palabras de Marta. ¿Cómo leches voy a adivinar yo dónde viven sus padres? ¿Estamos locos? No paro de darle vueltas a cómo averiguarlo, hasta que me quedo dormida en el sofá y sueño con ese reencuentro.

42

Tu regalo de Reyes

Gonzalo

—¿Se puede saber qué coño le has puesto a la niña?

—Se lo ha regalado Blanca y es precioso, así que te callas la boca porque mi niña está guapísima.

«*Touché*».

La verdad es que está adorable, aunque escuchar el nombre de Blanca no me ha hecho ninguna gracia. Desde que me la encontré el otro día en el paseo estoy enfadado y ni siquiera sé si es por algo concreto. Solo sé que tengo una rabia dentro que no me saco desde hace días. Bueno, es mentira, un poco sí sé por qué es. Verla con aquella expresión de pena en el rostro me dejó roto porque por mucho que quiera mirar para otro lado, me sigue importando; la sigo queriendo más de lo humanamente soportable. Y eso me cabrea. Hace un mes que me alejó de ella y todavía no he conseguido dejar de pensar en Blanca cada segundo del día. Debo de ser el hombre más tonto del universo.

Que le haya hecho un regalo a mi sobrina también me cabrea. Es como si su sombra fuera a estar siempre presente. Olivia no para de preguntarme por ella, de querer que volvamos a quedar los cuatro para cenar y yo ya no sé cómo darle más largas. Ni siquiera sé por qué sigo haciéndola creer que seguimos juntos. No tendría por qué. Pero la mirada de Olivia me reprime, no me gustaría que volviera a sentirse insegura. Me escudo en que solo lo hago porque Olivia me cae bien y

es una buena chica, pero lo cierto es que también lo hago por ella, por no causarle más problemas.

Sí, soy gilipollas y no sé cómo cojones arreglarlo. Arreglarme.

Mis padres no paran de hacerle carantoñas a Gabriela mientras Marta le prepara un biberón. Ha decidido dejar de darle el pecho porque le resulta más cómodo ahora que su trabajo empieza fuerte otra vez. Al principio tuvo dudas; decía que se sentía mala madre y yo le dije que eso era una absoluta gilipollez. ¿Qué más da cómo le des de comer a tus hijos? Lo importante es que los cuides y los quieras. Punto y pelota.

Me fijo en el árbol de Navidad, lleno de regalos que la mayoría son para la niña. Cuando Marta se da cuenta, se echa las manos a la cabeza.

—¿Se puede saber cómo me voy a llevar todo esto a mi casa? ¿Dónde os creéis que vivo? ¿En una mansión? Os habéis pasado cincuenta pueblos.

—Entiéndenos, hija, son las primeras Navidades de nuestra nieta. Nos hemos emocionado un poquito —defiende mamá.

Marta resopla y mi padre y yo compartimos una mirada cómplice. Ahora que mis condiciones laborales han mejorado considerablemente gracias a Olivia, he podido gastarme un poco más de dinero en los regalos. La verdad es que mi jefa es bastante generosa y la galería va viento en popa, así que mi sueldo es más que aceptable. No me voy a hacer rico, pero me da para vivir un poco mejor de lo que lo hacía en ese despacho de abogados.

—La verdad es que el conjunto que le ha regalado Blanca es precioso. Qué detalle por su parte —comenta mi madre.

Yo intento disimular que no me atraganto cada vez que pronuncian su nombre.

—La verdad es que sí…—comento casi en un susurro.

Mi hermana me dedica una mirada que no sé leer y eso es raro. Oculta algo y no sé si quiero saberlo.

—Hermanito, ¿qué tal el trabajo?

—La verdad es que muy bien. Creo que ha sido todo un golpe de suerte. Olivia es muy maja y estoy a gusto trabajando.

—Me alegro. ¿Cuándo sale de cuentas?

—Cerca del verano, creo.

—Puff, lo va a pasar fatal en el paritorio. Por el calor. Te lo digo por experiencia.

—Bueno, eso es algo que no voy a comentar con ella.

Y no puedo dejar de pensar en cómo voy a manejar estos meses. Estoy cansado de fingir delante de ella, pero tampoco puedo dejar de hacerlo a pesar de lo que le dije a Blanca aquel día en el paseo. Lo que habló por mí fue el cansancio y la rabia.

Blanca

—Qué mala cara tienes, hija. ¿Estás enferma?

«Sí, enferma de amor».

Cerebro
«Deja de ser tan cursi, ¿quieres?
Me da hasta vergüenza».

—No he dormido muy bien, mamá.

Me he pasado toda la noche en vela pensando en dónde cojones puedo encontrar la dirección de Gonzalo y no he llegado a ninguna conclusión.

—Bueno, luego te echas la siesta en tu habitación. ¿Quieres una cerveza antes de comer?

Acepto. Nunca le digo que no al aperitivo.

Me siento con mi padre en el salón y charlamos un rato sobre banalidades. He traído sus regalos, pero en casa tenemos la costumbre de no intercambiarlos hasta que el roscón no está encima de la mesa.

Cuando nos sentamos a comer, apenas puedo probar bocado. Mi mente le sigue dando vueltas a lo mismo. Necesito verlo, necesito decirle todo lo que siento. Necesito que me perdone.

—Blanca, ¿qué te pasa? Me estoy empezando a preocupar —me pregunta mi madre.

—Nada, solo que tengo sueño —me excuso—. ¿Nos damos los regalos?

Voy corriendo a mi habitación a por ellos.

A mamá le he comprado un colgante de *Swarovsky* y a papá unas gafas de sol nuevas; las suyas tienen tantos años que se caen a cachos.

Mis padres me han regalado un robot de cocina. Mi madre piensa que, como sigo sin saber cocinar, al menos así se asegura de que no coma solo porquerías precocinadas. Dice que esos cacharros cocinan solos y son muy fáciles de utilizar.

Espero que sea verdad.

—Blanca, además, tu madre y yo tenemos otro regalo para ti.

—¿Cuál? —les pregunto extrañada mientras le doy un mordisco al roscón de Reyes.

—Creemos que es hora de que dejes de gastarte dinero tontamente en un alquiler e inviertas dinero en un piso para ti —me cuenta mi padre.

—Sabéis perfectamente que no me puedo permitir comprar un piso con mi sueldo. Ni siquiera tengo dinero para la entrada.

—Lo sabemos. Por eso… hemos pensado en darte nosotros el dinero, hija.

Un trozo de roscón se cae de golpe en el plato.

¿Cómo?

Eso significaría dejar mi casa, esa en la que tengo tantos recuerdos que me abruman. Dejaría de estar cerca de Marta y de la posibilidad de que Gonzalo se pasase por allí.

Y, entonces…, tengo otra revelación: el contrato de alquiler.

En el puto contrato de alquiler está la dirección de Mercedes, mi casera y madre de Gonzalo.

¡Lo tengo!

—Tengo que irme. —Me levanto atropelladamente de la mesa.

—Hija, ¿a dónde vas tan corriendo?

Pero yo ya no puedo contestar porque he salido a toda pastilla de casa de mis padres, he bajado las escaleras porque esperar el ascensor me resulta exasperante y voy en mi coche rumbo a mi casa. Necesito encontrar el maldito contrato de alquiler.

Gonzalo

Mi madre se ha pasado tres pueblos con la comida.

No se da cuenta de que, sí, somos uno más en la mesa, pero que ese uno es una bebé de pocos meses que no come lo mismo que nosotros. El roscón, claramente, me ha sobrado.

Me tumbo en la cama con la intención de descansar y hacer la digestión. Abro el armario para ponerme un poco más cómodo y lo veo. Un tubo que lleva metido en ese armario casi dos semanas y que no he vuelto a sacar. No me he visto capaz.

Vuelvo a cerrar el armario de muy malas maneras por haber sido tan impulsivo y comprar esa maldita foto que ni siquiera puedo ver. Es

tan ella que duele.

Me vuelvo a tumbar en la cama, mirando al techo.

¿Por qué me la tuve que encontrar el otro día? ¿Por qué? Sentirla tan cerca, olerla, mirar sus ojos verdes ha hecho que me vuelva jodidamente loco. No puedo más y no sé qué hacer.

Me levanto, cojo las llaves de casa y salgo de la habitación. Necesito airearme.

—¿A dónde vas, hermano?

—Fuera.

Y sin dar más explicaciones, salgo de casa, cabreado, frustrado, dolido y confesándome a mí mismo que sigo enamorado de ella y que no sé cómo cojones solucionarlo.

Blanca

Llevo diez minutos aparcada enfrente de su portal, intentando armarme de valor para llamar.

He estado muy segura de todos los pasos que he dado hasta ahora, pero, al estar aquí, siento que todo es más real y que ya no hay vuelta atrás. Y eso da vértigo. Nunca he hecho algo parecido a lo que estoy a punto de hacer; nunca he salido tanto de mi zona de confort, pero, por él, merece la pena.

Merece la pena todo.

Salgo del coche, sintiendo que las piernas me flaquean, cruzo la calle y llamo al telefonillo. Reconozco enseguida la voz de Marta a través de él.

—Marta, soy Blanca.

Ella me abre la puerta sin decir nada más, como si me estuviera esperando. Subo por las escaleras porque sigo sin tener la paciencia suficiente como para esperar el maldito ascensor. Cuando llego al segundo piso, Marta ya me está esperando en la puerta con una sonrisa en la cara.

—Pensé que tardarías menos en averiguarlo —me dice nada más me planto enfrente de ella.

Antes de hablar, intento recuperar el ritmo normal de mi respiración, porque ya he desistido de que las pulsaciones no amenacen con provocarme un infarto.

—Soy un poco corta a veces… ¿Está en casa?

—Marta, hija, ¿quién es? —Mercedes se asoma a la puerta y pone cara de sorpresa al encontrarme a mí en el umbral—. Blanca… ¿qué haces aquí? ¿Tienes problemas en el piso?

—No, no, está todo bien. En realidad… yo…

—Ha venido a buscar a Gonzalo, mamá —le explica Marta y yo me muero de vergüenza.

Ambas comparten una mirada significativa y agachan la cabeza reprimiendo una sonrisa.

¿Qué es tan gracioso?

Yo estoy a punto de morirme.

—Cielo, Gonzalo no está. Ha salido —me comenta Mercedes.

Mi cara debe de ser de tristeza absoluta porque es lo que siento.

Tristeza y decepción.

Esperaba encontrarlo aquí.

—Pero, cuando necesita pensar, suele ir al parque que está aquí al lado —me dice Marta, explicándome cómo llegar a ese parque.

—Gracias, voy a buscarlo. —Me doy la vuelta para volver a bajar por las escaleras.

—¡Blanca! —Vuelvo a girarme al oír la voz de Marta—. No te dejes nada dentro.

Y entiendo lo que quiere decir.

Sonrío y bajo las escaleras a trompicones, con el único objetivo de encontrarlo.

Gonzalo

Ni el frío, ni este parque al que llevo viniendo desde niño han conseguido que deje de estar confuso y cabreado.

Llevo una hora dando vueltas en círculos por aquí, aunque este lugar ya no tiene secretos para mí.

Aquí he jugado con mis amigos después del colegio; aquí me rompí el brazo a los doce años; aquí di mi primer beso a una chica; y, sí, también he follado detrás de unos arbustos con mi segunda novia una noche de verano.

Decido sentarme en un banco a pesar de que voy a morir de frío al quedarme quieto, pero empiezo a sentirme mareado de dar vueltas.

No solo al parque, también a la cabeza. Lo peor es que no he llegado a ninguna puta conclusión.

¿Qué es lo que tengo que hacer?

¿Abandonar la ciudad, dejar el trabajo y mi vida para no tener ningún tipo de información sobre ella?

No, no quiero hacer eso.

Solo ha pasado un mes y siento que han pasado años desde la última vez que estuvimos juntos. No logro entender qué ha hecho Blanca conmigo para que me sienta tan perdido ahora mismo.

Cojo mis cascos, los conecto al teléfono y pongo una *playlist* de Spotify. Necesito dejar de oír, durante unos minutos, mis propios pensamientos. Necesito dejar de ver en mi cabeza todos esos momentos que no van a volver. Necesito que el recuerdo de su risa no rebote contra todo mi cuerpo.

Así que me centro en la música y me inclino, apoyando los codos en mis rodillas, cerrando los ojos. Centrándome solo en los acordes de una guitarra y su voz.

Pero un movimiento cerca de mí hace que levante la cabeza y, por un momento, creo que estoy teniendo una alucinación.

No es posible.

No puede ser verdad.

Debo de haberme quedado dormido y he muerto congelado. Me quedo petrificado mirando en esa dirección, parpadeando rápido, intentando disipar el fantasma, pero no es un fantasma…

Blanca

Este parque parece un maldito laberinto.

Me da la sensación de que llevo horas dando vueltas en círculos. No estoy segura de saber encontrar la salida ni el camino de vuelta a mi coche. Ni siquiera estoy segura de poder encontrarlo aquí. Hasta que llego a una fuente que está inactiva, redonda y de piedra gris. Está rodeada de árboles, ahora desnudos por la época del año en la que estamos. Seguro que en primavera este parque es precioso. Ahí, alrededor de la fuente, hay varios bancos de madera y un chico sentado en uno de ellos, con los codos apoyados en los muslos y los cascos puestos.

Es Gonzalo.

El corazón me da un vuelco.

Ahí está.

Por fin lo he encontrado.

Camino despacio hacia él. Todavía no me ha visto. Pero tropiezo con una piedra y él percibe mi presencia, levantando la cabeza en mi dirección.

No se mueve, no hace nada, solo me mira. Yo detengo el paso. Nos miramos. Me he quedado paralizada de repente cuando sus fríos ojos han chocado con los míos, tristes, cansados y esperanzados. Pero mi cerebro me echa un cable y da órdenes a mis piernas para que continúen caminando hacia él. Para eso he venido.

Gonzalo no se mueve, solo me mira como si estuviera viendo una alucinación. Hasta que llego a él y me acuclillo para quedarme a su altura. Su mirada es confusa, está acuosa. Tiene las mejillas rojas por el frío y los labios cortados. Aun así, está tan guapo que duele.

—Te he encontrado —susurro.

—¿Me estabas buscando?

—Sí.

—¿Por qué?

—Necesito hablar contigo. ¿Qué escuchas?

Oigo la música que sale de sus casos y recuerdo aquel día en la playa. Aquel encuentro casual en el que me dijo todo lo malo que pensaba de mí de vuelta a casa en mi coche.

—*Vuelves,* de Rozalén. —Asiento. Reconozco la canción, escucho un trozo y… las lágrimas acuden a mis ojos.

Como la cigüeña que emigró
Y mi voz sobre el acantilado
Ese golpe con efecto
La hoja que cayó y voló
Como todo el bien que provocaste
La luz en cada amanecer
Mis días de fragilidad
Vuelves
Tan inesperadamente siempre vuelves
Pero como había esperado, vuelves
Cuando te creía olvidado siempre vuelves
Vuelves siempre

—¿Cómo me has encontrado?

—He ido a casa de tus padres a buscarte y Marta me ha dicho que podía encontrarte aquí. No te enfades con ella, no me ha dicho dónde estás viviendo. He probado suerte yo. Hace poco descubrí que tu madre es mi casera.

Es un poco mentira, pero no quiero poner a Marta en un compromiso. Solo es una mentira piadosa.

Gonzalo suspira con pesar, como si cada vez que respirara un millón de cuchillas le cortaran el interior. Entiendo perfectamente esa sensación.

—¿Qué quieres? —pregunta de manera cortante; más que el frío que hace en la calle.

—Quiero darte las gracias y pedirte perdón.

—No te entiendo.

—Déjame acabar, por favor. Estoy muy nerviosa y si me interrumpes no sé si voy a ser capaz de decir todo esto. —Tomo aire y apoyo las manos en su rodillas—. Gracias, usurpador. Gracias por hacerme comprender que la libertad no es cómo yo creía que era. Gracias por hacerme sentir libre. Gracias por ser tú y quererme por cómo soy yo. Y lo siento. Siento no haberme dado cuenta mucho antes de que estaba terriblemente equivocada.

—Blanca…

—Por favor, déjame terminar. —Cierro los ojos, intentando armarme de valor para continuar y los abro porque lo que voy a decir debo hacerlo mirándole a los ojos—. Te quiero, Gonzalo. Lo sé desde hace mucho tiempo y nunca tuve el valor de decírtelo porque me equivoqué de cabo a rabo con nosotros.

—¿Pretendes volverme loco?

—No, pretendo ser tu regalo de Reyes —le digo con decisión.

—Joder, pequeña delincuente…

Que me llame así, hace que un aleteo de esperanza recorra mi pecho. Necesito creer que hay esperanza para nosotros; que no está todo perdido. Que todavía puedo arreglar el desastre que he hecho.

Gonzalo

Estoy a punto de llorar como un niño.

Llevaba mucho tiempo soñando con oír esas palabras y ahora no puedo dejar de pensar en que nada de esto es real. Que solo es un espejismo y que, en cuanto Blanca recupere la cordura, va a volver a cambiar de opinión. Quizá suene absurdo porque ella está aquí abriendo su corazón y yo no puedo tomármelo en serio. Es de locos,

pero creo que mi corazón solo quiere protegerse de otro duro golpe ante un segundo rechazo por su parte.

—Nunca llegaste a decirme cuáles eran todas esas cosas que querías hacer conmigo.

—Eso ya no importa —musito.

—A mí sí me importa. Gon, quiero que las hagamos todas.

«Mierda».

Escuchar mi nombre de esa forma en que Blanca lo acorta, otra vez en sus labios, ha provocado que el corazón amenace con salirse del pecho para irse con ella. Pero mi cerebro me dice que esto no puede ser verdad y ha entrado en barrena. Una brisa fría me corta la cara, como si fuera una bofetada, y me levanto del banco. Necesito… Necesito salir de aquí.

—¿Qué pasa, Gonzalo? Habla conmigo —dice asustada mientras se levanta ella también.

—No puedo hacer esto.

—¿Qué?

Veo como, en segundos, sus ojos se humedecen y a mí se me parte el alma.

No puedo verla llorar, joder.

—Lo siento, Blanca. No puedes hacerme esto ahora. Me tengo que ir.

Y empiezo a caminar en dirección contraria, alejándola de mí; alejándome de ella.

¿Me he vuelto loco? Es probable.

¿Soy incoherente? Sin ningún tipo de duda, porque deseaba que este momento llegara y, ahora que lo he vivido, he salido corriendo.

Cagado de miedo, para más señas.

Un miedo irracional a que sea verdad.

Miedo porque he notado cómo los sentimientos que ya albergaba por ella se han hecho más fuertes con sus palabras. Y miedo a no reconocerme a mí mismo porque yo nunca he sido de los que huyen de los sentimientos.

Y aquí estoy: huyendo.

43

Tú, mi libertad

Blanca

No he podido dejar de llorar desde que me he quedado sola en ese parque.

Tampoco cuando he cogido el coche y tenido que conducir despacio porque las lágrimas me empañaban la vista.

Tampoco cuando he llegado a casa y he llamado a Inés desconsolada porque necesitaba soltar todo lo que tenía dentro.

Era eso o ponerme a romper todo lo que me recordara a él. Empezando por la matrícula de su coche, que sigue colgada en mi salón.

Ni siquiera he tenido el valor de volver a casa de mis padres a darles una explicación de por qué he salido corriendo sin mirar atrás.

Me siento estúpida.

¿Cómo podía pretender que iba a ser fácil arreglar lo que rompí?

—Le has echado un par de ovarios, pichurrina. Es mejor arriesgarse y perder que no hacerlo.

—Pero las consecuencias son devastadoras, Inés. Tenías que ver la cara de miedo que ha puesto después de decirle que lo quiero. Su expresión no se me va a olvidar nunca.

—Creo que le has pillado por sorpresa y solo necesita digerirlo.

—Que no, Inés. Que ya no me quiere. —Sollozo—. Que le hice tanto daño que no va a ser capaz de perdonarme nunca.

—No me seas dramática.

—La situación es dramática —replico.

En ese momento, alguien llama al timbre y un escalofrío me recorre el cuerpo. Me levanto del sofá con la foto de mi cumpleaños en la mano (como soy masoquista, la he cogido mientras seguía llorando) y camino despacio hacia la puerta. Sigo con el teléfono pegado en la oreja cuando la abro. Sigo reconociendo perfectamente cómo es su forma de llamar al timbre.

—Inés, tengo que colgar.

Lo miro dolida.

Siento los ojos hinchados de tanto llorar y unas lágrimas rezagadas corriendo por mis mejillas. Me las aparto con la mano sin dejar de mirarlo.

Su expresión es dura, seria y culpable. Quizá también triste. No lo sé, apenas puedo ver su rostro con claridad.

—¿Qué haces aquí?

Gonzalo

—¿Puedo pasar? —le pregunto con cautela.

Intento no ahogarme en esas lágrimas que corren por sus mejillas. Me rompe verla así.

—No.

—Entonces te diré desde aquí lo que he venido a decirte.

Al llegar a casa de mis padres con el rostro desencajado, lo primero que he hecho es hablar con Marta. Le he contado todo con pelos y señales, casi hasta podía reproducir palabra por palabra la conversación que habíamos mantenido.

Me he llevado una colleja y una bronca.

Me ha dicho que cómo puedo ser tan obtuso como para huir del amor de mi vida. Que no me reconoce, que yo nunca huyo de los sentimientos. Ya, yo tampoco me reconozco. También me ha dicho que moviese el culo hasta su casa para decirle todo lo que siento por ella y tener esa oportunidad que nos merecemos.

Tenía razón en todo.

Y como un resorte, sin pensar en nada más, me he plantado en su puerta, aprovechando que he traído a mi hermana.

—No quiero que me digas nada. Ya no.

Doy un paso al frente, acercándome a ella; quedándonos tan solo

a unos centímetros de distancia. Blanca no se retira.

Veo que sujeta algo entre sus manos y me atrevo a cogerlo. Ella, al principio, opone resistencia, pero, al final, cede.

No me esperaba encontrar algo así. Una foto. Una foto que no sabía que existía y no recuerdo que nos hicieran, pero que es preciosa. Suspiro profundamente y vuelvo a levantar la cabeza para mirarla.

—Blanca, perdóname —hablo, haciendo caso omiso a lo que me ha dicho—. No tenía que haber huido antes, pero… no me creía que lo que tanto deseaba que pasara estuviera pasando de verdad. Porque quería que sucediera más que cualquier otra cosa en el mundo y… me he acojonado. Joder, me he acojonado de mis propios sentimientos. —Hago una pausa—. He sido un imbécil y, cuando me he dado cuenta, he perdido el culo por venir a recuperar a mi chica. Cielo, he venido a decirte todas esas cosas que quiero hacer contigo. Escúchame, por favor.

Blanca parece vacilar, su mirada acuosa no para de escrutarme, intentando encontrar alguna mentira en mis ojos, pero solo va a encontrar verdad.

—Te escucho.

—Pequeña delincuente —susurro muy cerca de ella—, quiero despertarme contigo cada mañana. Quiero que lo primero que vea seas tú. Quiero enredar mis piernas con las tuyas bajo las sábanas. Quiero besar cada centímetro de tu cuerpo. Quiero descubrir nuevos lugares a través de tus ojos. Quiero hacer que te sientas libre cada día. Quiero recoger todas tus lágrimas de felicidad y también las de tristeza. Quiero que adoptemos un perro. —Sonrío—. Quiero quererte y no te voy a decir que quiero que tú también me quieras porque eso tengo que ganármelo cada día. Te quiero, Blanca. Esas solo son unas cuantas de las miles de cosas que quiero hacer contigo. Ahora…, ¿quieres hacerlas tú conmigo?

Respira muy profundo cuando otra lágrima cae por su rostro. A mí me va a dar un jodido infarto.

Necesito besarla ya.

—Quiero —responde con una sonrisa.

Joder, sí. ¡Quiere! Y, al fin, extiendo la mano hacia su jersey para acercarla a mí y pegar mis labios a los suyos.

El alivio que siento al besarla no es comparable a nada. Es lo más grande que he sentido nunca.

¿Cómo se me ha ocurrido huir de ella antes?

Blanca

No puedo respirar mientras me agarro a su cuello para profundizar el beso.

Me da igual ahogarme si es en la boca de Gonzalo.

No era consciente de todo lo que lo he echado de menos.

Mi corazón late desbocado.

Entramos en mi casa y Gonzalo cierra la puerta de una patada sin dejar de besarme y tocarme por todas partes.

Acabo sentada en el mueble de la entrada y sin jersey. Esto va rápido. Nos tenemos tantas ganas que no queremos esperar más. Sentirnos el uno al otro es una jodida necesidad. Él baja la cabeza hacía mis pechos, tocándolos por encima del sujetador, lamiendo cada centímetro de piel de mi pecho, de mis hombros, de mis clavículas. Yo llevo mis manos a su cinturón, lo desabrocho y bajo su pantalón junto con su ropa interior, dejando al descubierto su erección.

—Vamos a la cama —me dice.

Gonzalo me agarra de los muslos y yo enrollo mis piernas en su cadera, rodeando su cuello con los brazos sin dejar de besarlo.

—¿Me has pringado la espalda con crema? —pregunta confuso sin dejar de caminar.

Y caigo en la cuenta de que sí; de que lo he pringado porque me acababa de echar la crema cicatrizante del tatuaje.

Sonrío al mirarlo.

—Esto tiene la culpa.

Le muestro mi tatuaje algo avergonzada.

Al verlo, me baja al suelo, quedando a los pies de mi cama.

—Blanca…

—Sabía todo lo que suponía tatuarme esto, pero representa el momento en el que me he sentido más libre en mi vida. Y fue contigo; fue gracias a ti.

Gonzalo recorre con la punta de su dedo el dibujo situado en la cara interna de mi antebrazo, muy cerca del codo. Una montaña rusa, minimalista, un dibujo de líneas sencillas y, detrás, un montón de colores, simulando aquellas luces de Navidad.

—Es perfecto, cariño.

Y vuelve a besarme. Esta vez más despacio, más lento, más profundo. Me desabrocha el pantalón hasta deshacerse de él y cuela

una de sus manos en mis braguitas. Sentir sus dedos en mi sexo hace que, al instante, me humedezca. Yo agarro su miembro, acariciándolo con mimo y ambos gemimos. Jadeamos. Nos miramos con deseo, al borde del orgasmo tan solo con tocamos.

Nos tumbamos en la cama y me abro de piernas para él, para que encaje conmigo. Me lame el lóbulo de la oreja, la mandíbula, el cuello, baja al pecho para después volver a subir y besarme. Y, cuando me tiene distraída y concentrada en sus caricias, su miembro entra certero y fuerte dentro de mí.

—Dios, Blanca, eres mi lugar favorito en el mundo.

—Tú eres mi libertad, Gonzalo.

Él parece perder el control y empieza a moverse más deprisa dentro de mí. Lo siento temblar mientras se mueve, así que rodamos en la cama hasta que quedo encima de él. Quiero mirarlo, quiero ver el placer que le provoco. Quiero mirarle a los ojos cuando se corra. Empiezo a mover las caderas, hacia adelante y hacia atrás; después, arriba y abajo, clavando las uñas en su pecho, duro, fuerte. Gimo más alto cuando siento que el orgasmo va a alcanzarme.

De pronto, Gonzalo posa sus manos en mis caderas y me frena para llevar él el ritmo. Empieza a moverse frenético en mi interior.

—Córrete conmigo, Blanca.

—Sí… —jadeo y me dejo ir, sintiendo que el orgasmo se apodera de todo mi cuerpo y mi mente.

Gonzalo también se corre, maldiciendo y blasfemando y, solo con oírlo, podría correrme otra vez.

Estamos abrazados en la cama. Ninguno ha sido capaz de articular palabra después del orgasmo. Han sido muchas emociones juntas en muy poco tiempo. Casi no puedo asimilar lo que acaba de pasar.

—Has sido mi mejor regalo de Reyes. —Gonzalo termina rompiendo el hielo.

—Y tú el mío. —Me acurruco contra su pecho.

—¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado?

—Todo, Gonzalo. Ha cambiado todo.

—No lo entiendo. Explícamelo. —Me retira un mechón de la cara.

—Me aferré a la idea de que la libertad era sinónimo de soledad cuando eso es mentira. Pensé que necesitaba estar sola para no volver a sentirme en una jaula y me equivoqué. Nunca me he sentido más enjaulada que estando lejos de ti. Contigo descubrí lo que realmente significa la palabra «libertad». Por eso, yo elijo vivir la libertad contigo.

—Y yo me dejaré el alma para que te sientas libre cada día de tu vida.

Volvemos a besarnos, a calentarnos, a queremos con el alma

descubierta.

—No sé qué va a salir de todo esto, ni si puedo prometerte grandes cosas. Pero lo que sí sé es que quiero dártelo todo, quiero intentarlo, quiero que nos demos esta oportunidad —le aseguro.

—Eso es lo único que me importa ahora mismo. No pido más.

—Pues yo pido que me vuelvas a hacer el amor.

Y Gonzalo cumple, dando comienzo a un montón de nuevos recuerdos y dándonos todo el tiempo del mundo para conocernos, sin barreras, sin miedo, sin dudas…

Solo con amor.

Epílogo

Un año después

Blanca

—Cariño, por favor, ¿puedes ayudarme?

—Claro.

Gonzalo levanta la vista del portátil, parpadeando rápido y apretándose los ojos con los pulgares. No quiere reconocerlo, es un cabezón y mira que se lo llevo tiempo diciendo. El pobre está hasta arriba de trabajo. Han organizado una exposición para la próxima semana en la galería y se están volviendo locos con los preparativos.

—No sube la cremallera, cielo.

—Que sí sube, aprieta un poco.

—No voy a hacer eso. Sabes perfectamente que el vestido no te cabe, Blanca. ¿Por qué no te rindes a la evidencia?

—¿Me estás llamando gorda?

Gonzalo esboza una sonrisa traviesa pero tierna.

—Cariño, no te estoy llamando gorda, pero sabías que esto iba a pasar.

Resoplo con frustración.

Tiene narices que nos haya pasado esto justo cuando el médico nos dijo que, con mi endometriosis, iba a ser complicado que me quedara embarazada. El primer día que lo hicimos sin protección… pum. Diana.

—Es culpa tuya por tener misiles en vez de espermatozoides.

—Mis soldaditos saben cumplir muy bien su función.

«Soldaditos. Hay que ser tonto».

Cerebro

«No te quejes, que bien que te hace gracia».

Pongo los ojos en blanco volviendo a la habitación para cambiarme de ropa mientras oigo la carcajada ronca de mi novio.

No sé qué nos pasó o, más bien, qué me pasó a mí, pero el instinto maternal que pensé que había perdido lo recuperé con más fuerza a los pocos meses de que Gonzalo y yo volviéramos juntos. Como si me hubiera dado cuenta de que él tenía que ser el padre de mis hijos y que no podía ser de otra manera.

Y lo peor… que no podía esperar a que lo fuera.

Debe ser el «efecto Gonzalo», que me convierte en una chalada. O que la libertad también consiste en eso, ¿no? En poder elegir; en poder cambiar de opinión.

Aunque… es verdad que intentamos ser precavidos.

El riesgo de aborto espontaneo está ahí. Estamos muy ilusionados, pero no queremos dejar fuera esa posibilidad aunque haya pasado ya el primer trimestre. Por eso, decidimos guardar el secreto hasta que pasaran estos tres meses. Al menos, queríamos asegurarnos de que las cosas iban bien y, según mi ginecólogo, todo está perfecto.

He acabado poniéndome el único pantalón que todavía me entra y un jersey ancho. Cuando vuelvo al salón, veo que Gonzalo frunce el ceño algo frustrado, achinando los ojos frente a la pantalla. No puedo reprimir una carcajada.

—¿Te estás riendo de mí? —se queja desde su sitio. Ha acampado en la mesita baja del salón con el portátil y un montón de papeles.

—¿Cuánto tiempo llevo diciéndote que necesitas gafas? Cada día ves peor, Gonzalo.

—Déjame en paz. Veo perfectamente.

—Sí, vale. Lo que tú digas, cariño.

Él gruñe.

—Odio cuando me das la razón como si fuera un niño.

—Pues deja de comportarte como uno. Te recuerdo que el único niño que debería haber en el salón es este. —Señalo mi barriga.

A Gonzalo le cambia el gesto irritado por uno tierno.

Le brilla la mirada cuando se acerca a mí, posa una mano en mi vientre y deja un beso suave en mis labios.

—Este sí que es un buen regalo de Reyes.

—Estoy nerviosa —confieso—. Ya sabes cómo son mis padres.

—Yo también lo estoy. ¿Y si pasamos de las reuniones familiares y nos quedamos en casa? —propone.

—No me lo digas dos veces…, pero quiero quitarme esta tirita cuanto antes.

—¿Estás llamando «tirita» a nuestro hijo?

Me río y vuelvo a besarle los labios.

—Venga, arréglate. Mi madre odia que siempre lleguemos tarde a comer.

—Es culpa tuya. No te pongas tan guapa y yo no tendré que follarte antes de salir de casa.

Me ruborizo, dándole en el brazo con la mano abierta.

Él desaparece yendo a la habitación partiéndose de risa.

Gonzalo se ha enfadado conmigo porque me he emperrado en que vengamos en mi coche. El pobre está dando los últimos coletazos de su vida útil, pero yo le tengo mucho cariño y sé que pronto nos va a dejar; así que estoy aprovechando para cogerlo todo lo que puedo.

—Es que no entiendo por qué tienes que seguir cogiéndolo, teniendo el mío nuevo muerto de asco en el garaje.

—Nuevo nuevo no es. Es de segunda mano —me defiendo.

—Diez años menos que el tuyo tiene —replica.

Ahora que el trabajo en la galería le va bien, ha podido permitirse comprar un coche de segunda mano, pero que no tendrá más de tres años de matriculación. Encima le ha salido muy bien de precio. Si es que es un cabrón con suerte. La única pega que le ha puesto al coche es que la matrícula no tiene mis iniciales.

—Hola, mamá —saludo dándole un beso en la mejilla cuando nos abre la puerta.

—Hija, qué pronto habéis llegado. Ya me estaba acostumbrando a esperaros.

Gonzalo y yo compartimos una sonrisa cómplice.

—¿Y papá? —pregunto mientras mi madre achucha a Gonzalo. Le ha cogido tanto cariño que asusta.

—En el salón, haciendo su clase de pilates.

Me muero de risa. Al final, convencimos a mi padre para que lo hiciera desde casa con videos de YouTube. Al principio refunfuñó

muchísimo, pero, cuando le cogió el tranquillo, le empezó a gustar, hasta tal punto que lo hace todos los días. Lo bueno es que los dolores de espalda han remitido.

—Hola, papá. Qué bien te veo.

—Hija. —Se levanta de su esterilla con una sonrisa para darme un abrazo—. No tan bien cómo tú. Estás guapísima.

—Julio —saluda Gonzalo detrás de mí.

—Gonzalo. —Mi padre le da la mano. En realidad se caen bastante bien aunque siempre parezcan demasiado rígidos cuando se saludan.

Creo que estoy a punto de vomitar al bebé de lo nerviosa que estoy. Mi madre ha servido el cordero y hemos empezado a comer charlando animadamente sobre la última locura de la tía Carmen: ha decidido hacer paracaidismo. Yo me parto al ver el horror en la cara de mi madre. Cuando llega el roscón, nos damos los regalos, aunque nosotros tenemos uno más importante que todavía no se puede ver ni tocar. Bueno, tocar, indirectamente, a lo mejor sí. Gonzalo me agarra la mano por encima de la mesa y a mí se me cruza una náusea al oler la nata del roscón.

«Mierda».

Empiezo a respirar profundo para intentar mitigarla, pero vuelve cuando oigo la voz grave de Gonzalo llenando la estancia.

—Lola, Julio —avisa—, Blanca y yo queremos contaros una cosa.

Ahí va. Se avecina el apocalipsis.

—Vamos a tener un hijo —suelto a bocajarro, tapándome la boca con la mano porque, esta vez, la náusea ha sido más fuerte.

Silencio.

Más silencio.

—Cariño, ¿estás bien? —se preocupa Gonzalo.

Yo asiento despacio, aunque estoy mintiendo.

—¡¿Sin casaros?!

Ahí está.

La estaba esperando.

—Lola, ¿y eso qué más da? —replica Gonzalo.

—Hijo, es que las cosas hay que hacerlas bien.

—Mamá, las cosas están bien hechas. La decisión la hemos tomado los dos y, de momento, no queremos casarnos.

—Hija, en esto estoy de acuerdo con tu madre. ¿Por qué los jóvenes lo hacéis todo al revés? Pero… me hace muy feliz la noticia. ¡Lola, vamos a ser abuelos! —Mi padre se levanta a darme un abrazo y a felicitarnos emocionado.

Mi padre, al que no he visto llorar en la vida.

—Yo me lo olía. Te veía la cara más redonda, hija. —Mi madre

también se levanta para unirse al abrazo, invitando a Gonzalo—. Es una noticia muy feliz, Blanca, aunque sigo pensando que deberíais casaros.

Gonzalo y yo ponemos los ojos en blanco.

Mi madre a estas alturas de su vida no va a cambiar y hay que quererla igual. Y el abrazo termina porque la náusea vuelve y corro al baño a vomitar la comida y el poco roscón que me ha dado tiempo a comer.

Gonzalo

No me puedo creer que, un año atrás, mi vida diera un giro tan grande que todavía no me creo.

Un año desde que Blanca vino a buscarme y me encontró. Un año de amor; un amor nuevo que no he sentido con nadie. Gracias a Blanca, además, estoy experimentando una clase nueva de amor: el paternal.

Desde el primer momento en que ese test de embarazo dio positivo, empezó a crecer en mí. Fue una sensación cálida en el pecho, un burbujeo en las tripas; un amor tan fuerte y visceral imposible de explicar con palabras. Ella me va a hacer padre y eso es lo más grande que puede hacer por mí.

Gabriela está enorme. Ya parece una mujercita.

Desde que aprendió a andar, es un peligro que a mi hermana la trae por la calle de la amargura. Cuando se quiere dar cuenta, la ha perdido de vista.

—Gabriela, haz el favor de venir o mamá se va a enfadar. —Ver a mi hermana pequeña tan autoritaria me hace gracia; no le pega nada.

La pequeña vuelve al salón con un dedo metido en la boca y cara de no haber roto nunca un plato. Se parece a su madre más de lo que le gusta reconocer a Marta; ella, de pequeña, era igual.

Pero Gabriela no va hacia su madre, sino hacia Blanca.

—*Ita*…—balbucea la pequeña y a mi novia se le cae la baba.

—Ven aquí, preciosa. —La coge en brazos y la sienta en su regazo para hacerle carantoñas.

—Blanca, tienes mala cara. ¿Estás bien? —Se preocupa Marta.

Las náuseas no le están dando tregua hoy. Eso y que está nerviosa

como ella sola. Pequeña… Cómo te quiero.

—En su estado es normal sentirse así de mal —respondo yo, esperando que todos pillen la indirecta.

Blanca me fulmina con la mirada por haberlo hecho sin avisar.

Silencio en la mesa.

—¡¡AAAHHHHH!! —Ese grito es de mi hermana—. No me lo puedo creer.

Una que se ha dado cuenta enseguida. Marta no me iba a fallar.

—Hija, ¿estás tonta? ¿Por qué gritas? —pregunta mi padre.

—¿Es que no lo habéis pillado? —responde ella ojiplática.

—¿Pillar el qué, Marta? —se interesa mi madre deseando conocer el cotilleo.

—Blanca está embarazada —respondo yo.

Otro grito estridente sale de la boca de mi hermana, que se levanta como un resorte para venir a abrazarnos. Mis padres, en cambio, se han quedado tiesos en la silla.

Blanca está luchando con todas sus fuerzas contra los nervios y las náuseas; tanto que no creo que sea consciente de lo que está pasando a su alrededor. Le acaricio el muslo por debajo de la mesa, intentando infundirle tranquilidad. Ella me mira agradecida y con tanto amor que quiero irme ya de aquí, llevármela a casa y cuidarla hasta que se sienta mejor.

Blanca

Mercedes y Alfonso acaban reaccionando ante la noticia… llorando.

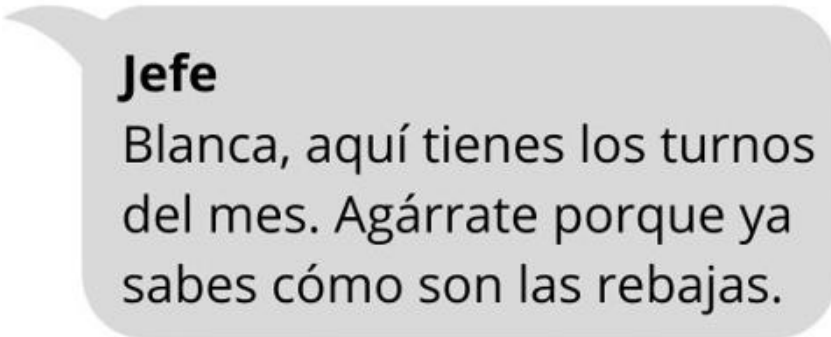
¡Llorando!

Vienen a abrazarnos y a darnos la enhorabuena, abrumándonos con un montón de preguntas cuando yo solo puedo intentar mantener a raya las náuseas. Gonzalo está pletórico. Le miro y veo tanto amor en sus ojos que solo puedo sonreír e intentar disfrutar del momento.

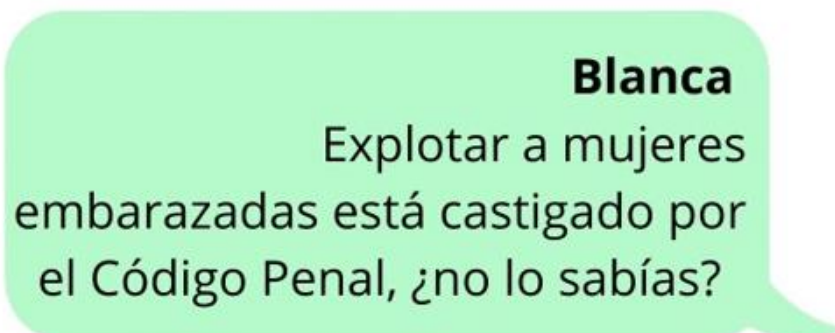
Cómo me arrepiento de ese tiempo que estuvimos separados por elección mía y cómo agradezco que me perdonara el día que fui a buscarle. Y es que es muy fácil aplicar significado a un término según nos convenga. La libertad mal entendida es muy peligrosa según las circunstancias. En mi caso, la entendí como un sinónimo de soledad y

me equivoqué. No lo comprendí hasta que dejé de sentirme libre porque me faltaba él; porque estando con Gonzalo fue cuando más libre me sentí. Me di cuenta de ello tarde. Ahora comprendo que toda mi vida he entendido la libertad de manera errónea. La «libertad» es un sentimiento muy amplio y cada uno podemos entenderla de una manera; y yo la entiendo junto a él.

Justo cuando estamos contestando algunas de las múltiples preguntas que nos hacen respecto al embarazo, recibo un whatsapp.



Sonrió al leer su mensaje y contesto:



Dejo el móvil y presto atención a Marta, que me está dando

consejos sobre cómo llevar el embarazo de la mejor manera posible. Pero mi teléfono empieza a vibrar encima de la mesa y, al ver el nombre, Gonzalo frunce el ceño confundido; yo le guiño el ojo.

—Jefe, feliz día de Reyes. —Me hago la tonta.

—Déjate de gilipolleces, Blanca. ¿Cómo se te ocurre decirme por WhatsApp que estás embarazada?

—Es una forma tan lícita como cualquier otra.

—Qué menos que contárselo a tu jefe y amigo —hace énfasis en la palabra «amigo»— en persona. No tienes corazón.

Oigo cómo Olivia grita a través de la línea y, también, los lloros desconsolados de la pequeña Clara. Olivia le quita el teléfono a Alberto y se pone.

—Blanca, ¿estás embarazada? —pregunta entusiasmada.

—Eso parece —respondo ruborizándome.

—¡Enhorabuena! Pásame al futuro papá.

Lo hago. Le paso el teléfono a Gonzalo advirtiéndolo de que lo quieren felicitar por su futura paternidad. Él pone el altavoz.

—Futuro padre orgulloso al habla.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué calladito te lo tenías. ¡Enhorabuena!

—Gracias, jefa. No esperábamos quedarnos tan pronto.

—No sabes lo que me alegro. Ya hablaremos en la galería. Dale un beso a Blanca.

—De tu parte.

Al final, Olivia acabó enterándose de que rompimos durante un breve periodo de tiempo. Y es que… en una de las tantas cenas que hemos compartido este año, se me fue la boca. *Mea culpa*. Le contamos una verdad a medias en ese momento. No me siento orgullosa, la verdad, pero no queríamos abrir viejas heridas innecesariamente. Los cuatro nos hemos hecho muy buenos amigos.

Gonzalo me devuelve el teléfono, quitando el altavoz.

—¿Alberto?

—Cambiaré los turnos y dividiré entre Patricia y Carlos los más pesados.

Patricia es la nueva chica que contrató Alberto después de la movida que hubo con Carla. Ella solo apareció por la tienda para firmar el finiquito y ninguno de nosotros volvió a saber de ella.

En cambio, Patricia se ha ganado el cariño de todos. Es muy simpática, un poco mayor que yo y, además, está casada. Es una gilipollez, pero a Alberto le dio seguridad después del altercado con su anterior empleada.

—Esta es una frase muy manida y que he escuchado miles de veces, pero tiene todo el sentido del mundo: Alberto, estoy embarazada, no inválida.

—Me importa tres cojones. Te mandaré el nuevo horario en breve.

—Gracias, jefe.

—Cuídate, señorita Martínez.

Gonzalo

—Blanca, no voy a volver a discutir esto contigo.

—Es que tu madre está perdiendo dinero desde que nos fuimos a vivir juntos y dejé de pagar el alquiler. Debería comprarle la mitad del piso.

—¿Qué parte de «no te voy a dejar hacer tal cosa» no has entendido? Ese piso algún día será mío y, el otro, de mi hermana. No vas a pagar nada. Fin de la historia.

Ambos pisos fueron herencia de las dos hermanas mayores de mi madre que ya habían fallecido, así que uno se lo dejó a Marta cuando nació Gabriela y el otro lo puso en alquiler. Cuando Blanca alquiló el piso, yo vivía en uno que me salía a buen precio y estaba cerca de mi otro trabajo, hasta que el casero me echó porque quería venderlo. Así que me vi obligado a vivir con mi hermana, ya que me negué a volver a vivir con mis padres. Y… el destino nos juntó.

—Blanca, mis padres no necesitan el dinero. Lo alquilaron por hacer algo con él —intenta convencerla mi hermana, que está sentada en el asiento de atrás del coche junto a mi sobrina.

Ella resopla.

Sé que le cuesta entenderlo, pero, ahora mismo, necesitamos ahorrar todo el dinero que podamos por ese bebé que viene en camino. Y, también, para todos esos viajes que tenemos programados este año. Hemos conocido muchos lugares preciosos de la mano desde que volvimos juntos y todos lo que nos quedan. Somos conscientes de que con un bebé será complicado, pero no vamos a rendirnos.

Blanca y yo tardamos unos meses en vivir juntos. No quisimos correr al principio y nos dimos nuestro espacio, hasta que, un día, hablando en el sofá de su casa, lo planteamos en serio. Blanca no quiso esperar más. A mí cada vez se me hacía más cuesta arriba irme, aunque, la mayoría de las noches, dormíamos juntos. Así que, ahora, ese piso es nuestro hogar y no tenemos pensado abandonarlo. Después

vino la decisión repentina de ser padres y… aquí estamos, queriéndonos cada día un poquito más.

—¿Sabes qué es lo más absurdo de todo?

—Sorpréndeme.

—Que aquel día tenías todo el derecho a aparcar en mi plaza de garaje porque, en realidad, es tuya.

Y ambos estallamos en carcajadas.

La verdad, en ningún momento lo pensé, pero cómo agradezco haberme equivocado aquel día…

Blanca

—No puedo más. —Me dejo caer en el sofá.

—Espera que te ayudo. —Gonzalo me ayuda a quitarme las botas porque no tengo fuerzas ni para desvestirme.

Vuelve a sonar mi teléfono. Resoplo agotada. Odio las náuseas y vomitar. Me dejan hecha «un puto cuadro», como diría Marta. Solo me apetece acurrucarme en la cama junto a él.

—¿Sí? —respondo en un hilo de voz.

—¿Te he pillado durmiendo, pichurrina?

—No, pero casi. Ha sido un día intenso.

Gonzalo me mira con una mueca divertida mientras me masajea los tobillos. Yo me quedo mirando la foto enmarcada que tenemos en la pared y me pierdo en ella.

¿Recordamos aquel regalo que tenía Gonzalo para mí y que se le escapó a Olivia? Pues se trataba de una foto (Gonzalo nunca me ha querido desvelar lo que le costó, pero debió ser un buen pico) que representa aquel día en el Parque de Atracciones. Tardó un par de meses en echarle valor y dármela porque, palabras textuales suyas: «no quería asustarte al contarte que la había comprado en un impulso cuando ni siquiera tenía esperanza de que nos volviéramos a ver».

Y ahora se ha convertido en mi foto favorita del mundo.

—¿Qué tal ha ido?

—La verdad es que muy bien.

Inés fue la primera persona en saberlo. Le faltó hacerse el test junto a nosotros. Lo habría hecho de no habérselo impedido.

—¿Y tú madre? —Cómo la conoce.

—Quiere que nos casemos.

Inés suelta una carcajada.

—Lo sabía. ¿Y?

—Y nada. No nos vamos a casar.

—¿Y Gonzalo qué opina?

—Él no opina. —Me río y mi novio frunce el ceño confuso; yo le lanzo un beso para que olvide el tema.

—El día que menos te lo esperes, te lo pide.

—Calla, no puedo pensar en eso ahora mismo.

—Te llamaba también porque he quedado con Marta y Miguel la semana que viene. ¿Te apuntas?

—¿Sigues haciendo de alcahueta? —me burlo.

—Esos dos necesitan un empujoncito. Las velas que sujeto tienen un propósito.

Hace unos meses que Inés conoció a Miguel en el trabajo y conectaron. Después, quedamos un día todos juntos para conocerlo, pensando que sería su futuro rollete, hasta que vimos cómo se miraban Marta y él desde el primer momento. A Inés le costó mucho superar lo que sentía por Marta, pero consiguieron ser amigas. Al menos, ella lo intenta cada día, aunque yo sé que Marta siempre va a ser especial para ella.

—Sí, claro. Sujetaré velas contigo.

Con esas palabras, Gonzalo sabe perfectamente a qué me estoy refiriendo y pone los ojos en blanco. No quiere saber nada que tenga que ver con el *folleteo* de su hermana.

Me despido de Inés y dejo caer el móvil encima del sofá.

—Vamos a la cama, cariño.

—Por favor…

Cuando llegamos a la cama, empiezo a desnudarme, pero Gonzalo me detiene.

—Déjame hacerlo a mí.

Empieza quitándome el jersey que llevo, dejando solo mi sujetador de encaje rosa y mi pequeña barriga al descubierto. Después, desabrocha mis pantalones; primero el botón al que le sigue la cremallera. En un abrir y cerrar de ojos, estoy en braguitas y sujetador enfrente de él. Coge mi pijama de debajo de la almohada y me lo pone lentamente, repartiendo besos por cada zona de mi piel que pilla al descubierto, centrándose sobre todo en mi vientre.

—Dale un poco de tregua a mamá—susurra contra él y yo me estremezco al oírlo llamarme así. Es una sensación nueva para mí.

Gonzalo vuelve a subir hasta quedarse a mi altura. Me besa y lo hace despacio, de una manera cálida y húmeda. Me sujeta por la cintura y profundiza el beso. Yo me dejo hacer porque podría estar besándolo toda la vida. Después, se desnuda él, sin apartar sus fríos

ojos azules de mí, dejando que me recree en su cuerpo, en cómo se tensan sus músculos con cada movimiento. Volviéndome loca.

Nos acurrucamos en la cama.

Él pasa el brazo por debajo de mi cabeza; yo la apoyo en su pecho. En la habitación solo se escuchan nuestras respiraciones.

—Mañana iré a la óptica a graduarme la vista. Tienes razón, cada vez veo peor.

—Y yo me compraré ropa premamá. Aunque la odie.

—¿Sabes? Quiero que, cuando nuestro hijo sea un poco mayor, lo llevemos al Parque de Atracciones —me cuenta acariciando esa zona dónde mi tatuaje sigue intacto.

Sonrío.

—En Navidad —aporto.

—Eso sería genial —me responde dejando un beso tierno en mi sien.

—Estoy deseando volver a subirme a una montaña rusa contigo.

—A nosotros siempre nos quedarán las luces de Navidad y las montañas rusas, pequeña delincuente.

—Tenlo claro, usurpador, siempre que nos hagan sentirnos libres.

Y es que la vida es la comparativa perfecta a una montaña rusa.

Los nervios previos por empezar algo nuevo, la incertidumbre cuando te pones en marcha, el vacío en el estómago cuando todo empieza, arrepentirte de haberte subido cuando crees que las cosas no van a ir bien y la adrenalina pura cuando te sumerges del todo en la sensaciones. Porque, a veces, podemos sentirnos en la cima de la atracción, viendo el paisaje, sintiendo que es lo más maravilloso del mundo y, otras veces, descendemos rápido hacia lo desconocido, sintiéndonos perdidos sin conocer el siguiente paso a dar.

¿Pero sabes qué? La atracción en algún momento se para y no volverás a sentirte igual. Así que, debemos aprovechar cada momento, exprimirlo, dedicar tiempo a conocernos a nosotros mismos y a arriesgarnos a todo lo que el corazón nos dicte que merece la pena.

«¿Has oído, cerebro?»

Cerebro

«Qué coñazo de tía eres».

Fin

Agradecimientos

Voy a ser totalmente sincera: ninguno de mis sueños de niña era escribir un libro. Ni siquiera me gustaba leer. A mí me gustaba dibujar e incluso ilustrar algunas historias. Al final, abandoné el dibujo muy pronto y descubrí la lectura muy tarde. Por eso, casi me parece irreal que esté escribiendo estas palabras de agradecimiento a las siguientes personas:

A mis padres y mi hermana por ser un apoyo continúo, aunque nunca hayáis tenido ni idea de la existencia de esta novela. Espero que no la leáis o no podré miraros a la cara nunca más.

A Pablo, la persona a la que va dedicada la novela. Gracias por haberme empujado a este abismo desde el principio. Él fue mi primer lector cero. Contigo rompí la barrera de dejar que alguien leyera lo que escribía. Te quiero.

A mi Mari, por compartir conmigo esta pasión enfermiza por los libros y por la sinceridad y el amor que le has dado a mi novela.

A Lara (aunque yo la conocí como Aral en el mundo virtual), una galleguita que me ha enseñado que no hace falta ver a una persona físicamente para tener una bonita relación de amistad y confianza. Gracias por tu tiempo, dedicación, cariño y por darle un valor incalculable a la novela. No sería lo mismo sin ti y los sabes. Ellos también son un poco tuyos.

A mis amigas (a todas vosotras), porque a pesar de haber mantenido en secreto este *hobbie* que tengo, me habéis apoyado al cien por cien con mucha ilusión. Todas me enseñáis cada día el valor de la amistad. Inés, Blanca y Marta tienen un poco de cada una de vosotras.

A Irene Mármol, por confirmarme que hay personas que aparecen en tu vida para añadir una chispa de ilusión y esperanza. Por todo el cariño que le has dado a mi novela, el tiempo que has dedicado para perfeccionarla, por la ayuda desinteresada y por esos audios comentando la historia que me alegraban los días.

A mi yo del pasado (esto queda muy mal que yo lo diga, pero lo voy a decir), por echarle valor para abrirse una cuenta de Instagram y hablar sobre su pasión: los libros. Gracias a ese acto tan simple, he

conocidos a personas maravillosas con las que disfruto cada día de la lectura y me hacen descubrir autores/as nuevos/as.

Y a ti, que has decidido dar una oportunidad a mis niños. Gracias por escuchar a Blanca y Gonzalo mientras narraban su historia. Espero que hayas disfrutado con ellos y, ¿por qué no?, sacado algo positivo en estas páginas.

La autora

¡Hola! Soy Soraya Sánchez Torralba, aunque, como mi primer apellido lo tiene la mitad de la población, decidí quedarme con el apellido de mi abuelo para firmar la novela. Me encanta mi segundo apellido. Nací el 24 de febrero de 1995 y soy madrileña.

Estoy graduada en Derecho y Administración y Dirección de Empresas y, actualmente, soy abogada. Y te preguntarás... ¿Cómo una abogada ha acabado escribiendo una novela romántica? Ni yo misma

lo sé. Todo comenzó después de leer, por primera vez, *Mi Isla* de Elisabet Benavent. Fue la primera vez que mi corazón me dijo que también quería transmitir así. Al final, todo ha derivado en un *hobbie* y una pasión que ya no puedo frenar.

Hace casi dos años tomé la decisión de abrir una cuenta en Instagram para poder hablar de libros y… ¡Ha sido una de las mejores decisiones de mi vida!

Me podéis encontrar en:

@herizonte

herizonte@hotmail.com

sorayatorralba